Curt Paul Janz
Friedrich Nietzsche
4. Los años de hundimiento
1889 1900 Alianza Universidad



Alianza Universal

PLAN DE LA OBRA

Volumen I
Infancia y juventud

Volumen II
Los diez años de Basilea
(1869-1879)

Volumen III
Los diez años del filósofo errante
(1879-1888)

Volumen IV
Los años de hundimiento
(1889-1900)

Curt Paul Janz

Friedrich Nietzsche
4. Los años de hundimiento

(Enero de 1889 hasta la muerte
el 25 de agosto de 1900)

Versión española de Jacobo Muñoz
e Isidoro Reguera

Alianza
Editorial

Título original:
Friedrich Nietzsche. Biographie. Dritter Band. Die Jahre des Siechtums

© 1979, Carl Hanser Verlag, München, Wien
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1985
Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-2452-7 (Tomo IV)
ISBN: 84-206-2975-8 (O. C.)
Depósito legal: M. 40.121-1985
Compuesto en Pérez Díaz, S. A. de Fotocomposición
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

1. La catástrofe 9
2. Entre el miedo y la esperanza 40
3. Naumburg 94
4. La pensión de Basilea 141
5. Weimar 162
Anexo I. Documentos (Textos) 175
Anexo II. Fotografías 285
Anexo III. Registro
1) Obras, notas, conferencias, composiciones 317
2) Fuentes 327
3) Indice onomástico 332
Epílogo 350

Título original:
Friedrich Nietzsche. Biographie. Dritter Band. Die Jahre des Siechtums

© 1979, Carl Hanser Verlag, München, Wien
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1985
Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-2452-7 (Tomo IV)
ISBN: 84-206-2975-8 (O. C.)
Depósito legal: M. 40.121-1985
Compuesto en Pérez. Díaz, S. A. de Fotocomposición
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

1. La catástrofe 9
2. Entre el miedo y la esperanza 40
3. Naumburg 94
4. La pensión de Basilea 141
5. Weimar 162
Anexo I. Documentos (Textos) 175
Anexo II. Fotografías 285
Anexo III. Registro
1) Obras, notas, conferencias, composiciones 317
2) Fuentes 327
3) Indice onomástico 332
Epílogo 350

Capítulo 1
LA CATASTROFE

A comienzos de enero de 1889, en el espacio de pocos días, se produce la decisiva disolución mental de Nietzsche. El acontecimiento sorprendió incluso a sus más allegados; al menos nadie había esperado una perturbación de tales proporciones en un tiempo tan corto.

Tesis

La hermana biógrafa, Elisabeth Förster-Nietzsche, fundó sobre este aparente carácter súbito del hundimiento definitivo, la tesis de un «derrame cerebral» o de una «parálisis cerebral»; tesis que se mantuvo durante decenios contra todos los ataques y refutaciones, se repitió en numerosas publicaciones y llegó a depurarse en el transcurso del tiempo. Como causa Elisabeth adujo el agotamiento como consecuencia del excesivo trabajo y abuso de drogas (cloral). Pero para ambas cosas faltan los síntomas y las pruebas.

Nietzsche no se desmayó nunca, no sufrió ninguna pérdida total de conocimiento, y permaneció además en dominio de sus movimientos corporales. No hubo síntoma alguno de parálisis parcial como suele suceder en los ataques apopléticos. En el ámbito de lo vegetativo, ninguna de las funciones sufrió alteración alguna.

Ciertamente sería exagerar hablar de agotamiento por sobrecarga de trabajo, por sobreesfuerzo en el pensar, durante los tres últimos meses en Turín. Es verdad que el número de los escritos elaborados en el último año llega a una suma jamás alcanzada, pero la extensión total y las

prestaciones intelectuales llevadas a cabo no superan en parte alguna los esfuerzos anteriores. Los amplios y agotadores estudios de fuentes para la «obra capital» ya estaban cerrados en lo esencial, desde la primavera de 1888, y el trabajo para ellos —incluso en forma de resúmenes amplios— ya había sido plasmado en los cuadernos de notas; los cuadernos posteriores ya no ofrecen nada nuevo ni notable, ni respecto a la extensión ni al contenido. Nietzsche ya tiene ante sí, elaborado, el «sistema» filosófico, ha tomado su posición, el tiempo lleno de tensiones de los «descubrimientos» filosóficos ya ha pasado. El mismo habla ahora de «tiempo de cosecha», posee un «ánimo otoñal a todos los respectos», en su paisaje filosófico ha entrado la tranquilidad. Y así trabaja ahora con una cierta serenidad y reposo, que él llama «alciónicos», evitando todo lo héctico. ¡Se toma casi cuatro meses para las cincuenta páginas impresas, más o menos, que componen el *Caso Wagner!* Junto a ello le surge fácilmente y en pocos días esa colección de pensamientos, más del doble de extensa, que es *El crepúsculo de los ídolos,* pero es que en este caso no se trataba de desarrollar una idea fundamental y con todo rigor científico. El manuscrito de *El crepúsculo de los ídolos* va a la imprenta ya un mes después tan sólo del *Caso Wagner.* Al mismo tiempo Nietzsche consigue trabajar en el *Anticristo,* cuyo manuscrito acaba en lo esencial el 30 de septiembre. En todo caso, en esos dos meses de agosto-septiembre de 1888, hay que hablar de una gran intensidad de trabajo.

En Turín, ahora que no le estorban ni interrumpen influjos externos ni visita alguna, que es respetado por sus ataques, habituales desde hace años, y puede, por tanto, aprovechar plena y realmente todos los días, Nietzsche se despide de la filosofía, echa una mirada retrospectiva a su vida y a su obra, y se pone a escribir su autoexposición, el *Ecce homo,* que cierra provisionalmente a comienzos de noviembre, sin haberla acabado. *Nietzsche contra Wagner,* terminado en diciembre, está compuesto fundamentalmente de extractos de escritos anteriores. El trabajo principal es el de la corrección de las pruebas de imprenta y la toma de postura frente a la recepción que se va extendiendo al gran público, sobre todo de sus obras a partir del *Zaratustra.*

Tampoco los cuadernos de notas de esta última época contienen testimonio alguno de un rendimiento intelectual filosófico acrecentado. Sí se produjo una tensión palmaria, de la que pudo seguirse perfectamente una sobrecarga nerviosa, debido al miedo por el futuro personal cuando hubieran aparecido los dos ataques a las grandes fuerzas de la «Iglesia» (con el *Anticristo)* y del «Reich» (con el político *Promemoria,* ante lo que Nietzsche, ya ahora, dubitante, se horrorizaba.

También faltan testimonios, y precisamente de la última época, para la leyenda del abuso de drogas.

«El viejo holandés», por cuya mediación parece que Nietzsche llegó a esa extraordinaria droga indonesia (¿haschisch quizá?), sobre la que no

se ha podido ofrecer un dato útil (tampoco por la hermana, quien se refiere a ella), ha desaparecido desde hace años (fines de 1886) del círculo histórico de Nietzsche y no ha vuelto a ser citado por él. Esa «fuente», pues, estaba agotada. También el recurrido «abuso del cloral» es cosa de hace años y permaneció dentro de unos límites muy modestos. En 1884 Nietzsche narró cosas al respecto a Resa von Schirnhofer, así como sobre otros fármacos que él mismo se recetaba en Rapallo como «Dr. Nietzsche». Pero se deshabituó sistemáticamente de todo ese tipo de calmantes, prohibiéndose desde hace bastante tiempo incluso los alcoholes fuertes como el vino y el aguardiente. Rehusó hasta el café y sólo bebía ya cacao y té. En los años de Basilea había conocido muy de pasada la nicotina en forma de rapé.

El intento de Elisabeth Förster-Nietzsche era evitar que el acabamiento mental de su hermano se viera como última consecuencia de un tratorno mental latente, o incluso hereditario posiblemente, de una «enfermedad mental» funcional (de ahí también la leyenda en torno a la muerte del padre como consecuencia de un accidente), y en ello quizá tuvo razón. Sólo que se equivocó plenamente en la elección de los posibles quebrantos orgánicos externos. Quizá ella no conocía realmente la auténtica causa, o no quería (podía) —por rechazo interior— conocerla, pero lo que hay que reconocer, en cualquier caso, es que con el tiempo fue creyéndose sus propias y falsas tesis. Al menos en los primeros años estaba convencida de que los quebrantos orgánicos eran recuperables, y también su propio hermano como personalidad mental y hasta un cierto grado, al menos. También la madre creyó durante mucho tiempo que sus sacrificados cuidados conseguirían, con la ayuda de Dios, devolverle al hijo. Con ello se acercó ya a otra explicación: la tesis que defendió primero Julius Kaftan y que luego se ramificó en las más diversas variantes en círculos teológico-psicológicos, de un trastorno funcional, es decir, de una enfermedad mental, como consecuencia de un enfrentamiento no superado con el cristianismo y con la declaración de «Dios ha muerto» hecha en la *Gaya ciencia*. Así, gentes que no tienen idea alguna sobre la posición y la función de Nietzsche en la historia de la filosofía, ni sobre sus premisas, han llevado su petulante mojigatería hasta hacer de su destino trágico un ejemplo palmario y admonitor de «juicio divino».

Más cerca de la realidad han estado, antes y ahora, los médicos cuando han permanecido en el ámbito de su ciencia y no se han arriesgado a la aventura de hipotéticos análisis filosóficos de la obra. El diagnóstico fue lisa y llanamente: *Paralysis progressiva*, bajo lo cual se entendía en 1889 todavía un ámbito de fenómenos más amplio de lo que entendemos hoy. En sentido estricto la parálisis progresiva no sería una «enfermedad mental», sino un trastorno orgánico en la parte externa de la sustancia cerebral, que se manifiesta en una pérdida parcial de ciertas funciones rectoras y concienciales. La causa de este trastorno es, la mayoría

de las veces, una infección de sífilis. La hermana misma, precisamente, ofreció un incentivo especial para tratar de probar tal cosa en Nietzsche, así como para determinar la circunstancia y el momento, al elevarlo, en la inocencia de su «virtud naumburguesa» —en expresión maliciosa de Nietzsche—, a la categoría de un «santo» que jamás ha tocado mujer. Ella conocía las repetidas defensas e intentos de revalorización de la prostitución que aparecían en los cuadernos de notas del hermano. Tenía que haber advertido de ello, al menos por precaución, para no incitar con su provocante afirmación justamente a la prueba de lo contrario.

Para el momento del contagio sifilítico se dan diferentes posibilidades. La más temprana —y menos probable— se ve en la visita a un burdel en Colonia durante el semestre de invierno 1864/65 en Bonn. Se necesitaría en todo caso de la fantasía poética de un Thomas Mann para ver aquí más de lo que recuerda Paul Deussen, más tarde y aproximadamente. Más fundadas aparecen manifestaciones del propio Nietzsche, pero del tiempo de su estancia en clínicas psiquiátricas, es decir, surgidas de una conciencia nublada y que, por tanto, hay que tomar con precaución, según las cuales, cuando era estudiante en Leipzig, habría estado en tratamiento médico específico. Lange-Eichbaum aporta una confirmación de ello[150]: «La más importante fue la de un conocido neurólogo berlinés, que disponía de numerosos contactos personales. El nos manifestó que se conocían cosas plenamente auténticas sobre la infección sifilítica de Nietzsche. Nietzsche se contagió de sífilis en un burdel de Leipzig cuando era estudiante. Fue tratado antisifilíticamente por médicos de Leipzig. Los nombres de esos médicos son conocidos (también Möbius, que vivía en Leipzig, hubo de conocerlos). Supusimos que tras la muerte de la hermana de Nietzsche se seguiría quizá alguna declaración pública por la otra parte. Esto no ha sucedido.» También con posterioridad los «testigos» prefirieron quedar en el anonimato y comunicar su saber al respecto sólo a través de intermediarios y de palabra.

¿Y qué indican esos testimonios? Sólo que el entonces estudiante Nietzsche estuvo en tratamiento médico, pero no que hubiera un diagnóstico preciso correspondiente. Cabe perfectamente la posibilidad de que Nietzsche, tras una visita al burdel, tuviera miedo de una *posible* infección y fuera por ello, en sentido profiláctico, a un médico. Al no dar resultado alguno el «tratamiento» se habría dirigido a un segundo médico, y cuando éste tampoco encontró nada, Nietzsche, tranquilizado, habría abandonado la empresa. Sobre esta misma tradición de las narraciones se basa la explicación ofrecida por Edgar Salin en 1959[211], según la cual, por un intermediario y a partir de manifestaciones de los profesores A. Gessler y C. A. Bernouilli, «un día» le habría llegado «la importante noticia de que uno de los dos... ha descubierto la fuente del contagio de Nietzsche. Las huellas llevan a la Totengässlein» (de Basilea). Salin fecha el asunto en 1873. Si se tiene en cuenta la preocupación tímida, in-

cluso medrosa, por mantener su imagen, externamente por un aspecto cuidado, y su dignidad profesoral dentro de la sociedad basilea, parece extremadamente improbable que corriera el riesgo inherente a estas «visitas». ¡Podía ser visto!

Pero Nietzsche pudo haber hecho también sus experiencias de la prostitución en los tiempos de la Riviera, en las grandes ciudades de Génova y Niza. Al menos sus manifestaciones de principio en los cuadernos de notas no lo contradicen. Si la infección tuvo lugar en la época de Leipzig habría que designar como «atípico» el proceso temporal de la enfermedad (20 a 22 años desde la infección hasta la irrupción aguda de la parálisis) lo cual se correspondería, bien es verdad, con el desarrollo posterior también, puesto que más de 11 años desde la irrupción aguda de la parálisis hasta la muerte —que en este caso tuvo lugar a causa de una pulmonía en mitad del verano— vuelven a ser «atípicos», aunque por ello precisamente tanto más típicos de la constitución general de Nietzsche, extraordinariamente robusta, bien conservada por un modo de vida continuadamente moderado, casi ascético.

El primero que como médico y psiquiatra salió al paso en contra de la imagen de la enfermedad que afirmaba Elisabeth Förster-Nietzsche, y que atrajo hacia sí su cólera desatada, fue el neurólogo de Leipzig Paul Julius Möbius (1853-1907) con su extensa *Patografía de Nietzsche,* 1902 ([2]1904). Para él es seguro el diagnóstico de parálisis progresiva a consecuencia de una infección de sífilis. En su intento, médicamente legítimo, de ofrecer una historia completa de la enfermedad, de describir el progreso de la enfermedad desde sus primeros y débiles síntomas hasta el final ineluctable y letal, cede ya a la tentación de recurrir a un análisis de la obra, para el que no estaba preparado ni por procedencia ni por formación. Por desgracia su ejemplo siguió operante y pesó en adelante sobre la compresión de Nietzsche. Son sobre todo aquellos a quienes horripilan ya títulos como *Anticristo* o *Voluntad de poder,* los que se atienen de muy buen gusto a estas últimas palabras de Möbius[168]: «Si encontráis perlas no penséis que todo es un rosario de ellas. Sed recelosos, ya que este hombre es un enfermo cerebral», y se sienten aliviados, liberados de todo examen filosófico auténtico y propio. El único especialista hasta hoy en *ambos* campos, el psiquiatra *y* filósofo Karl Jaspers, recuerda con toda insistencia que, precisamente en el caso de Nietzsche, lo importante es una discusión filosófica[126]: «En primer lugar, vale abstractamente que el valor de algo creado sólo puede captarse y juzgarse a partir del contenido de lo producido intelectualmente: las causas bajo cuyo influjo surge algo no dicen nada sobre el valor de lo surgido. Una conferencia no será mejor o peor juzgada si se sabe que el orador, para vencer sus represiones, acostumbra a beberse una botella de vino antes de hablar. El causalismo, no comprensible interiormente, de los acontecimientos naturales, al que pertenecemos nosotros mismos, no

dice nada sobre la comprensibilidad y sobre el sentido y valor de los acontecimientos espirituales que surgen en él, sino que sólo en casos de incomprensibilidad a un nivel totalmente diferente —cuando el conocimiento llega tan lejos—, puede hacer comprensible esa incomprensibilidad. Pero esta delimitación abstracta no basta.

»Más bien, cuando un proceso de enfermedad o cualquier otro factor biológico tiene un influjo sobre el acontecer espiritual, queda la cuestión de si ese influjo promotor o aniquilador es indiferente o de si una posibilidad espiritual toma una forma propia bajo las nuevas condiciones, y en caso afirmativo, en qué direcciones determinables. Estas cuestiones no pueden responderse por consideraciones de carácter apriórico, sino sólo empíricamente, ante todo por medio de observaciones comparativas de enfermos... Pero esta consideración patográfica tiene su peligro para aquel que hace uso de ella. En lugar de captar la pura valía de lo creado, puede, por el contrario, en casos de mal uso, oscurecer la grandeza de una creación y de una persona. Si en la obra intelectual hay que referir algo a la enfermedad, ello no se deduce jamás solamente del sentido y del contenido de la obra y por medio de un juicio supuestamente crítico que dictamine sin más: esto y esto es enfermizo. Es fraudulento y poco científico el dar al rechazo la apariencia objetiva de una constatación fáctica patológica-psicológica demoledora.»

La «observación comparativa de enfermos» ha sido intentada a menudo, con métodos científicos y también con fantasía poética (Stefan Zweig por ejemplo). Naturalmente, en esto sólo pueden ser de interés las comparaciones entre potencias espirituales comparables ellas mismas de algún modo, por lo cual se echa mano a menudo de las vidas de Hölderlin, van Gogh o Kleist. Externamente se da el obvio paralelo de un final en la tiniebla espiritual, en el caso de Kleist en el suicidio delirante. Pero las bases son decididamente distintas. Ni en el caso de Hölderlin ni en el de van Gogh se da un quebranto orgánico producido por un influjo exterior, como la sífilis por ejemplo, ni parálisis tampoco. Durante toda la vida soporta una perturbación mental creciente, no una orgánica, y sus obras son productos de la fantasía artística ¡no de la lógica deductiva filosófica! Es, por tanto, metódicamente inadmisible invocar del mismo modo una patografía para la obra de cada uno de ellos.

La mayor cercanía a Hölderlin y a van Gogh se da, en el caso de Nietzsche, en *Zaratustra*, donde él se vale de medios poéticos, y por ello no puede asombrar el hecho de que la literatura patográfica se ancle la mayoría de las veces aquí, y sobre todo el que ataque su parte IV calificándola de «paralítica» (así por ejemplo, de modo arquetípico, Max Keselrin[134]). También esto comienza ya con Möbius. Pero el lugar especial efectivo que ocupa el *Zaratustra IV* es demostrable también, sin recurso a los estadios previos de parálisis, de modo puramente formal-analítico y biográfico; existe, además, en general, el peligro de que con manejos

interpretatorios superficiales se descalifique sin más como «paralítico» todo lo que habría que discutir en la obra de modo propiamente filosófico. Jaspers escribe al respecto[126]: «Para una comprensión filosófica relevante de Nietzsche, las categorías médicas sólo entran en consideración cuando están fuera de toda duda: esos diagnósticos no lo están, con excepción de que, casi con certeza, la enfermedad mental definitiva fue una parálisis.» Sólo «*casi* con certeza»: ¡esto queda como un resto irreductible que considerar siempre! El otro peligro, y no menor, es, por el conocimiento del final y desde él, adscribir, también en lo biográfico, más cosas a la enfermedad de las que le corresponden.

Presagios

Pero no puede prescindirse totalmente de ello. El precavido Jaspers advierte, con respecto a la obra, que se trata de la cuestión «qué fallos... hay que achacar a la enfermedad y cuáles de ellos son de esperar del tipo de enfermedad (en este caso la respuesta es conveniente para salvar la pureza de la obra, ya que hay un camino abierto para distinguir los fallos extraños a este ser espiritual, de las incertidumbres que conlleva este movimiento espiritual en cuanto tal)», y exige, como «condición para un estudio correcto de Nietzsche», que se tengan presentes siempre las cuestiones todavía abiertas para la mayoría, y precisamente en tanto que cuestiones.

Un «saber empírico» como el que exige Jaspers parece que es en lo biográfico donde mejor puede adquirirse, pero las fuentes fiables para ello son extraordinariamente escasas. No significa mucho en el fondo el que Resa v. Schirnhofer, Meta von Salis y el mismo Julius Kaftan nos aseguren que hasta incluso el verano de 1888 no encontraron nada «perturbado» en el ánimo de Nietzsche. Ellos sólo conocían a Nietzsche desde hacía unos años y no tenían, por tanto, posibilidad de comparación con el Nietzsche de otras épocas. Tampoco cuenta, a causa de su superficialidad, el conocimiento anterior que Kaftan tenía de Nietzsche de los tiempos de Basilea.

¿Ha cambiado algo desde la época de Basilea, y sobre todo en los últimos años, en el ánimo de Neitzsche, en su conformación de la vida como reflexión sobre el entorno? A esta pregunta decisiva sólo pueden responder pocas personas. La primera de ellas sería Overbeck. Pero mantiene un contacto tan ininterrumpido con Nietzsche que no puede apreciar los cambios, al igual que no pueden hacerlo los padres con el crecimiento de sus hijos, a los que tienen diariamente en su derredor. Sólo a finales de diciembre de 1888 se alarmó por el comportamiento obstinado del amigo en la cuestión editorial y en el anuncio de un manifiesto político, es decir, en el abandono de la filosofía.

Otro testigo de excepción podía ser Köselitz. Pero precisamente él compartió tan profundamente los cambios de Nietzsche que le resultó imposible guardar cualquier distancia para la observación crítica. Hasta la misma locura ya manifiesta no llegó a comprenderla. A la tarjeta del 4 de enero de 1889 de Nietzsche con el texto «Cántame una nueva canción: el mundo se ha transfigurado y todos los cielos se alegran. El crucificado», él responde: «¡Tienen que ser grandes cosas las que le están sucediendo! Su entusiasmo, su salud... han de despertar al más abatido; usted es de una salud contagiosa; la epidemia que usted deseó una vez a la salud, la epidemia de su salud, ya no puede faltar.» También en las decisiones venideras habrá que pensar en esta escasa capacidad de juicio de Köselitz. Fue una incompresible valoración equivocada de Overbeck el fiarse tanto de Köselitz.

Richard y Cosima Wagner hablaron con toda decisión de una ruptura en la estructura de la personalidad de Nietzsche ya desde después de 1876, sobre todo después de *Humano demasiado humano* (1878). Pero en este caso todo está tan cargado personalmente que es muy difícil considerar sus afirmaciones como «pruebas», aunque tampoco haya que rechazarlas plenamente. Wagner era un conocedor de personas como pocos, pero también una naturaleza despótica que exigía una sumisión incondicionada que Nietzsche no podía ofrecer, sin que ello tenga que significar que estaba «enfermo».

Malwida v. Meysenbug ya desde hacía años no tenía trato personal con Nietzsche. Sólo conocía sus cartas y sus obras, de las que, desde *Humano demasiado humano* también, se sentía más y más alejada. La brutal ruptura de Nietzsche con ella en el otoño de 1888 delata ya en principio un desconocimiento de las relaciones de ella con las personas y de su capacidad de aguante (como sucedió un año antes respecto con Rohde), así como un trastorno general de la conciencia de la realidad. El comportamiento de Nietzsche es desproporcionado. Aquí puede decirse: así no actúa una persona «normal». Lo mismo vale para el caso de Bülov y de Fritzsch. Pero con ello ya estamos en los últimos meses antes de la evidente irrupción de la enfermedad. No mucho tiempo antes, pero sí lo bastante para resultar decisivo en este caso, dos viejos y fieles amigos, llenos de presentimientos, captan el trastorno de Nietzsche en sus relaciones con el entorno: en junio de 1886 Erwin Rohde, y en torno al 1 de septiembre de 1887 Paul Deussen.

Aparentemente sus impresiones son contrarias. Rohde siente «una atmósfera indescriptible de *extrañeza*,... como si viniera de un país en el que no vive nadie más que él»[187], y a Deussen le sorprende «qué cambios... se habían producido en él. Ya no tenía la arrogante postura, el paso elástico, la conversación fluida. Parecía arrastrarse sólo con dificultad y algo inclinado hacia un lado, y su conversación se hacía a menudo torpe y atropellada... Después nos llevó a sus lugares preferidos. Me acuerdo

especialmente todavía de una pradera cortada sobre el abismo, bajo la que rugía en lo profundo un riachuelo de montaña. "Aquí —dijo— es donde más me gusta tumbarme y donde se me ocurren las mejores ideas." ...Nos marchamos por la tarde y Nietzsche nos acompañó hasta el pueblo siguiente, una hora valle abajo... Cuando nos despedimos había lágrimas en sus ojos[73].» A ambos les llama la atención un cambio fundamental en el ánimo de Nietzsche, a Rohde una lejanía a la que no lleva ya puente alguno, a Deussen una «exagerada atención y deferencia, [que] no había antes en el carácter de Nietzsche y que me parecieron características de su situación presente», lo que para ambos, en cualquier caso, no significaba una relación equilibrada con el ambiente. Algún factor perturbador está actuando. La —por contraposición al caso de Rohde— «exagerada atención» para con Deussen pudo deberse a su «pequeña» esposa, mucho más joven y vivaz, de la que Nietzsche escribe incluso a su madre el 4 de septiembre de 1887[124], calificándola de «algo judía», lo que, tras las semanas que acababa de pasar con Helen Zimmern, no tiene en absoluto un significado «peyorativo». A su carta del 16 de noviembre de 1887 a Paul Deussen, Nietzsche añade como posdata: «¡Un saludo cordial a la pequeña y valiente camarada!»

Deussen capta todavía otra diferencia con el modo de vida de antes de Nietzsche, estricto y ordenado: «Me llevó a su vivienda, o, como él decía, a su cueva. Era una sencilla habitación en una casa de campesinos... La instalación era la más sencilla que puede pensarse. En uno de los lados estaban sus libros, la mayoría de los cuales me resultaban muy conocidos ya de antes, seguía una mesa campesina con taza de café, cáscaras de huevo, manuscritos, objetos de toilette, todo ello en un revuelto que se seguía, pasando por un descalzador donde había una bota, hasta la cama, todavía deshecha. Todo indicaba un servicio negligente y un señor paciente, que se avenía a todo.» ¡Qué diferencia con Basilea, donde quería llegar a la toma de posesión de su cátedra con criado propio, y donde era conocido por su cuidado aspecto externo! Pero también en ello volvió a manifestarse un cambio al año siguiente, y en la dirección del regreso a los años de Basilea, ahora, de todos modos, no sin un cierto tono penoso, exaltado y convulso: se regocija por «los honneurs que él mismo se hace», como escribe a su madre.

Tampoco la manía por la soledad y el aislamiento, que aumenta continuamente —manía autotorturante, puesto que nada soporta peor que la soledad efectiva; ¡no hay que olvidar jamás que Nietzsche sufrió enormemente por ello!—, son signos precisamente de equilibrio anímico. Ciertamente este equilibrio fue trastornado por hechos biográficos fatales, o al menos amenazado, a lo que hay que añadir todavía el apasionamiento extraordinario propio de Nietzsche, que no tiene por qué ser una consecuencia de la enfermedad de parálisis, puesto que es connatural a su ser: ¡un joven menos apasionado no podría haber compuesto aquella

«Sinfonía de Ermanaric!» Pero desde los cambios constatados con extrañeza por los dos amigos atentos, habla un trastorno de la relación con el entorno que no puede explicarse con ello. Si la investigación médica cuenta para ello con suficiente material de observación comparativo y si puede corroborarse, por un «saber empírico» como el que Jaspers exige, que esas alteraciones del comportamiento son seguras y debidas *sólo* a la parálisis latente, es cosa que debe y puede decidir la psiquiatría sin tener que recurrir para ello a interpretaciones filosóficas de la obra, que siempre resultan dudosas. La obra puede atacarse, y es atacable, también con otras categorías, aunque nada más sea ya por la unilateralidad de sus premisas.

Aparte de este trastorno general de la relación con el ambiente en los últimos años ochenta, ahora, en los últimos meses antes de la catástrofe, las agudas perturbaciones de la comprensión de la realidad y de la identidad cerrada se amontonan en una serie cada vez más apretada. Un hecho cuyo significado no puede menospreciarse es el que el pensamiento filosófico de Nietzsche se interrumpa definitivamente con el *Anticristo* el 30 de septiembre de 1888. En una valoración totalmente equivocada de la magnitud y del significado del asunto, Nietzsche quiere ver a partir de esa fecha un nuevo comienzo, una nueva medida del tiempo, y lo que sucede es el comienzo, sólo para él, de una época «nueva», de un estado de conciencia nuevo y radicalmente distinto. La parte probablemente más significativa de su filosofía, la crítica del conocimiento, parece totalmente olvidada; ya no se habla de crítica cultural y moral, sólo quedan vagos recuerdos del mundo de Zaratustra, es precisamente su contenido lírico el que revive en algunas poesías; por el contrario, ni el «superhombre» ni el «eterno retorno» son ya defendidos. Con el supuesto asesinato del cristianismo paulino como platonismo invertido y como construcción judía de poder sacerdotal, Nietzsche cree haber realizado el trabajo filosófico fundamental. Todo lo demás, toda «transvolaración de todos los valores», se sigue naturalmente de ello, de modo que él ya no tiene ningún cometido más que el de velar por la propagación de este definitivo «conocimiento». ¡Con él y en el 30 de septiembre de 1888, la filosofía como tal ha acabado! «Todo ha acabado», escribe el 18 de diciembre a Carl Fuchs. Ya antes brilló ocasionalmente, y de modo extraño, esta escisión con respecto a la propia obra, así por ejemplo el 18 de julio de 1888, en que hace a Carl Fuchs la arrogante afirmación: «He dado a los hombres el libro más profundo que poseen, mi Zaratustra» (lo que repite también múltiples veces a otros destinatarios), y añade pocas líneas después, por otra parte: «Desde entonces propiamente no hago otra cosa que bufonería para seguir superando una vulnerabilidad y una tensión insoportable», una idea —la de ser el «bufón del milenio»— que le sigue hasta muy dentro de la época de transición a las tinieblas.

El extrañamiento de su última obra reciente, la *Genealogía de la mo-*

ral, puede captarse con más precisión en la carta del 22 de agosto de 1888 a Meta von Salis: «La primera mirada que eché dentro me deparó una sorpresa: descubrí un prólogo largo... cuya existencia había olvidado... En realidad sólo conservaba en la memoria el título de los tres tratados: el resto, es decir, el contenido, se me había extraviado. Esto es la consecuencia de una actividad intelectual extremada,... que, por así decirlo, había interpuesto un muro en medio... En aquella época hube de pasar por un estado de inspiración casi ininterrumpida, de modo que este escrito surgió como la cosa más natural del mundo... El estilo es vehemente e inquietante, lleno a la vez de *finesses:* y flexible y colorista, tal como yo no había escrito prosa alguna hasta entonces.» Otro paso decisivo más allá en ese camino lo da Nietzsche cuando confiesa el 9 de diciembre de 1888 a Köselitz: «Hojeo desde hace algunos días mi literatura, para la cual sólo ahora me encuentro maduro... He hecho todo muy bien, pero jamás he tenido idea de ello... ¡Diablos, cuánto se oculta ahí dentro! —En el *Ecce homo* leerá usted un descubrimiento sobre la tercera y la cuarta intempestivas que le pondrá los pelos de punta— a mí también me los puso. Ambas hablan sólo de mí, anticipando... Ni Wagner ni Schopenhauer aparecen en ellas psicológicamente... Ambos escritos los he entendido sólo hace cuatro días.» La referencia al *Ecce homo* hay que tomarla muy en serio. Por muy valiosos y significativos que sean los datos biográficos, y los datos respecto a la historia de la obra, en este escrito, las interpretaciones de obras que se hacen en una parte y otra suyas, hay que tomarlas con extremo cuidado. El Nietzsche que escribe el *Ecce Homo* ya no es el Nietzsche que ha escrito una obra filosófica, se enfrenta ahora a ella como un extraño, la «interpreta», piensa incluso que sólo ahora la entiende, que sólo ahora se hace una idea de ella. Sin quererlo, con la firma de la carta, delata que ya no es él mismo: «le saluda el fénix». Con ello comienzan los pseudónimos mistificantes, entre los que hace seguir el 18 de diciembre en carta a Fuchs el de «el monstruo», y que tras el desmoronamiento toman plena posesión de él. Después de la filosofía lo primero que pierde Nietzsche es su identidad, y sólo dos semanas más tarde, el 31 de diciembre de 1888 (a Köselitz), no sabe ya su dirección: «supongamos que pudiera ser en principio el palazzo del Quirinale». Turín, de donde surgió el joven reino italiano, y Roma, desde donde domina ahora, se diluyen en uno ante esa mirada enturbiada. Nietzsche cree poder consumar ahora el mismo camino. Más tarde se ve como organizador de un congreso europeo de príncipes, que quiere convocar para el 8 de enero de 1889 en Roma, el corazón del «Imperium Romanum». Ya ha redactado las correspondientes invitaciones, una para el rey italiano Umberto II, otra para el secretario de estado papal Mariani y otra para la «Casa de Baden»[197].

Lo que por el momento permanece es lo poético y la música. Pero tampoco lo poético se mantiene mucho tiempo, y Nietzsche tiene que

recurrir a conectar con cosas anteriores, de modo parecido a la fase final de sus composiciones musicales, cuando el impulso creador fue incautado por la filosofía. También lo poético fue asimilado por el filósofo a sus fines precisos: eso sucedió con «Idilios desde Mesina» en 1882, que originalmente había sido concebido como poema independiente, y que se convirtió en «Canciones del príncipe Vogelfrei» de la *Gaya ciencia*, pero especialmente con la fantasía poética como forma literaria en el *Zaratustra*, sobre todo en su cuarta parte. Ahora que Nietzsche ha vuelto la espalda al país de la filosofía vuelve a extraer algo de su dote poética: los tres poemas del *Zaratustra* IV: la canción de la melancolía, las hijas del desierto y la canción del viejo encantador (¡Wagner!), que se convierte ahora en un «Lamento de Ariadna.» En éste no sólo cambia el título o el cantor en cuya boca se pone, sino que se produce una extraña metamorfosis de la obra. En el *Zaratustra* IV, Zaratustra escucha el lamento del viejo mago con creciente aversión, hasta que le interrumpe bruscamente: «Aquí ya no pudo retenerse más tiempo Zaratustra, cogió su bastón y comenzó a golpear con todas sus fuerzas al lamentante. "¡Detente!" le gritó, con risa furiosa, "¡detente, tú, comediante!, ¡tú, falsificador!, ¡tú, mentiroso desde lo profundo!; ¡yo te conozco bien!"» ¡Y ahora, a finales de 1888, todo esto ha de ser una auténtica, profunda autoexposición anímica!

Nietzsche enriquece aún los tres extractos del *Zaratustra* IV con los poemas «Ultima voluntad», «Entre aves de rapiña», «El signo de fuego» y «El sol se pone», todos en «tono de Zaratustra», y los reúne en copias muy cuidadas. Si «Fama y eternidad» pertenece al manuscrito del *Ecce homo* y «De la pobreza de los más ricos» al de *Nietzsche contra Wagner*, es cosa que no tiene especial importancia desde el punto de vista biográfico, porque también pertenecen, por estilo y por género, a aquello a lo que Nietzsche se refiere varias veces como «Las canciones de Zaratustra» y que desde la primera edición aparece como «Ditirambos de Dioniso» en las obras de Nietzsche. Con estos poemas se extingue definitivamente también lo poético en los últimos días de diciembre de 1888; *Ecce homo*, hasta cierto punto también *Nietzsche contra Wagner*, el *Promemoria* y estos ditarambos quedan estrechamente entrelazados como los escritos post-filosóficos de Nietzsche. El *Ecce homo* como prosa y los ditirambos como lírica son el intento de una autoexposición anímica y eluden así cualquier interpretación filosófica.

Ahora, con estas «Canciones de Zaratustra», Nietzsche se coloca en un plano en el que parece posible la comparación con Hölderlin. Pero que ello sea provechoso es cosa que se pone en cuestión desde el momento en el que esos productos de la fantasía de Nietzsche se interpretan como síntomas de la parálisis, lo que queda excluido ya en principio en el caso de Hölderlin, dada la naturaleza de su padecimiento. Bien considerada esta diferencia, las manifestaciones de Nietzsche desde el *Ecce*

homo, desde comienzos de octubre de 1888, están más abiertas ciertamente al cuestionamiento psicológico y psiquiátrico que un juicio sobre la relevancia filosófica de la obra hasta el *Anticristo*.

A todo esto se añade un fenómeno sospechoso. Nietzsche pierde el control de sus reacciones sentimentales, primero a ratos, después, en el desmoronamiento, completamente. Sobre todo es su emotividad para con la música, que siempre había sido muy grande y que le había obligado desde 1876 a la abstinencia de la obra de Wagner, la que experimenta cambios llamativos. No sólo se trata del cambio del género de música por el que se siente ahora reclamado (opereta española, y ya ni siquiera *Carmen)*, sino también de la intensidad de la vivencia y de su manifestación desenfrenada. El 2 de diciembre de 1888 informa a Köselitz: «Acabo de llegar de un gran concierto que, en el fondo, ha resultado la mayor impresión concertística de mi vida, mi cara hacía muecas continuamente para superar un placer extremo, incluida la mueca de las lágrimas durante 10 minutos... En el fondo se trataba de la lección transferida de la opereta a la música... Fueron todas cosas extremadamente refinadas, y busco vanamente un entusiasmo más inteligente. Ni un ingrediente siquiera de un gusto mediano. Primero la obertura de Egmont... A continuación la marcha húngara de Schubert, espléndidamente separada e instrumentada por Liszt... Después algo sólo para orquesta de instrumentos de arco: tras el cuarto compás ya estaba yo llorando. Una inspiración plenamente celestial y profunda, ¿de quién?, de un músico que murió en 1870* en Turín, Rossaro; le juro, música de primer rango, de una superior calidad de forma y de corazón, que cambió toda mi idea sobre los italianos. Ningún instante sentimental; ya no sé lo que son "grandes" nombres. Quizá lo mejor permanece desconocido. Siguió: la obertura de Sakuntala... ¡Por todos los diablos, vaya con este Goldmark! Nunca le hubiera creído capaz de ello. Esta obertura está cien veces mejor construida que cualquiera de las cosas de Wagner, y psicológicamente resulta tan capciosa, tan refinada que comencé otra vez a respirar el aire de París. Curioso: falta tanto en ella la "ordinariez" musical que la obertura del *Tannhäuser* me resultó una indecencia. Instrumentalmente meditada y calculada, pura filigrana**.

»Y de nuevo algo para instrumentos de arco sólo: la "Canción chipriota" de Vilbac***, de nuevo lo más extremo en delicadeza de inven-

* Error de Nietzsche. Carlo Rossaro, nacido el 20 de septiembre de 1827, murió en Turín el 7 de febrero de 1878. Fue pianista y compositor de piezas interesantes y apreciadas, sobre todo en Turín: una típica «personalidad local».

* Karl Goldmark, nacido el 18 de mayo de 1830, muerto el 2 de enero de 1915. La obertura de Sakuntala, opus 13, de 1865, es su primer éxito.

** Alphonse Charles Renaud de Vilback, nacido el 3 de junio de 1829 (Montpellier), muerto el 19 de marzo de 1884 (París). En 1844 1er ganador del Premio de Roma (4 años de estancia en Roma), más tarde organista en París.

ción y de efecto sonoro, de nuevo un tremendo éxito y da capo, a pesar de tratarse de una pieza larga. Por fin la obertura de *Patrie* de Bizet... Tenía 35 años cuando escribió esta obra, una obra larga, muy dramática: debería Usted oír cuán heróico llega a hacerse este pequeño hombre...» A la mueca de las lágrimas le secundaba otra aparentemente opuesta, pero muy afín: Refiriéndose al *Crspúsculo de los ídolos* escribe el 26 de noviembre de 1888 a Köselitz: «También quizá encuentre Usted en mi "actualidad", malvada y festiva en el fondo, mayor inspiración para la "opereta" que en ninguna otra parte [Köselitz trabajaba por ese tiempo en una opereta]: hago tantas bufonadas conmigo mismo y tengo en privado tales ocurrencias de payaso, que en plena calle me sonrío irónicamente durante media hora, y no pienso en cosa otra alguna. Ultimamente se me ocurrió imaginar a Malwida como Kundry en un lugar decisivo del *Ecce Homo*... Durante cuatro días seguidos perdí la posibilidad de poner cierta seriedad en mi rosto.—Pienso ¿con un estado así está uno maduro para "salvador del mundo"?»

También aquí el muro que protege a este espíritu elevado del desmoronamiento se ha hecho ya delgado y traslúcido.

Los últimos días en Turín

Desde hacía años los días después de la Navidad y, sobre todo, los de después de Año Nuevo eran una época crítica para Nietzsche, en la que arreciaban los quebrantos dé salud, con desfallecimientos y ataques que duraban varios días seguidos. Por eso no fue casual el que en los primeros días de enero de 1889 cayera en *la* crisis de la que no despertaría ya más.

Los acontecimientos de esos días dan la impresión de un paso de la claridad del día a la noche. En un ocaso rapidísimo, las cosas del mundo van haciéndose cada vez más imprecisas, más siluetadas, hasta que finalmente se revisten totalmente de historias fantásticas. Así, en Nietzsche comienzan por superponerse historias fantásticas vivaces a recuerdos plenamente reales, de los que siguen actuando caricaturas y jirones cada vez menos reconocibles, hasta que ambos, realidad *e* historia fantástica, se borran en un proceso que condujo ineluctablemente a la plena noche del espíritu.

También de lo que sucedió en los pocos días del ocaso hacia las tinieblas, del modo y rapidez con que se produjo ese paso, tenemos propiamente referencias muy escasas: por una parte los llamados «papeles de locura» y «cartas de locura», fundamentalmente de los días 3 a 6 de enero, y las manifestaciones del hospedero de Nietzsche Davide Fino y su familia, que hicieron al amigo Overbeck —quien acudió presuroso al final de la catástrofe— y que este delicado amigo, en su estilo reservado,

contió sólo en parte a sus *Recuerdos*. Que la escena que él se encontró fue mucho más horripilante de como él mismo la describe, es cosa que confesó a Carl Albrecht Bernoulli[30]. Pero tampoco se necesita saber detalle alguno respecto a los accesos y a los signos externos bajo los que se consumó el fulminante desmoronamiento de un espíritu que casi hasta el final había resistido como un castillo inexpugnable al trabajo de zapa de la enfermedad y que incluso se obstinaba en destruirla a ella misma. Las «cartas de locura» de estos tres o cuatro días, a pesar del sorprendente espejismo en visiones irreales, manifiestan con tremenda claridad los intereses reales que movieron apasionadamente a Nietzsche hasta dentro mismo del ocaso. Se trata del destino de Europa, ya no su porvenir cultural, sino el político, en el caso en que hubiera de depender de la dinastía de los Hohenzollern y de sus vasallos. Nietzsche lamenta la participación de Italia en el pacto de la Triple Alianza de 1882. Ello comienza con el párrafo final, todavía en plena claridad, del prólogo de *Nietzsche contra Wagner*, fechado «Navidad 1888»: «Quizá yo también tuviera una palabra que decir al oído de los señores italianos, a quienes quiero, del mismo modo que yo... Quousque tandem, Crispi... Triple alliance: con el "Reich" un pueblo inteligente siempre hace una mésalliance...» Con la cita de Cicerón del primer discurso contra Catilina y con la referecia personal, Nietzsche hace una perfecta diana en la funesta política del izquierdista radical Francesco Crispi (1819 a 1901), quien desde 1887 (hasta 1891 y 1893-96) era primer ministro de Italia y partidario de esa triple alianza que parecía dejarle libres las manos para una política colonial italiana en Africa (¡Abisinia!). Como una de las primeras manifestaciones «de locura», la misiva del 3 de enero de 1889 a Meta von Salis se cierra así: «El mundo está transfigurado puesto que Dios está en la tierra. ¿No ve usted cómo todos los cielos se alegran? Acabo de tomar posesión de mi reino, arrojo al Papa en la cárcel y hago fusilar a Wilhelm, Bismarck y Stoecker», y la idea se mantiene hasta aparecer también en la carta decisiva del 5 de enero a Jacob Burckardt: «Mañana viene mi hijo Umberto con la encantadora Margarita, a los que yo recibo, sin embargo, sólo en mangas de camisa *.» Tampoco aquí puede pasarse por alto ese pequeño adorno que se refiere incidentalmente a la receptividad de Nietzsche frente al encanto femenino, en este caso personificado en la reina Margarita. También a Burckhardt le repite: «Wilhelm, Bismarck y todos los antisemitas, suprimidos.» Pero Nietzsche también pergeña escritos de acompañamiento para el emperador Wilhelm y para Bismarck directamente, con ocasión del envío del primer ejemplar de *Ecce homo*, «con el que se anuncia la proximidad de lo prodigioso». Firma: «El anticristo / Friedrich Nietzsche / Fromentin».

* Citada al completo en Schlechta[4] (pp. 1.351 ss.).

¿Qué significa esta autoidentificación con Fromentin? Nietzsche conoció la obra del pintor y escritor francés Eugéne Fromentin (1820-1876), sobre todo su novela autobiográfica *Dominique,* de 1863; él se refirió a ella hablando con Meta v. Salis durante el verano de 1888. También esta referencia se carga de gran significado.

Con la relajación de sus fuerzas espirituales, Nietzsche no sólo pierde las riendas de la realidad, de su identidad y sentimientos, sino que se le escapan también sus secretos mejor guardados. Fromentin describe en su novela —de gran penetración psicológica— su amor desgraciado por una mujer casada que le arrebató la muerte cuando él tenía 24 años. Nietzsche sufrió una tragedia semejante. Es verdad que la muerte no le había raptado a su amada, ella se convirtió en la esposa de su amigo paternal y vivía aún, pero —lo que era peor todavía— ella le había lanzado una especie de anatema. «¡Quién sabe excepto yo lo que es Ariadna!», aparece todavía en el *Ecce homo,* después de haber citado la «Canción nocturna» de *Zaratustra* II, a la que designa aquí como «el lamento inmortal por estar condenado por la sobreabundancia de luz y de poder, por su naturaleza *de sol,* a no amar»: «Es de noche: hablan ahora las fuentes manantiales todas. Y también mi alma es una fuente manantial. Es de noche: sólo ahora despiertan las canciones todas de los amantes.» En la noche que acaba de entrar, ahora, su alma comienza a hablar en voz alta, desvela el misterio en torno a Ariadna: en esos pocos días de comienzos de enero de 1889 se dirigen tres manifiestos a la Sra. Cosima Wagner. En uno se dice: «Ariadna, te quiero.» Pero no sólo a ella airea Nietzsche ese secreto agobiante, sino también en dos cartas dirigidas al único ser vivo que ve y reconoce al lado de ella y sobre sí mismo, Jacob Burckhardt. El 4 de enero le escribe «Ahora es usted —eres tú— nuestro gran maestro, el más grande: puesto que yo, junto con Ariadna, sólo he de ser el equilibrio dorado de todas las cosas, tenemos en cada trozo aquellos que están por encima de nosotros... Dionisio», y el 5 de enero: «El resto para la Sra. Cosima... Ariadna... De cuando en cuando se ejerce la magia. En la última hora casi, en la que todavía mantiene la conciencia —aunque ya oscurecida—, él la llama. Pero hay que fijarse: la cita dice «... *lo que* es Ariadna», ¡y no «*quién*»! Ariadna no sólo es esa única Sra. Cosima, es todo un mundo espiritual al completo, al menos todo un mundo cultural, un contenido para la vida, es un «canon». Pero en la misma carta a Buckhardt se delata también la relación disociada con la «mujer», «amor inferior» y «superior» vuelven a aparecer uno al lado de otro.

En noviembre había tenido lugar en París un proceso contra un asesino, que fue tratado detenidamente en las gacetas. Nietzsche hubo de leer con interés las crónicas en los periódicos franceses que encontraba en las trattorías que frecuentaba. Se trataba de un tal Prado (probablemente un pseudónimo) que vivía en París junto con una chica. Fue llevado ante el juzgado por robo, pero allí se descubrió además que dos

años y medio antes había asesinado a una prostituta. Por ese motivo fue condenado a muerte el 14 de noviembre. ¡Tan duramente se castigó el crimen de una prostituta! Esto correspondía a la exigencia repetida por Nietzsche de protección y reconocimiento de la prostitución. Al mismo tiempo tenía lugar otro proceso en Argelia. El estudiante Henri Chambige era el amante de una tal Sra. Grille, una inglesa de nacimiento que vivía en Constantine, Argelia. Tras una escena agitada, el 25 de enero de 1888, Chambige había matado a tiros a la mujer en su villa y se había herido gravemente a sí mismo. ¿Vio Nietzsche ahí a un Don José como el de la tragedia de Carmen en la ópera? Ya en el invierno 1881/82 había escrito en su partitura para piano de *Carmen* de Bizet, como observación ante la trágica catástrofe[71]: «Auténtica música de tragedia a partir de aquí», y ante las últimas exclamaciones de Don José y de Carmen «todo muy bueno», haciendo resaltar, sobre todo, los acentos musicales fuertes con un signo indicativo. El Don José «real», Henri Chambige, fue condenado por los jurados de Constantine el 11 de noviembre de 1888 a 7 años de trabajos forzados. Y ahora, en el delirio, Nietzsche se identifica también con esos malhechores: «No tome demasiado en serio el caso Prado. Yo soy Prado, yo soy también el Padre Prado, me atrevo a decir que soy también Lesseps*. Quise dar a mis parisienses, a quienes amo [¡Nietzsche jamás estuvo en París!], una nueva idea —la de un malhechor decente. También soy Chambige —un malhechor decente también.» Esto lo califica Nietzsche como el primero de sus «dos chistes malos», con los cuales quiere dar una idea a Burckhardt de «cuán inofensivo puedo ser». Más allá de esta inofensividad queda la cuestión de si esas identificaciones con el «malhechor decente» podrían ser influjos quizá de Dostoiewski.

La capacidad vivencial de Nietzsche, después de acabar el *Ecce homo*, o sea, desde mitad de noviembre de 1888 aproximadamente, parece abandonada casi sin protección alguna a fuertes impresiones; esto ya se vio en las reacciones, sin dominio del ánimo, frente a la música, y ahora frente a los dos procesos por homicidio, a lo que vinieron a añadirse todavía tres acontecimientos en Turín, que penetraron profundamente, asimismo, en sus sentimientos, de modo que también salieron a la superficie en el período de tránsito de las cartas de locura. El reflejo en la carta a Burckhart es el siguiente: «Este otoño, vestido lo menos posible, asistí por dos veces a mi entierro, primero como Conte Robilant (—no, ése es mi hijo, por cuanto yo soy Carlo Alberto).» Como base para ello le había precedido una comunicación a Overbeck del 13 de noviembre: «Tuvimos esos días la tétrica pompa de un gran sepelio en el que participó toda Italia: el Conte Robilant, el tipo más admirado de la nobleza pia-

* Constructor del canal de Suez, se hizo del dominio público, también del de Nietzsche, por la convención de Constantinopla del 29.10.1888.

montesa, hijo natural, por lo demás, como aquí se sabe, del rey Carlo Alberto. Con él Italia perdió un premier que no puede sustituirse.» Y el 16 de diciembre a Köselitz: «Acaba de morir el príncipe de Carignano: tendremos un gran entierro.» Desde estas comunicaciones habla un sentimiento inmediato de compasión con la joven casa real italo-saboyana, que parece estar más cercana humanamente a él que la «Casa Hohenzollern». De la condena general sólo excluye a Federico III, con el que entró, aunque sólo indirectamente, en contacto «personal», de cuyo destino participó y cuya muerte el 15 de junio le causó realmente impresión. Y a todo ello se añade una tercera defunción en Turín: el 18 de octubre murió el arquitecto Alessandro Antonelli.

Todo esto se junta en su formulación más clara, aunque con enorme deformación de imagen y desbandada de ideas, en la larga carta del 5 de enero de 1889 a Jacob Burckhardt, carta decisiva para su destino. También en ella llama la atención, en bonitos detalles, al menos por parte de Nietzsche, la cercanía y el calor humanos para con los destinatarios. Con delicadeza apela al historiador del arte, y al sereno conversador: «Considere Usted que entablamos una bonita conversación, Turín no está lejos, por de pronto faltan obligaciones profesionales graves, habría que procurar un vaso de Veltliner» (el vino tinto preferido por Burckhardt), y: «Pero Antonelli era yo mismo. Querido Sr. Profesor, debería ver esta obra arquitectónica.» La «Mole Antonelliana» de Alessandro Antonelli (14 de julio de 1798 - 18 de octubre de 1888) debía facilitar la decisión de Burckhardt de hacer un viaje a Turín; «el monumento característico de Turín, la torre más absurda, más absurda y, a la vez, más ingeniosa que su oponente en hierro, más famosa que ella: la de Eiffel», en juicio de Lucius Burckhardt[66]. «Se comenzó la construcción de la cúpula como sinagoga» (1863), pero como se acabó el dinero «el ayuntamiento de Turín se hizo cargo de su terminación con vistas a una exposición nacional... Entonces Antonelli siguió construyendo, y la iglesia de cúpula se convirtió en una torre. Finalmente entregó el edificio 100 metros más alto de lo que había aprobado su cliente. Desde entoces la Mole Antonelliana proporciona ocasión al visitante de ver la ciudad desde lo alto y verla, por tanto, tal como fue concebida. Allí se adivinan todavía las grandes perspectivas al campo abierto que deberían haber resultado en los confines de las grandes calles diametrales»*. Precisamente fueron esas perspectivas y la planta rectangular desarrollada a partir del *castrum* romano, las cosas que contribuyeron esencialmente a la admiración de Nietzsche por Turín. ¡Aquí se ofrecía un puente espiritual hacia Burckhardt! Nietzsche vuelve a firmar la carta con su nombre, después de que en los últimos días firmara todas sus misivas con «Anticristo», la mayo-

* La torre, con 167 metros de altura, fue terminada en 1878. Por tanto Burckhardt tenía que saber de ella a la fuerza.

ría también con «El crucificado» o «Dioniso»; los rasgos de la escritura, asimismo, vuelven a ofrecer una imagen normal.

Con las firmas pseudónimas Nietzsche vuelve a plantearnos —por última vez— un enigma, para el que hay, bien es verdad, algunos accesos biográficos, pero ninguna solución definitiva. El Dionisio-Zagreo de los misterios órficos, que también llevaba el sobrenombre de Σωτῆρ (Sotēr = el Salvador), tal como luego se le asignó a Jesús, como hijo de Zeus y de la reina del mundo subterráneo Perséfone, era el símbolo de una «vida eterna», pero no en un «más allá», sino aquí, en este mundo. Así, ello se correspondía con el «Sí a la vida» de Nietzsche, pero no en el sentido de una supervivencia personal, de una resurrección de cada uno. Dioniso fue despedazado por los titanes y dividido en un número infinito de individuos, pero Zeus le hizo nacer de nuevo. La identificación de Nietzsche con este Dioniso en los días en que su interior se manifiesta tan claramente podría ser un indicativo de cuán fuerte tenía arraigada la religiosidad griega, esclarecida, en cualquier caso, por la física estoica, que suponía una materia primordial divina, el *logos*, presente en todos los fenómenos y unificadora así de todas las cosas: el Dioniso dividido.

Frente a esto y simplificando mucho, también podría remitirse esta identificación con Dioniso al campo de la tragedia de Ariadna, como la mayor carga anímica quizá de Nietzsche. No puede uno conformarse en modo alguno con calificarla alegremente de «locura». Nietzsche estableció con ella un símbolo para un *factum* dominante en su vida y en su pensamiento, sobre el que nos falta un saber claro. Queda sólo como un signo de advertencia.

Igualmente enigmática es su identificación con el «crucificado». Ya en principio hay que preguntarse si con ello se refiere a Jesús —¡a quien no nombra jamás!— o si se ve a sí mismo como un nuevo crucificado de ahora. A la imagen y expresión pudo contribuir el recuerdo de una carta de Köselitz del 4 de noviembre de 1887 en la que éste le relata la impresión que parece que causó el «Himno a la vida» de Nietzsche a dos italianos: «Ellos pensaron en el monte Calvario con sus siete estaciones de dolor», a lo que Köselitz responde: «aquí es otro que Cristo el que sube al monte; en lugar de la cruz lleva armas y el lucero del alba.»

La explicación teológica-psicológica de ello puede referirse con cierto derecho al momento de esa identificación, la proximidad de la Navidad y del Año Nuevo, y las crisis que solían acompañarlos. Nietzsche no habría podido mantener después de ello su «posición de anticristo», y se habría sometido al crucificado hasta su propia pérdida. Pero también puede ponerse en paralelo con el Zaratustra. Nietzsche, ante la pregunta de por qué eligió precisamente a este fundador religioso persa como protagonista de su poema didáctico, intenta hacer creíble que Zaratustra fue el fundador del dualismo de «bien y mal». Y si esto ha de ser superado, tie-

ne que serlo precisamente por mediación de él. Del mismo modo, Nietzsche podía decir ahora: si el cristianismo ha de ser superado, tiene que serlo por mediación del crucificado resucitado, del que ya se decía en *Zaratustra* I («De la muerte libre»): «Murió demasiado pronto: ¡si hubiera llegado a mi edad él mismo habría revocado su doctrina! ¡Era suficientemente noble como para retractarse!»

Ciertamente, estas identificaciones son visiones que pertenecen a otro reino que el de la saludable realidad. A pesar de todos los velos y a través de ellos, sin embargo, se percibe claramente los contornos al menos de la dimensión en que se mueve Nietzsche, así como la pesadez de la carga que ha tenido que soportar con una tarea que él consideró como vocación, a la que subordinó, sacrificó incluso, toda su existencia externa. En este sentido también podría haberse considerado como «portador de la cruz».

Podría fácilmente sacarse la impresión de que la disolución espiritual que se realiza en estos días sólo se plasmó en tales visiones y en la escritura de «cartas de locura» de contenido apacible, irónico o hasta agresivo incluso. Pero su comportamiento personal había perdido el suelo real, al menos del mismo modo, haciéndose vacilante y lleno de emociones no dominadas. Nietzsche califica su vivienda, quizá con razón, de habitación de estudiante. Con ello conscientemente conecta con su época de Bonn. En ella vuelve a haber también un piano, que en estos días, muy a pesar de sus patrones, toca intensamente a cualquier hora del día o de la noche. En su estado presente, el desahogarse en vehementes improvisaciones, el poderse «vaciar» liberándose en ellas, es una posibilidad muy importante para Nietzsche. Ahora se plasma todavía en una actividad artística lo que poco más tarde habría de manifestarse externamente en brutales accesos inmediatos de rabia.

En las calles y en los negocios se da aires de extranjero distinguido, lo que no resultaba nada extraño ni llamativo para los comerciantes turineses, acostumbrados como estaban a clientes extravagantes. También en esto Nietzsche vuelve a recurrir a su procedencia de la nobleza baja polaca, presume de «polaco». Así puede driblar su origen alemán, del que reniega con sumo gusto ahora que se encuentra en esa situación de conflicto interno con el «Reich», los Hohenzollern, Bismarck, etc. Pero también llegan a sucederle incidentes en plena calle. El 7 de enero (eso le dice Overbeck a Köselitz el 15 de enero)[50] Nietzsche «se cayó en la calle y fue levantado [y] estuvo a punto de ir a parar acto seguido a un manicomio privado y de rodearse así de esos aventureros que, en Italia más que en ninguna otra parte, concurren en tales ocasiones». Elisabeth Förster cree poder informar de que fue el patrono de Nietzsche, Fino, quien lo recogió de la calle y lo llevó a casa, poniéndolo así a seguro. También el 8 de enero «el asunto se convirtió en un escándolo público, el patrono... acababa de estar... en la policía y con el cónsul alemán; una hora

antes todavía... la policía no sabía nada» (Overbeck.) Sobre este incidente, que Overbeck sólo menciona como «escándalo público» y, por desgracia, sin citar fuentes, así como localizándolo falsamente, con seguridad, cuatro días al menos demasiado pronto, el 3 de enero, Erich Podach narra (en 1930) la conmovedora historia de cómo Nietzsche, en la parada de coches de punto, cree que un viejo caballo es maltratado por su cochero y, entre sollozos y lágrimas, se echa al cuello del animal abrazándolo. Aunque Podach testimonió aquí una trasmisión oral de la tradición local de Turín, y que él recordó después de años, siempre queda la pregunta de si en realidad se produjo un mal trato realmente llamativo de un animal, o si Nietzsche se lo figuró simplemente con su mirada ya turbia. Hay que considerar además otra cosa: Nietzsche nunca mostró especial afinidad para con los animales, sólo usa de «el animal» abstractamente, como el ser vivo cobijado en la seguridad de su instinto, frente al hombre, inseguro a causa de sus prejuicios morales y extraño de sus fundamentos naturales, al que designa como el «animal imperfecto». Con el caballo únicamente entró en contacto directo en su época de servicio militar como «artillero a caballo». De ello sólo se encuentran recuerdos muy aislados, así por ejemplo cuando informa a Malwida v. Meysenbug, el 13 de mayo de 1877, respecto a una pintura de un caballero del Palazzo Brignole de Génova, y le dice que él encuentra que «en el ojo de ese potente corcel está todo el orgullo de esa familia», o cuando el 13 de mayo de 1888, en carta al Sr. v. Seydlitz, incluye la penosa escena de cómo en un duro paisaje invernal el cochero niega el agua al animal maltratado. Nietzsche califica entonces aquello como una «moralité larmoyante», nombrando a Diderot como fuente de la cita. Ultimamente Anacleto Varrecchia ha llamado la atención sobre otra posibilidad[251]: la escena de *Crimen y castigo* (1.ª parte, cap. 5) de Dostoiewski, donde Raskolnikov sueña cómo campesinos borrachos dan palos a un caballo hasta que muere, y él, dominado por la compasión, se abraza al cuello del animal muerto y lo besa.

Nietzsche no atestigua en ninguna parte (así que habrían de aparecer aún pruebas de ello) que hubiera leído esta obra de Dostoiewski o, al menos, de que hubiera conocido este episodio sacado de ella. Pero el relacionar con él el incidente de Turín presupone tal conocimiento; o bien la deducción contraria: a partir del incidente de Turín podría suponerse ese conocimiento, no atestiguado en parte alguna; ello sería interesante. Pero de un modo u otro, la cadena causal resulta débilmente unida sin otras pruebas de ello.

La decisión

El domingo 6 de enero de 1889 Jacob Burckhardt recibió la larga carta de Nietzsche. Si bien es verdad que aquél, desde la *Genealogía* al me-

nos, no había seguido ya el camino filosófico de Nietzsche, sí continuó unido humanamente al antiguo colega. Hacía tiempo que contemplaba su estado con preocupación y se hacía informar sobre él, pero este giro hacia la perturbación mental lo sorprendió y afectó profundamente. Burckhardt hizo inmediatamente lo que estaba en su mano: fue acto seguido, con la carta, a ver a Franz Overbeck, cuyo estrecho contacto con Nietzsche conocía. A pesar de que sus casas no estaban lejos una de otra —del arrabal de St. Alban a la Sevogelstrasse hay sólo algunos cientos de metros—, Burckhardt todavía nunca se había sentido movido a hacer ese camino. Pero ahora, la terrible impresión recibida lo impulsó a superar esa barrera. También para Overbeck fue una sorpresa alarmante el ver entrar en su casa a Jacob Burckhardt.

Cuán extraña e incomprensible le resultó siempre a Overbeck la relación de Nietzsche con Burckhardt, es cosa que llega a expresarse con sorpresa más tarde (1902) en sus *Recuerdos de Friedrich Nietzsche*[185], a menudo poco críticos: «El destinatario estaba casi indiferente: el que Nietzsche le hubiera escrito así sobre sus cosas justifica más elocuente esta postura de Burckhardt que el contenido de por sí enajenado. ¡Cómo pudo comportarse de ese modo precisamente ante un hombre así!» Aquí, al recordar este suceso acaecido cerca de una docena de años antes, las imágenes se descentran en la memoria de Overbeck. ¿Quién puede tomar a mal tal cosa a un hombre debilitado, que camina hacia la vejez y excitado entretanto por muchas injusticias e infortunios? Así, la visita de Burckhardt se la pasa de la mañana a la tarde y el visitante se sienta frente a él «casi indiferente». Esta valoración está influenciada seguramente por la descripción —falta de comprensión y nacida incluso probablemente de los celos— de la relación de Burckhardt y Nietzsche, que Köselitz había hecho a Overbeck en su carta del 2 de marzo de 1899: «Asimismo, quien (tras el curso de Burckhardt sobre historia de la cultura griega, que escuchó Nietzsche en el verano de 1876) haya visto a Burckhardt y a Nietzsche caminar juntos por la plaza de la catedral hacia casa, hubo de notar que Burckhardt hacía el papel respecto a Nietzsche de *noli me tangere* y que si por él fuera hubiera preferido evadirse con paso tímido y receloso. Los motivos de la tirantez interior de Burckhardt para con Nietzsche son de mil maneras pero todos evidentes. Ya la circunstancia de que alguien sea un alemán del norte incita a los alemanes del sur a la antipatía. El que Nietzsche causara impresión a muchos basileos, quizá no le fuera del todo indiferente a Burckhardt. Este no pudo soportar bien el que Nietzsche —a pesar de ser él mismo, Burckhardt, una persona dotada de fantasía y de todos los instintos de la grandeza—, con garras y alas completamente diferentes, volara sobre el ámbito en el que él tenía también mucho que decir.»

¡Köselitz no podía haber desfigurado más burdamente la relación elegantemente distante de Burckhardt y Nietzsche! Y, por lo que se refiere

a la supuesta tensión natural entre alemanes del norte y del sur, eso era lo que le sucedía por parte suya al alemán del norte Köselitz, que no pudo asimilarse en absoluto a las circunstancias de Basilea, como había demostrado horripilantemente con sus artículos en el caso Bagge (cfr. tomo 1, p. 763 ss.). Pero, por desgracia, el Overbeck que ya estaba haciéndose viejo entonces, se sometió hasta cierto punto a esta imagen.

Burckhardt estaba entonces en su año 71 de vida y había tenido que soportar ya la pérdida de algunas personas cercanas a él, y, por tanto, que aprender a mantener una postura serena y tranquila en estos casos. En esa época precisamente se sentía así frente a la muerte: «Tengo presente incesantemente la sensación de que disminuyen las fuerzas... Según creo, está al llegar una dolencia de corazón, hereditaria en un momento determinado en nuestra casa. A mi hermano se le hace esto soportable, ya que está ausente en sus fantasías y que, además, se ve que no sufre, pero su liberación es sólo una cuestión de tiempo, y de un tiempo próximo... Entretanto el doctor prueba aquí y allá un nuevo medio con el que conseguir una permanencia aquí más corta o más larga. Yo me grabo todo ello en la memoria para conocer también mi final» (a Max Alioth, 19 de febrero de 1889; el hermano Gottlieb murió el 13 de marzo de 1889). El historiador se preocupa de objetivar también el propio destino personal, de tomar distancia frente a él, sin volverse por ello apático al respecto. Del mismo modo hubo de intentar ahora asimilar el final trágico de su colega más joven dentro de la resignación general duramente alcanzada. Todo lo que él podía hacer era intervenir para que, lo más rápidamente posible, le llegara ayuda al desdichado. Y para ello nada más apropiado y rápido que el camino a casa de Overbeck. Burckhardt vio probablemente el tamaño de la catástrofe en todas sus consecuencias de modo más completo y claro que el propio Overbeck, que creyó —una segunda valoración equivocada de la situación— que su amigo sería capaz todavía para decidir y realizar un viaje a Basilea. Overbeck conocía desde mucho tiempo atrás las crisis que sufría su amigo casi todos los años después de Navidad y Año Nuevo. Inexperimentado en estas cosas como un niño (como ha de confesar él mismo después), hubo de suponer otra vez un caso parecido. ¡Así que se sentó a la mesa inmediatamente y escribió una carta urgente a Turín diciendo que Nietzsche debía venir sin demora a su casa a Basilea! Sólo cuando él mismo, el lunes siguiente por la mañana (7 de enero), recibió también una «carta de locura», inconfundible, de Nietzsche, se le hizo claro lo que sucedía. Entonces fue *él* quien emprendió un camino inusual. Se apresuró a ir a ver al director de la clínica psiquiátrica «Friedmatt» (inaugurada en 1886), el Prof. Dr. Ludwig Wille, que entonces quedaba aún bastante alejada de la ciudad, en la frontera alsaciana. Wille era un colega con el que tenía confianza, y que también conocía a Nietzsche.

Este bávaro, nacido el 30 de marzo de 1834 en Kempten, tras una

actividad llena de éxito en otros centros suizos como Münsterlingen, Rheinau y St. Urban, fue llamado a Basilea (lección inaugural el 5. 11. 1875) como catedrático de psiquiatría y director del manicomio, que regentó hasta 1904. Durante este tiempo había podido conseguir que se construyeran las modernas instalaciones «Friedmatt». Murió en Basilea el 6.12.1912[23,252]. Tras un examen de las dos cartas dirigidas a Burckhardt y a Overbeck, Wille no tuvo duda alguna sobre cómo había que juzgar el caso y sobre lo que había que hacer. Censuró como inválido el intento de Overbeck con la carta y le instó a traer sin pérdida de tiempo al amigo de Turín a Basilea, antes de que desapareciera en uno cualquiera de los dudosos centros italianos. Overbeck siguió inmediatamente el consejo, que más parecía una orden. Al hacerlo tuvo que posponer dos consideraciones de peso: por una parte la cuestión de los gastos. Ni él ni Nietzsche andaban económicamente bien. Los honorarios profesorales eran entonces más bien escasos. Y, además, seguramente no le fue fácil al concienzudo docente que era ausentarse, sin dispensa oficial, del semestre por algunos días. A pesar de ello partió por la noche del 7 de enero hacia Turín, a donde llegó al día siguiente hacia las 2 de la tarde. Dada su perennemente delicada salud, Overbeck se exigió un gran esfuerzo con ello, ya que hacer a mitad del invierno, en los trenes de entonces, insuficientemente caldeados o no caldeados en absoluto, durante la noche (sin coche cama), un viaje de 18 horas aproximadamente, significaba un auténtico sacrificio. Pero le aguardaban aún cosas peores.

Por su propio esfuerzo encontró la vivienda de Nietzsche en aquella ciudad desconocida para él. El patrono, Fino, estaba ausente. Nietzsche, con su comportamiento, había acabado por ponerle en un estado de desesperación, y ahora estaba buscando ayuda en el consulado alemán y en la policía. Toda la familia estaba desperdigada de modo que Overbeck también tardó en encontrar a la esposa. Y sólo después se acercó hasta su amigo. En su carta del 15 de enero la narra a Köselitz el encuentro: «Fue el último momento en el que todavía era posible sacarlo de allí sin empedimentos especiales, excepto el de su propio estado. Paso por alto las conmovedoras circunstancias en las que encontré a Nietzsche como pupilo de sus patronos..., que parecen ser también características de Italia en general. Con el terrible momento en el que volví a ver a Nietzsche retorno a lo principal: un momento terrible como ningún otro y totalmente diferente de todo lo que se sucedió después. Veo a Nietzsche en una esquina del sofá, encogido y leyendo —como luego se vio, las últimas pruebas de *Nietzsche contra Wagner*—, tremendamente deteriorado en su aspecto externo, él [me ve] (y) se precipita hacia mí, me abraza con fuerza reconociéndome, y se hace un mar de lágrimas, vuelve después, en medio de convulsiones, a hundirse en el sofá, yo tampoco me encuentro con fuerzas, a causa de la conmoción, para tenerme sobre mis piernas. ¿Se le abrió en aquel instante el abismo en el que se encuentra

o, mejor, en el que ha caído? En todo caso, no se ha repetido nada semejante. La familia Fino, al completo, se hallaba presente. A penas volvió Nietzsche a reposar allí, gimiendo y en contracciones convulsivas, cuando se le dio a beber el agua de bromuro que estaba sobre la mesa. Instantáneamente se tranquilizó, y, riendo, comenzó a hablar de la gran recepción que estaba preparada para por la noche. Con ello Nietzsche se movía en un círculo de delirios del que no volvió a salir después hasta que yo le perdí de vista; con claridad siempre sobre mí y en general sobre las demás personas, pero preso en una noche total con respecto a él. Es decir, sucedía que, exaltándose sin medida en fuertes cánticos y frenesíes al piano, recuperaba jirones del mundo de ideas en el que había vivido últimamente; entonces, en frases cortas, pronunciadas con un tono indescriptiblemente apagado, dejaba escuchar cosas sublimes, maravillosamente visionarias e indeciblemente terribles sobre sí mismo como sucesor del Dios muerto, punteando todo ello, por así decirlo, al piano; después volvían a seguir convulsiones y arrebatos de un sufrimiento indescriptible. Pero, como he dicho, esto sucedía sólo en momentos escasos y fugaces; mientras yo estuve presente, en total predominaron las declaraciones de la profesión que él mismo se adjudica a sí mismo de ser el bufón de las nuevas eternidades; y él, el incomparable maestro de la expresión, era incapaz de reproducir los entusiasmos, incluso, de su alegría de otro modo que por medio de las expresiones más triviales o por un bailar y saltar ridículos.»

¿Cómo llegó el «agua de bromuro» a la habitación de Nietzsche en la casa de Fino? Overbeck conservó la factura de la farmacia Rossetti* de Milán, que él abonó a Fino. Los medicamentos (no sólo soluciones de bromuro) eran prescripciones del psiquiatra Dr. Carlo Turina de Turín, que hizo cuatro visitas a Nietzsche[187]. Nietzsche, por tanto, ya estaba en tratamiento psiquiátrico ambulante desde hacía algunos días en Turín, procurado por el solícito patrono Davide Fino. Parece que entonces eran corrientes las soluciones de bromuro como tranquilizantes. Malwida v. Meysenbug (tal como escribe el 9 de diciembre de 1876 a Olga Monod[167]) ya las había empleado con Nietzsche en Sorrento en el invierno de 1876/77.

Así que fueron estos medicamentos prescritos por el médico los que llamaron la atención del visitante en la habitación de Nietzsche y los que después hubieron de contribuir a la leyenda del abuso crónico excesivo del cloral, que habría causado el desmoronamiento. Pero la crisis estaba obviamente ya ahí *antes* de los medicamentos, y con una fuerza que llevó a Fino al camino no usual del psiquiatra. «Las tinieblas propiamente, parece que entraron de modo súbito el 4 del mes, por lo que he podido cons-

* Verrecchia[251] constata al respecto que la farmacia Rossetti, piazza Carignano, existe hoy todavía.

tatar por las cartas y por informes pedidos en Turín», escribe Overbeck el 22 de enero a Erwin Rohde.

Overbeck tenía que sacar de allí al enfermo tan rápidamente como fuera posible. Veía y temía, con razón, las dificultades del transporte, para las que sinceramente no se sentía con fuerzas. Después de que Fino ya se había anunciado en el consulado alemán, fue ahora Overbeck el que continuó ese contacto. Ya al día siguiente de la vuelta a Basilea, el 11 de enero de 1888, agradece al secretario del consulado Jakob Schobloch la ayuda prestada[188]. La más urgente fue el procurar un compañero de viaje apropiado. Es de suponer que el consulado le proporcionó la dirección y los servicios del joven dentista alemán Dr. L. Bettmann, quien, a pesar de su especialidad, obviamente tenía experiencia o dotes para atender a los enfermos mentales, puesto que el modo cómo desempeñó su cometido ha de calificarse de brillante y hasta refinado, lo que le atestigua Overbeck también en una carta del 11 de enero. El que, junto a esto, sucedieran otras experiencias con Bettmann, es otro asunto. Todavía la tarde del 8 de enero (él añade «7 de la tarde») Overbeck escribe desde su albergue nocturno en Turín, el «Grand-Hotel», a su esposa[188]: «Tras dificultades al comienzo todo se ha aclarado de repente de modo muy singular; incluso en lo más importante, todo el proceso que era de esperar del asunto sucedió sorprendentemente rápido... Como camarada de viaje tengo ya a un médico joven que se ofrece muy gustosamente a ello por sus gastos efectivos.» Recibió después 200 francos, lo cual era entonces una suma considerable*.

Sólo Overbeck y el compañero de viaje, los dos únicos testigos inmediatos, podrían informar de todo lo que sucedió en las 24 horas y media que permaneció Overbeck en Turín, y durante el largo viaje hasta Basilea. Pero no contamos con ninguna manifestación del compañero de viaje, excepto un «dictamen» diagnóstico facultativo que quizá pudiera atribuirse a él. Durante mucho tiempo existió una prolongada inseguridad en torno a la persona del Dr. Bettmann.

El informe de Overbeck en sus *Recuerdos* y en las cartas a Köselitz es muy sumario. Carl Albrecht Bernoulli puede completarlo[50]: «El no escribió entonces a Peter Gast (Heinr. Köselitz) todo lo vivido en Turín en el terrible encuentro; su mano se resistió a transcribir al papel los últimos y más crudos detalles. Aunque ocasionalmente aludía a ello en los círculos más íntimos, y a mí personalmente me completó una vez de palabra aquella descripción. Según ella se le ofreció entonces una visión que corporeizaba de modo horrendo la representación orgiástica del furor divino en el que se basó la tragedia antigua. Overbeck no necesitó reconstruir el estado de Nietzsche cuando la catástrofe, partiendo de los fragmentos escritos aquellos días; tuvo que ver con sus propios ojos ese

* Factura en el legado de Overbeck bajo A 314.

estado, el primero y en la mayor cercanía a Nietzsche. Su amor entregado de amigo y su conciencia inconmovible de la obligación le pertrecharon con la fuerza de resistencia necesaria para sobreponerse a la inmediatez de esa viviencia, que de otro modo hubiera resultado insoportable.»

Overbeck fue también más comunicativo con Möbius, quien le visitó el 10 de abril de 1902. Möbius informa al respecto[168]: «En Turín encontró a un hombre judío que se ofreció como cuidador de locos (aunque no lo era) y que con su intervención le ayudó a llevar a término la algo arriesgada empresa. Nietzsche estaba en la cama y se negaba a levantarse. El judío le contó que estaban preparadas para él grandes recepciones y festividades, y Nietzsche se levantó, se vistió y fue a la estación con ellos. Allí quería abrazar a toda la gente, pero el acompañante explicó cómo eso no era apropiado a un señor tan importante: y Nietzsche se calmó. Con ayuda de grandes cantidades de somníferos se mantuvo tranquilo al enfermo durante el viaje, y así llegaron los tres felizmente a Basilea.» Otro visitante de Overbeck, el escritor Eduard Platzhoff-Lejeune, que vivía en Waadtland (Villars s. Ollon), presentó así —sobre la base de una conversación anterior con Overbeck— el episodio («realmente no del todo sin desfiguraciones», como hace notar C. A. Bernoulli)*: «Nietzsche, en medio de un delirio total, corriendo a toda velocidad con el codo sobre el piano, gritando y cantanto; después, de nuevo, en completa apatía reconociendo al amigo e, inobediente como un niño, oponiéndose a sus recomendaciones... La policía de Turín ya estaba al tanto, y sólo un auténtico rapto pudo evitar la entrada obligada en un centro de aquel lugar. Entonces, como por milagro, un desconocido —un judío alemán al parecer— se ofreció para transportar al enfermo. Overbeck... accedió y no tuvo que arrepentirse de su aceptación. Con tacto sorprendente el extraño consiguió inmediatamente influjo sobre el díscolo enfermo, ascendiente del que no fue capaz el amigo. Nietzsche obedeció como un niño, dejó la cama y se vistió. Un nuevo arrebato convirtió para Overbeck en una tortura el camino hasta la estación. Dando gritos y persiguiéndola, Nietzsche se dirigía a la multitud curiosa, que estuvo a punto de frustrar el viaje. El tren partió mientras Nietzsche cantaba una canción de pescadores napolitana (?) que conmovió profundamente al excitado amigo... El cuidador lo intentó con una sugestión: "Usted es un príncipe. En la estación de Basilea le espera una multitud festiva. ¡Pase usted ante ella, sin saludar, hacia el coche que ya estará preparado!" La artimaña surtió efecto mejor de lo esperado**. La mañana del 10 de enero de 1889, hacia

* El 6 de julio de 1905 publicado en el *Berliner Tagblatt*.

** El dato de la «canción de pescadores napolitana» a la partida del tren es ciertamente falso y no meramente una «deformación». Overbeck directamente nos ha transmitido que Nietzsche cantó durante la noche, al pasar el San Gotardo, una «canción de góndola veneciana».

las 8, Nietzsche y sus dos cuidadores llegaron a Basilea. Un coche de punto ya preparado (!) los condujo hasta «Friedmatt», donde el paciente pudo ser confiado a la atención de los especialistas.

Con ello Nietzsche dejó de ser una persona que actúa autónomamente.

Oscuridades

Queda aún por esclarecer la cuestión de la identidad de ese extraño acompañante. Cuando Overbeck recibió en 1902 la publicación de Möbius anotó al margen respecto a la expresión de «hombre judío»[30]: «Era dentista en Turín, afirmaba haber transportado ya locos, especialmente desde París. El asunto está tratado aquí con un colorismo plenamente extraño para mí. Es verdad que en mi narración a Möbius me referí a que el hombre parecía judío y que a mí me dio la impresión de un caballero de la industria, pero muy de pasada y, por lo demás, resaltando los servicios que me prestó el "hombre judío", cuyo nombre he olvidado, servicios para él de poca monta, pero muy preciosos y suficientes para mí, y, en todo caso, prescindiendo completamente de los tonos antisemitas del informe citado»; y dirigiéndose al mismo Möbius en carta del 22 de julio de 1902[188]: «Una pequeña queja ante el uso que recibieron en abril mis notificaciones. Por lo que se refieren a mi acompañante de Turín, en mi sentir, lo principal fue lo excelente del servicio que me prestó en un auténtico apuro, y su judaísmo, un punto adicional muy indiferente. Pero la forma en la que aparece esto último en su paráfrasis de mi información, le da casi un gusto antisemita y —aunque sin intención por parte suya, lo que no dudo— me envuelve en una disputa actual de la que no me interesa nada más que permanecer alejado de ella.»

El que Overbeck, trece años después a pesar de todo, hubiera olvidado el nombre, puede parecer extraño, ya que en su legado se encuentra un borrador de carta del 11 de enero de 1889, en el que anota posteriormente (la posterioridad se reconoce en la diferencia del color de la tinta) como destinatario «Al Dr. Bettmann, 15 Corso Oporto, Turín». Los editores del legado de Overbeck (Dr. Gabathuler y Prof. E. Staehelin) encontraron a este Dr. L. Bettmann, médico dentista, con la dirección indicada por Overbeck, en el registro domiciliario de Turín de 1892.

En 1930, Erich Podach creyó haber descubierto el nombre del acompañante, pero abocó a un camino completamente falso[197]. En el historial médico de Basilea, efectivamente, puede leerse: «El p[aciente] entra en el centro en compañía de los Sres. Prof. Overbeck y Miescher», de lo que él dedujo que Miescher había sido el compañero de viaje. Esto no puede ser cierto. La designación de «Prof.» se refiere sintácticamente a ambos nombres. Pero ni el dentista turinés era «Prof.», ni Miescher es un apellido judío. Los Miescher procedían del Bernbiet suizo, es decir, de raíces

campesinas. Si realmente un tal Prof. Miescher estuvo presente en la recepción en Basilea, sólo existe la posibilidad de que o bien Overbeck antes de su partida, o bien Wille entretanto, es decir, sin poder saber todavía si se contaría con un acompañante ni con qué clase de tal, habrían pedido al fisiólogo Prof. Dr. Joh. Friedrich Miescher-Rüsch (1844-1895) que ayudara al traslado de la estación de Basilea hasta Friedmatt. A ello remite el «coche de punto ya preparado» en la estación, del informe de Overbeck (cfr. p. 35). Miescher se había habilitado en 1871 en Basilea y era profesor ordinario desde 1872, conocía por tanto a Nietzsche y a Overbeck y pertenecía, al igual que Wille, a la facultad de medicina. «Como profesor universitario era abnegado, altruista, reservado en el trato a causa de su dureza de oído, en cuestiones científicas incansable investigador y magnánimo, de gran bondad de corazón como persona[111].» A una persona así podía confiarse un servicio de amistad. Overbeck y Miescher eran además (como confirma la correspondencia) miembros de una pequeña comisión bibliotecaria de la universidad. Más allá de esa conexión oficial pudieron existir relaciones personales más estrechas.

Es otro error desconcertante el que Podach, basándose en una copia de la que no pudo encontrar el original, haga firmar con «Dr. Baumann» un dictamen médico de internamiento (para cuya expedición, además, no se ve necesidad alguna) de un médico turinés. Nunca se consiguió encontrar en Turín un Dr. Baumann que viviera allí en 1888/89. Quizá el copista confundió las letras *ett* de Bettmann, con las *au* de Baumann. La sospecha parece fundada si se considera la «legibilidad» de las firmas de médicos y, además, la fácil confusión de la *a* y de la *e* de la escritura alemana de entonces. Entonçes se usaba poner un guión sobre la *u*, por el cual pudo interpretarse el trazo transversal de las dos *tt*. Queda abierta todavía la vaga posibilidad de que el propio Bettmann cambiara su nombre en Baumann para borrar su procedencia y dar mayor peso así al testimonio.

El «dictamen» [documento 13] contiene muchos datos que este médico sólo pudo conseguir, en parte, por las manifestaciones de Overbeck y en parte por propias observaciones que habrían de durar al menos algunas horas. Sin embargo hace notar al final: «[El paciente] sólo fue visto una vez por el médico firmante.» Pero tantos conocimientos e informaciones no pueden haberse sacado de una corta consulta de rutina; a ello no se atrevió ni siquiera el Dr. Turina después de cuatro visitas.

¿Cuándo escribió esto ese médico? Si se trata del Dr. Bettmann, cosa que hemos de suponer, entonces seguramente lo escribió en Basilea, después del largo viaje —en el hotel—, tras lo cual, para enfado de Overbeck, habría entregado este «testimonio» para añadirlo a las actas de Basilea. No fue éste sólo el único disgusto que deparó a Overbeck. Bettmann se instaló en uno de los hoteles más caros de Basilea, el *Schweizerhoff*, en la misma estación, lo que hubo de parecer extremadamente inoportuno

a Overbeck, que calculaba cuidadosamente y administraba concienzudamente los recursos de Nietzsche. Ello lo movió a prescindir inmediatamente de otros «servicios» de Bettmann, a pesar de su satisfacción por su comportamiento como acompañante de viaje. El *borrador* de la carta del 11 de enero de 1889 reza (las palabras tachadas en ' '): «Muy Sr. mío, hoy temprano su factura del 'Schweizerhof', factura del hotel, después de que yo —parece ser que, otra vez equivocadamente— malentendí un convenio entre nosotros al despedirnos y parece ser que supuse, otra vez equivocadamente, que ella correría de su cuenta. Naturalmente ya está pagada. Junto a esta indicación apenas necesito darle el consejo de que si alguna vez vuelve a Basilea evite el Schweizerhof como alojamiento. Sólo añado el ruego de que abandone cualquier otra ocupación con el asunto que nos ha reunido. Por lo demás, encontraría cerrado el camino a ello en lo que de mí dependiera. Todavía hay más (,) que yo he abandonado también la información que usted me propuso cerca de mi colega el Prof. Wille sobre si el Dr. Bettmann podría hacerse remunerar más módicamente por su compañía. Puesto que, prescindiendo de que, como usted sabe, eso no es en absoluto el monto de la cantidad de esa remuneración que yo he objetado, me procuré la aclaración de mi colega de que él no había conocido en absoluto al Dr. Bettman hasta ayer mismo.

»Lamentando sinceramente que, a pesar de la complacencia con la que hube de reconocer la ayuda que Usted me prestó —complacencia que, naturalmente, 'tampoco ahora' desmiento—, acabe nuestra relación con tales aclaraciones, atentamente servidor suyo.

Prof. Fr. Overbeck»

Tampoco este borrador de carta, por desgracia, procura una claridad definitiva. ¿Quién es el destinatario que le propuso a Overbeck que pidiera información al Prof. Wille sobre si «el Dr. Bettmann podría hacerse remunerar más módicamente por su compañía», al que Overbeck comunica que Wille no ha «conocido en absoluto al Dr. Bettmann hasta ayer mismo», que se alojó en el hotel Schweizerhof, y al que reconoce una «ayuda»? El único confirmado con certeza es el acompañante de viaje, el Dr. Bettmann. Incluso aunque se tenga en cuenta el estilo, a menudo nada sencillo, de Overbeck y el hecho de que se trata de un *esbozo*, podría resultar difícil considerar como destinatario de la carta a Bettmann, a quien se cita como una tercera persona. Y, sin embargo, hay que admitirlo puesto que Overbeck mismo lo anotó así en la hoja de papel, y, aunque con posterioridad, tampoco con demasiada distancia temporal, porque, si no, todavía en 1902 habría sabido el nombre. ¿ O no *quiso* decírselo a Möbius?

A pesar de todas estas dificultades, a partir de los contextos y de las manifestaciones puede suponerse que los pormenores de la llegada a Basilea fueron, con mayor probabilidad, los siguientes: Overbeck, con ayuda

del Dr. Bettmann, condujo al paciente hasta el coche de punto dispuesto ya por el Prof. Miescher. Para ello Overbeck había anunciado telegráficamente desde Turín a Basilea la hora exacta de llegada (a su mujer, que hacía de «dirección central»). Después llevaron a Nietzsche directamente al Friedmatt. La entrega del paciente se hizo rápidamente, con una corta conversación con el Prof. Wille. De regreso pronto a la ciudad, Bettmann, cansado por el viaje, se dirigió al hotel más próximo de buena apariencia en la estación, eligiendo, sin darse cuenta de que era muy caro, el *Schweizerhof*. Sólo pudo ser la cuestión de los gastos la que movió a Overbeck a aconsejar al Dr. Bettmann en el futuro «evitar ese alojamiento», ya que eso, unido a los honorarios de 200 francos, llegó a suponer un gasto considerable. Ahí precisamente, en ese confortable hotel, puede que Bettmann redactara el «dictamen médico» con el que posiblemente volvió a presentarse después en el Friedmatt o bien lo envió allí, cosa que atrajo la dura amonestación adicional de Overbeck, que rechazó tal modo incompetente de inmiscuirse en el asunto.

Tras pasar una noche allí, Bettmann, por la mañana temprano del 11 de enero, regresó a Turín.

Según la carta que Overbeck escribió a Köselitz cinco días más tarde, el «acompañante de viaje» estuvo presente en la entrega del paciente al Prof. Wille, pero, dada la prisa y el nerviosismo, no fue presentado a él (cfr. p. 49). Wille entregó el paciente inmediatamente a su asistente. El expediente hace constar que el paciente se dejó llevar sin oposición. El acta de recepción —el historial médico— fue escrita más tarde, horas después, incluso quizá días. Ese acopio de datos sólo pudo obtenerse después de ese tiempo así. Tres errores materiales demuestran que Overbeck no estaba ya presente:

1. el nombre está mal escrito: Nitsche;
2. se pone equivocadamente como fecha de nacimiento el 12 (en lugar del 15) de octubre;
3. como ocupación anterior se constata «Prof. de filosofía» (en lugar de filología).

También la cita de los acompañantes remite a una redacción posterior hecha de memoria: se cita a los dos docentes basileos, Overbeck y Miescher, a quienes conocían personalmente los médicos; omiten, sin embargo, el Dr. Bettmann, del que no conocían ni siquiera el nombre, para evitarse las molestias (poco importantes para ellos) de andar investigando.

Con qué clase de asistencia y en qué condiciones sucedió todo ello, es cosa que queda en un segundo plano de importancia frente al hecho estremecedor de la disolución mental de Nietzsche. Y fue Overbeck quien, en una acción enérgica a última hora, preservó de la desaparición aquello que todavía podía salvarse en su amigo, y quien lo puso en un tratamiento especializado que resultaba ya inaplazable.

Capítulo 2
ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

(Enero de 1889 a mayo de 1890)

El paciente de clínica

Overbeck, pocos días después, en carta del 15 de enero de 1889 a Heinrich Köselitz[50,185, *], describe, con mayor pormenor que sus penosas vivencias de Turín, la entrada en la clínica basilea.

«Lo que más se temía, la conducción desde la estación hasta el hospital la mañana del día 10, se llevó a cabo con plena satisfacción, aunque, para mí, bajo el calmo horror ante toda aquella situación. Una escena en la sala de espera del hospital (diré de antemano que Nietzsche no tiene aún idea alguna de dónde se encuentra; para evitar las escenas de Turín, antes de apearnos, el acompañante advirtió encarecidamente al enfermo que, en principio, entraría de incógnito en Basilea..., si no, se desbarataría la impresión de la próxima entrada triunfal; y así, en actitud grave, Nietzsche pasa del cupé al coche de punto, donde la mayor parte del tiempo se mantiene encogido en estado de gran postración; anticipo asimismo que tuvo lugar el primer saludo con Wille, el director, y que éste volvió a salir por un instante de la habitación): Yo al acompañante de viaje: "Perdone Sr. Doctor que no le haya presentado aún" (yo lo había olvidado en medio de la agitación). Nietzsche (que tenía que conocer de antes a Wille): "¡Ciertamente! Tiene que ser presentado. ¿Quién era ese señor?" (refiriéndose a Wille, que acababa de volver a salir de la habita-

* Las citas de las cartas, según los manuscritos del legado de Overbeck (Biblioteca de la Universidad de Basilea)[187]. En parte ya están publicadas por C. A. Bernoulli[90,185], Otto Crusius[70b], Erich Podach[197,198,199] y en *Overbeckiana* I[188].

ción). Yo (temiendo no otra cosa que la cita del nombre): "No se ha presentado todavía, lo averiguaremos inmediatamente." (Wille ha vuelto a entrar) Nietzsche (con los modales más atentos de sus mejores días y en digna postura: "Creo que ya le he visto a usted antes y siento mucho únicamente no recordar su nombre. Quiere usted." Wille: "Soy Wille." Nietzsche (sin pestañear, con el porte antedicho y en el tono más tranquilo, sin vacilación alguna, continúa): "¿Wille? Usted es psiquiatra. Hace algunos años tuve con usted una conversación sobre el delirio religioso. El motivo fue una persona desvariada, Adolf Vischer, que vivía antes aquí (o en Basilea)." Wille escuchó en silencio, con gesto aprobatorio. Imagínese usted con qué helada sorpresa escucharía yo —que estaba en la situación de reconocer la exactitud literal de ese recuerdo de hacía siete años. Y ahora lo principal: Nietzsche consigue este recuerdo plenamente lúcido pero sin la menor relación a su propio estado presente, no evidencia signo alguno de que el "psiquiatra" tenga algo que ver con él. Tranquilamente, se confía al médico asistente que había entrado en la habitación con el encargo de un desayuno y de un baño para tomarlos a continuación, y, sin más, ante el requerimiento de éste de seguirle, abandona con él la habitación —no sabría dar con mayor claridad una idea de la aniquiladora escisión de su personalidad. Desde entonces no he vuelto a verlo, tampoco el sábado cuando volví allá.»

Durante los 14 meses siguientes la vida de Nietzsche está bajo constante vigilancia de los médicos. Sin embargo éstos no pudieron ejercer ningún influjo determinante sobre el desarrollo de la enfermedad; ésta ya no podía sustraerse al curso que le había predeterminado la naturaleza. Todo lo que quedaba en el ámbito del arte médica era combatir los síntomas, mitigar los estados de sufrimiento. Estos hubieron de ser fuertes de vez en cuando, sobre todo al principio. El historial médico de Basilea informa de insomnio, intranquilidad, gritos y canto ruidosos, «continua excitación motora». Se le dio sulfonal como tranquilizante. Se cita varias veces el enorme apetito del que ya Nietzsche se había preciado hacía meses desde Turín.

A pesar de que, con seguridad, se sentía cansado por los viajes y las impresiones de los últimos días, ya el 10 de enero Ovebeck se dispuso a cumplir la dolorosa obligación de informar de la desgracia a la madre. Esta se puso inmediatamente en camino hacia Basilea, donde llegó el 13 de enero, alojándose en casa de los Overbeck. Todo ello no con el fin de ver al hijo querido y participar de la desgracia, sino porque no estaba dispuesta a aceptar las consecuencias de la desgracia: el ingreso en un manicomio. Creía firmemente que, gracias a sus ruegos piadosos y con la ayuda de Dios, conseguiría salvar al hijo, y la primera medida para ello la veía en acercarse e su hijo, en volver a tomarlo en cierto modo en su regazo. En este sentido hubo de comportarse de modo absolutamente imperspicaz con los médicos, lo que le ganó esta dura observación en el mar-

gen del historial médico de Basilea: «La madre da una impresión de cortedaz.» En animadas discusiones diarias, Overbeck —¡contra su propio sentir!— pudo conseguir al menos que aceptara el compromiso de sacar a Nietzsche del hospital de Basilea y de llevarlo al de Jena, en su cercanía geográfica. De todos modos Overbeck no manifestó su opinión hasta que, en la disputa en torno a Langbehn, se le reprochó que fue *él* quien empujó al desgraciado amigo al hospital de Jena; en referencia a ello, el 12 de enero de 1890 responde a Köselitz que «el centro binswangeriano no es elección mía en absoluto. Hace un año mi opinión era que Nietzsche debía de permanecer aquí, cerca de mí; luché sobre todo contra ese modo precipitado en que Nietzsche fue llevado por la madre, requerí que ella viajara sola primero, y que buscara un acomodo oportuno en su cercanía, y me ofrecí a llevar yo mismo a su hijo hasta Frankfurt y entregarlo al acompañante que ella dijo poder enviar desde Naumburg. Todo ello no sirvió de nada, pero como yo no tenía la más mínima idea —que era lo principal— de qué es lo que yo podía hacer aquí por Nietzsche, ni tenía aquí conocido alguno para poder informarme "completamente" al respecto, dejé que decidieran los médicos y me abstuve de protestar.»

Así pues, la llegada de la madre no significó alivio alguno para Overbeck, sino nuevas preocupaciones y dificultades adicionales; de ello escribe el 15 de enero a Köselitz[30]: «La pobre llegó el domingo (13 de enero) por la noche, vio ayer por la tarde a su hijo. Ahora no quiere saber otra cosa más (contra el consejo apremiante de Wille y mío propio) que llevárselo consigo (propiamente a su casa, cosa total y plenamente impensable y que le está prohibida). Mañana recibiré respuesta de Jena sobre si es posible el ingreso allí. Si ella fuera afirmativa, la partida de la Sra. Nietzsche con el enfermo y con un extraordinario acompañante, que ha encontrado mi mujer —médico y en otro tiempo alumno aquí en el gimnasio, y alumno admirador de Nietzsche—, está prevista para pasado mañana, jueves, por la tarde.» Y así fue. El nuevo acompañante, hábilmente elegido por la Sra. Overbeck, fue el Dr. med. Ernst Mähly, hijo del Prof. Mähly, antiguo colega de Nietzsche y solícito representante de Nietzsche durante sus vacaciones.

El historial médico transmite el 14 de enero respecto a la visita de la madre: «La visita de la madre alegró visiblemente al paciente, al entrar su madre fue hacia ella abrazándola cordialmente y exclamando: "Ah mi querida y buena mamá, me alegro de verte".—Conversa largo tiempo sobre asuntos familiares, con toda corrección, hasta que exclama de repente: "Mira en mí al tirano de Turín". Tras esta exclamación comenzó otra vez a hablar sin concierto, de modo que hubo de darse por finalizada la visita.» Durante esa semana en Basilea Overbeck no pudo ver más a su amigo hasta la última despedida, el 17 de enero de 1889 en la estación de Basilea; de ello informa a Köselitz el 20 de enero: «Nietzsche ya no está aquí, el jueves por la noche volvió a seguir camino en com-

pañía de su madre, de un médico y de un enfermero y, si todo ha ido bien, tiene que estar desde el viernes por la tarde en Jena bajo los cuidados del Prof. Binswanger. Wille estuvo muy de acuerdo con la elección del hospital,... no así con la precipitada partida, aunque no protestó por ello, ni tampoco por la participación de la madre en el transporte. En ambos asuntos ella hizo oídos sordos a cualquier otra cosa, también a mi propuesta de que si quería hacer algo útil debía ir primero sola a preparar el ingreso de su hijo en Jena, y dejarme a mí, con los apoyos considerados necesarios, acompañar al enfermo, al menos hasta Frankfurt, desde donde, entre los amigos o familiares, alguien habría de encontrar que me sustituyera. Exímame de todo lo demás respecto a las calamidades de los cuatro días que tuvimos a la Sra. Nietzsche con nosotros, y respecto a la partida, el horrible e inolvidable momento en el que, cerca de las 9, en el atrio demasiado iluminado de la estación central, vi cómo Nietzsche, flanqueado estrechamente por sus acompañantes, con paso rápido pero vacilante, en actitud innaturalmente rígida, la cara convertida en algo así como una máscara, completamente mudo, se dirigió del coche de punto inmediatamente al departamento de su vagón, que ya estaba preparado.» Y sigue a continuación una confesión de Overbeck que evidencia la demoledora problemática de su profunda conciencia de responsabilidad, en la que lo habían colocado sus deberes de amistad, por una parte, y la fuerza de las cosas, por otra: «Puesto que no me deparé a mí mismo nada bueno en esos días, sufrí mucho por mi responsabilidad, ya anticipadamente, al comienzo, en el viaje a Turín; actué luego, en efecto, más que por mí mismo, bajo la presión de lo vivido y experimentado; y después siguió atormentándome la idea de que un favor de amistad mucho más auténtico que el de llevar al pobre al manicomio habría sido quitarle la vida; tal como sucede ahora, que no tengo otro deseo que el de que le sea arrebatada pronto... ¡Nietzsche se acabó! Y yo ni siquiera tengo necesidad de la confirmación del juicio perito del médico, que remite a una parálisis que no puede hacer más que progresar y que —excepto momentos de tranquilidad— excluye toda curación. Juzgue usted por sí mismo un detalle: Nietzsche ni siquiera pudo ya concebir contra mí el odio que yo mismo ya me tenía previamente por la privación de libertad de la que me hice culpable; las últimas palabras que le escuché antes de que se cerrara su vagón fueron una confirmación entusiasta de su amistad hacia mí. Hasta ese punto han llegado las cosas con este héroe de la libertad, él ya no piensa más en la libertad.»

«Nietzsche se acabó.» Llama la atención que Overbeck aquí, en carta a Köselitz, y ahora, el 20 de enero, ya tenga esa certeza y cite incluso el diagnóstico médico de «parálisis progresiva», que, según ello, ya se había fijado en Basilea y no tuvo que ser sugerido por Overbeck posteriormente a los médicos de Jena, ni ser añadido incluso al historial médico de allí sólo a insinuación suya, como el «archivo» le imputó más tarde. El

sábado 19 de enero por la tarde, o sea, dos días después del transporte de Nietzsche a Jena, Overbeck tuvo una conversación con el Prof. Wille. Fue en esa ocasión seguramente cuando el médico hubo de comunicarle ese grave diagnóstico hecho tras una observación de ocho días (¡por lo demás, la parálisis era el ámbito de investigación especial de Wille!). En el historial médico, en su primera página, aparece la especificación diagnóstica «Paralysis progressiva» en una caligrafía claramente distinta de la del texto del diario. Este fue escrito seguramente por el médico ayudante, y el diagnóstico puesto después, tras algunos días de observación, por el jefe mismo. El 26 de octubre de 1889 el Prof. Binswanger de Jena pidió se le dejara consultar el diario de Basilea. Le fue enviado y fue copiado en Jena junto con el diagnóstico. Erich Podach, en 1930, contó con esta copia para su publicación, así como con el original del historial médico de Jena. Podach reprodujo fielmente a ambos*. De todos modos existen dos textos levemente divergentes de Podach: una reproducción completa en la revista especializada *Die medizinische Welt* (4, Berlín 1930) y una resumida (¡no alterada en el texto ofrecido!) en su libro *Nietzsches Zusammenbruch*[197]. En interés de la objetivización de la discusión —penosa a menudo— en torno a la enfermedad de Nietzsche, hay que saludar este proceder de Podach. En el trascurso de la enfermedad aparecen aquí y allá episodios que son plenamente corrientes para el médico como manifestaciones típicas de ella y que, por esta razón, se los registra simplemente, sin acento especial, mientras que para el lego son chocantes y enturbian la imagen de Nietzsche. Por eso no pueden abandonarse a una discusión no especializada y, en último término, inútil, tanto más cuanto, incluso en círculos de especialistas, el juicio, el diagnóstico, no está fijado indiscutida ni indiscutiblemente.

Podach también hizo referencia al hecho de que muchos de los sucesos y síntomas recogidos en el historial médico podían corresponder igualmente a la imagen de otros diagnósticos con sólo haberse preguntado a continuación (Podach sugiere incluso la posibilidad) si no se habría descuidado, quizá —aunque de modo totalmente inintencionado y sin voluntad tendenciosa—, la observación de los síntomas no paralíticos, al estar bajo la impresión del diagnóstico de parálisis progresiva, establecido en firme casi con cierta precipitación. Además, siguiendo la historia de la medicina, hace valer el que en torno a 1889 el concepto de parálisis comprendía un campo de enfermedades mentales mayor que el que comprende hoy, y que en varios casos el diagnóstico de parálisis se reveló falso posteriormente, debido a que los métodos de análisis para la confirmación del diagnóstico en base a los sítomas, un «procedimiento de confirmación por indicios», pues, eran todavía muy insatisfactorios.

* Tal como me ha confirmado oralmente M. Montinari tras el examen de los documentos.

Aunque hoy el mundo especializado corrobora en su mayor parte el diagnóstico de parálisis en el caso de Nietzsche, y encuentra incluso enérgicos defensores, siempre siguen apareciendo investigadores serios que invitan, al menos, a ser precavidos y que remiten, ante todo, a un cuadro clínico posiblemente más complejo, y advierten contra el hecho de interpretar *todos* los fenómenos durante los años de enfermedad —e incluso antes todavía del desmoronamiento visible— única y exclusivamente como síntomas de esta única enfermedad. En este sentido se manifestó ya Jaspers (en discusiones de seminario con más precisión todavía que en su publicación), y a este ámbito pertenecen trabajos como el reciente del oftalmólogo Prof. J. Fuchs de Stuttgart[279]. Tras una cuidadosa recolección de todos los documentos accesibles, Fuchs alude a la fuerte miopía congénita de Nietzsche y al hecho de que, a consecuencia de ello, «a causa de la finura de la túnica del ojo y de su falta de pigmentación, era extraordinariamente sensible a la luz»; en esos casos «la luz es recibida por la retina no sólo ópticamente sino también como portadora de energía», y estimula «por el sistema neurohormonal el metabolismo y las glándulas de secreción interna» (según Hollwich), cosa que «tuvo un gran papel... en la constitución corporal y anímica de Nietzsche. Este conocimiento se vuelve más significativo cuando se considera que el propio Nietzsche achacaba la disminución, tan agobiadoramente sentida... de su bienestar única y exclusivamente a sus ojos. Este es... el motivo para su... aislamiento, vivido como algo horrible... Este sentimiento de aislamiento llevó después a un intento heróico de superarlo en la grandiosa idea del "amor fati", ... a la aceptación y afirmación del destino. Así, la maligna miopía de Nietzsche se convirtió en un componente determinante de su vida y de su filosofía de la existencia». Fuchs registra como características llamativas de muchos fuertes miopes: «Ya despabilados de jovencitos, activos hasta parcialmente agresivos, críticos, interesados en todo, los así llamados ratas de biblioteca y buenos estudiantes.» A ello se añaden rasgos casi forzadamente simpáticos. Y aplicado ello a Nietzsche: «Su estilo de practicar agresivamente la filosofía... me parece que se basa en una correlación anatómico-fisiológica recientemente observada entre el cerebro y el ojo de los fuertemente miopes. Piénsese sólo para ello en el supertamaño de la pupila altamente miope, con su cristalino y su cámara acuosa agrandados, así como en el agrandamiento de los ventrículos cerebrales que a menudo aparece unido a ello... En el caso de Nietzsche, seguramente, el centro de la agresión en la pared anterior del tercer ventrículo se mantuvo bajo una estimulación elevada... No hay mucha distancia entre la constatación de un agrandamiento ventricular en los fuertemente miopes y el supuesto de un modo alterado de reacción en los centros nerviosos cercanos. Aquí hay que buscar la comunicación psicobiológica con la esencia de muchos miopes fuertes y, por ello, también con la peculiaridad anímica de Nietzsche. También en

este contexto se halla la simpaticotonía, probada multitud de veces, de los miopes, que también, por su parte, vuelve activo y agresivo.» El desvelamiento de tales conexiones puede quizá arrojar luz nueva sobre las peculiaridades anímico-corporales del fenómeno, tan difícil de conceptuar, de Nietzsche. Fuchs, por tanto, no quiere eliminar ni tampoco refutar el diagnóstico de parálisis, por ejemplo, sino introducir un componente adicional en el cuadro clínico total como dato complejo. Todas estas discusiones y explicaciones parece que, en principio, sólo tienen interés médico. Podrían aplicarse también a otros pacientes y, en consecuencia, en el ámbito científico específico no van unidas ni a la persona ni al significado o destino de Nietzsche.

Pero precisamente las consecuencias del diagnóstico oftalmológico demuestran la relevancia, biográfica también, para Nietzsche. Quizá a partir de aquí se haga plausible su ser escindido, tan difícil de comprender muchas veces: por una parte la agresividad en la expresión escrita, agresividad creciente y que se fue haciendo embarazosa; por otra parte, la «disminuida» relación con el entorno de los miopes extremos y la delicadeza en el trato personal, sobre todo con mujeres. Y aquí vuelve a aparecer otra —la vieja— cuestión: ¿tenía Nietzsche conciencia de estar enfermo, de *esa* enfermedad precisamente y de su gravedad y posibles consecuencias? Con el material con el que contamos hoy no puede responderse conclusivamente a esta cuestión. También Köselitz se acercó una vez a ella sin encontrar respuesta alguna. En el curso de una carta de felicitación por el día de cumpleaños a Franz Overbeck[187], escribe el 14 de noviembre de 1898: «Son deliciosas las cartitas de Nietzsche a la dama parisina, cuyo nombre he vuelto a olvidar por desgracia [Louise Ott]. Por lo que de ahí concluyo, él jugó con la tentación de una pequeña extravagancia, pero la superó, quizá por una cierta deficiencia de su compañera o por un respeto inculcado y cosas semejantes...» No sé. ¿No queda aquí abierta una tercera posibilidad: que él, como enfermo, como portador de *esa* enfermedad, se retuviera respetuosamente, se tuviera que retener responsablemente concienciado? Después de que dio el paso funesto, quedó pendiente ya para toda su vida del camino de la prostitución, cosa que hizo tan desconcertante su relación con la «mujer». También esta carga del destino la soportó estoicamente.

Más allá de este aspecto biográfico la desgracia podrá adquirir aún una dimensión histórica. La catástrofe le sobrevino tres meses justos después de haber cumplido 44 años. Por la robustez de su constitución corporal podía haber alcanzado la edad de 80 años, al igual que su hermana, delicada externamente, alcanzó los 90. Con ello podría haber vivido hasta 1924/25 aproximadamente, y haber sido testigo del crecimiento imperial y económico del «Reich» y de la catástrofe de la guerra mundial; ¿o habría intentado impedirlo? Según su punto de vista europeo y su filosofía, que tendían a una formación superior del tipo «hombre» como

soporte cultural supranacional, él habría levantado su voz con toda la fuerza contra esa evolución de las cosas, que ya hacía tiempo que había visto que conducía a la perdición. Sus últimos borradores para el manifiesto político —un hecho de locura, según la forma pero no según el contenido— ya le mostraban en ese camino. ¿Un Nietzsche viejo, con salud, podría haber evitado a la humanidad la guerra mundial? Al menos podría haber defendido a su filosofía de interpretaciones tendenciosas y burdos abusos de ella. ¡Y esto ya hubiera sido bastante! Respecto a todos los momentos decisivos de la historia del «mundo» podrían hacerse especulaciones como ésta que comienza, como todos ellas, por un «si». Son tan inútiles, como atrayentes en cuanto juego de la fantasía. Pero a pesar de ello arrojan luz sobre la tragedia del prematuro apagamiento de un espíritu importante, como tragedia que hemos de aceptar sin «valoración» («sine ira et studio»).

¿Se trata de un apagón o sólo de un oscurecimiento pasajero? Sus más cercanos hubieron de enfrentarse a esta cuestión.

La madre creía en una recuperación de su hijo; después de un año Julius Langbehn creía todavía en una posible curación. Los amigos lo esperaron, aunque con una confianza que se fue desvaneciendo rápidamente. Sólo los médicos sabían —y Overbeck ya se dio cuenta de ello en Turín— que ya no podía haber retorno alguno. Podían, sí, esperarse «remisiones», estados de una mejoría física relativa —ello pertenece a la evolución de la enfermedad—, pero no podía pensarse en un retorno del Nietzsche intelectual, del filósofo.

El papel central de Overbeck

Overbeck consideró que era cometido suyo preservar la imagen de filósofo inquebrantable, para sí y para la posteridad. Por eso, precisamente ahora, inmediatamente después de la catástrofe, no había que llamar la atención innecesariamente. Se preocupó de que las cosas sucedieran lo más suavemente posible, tomándose todas las molestias por conseguirlo incluso hasta en detalles. Así, pagó todas las facturas en Turín, la del médico (30 liras), la de la farmacia (9,90 liras), una suma no insignificante de 100 liras (80 marcos) al patrono Fino por servicios diversos; tomó las medidas oportunas para el envío posterior de los efectos personales y compensó a Fino por los dispendios con otras 20 liras; por otra parte, tuvo que devolver a Fino las llaves que habían venido hasta Basilea con la ropa de Nietzsche (para ello hubo de escribir al Prof. Wille, y el Dr. Mähly hizo la entrega en la estación de Basilea a la partida hacia Jena); abonó la cuenta del hospital Friedmatt de Basilea: 25 francos por los ocho días, la cuenta del hotel de Bettmann, hospedó a la madre de Nietzsche hasta la partida el 17 de enero, se preocupó de la admisión del paciente en Jena, organizó el transporte hasta allí, dio 60 francos como ho-

norarios al joven médico acompañante Dr. Mähly, se aseguró de la continuidad de la pensión de Basilea, de la que entretanto sólo habían quedado disponibles con seguridad 2.000 francos (1.600 marcos, según el curso de entonces). Escribió a los amigos con el ruego de una garantía financiera para el caso de que en Jena hubiera que hacer dispendios extra por tratamientos especiales, y recibió respuestas de asentimiento. El fue el centro de todas las informaciones y disposiciones administrativas. De todas partes le llovían cartas interesándose por el caso, de modo que hubo de mantener una correspondencia tal que en pocas semanas llegó hasta el centenar de cartas y postales. Y todo ello *junto a* alas exigencias de su cátedra y bajo la impresión de lo ocurrido, plenamente aplastante para él, por cuanto amaba a su amigo Nietzsche y lo admiraba. La pérdida de esta persona, la más próxima a él después de su mujer, y la pérdida, sobre todo, en esas penosas circunstancias, lo conmovió tanto como si se tratara de su hermano o de su hijo más querido. Y del mismo modo sufrió también la Sra. Overbeck. Meses después todavía, Overbeck tiene que informar a amigos suyos del delicado estado de salud de su esposa, en especial de sus nervios, como consecuencia de lo acontecido. Hoy se hablaría de una depresión nerviosa y se la atacaría con los medicamentos más fuertes. Y sin embargo, secundó a su marido con todos los medios a su alcance, le liberó de parte de la correspondencia, hizo copias de las cartas importantes e intentó facilitarle el sobrellevar todo el asunto. Esta época precisamente, de carga extrema, nos ofrece la imagen de una comunidad matrimonial ideal y profunda. Sin este cobijo y sin la posibilidad que él le deparó, incluso en los mayores apuros, como por ejemplo bajo la primera impresión en Turín, de recurrir siempre amorosamente a su mujer, Overbeck quizá no hubiera tenido fuerzas suficientes para dominar la situación del modo que lo hizo, que causó admiración general en todos los que vivieron de cerca el suceso. Ciertamente también hubo de significar para él una ayuda complementaria el hecho de que por todas partes le llegara este reconocimiento.

La fría razón calculadora de alguien que no tomara parte en el asunto pudiera, quizá, haberle demostrado años después que esto o aquello hubiera sido mejor hacerlo de otro modo. Aunque esto fuera así, ello no menguaría sus merecimientos. Overbeck hizo y consiguió todo lo que, como hombre y como amigo, estaba en sus manos, y hubo de hacerlo, además, completamente solo. Tras la horrible noticia, Köselitz deambuló como un loco por Berlín; ni siquiera había reconocido como tal la clarísima carta de locura de Nietzsche. La hermana estaba en el Paraguay, metida en una empresa colonial que también se iba acercando a la catástrofe. La madre no hubiera sido capaz de hacer el viaje a Turín, así como tampoco de tomar el resto de las medidas; su magnífica labor maternal posterior sólo pudo llevarse a cabo sobre el terreno que Overbeck ya había allanando. Los reproches que años después hiciera el «archivo» —es

decir, la Sra. Elisabeth Förster-Nietzsche, secundada más tarde, lamentablemente, por Köselitz— a Overbeck de haber pasado por alto y dejado desaparecer en Turín los manuscritos más importantes de la *Transvaloración*, son completamente erróneos, e incluso francamente pérfidos. ¿Dónde estaban a comienzos de enero todos estos sabiondos posteriores? ¿Qué hubiera sucedido sin la enérgica intervención de Overbeck?

Además surgieron imperativos a los que no *podía* hacer frente, puesto que no estaba jurídicamente legitimado en modo alguno para tomar decisiones definitivas. Por eso no pudo oponerse a la insistencia de la madre de sacar al paciente del hospital de Basilea. También le hubiera gustado, con seguridad, ver a su amigo en Jena en el mayor confort de la primera clase. Pero, dado que ésta costaba 7 marcos al día (de 210 a 217 al mes, mientras que no se contaba más que con 130), hubo de asentir al ingreso en la segunda, que para extranjeros (como tal era considerado Nietzsche por el manicomio granducal del estado de Sajonia-Weimar de Jena) costaba 2,50 marcos. Existían aún «clases intermedias» con uso parcial común de habitaciones, o «primera clase» con «habitaciones dobles y triples», lo que seguía costando todavía para extranjeros 4,50 marcos al día y superaba, por tanto, las posibilidades pecuniarias. A ello había que añadir los gastos extraordinarios que, durante el tiempo que Nietzsche estuvo internado en Jena —del 18 de enero de 1889 hasta el 24 de marzo de 1890—, supusieron todavía 223 marcos más, como confirman las cuentas y recibos cuidadosamente conservados por Overbeck. En ellos figuran varias veces «afeitado y corte de pelo», una cerveza de baja fermentación o bien agua de Seltz, cigarros puros (?), pero también adquisiciones claramente urgentes como camisas, cuellos, zapatillas, tirantes y un traje. De todo ello tenía que ocuparse Overbeck, ahora, y durante años todavía, desde Basilea. Pero todo esto hubo de pasar a segundo término frente a las

Preocupaciones en torno a la obra

«¡Se acabó Nietzsche!» Con esa exclamación de desesperanza Overbeck tuvo que dejarse llevar al amigo, viendo cómo surgía un importante peligro. Por muy amorosamente que la madre haya de ocuparse del bienestar físico del hijo, ante su obra permanecerá extraña y sin comprensión. Pero hay que conservar esta obra, no debe desaparecer en el abismo de la catástrofe. También en ello ve Overbeck un peligro inminente, y, por tal razón, también en esto actúa rápida y enérgicamente. Pero no quiere cargar él solo con toda la responsabilidad, se lo impide ya su misma escrupulosidad como científico; pues, a pesar de toda su simpatía por la obra de Nietzsche y aunque Nietzsche le había enviado regularmente sus publicaciones, Overbeck debía ser consciente de algunas lagunas suyas al respecto, especialmente por lo que se refería a los trabajos de

Nietzsche de los últimos tres o cuatro meses. En este asunto sólo había *una* persona que estuviera al corriente mejor que él: Heinrich Köselitz. En consecuencia, Overbeck tenía que recurrir a su colaboración y corresponsabilidad.

Primeramente debía solucionar algo para lo que no necesitaba a Köselitz: hacer venir de Turín el resto de los utensilios y papeles de Nietzsche. Parece que Overbeck dio inmediatamente instrucciones para ello, puesto que ya el 14 de enero Fino promete para el día siguiente el envío de la ropa y «le plus vite possible»[188] el de la caja con los libros. Fino expide esta caja, «forte et bien assurée», de 116 kg, el 19 de enero, y el 3 de febrero agradece el reintegro de los gastos de transporte. Así, todo lo que Nietzsche tenía consigo en Turín llegó, primero, hasta Overbeck. El que más tarde (1895) se descubriera aún en Niza un cartapacio con manuscritos de Nietzsche, es algo debido, en definitiva, a una inadvertencia del propio Nietzsche. El había hecho que le enviaran en noviembre a Turín todo su «depósito de Niza», siendo de la opinión de que no faltaba nada. El 11 de diciembre de 1888 había escrito a la madre: «Han llegado de Niza las 3 cajas de libros. - Ahora me encuentro bien instalado aquí [Turín] en todos los respectos.» ¡Pertenece a la táctica posterior del Archivo-Nietzsche, o sea, de Elisabeth Förster-Nietzsche, el que esta carta no fuera publicada con el fin de no hacer peligrar la tesis de las partes desaparecidas de la «Transvaloración» y de la inculpación por ello a Overbeck!

El «depósito de Sils», asimismo, sólo llegó a Naumburg después de algún tiempo, ya que la madre no había dado las instrucciones esperadas a la familia Durisch sobre dónde había que enviar las cosas. Overbeck hizo todo lo que quedaba en el ámbito de sus posibilidades para poner a buen recaudo el legado escrito de Nietzsche, incluidas sus notas. Entre ello se encontraban también los manuscritos de *Nietzsche contra Wagner* y de *Ecce homo,* listos aparentemente, o al menos provisionalmente, para la imprenta. Sucedió con ellos lo de siempre con los manuscritos de Nietzsche: se enviaban a la imprenta, allí eran compuestos, él y Köselitz corregían las pruebas, mientras el autor trabajaba, o al menos modificaba, las partes finales. Pero esta vez ya no se llegó a esta redacción definitiva de las partes finales. *El crepúsculo de los ídolos* estaba en la imprenta, acabado y dispuesto a ser distribuido; del *Anticristo* Overbeck encontró entre los papeles de Turín el manuscrito terminado, dejado en reserva aún por el propio Nietzsche. Este manuscrito le era desconocido a Köselitz en marzo todavía. Overbeck había hecho entretanto una copia de él, copia que sólo le puede ofrecer a Köselitz el 13 de marzo de 1889. La discusión de los primeros meses entre Overbeck y Köselitz en torno a la publicación de los últimos escritos de Nietzsche no pudo referirse, pues, a este escrito. Respecto a *El crepúsculo de los ídolos* estuvieron de acuerdo en que la distribución había de hacerse lo más rápidamente po-

sible, antes incluso de que se extendiera por el mundo de interesados la noticia del final de Nietzsche en la locura. ¡Los medios noticieros no trabajaban entonces con tanta rapidez! Así, el 20 de enero Overbeck escribe a Köselitz dando su conformidad: «*El crepúsculo de los ídolos* debe... llegar al público, en las circunstancias actuales es muy conveniente darse prisa, al menos con vistas a la repercusión momentánea, si es que ha de asignarse a ello valor alguno, cosa de la que dudo mucho. Pero lo más importante es que la publicación de *El crepúsculo de los ídolos* asegura al menos su propia existencia.»

Otra cosa sucedía con los escritos pos-filosóficos *Ecce homo* y *Nietzsche contra Wagner*. Entre Overbeck y Köselitz se desarrolló una intensa correspondencia, especialmente en torno al último, en la que Overbeck insinuó repetidas veces a su interlocutor que asumiera él solo toda la responsabilidad de decisión. Estaban de acuerdo en que tampoco a este escrito, como obra irrecusable de Nietzsche, había que arrinconarlo; pero divergían en cuanto a la oportunidad de una publicación inmediata o diferida, ésta, a ser posible, en una versión atenuada de algunas de las formulaciones excesivamente mordaces. Köselitz apremiaba a que se siguiera la impresión comenzada por Naumann; Overbeck exhortada a interrumpirla, por el momento al menos. Naumann estaba dispuesto incluso a retirarla sin ningún cargo de gastos; tanta confianza tenía en el éxito editorial de *El caso Wagner* y de *El crepúsculo de los ídolos* que esperaba con ellos cubrir plenamente los gastos.

En la misma carta a Köselitz del 20 de enero Overbeck escribe: «Es también exactamente mi parecer el que *Nietzsche contra Wagner* se publique de modo restringido, tal como usted dice, pero no una auténtica publicación: 1. porque yo —no por un sentimiento de delicadeza, que no tengo en modo alguno, hacia nuestro *Reich*— quisiera evitar en estos momentos, a cualquier precio, cualquier conflicto también de los escritos de Nietzsche con la policía; conflictos que, sin embargo, dado el género de sabiduría política que impera hoy en Alemania, me temo, efectivamente, a causa de unos cuantos párrafos sobre el emperador, etc.; 2. porque la exposición se hace a veces un tanto delicuescente, hasta el punto de que *yo* al menos no me puedo sustraer a la sospecha de que a Nietzsche ya le faltaron en ello las fuerzas; y el que esos apuntes provengan todos de "escritos anteriores" de Nietzsche, es cosa que, debido a trozos como el de la p. 15 s., no puede aceptarse estrictamente. ¡Qué desgracia, por el contrario, que este escrito, con todas sus excelencias —entre otras el poema final—, desapareciera completamente del mundo y no se conservara para la posteridad, medio oculto, fijado en prensa! Así que estoy plenamente de acuerdo con su propuesta*. He comenzado a leer *El Crepús-*

* Llevar la impresión hasta el final y preparar una pequeña edición de unos 20 ejemplares aproximadamente para repartirlos entre los amigos. Naumann hizo por fin 50 copias, lo que promovió una intensa correspondencia entre él y Overbeck.

culo de los ídolos —imagínese usted mismo en mi situación para explicárselo—, lo que conozco de él hace que me resulte imposible una condena a muerte total o incluso parcial, de la mitad aproximadamente, suya; yo podría encontrarme a mí mismo en el final del n.º 51, que cayó casualmente antes mis ojos...; a pesar de que me quejé a Nietzsche por carta a causa de un párrafo semejante y menos extravagante del *Caso Wagner,* pienso que también en esto tendría que valer el n.º 5 de "Aforismos y flechas": "Yo, de una vez por todas, *no* quiero saber muchas cosas. La sabiduría traza límites también al conocimiento."» En el caso de *El Crepúsculo de los ídolos* Overbeck no quiere trazar esos límites demasiado estrechos, y tolera incluso el final del capítulo «Incursiones de un intempestivo» (¡siempre aún el concepto de las «Consideraciones intempestivas»!), donde aparece como 51: «Crear cosas en las que el tiempo intente en vano probar sus dientes; esforzarse por una pequeña inmortalidad según la forma, *según la sustancia* —nunca he sido lo bastante modesto como para exigir menos de mí. El aforismo, la sentencia, en los que soy el primero entre los maestros alemanes, son las formas de la "eternidad"; mi ambición es decir en diez frases lo que cualquier otro dice en un libro —lo que cualquier otro *no* dice en un libro... Yo he dado a la humanidad el libro más profundo que posee, mi *Zaratustra:* pronto le daré el más independiente.—»

Una semana más tarde, el 27 de enero, Overbeck confirma otra vez a Köselitz expresamente su conformidad[50]: «¿No dice nada sobre el *Crepúsculo de los ídolos?* ¿Debo entender por ello que va a salir inmediatamente al mundo? Después de haberlo leído no tendría nada en contra de eso. Puesto que, aunque yo personalmente leo a Nietzsche con mayor agrado en la *Genealogía de la moral,* por ejemplo, que en sus "explayamientos", no acierto a ver en este caso que habría de oponerse seriamente, a pesar incluso de lo extremadamente desfavorable del momento, a este cuerno de la abundancia, auténticamente sorprendente, de ingenio y penetración, dispuesto a derrarmarse hasta lo último. Sin embargo, este escrito no se sale de los marcos acostumbrados de la literatura nietzscheana ni apela a ningún otro lector que a los ya ganados por él hasta ahora. De todos modos me gustaría que la publicación se retrasara lo menos posible, para que se produjera antes de que llegue al público el horrible giro que ha tomado el destino de Nietzsche.» Y, efectivamente, tuvo lugar por esos días. En todo caso, el periódico protestante, que se publicaba en Basilea, *Allgemeine Schweizer Zeitung* sacó el 9 de febrero de 1889 una recensión, probablemente debida a la pluma de su redactor A. Joneli, en la que se da ya por conocida la catástrofe y se valora el libro como un claro preanuncio de ello. Acaba así: «Quien le conoció tendrá que decir, en la mayor tristeza, con el poeta: "¡Qué noble espíritu ha sido aquí destruido!"» ¡Es de notar que el recensionista afirma sin la menor reserva una carga hereditaria! (Documento n.º 14.)

Para Overbeck las cosas son totalmente diferentes respecto a *Nietzsche contra Wagner.* Aquí se apela a otros lectores que no son sólo los interesados en el filósofo Nietzsche. Y de ello espera Overbeck funestas complicaciones. Ahí están, en primer lugar, los círculos políticos, con su largo brazo de la censura y del código penal, que podrían inculpar del delito de «lesa majestad». Este peligro ya había asustado a Nietzsche. Overbeck observa a Köselitz al respecto[187] «que cuento entre los párrafos políticos arriesgados, al igual que los que se refieren al emperador..., el final del prólogo» («Quosque tandem, Crispi...», *cfr. supra*, p. 27). Y a la vez hace reparar a Köselitz en la dificultad fundamental para tomar decisiones[187]: «Tal como están las cosas, es decir, con falta total de legislación formal al respecto, no veo, en verdad, cómo —supuesto que usted y yo estuviéramos plenamente de acuerdo en este asunto— podríamos impedir a Naumann que hiciera uso de su, auténtico o supuesto, privilegio. Por de pronto me gustaría que nos uniéramos para hacer todo lo posible», que sería «cortar a los intereses editoriales de Naumann toda inmiscusión en este asunto, y sólo entonces sería aceptable como correcta la factura presentada. Puesto que en este momento lo que hay que hacer es proteger a Nietzsche de todo éxito popular... Lo que de él ya ha visto la luz es ya suficientemente conocido como para permanecer para la posteridad, ... de modo que, sin ningún catonismo insulso, se puede considerar fútil para él el "éxito" del día, máxime cuando, debido a las circunstancias, éste podría resultar muy ambiguo». El peligro es tan grande que incluso podría convertirse en un daño irreparable. El escrito aparecía como una provocación frente a todo lo que tenía que ver con «Wagner», y precisamente en el instante en el que el provocador «desaparece del campo de lucha, por así decirlo, a causa de un destino desgraciado. Esto depara un terreno demasiado fácil a cualquier contrario». Y Overbeck no deja de darse cuenta, además, de que este escrito muestra flaquezas que facilitan al contrario el golpe aniquilador. Confiesa incluso que «la exposición se hace a veces un tanto delicuescente», como si «a Nietzsche le hubieran faltado ya las fuerzas» *(crf. supra,* p. 63). Y aunque nada más fuera por el poema final («De la pobreza de los más ricos»), que le parece magnífico y digno de ser conservado para la posteridad, no quiere arriesgar ahora, a pesar de todo, la publicación del escrito *entero* —a una edición auténticamente póstuma no se le interpondría nada en el camino.

También Köselitz participa del entusiasmo de Overbeck por el poema, y para salvarlo se le ocurre la idea de unirlo a las «Canciones de Zaratustra» es decir, a los «Ditirambos de Dionisio»: una intención laudable con un método dudoso, como habría aún de mostrarse. Pues con esos «intentos de rescate» de partes aisladas traspasándolas de un manuscrito a otro, comienza la embrollada y fatal historia de las ediciones póstumas de Nietzsche que llega hasta muy recientemente. De todos modos no puede pasarse por alto que esta praxis editorial no sólo fue condicionada por

los editores, más o menos responsables y con conciencia de esa responsabilidad, más o menos faltos de comprensión, o de mayor o menor talento, sino que lo fue tanto, al menos, por la situación espiritual de la época. Un número rápidamente creciente de admiradores, entre soñadores y fanáticos, de Nietzsche exigía tempestuosamente la publicación de los últimos escritos que Nietzsche había anunciado con tanta determinación. Por otra parte pesaban los reparos cristiano-eclesiales y el miedo —obviamente fundado— ante las consecuencias oficiales y estatales de la libertad de edición. El brillante ejemplo de entonces de lo que era un trabajo editorial literario de altas miras, la «Sophien-Ausgabe» de las obras, diarios y cartas de Goethe, llevada a cabo por el Archivo-Goethe de Weimar, llevó a los editores de Nietzsche a una mal-hadada precipitación; y, por fin, la desgracia llegó definitivamente con la persona de la hermana de Nietzsche, que quería construir una imagen perfectamente determinada de su hermano; una imagen, por lo demás, como la que esperaba, o exigía incluso, una gran parte de los lectores de Nietzsche. También aquí se da la funesta correlación entre autor y receptores —causa y efecto— que siempre fue reversible.

Overbeck ya se dio cuenta ahora de este estado de cosas, y vio ya las consecuencias de una verbena-Nietzsche, tal como luego sería escenificada realmente desde el archivo durante decenios. A ello se oponía su sentido humano del tacto. Especialmente ahora que el desgraciado languidecía, extenuado e indefenso, golpeado por una enfermedad incurable, a Overbeck le resultaba de mal gusto cualquier publicidad exagerada. Por lo demás, en ello coincidía plenamente con la madre. Para él seguía prevaleciendo la persona noble y exquisita de Nietzsche; *eso* es lo que quería preservar. En último término se trataba de una decisión tomada desde su ética, la de no participar en una «transvaloración» de su doliente amigo en un héroe de fama mundial, cosa que la hermana de Nietzsche nunca comprendió, nunca vio en su justificación ética. Quede como cuestión personal suya el que Overbeck, en edad avanzada, no siempre defendiera su punto de vista en la forma más serena.

Overbeck podía sentirse unido también a Erwin Rohde en esa decisión fundamental suya; éste le escribe el 24 de enero[187]: «Y ahora ¿quiere usted realmente editar sus póstumos, por así decirlo? Ya sólo la idea me produce horror. Y luego el grotesco título de *El crepúsculo de los ídolos*. Pero al menos sí que sabrá usted retener su panfleto contra Wagner. Su comportamiento hacia Wagner en los últimos tiempos siempre me molestó y me afligió —ello mostraba que realmente ya hacía tiempo que había algo *enfermo* en él; puesto que antes de acuerdo a su naturaleza entera, le hubiera resultado imposible *este* tipo de lucha y en *este* caso. ¡Ah, el *viejo* Nietzsche, como yo le conocí en la universidad y años después todavía! Nos sentiremos mejor cuando vuelva a salir a la luz de las sombras *esa* imagen.—Más lucha ahora, es algo imposible. ¿Ha apareci-

do realmente un opúsculo suyo, *La caída de Wagner. Un problema de músicos*, que he visto anunciado en las librerías? Probablemente sea el mismo que usted designa como *Nietzsche contra Wagner*. Pienso que, en cualquier caso (prescindiendo ya completamente del anti-Wagner), habría que *esperar* con *cualquier* tipo de publicación —hasta que realmente sean póstumas.» ¿Pero cuánto tiempo podía eso o tenía que durar? Rohde se confió demasiado a lo que Overbeck le acababa de comunicar el 22 de enero: «Wille aquí, y Binswanger en Jena, están de acuerdo sobre la desesperanza del caso; sobre el tiempo de vida que todavía se sospecha se manifiestan ambos con cautela, uno dice que lo máximo dos años, y el otro que más de un año es más probable que un plazo menor.» Esto le pareció a Overbeck una demora admisible y por ello, también, «obrar más correctamente, dejar tiempo a la literatura de Nietzsche, que coja suelo, lo que puede darle consistencia en plena tranquilidad, incluso después de lo sucedido; además, tampoco tiene por qué tratarse de un proceso realmente largo, de más de un par de años, hasta que salga ese curioso comentario. Si obramos de otro modo no sé si, dada la actualidad de la locura de Nietzsche, no se produciría tamaño ruido que incluso afectara sensiblemente a ese proceso y los escritos de Nietzsche se perdieran durante una larga serie de años para el público como productos de la locura[50].»

Pero existía también otro socio:

El editor comisionista Naumann

Para él la interrupción de las publicaciones, y precisamente la de los «atractivos» escritos menores, suponía un duro golpe de negocios. Comprensiblemente, *él* había de tender a que se continuaran, y lo hizo, aunque no de modo importuno ni porfiado. Incluso cargó él solo con el riesgo de las pérdidas y se negó a aceptar pagos para compensar los gastos de imprenta generados hasta entonces.

También él, sin duda, era consciente de la falta de claridad de la situación jurídica. No podía apelar ni a un contrato editorial válido, ni a una manifestación clara y última de voluntades de Nietzsche respecto a los escritos *Anticristo, Ecce homo* y *Nietzsche contra Wagner*. Nietzsche ya no era responsable de sus actos, y por el momento todavía no se había solicitado oficialmente un tutor autorizado. Así, para pasar la responsabilidad a otro, acudió a una hipótesis, sin parangón quizá en la historia del derecho, pero no carente de interés: ¡*él* «reconoció» sin más a Overbeck como «tutor eventual» de Nietzsche! Overbeck, por su parte, no se sentía muy a gusto en ese puesto jurídico poco fundamentado, y no sacó otra consecuencia de él que el usar ese reconocimiento que Naumann le hacía para mantener a éste en las riendas e impedir que diera

pasos arbitrarios. En pocos meses se mostrarían las dificultades que había de traer todavía la cuestión de la tutoría a causa de la falta de nacionalidad de Nietzsche, así como de la carencia de lugar fijo de residencia. Por el momento, todo flotaba en un equilibrio lábil. No modifica en nada la situación jurídica efectiva y oscura, el hecho de que también la madre hubiera visto con buenos ojos a Overbeck como tutor, dada su total confianza en él. A pesar de todo, *había* que decidir y actuar continuamente. Y como no había nadie allí que estuviera en condiciones de ordenar razonablemente, de algún modo siquiera, lo más urgente, Overbeck se sometió a la fuerza externa de las cosas. Ya sólo la manera en que acabó con Naumann supone todo un derroche magistral de paciencia y de finura táctica, que se plasmó en una amplia correspondencia (algunos ejemplos en «Documentos», n.º 15). Su conciencia de responsabilidad le impidió comportarse arbitrariamente en este asunto. Se preocupó siempre de mantener contacto y de conseguir el asentimiento de la madre, de los médicos y de los amigos, ante todo de Köselitz.

La salvaguardia de los amigos

«Nunca he conseguido tener un enemigo personal», escribía Nietzsche el 25 de julio de 1888 a Carl Spitteler. Esto se corroboró ahora. Como una barrera protectora en torno a su pobre amigo Nietzsche, los viejos amigos se unen ahora por mediación de Overbeck. De todos lados llegaban a su casa, en esos días y meses, escritos de condolencia, como después de una defunción, incluso de lados en los que la filosofía de Nietzsche resultaba extraña, cuando no rechazable. Pero todos compadecieron el horrible destino de la persona amada. Gersdorff escribe el 13 de enero[188]: «La noticia que me ha dado es tan profundamente desconsoladora que el anuncio de una defunción no me habría dolido más que ella. Es verdad que yo había pensado a menudo en la posibilidad de que nuestro amigo se desmoronara un día bajo el peso de su rico y profundo pensamiento, ya que no le refrenaba ninguna obligación profesional, ni le mantenía en vereda el reloj, eternamente acompasado, del oficio. Ya lo temí cuando Zaratustra, pero creí ver un proceso de curación en la vuelta a los estudios que más tarde volvería a emprender en la forma de antes; también me alegré por el "Caso Wagner", cuyas ideas ya en 1880 me eran conocidas... Nunca hubiera imaginado que el fatal destino de Hölderlin habría de irrumpir tan pronto en este claro y libre espíritu. Y además en un momento en el que pensaba comenzar grandes cosas.»

También Carl Funch se sintió profundamente conmovido por los hechos, a pesar de que los últimos escritos de Nietzsche le habían alarmado, como viejo wagneriano que era. El 14 de enero escribe: «No hay palabras para expresar lo que he perdido... Poseo todavía un cierto número

de cartas suyas magníficamente frescas, escritas desde Sils-Maria y últimamente desde Turín. Ah, cuando me escribió: "dentro de unos años gobernaré el mundo; puesto que he licenciado al viejo Dios", yo creí que se trataba sólo de una grandiosa broma, y hubiera sucedido así, además, si en vida hubiera conseguido imponerse con su razón. Pero ya los artículos sobre Wagner fueron indignos de él, así como su proceder de entrar en el mundo por *esa* puerta abyecta. Lamento... no habérselo dicho abiertamente.»

Esa misma consternación por el terrible destino del amigo, mezclada con preocupación por el futuro de las obras, que ya no está en las manos del autor mismo, se manifiesta en la carta del 16 de enero del Prof. Max Heinze de Leipzig: «Nos ha conmovido verdaderamente la noticia, ... y desde entonces... nuestro pensamiento y sentimiento se mueven primordialmente en torno al mentalmente trastornado. Un cierto consuelo ante este estado, indeciblemente triste, del enfermo, me lo produce la circunstancia de que los enfermos de su tipo por regla general se suelen encontrar bien subjetivamente, no teniendo conciencia del cambio operado en ellos. ¡Ojalá sea así también en el caso de Nietzsche, que no tenga todavía que soportar hasta el final un gran suplicio anímico! Nos condolemos lo más profunda y dolorosamente con la pobre madre, a la que el destino la ha llevado a vaciar hasta los posos el cáliz de la aflicción... Anteayer a las 9 de la mañana llegó su carta, y ya a las 9,55 mi mujer, que está más cercana a la Sra. Nietzsche que yo, fue hasta Naumburg con vistas a hacerle desistir del viaje a Basilea; desgraciadamente para nada: la infeliz ya se había puesto en camino por la noche... Hablé ayer con Naumann... Sin pretensión alguna, me gustaría dar el consejo de someter primero todo lo que haya de hacerse en cuestiones de librería a un análisis concienzudo, no sea que vayan a suceder cosas excesivamente graves que no hagan más que oscurecer más la imagen de nuestro amigo... ¡Me proporcionaría una especial satisfacción si de algún modo pudiera ayudar en todo este asunto de Nietzsche!»

Plenamente afectado por la noticia, Paul Deussen sólo pudo responder después de un «respiro» de una semana, y todavía entonces intenta negar esa realidad opresora: «¡Qué triste noticia trae su carta! He necesitado algún tiempo para hacerme siquiera a la idea; precisamente en el último cuarto de año recibí algunas cartas de Nietzsche en las que, si bien es verdad que se expresa una autovaloración que supera todos los límites (por ejemplo, traducción a 7 lenguas, 1 millón de ejemplares, etc.) por lo demás me parecieron más que un síntoma de una creciente curación y de fuerzas que volvían. Y por eso no puedo concebir ahora la idea de un trastorno real y duradero. Autosupervaloraciones se encuentran a menudo entre los individuos geniales; si a ello se añade aún un ánimo exaltado por los éxitos, aparentes o reales, puede tomarse ese estado por algo que realmente no es... Le quedaría máximamente agradecido si, aunque

sea en unas pocas y rápidas... palabras, me quisiera escribir sobre su estado presente, así como sobre si la madre de Nietzsche lo sabe ya todo. Yo ya le hubiera escrito de no haber pensado que, a lo mejor, por consideración, se le ha ocultado todavía el asunto.» Overbeck le aclaró sin demora alguna el estado sin esperanza de Nietzsche, y Deussen le responde el 26 de enero: «Así pues, me apresuro a comunicarle que, por esta parte, puede contar... si fuera necesario con una ayuda de 100 marcos: si no consigo reunir esa cantidad con ayuda de otros (para lo que a penas hay perspectiva alguna) yo mismo aportaré lo que para el viejo y querido amigo se desea, privándome yo, mejor, de cualquier otra cosa.»

Hasta aquí las reacciones del círculo de los amigos a los que Overbeck había informado directamente, por carta, el 11/12 de enero. Muy poco a poco fue extendiéndose la nueva, de modo que parte de las preguntas y pésames llegaron con considerable retraso. La vieja amiga de Sils, Mrs. Emily Fynn, se enteró de lo sucedido por encadenamientos muy especiales: «El verano pasado... nos escribió que sus obras, finalmente, alcanzaban gran consideración, y parecía estar muy contento por ello. Pero más alegre y feliz fue su última carta desde Turín a comienzos de diciembre de 1888. Era como si le animaran unas nuevas ganas de vivir. Todo le resultaba *paradisíaco*... Entre otras cosas escribió: "En toda mi vida, considerada por entero, no he producido tanto como los últimos 70 días aquí." ... Así pues, entonces se sentía todavía plenamente saludable, cosa de la que nosotros nos alegramos. Envió su postal de Año Nuevo, y algunos días después recibí un couvert que contenía una hoja cortada de un cuaderno con una broma muy extraña, que sólo descifrамos a medias. Yo le seguí la broma y respondí en el mismo estilo, lista de correos de Turín, ya que había extraviado su dirección, pero no recibí respuesta. Tan pronto como volví a encontrar la dirección escribí la tarjeta», en respuesta a la cual la informó Overbeck. Así, ella da las gracias ahora, el 14 de marzo, y le confiesa: «Conocimos varios veranos al Prof. Nietzsche en Sils-Maria y rápidamente nos subyugó su espíritu elevado, su amabilidad y cordialidad. Se había convertido en un caro amigo para nosotros y su triste notificación... nos ha conmovido dolorosamente. Ciertamente una muerte rápida hubiera sido más deseable para él.» Y esta admiración personal persiste a pesar de las reservas filosóficas de la católica creyente que era: «Lo que me duele especialmente es que haya sido golpeado tan duro justamente en el momento en que crecía su fama; puedes, aunque no comparto en absoluto su orientación filosófica, ello no hace más que aumentar el dolor que me causa la ruina de su espíritu! ¡Y su pobre y anciana madre! Quizá se hayan equivocado los médicos.» Y la vieja Mrs. Fynn, desde su comprensión maternal, escribe una carta larga y cordial a la Sra. Nietzsche. Describe sucesos alegres de sus veranos en común en Sils, pero luego se dispone a ofrecer un consuelo que arroja una luz característica también sobre las amistades femeninas de Nietzs-

che: él buscaba, por una parte, lo maternal, y por otra, personalidades maduras que aparecían ante él, firmes y seguras, ancladas en una determinada concepción del mundo, aunque fuera plenamente contraria a la suya. El 31 de marzo escribe ella a la Sra. Nietzsche: «¡Sí!, querida y respetada señora, tenga ánimos. Nadie puede saber mejor que yo lo difícil que es soportar su cruz con paciencia y amor, pero cuanto más se lucha por aunarse con la sagrada voluntad de Dios, más ligera resulta la cruz, ya que la gracia y el amor de Dios fortalecen nuestro corazón y mientras más vieja se hace una, más siente que es mejor bajar a la tumba o, más bien, presentarse ante Dios con una cruz, que separarse de este mundo en alegría y regocijo.

»Es una tristeza sin límites el que no pueda cuidar usted misma de su querido y pobre hijo, pero el veredicto del médico es realmente desesperanzado. Así que tenga valor, querida y respetada señora, y confíe plenamente sólo en *aquel* que ha creado el bello y elevado espíritu de su buen hijo; ése es quien puede devolverle también la salud y reponer todo el frescor y vitalidad del espíritu. Es un consuelo infinito saber que el Sr. Profesor no sufre y no se da cuenta de su situación. Me gustaría mucho escribirle, eso en caso de que le esté permitido y de que usted crea que le alegraría recibir cartas...» La madre se conmovió profundamente por esta condolencia y comunicó inmediatamente la carta a Overbeck, en copia de su propia mano.

También Jacob Burckhardt siguió los hechos. El no necesitaba escribir a Overbeck, podía informarse regularmente de palabra. Encontramos su condolencia sólo en un pequeño testimonio epistolar, un informe a su conocido Theodor Opitz, de Liestal, el 29 de abril, que —obviamente como respuesta a una interpelación— se limita a esta notificación: «Desgraciadamente el triste e irrecuperable estado del Prof. Nietzsche es un hecho demasiado cierto: locura con accesos periódicos de parálisis. Como testigo basta ya el colega y amigo de aquí, que le trajo de Turín a esta ciudad, de donde fue llevado después al manicomio estatal de Jena. Según los médicos de allí ya no puede hablarse de curación alguna; incluso a su propia madre, que vive en la cercana Naumburg, todavía no se le ha permitido verlo.»

Una información tan precisa Burckhardt sólo la podía tener de Overbeck, y sólo si él mismo se preocupó de pedirla.

También se sintieron profundamente afectados incluso aquellos ante los que Nietzsche había abierto una fosa. Malwida v. Meysenbug había enviado a su vez a su hija Olga Monod el billete de locura que recibió de Nietzsche[167]: «Como recuerdo del pobre a quien no ha conducido la locura a la enfermedad, sino la enfermedad al delirio»; y le dedica el 15 de febrero el bello epílogo: «Me ha conmovido profundamente: ¡un espíritu tan hermoso, una naturaleza tan noble! Y la culpa la tiene sin duda su grave dolencia física y su pobre y solitaria vida; tuvo que luchar con pri-

vaciones, mala comida, falta de cuidados, y, a la vez, con esa profunda soledad, ese enfrascamiento en sus ideas, sin que encontrara una oposición de igual calidad que la suya, hecha con razón y amabilidad; todo ello fue ofuscando poco a poco la claridad de su espíritu y abandonándolo al delirio. Mejor que hubiera muerto, sería menos triste. ¡Y la pobre madre, que sólo tenía los dos hijos y tan orgullosa estaba del hijo, y la hija tan lejos!» Malwida no podía saber todavía que también en Paraguay estaba cerca el final en la catástrofe, lo que habría de significar un duro segundo golpe para la madre.

También en Bayreuth se participa de la aflicción. Overbeck, tras la muerte de Wagner en 1883, por última vez había escrito una carta de condolencia que le fue agradecida por la hija mayor de Cosima, Daniela v. Bülow, esposa entretanto del historiador del arte Henry Thode. Ahora es *ella* quien, por encargo de Cosima, escribe una carta de condolencia el 5 de marzo de 1889: «Por la Srta. von Meysenbug, a la que pregunté al respecto, supe del triste destino del Prof. Nietzsche y comuniqué a mi madre lo que había oído. Ella, a la que habían inquietado mucho las cartas alarmantes de Nietzsche, que dejan traslucir su trastorno mental, se preguntó interiormente quién entre todos se encontraría que asistiera al pobre y se hiciera cargo de su desamparo, e inmediatamente se le ocurrió su nombre. Según hemos oído ha sido usted también realmente quien, interviniendo de hecho en esa existencia atroz y desconsolada, trajo la última solución, que hubo de ser estremecedora y, a la vez, tranquilizante para todos los implicados en ello. Ahora sabemos que está físicamente atendido y a resguardo —¡Que Dios le depare, sin embargo, un dulce final!—»

Cosima Wagner trasmitió su adhesión a la hermana de Nietzsche Elisabeth y le confió, años después todavía, los billetes de locura que había recibido de aquel a quien admiraba en silencio. La carta del 3 de marzo de 1895 a Erwin Rohde expresa del modo más bello cómo conservaba el recuerdo[706]. Por su hijo político, Henry Thode —colega de Rohde en Heidelberg—, había conocido la alocución rectoral de Rohde y había elegido partes de ella para publicarlas en las Bayreuther Blätter. Son las partes que tratan del culto de Dioniso como comienzo de formas trascendentes de religiones. Ella escribe al respecto: «He sentido agradecidamente que era conducida otra vez con mano segura a aquel ámbito donde nos sentimos libres de la inquietud del presente... A la vez me ha conmovido mucho. ¡No pude otra cosa que pensarme de nuevo en trato con nuestro pobre, pobre amigo! Aparecieron recuerdos olvidados y, como si nada nos hubiera separado, me volví a sentir en conversación con él, dejándome ilustrar por él sobre aquellas cosas elevadas que forman como un refugio de las ideas. Curiosamente mis pasos me llevaron, precisamente nada más leer su discurso, a Basilea, y allí a la universidad, que en un tiempo encerró tanta vida para nosotros.»

Con esa referencia al Nietzsche anterior, al catedrático de Basilea y amigo de los días de Tribschen, Cosima despertó en Rohde iguales sentimientos.

Rohde, en la carta que escribe a Overbeck entre los días 17 y 20 de enero de 1889, expresa insuperablemente su relación interior con Nietzsche y, con ello, la base para la comprensión de su comportamiento lejano: «Durante días no osé abrir su carta, porque me temía la confirmación de una horrenda sospecha; confirmación que finalmente me sobrecogió como un calambre eléctrico... Tardé tiempo en reponerme. No, en el fondo no creí que algo así pudiera suceder; sólo el último billete que recibí —el 7 de enero— desde Turín, de Nietzsche, me hizo una advertencia: era tan absurdo lo que decía que apenas pude imaginarme que aquello fuera todavía un chiste, así que ello me produjo una sensación de lo más inquietante. Por lo demás, hay que decirlo, las últimas manifestaciones (su panfleto contra Wagner no lo conozco) no daban en absoluto la impresión de que ese potente entendimiento pudiera romperse de repente: uno casi ya se había acostumbrado a su hipertensión de siempre en algún aspecto. ¡Cómo lamento ahora no haberle escrito más en los últimos tiempos! Me había intimidado con una manifestación máximamente peregrina, y no sabía de hecho qué decirle de agradable sobre sus últimos escritos, que me son profundísimamente antipáticos (prescidiendo de lo formal, en lo que seguía siendo un maestro, como siempre). Así que preferí guardar silencio, creyendo que ése sería también para él, en el fondo, el modo más soportable de la disensión. [Creí] que ya no podía decirle nada ni ser nada más para él: ¡y, sin embargo, cuánto bien le habría hecho, quizá, una manifestación de pura simpatía personal! No puedo pensar en absoluto en la desgracia presente. Si cree que puedo ser útil, material o espiritualmente, en algo, no dude en manifestarlo. Se rompe un trozo de la propia vida y del suelo sobre el que uno mismo está, junto a alguien con un destino así, horrible; y ni siquiera puede uno imaginarse las ideas, sueños y deseos tragados, que finalmente le golpearon como una ola sobre la cabeza. Todavía estoy desconcertado ante la desgracia. Si se hubiera vuelto algo menos claro en su pensamiento y exposición, como (por ejemplo) aparece tan de manifiesto en las últimas producciones de Hölderlin: pero no, al contrario, su último escrito (*Genealogía*) estaba mejor ordenado, construido con mayor rigor lógico que los anteriores.»

Rohde es el primero que remite a la diferencia fundamental con la locura de Hölderlin, diferencia que, lamentablemente, fue borrada pronto por autores más vocingleros.

Rohde ya nunca superaría el *schock* del todo. Y en todo caso, la conciencia de amenaza encontró alimento en su propia constitución. El padecía ya los síntomas de una dolencia cardíaca —no reconocida como tal—, a la que había de sucumbir en pocos años, y no en último término,

a causa de la debilidad producida por el desmesurado esfuerzo que le costó su famosa obra capital *Psyque,* en la que trabajaba entonces. En enero y marzo escribió a amigos[70b]: «Me asaltan tantos sentimientos e ideas llenos de melancolía y de estados de ánimo de todo tipo, que no puedo hacer otra cosa que ocultarme y no decir nada más.» «Ultimamente me ha afectado tan profundamente la desgracia de mi amigo Nietzsche que me siento realmente enfermo.» Se ha observado a menudo y se le ha achacado a Rohde que en su libro, que en parte trata los mismos problemas que *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche, no cita nunca la obra del amigo y no la tiene en cuenta para nada. Otto Crusius ha demostrado al mundo especializado, en algunos párrafos sólo accesibles a la observación más fina, que este reproche no es del todo acertado[70b]. Es verdad, sin embargo, que Nietzsche no es aludido expresamente en parte alguna, y esto es comprensible por dos razones: por lo que se refiere al contenido, las concepciones fundamentales de ambos divergen. Mientras que para Nietzsche lo dionisíaco, el culto delirante de Dioniso, representa *un* lado de la esencia griega, para Rohde «lo orgiástico y el misticismo fueron gotas de sangre *extrañas* en la sangre griega». Y ahora, *tras* la desgracia, entrar en una polémica científica con el querido amigo, es cosa que le prohibe a Rohde el decoro mismo. «Ahora hay que evitar cualquier notoriedad en torno a Nietzsche», en ello está plenamente de acuerdo con Overbeck, y lamentará incluso, más tarde, la espectacular fundación del así llamado Archivo-Nietzsche como un «necio invento».

Heinrich Köselitz fue puesto completamente fuera de quicio. El mensaje de locura que Nietzsche le envió el 4 de enero por la mañana, lo recibió «sólo en Berlín», con algunos días de retraso. No deja de tener una ironía trágica que responda a ello el 9 de enero, cuando Overbeck ya está con el paciente camino de Basilea, y crea poder contestar a la «llamada» del «crucificado» con una broma a medias: «Poco antes me había atribuido a mí mismo las palabras que una vez inventé como variante a un párrafo del *Ocaso de los dioses* de Wagner:

»Más a menudo que él / nadie habló de baile, más raramente que él / nadie ha bailado, etc.»

La parodia a las palabras del grandioso monólogo final de Brünnhilde demuestra una falta de comprensión sin parangón. Köselitz tenía que saber lo sensiblemente que Nietzsche raccionaba precisamente ante el *Ocaso de los dioses*, y uno se da cuenta con embarazo de la exactitud con que esa parodia del baile es aplicable a Nietzsche hasta estos últimos días. Claro que Köselitz no podía saber en qué bailes extáticos Overbeck hubo de encontrar al amigo, bailes que había cantado tantas veces.

Sólo la noticia de Overbeck del 11 de enero trajo claridad a Köselitz. Y entonces se desmoronó interiormente, perdió la «fuerza que mantiene la voluntad», por aplicar a él una expresión de las *Walkirias* (II, 2). No sólo había recibido de Nietzsche su nombre de «Peter Gast», por el que

el maestro le llamaba aún en la locura, sino que a él le debía todo su camino intelectual y la confianza en sí mismo, que necesitaba siempre volver a ser alimentada, tal como sólo Nietzsche lo había hecho cada año. Precisamente en esa última carta del 9 de enero aparece la frase alarmante: «un aire frío, humoso y cargante invitó al suicidio más bien que al baile»; y él vivió todavía algunas semanas cercano a esa idea del último acto de la desesperación. Si no hubiera encontrado en Overbeck un confidente comprensivo, al que siempre podía dirigirse poniendo al final de la carta «Su devoto» (o «agradecido») «discípulo», habría aparecido un grave vacío en su situación de entonces, sin esperanza alguna tampoco profesionalmente. Por eso, necesitó siempre como impulso una carta de Overbeck, a la que respondía inmediatamente. Overbeck, junto a las demás, hubo de soportar también esta carga: la de dar al confidente de su amigo el apoyo que necesitaba urgentemente.

Primero, Köselitz intentó reprimir una clara visión de la radicalidad de la desgracia. Su primera reacción el 13 de enero fue: «¡Su noticia me ha conmovido hasta lo más profundo! No acierto todavía a imaginarme a Nietzsche, para mí una de las manifestaciones superiores de la raza humana, encerrado en la celda de un manicomino. A mí me parecía totalmente justificado el crescendo de su sentimiento sobre sí mismo, que, para quien no tuviera idea de las metas que perseguía, había de resultar sospechoso. El tiene derecho a la megalomanía. Pero, en todo caso, su máquina trabajaba con excesiva vehemencia; pues agotaron su cerebro todas las cosas que hizo en el último medio año: todas ellas quintaesenciales. Y ahora ya nunca más, quizá, sus grandes sentimientos serán regulados y mantenidos por el necesario quantum de razón.

»¡Ah!, ¡a menudo me pidió que fuera a Turín, y yo no lo hice! Es obvio que no me atribuyo ningún otro influjo sobre él sino el de que le hubiera distraído, estorbado, y turbado en su enorme soledad. ¡Pero esto hubiera resultado un buen servicio para con él!... Y bien, no pierdo la esperanza de que pueda recuperarse... La desgracia es, como he dicho, que en la cercanía de Nietzsche no había principio alguno aminorante. Pues la potencia espiritual de Nietzsche era tremenda; de no haberlo sido, no se hubiera perdido de tal modo.» A ello Overbeck le responde con la carta del 15 de enero, de varias páginas, y que es para nosotros la fuente de información más importante para los acontecimientos de Turín y de Basilea. Y el 18 de enero Köselitz tiene que admitir: «Durante estos días, estimado profesor, le he escrito no menos de tres cartas, pero no las he expedido. Creí, como amigo de Nietzsche que es corresponsable ante un largo futuro de todo aquello que ahora sucede con él, creí, como amigo de Nietzsche, tener que investigar todo lo que ha de hacerse notar en un caso extraordinario como el presente y que quizá no está previsto por la psicología de los psiquiatras metódicos. Y bien: *el hecho de que no* expidiera esas cartas le demuestra a usted suficientemente que me di

cuenta pronto de lo disparatado de mi empresa y que no conseguí quebrantar suficientemente mi confianza en usted. Su agudo informe no deja duda alguna sobre las tinieblas de Nietzsche.» Overbeck intenta ahora implicar a Köselitz en la responsabilidad por el legado de Nietzsche, y Köselitz se presta a ello. Intenta un diálogo objetivo sobre la publicación de *El crepúsculo de los ídolos* y *Nietzsche contra Wagner*, sobre el estado de la cuenta con Naumann y cosas parecidas (cartas y tarjetas postales del 22, 25 y 30 de enero). Pero la carta del 31 de enero ya la cierra con esta sospechosa declaración: «*¡No puedo* escribir a la Sra. Nietzsche! ¡Discúlpeme lo más amablemente posible ante ella, estimado Sr. Profesor! Todos hemos de hablar lo menos posible de Nietzsche para que no cause más víctimas», pues «yo mismo casi me volví loco por la noticia y todavía ahora me encuentro bajo su aniquiladora impresión... Deambulo al aire libre casi el día entero, ya que el cuarto, mi coracón y mi poco de entendimiento se vuelven demasiado angostos».

Evidentemente, lo que había ayudado provisionalmente a Köselitz a evitar lo peor era el esparcimiento que le ofrecía la presencia de su viejo amigo y compañero de estudios de Basilea Widemann. Tras su partida escribe el 7 de febrero a Overbeck: «Desde que Widemann se fue he vivido horas horribles. Hace falta realmente un gran esfuerzo para superar algún que otro cuarto de esas horas: hace ocho días faltó poco para que me cayera por la ventana abajo a la Bellealliance platz, y no por intenciones suicidas, sino por dolor de cabeza y mareo repentino.» Algunas semanas después (23 de febrero) ya no puede soportar la «objetividad» y siente el impulso de «tomar distancia frente a los escritos de Nietzsche, en principio al menos frente a los últimos».

El 28 de marzo informa de un encuentro con Carl Fuchs, que había ido a Berlín para un concierto que Köselitz estaba esperando allí: «Le leí algunos párrafos del *Ecce homo*, y estuvimos de acuerdo en que muchas de esas cosas no pueden publicarse. Algunas incluso resultaban muy cómicas en su presencia.» Y el 13 de abril: «No he leído aún completamente su copia del *Anticristo*; ¡perdone que le retenga tanto! ¡El aire en este libro, y más aún en *Ecce homo* (que pronto habré copiado del todo), está tan cargado! Se espera un trueno en cada instante.»

Overbeck había hecho una copia del manuscrito del *Anticristo*, traído de Turín, para asegurar la conservación del texto y podérsela pasar a los amigos. Köselitz, por otra parte, tenía a mano el manuscrito del *Ecce homo*, que copiaba a su vez, y no sin «redactar» al mismo tiempo. Por lo que preguntaban ambos sin resultado alguno era por la «Transvaloración de todos los valores» que Nietzsche anunciaba insistentemente. Köselitz escribió al respecto el 18 (?) de enero algo que, desgraciadamente, sólo aparece conservado en un extracto de Overbeck: «Si *estuviera* acabada esta obra —según creo, Nietzsche se volvió loco en el júbilo por el triunfo de la razón humana en *él*, por la consumación de la obra—, ha-

bría que seguir estando contento, después de todo, por muy frívolo casi que esto suene. Lo que nos aflige ahora es el temor de que el desmoronamiento sucediera demasiado pronto a la encarnación de estas ideas. El que los manuscritos de esa obra no estén entre las cosas que usted se trajo, es algo que me inquieta, he de reconocerlo.» Pero se tranquiliza al pensar en la fiabilidad del remitente de Turín, es decir, los Fino, y por el hecho de que éstos no tengan idea alguna de la importancia de los manuscritos «de modo, así, que es de esperar que todo llegue en su integridad». Y seguramente ése fue el caso, y sin embargo, la «Transvaloración» no estaba entre ello, porque no existía.

Tras el concierto de Fuchs, Köselitz se había vuelto a retirar inmediatamente a Venecia y enmudeció para Overbeck hasta septiembre. Entonces, por fin, le confiesa el día 24: «Su última y amable tarjeta era del 24 de abril. El que no le haya contestado hasta ahora, el que no me haya informado ante usted sobre el estado de Nietzsche, son cosas que me exponen a grandes malentendidos. Además de esto, mi silencio fue *deliberado*, y en absoluto debido a falta de tiempo. En mi soledad, tuve que evitar todo lo que me volviera a introducir en le meditación profunda de nuestra horrenda desgracia... No puedo justificarme por mi mutismo. La falta está sólo en mi impresionabilidad enfermiza. Y sólo, en tierra extraña, en nuestro caso estoy siempre cerca de perecer.»

En Jena

Entretanto, las cosas tomaron su rumbo.

El viaje hasta Jena no fue tan tranquilo como el de Turín a Basilea. Los acompañantes fueron esta vez: la madre, el joven médico Dr. Mähly y Jakob Brand, un celador robusto del Friedmatt, de 25 años, que había cuidado de Nietzsche los ocho días pasados allí. Parece que el Prof. Wille, a instancias de Mähly, le concedió vacación para el viaje (¡el único viaje al extranjero de su vida!). El Prof. Jakob Mähly, padre, colega en un tiempo de Nietzsche, describe brevemente en sus *Memorias* (1900) [158] las experiencias de su hijo durante el viaje. Overbeck le había pedido este favor de amigo. «Mi hijo asintió con la condición de que los acompañara un sólido celador del manicomio de Basilea para contener posibles excesos del enfermo. La bondad de esta medida se mostró, incluso con excesiva claridad, a lo largo del viaje, que fue absolutamente fatigoso. El enfermo tuvo varios ataques de auténtica rabia que se dirigían agresivamente incluso contra la propia... madre y que sólo pudieron ser atajados desplegando un común esfuerzo. Mi hijo dio gracias a Dios por haber vuelto a casa con la piel sana.» La madre sólo habla, en su informe a Overbeck [199], de *un* ataque antes de la llegada a Frankfurt; de todos modos después ya no viajó junto al paciente, «porque... le dio un ataque de ira con-

tra mí, de sólo un minuto aproximadamente de duración, pero horrible de ver y de escuchar, de modo que [para] evitar más trastornos ya no volví a aventurarme en su proximidad». Después, en el trayecto de Weimar a Jena, estuvo intranquilo, cosa que la madre atribuye «a los duros bancos y a la incomodidad de tumbarse».

En la estación de Jena esperaban a la pequeña comitiva el Prof. Gelzer-Thurneysen y Sra., y llevaron en principio a la madre a su casa, mientras el Dr. Mähly y el celador condujeron al paciente directamente al hospital. Algo más tarde, la Sra. Gelzer fue con la madre al hospital, donde ésta tenía que solucionar las cuestiones administrativas, como depósito de dinero, etc. Al hijo no volvió a verlo. La madre vivía en una cierta ilusión respecto a la clase del alojamiento. El 19 de enero informa a Overbeck (ya desde Naumburg): «Lo alojamos por ahora en primera clase, 5,50 marcos al día... El secretario pensaba que podría encontrar sitio también en "primera clase b", donde cuesta 1 marco menos; aunque allí había de vivir con otro, cosa que al Sr. Dr. Mähly le pareció muy bien en definitiva, mientras que yo creo que él es demasiado ruidoso, y que por eso esto no podrá ser. El director, por el contrario, aconsejó la 2.ª clase; aunque, naturalmente, teniendo en cuenta el rango y posición, sería de preferir la primera [clase]» donde ya hay dos médicos, un oficial y un estudiante; y «sólo si no hubiera sitio, dado que Weimar tiene preferencia, recibiría otra habitación y comida, naturalmente de 2.ª clase, pero también así estaría bien, dado que la comida de la primera clase parece que apenas se da siquiera en los mejores hoteles.» Sin embargo, la notificación oficial a Overbeck el 21 de enero, firmada por el Prof. Binswanger, reza así: «El Sr. Profesor Nietzsche, cuyo traslado a mi clínica usted requirió, ha llegado aquí en compañía de su madre y ha sido instalado en la segunda clase.» Binswanger pide que se le notifique la dirección donde han de enviarse las facturas. Todas llegaron en adelante a Overbeck, fueron pagadas desde Basilea y desde el primer día montan 2,50 marcos, o sea, la 2.ª clase para extranjeros. Binswanger mismo se responsabilizó, sin más, de alojar al paciente en «quasi» 1.ª clase con tarifa de 2.ª, mientras las habitaciones correspondientes no fueran reclamadas por las autoridades superiores de Weimar. Los reproches que se le hicieron más tarde de que trató mal, o, por lo menos, no «conforme a su rango», a Nietzsche, de que le encerró en una celda, y todo porque no tenía idea de la relevancia de su paciente, carecen desde un principio de todo fundamento. Precisamente por eso hizo Overbeck que viajara con Nietzsche el Dr. Mähly, porque éste había de poner en antecedentes al Prof. Binswanger sobre la personalidad de Nietzsche, cosa que hizo sin duda alguna, si se tiene en cuenta su devoción a su antiguo profesor del gimnasio. Además, Binswanger era amigo de la familia Gelzer de Jena, y, con toda seguridad, también por parte suya recibió aclaraciones. Binswanger —en la medida en que se lo permitía temporalmente su car-

go de director del hospital— leyó incluso los escritos de Nietzsche (como informa la madre, entusiasmada, el 30 de abril). Ya no puede determinarse si eso lo hizo por interés en la obra, en la filosofía de Nietzsche, o para seguir la pista de la etiología de la enfermedad, de la que, por lo demás, está seguro (tal como se lo dice a la Sra. Gelzer, aunque, por desgracia, no se nos ha transmitido *cuál* era la causa de la enfermedad en la que *él* pensaba): pero leyó las obras y se dedicó en medida desacostumbrada a su paciente. En el otoño hizo que le enviaran incluso el historial médico del Friedmatt de Basilea y que se escribiera una copia que quedó en Jena.

Otto Binswanger, de Münsterlingen, Suiza (14 de octubre de 1852 a 15 de julio de 1929), se había especializado en la investigación de la parálisis progresiva, de la histeria y de la epilepsia. Existió una relación personal suya con su colega Wille de Basilea, probablemente proviniente del tiempo en el que Wille, antes de su llamada en 1875 a Basilea, fue director del conocido hospital de Münsterlingen; además de por mediación de la Sra. Gelzer-Thurneysen, que era basilea de nacimiento.

Su médico asistente de aquel tiempo, el frankfurtiano Dr. Theodor Ziehen (12 de noviembre de 1862 a 29 de diciembre de 1950), llegó a ser catedrático de *filosofía* en 1917 en Halle. Su primera obra capital fue en 1891 un *Manual de psicología fisiológica* hecho sobre bases positivista. Más tarde se dedicó también a cuestiones estéticas, un tema capital del primer Nietzsche. Así, este hombre recorrió unos 20 años antes el mismo camino que Jaspers, desde la psiquiatría a la filosofía. ¡Así pues, no se puede afirmar que a los dos médicos directivos, por naturaleza o por relación, les faltara la posibilidad de comprensión de su singular paciente!

Como tarea y objetivo del tratamiento los médicos fijaron la contención de la exagerada excitabilidad, que llegaba hasta ataques de rabia. Con ese fin fueron suministrados los medicamentos entonces conocidos, primero en dosis abundantes, y luego disminuyendo con el tiempo, así como se sintonizaron el entorno y los contactos. En este contexto se coloca la estricta prohibición de visitas de los primeros meses. Nietzsche ya antes estaba sujeto a una excitabilidad no usual, que podía degenerar en accesos del tipo de los de migraña, incluso después de visitas agradables. Las experiencias del viaje a Jena hicieron temer que el encuentro, inclusive, con la madre podría acarrear también esas consecuencias, cosa que siempre significaría un paso atrás en el camino de la mejoría, de la tranquilización. Paul Deussen y su mujer, cuando, tras una visita a la madre en Naumburg, el 21 de abril, continuaron el viaje hasta Jena, no pudieron ver al paciente; y a su madre sólo se le permitió una primera visita, y a modo de prueba, a mitad de mayo, después de que Nietzsche, el 17 de marzo, fuera llevado provisionalmente al departamento de enfermos más tranquilos y pudiera mantenerse allí, «a pesar de que a veces es todavía

muy ruidoso y hay horas en las que debe estar solo», como comunica la madre el 9 de abril a Overbeck sobre la base de una información del Dr. Ziehen. En general, el nivel de información no era tan malo como más tarde se afirmaría con reconvención. Naturalmente, no tenía sentido alguno, dado el progreso *muy* lento de la «mejoría», que se diera cada semana, por ejemplo, un informe. Estaba, además, el valor cuestionable de la así llamada mejoría, sobre la que el «Dr. Ziehen consideró obligación suya» decir a la madre «que esos pequeños signos de mejoría no cambiaban nada respecto a la enfermedad misma». Por el mismo tiempo (11 de abril) el Dr. Ziehen comunica también a Overbeck: «En general el paciente se ha vuelto algo más tranquilo. También expresa con algo menor frecuencia las ideas megalómanas. La posibilidad de una remisión temporal no está excluida. El estado de nutrición es satisfactorio.» Overbeck dependía de estos testimonios directos realmente un tanto escuetos, aunque la mayor parte de las cosas las llegaba a saber indirectamente por las cartas de la madre, a la que llegaban en muy abundantes cantidades noticias orales por mediación de los Gelzer, transmitidas, oralmente también, a éstos, por Binswanger a sabiendas y con la intención de que las transmitieran a su vez.

A Overbeck se le ofreció una segunda fuente que, sin embargo, se agotó rápidamente. Ida Steinmetz (muerta en 1900), hija del Prof. Gustav Asverus de Jena, una conocida y admiradora de sus escritos en su época de Jena, le escribió el 28 de enero: «Me ha conmovido profundamente su amable carta con la noticia del trágico destino de su amigo; sé cuán querido y preciado era el amigo para usted, y qué clase de amigo extraordinariamente bueno es usted... Quziá sepa que la Sra. Binswanger es una antigua pensionista de nuestra madre, así que estamos lo suficientemente cercanos a ella como para solicitar noticias personales sobre el estado de su amigo... Seguro que la Sra. Binswanger puede preguntar a menudo a su marido detalles sobre el enfermo, y quizá entonces le resulte a usted agradable escucharlos por mediación mía. En tales casos, por desgracia, sólo puede contemplarse ya la muerte como liberación, puesto que qué queda de una persona amada, dotada e ingeniosa, cuando el impulso que eleva al hombre por encima de otras criaturas ya no cumple su función. Pensar en la locura puede volver loco y hay que precaverse de cavilar sobre ello en exceso... Si no supiera que su amada esposa está a su lado, no tendría instante alguno de tranquilidad; pero así sé que está Usted cobijado.» Pero sólo el 13 de marzo vuelve a tener otra vez noticias de la: «Salida a medias de una grave enfermedad, quiero... decirle que el Prof. Binswanger me ha hecho saber hoy por mediación de sus hijos, que si le escribo a usted le diga que el pobre enfermo sigue en el mismo punto de siempre. Usted no ha de esperar otra cosa, y debe intentar acostumbrarse a lo doloroso, tal como todos hemos de hacer con nuestros dolores, resulte lo difícil que resulte. Yo misma, en mi situación

angustiosa, sólo puedo desearme la muerte y, sin embargo, no quiero abandonar a mi querida, querida madre, a pesar de que ella no tiene conmigo sino esfuerzo y dolor.» También aquí: enfermedad, postración. Es terrible cómo todo el «entorno» en general que Nietzsche hubo de soportar, en su mayor parte está azotado por la enfermedad: Overbeck mismo, Rohde, pronto también Gersdorff por dolencias de su esposa, Jacob Burckhardt, Malwida v. Meysenbug, Mrs. Fynn, la Srta. v. Mansuroff, Richard Wagner lo estuvo en sus últimos años, y Heinrich v. Stein murió pronto. Sólo el 23 de diciembre Overberck recibe noticias directamente de Binswanger sobre una mejoría parcial del estado de Nietzsche: «Respecto al estado del Sr. Profesor Nietzsche le comunicamos, ante su requerimiento, que muestra externamente una mejoría clara en tanto en cuanto habla algo más coherentemente y la excitación con gritos, etc., es más rara. Siguen apareciendo delirios diversos, también persisten aún alucinaciones auditivas. Las manifestaciones de la parálisis no han hecho ningún progreso y no son significativas. Sólo reconoce en parte su entorno, así, por ejemplo, siempre se refiere al celador jefe como príncipe Bismarck. No sabe exactamente dónde está. A menudo tiene clara conciencia de enfermedad, sobre todo se queja de dolor de cabeza. La ingestión de alimentos es regular, el sueño a menudo intranquilo. Su madre lo ha visitado varias veces: la reconoció inmediatamente y habló a veces con gran claridad con ella; también se acuerda muy bien los días siguientes de la visita. Se producen todavía ensuciamientos. Las perspectivas de curación son, en cualquier caso, escasas, aunque no pueden excluirse plenamente todavía. Un veredicto definitivo sobre la evolución sólo podrá seguirse después de tres meses. En modo alguno es de esperar un aumento de los gastos de mantenimiento.»

La «mejoría», pues, iba acompañada de un resurgimiento de los dolores de cabeza y de ojos, y por una conciencia de enfermedad que fue acrecentándose hasta llegar a manía persecutoria, a idea fija de que le producían la enfermedad.

Esa fase de tranquilidad la pudo anunciar Binswnanger sólo en septiembre, después de que fuera disminuyendo una nueva excitación fuerte desencadenada por los calores del verano, que fue contrarrestada, en lo posible, en el sanatorio colocando al paciente en habitaciones del norte. El intento para probar si el trato con otros pacientes elegidos tenía efectos tranquilizadores se había abandonado pronto y deparó a Nietzsche la soledad que le había sido propia ya en sus buenos días. Lo que aparece en el historial médico de Jena y en las cartas de la madre a Overbeck hasta el otoño de 1889, basta sólo para que resulte claro, a grandes rasgos, la evolución de la enfermedad. Según ello, tuvo durante toda esa época, como ya en Turín, un buen apetito. Varias veces se le cita como un gran comedor. A pesar de ello pierde peso el primer mes y el 1 de febrero baja hasta el límite inferior de 123 libras. Después va engordando

paulatinamente y el 1 de mayo alcanza 139 libras, para bajar luego hasta el 1 de agosto a las 123 otra vez, tras lo cual vuelve a suceder otro aumento de peso hasta las 128 libras el 1 de febrero de 1890. Con estas cantidades pueden fijarse los valores límites para un hombre como él, de aproximadamente 170 cm de altura y musculoso: o sea, un peso «saludable» y normal. Todavía en los próximos años se hablará con frecuencia de su espléndido aspecto externo y su buen estado físico. Sin embargo su estado intelectual y anímico va cayendo como en zigzag, pero paso a paso e inexorablemente.

Al día siguiente de su ingreso en Jena, el 19 de enero de 1889, se resume en el historial médico: «El enfermo sigue hasta el departamento en medio de grandes reverencias. Con paso mayestático, mirando hacia el techo, entra en su habitación y agradece la "magnífica acogida". No sabe dónde está. Unas veces cree estar en Naumburg y otras en Turín. Sobre sus datos personales informa correctamente... Gesticula y habla continuamente, en tono afectado y con palabras grandilocuentes, unas veces en italiano y otras en francés. Intenta innumerables veces dar la mano a los médicos. Llama la atención que el paciente, que estuvo mucho tiempo en Italia, a menudo, sin embargo, se confunda o no sepa en absoluto, en sus frases dichas en italiano, las palabras más sencillas. Con respecto al contenido, se advierte la confusión de ideas de su charla, en ocasiones habla de sus grandes composiciones y canta trozos de ellas, habla de sus "secretarios de legación y sirvientes". Mientras habla gesticula casi continuamente.» Se cita varias veces el hecho de que use casi siempre el idioma italiano y, sobre todo, el francés. El 22 de enero dice «haber estrenado sus composiciones musicales», mientras que tiene «menos comprensión o memoria para ideas o lugares de sus obras [filosóficas]» (1 de marzo). Reconoce el entorno, pero no a él mismo ni su situación. «Nombra a los médicos siempre correctamente, pero a sí mismo unas veces como duque de Cumberland, otras como emperador, etc.» (10 de marzo), y afirma: «Por último he sido Federico Guillermo IV» (23 de febrero). No habla de sus antiguas relaciones personales. No cita nombre alguno excepto uno: «Mi mujer Cosima Wagner me ha traído aquí» (27 de marzo).

Con el aumento de calor de la primavera, que siempre le había dado ya que hacer, se produce un claro oscurecimiento. El 17 de abril se queja: «Se me ha imprecado durante la noche, se ha usado contra mí las maquinarias más horribles»; el 19 de abril escribe «cosas ininteligibles en la paredes. "Si es verdadera la sospecha de que la gran duquesa misma comete esas cerdadas y atentados contra mí, quiero entonces un revólver." "Me están poniendo enfermo en la frente, a la derecha".» A finales de abril aparece la siguiente nota en el historial: «A menudo arrebatos de ira», que aumentan tanto el 10 de junio que «de improviso rompió el cristal de una ventana.» Pide (16 de junio) «ayuda, a menudo, contra tor-

turas nocturnas» y «rompe (el 4 de julio) un vaso de agua "para proteger su entrada con trozos de cristal", como él explica. A la vez da brincos y gesticula». La madre informa de una visita en esa época (el 29 de julio) y de honras esperanzadoras: «Visité el domingo a mi querido Fritz, y, para ser sincera, lo encontré mucho mejor. Se llevó una alegría infinita al verme, preguntó por Lieschen y gozó con una foto suya que yo llevaba conmigo... De todos modos, antes cuando se nos condujo al auditorio, dado que en la sala de espera había demasiada gente, dijo: "Una sala magnífica como ves, aquí doy yo mis lecciones ante un público escogido, se me han hecho asimismo las mejores propuestas desde Leipzig, así como se me ha ofrecido la antigua y magnífica vivienda de Rohde." Después encontró un lápiz y, como yo tenía un viejo sobre, comenzó a escribir en él y se sentía dichoso de estar en su elemento. Tampoco pude impedir que se llevara del auditorio ese lapicero y otro más, así como papel, que encontramos por fin, y cuando yo le dije bromeando "viejo Fritz, eres un pequeño ladronzuelo", él me replicó, hablándome al oído, al despedirse, plenamente satisfecho: "Así tengo algo que hacer cuando me arrastre hacia mi cueva".» ¡También esto un vieja metáfora de Sils!

En agosto vuelve a hacerse «muy ruidoso. Motivado su alboroto por dolores de cabeza», el 16 de agosto rompe «repentinamente algunos cristales. Afirma haber visto tras la ventana el cañón de un fusil». «Se acuesta casi siempre sobre el suelo al lado de la cama» (7 de septiembre), no sabe quién es, afirma estar en Turín, pero reconoce con claridad a su madre y «por la noche se acuerda todavía muy bien de la visita de su madre por la mañana» (15 de septiembre).

El 1 de octubre el médico puede testimoniar, satisfecho: «Clara remisión en general», y a la madre se le permiten con mayor frecuencia las visitas. Ella ve en esta fase signos de una curación total y acepta la tutela provisional en la creencia de que «el buen Dios, en su gracia y bondad, nos devuelve a nuestro buen Fritz en la antigua fuerza y vigor, tanto del espíritu como del cuerpo. Mi buen Fritz tiene ahora un aspecto nada mudado, tal como lo tenía en sus *días más saludables*. También en los ojos... se le ve con toda salud, tiene asimismo su modo alegre de ser... Aun cuando soy *yo* la que habla con él... el día de su cumpleaños, por ejemplo, ... durante dos horas no dijo ninguna palabra ni juicio falsos. Admito que hay que dirigir la conversación. Preguntó por ejemplo por los Förster... Llegamos asimismo a su antiguo rector en Pforta, el viejo Peter, de quien le conté que estaba medio ciego y que tampoco le iba muy bien con los pies. Entonces él dijo que "era de creer que esa elegante presencia tuviera, al parecer, la misma dolencia del viejo Prof. Ritschl de Leipzig". Después habló de los merecimientos que el viejo Peter tenía en la lengua latina, los que él tenía en la lengua griega, de los criterios que siguió el consejero privado Banitz para la ocupación de los cargos rectorales, de los distintos que siguió Wiese, su predecesor. Relató todavía su anti-

guo viaje con Mazzini y recordaba aún el nombre italiano del acompañante durante el paso del San Gotardo. Se acordaba también del viejo confitero —yo no sabía el nombre, él dijo entonces que Kintschy— de la Klostergasse, a quien había frecuentado con Rohde y Gersdorff, y de que ese café existía ya hacía cientos de años, así como de las altas y famosas personalidades que habían estado en él. Al final, echó una mirada al imponente manicomio y dijo: ¿Cuándo saldré del palacio?»

En esta carta a Overbeck del 1 de noviembre observa hacia el final: «Llegó también un joven intelectual, que sólo conoce a Fritz por sus escritos, pero que, en su admiración, quería hacer por Fritz sólo Dios sabe qué, hacerse cuidador suyo, cualquier cosa que le hiciera bien y le ayudara a curarse pronto, y me escribió hoy una carta de 12 páginas hablándome de esto, pero no puede hacerse nada, aunque fue muy conmovedor.»

Ese «conmovedor» admirador, sin embargo, consiguió con su insistencia, en las semanas siguientes, que se le permitiera dar paseos con Nietzsche. El historial médico, curiosamente, sólo da *una* vez noticia de ello, el 20 de diciembre: «Ultimamente ha paseado a menudo con uno de sus antiguos alumnos. —Ningún influjo esencial en el estado patológico.»

Con el calificativo de «antiguo alumno» podría pensarse fácilmente en Köselitz. Pero se trataba de

Julius Langbehn

También él es una de las «figuras en torno a Nietzsche», también él pertenece al *monde* de Nietzsche, aunque sólo aparece en él por su corta intervención en la suerte fatal de Nietzsche, por su aventurero intento de curación. En su época había ganado enorme consideración por su libro *Rembrandt como educador*, que, habiendo aparecido en 1890, después de un año ya alcanzaba 25 ediciones (66.000 ejemplares) y al final 84; todo ello le valió el apodo de «el alemán-Rembrandt». Se trataba de uno de eso profetas salvadores que siempre aparecen, ante los cuales suele sucumbir la amplia masa de espíritus exaltados y no muy versados intelectualmente. Puesto que Langbehn circunscribió su visión de un futuro ideal a un acontecimiento nacional alemán, a una renovación cultural «helénico»-alemana, pertenece de modo sospechoso, junto con el antisemitismo contemporáneo de un Bernhardt Förster, a los «fundamentos del siglo XX», o de otro modo, precisamente: también aquí causa y efecto son intercambiables alternativamente. Su éxito temporal muestra cómo posibilidades que en el siglo XX llegaron a tener tan horrendas repercusiones, ya encuentran sus raíces en el final del siglo XIX, y además en amplias capas populares.

Su «obra» no dejó ningún rastro memorable, pero sí su «comprensión» de Nietzsche. El que Langbehn precisamente se interesara solícitamente por Nietzsche, lo integrara en su programa como uno de los apoyos intelectuales más fuertes, contribuyó esencialmente, junto con el hecho de tener por cuñado al antisemita Förster, a que su obra, pronto ya y duraderamente, además, fuera falsamente asimilada a esa dirección.

Por esta malhadada consecuencia la investigación sobre Nietzsche ha de ocuparse de Langbehn más intensamente de lo que merece esta persona por sus demás merecimientos.

Los ancestros de Julius Langbehn eran del Holstein. Vivieron del modo más humilde, la mayoría de las veces como jornaleros. El abuelo fue el primero que consiguió abrirse camino hacia arriba. Trabajó primero como artesano, zapatero, y ya con 42 años se hizo maestro de escuela. Hizo que su hijo estudiara filología clásica, y también se hizo maestro. Este hombre, que había nacido en 1801, murió en 1865, cuando Julius, nacido como tercer hijo el 26 de marzo de 1851, tenía 14 años. La madre procedía de una vieja familia de pastores protestantes. Se la describe como inteligente y temorosa de Dios[178] («servir es bello» era su lema), pero melancólica. Murió el 9 de junio de 1883 tras diez años de ofuscación mental.

Julius Langbehn creció en Kiel. En 1870, a los 19 años, se presentó voluntario para la guerra y fue licenciado en junio de 1871 por enfermo (reuma) con el rango de oficial. Entonces se dedicó a la arqueología y a la historia del arte. Desde 1873 hasta la primavera de 1875 recogió impresiones definitivas en Venecia, Verona y Bergamo. En 1875 es dimitido por su asociación estudiantil de Kiel «por hablar impertinentemente». Entonces va a estudiar arte a Munich. El 20 de enero de 1880 se gradúa como doctor en Munich con una disertación sobre «Figuras aladas griegas». Su maestro —Brunn— se preocupa, primero sin éxito, ante el «Instituto arqueológico imperial» de Berlín, por una beca para Langbehn para un viaje por Grecia e Italia. Sólo en el otoño de 1881 se le concede la beca, que, sin embargo, ya no es prolongada en la primavera de 1882, con lo cual se frustra para Langbehn la continuación del viaje de estudios. Obviamente se sentía que el candidato se había alejado plenamente en su interior de su «gremio», y estaba decidido a seguir un camino propio, difícilmente valorable para la Facultad y ni siquiera útil. El 21 de diciembre pudo, así, escribir a su amigo Muhl: «El momento de reposo actual [¡el viaje de estudios!] lo utilizo para pensamientos y consideraciones varios —sobre el pasado y el futuro. Con respecto al último ya estoy decidido. Próximamente traspasaré el *Rubicón* hablando propia e impropiamente, es decir, arrojaré por la borda a los intelectuales del gremio. Hasta ahora he hecho lo posible por mantenerme en la tradición de una carrera, pero ya no quiero seguir haciéndolo. El precio sería más

alto que lo que conseguiría por ello. Cumpliré todavía con la beca y con las obligaciones que acarrea; ¡y después, punto final!»

Siete años más tarde también Nietzsche (carta a Köselitz), al comenzar el desmoronamiento, quiere «traspasar el Rubicón» espiritualmente. ¿Era esto un dicho extendido en aquella época, que aparece en Nietzsche a la luz del ocaso?

Langbehn nunca llevó una vida «regular», como, por ejemplo, en un puesto académico de relieve. Los bienes temporales no le importaban en absoluto, se contentaba con trabajos indigentes y temporeros de archivo o como conservador en museos y colecciones. Con su modo de ser seductor conseguía siempre alojarse en casa de amigos, para los que, dadas sus humildes pretensiones, tampoco suponía una gran carga.

De los efectos más duraderos fue su amistad con el pintor Hans Thoma (2 de octubre de 1839 - 7 de noviembre de 1924), de quien fue huésped desde octubre de 1884 a la primavera de 1885. «Como Thoma escribió más tarde, la buenísima impresión que le hizo en su primer encuentro el modo de ser y el aspecto enteros de Langbehn, permaneció en él más allá de todas las desavenencias. Sin embargo, nunca en su vida se aclaró plenamente respecto a esta persona, la más extraña que conoció en su vida. Unas veces recalcaba la "rectilínea falta de reparos" de Langbehn, su incompatibilidad con el entorno, su brusquedad, injusticia en las condenas; otras, su rectitud, sinceridad incondicionada, idealismo[178].»

En otras notas Thoma intentó hacerse cargo de aquello que no podía determinarse con toda claridad, y que quizá por ello era más atractivo, respecto al modo de ser de Langbehn: «Más de una vez dijo que lo máximo que el hombre podía alcanzar sería llegar a ser santo. Me di cuenta de que le rondaba la cabeza un alto ideal de pureza y de que más de un conflicto consigo mismo y con otros surgieron de ese ideal. En este sentido siempre supe entenderlo y tenerlo en gran estima, y eso que a menudo tuve motivos también para sentirme ofendido por él.» Este testimonio también podría haberlo escrito la madre de Nietzsche, pues, en cualquier caso, se corresponde plenamente con su experiencia. Ella alude con mayor claridad a otro rasgo esencial que Thoma formula así: «Langbehn tenía ya algo en su modo de ser que le autorizaba para ser profeta. Era una naturaleza rica, cerrada misteriosamente —él mismo incluso un enigma... Afirmaba que era una persona feliz, altamente satisfecha. En cualquier caso era de ese tipo de frugalidad ante la que difícilmente puede prosperar la insatisfacción.»

Era también una persona llena de sentido artístico, con una capacidad extraordinaria de vivencia del arte. En el tiempo que permaneció con Thoma (1884-85) tuvo lugar una salida a Darmstadt, donde Langbehn vio el *Cristo en la columna de la flagelación* de Rembrandt. La impresión causada por esta experiencia artística grabó toda su existencia fu-

tura (de modo parecido a la experiencia del *Tristán* que tuvo Nietzsche en Munich). Así, el que cinco años más tarde ponga a su libro el título de *Rembrandt como educador* es, ciertamente, algo más que mera parodia del *Schopenhauer como educador* de Nietzsche, por muy evidente que resulte el paralelismo. ¡Podría suponerse como algo seguro que un Nietzsche todavía despierto mentalmente hubiera rechazado rotundamente al pretencioso autor, como lo hizo en su momento con Lanzky y su *Crepúsculo*!

Desde la primavera de 1885 hasta el verano de 1892 Langbehn vivió en Dresden. En esta época se empeña cada vez más en una inútil oposición a sus compañeros de especialidad y a todo el sistema educativo y universitario. En este contexto hay que ver sus pérfidas invectivas contra Binswanger y el hospital de Jena, con las que intranquilizó temporalmente, en 1890, a la madre de Nietzsche y a Köselitz. En febrero de 1891 devolvió a la Facultad de Munich su título de doctor, roto en pedazos, después de que ésta no accediera a su deseo de anular su promoción doctoral. Cada vez va perdiendo más el suelo de la realidad y entregándose a especulaciones místicas para las que espera satisfacción y realización, finalmente, en una conversión al dogma católico-romano. El 26 de febrero de 1900 recibe el bautismo, el 7 de marzo la primera comunión. En junio de 1900 se traslada a vivir a la católica Würzburg, el 30 de abril de 1907 muere en Rosenheim (Munich), probablemente de un cáncer de estómago.

Pongamos como ejemplo sólo uno sacado de sus anotaciones filosófico-religiosas (citado en *El espíritu del todo*, p. 126): «El demonio es el creador de todo disgusto que se causa y que se sufre. Antes del pecado original lo divino caía recto en el mundo, ahora cae inclinado. Aparece como un palo roto, introducido en el agua. Se ha producido un desvío a través de un medio turbio —a través del demonio... Así como los buenos espíritus se encuentran amistosamente en Dios, los malos espíritus se encuentran enemistosamente en el demonio; él significa incapacidad de desarrollo, endurecimiento, totalidad del mal, en lo posible. Satán tiene también carácter, pero no alma... Y así como Dios es el espíritu del todo y de lo esférico, el demonio es el espíritu de lo parcial y de lo dividido[148].»

Y ahora, partiendo de la convicción de que la medicina oficial demoníaca, por su propia naturaleza, se confunde en todo y lleva también a Nietzsche a la perdición, de que Nietzsche no está seriamente enfermo en absoluto, sino sólo desatendido, tratado falsamente y conducido por vía falsa, este hombre se decide en el otoño de 1889 a imponerse como salvador. Prometió a la madre —de demasiada buena fe para tales promesas— devolverle al hijo completamente repuesto; y lo introdujo a la vez en su programa político-cultural. Hemos de creer en su convicción de que Nietzsche podía recuperarse. El mismo fue la primera víctima de su fantasía —o de sus buenos deseos: puesto que *él* era quien necesitaba

a Nietzsche, al menos al Nietzsche de antes, al Nietzsche del *Nacimiento de la tragedia* y de las *Consideraciones intempestivas* y después todavía al poeta fantástico del *Zaratustra* (del que aún no se conocía la cuarta parte con la «Fiesta del asno»). De los demás escritos de Nietzsche pensaba que eran extravíos causados por un influjo maligno y que lo único que le había faltado era una fuerte crítica hecha a tiempo. Sobre todo, responsabilizaba (como también Kaftan) a la postura de lucha de Nietzsche contra el cristianismo del agotamiento nervioso transitorio y creía que si se volvía a llevar a Nietzsche al buen camino, si se le reconciliaba con lo suyo propio, con su modo de ser ideal piadoso, se disolvería la tensión, desparecería el trastorno del ánimo. Y, a diferencia de Kaftan, se creía con fuerza y con habilidad intelectual suficientes como para producir ese retorno. Pero ya tras un corto tiempo de ensayo se debería haber dado cuenta de lo poco accesible que era Nietzsche de ese modo. A finales de noviembre de 1889 Nietzsche reacciona con un ataque de furia ante la «filosofía» de Langbehn, le arrojó una mesa ante los pies, lo amenazó con los puños y llamó a los celadores; ante ello, el «salvador» desapareció, para no volver, camino de Dresden, desde donde continuó su juego, poseído misionariamente, insistiendo en que era su cometido, su tarea, la de recuperar a Nietzsche para la humanidad. Casi durante cuatro meses pudo ejercitar con algún éxito su fantasmagoría ante la madre y ante Köselitz, para lo cual, hábilmente, atribuyó como mérito a su método la remisión que Binswanger ya había notificado en septiembre y encontró aceptación en ambos para esta tesis, hasta que a finales de febrero de 1890 Overbeck fue a Jena y expulsó al demonio, como en su tiempo al «fantasma de Rosalie Nielsen».

Resulta bastante trabajoso reconstruir en detalle el «episodio Langbehn», tal como puede leerse a partir de la correspondencia madre de Nietzsche/Köselitz/Overbeck.

La primera escena de esa tragicomedia parecía prometer mucho en principio. A finales de octubre, «para gran sorpresa» de la madre, llegó «aquí [Naumburg] un cierto Sr. Dr. (historiador del arte) de Dresden, sólo una hora después de haber enviado una carta llena de profundo respeto y de haberse anunciado. "Le gustaría ponerse a mi disposición si pudiera servir en algo para el cuidado del enfermo". Estuvimos juntos un par de horas... Poco después realicé la prometida visita a mi hijo y me preocupó la idea de si era tiempo ya entonces de que un extraño lo visitara, de modo que le escribí rehusando. Nuestras cartas se cruzaron y él me escribió una de 12 páginas llena de un sentimiento conmovedor... Pensé entonces que ésta era definitivamente la persona apropiada para sacar de paseo diariamente a mi Fritz... que está tan acostumbrado al aire libre... Así pues, escribí a Binswanger contándole todo el asunto y preguntándole si permitía, aunque en principio fuera a modo de prueba, que el susodicho señor fuera a pasear con él 2 horas por la mañana tem-

prano y 2 horas por la tarde... Dije que de ese modo seguramente mejoraría el sueño y los nervios se recuperarían. Y, Dios sea alabado, el Sr. Prof. Binswanger aceptó la propuesta. Ayer hizo 8 días [= 13 de noviembre de 1889] vino el bueno y conmovedor Dr. Langbehn (que procede del Schleswig-Holstein) y tomé conocimiento en él de una de las personas más prudentes y estimables... El jueves [= 14 de noviembre], a las 7,20 de la mañana, viajamos hasta Jena, presenté el doctor al Prof. Binswanger y a los médicos y... también a mi Fritz, y, así, caminamos ante el hospital... los tres juntos, arriba y abajo. Pronto llevé la conversación a Venecia y fue una auténtica alegría escucharlos a ambos. Fritz, recordando al Sr. Doctor el bello cuadro y hablando entusiasmado de él, citaba pequeños versos, que él... en ocasiones... había hecho allí... y dijo al final al doctor: "Creo que usted va a devolverme la salud". El Sr. Doctor... me rogó que me quedara allí hasta el día siguiente, de modo que se acostumbrara mejor a él siendo yo todavía la intermediaria. Así lo hice y tuve mi compensación ese día en ambos paseos por poder oír a dos personas tan sabias e inteligentes, y el bueno del Sr. Doctor quedó totalmente prendado y convencido por la personalidad del buen Fritz, y desde entonces sale con él dos veces al día de paseo y me informa con todo detalle, y que Fritz le había vuelto a decir ayer: "Creo que usted me salvará" ... Hoy [= 21 de noviembre] escribe el Sr. Dr. Langbehn... que el bueno de Fritz se alegra como un niño por cualquier atención para con él, "es un niño y un rey, como hijo de rey que es, así debe ser tratado, ése es el único método correcto".»

Pero este dúo armónico no duró mucho. Dos semanas después, el 28 de noviembre, la madre tiene que informar que «el pobre doctor..., a juzgar por sus cartas, parece estar muy afectado» y muy ocupado con la corrección de las pruebas de su libro. Si Langbehn quiere ya justificar con todo esto su soprendente partida *tras* el ataque de furia de su paciente, o bien si su nerviosismo ha contagiado al paciente y desencadenado el incidente justo poco después del 28 de noviembre, es cosa que ya no puede precisarse, puesto que, curiosamente, el historial médico sólo muestra durante todo este tiempo la siguiente anotación del 21 de noviembre: «Tengo dolor de cabeza, de modo que ni puedo ver ni andar», y respecto a los paseos con Langbehn, sólo tres semanas más tarde (20 de diciembre) se refiere a ellos tachándolos «hace poco». Pero entonces ya hacía tiempo que Langbehn no estaba en Jena.

Del 8 al 10 de diciembre va la madre allí y puede informar, respecto a esos tres días, que a su «hijo le va muy bien, desde que volvió a dar diariamente amplios paseos con su acompañante. Pero éste, desgraciadamente, se ha marchado, estaba demasiado nervioso, y junto a la presión de su obra, se había impuesto una tarea superior al aguante de sus nervios... Ahora es un médico joven quien le sustituye en esa obra caritativa, yendo diariamente con él de paseo.» Pero tampoco esto duró mucho tiempo.

Propiamente estaba acordado que la madre sacaría del hospital el 6 de diciembre al paciente —hasta ese punto había conseguido llegar Langbehn con sus mentiras— para llevarlo a su casa a Naumburg, *con* el Dr. Langbehn, que quería seguir allí sus métodos curativos. Pero el 6 de diciembre «el Sr. Doctor» (como lo cita siempre, respetuosamente, la madre en sus cartas), por una parte, ya no estaba en el asunto, y, por otra, la madre no consiguió tener libres las habitaciones tan de repente. Ella tenía desde hacía años inquilinos —pupilos— en casa, cosa que le proporcionaba su medio de vida, dado que los ingresos por renta y capital eran modestos. Prescindir de ello, en cualquier caso, era un auténtico sacrificio. Es posible que la renta basilea del paciente subsanara la falta. Esto es lo que hace suponer la constante preocupación de ella porque pudiera desaparecer tal renta. De todos modos estaba decidida. Pero los inquilinos, que querían dejar libre el alojamiento para el 1 de diciembre, no pudieron hacerlo, dado que el juzgado, en el que parece que trabajaban, no los dejó libres antes de Navidades. Langbehn malversó esta situación imperiosa, afirmando que la madre había impedido la mudanza de su hijo por deferencia ante sus inquilinos, así como por miedo pequeño-burgués a las habladurías de la gente. Contra esa sospecha hablarán muy pronto los hechos de la madre.

Langbehn iba cargando cada vez más la situación entera con sus insoportables frescuras, con su continuo acentuar su desinteresada voluntad de ayuda, hasta que Köselitz mismo, que al principio había sido conquistado plenamente, casi hasta llegar a la admiración, por Langbehn, comenzó a sospechar que «él fingiera no querer más que ser "tutor", mientras quería premeditadamente, de verdad, que se le hiciera "injusticia", para poder armar escándalo» (el 20 de febrero de 1890 a Overbeck).

El palmario fracaso que lo había llevado, tras dos semanas tan sólo, a abandonar a Nietzsche a sí mismo, es decir, a abandonar a su suerte el hospital que tanto difamaba, fue quizá lo que despertó en Langbehn el afán de retirarse lo más pronto posible de la empresa radicalmente fracasada, pero, a ser posible, con la gloria de la víctima incomprendida, y para vergüenza del «mundo», es decir, tal como le gustaba ver siempre su existencia y las cosas.

También puede ser que recibiera un duro golpe su admiración incondicionada por Nietzsche y que se perdiera en un relativismo, en el que también él, Langbehn, quedaba como el magnánimo perdedor. Pocos años después expresó, en este sentido, su postura frente a Nietzsche, y en muchas variantes que casi parecen inculpaciones por haber perdido el tiempo él, un hombre temeroso de Dios, con el poseído del demonio que era Nietzsche. Una vez hizo esto bajo el título: «Pobres, niños, pecadores.» A ellos «se dirige mi instancia de conversión... Nietzsche pertenece a la vez a los tres grupos; esto es propiamente lo que me une a él. Que él

no sólo era un pecador, sino también pobre y niño, de ello podría yo dar pruebas conmovedoras. El corazón de Nietzsche estaba noblemente animado. Como persona le iba bien el patrón de la candidez, modestia, ingenuidad, por el que yo mido todas las cosas, a pesar de que intelectualmente estaba lleno de superficialidades, fallos, debilidades, enfermedades... Naturalezas como Nietzsche, como Byron —que cayó a menudo en lo sucio—, como Shelley... no quiero hundirlas más todavía, sino levantarlas. Aquí sólo puedo lamentar, no condenar. No habría que condenar a tales "publicaciones y pecadores" como personas, más bien ir en su ayuda tanto en la vida como en la muerte.» Y más tarde, en el otoño de 1900, a su obispo von Keppler, de Friburgo: «No puede confundirse a Nietzsche con sus seguidores y voceros. Considero posible e incluso probable que si hubiera vivido más tiempo habría cambiado su opinión sobre el cristianismo del mismo modo que en su tiempo la cambió sobre Wagner... "Ateos" como Shelley y "anticristos" como Nietzsche son simplemente niños de escuela escapados, que hay que llevar al buen camino... Los estravíos de Nietzsche, su así llamada filosofía, no es más que un suicidio mental y moral... [él] estaba totalmente equivocado, Don Quijote y el diable boiteux en una persona... Mi juicio sobre la persona de Nietzsche descansa sobre la impresión personal que me produjo. Jamás he conocido entre los intelectuales una persona más ingenua y más inocua que él. Pero sus escritos —exceptuando el *Zaratustra*, que, después de todo, es bastante inquietante— los detesto más que usted todavía, si es posible. No puedo, literalmente, leer página alguna de ellos sin que me sienta mal físicamente. Dicho en una palabra, lo considero una naturaleza pura en la que entró el diablo[178].»

La «impresión personal» de Langbehn se fundaba exclusivamente en el corto encuentro de dos semanas con el Nietzsche mentalmente desequilibrado. Resulta pero que muy atrevido sacar conclusiones de ello. Igualmente equivocada hubo de ser su confianza en que con su teología podía volver a llevar al buen camino a Nietzsche, y eso en el supuesto de que se hubiera tratado de un trastorno mental curable; con ella había encandilado el corazón de la piadosa Sra. Nietzsche hasta el punto de que ella no pudo llegar a darse plena cuenta del mal juego que se traía en este caso con su hijo. Mientras Langbehn ahora está recluido en su rincón de Dresden, la madre vuelve a hacerse presente. El 8 de enero informa a Overbeck: «Los paseos con el joven médico no consiguieron funcionar, probablemente le faltaba la tendencia intelectual oportuna para conversar con él, y así volvió a repetirse la vieja canción, también en Navidades, cuando la Noche Buena quise regalarle algo, no lo aceptó a pesar de los dos intentos, y sólo en los días de Navidad lo hizo, y le produjo un gran contento infantil todo lo regalado, sobre todo los arbolitos de Navidad adornados.» Pero ella todavía no se consideraba preparada para la tarea que le había sobrevenido. «Pero no quedé muy con-

tenta de la visita, sino que abandoné el hospital entre suspiros ¡Mi oración se dirigía a que mi querido Dios y Señor quisiera enviarme algún mediador con el Dr. Langbehn, a quien considero el único salvador posible con la ayuda de Dios!» Pero ese salvador la obsequiaba desde Dresden con cartas llenas de reproches y con el plan de llevar a Nietzsche a Dresden, de colocarlo allí o en los alrededores privadamente, bajo la vigilancia de un médico y de varios celadores, de toda una corte en la que él, Langbehn, sería el mayordomo y diariamente llevaría a cabo dos veces dos horas de paseo. Para ello había que confiarle la pensión basilea de 1.600 marcos (el dinero que, en todo caso, faltaría, lo conseguiría él entre los admiradores de Nietzsche), y traspasarle la plena tutela.

Esto era mucho. La madre se dirigió a Köselitz pidiendo ayuda y consejo, y éste se decidió el 6 de enero a viajar hasta Dresden para echar un vistazo crítico a ese Dr. Langbehn y examinar sus planes, tal como prometió a Overbeck. Pero entonces sucedió la desgracia de que él también se dejó encantar.

La madre estaba ahora en una situación doblemente mala, especialmente en relación a Binswanger. Es verdad también que ella había vivido una decepción con él cuando se trató del informe médico para la tutoría. Respecto a ello informa, agitada, a Overbeck (el 21 de noviembre de 1889): «... por lo cual clasifica el padecimiento de mi hijo como algo heredado; el asesor judicial von Dömming tuvo al menos el tacto suficiente para preguntarme "si me lo leía él o quizá prefería leerlo yo misma"; con respecto a sus argumentos demostrativos siempre hube de decir "no es verdad", de modo que los caballeros pretendieran hacer una observación adicional, cosa que yo rechacé, ya que Binswanger no parece querer saber nada de objeciones, a pesar de que ya una vez le repliqué oralmente que mi marido tuvo el reblandecimiento cerebral a consecuencia de una caída por una escalera de piedra, igualmente que mi pequeño hijo de un año y tres cuartos de edad, a consecuencia de espasmos dentales... y Binswanger dice que a consecuencia de un derrame cerebral, que también mi hija tiene algo de exaltada, Fritz ya de pequeño algo de excéntrico, en una palabra, en ese tono discurren tres grandes pliegos y he rogado que se me entregue una copia del preciado escrito y me han entrado dudas de si el establecimiento del Prof. Binswanger fue el correcto para mi querido hijo, ya que el informe entero daba la impresión de "dejar mucho que desear".» Pero ella también era consciente de lo conseguido, de la fuerte mejoría con respecto a hace un año en Turín, de la buena predisposición de Binswanger respecto a tantos deseos mostrados. Esto mismo lo alegó ella también ante Langbehn, apoyándose, al hacerlo, en constataciones semejantes de Overbeck. «A partir de esa carta comenzó a ridiculizarme tanto y tan a menudo: que, al parecer, prefería hacer caso a un profesor que estaba a 100 millas de distancia y cuyos cumplimientos iban dirigidos, en todo caso, a Binswanger indirectamente,

que a él y que *todos* los profesores hacían causa común, y que él no quería saber nada de "profesores y judíos", que me decidiera por los profesores y él se retiraría.»

Con ello ahora también Overbeck había sido introducido en todo un torbellino de ataques, calumnias y exigencias por parte de Langbehn. Overbeck escribe, resumiendo, el 27 de enero a Erwin Rohde: «Además de ello, ha habido estos días una correspondencia, en referencia a Nietzsche, que me ataca en buena medida. Su estado parece superar todas las esperanzas posibles de hace un año. *Yo* creo, por mi parte, en una recuperación y *yo* tampoco rechazo un buen final del asunto, pero resulta que ha aparecido un admirador de Nietzsche que quiere sacar a Nietzsche de su tiniebla mental. Parece que se trata de un peculiarísimo guerrero escandinavo —historiador del arte, del Schleswig-Holstein, antisemita profesional al parecer, pobres recomendaciones todas éstas para mí—, que, sin haber visto jamás a Nietzsche hasta noviembre, ha comenzado a criticar severamente, sin la menor consideración, el tratamiento seguido hasta ahora, cuyo fruto, después de todo, es lo que se ha conseguido, ha tenido los más fuertes encontronazos con la madre de Nietzsche, últimamente casi la ha obligado a transferirle por dos años la tutela oficial de su hijo, y quiere que se le siga atendiendo en Dresden bajo su vigilancia... Sólo desde hace tres semanas aproximadamente he tenido motivos para ocuparme seriamente de ello, pero sin... poder hacer nada al respecto, lo máximo evitar mi interferencia. Pues a ello me ha impulsado lo que por Köselitz he sabido respecto al Dr. Langbehn. Según ello, debe ser, en todo caso, una persona extraordinaria y animada en este asunto de los propósitos más serios y más puros. Köselitz, desde hace aproximadamente un mes en su patria (Annaberg), en camino a la representación de su ópera en Danzig... ha visitado al Dr. Langbehn en Dresden... y en este momento está en Jena. Nietzsche ha progresado tanto que Köselitz va a pasear con él diariamente por fuera del hospital, lo que ya pudo hacer el Dr. Langbehn. Cuándo va a suceder el gran cambio y [si] siquiera, yo mismo no sé más al respecto.»

A pesar de que también Köselitz le importunaba ahora con sus ruegos, Overbeck no quería verse implicado en ello, no quería participar en decisiones, de las que no podía responsabilizarse desde lejos y sin conocimiento personal de ese furibundo profeta de salvación.

Dos puntos estaban en discusión: la crítica desmentida de Langbehn a Binswanger y a su hospital de Jena, y el deseo de Langbehn de la tutela durante dos años.

La crítica a Binswanger, aceptada por Köselitz sin un examen objetivo, se la expone éste a Overbeck el 7 de enero de 1890 «a las 9 de la mañana»: «El Dr. Langbehn... se ha marchado por pura admiración hacia Nietzsche y porque temía lo que yo también temí desde el principio: a saber, que se repitiera con Nietzsche la misma barbaridad que se ejer-

citó con Hölderlin, Robert Mayer, etc. En el hospital de Binswanger es tratado como un profesor degenerado, que se ha desperdiciado y vuelto loco en Italia —o mejor, no como profesor precisamente, sino como prisionero y condenado, con cuyo tratamiento un hombre de la sensibilidad de Nietzsche, aun cuando no estuviera ya enfermo, habría de hundirse: Nada de observación, de estudio del enfermo, nada de la así llamada ciencia moderna, ante la que tenemos tanto respeto los legos en ella —¡un comportamiento plenamente tosco, indigno e indolente con el enfermo! Celadores que lo agarran y se burlan de él, mientras que él se da perfecta cuenta de todo y lo siente horrible y trágicamente. En una palabra, Nietzsche está allí como en una casa de beneficiencia —y no otra cosa. Comida miserable, incomodidad a todo respecto (ninguna silla en la habitación, sólo un duro sofá sin cojines, junto a la habitación el closett, del que llega el olor, etc.). Según todo lo que me narró este extraordinario Dr. Langbehn, de tantos merecimientos ya hasta ahora, Nietzsche sólo padece de cansancio de nervios como consecuencia del excesivo trabajo. Y que él, el Dr. Langbehn, conoce más gente así... que estaban peor que Nietzsche y que se han recuperado totalmente.» A ello le responde Overbeck: «No pienso salir en defensa del hospital de Jena, puesto que por principio estoy contra todos los hospitales de ese tipo... Pero me pregunto, ante todo este horror que se me ofrece, cómo Nietzsche ha podido siquiera resistir y cómo, en lugar de "hundirse" plenamente —cosa que usted, con toda razón, si se tiene en cuenta sus supuestos, pone como consecuencia necesaria—, parece, por lo demás que oigo, que se ha recuperado sin duda alguna, al menos en sentido corriente. Tengo aún otro motivo para dudar de que el caso se trate en Jena con esa completa rudeza, y es que, como yo sé, desde hace por lo menos un cuarto de año, no se le considera un caso desesperado, y, en todo caso, se rechazó hace tiempo un dictamen definitivo, que aquí por ejemplo fue hecho inmediatamente y con gran decisión... pero ¿qué he de pensar de ello si oigo, además, que conoce individuos que fueron recuperados de situaciones mucho peores que la de Nietzsche? Puesto que esta situación sólo la conoce el Dr. Langbehn a partir del instante en que parece claro que ya había salido de su peor estadio, y, además, los médicos desde el principio siempre contaron con la posibilidad de períodos de atenuación.» Pero quiere cerciorarse de la situación en Jena: «En estas circunstancias, lo que voy a hacer es lo siguiente. Escribiré a Jena a un médico que conozco allí del tiempo de mi docencia privada, y no en calidad de tal, sino en razón de que no se me ocurre nadie más allí a quien me pudiera dirigir de este modo, con el encargo confidencial de si puede confirmarme como posible... lo que me cuentan respecto al tratamiento de Nietzsche. No sé realmente qué éxito alcanzaré con ello, ya que... no sé exactamente hasta qué punto se interpondrán en mi camino consideraciones colegiales. Pero éste es para mí un punto capital, que, en lo que me resulte posible, ha de ser aclarado

antes que nada», puesto que tampoco Overbeck se hallaba libre de reparos respecto a Binswanger, reparos que comunica algunos días más tarde (el 12 de enero) a Köselitz: «Tras la instalación de Nietzsche en Jena intenté de inmediato, como es natural, ponerme en contacto regular con Binswanger, y para ello no lo fie todo a mi propios ruegos, sino que me valí también de la mediación de una dama de Jena, amiga mía, que conoce a Bisnwanger. Esta mediación me consiguió también promesas, pero tales que nunca he visto cumplidas. Unos cuantos pequeños billetes de mano del médico ayudante es todo lo que he conseguido... Más sospechoso que todo esto me ha resultado el que Binswanger en el otoño, como he sabido más tarde, haya estado *aquí*, sin preocuparse lo más mínimo de mí, sin ni siquiera darme a conocer su presencia. Lo único que sé es que él —que estuvo aquí no a causa de Nietzsche, Binswanger es suizo y tiene aquí incluso parientes— conferenció aquí con Wille sobre Nietzsche y defendió frente a éste una concepción menos desesperanzada del caso... Un segundo punto que me dejó perplejo fue el monto de las... facturas del hospital, y la última recibida anteayer... a causa de su poco monto, me habría llevado en todo caso a plantear de nuevo la cuestión de la asistencia de Nietzsche. Y finalmente, una vez la Sra. P... me había comunicado... una manifestación de Binswanger sobre los escritos de Nietzsche, que, si la ocasión en que fue expresada permitiera siquiera tomarla en serio, demuestra cuando menos indiferencia. No lo comprendo, pienso que los escritos de Nietzsche debían ser del mayor interés para un médico en este momento, no en el sentido usual en el que ciertas gentes los toman como anuncios de su locura, sino en tanto en cuanto ésta está ahí como testimonio de que todo ello debería tratarse como una circunstancia muy especial. Debo confesar que, para mí, sólo aquí y a veces se divisa ahora un atisbo de esperanza.» Overbeck, a pesar de las pequeñas decepciones, dirige su vista a los resultados conseguidos y se permite, incluso, de vez en cuando el sentimiento de esperanza, por mucho que su cabeza diga lo contrario.

No sólo él tenía reparos contra el deseo de ejercer la tutela. Al editor Naumann no le resultaba nada seguro contar con un nuevo —y tan imprevisible— señor, y se dirigió con una carta a Langbehn oponiéndose a ello. Köselitz, el 26 de enero, argumenta algo sofísticamente contra sus objeciones: «Ese es necio. El [Langbehn] *debe* de tener la tutela: primero, porque su sistema, ampliamente planificado, no debe sufrir ningún menoscabo, y después porque *nosotros* queremos tener garantía. Su *querer*-tratar-a-Nietzsche se convierte así en un *deber*-tratar-a-Nietzsche (con la responsabilidad frente al juez tutelar).» Esta fundamentación deshilachada no consiguió convencer a un Overbeck. Al contrario: éste llamó la atención sobre una contradicción interna mucho más profunda. La madre y Köselitz se disculparon, alegando la disyuntiva en la que se encontraban.

Si no transferían a Langbehn plenos poderes ellos temían que éste levantaría un escándalo público con un escrito «El caso Nietzsche» y los presentaría en él como incumplidores de su deber. A lo que Overbeck replicó enérgicamente: precisamente *por eso* no podía confiarse a Langbehn la tutela. Puesto que una persona a la cual hay que creer capaz de antemano de una perfidia así, no es digno de tal confianza. Sin embargo, sobre todo por parte de la madre, se rompió la resistencia anímica frente a la decisión dolorosa, y se fue inclinando cada vez más al consentimiento, como Overbeck hubo de enterarse por Köselitz ya el 15 de enero: «[Ella] parece dispuesta ahora a todo lo que quiere el Dr. Langbehn —así pues, no necesita que se la fuerce: Usted, querido Sr. Profesor, el Dr. Fuchs, Naumann, Widemann y yo hemos caído sobre ella estos últimos días: ha de tener la impresión como si se tratara de Erinnias.» Y, para resaltar otra vez la habilidad de Langbehn, ofrece la problemática «prueba» de que Nietzsche demostró al Dr. Langbehn en noviembre «el principio matemático demostrable de la repetición infinita de todas las series cósmicas de desarrollo».

La disponibilidad de la madre hubo de colocar a Langbehn en una situación no poco embarazosa. En todo caso, vuelve a elevar ahora sus exigencias y pone en cuestión su acción recíproca, hasta tal punto que *tenía* que ir todo el asunto al fracaso. El 31 de enero exigía de la madre: «La abajo firmante se obliga por la presente bajo juramento, para el caso de que la tutela jurídica sobre su hijo Friedrich Nietzsche le sea traspasada al Dr. Julius Langbehn, a evitar... todo trato oral o escrito con el último. Se obliga además bajo juramento, respecto a las posibles visitas a su hijo que ella proyecte —durante el tiempo de esta tutela—, a seguir la instrucciones del Dr. Langbehn; especialmente a informarle *previamente* del momento de su eventual llegada y partida.» Por otra parte, comunicaba a Köselitz el mismo día: «Ha surgido un nuevo cambio, por cuanto sólo puedo comenzar dentro de tres meses... mi tratamiento de Nietzsche; hasta entonces he de curar mi mal de cuello, que ha empeorado. Naturalmente estoy dispuesto a asumir ya la tutela pero entretanto será mejor dejar estos tres meses al juez para la transferencia... Estas gestiones con él debe hacerlas usted; y además inmediatamente... Durante ese período, usted u otros amigos de Nietzsche han de hacerle compañía; si me telegrafía *inmediatamente* aquí que usted está dispuesto y autorizado a traer aquí a Nietzsche en 6 ó 7 días, buscaré un alojamiento para él en las cercanías de Dresden; pero naturalmente tendría que disponerse aquí de toda su pensión —1.600 marcos... Yo, por mi parte, sólo estaré en Dresden 8 días a partir de hoy y luego me iré por tres meses.» Sacar a Nietzsche del hospital en el plazo de 6 ó 7 días; girar a Langbehn la pensión de Basilea: todas ellas eran exigencias que no podían cumplirse, eso lo sabía él mismo. Pero todavía no tuvo bastante con esto, al final exige terminantemente la previa firma de la madre de la renuncia al contacto: «sin esto no acepto la tutela».

Después de todo, Köselitz conservó la sangre fría y no se dejó provocar, y justamente porque adivinaba esa intención detrás de la provocación de Langbehn: «Quien lea ese legajo que he recibido de él apenas comprenderá por qué yo, en lugar de *retenerle*, no le he *echado fuera*. Pero, precisamente porque me pareció que intentaba hacerse retirar con violencia (a su parecer, con "injusticia") del asunto Nietzsche, *no* le di yo ese placer. Contra personas tan violentas practico la política del papa y del sultán —la mayor paciencia, indiferencia, expresión del sentimiento de que, como potencia de larga tradición, nunca ha podido hacerle perder el equilibrio el ladrido de un perro.» Pero qué había de pensar Overbeck de esta postura perspicaz, cuando en la misma carta, algunas líneas más abajo, tiene que volver a leer la mayor loa de Langbehn: «Soy deudor, ante una posteridad rectora, de conservar a este hombre para Nietzsche. ¿Por qué no habría de suceder que por una vez fuera Belcebú quien expulsara al demonio? *Ninguna* otra persona de las cualidades intelectuales de Langbehn ha de volver a encontrarse dispuesta a aceptar por dos años la obligación de tratar a Nietzsche.» Pero de repente le aparece toda la incertidumbre del asunto. Overbeck ya había precavido el 8 de enero frente al hecho de que, en definitiva, era Nietzsche quien podía resultar la víctima de una acción fallida. Esa consideración intranquiliza ahora también a Köselitz. En una frase entre paréntesis introduce la idea, en medio de las demás explicaciones: «He de dejar sin zanjar la cuestión de cuál sería el placer que se le causaría a Nietzsche volviéndolo a despertar a la vida. Creo que, aproximadamente, nos estaría tan agradecido como uno que salta a la corriente para matarse y es sacado a continuación vivo por un necio asno salvador. ¡He encontrado a Nietzsche en situaciones en las que —¡horrible!— me parecía como si *fingiera* la locura, como si estuviera contento de que todo hubiera terminado *así*! La filosofía de Dioniso sólo podía escribirla muy probablemente estando loco —pero todavía no está escrita, aunque él cree haberla apuntado ya.»

De este modo, Köselitz fluctúa de una impresión a otra el 20 de febrero todavía, mientras que la madre, repelida y desengañada por la arrogancia de Langbehn, se enfrentó decididamente a sus propósitos. Köselitz esperaba el milagro de una salida airosa, pero este milagro hubo de introducirlo Overbeck, puesto que Köselitz ya no estaba en situación de ello, especialmente desde que a comienzos de febrero había recibido del autor el libro de Langbehn *Rembrandt als Erzieher* y se había entusiasmado con él, mientras que Overbeck opinó al respecto: «Seguro que hay mil verdades ahí dentro, pero entonces seguro que hay también otras tantas necedades... Hacía tiempo que no tenía en mis manos nada de carácter tan doctrinario... todo ello en las antípodas de Nietzsche.»

El 20 de enero Köselitz había ido a Jena para llenar el vacío que había dejado Langbehn. Al día siguiente escribe a Overbeck: «Después de dos años y cuarto volví a ver hoy a nuestro gran amigo; puede usted ima-

ginarse que con el corazón roto. Me reconoció inmediatamente, me abrazó y me besó, y, por su encantado y repetido darme la mano, parecía querer decir que apenas creía en mi presencia. Me admiró su memoria, pero observé también [cosa que no podía controlar el Dr. Langbehn] que de vez en cuanto añadía algo de su invención, incluso perspectivas plenamente horrorosas. A veces no podía distinguírsele del viejo Nietzsche; pero a menudo resulta evidente su haber-perdido-el-equilibrio. Su risa es usualmente alegre, pero puede llegar a hacerse también inquietante; asimismo aparecen accesos de mal genio y una obstinación muy peculiar respecto a pequeñeces. Como mejor se le aparta de ello es con galletas, etc. —Ahora paseo con él todos los días.» ¡Así que *él* podía pasear con el «prisionero» del Prof. Binswanger!

Durante cuatro semanas puede Köselitz tratar con Nietzsche sin inconvenientes, el doble de tiempo que lo soportó Langbehn. El 16 de febrero viene a añadirse además la madre. Alquiló una habitación en Jena, en la Collegienstrasse 12, desde donde Köselitz informa el 20 de febrero a Overbeck: «Nietzsche es recogido en torno a las 9 de la mañana del hospital y permanece aquí abajo, en la ciudad, hasta las 6 de la tarde. La habitación en la que están los dos la mayor parte del tiempo se encuentra sobre la mía, de modo que puedo subir inmediatamente en cuanto suceda algo. Hoy es el tercer día en que se hace la prueba: sólo una vez se dio una escena, pero sin culpa. La madre había limpiado las gafas de Nietzsche, y al hacerlo el cristal se salió de la armadura de oro. Nietzsche se puso a llorar "¡pero, madre, qué es lo que has hecho!"... Pronto conseguí poner de nuevo el cristal en su sitio y Nietzsche volvió inmediatamente a mostrarse alegre y contento.»

Hubieran sido días felices para la madre si no se hubieran visto nublados todavía por la discusión con y sobre Langbehn, por cuya vuelta Köselitz seguía abogando, ya que buscaba relevo. A finales de febrero acabó su tiempo. Se le había prometido en Danzig la representación de su ópera y tenía que supervisar los ensayos. Con tal motivo escribe a Overbock al final de su carta: «¿No tendría usted, admirado Sr. Profesor, inmediatamente después de acabado el semestre, tiempo para echar por sí mismo una mirada a Nietzsche? Yo ya llevo aquí más de 4 semanas; un trabajo muy cansado.»

Con la misma rapidez que un año antes respecto a su viaje a Turín, Overbeck se decide ahora a visitar Jena. Usa para ello los tres días de vacación de carnaval, del 23 al 25 de febrero, y permanece allí en el trato más íntimo con el amigo enfermo, pero extraordinariamente recuperado; anotó al respecto: «Con permiso del médico pude estar con él durante horas fuera del manicomio, sentarnos juntos, comer, ir solos de paseo incluso por las cercanías de la ciudad. En este trato, un observador absolutamente extraño apenas hubiera encontrado motivo alguno para observaciones dudosas, a excepción de algunas extravagancias en los mo-

dos de Nietzsche —a la mesa o fuera, en la calle, cuando hacía ademán de golpear a los perros o incluso a las personas que aparecían de improviso, u otras cosas parecidas. Para él nosotros podíamos ser dos viejos amigos, pero sólo yo sabía que nuestro trato ya sólo vivía exclusivamente de un pasado. Nietzsche me saludó, inmediatamente que nos encontramos por primera vez en la vivienda de su madre en Jena, como si nada hubiera conmovido nuestras antiguas relaciones, y así sucedió hasta mi partida de Jena. La participación de Nietzsche en nuestras conversaciones casi había crecido incluso, pero estas conversaciones tomaban su contenido casi exclusivamente de la época anterior a la aparición de la locura. Por mi parte no faltaron intentos de dirigir sus pensamientos a las últimas experiencias, de las cuales me interesaba, sobre todo, su trato, roto hacía poco, con el Dr. Langbehn. Inútilmente: Si bien Nietzsche se las entendía a veces, y esto sin incitación por mi parte, para hacer manifestaciones confusas sobre sus vivencias presentes, por ejemplo sobre sus relaciones en el manicomio, sobre las que no le faltaba conciencia en absoluto, en general parecía no guardar recuerdo alguno de su pasado más reciente, y a veces parecía eludirlo premeditadamente, por ejemplo, hacía como si apenas hubiera conocido al Dr. Langbehn; habláramos de lo que habláramos, y en el modo totalmente confidencial de siempre, los temas surgían casi exclusivamente del pasado situado *detrás* de aquel momento de la aparición de la locura. Es verdad que los recuerdos de esa época en Nietzsche tampoco eran fiables, ni mucho menos, por muy detallados y aparentemente seguros que se mostraran. Pues con aquellos que eran sorprendentemente precisos, lúcidos y del todo correctos, se mezclaban otros que eran confusos y completamente fantásticos además en parte. Pero, en general, podía decirse que Nietzsche poseía todavía un acopio importante de recuerdos reales del período anterior al momento de su trastorno mental, y que hacía uso de ellos con toda despreocupación, mientras que lo más reciente quedaba como borrado para él; sí, parecía que nunca lo hubiera captado, por así decirlo. Bajo estas condiciones, nuestro trato se desarrolló entonces —duró tres días— como si hubiera tenido lugar desde dos planetas diferentes. Yo había quedado en el antiguo, en un tiempo —es decir, hasta la aparición de su locura— habitado en común por los dos; Nietzsche se encontraba en el nuevo, pero sólo podíamos intercambiar cosas que pertenecían a aquel período anterior, e incluso de éste Nietzsche sólo conservaba recuerdos quebrados. Y bajo estas condiciones nuevas nos tratábamos, sin embargo, como si nada hubiera sucedido entre nosotros, como viejos amigos. Como ejemplo de ello me referiré sólo a la conversación sobre la vuelta de Nietzsche a su puesto de Basilea, conversación a la que volvía siempre, por cuanto se figuraba que su recuperación estaba próxima. ¡Ya entonces me pareció esto un síntoma especialmente fuerte de su trastorno mental, al pensar en la importancia que había concedido durante años, en sus días to-

davía sanos, a su liberación de aquel puesto! Después caí en la cuenta que como tal síntoma podía aducirse, mejor, la circunstancia de que nuestras conversaciones de entonces se referían la mayoría de las veces a condiciones externas de Nietzsche, y, por ello, también y primordialmente, a personas con las que se había relacionado (Wagner entre otras), y de que esas conversaciones mostraban aquella extraña mezcla de claridad y confusión del recuerdo, mientras que Nietzsche apenas se refirió alguna vez a sus escritos ni, sobre todo, a los planes, todavía inacabados, que habían sido la preocupación absorvente de sus últimos días claros. No es que en estas conversaciones de Jena aquí descritas faltaran rasgos de ingenio que pudieran recordar todavía las más altas aspiraciones de Nietzsche, más bien hubo algunas cosas que me sorprendieron en este sentido; en general, esos rasgos se habían vuelto llamativamente escasos, y yo tenía la impresión como si el espíritu de Nietzsche ya sólo pudiera elevarse en raras ocasiones sin perderse en lo fantástico, mientras que el tenor entero restante de sus modos disminuía hasta tomar sólo el carácter fundamental de una "tranquilidad" lindante con el abatimiento o la postración. Tampoco Nietzsche mostraba entonces rasgo alguno de aquella obstinación de Turín, dado que ahora, más bien, y a pesar de todas las excentricidades expuestas, se dejaba conducir por mí dócilmente como un niño, especialmente porque la dirección de sus pensamientos se trastocaba inmediatamente e inmediatamente era confiada a cualquier otra persona que tuviera que ver con él; y así, totalmente en contra de mi preocupación —que sólo cedió ante la evidencia—, a la vuelta de nuestro paseo al atardecer, se dejó conducir a su alojamiento del manicomio sin la menor dificultad. Así, aunque sólo después en una mirada retrospectiva a mis experiencias con Nietzsche, también este reencuentro con él, el tercero después de su oscurecimiento mental, me pareció una muestra de la persistencia del afecto que me profesaba. La verdad es que, al regresar a casa después de aquellos días de vacación de carnaval usados para el viaje a Jena, eran otras y mucho más tristes las impresiones que me embargaban que la de la integridad casi intacta de nuestra amistad. Sea como fuere, en cualquier caso, esa impresión fue la última de su tipo que había de tener todavía.»

A pesar de la sorprendente mejoría del estado de Nietzsche, Overbeck no pasó por alto, haciéndose esperanzas imposibles, como la madre, el irreversible quebranto del núcleo esencial de su amigo. La persona amable del trato diario de antes estaba ahí todavía (o mejor: de nuevo), pero ya no emparejada con el supremo ingenio del filósofo, si no con la otra parte, con una inclinación a lo infantil, a lo pueril incluso.

En los tres días Overberck consiguió de la madre y de Köselitz la ruptura definitiva con Langbehn —que ambos, sin embargo, lamentarían largo tiempo todavía—, dejando así el camino libre para

La madre

Había llegado en el momento oportuno para hacerse cargo de una tarea para la que nadie —en opinión de Köselitz— tenía la fuerza y la capacidad. Ya ni siquiera a Langbehn le creía capaz Köselitz de soportarlo: «Sólo en días de muy buena inclinación por los humanos he creído que él realmente pudiera perseverar mucho tiempo como tutor de Nietzsche. Este hombre se hubiera cansado de la historia después de 14 días... Ni usted, estimado Profesor, ni Widemann, ni yo, seríamos capaces de aceptar una responsabilidad así simplemente porque debemos todavía a nuestros talentos... hacer que resplandezcan como tales» (20 de febrero de 1890). Exactamente eso es lo que consiguió la madre: «hacer resplandecer» unas disposiciones únicas, y durante siete largos años; sólo la muerte la separó de su servicio amoroso al hijo, que le había vuelto a pertenecer como hijo suyo. Köselitz abandonó Jena en los primeros días de marzo. La confirmación del Dr. Fuchs de Danzig de que se iba a estrenar allí su obra, era ciertamente un motivo suficiente. Pero por eso no debió retirarse a una parquedad en la correspondencia rayana en el silencio. Los únicos contactos que pudieron proporcionar fuerza y confianza a la madre en las siete difíciles semanas de sus solitarios paseos con el enfermo, en y en torno a Jena, fueron el trato personal con el Prof. Gelzer en Jena y la correspondencia con Overbeck en Basilea. Ella se lo agradece también con franqueza y cordial confianza: «Me urge, mi buen Sr. Profesor, enviarle una cordial palabra de agradecimiento y del más sincero, por su visita tan amable... También a la buena de su señora quiero darle asimismo las gracias, ya que, a pesar del invierno, dado su comprensivo corazón, no se opuso al cumplimiento de esta obra de caridad... Dios sea alabado porque el terrible tiempo invernal, con tremenda nevada y ventisca, sólo haya aparecido hoy, viernes, pues hace una hora, a causa de la nieve profunda, apenas pude arreglármelas para llegar hasta el hospital, para solicitar allí mismo que... mi hijo comiera en el hospital... Anteayer fue un día penoso puesto que cuando le recogí en la ciudad hacia las 10, no había quién lo sacara de una calle, quién le hiciera desistir de volver a ella (aunque lo mantuve firme del brazo) y de contemplar las cosas en los escaparates, de precipitarse en una panadería y escogerse toda suerte de panecillos, asimismo, en una tienda de comestibles finos, higos, dátiles y pequeñas nueces, y se lo comió en el camino... De tales incidentes se *aprende* con facilidad, y por eso ayer sólo lo recogí hacia el mediodía, y entonces me acompañó con gran contento hasta la vivienda de la ciudad... Después dimos un pequeño paseo todavía antes de comer, y fuimos al "Stern", donde hubimos de comer en la sala del piano... Naturalmente él tocó inmediatamente algo, y algo muy bello, después comimos y más tarde tocó el Sr. Köselitz, mientras él escuchaba con el rostro más alegre posible, y tras esto di un gran paseo con él solo

pasando ante la cueva de la roca y hasta el puente del ferrocarril... Después se durmió en casa, pero un poco sólo, y más tarde le leí algo..., mientras le pasaba, durante todo el tiempo, la mano por la frente hacia arriba o se la dejaba reposar allí durante segundos, y esto parecía hacerle bien... Hay que acomodarse a él en todas las pequeñas cosas, pero el leerle despacio parecía hacerle bien... Así, hay que tener paciencia y confiar en la gracia y en la bondad infinita del buen Dios, también en vistas al tiempo que se avecina, en el que nos abandonará nuestro buen Sr. Köselitz.» (28 de febrero de 1890 a Overbeck.)

Así, ella lo observa, se amolda a sus peculiaridades; y, sin embargo, va ejerciendo cada vez más una dirección suave. Y el apaciguamiento que se sigue de ello, actúa en adelante favorablemente sobre el enfermo. Así, tres semanas después, el 22 de marzo, puede informar a Overbeck: «Me parece como si semana a semana se volviera más claro. Así, hace algunos días, como lo hace diariamente después de comer en el "Stern", tocó algo al piano que me gustó mucho, pero no sabía [yo] dónde ubicarlo, y hacia el atardecer le pregunté qué había sido, entonces me contestó "opus 31 de Ludwig van Beethoven, tres tiempos"; igualmente me preguntó ayer "si yo no sabía a quién de nosotros dos, hermanos, había tocado las obras de Adalbert Stifter, que habían... estado en la biblioteca del abuelo Oehler". Le recordé que nosotros dos juntos habíamos leído en Naumburg *Las hermanas* de Stifter, de lo que se acordaba muy bien. Asimismo, su modo de tocar el piano tiene algo tan delicado que se nota que piensa al hacerlo, y toca además la mayoría de las veces suavemente, porque así se lo he pedido y, naturalmente, se lo pido cada vez "para que no excite con ello sus nervios", y así lo hace. Pero ha sucedido también no querer seguir siendo dirigido por mí, entonces le dije "bien, si tú ya no lo quieres me marcharé, puesto que el Prof. Binswanger me ha encargado que te dirija siempre". Inmediatamente quiere resarcirme y me abraza inmediatamente en la calle y sujeta tanto más fuertemente mi brazo... El sería feliz si mi voz soportara el leerle en voz alta durante todo el día, aunque no creo, sin embargo, que retenga lo que leo, pero este murmullo monótono debe resultarle tranquilizante. Respecto a traerlo aquí para pasar la noche, yo ya había hablado con Binswanger y sólo quería tener la autorización suya antes de decir nada a Fritz al respecto. La autorización fue librada enseguida y tuve que firmarla en el rectorado. Pero cuando consulté a Fritz sobre ello, me dijo: "es un poco molesto, déjame mejor ir allá arriba, duermo allí tan bien"... de modo que lo dejé tal cual. Lo recojo a las nueve y media de la mañana y se queda conmigo hasta las siete menos cuarto de la tarde... No quiere saber nada exactamente sobre la posibilidad de ir a Naumburg, y yo también he sopesado qué clase de lucha se entablaría si no le dejo en su gabinete con sus libros. Y lo mismo si no pudiera tocar el piano como antes, las veces que quiera, salir *solo* igualmente... etc., etc... Realmente, hay que aclimatarse pri-

mero con el hijo querido, y un extraño no puede hacerlo, por ejemplo, ahora simplemente nos volvemos cuando pasa alguien ante nosotros... porque él ya no quiere saludar, ... y ayer dijo en tal circunstancia: "evadido de nuevo el peligro".» Por otra parte se dirige también a cualquiera en la calle, lo saluda dándole la mano. Pero poco a poco va madurando la decisión de sacarlo del hospital y de su supervisión. De todos modos, la madre hubo de buscar otra vivienda para el 1 de abril, cosa que hizo ya con la idea de poder acoger en ella al paciente. Finalmente encuentra «una vivienda muy bonita, como hecha para Fritz, Ziegelmühlenweg, n. 3, en casa de la Sra. Schrön», donde ya puede instalarse con él el 24 de marzo. También este paso se dio organizadamente. La tarde anterior, al llevarlo ella por última vez al hospital tras el paseo vespertino, dijo él de repente: «Mamaíta ya estamos de nuevo ante esta casa horrible, cómo pudiste hacerme esto, estábamos en direcciones completamente opuestas, quién ha sido el que me ha traído a esta casa, no entro, voy contigo a tu vivienda.» La madre hizo un gesto al jefe de celadores, que casualmente estaba presente, «para que lo cogiera del otro brazo, y con ello volvió a olvidar su enojo». La madre informa después: «Al día siguiente... recogí a mi querido hijo hacia las 10 para llevarlo primero a dar un paseo... y para instalarlo después en la nueva vivienda pedí para la tarde a su celador habitual... Fue una suerte que lo hiciera, puesto que de repente explicó "pero yo estoy acostumbrado a la luz durante la noche y además hay que cerrar la puerta firmemente". Hubo que inventarse una pequeña mentira para salir del paso, ... con ello se tranquilizó finalmente, pero todo ello me había puesto tan nerviosa que no pequé ojo aquella noche.» Después, ella le dice que es una orden de Binswanger no darle luz alguna ni tampoco cerillas, «y así se conformó el querido niño, ahora se desviste él sólo todas las noches y yo me acerco a su cama para decirle las buenas noches y darle un vaso de agua azucarada... Desde ayer estoy completamente sola en la vivienda [la dueña de la casa se ha ido de viaje]... ¡ En general me da la impresión de que hubiéramos avanzado tanto estos ocho días, y tiene ahora un aspecto externo tan natural, ríe tan naturalmente...! ¡Dice también cosas tan inteligentes! Come con mayor urbanidad, hace algo "por estar arreglado", saluda con mucha menor frecuencia a personas extrañas... toca piano maravillosamente... en una palabra, espero por Dios que todo vuelva a arreglarse. Lo que más le gusta de todo es que tenga mi mano derecha sobre su frente y le lea algo, entonces siempre recibo un beso en la mano y un susurro: "te adoro, mi querida mamaíta."... Ayer hice que trajeran sus cosas del hospital e informé por escrito a los médicos de que él no quiere ir allí, o, más bien, de que yo no puedo permitírselo.» (30 de marzo de 1890 a Overbeck.)

De este modo, ambos, de la mano, deambulaban hacia la primavera, hasta que un acontecimiento imprevisto obligó el 13 de mayo de 1890 a un traslado repentino a Naumburg. La madre se lo describe a Overbeck:

«Dos días antes de nuestra partida íbamos, como siempre, a tomar el baño de agua salina, cuando vino hacia nosotros... el bañero y nos dijo que hoy no podía ser porque tenía previsto la limpieza de la caldera de la calefacción... A la mañana siguiente me desperté muy pronto... bebimos café con bollos... Me di toda la prisa que pude para preparar panecillos con jamón... como segundo desayuno para nuestro paseo después del baño, ... le digo que se ponga su chaqueta de paseo..., ya que la de casa se ve muy usada. Pero él quería quedarse con ésta y no ponerse la otra, tomar el sombrero y fuera... Todos los ruegos no valieron de nada, "que yo traiga todo, que él quiere ir al baño". Imprudentemente vuelvo rápidamente arriba, recojo todo precipitadamente y voy hacia el baño, pero mi querido Fritz no estaba allí, lo busco, después de ir tres veces a la clínica ocular, donde están los baños salinos, y otras tantas, en medio, hasta casa, lo mismo al Paradies, donde comemos ahora, como también al Stern, al barbero, envío en su búsqueda a la criada —que vivía en casa con su marido—, en ninguna parte se le encuentra. ¡Esas dos horas de angustia mortal seguramente podrá usted comprenderlas! Finalmente decido ir a la policía, ya que..., roja como el fuego y bañada en sudor ya casi no podía moverme... tuerzo hacia la Kollegienstrasse y nada más llegar a ésta veo cómo mi hijo querido viene por la calle al lado de un policía charlando con toda tranquilidad. ¡Me hubiera gustado, en agradecimiento, hincarme de rodillas ante mi buen Dios!.. Se me dijo que había querido bañarse en una charca junto al baño de hombres y que había deambulado por allí mucho tiempo desnudo. Naturalmente no me atreví a hacer ningún reproche a Fritz, sino que sólo le pregunté: "Viejo niño, no estuviste en el baño ¿dónde has estado?" Entonces dijo: "Tú misma oíste ayer al bañero que ya no puede uno bañarse allí, entonces me fui al baño donde me he bañado antes" [desde el hospital] y contó que había hecho oralmente una especie de expediente: "Que él era el Prof. Nietzsche, que había nacido en Röcken, cerca de Lützen, que su padre había sido primero educador en la corte de Altenburg y después párroco en Röcken". Creía que todo el asunto se había arreglado con ese susto por mi parte... cuando a la mañana siguiente viene el Dr. Ziehen (ninguno de los médicos... durante las siete semanas... se había preocupado de él, a pesar de que yo... les hice un informe después de los primeros ocho días). En fin, apareció el Dr. Ziehen y dijo: "que el incidente de ayer con mi hijo había causado un gran escándalo, cosa que a ellos, médicos del hospital, les resultaba, naturalmente, muy desagradable", y, a pesar de que le narré todo hasta con los mínimos detalles,... él se mantuvo firme en el encargo de Binswanger de tener que enviarme al médico de distrito, y de que yo debía decidirme a tomar un celador o a ingresarlo de nuevo en el hospital... El médico del distrito... no venía, yo llena de miedo de que me enviaran un celador, así que empaqueté las cosas sin más y, tras comer en el Paradies, fuimos a casa de los buenos Gel-

zer, donde yo, mientras Fritz tocaba algo al piano, les conté todo,... envié a buscar a un hijo de una amiga, que estudiaba allí, muy práctico y un magnífico organizador de viajes, y en torno a las 6 tuvo lugar la salida de la última vivienda, maravillosamente situada, de dos grandes habitaciones y un balcón... El viaje se efectuó también extraordinariamente pues pareció divertirlo. Yo había telegrafiado a Alwine, y su infantil alegría por nuestra llegada tuvo algo realmente emotivo, y ella dio muchos saltos de alegría, también por el buen aspecto del Sr. Profesor. Hube de conducir a Fritz por todas las habitaciones incluida la buhardilla y todo pareció proporcionarle contento.»

La madre sabe que ahora le espera una difícil tarea: «Mi existencia no es fácil y, sin embargo, estoy interiormente agradecida a mi Dios, porque siquiera sea posible poderle atender a él solo... Nadie puede jamás entender mejor a un hijo que su madre.» Ella lo acepta en la misma medida como encargo y como regalo de la mano de Dios e introduce su narración con estas palabras: «También aquí reconozco la providencia de Dios: en que todo hay sucedido así, dado lo bien que mi hijo se siente aquí.»

El círculo se ha cerrado, el hijo ha vuelto completamente al regazo de la madre. ¿Fue toda la vida intermedia un gigantesco excurso, una aberración? En todo caso, la vuelta repentina a Naumburg es una cesura decisiva. Se había alcanzado ya el límite extremo de remisión de la enfermedad, y ahora en Naumburg comienza el definitivo declive, al que seguirá el puro vegetar en Weimar, hasta llegar a la disolución física. El miedo y la esperanza han sido superados y sólo queda ya la resignación.

Capítulo 3
NAUMBURG

(13 de mayo de 1890 - julio de 1897)

Era evidente que la madre había tenido éxito en Jena con la «existencia paseante». Por ello, en Naumburg, no vio motivo alguno para abandonarla. Lo único que había que hacer era evitar incidentes, no provocar escándalo público alguno por el que la policía pudiera llamar al orden, y para ello se brindaba una oportunidad en Naumburg en la propia casa. Ella seguía teniendo al menos *un* alquilado, un rentista apellidado Tittel, que estaba dispuesto a hacer de acompañante en los paseos, para poder disponer en caso necesario de cierta fuerza «masculina». Pero no se necesitaría nunca. En la misma carta del 28 de mayo de 1890, en la que había narrado y justificado a Overbeck la huida de Jena, la madre continúa[199]: «Abajo tengo viviendo a una especie de rentista, a quien rogué que nos acompañara en nuestros paseos, llevé a Fritz a su vivienda para que este señor pudiera ayudarle al bañarse... Tomó el baño, el Sr. Tittel nos acompañó en nuestro pequeño paseo, pero cuando di el desayuno a Fritz, éste lo arrojó a la hierba, enfadado porque no lo haya dejado irse a Leipzig, que así no soporta la vida. Yo sabía que era sólo la compañía del Sr. Tittel lo que lo había puesto fuera de sí de ese modo, y desde entonces hago que el Sr. Tittel vaya unos 50 pasos detrás de nosotros durante los paseos, de modo, naturalmente, que él no se dé cuenta, y, Dios sea loado, todo vuelve a ir bien. Naturalmente, de vez en cuando le surge la idea de partir para Turín, ... "que tiene que recoger por sí mismo todas sus cosas, algunas de las cuales no estaban bajo llave", y cuando le dije "que seguramente ya se había preocupado de todo ello el bueno de Overbeck", me respondió que "eso no puede hacerlo nadie más que yo". Pero al llegar a casa ya lo había olvidado.» A continuación describe un

plan diario normal: «Temprano, inmediatamente después del desayuno, vamos a pasear al Bürgergarten, desde allí, a través de todo el magnífico Buchwald y de la umbrosa calzada, hasta casa, donde llegamos a eso de las 12. Entonces viene el barbero, después toca algo el piano, y así, de un modo u otro, pasamos el tiempo hasta la 1, en que hago que Alwine le traiga, por doce monedas y media de diez pfennigs de plata, sopa, un primer plato y asado, comida extraordinaria... El Sr. Tittel tiene gratis la vivienda y la comida del mediodía, de modo que Alwine cocina diariamente para nosotros tres legumbres y carne, ya que yo no puedo preocuparme más que de mi querido paciente, cosa que exige todo el poquito de fuerzas que todavía me quedan, puesto que después que hemos dormido algo tras la comida, salimos al balcón y allí le leo hasta la cena, para la que le preparo yo misma el cacao y panecillos con jamón, y después vamos a pasear hasta las 10 menos cuarto, entonces lo llevo a la cama y arreglo todo para el día siguiente, y hacia las 11 me voy agotada y con un cansancio mortal a la cama. Y sin embargo dentro de mí me siento feliz porque él está contento con mis cuidados, como recientemente, cuando dije, "tendrías que tener cerca de ti a alguien instruido", él me respondió, "tal como vivimos juntos, simplemente no hay nadie que te pueda sustituir, mi querida madrecita".» Naturalmente se agradece una salida así. Sobre las conversaciones puede escribir ella muy en general: «Su recuerdo es muy bueno hasta Turín, pero desde ahí, cada día y cada objeto, al menos nuestros paseos diarios, por ejemplo, le resultan cada día nuevos, y se alegra tanto por el bosque, tampoco creo que capte lo que le leo, tampoco le gustan explicaciones por mi parte cuando leo mucho y rápido de una vez. Y bien, espero que, con la ayuda de Dios, con el tiempo vuelvan las cosas a su sitio. ¡A menudo bromeamos juntos un poco o un mucho, y entonces ríe tan efusivamente, con el mismo cariño que lo hacía antaño!» Con orgullo, escribe a comienzos de junio: «Me gustaría que usted lo viera, le encontraría muy cambiado para mejor, y, así, ruego al dador de todos los dones buenos me muestre siempre *aquello* que sea bueno y saludable para mi amado hijo.»

Overbeck le había aconsejado después del incidente de Jena que «tuviera al lado» un médico o bien, si no, «algún entendido en el asunto», cosa con la que ella se sintió plenamente de acuerdo y puede añadirle a Overbeck para tranquilizarlo: «para ello tomé inmediatamente después de mi llegada al Sr. Tittel, una persona mucho más simpática que cualquiera de los mejores celadores que conocí en Jena... Pero el mismo Sr. Tittel piensa: "no es necesario en absoluto, el Sr. Prof. va ahora tan firme al lado de la Sra. o solo, mientras que antes se apoyaba tanto en la Sra., y no merezco realmente su amabilidad en lo referente a la vivienda y comida de mediodía gratis". Si mi hijo supiera o notara una única vez que es observado, creo que no lo llevaría de paseo, mientras que ahora es él mismo el que lo recuerda... Ni dentro ni fuera de casa queda un sólo

instante inobservado, y ahora obedece rápidamente, máxime cuando a veces digo: "bueno, por mí puedes volver a hacer lo que quieras", entonces viene inmediatamente y dice "qué querías decir con ello madrecita", y después obedece como un niño.»

Por las tardes, en esta época, Nietzsche escucha desde el balcón un concierto al aire libre y sigue tocando el piano con frecuencia «a veces sus pequeñas composiciones o bien corales de un viejo libro de cánticos [obviamente, pues, siguiendo las notas], como lo hizo anteayer también durante la visita de Sophie Pinder, a quien mostró las personas de dos álbumes, y cuando yo dije... de uno de los parientes, "murió el año pasado", Fritz volvió a mirarlo en la foto y dijo, puesto que fue una buena persona, "bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor", en general en él se manifiesta más que nunca ese ánimo religioso, me contó... que en Turín había estudiado entera la Biblia, y que había anotado miles de cosas; eso, una vez que me animaba a que le leyera tal salmo o tal capítulo y yo le expresé mi admiración preguntándole cómo es que estaba tan versado en la Biblia.» ¡Si ella hubiera sabido que esa pericia bíblica había servido fundamentalmente como preparación del *Anticristo*, entonces quizá no se hubiera alegrado tanto por ello!

Estos informes optimistas de la madre es evidente que a Overbeck le resultaban siempre un tanto exagerados, ya que sabía lo que se ocultaba tras la fachada sonriente, qué clase de infortunio acechaba en el fondo, amenazando en cualquier momento con subir a la superficie. El 31 de julio de 1890 escribe así a Rohde[187]: «Desde mayo de este año está... recogido en casa de su madre, después de un alejamiento de Jena un tanto irreflexivo por parte de la última y parecido a una huida, y hasta ahora todo ha ido mejor de lo esperado y sin más catástrofes, pero también sin síntomas de una mejoría que, contra todos los pronósticos de los médicos, permitiera barruntar un final para la indefensión del enfermo.» Tampoco ante la Sra. Nietzsche disimuló su temor, a lo que ella le responde en julio: «No se preocupe usted... en lo referente a las "catástrofes", yo también, al igual que hace usted, volvería siempre a recordarlo y a hacer referencia a ello puesto que, naturalmente, nuestro querido enfermo todavía no tiene claridad en su espíritu, pero yo poseo el mayor ascendiente sobre él tanto espiritual como corporalmente. Cuando alguna vez quiere imponer algo, que hasta ahora han sido sólo pequeñeces de lo más insignificante, cierro simplemente la puerta de la antesala o me aparto tranquilamente sin hablar con él una palabra. Pasa un ratito y viene hacia mí, besándome la mano y "cómo querías que fuera" y "muy bien, muy bien, mi querida criatura", y lo hace tal como yo quería. Naturalmente cuando quiere algo que le produce alegría o de lo que no puede derivarse nada perjudicial para él, le dejo hacer su voluntad o le pregunto, "quieres esto así o así", de modo que no pueda sentir tiranía alguna en mi modo de tratarlo, y también me manifiesto con toda since-

ridad para con él, de modo que el recelo que trajo del hospital ha dejado sitio a una confianza plena. Hoy hace ocho días... estuvimos en la casa de Krug en el mercado y contemplamos el precioso desfile de todas las corporaciones, que sobre fuertes carretas habían levantado su industria en honor de los 500 años de fiestas de tiradores, ... junto con tres coros y 700 tiradores... Todo ello divirtió mucho a Fritz, que a menudo reía tan efusiva y entregadamente como antes. Entretanto llegaba una Pinder o una Krug y conversaban con él, ocasiones en las que sabía narrar inmediatamente cosas tan interesantes, o incluso les recordaba hasta el detalle programas musicales de Italia... Después la ciudad adornada le produjo mucha alegría y más tarde bebimos... café en casa, donde hube de leer su poema final del *Zaratustra* (cosa que he leerle a menudo), y tocó algo el piano. Incluso fuimos por la noche al lugar de la fiesta... lleno de caballitos ... y de personas apretadas..., él quiso hacerlo y evidentemente le produjo alegría, lo mismo que los demás días en que vimos ... de lejos dos veces los fuegos artificiales... y oímos el concierto. Su estado corporal es, gracias a Dios, *completamente* normal y todo le va quedando estrecho.»

Demasiado pronto Overbeck recibió confirmación de lo mucho que los informes de la madre estaban teñidos de sus propios deseos. En torno al 22/24 de septiembre Paul Deussen y su mujer estuvieron unas cuantas horas de visita en Naumburg. La madre informa de ello a Overbeck el 29 de septiembre de 1890: «Cuando pregunto: con quién estuvimos sentados aquí en el jardín..., él responde "con los Dr. Deussen". Cuando le pregunté por qué siempre decía Doctor y no Profesor Deussen me respondió "él prefiere el título de Doctor al de Profesor". Cuenta también que acompañamos a los Deussen hasta el ferrocarril y que tenían ... un equipaje muy pesado (él llevaba la maleta con Deussen), me dijo también, cuando le pregunté por ello, sobre qué habían hablado.» Inmediatamente Overbeck pidió información a Deussen sobre la impresión que «Fritz» le había producido, y el 25 de noviembre recibió como respuesta[187]: «... por desgracia no puedo comunicarle ninguna noticia especialmente favorable... Bajo los cuidados totalmente sacrificados de la madre se encuentra físicamente en perfecto estado. Come con buen apetito, duerme bien, da largos paseos con su madre y antes tomaba baños en aguas abiertas bajo la vigilancia de un bañero. Pero intelectualmente me pareció estar casi plenamente apagado. La mayor parte de las veces escuchaba en silencio y sus respuestas eran reminiscencias entrecortadas procedentes del pasado, por ejemplo que Schopenhauer nació en Danzig y cosas así. Cuando le hablaba de España me interrumpió con la observación de que Deussen también había estado allí, y cuando le dije: yo soy Deussen, él me miro con asombro. Así pues, conservaba de mí un recuerdo in abstracto, me acogió también cariñosamente como a un viejo amigo, pero ya no era capaz de unir intuición y concepto... La madre de Nietzs-

che confía en una curación, y nosotros ciertamente no vamos a quitarle ese consuelo, pero debo confesar que Nietzsche no me dio la impresión de que pudiera recuperar ni siquiera un uso normal de las facultades mentales». Y en sus *Recuerdos* de 1901[73] constata todavía: «Sus intereses se volvieron los de un niño; largo tiempo siguió con la mirada a un muchacho que tocaba el tambor, y la locomotora que iba y venía suscitaba especialmente su atención. En casa la mayor parte del tiempo la pasaba sentado en un balcón soleado, emparrado, hundido en tranquila meditación, de cuando en cuando echaba monólogos, a menudo sobre personas y relaciones de Schulpforta, todo ello en confuso desorden.» En este recuerdo tardío pudo añadirse una impresión posterior a la imagen de 1890.

La estancia de los Deussen unas pocas horas fue, excepto los contactos regulares con las familias amigas de los Krug y los Pinder y algunas cortas visitas del Prof. Heinze y Sra. desde la cercana Leipzig, la única visita de amigos en ese tiempo. Overbeck estaba atado a Basilea por su cátedra, Köselitz en Danzig con su ópera, y Rohde temía el encuentro: «De viaje a Berlín pasé también por Naumburg, que, con sus torres y casas de campo, me miraba como un viejo e inolvidable recuerdo de juventud. Ya han pasado 23 años; ¡qué persona tan magnífica me pareció entonces el pobre Nietzsche: como una nueva revelación del ser humano! No quise apearme allí; *si* hubiera llegado a verlo, temo ahora su apariencia; la imagen no le dejaría a uno durante toda la vida; ¿y de qué le vale a él?... Seguramente las cosas seguirán así de tristes», escribe el 27 de octubre de 1890 a Overbeck[187]. El 16 de diciembre llega, sin embargo, *la* gran visita:

La hermana procedente del Paraguay

Para Nietzsche, en cuanto era capaz de ello, la alegría no tuvo por qué enturbiarse puesto que él desconocía las razones de fondo de la visita. La madre, por el contrario, sí lo sabía, y ello supuso para ella otra fuente adicional de preocupación.

Bernhard Förster había construido su colonia sobre bases completamente falsas: sobre ideología en lugar de sobre capacidad y saber. Sus colonos no querían en primera línea construir un «paraíso» ariogermánico, sino vivir soportablemente del trabajo de sus manos. Y esto no se consiguió. El terreno de bosque talado era pobre en agua y no aportó buena tierra de cultivo, y los productos que se consiguieron a pesar de todo no podían ser llevados a los mercados interesantes porque no existían buenas vías de comunicación. Förster rechazó una colaboración racional con colonias vecinas, alemanas también, pero obviamente no tan estrictas ideológicamente, y así no podía llegarse a un florecimiento económico. Hubo desavenencias y envidias, puesto que mientras los colonos

vivían en miserables chozas del bosque, la pareja directora lo hacía en su residencia «Försterhof», donde entraban y salían continuamente invitados, donde, pues, se vivía realmente «en plan de corte», nada mal, probablemente de los ingresos del comercio con los artículos de necesidad diaria que la pareja había monopolizado completamente en sus manos. A ello se añadieron inseguridades respecto a la propiedad, porque Förster vendía a sus colonos la tierra que el gobierno sólo le había arrendado, hizo que le pagaran los lotes de terreno ya en Alemania, antes de la partida, sin proporcionar títulos de propiedad, incluso los dineros depositados no pudo devolverlos o lo hizo con demora y sólo parcialmente.

Entretanto en Alemania una prensa creada para ello, «Kolonialnachrichten», se cuidaba de hacer una propaganda enaltecedora mendaz. También las «Bayreuther Blätter» se unieron —para gran merma de su prestigio— a ese coro. Aquí seguramente jugó un papel humanamente comprensible el apego y amistad personal de otros tiempos de Cosima Wagner hacia Elisabeth. Pero al mismo tiempo se filtraban también informes extremadamente críticos que frenaron una segunda remesa de colonos, urgentemente necesaria por motivos económicos. El ataque más desenfrenado, quizá debido a una decepción personal, lo llevó a cabo el antiguo colono Julius Klingbeil con su libro, brillantemente escrito y publicado en 1889, *Revelaciones sobre la colonia Nueva Germania del Dr. Bernhard Förster en Paraguay*[137], en el que, entre otras muchas, aparece esta frase acusadora: «que se designan como "negocio" cosas que en Alemania se llamarían simplemente "estafa" y serían castigadas según la ley». Klingbeil describe la espléndida vida del matrimonio Förster, que se sienten como regentes en el pequeño principado (como ellos llaman a la colonia). «Poseen numerosos animales de leche, el personal de servicio para dos personas y su administración se componía durante mi estancia allí de dos matrimonios alemanes y ocho personas.»

Esta publicación hubiera debido significar ya por sí misma, sin más, el golpe definitivo, si la propaganda elogiosa no hubiera sido tan refinada y penetrante *. Si se compara con ello la guerra de libros y de artículos de periódico que pocos años más tarde fue emprendida desde el «Archivo-Nietzsche» durante decenios sobre la misma base ideológica, no puede uno substraerse a la penosa impresión de que en ambos casos fue la misma mano la que dirigió la pluma.

Esta sospecha viene avalada por todas las manifestaciones críticas surgidas de círculos de colonos que no creían capaz a Bernhard Förster de por sí de negocios interesados, sino que más bien lo compadecían como el infeliz burlado por sus propias ideas, mientras que los juicios sobre la esposa, como la fuerza impulsora y la organizadora intrigante, suenan

* Todo esto fue expuesto detalladamente en 1932 por Frich Podach al público interesado y con documentación suficiente[198].

irritados casi sin excepción. Klingbeil escribe (p. 37): «Causa una impresión desagradable ser testigo de cómo él soporta el dominio de su imperiosa mujer... Además, cada vez que uno quiere tratar de algo con el Dr., se le oye decir siempre: "Hable usted de esto con mi esposa."» Y caracteriza a ambos del siguiente modo (p. 43): «El Doctor... una mezcla de cobardía y ambición, mientras que su mujer, por el contrario, junto a esta última propiedad poseía un grado increíblemente alto de valentía. Esa virtud heroica, para público daño del prójimo, no se manifestaba precisamente en buenas y nobles acciones.» Puede que Elisabeth fuera de por sí de la creencia de que la empresa que iba fracasando podía todavía librarse de la ruina que amenazaba, pero el menos a su marido sí lo empujó directamente a ésta. *El* ya no pudo soportar más la tremenda tensión y se despidió de la vida el 3 de junio de 1889. Y, al igual que poco tiempo después procuraría borrar las huellas del motivo de la enfermedad de su hermano y de la muerte del padre, así ahora Elisabeth encubrió con una leyenda este suceso de muy mala reputación en su tiempo. Presentó incluso un certificado oficial de que Bernhard Förster, debido a una fatiga excesiva, unida a una afección aguda, sucumbió a un ataque cardíaco, mientras la noticia del suicidio ya corría por la prensa.

Puede que para la madre, profundamente afectada, fuera una suerte y un relativo alivio el dar preferencia a la versión de la hija y creer inconmoviblemente en el ataque al corazón.

Elisabeth ahora presidía sola la empresa colonial, aunque apoyada por un gerente fielmente adicto a ella. ¡También esto volverá a repetirse más tarde en el «Archivo-Nietzsche»! Pero los apuros llegaron a ser tan grandes que tuvo que decidirse a volver por algunos meses a Alemania para conseguir por sí misma, personalmente, apoyo propagandístico y, sobre todo, *dinero*. Sólo por ese motivo vino Elisabeth a casa, y no a causa del hermano enfermo o para relevar a la madre en sus agotadores cuidados, cuya plena carga hubo de seguir soportando también durante la estancia de Elisabeth. A ello se anadieron todavía las preocupaciones por las actividades colonialistas de Elisabeth.

Pero el asunto Förster había favorecido la solución acelerada de otro problema:

La cuestión de la tutela

Parece que Bernhard Förster legó testamentariamente un lote de terreno a su cuñado Friedrich Nietzsche. Las opiniones son encontradas al respecto, y Podach defiende la tesis de que fueron dos lotes de terreno, como garantía por dos préstamos que Nietzsche se dejó arrancar, a pesar de todos los reparos y contra las advertencias de Overbeck[198]. Sea como fuere: el proceso entero de herencia no podía arreglarse mientras

no se aclarara esta cuestión parcial. Y para esta aclaración el interesado ya no estaba capacitado, necesitaba de la representación de un mandatario según ley y derecho, de un tutor oficial. ¡La «tutela eventual» de Naumann ya no bastaba ahora!

La madre, que es a quien incumbía solucionar el asunto, hizo lo que estaba más a su alcance: se dirigió a Overbeck con el ruego de que se responsabilizara de esa tutela oficial y de que hiciera en Basilea los trámites necesarios para ello. Le escribe el 3 de agosto de 1889: «Así pues, hoy sólo un gran ruego, si usted amablemente quiere gestionar la solicitud adjunta, dado que todo tiene que acelerarse tanto, y si usted se haría cargo, en su amabilidad y cariño hacia mi hijo, de la tutela o si debo hacerme cargo yo. Me he permitido ya alguna vez analizar lo poco apropiada que yo soy para ello, pero consúltelo con el juzgado de ahí y déjese aconsejar de su buen corazón y de la querida Sra. Overbeck.» Después recuerda una antigua y próxima relación basilea: «No es presidente del juzgado el padre de la Sra. Gelzer de Jena, en último caso él sería tan amable dando información sobre la declaración de incapacidad. Valga todo ello debido a la distancia y porque el gobierno apremia tanto, por ello también, perdón porque le propusiera inmediatamente a usted, querido.»

Pero Overbeck estaba de vacaciones, de modo que no pudo tomar inmediatamente el asunto en sus manos. La madre creyó que no debía esperar hasta su regreso y se dirigió directamente al padre de la Sra. Gelzer, al Sr. Dr. Eduard Thurneysen-Gemuseus (1824-1900), por entonces presidente del tribunal de lo criminal de Basilea[111]. El informó el 15 de agosto de 1889 a Overbeck al respecto, igualmente desde su lugar de vacaciones Langenbruck (en el Jura basileo)[187]: «El 11 de agosto... recibí una carta de la Sra. Nietzsche desde Naumburg, acompañada de una instancia al tribunal de lo civil de Basilea. En esta última solicita una tutela en la persona de usted para el Prof. Nietzsche, en caso necesario con una declaración previa de incapacidad. En el escrito que me dirige a mí analiza la situación en el Paraguay y los motivos que hicieron necesario tomar esta medida... y para que el arreglo no se haga esperar más de lo necesario, se dirige a mí, dado que usted está de vacaciones. Este motivo únicamente ha hecho que me inmiscuya provisionalmente en asuntos que usted lleva de modo tan acertado, tanto más cuando en mi opinión se trata de un paso estéril. Envié la solicitud de la Sra. Nietzsche, acompañada de las aclaraciones necesarias, al organismo oficial tutelar competente, y acabo de recibir de él la comunicación de que el tribunal de lo civil de Basilea sólo se ocupa de declaraciones de incapacidad... de ciudadanos del cantón basileo, y el organismo tutelar sólo de peticiones de tutela de los demás ciudadanos suizos. El secretario del organismo tutelar aconseja, según medidas de la ordenación tutelar prusiana, que la Sra. Nietzsche se dirija con su solicitud al juzgado del último lugar de resi-

dencia del Nietzsche *padre* y, a falta de éste, al ministerio de justicia prusiano. Y a la vez adjunta una declaración de incompetencia de las autoridades basileas... Le comunico todo esto con el ruego de que me disculpe en caso de que me haya inmiscuido en sus asuntos. La Sra. Nietzsche apremiaba tanto que no tuve el valor de rehusar y de esperar su regreso, a pesar de que realmente no veo la necesidad de tamaña premura.» Si Nietzsche hubiera sido en otro tiempo suizo, y especialmente ciudadano basileo, el juzgado civil no habría podido negar ahora su competencia para el caso. Hay otra dificultad a la que no se hace aquí referencia alguna: a causa de la distancia geográfica Overbeck nunca estuvo dispuesto a participar de la tutela. Tampoco hubiera sido tutor único, sino «tutor subsidiario», y por tanto se hubiera tenido que entender siempre con un colega oficial que, según todas las previsiones, tendría su domicilio de Naumburg o al menos no lejos de allí. Y de hecho, después de recorrido el largo camino por las instancias oficiales, fue la madre misma la que tuvo que asumir finalmente la tutoría, como comunica el 8 de enero de 1890 a Overbeck: «Hoy he asumido la tutela, y dado que había que elegir a un tutor subsidario, le propuse a usted, mi buen Sr. Profesor, pero se me aconsejó que era mejor que tomara a alguien de mi familia, puesto que todo resulta más complicado con el extranjero. Pero usted será tan amable de seguir haciéndolo todo como hasta ahora ¿no es verdad, mi buen Sr. Profesor? Ah, qué agradecido le estaba siempre mi buen Fritz por ello, y yo ahora que me siento completamente impotente.»

Los organismos oficiales impusieron su criterio y como tutor subsidiario fue nombrado el hermano de la madre, el pastor Edmund Oehler de Gorenzen, con el que el joven Nietzsche había pasado algunos días de vacaciones y de fiesta, en los que pensó en la composición musical «Noche de San Silvestre» para violín y piano de 1863-64[125]. Edmund Oehler no pudo desempeñar mucho tiempo su encargo puesto que murió en septiembre de 1891, pero en este corto espacio de tiempo intervino al menos una vez, y de modo perjudicial, en la herencia filosófica de Nietzsche: participó esencialmente en impedir en abril de 1891 la distribución de la parte IV de *Zaratustra,* que ya estaba impresa, junto con la madre y la hermana Elisabeth, que, por lo demás, poco se preocupó de su hermano en ese tiempo. No sin amargura e ironía comentaba Köselitz esta decisión en su carta del 4 de abril de 1891 a Overbeck[188]: «En realidad es como para enfermar de risa, ver a dos féminas temerosas de Dios y a un cura rural constituidos en tribunal sobre la publicación de los escritos de uno de los ateos y anticristos más redomados. Pero en este instante me falta humor para reírme.»

Tras la muerte de Edmund Oehler fue elegido como sucesor el sobrino de la Sra. Nietzsche, Adalbert Oehler (el biógrafo de ella más tarde), concejal en Halle, quien permaneció en este encargo hasta la muerte de su pupilo y tuvo que tomar algunas decisiones graves en este asunto,

así como vivir dificultades con su prima Elisabeth, la sucesora de la madre en la tutoría. Pero no se inmiscuyó en la edición de la obra como su tío Edmund Oehler. Habremos de toparnos con él aún en relación con la pensión de Basilea y las maquinaciones de Elisabeth en torno a la edición completa.

Discusión en torno a escritos póstumos

Köselitz, por lo demás, no mantenía en absoluto una postura acrítica respecto a los últimos escritos de Nietzsche, como tampoco Overbeck y Rohde. Así, el 27 de febrero de 1889 escribe a Overbeck: «Dar a la imprenta *Ecce homo* sin contar en absoluto con su previo conocimiento, es cosa que no he pensado. Yo quería que usted, estimado Sr. Profesor, conociera primero el escrito por mi copia, o sea *sin* los pasajes que incluso a mí me dan la impresión de autodelirio, o de injusticia y desdén llevados demasiado lejos, para que usted se hiciera así, primero, *la* impresión que yo no puedo conseguir del todo, ya que con excesiva facilidad pienso a la vez en lo suprimido. Naturalmente poco después recibiría usted el original, para el que usted ya ha encontrado borradores en los papeles de Turín. El 30 de octubre anuncia Nietzsche que el día de su cumpleaños ha comenzado el *Ecce homo* y que está significativamente avanzado. El 13 de noviembre, que el manuscrito acaba de ser enviado a la imprenta... El 2 de diciembre, que ha pedido a Naumann que le vuelva a enviar el manuscrito de *Ecce* para revisarlo. El 9 de diciembre, que ha sido enviado de nuevo a Naumann. Las cosas que Nietzsche en esta revisión cambió o introdujo (¡pasajes muy grandes, de modo que sorprende la productividad!) tienen otro tono que el primer manuscrito. ¡Menos reserva *aún* y realmente *hachazos*, tanto que incluso me duele la cabeza! Los dos primeros pliegos, que usted conoce, no son nada comparados con lo que viene después, sobre todo con el capítulo "Por qué soy un destino"... No obstante lo más inteligente será apartar plenamente por ahora la idea de una publicación del *Ecce homo*. ¡Persuada a Naumann de ello, estimado Sr. Profesor! Así pues, fuera con el escrito *antes* de que sea todavía imprimido inconsideradamente.» Y después de que Overbeck le mandara la copia del *Anticristo* y la hubiera leído algunas veces, también con su amigo Widemann, confiesa al remitente el 14 de noviembre de 1889: «Percibimos lo arrebatador, demoníaco, tempestuoso que este escrito tiene en común con el *Zaratustra* y *El ocaso de los ídolos*. Salvo algunos párrafos menores, que seguramente serían modificados durante la impresión [como efectivamente hacía Nietzsche, que entonces corregía muchas cosas todavía], nos parece que la visión del Imperium Romanum del primer siglo después de Cristo está muy necesitada de modificación. Evidentemente Nietzsche no *quiere* ver el cansancio, la decadencia de la

antigüedad; pero sería un auténtico milagro que algo de tan poco nervio como el cristianismo hubiera vencido a una potencia tan indestructible como la cree Nietzsche como el imperio romano de comienzos del siglo IV. Del Constantino de Burckhardt, al menos, se saca la impresión de que crecen el miedo, la superstición, el odio, el agroseramiento intelectual, y de que sin esas condiciones resulta impensable que desembocara en el cristianismo y bizantinismo.» Pero que se retenga el *Zaratustra* IV, y además con la justificación de «por miedo al fiscal», esto ya le resulta a Köselitz excesivo. Si se considera que esta decisión sólo fue posible a costa de todo un fatal encadenamiento de casualidades, entonces ello resulta todavía más deplorable.

El editor Naumann pudo escribir todavía el 31 de marzo de 1891 a Overbeck «que *Zaratustra* está ya listo y terminado de imprimir desde hace varias semanas, su expedición entretanto no pudo ser llevada a cabo por mi parte a causa de algunos otros trabajos pendientes». Para ahorrar gastos de envío quería juntarlo con otros dos libros. «Y por la mañana temprano llega de Naumburg un despacho con el contenido siguiente: "Ruego que Zaratustra no sea publicado sin mi definitivo consentimiento. Franziska Nietzsche". ¡Si soy sincero debo confesar que no encuentro ninguna explicación suficiente para ello, a pesar de que estoy bastante orientado en todo el asunto! Ultimamente era mi deseo, a causa de las muchas demandas y para evitar correspondencias insustanciales bastante molestas para mi precioso tiempo, conseguir un fotograbado realmente bueno del Sr. Prof. Nietzsche y adjuntarlo al *Zaratustra* IV; estos retratos también están pedidos, mañana recibo los primeros ejemplares y también por esa razón se ha retrasado algunas semanas la entrega del libro, puesto que tuve frecuentes complicaciones inútiles con el fotógrafo naumburgués cuya toma yo quería hacer reproducir. Por el contrario ya he expedido ejemplares del *Zaratustra* IV para recensión, obligando a los interesados a sacar el comentario sólo cuando yo distribuyera el libro, puesto que quería tener ya trabajo adelantado; asimismo ya he quedado con un número bastante elevado de librerías de depósito que la aparición del libro tendría lugar el 10 de abril de este año, pues entre los amigos de Nietzsche se ha divulgado ya la edición del libro. Para aclararme con respecto a la fotografía, aproveché la oportunidad de la visita personal de un cierto Sr. Lauterbach, quien visitó a nuestro (...) Sr. Prof. Nietzsche en Naumburg, y, a través de este caballero, rogué a la Sra. Nietzsche que me informara sobre si la placa ha sido hecha a expensas del fotógrafo de Naumburg o a expensas del Sr. Prof. Nietzsche. Recibí la respuesta de que lo último había sido el caso, y, además, la Sra. Nietzsche y la Sra. Förster estaban muy contentas porque el retrato se adjuntara al *Zaratustra*. Entretando se ha producido un cambio en el ánimo de ambas damas, que consiste en que el fiscal podría lanzarse sobre el libro y, con ello, todo el asunto acabaría indignamente para el autor. No sé cómo las da-

mas han podido llegar a esta conclusión, realmente no lo tengo claro.» El 2 de abril Naumann cree todavía en la publicación y escribe a Overbeck: «Adjunto le envío un ejemplar de *Zaratustra* IV: sólo ha sido entregada hasta ahora una parte de los retratos, el resto llega mañana, y no es necesario que asegure, por supuesto, que bajo el retrato será impримida (todavía) la firma autógrafa del Sr. Prof. Nietzsche... Anexo le envío una tarjeta postal que acaba de llegar. Así sucede día tras día, no hago otra cosa que escribir; todos los admiradores del Sr. Prof. Nietzsche saben, sin embargo, que el libro está impreso, puesto que ya ha aparecido en algunas revistas. Si en este trabajo sólo se tratara ya de un negocio, bueno, podíamos admitirlo; pero así, escribe uno y gasta franqueo inútilmente para un asunto cuya monótona y frecuente repetición tiene que poner nerviosa al final hasta a la persona más saludable.

»Una mercancía editorial filosófica en sentido pecuniario es lo peor absolutamente de todo; por qué entonces no se forja el hierro mientras está todavía caliente. Fritzsch, a quien pregunté hace aproximadamente 4 meses por las ediciones, me dijo que avaluaba sus ventas de *Zaratustra* I-III hasta entonces en 600 ejemplares, por lo que se me hizo evidente que yo no podía calcular la edición en más allá de 1.000 ejemplares; ¡quiero poner en duda que sea correcto, precisamente ahora que hay toda una corriente de interés por lo filosófico en general y por el Sr. Prof. Nietzsche en particular, abandonar simplemente ad acta este libro e, igualmente, *Nietzsche contra Wagner* y *Ecce homo*! Sólo quiero mencionar un hecho de cuya verdad respondo: ni en Berlín, ni en Leipzig, pueden encontrarse libros de Nietzsche en las *universidades* reales ni en las bibliotecas estatales; es algo realmente incomprensible dado el interés general que existe por el autor; ¿no habría que hacer, pues, todo lo posible para mantener en marcha, al menos, el movimiento nietzscheano?» Pero el veto de Naumburg se mantuvo, y Naumann tuvo que enviar la siguiente circular: «Con respecto a su amable demanda tengo el gusto de comunicarle que *Nietzsche, Friedrich, Zaratustra tomo IV*, cuya aparición había sido comprometida para abril de 1981, por el momento no va aparecer, ya que, debido a anotaciones del autor, se supo posteriormente que él no deseaba la publicación de la obra en la forma actual. Dado que actualmente se produce un giro en el estado de salud del Sr. Prof. Dr. Nietzsche, que no excluye una posible curación, los familiares del autor no quieren adelantarse a la voluntad que él mismo expresó en su momento, y por la presente le ruego que comunique esto a sus clientes.» ¿Qué había sucedido? De algún modo, la historia puede recomponerse a partir de las cartas de la madre a Overbeck[199] y Köselitz, y de la correspondencia entre Overbeck/Köselitz y Naumann[187].

Un cierto Dr. Lauterbach se había propuesto dar conferencias (¿«lecciones universitarias»?) en Leipzig sobre Nietzsche, que tuvieron que ser suspendidas porque le falló la voz. Pero no olvidó el asunto y, por ello,

mantuvo relación con Naumann. Hacia el 21/22 de marzo Naumann lo envió a Naumburg para aclarar la cuestión de los derechos de disposición del retrato. Con ello comienza a hablarse en círculos familiares de la publicación de la parte IV del *Zaratustra*, que Köselitz, «eludiendo a la hermana» (tal como se expresa él mismo en carta a Overbeck), es decir, sin su conocimiento, había conseguido que le permitiera la madre. Ella no conocía el texto y sólo reclamó el consentimiento de Overbeck, del que Köselitz estaba plenamente seguro. Elisabeth, sin embargo, miró con mayor detenimiento el texto, no gustándole la «Fiesta del burro». Justamente para ella no era el momento ahora de estropear las cosas en los círculos eclesiásticos, puesto que estaba intentando que se pusiera a disposición de su capilla en la colonia un pastor alemán pagado por Prusia. Ella fue quien provocó la decisión con la mordaz pregunta a Lauterbach respecto a «si el fiscal no podría inmiscuirse en el asunto», a lo que Lauterbach contestó «que esto podría suceder muy fácilmente, pero sería una burla sonada». Ello intranquilizó a la madre, quien «sinceramente» no se sentía «con ánimos ahora para una "broma sonada" así». Le preocupaba también el hecho de haber dado ella sola el consentimiento, para lo que no estaba legitimada en absoluto sin consultar al cotutor, y el que este hombre piadoso consintiera le parecía, ahora que sabía de lo que se trataba, algo plenamente a excluir, cosa que le confirmó además una conversación mentenida algunos días más tarde.

Pero Elisabeth no fundó sólo su negativa a la publicación sobre reparos teológicos, como se deja traslucir en la circular de Naumann. Ella pudo referirse a que su hermano designa varias veces esta parte IV como el «final para no publicar» y a que él incluso había vuelto a recoger los pocos ejemplares especiales enviados a personas de confianza, porque no quería en absoluto que se publicara ese escrito en *esa* forma, como la hermana hizo saber. Frente a ello, Köselitz escribe a la Sra. Nietzsche (como se lo refiere a Overbeck el 4 de abril): «Nietzsche jamás me habló de una publicación 20 años después de su muerte. A la vista de los 35 ejemplares de imprenta que tengo aquí en mi casa, en Venecia, comentamos incluso varias veces la cuestión de la publicación. Sí, estos 35 ejemplares él los quería pasar a Naumann para su venta dos años más o menos después de su impresión. Después, cuando se hizo esperanzas un tanto desbordantes sobre el beneficio lucrativo de sus escritos, cambió de parecer... Nietzsche puede llegar aún a edad avanzada. Imaginemos que esta parte IV (sin la que la obra queda incompleta realmente) se publica sólo 50 años después; dado el cambio cada vez más rápido del ánimo de los tiempos puede que esta publicación apareciera en una época en la que resultara hasta cómica. Una obra ha de actuar en la época de la que surgió: si no, tampoco dice nada a la posterioridad... Ya no recuerdo todo lo que escribí ayer a la Sra. Niezsche; sólo sé que al final calificaba el impedir la publicación como un *ultraje* tanto al gran nombre de Nietzs-

che como al mundo contemporáneo; con este ultraje se conseguiría una triste fama.» Köselitz intenta también intimidar a la madre. Llamó «su atención sobre el hecho de que esta retirada tardía de una aprobación que solicité de ella en toda regla... le va a costar 3.400 marcos, por los que, de todos modos, entra... en posesión de 1.000 ejemplares». Pero todo ello no surtió efecto. Köselitz jutificaba incluso sus intromisiones en los escritos póstumos por la costumbre de Nietzsche de hacer cambios de redacción, o incluso sustanciales, mientras estaban todavía en imprenta (*cfr. supra*, p. 132, 14 de noviembre de 1891 a Overbeck). Por ello, no puede rechazarse sin más que Nietzsche, al recuperar la impresión especial, pensara en una revisión sustancial. También esto, así, arroja luz sobre el lugar especial del *Zaratustra* IV dentro de la obra total: ¡no se trata de un texto categóricamente autorizado por Nietzsche y en redacción definitiva! La amenaza de Köselitz con las consecuencias pecuniarias de la retirada tiene poco apoyo. En tal caso, la reclamación de Naumann podría haberse dirigido contra él, Köselitz, porque *él* era quien había hecho un encargo para el que le faltaba plenamente la competencia. Además, Naumann conocía la jurisprudencia al respecto y sabía que tendría que cargar él mismo con los perjuicios causados por negligencia en el obligado esmero informativo. Puede que fueran estas ideas y consideraciones las que lo movieron a transigir frente a la Sra. Förster, entretanto experimentada ya en los negocios, cuando fue a visitarlo sin demora, el 13 de abril a Leipzig; del encuentro ambos salieron satisfechos, con el sentimiento los dos de que habían «ganado». Naumann se aseguró los derechos para el caso de una edición completa, o para ediciones parciales al menos, y Elisabeth creyó poder sacar de esto, bien ya mismo o, si no, pronto, una renta regular para la madre.

Pero ¿cómo debían aparecer las nuevas ediciones, quién había de supervisarlas literariamente? Es verdad que el autor vivía aún, pero intelectualmente estaba ya muerto. E incluso la parte modesta de vivacidad intelectual que había llegado en los últimos meses, bajo los diligentes cuidados de la madre, a un cierto florecimiento, en los meses del invierno 1891/92 comenzó otra vez a apagarse, despacio pero iconteniblemente.

El camino a la apatía

Estremecedora y acertadamente a la vez lo formuló Carl v. Gersdorff en carta a Overbeck el 17 de febrero de 1891: «Parece como si la locura ahora amenazara con trastocarse en idiotez[187].»

Esta idea se apoyaba en una comunicación de Köselitz. Después de que el 23 de enero de 1891 su ópera * fuera estrenada en Danzig con

* Con el título original de *El matrimonio secreto*, título italiano *Il matrimonio segreto*, y no con el propuesto por Nietzsche: «El León de Venecia.»

benevolente éxito, se representara el 27 de enero para la fiesta de cumpleaños del emperador, y llegara a repetirse unas pocas veces, Köselitz hizo una visita a Naumburg a principios de febrero. El 5 de febrero informa sobre ello a Carl Fuchs en Danzig[54]: «El aspecto físico en Nietzsche es magnífico, tostado por el sol; pero mentalmente está peor que el año pasado. Quizá esté todavía sorprendido por mi visita. Pero creo entender, por las manifestaciones de la Sra. Förster, que se hunde, aunque despacio, cada vez más en la apatía. En lugar de una respuesta uno recibe una sonrisa o una mera inclinación de cabeza, muy peculiar. Esta tarde fuimos en coche a Schulpforta; Nietzsche... no quiso dar un paso más allá de la entrada. Si leí bien en su semblante, en ese momento se hacía una idea de su situación actual: Parecía como si se avergonzara de ella a la vista del centro de enseñanza, tan importante para él.» El 26 de febrero escribe de modo muy parecido a Overbeck. En principio está extrañado de la relación de los hermanos, puesto que Elisabeth «apenas permanece con Nietzsche: tan atareada está con la correspondencia y tanto viaja. Para grandísimo pesar suyo Nietzsche se comporta con ella en general de modo totalmente apático. Pero esto es ahora algo típico suyo. Habla sólo muy poco, apenas puede ya mantenerse con él una conversación. Una sonrisa, una inclinación de cabeza o una admiración desproporcionada eso es casi todo lo que se puede sacar de él. Su memoria ha disminuido sensibilísimamente desde el año pasado: ya no se aclara o se aclara poco en su pasado. El año pasado le escuché tocar al piano y me sorprendí todavía por la lógica y la elevación de sus improvisaciones: este año se había perdido todo ello. ¡Ya no tiene sentimiento rítmico ninguno, todo es confuso y falso! Su aspecto externo es resplandecientemente saludable, como antes; durante los paseos le gusta ponerse a correr. Cuando se le lee, escucha atentamente y parece seguir correctamente el sentido. Ha aumentado mucho su abulia. Yo creo que ya casi nunca sucede que de propio impulso abandone un sillón que le haya sido asignado... No existen metas conscientes de su andar: si no se le condujera iría siempre hacia adelante mientras no encontrara un obstáculo insuperable en el camino. Fuimos los cuatro a Pforta; allí Nietzsche no quiso traspasar el umbral hacia la vivienda del rector, no hacía más que señalar con el dedo hacia allí y recelar ante ello, como el demonio ante el pentagrama pintado por Fausto... No reconoce los lugares ... como conocidos de antaño: todo le resultaba nuevo».

También la madre se dio cuenta del comportamiento del paciente durante la visita de Köselitz. En carta a Overbeck del 28 de febrero intenta explicarlo por el hecho de que, con la visita *y* la presencia de la hermana, habían estado demasiadas parsonas en torno al enfermo, fácilmente irritable. Pero hace también una observación autocrítica acertada: «que quizá yo he sido cada vez más modesta en mis exigencias a su espíritu, quizá también debido a aquel veredicto pasado de Bisnwanger... ante el juz-

gado: "incurable". Este veredicto me hizo demasiado infeliz, de modo que cualquier chispa de vida intelectual me resulta como un rayo de sol y de esperanza al que me aferro.» Ella se dejó cegar por el buen estado físico externo.

Ahora intenta multiplicadamente excitar su memoria y se sorprende de lo fácil y abundantemente que surgen las referencias. Ella no puede discriminar la mayoría de las veces las muchas incorrecciones que se entremezclan, y sólo una vez se da cuenta de la confusión entre Aristófanes y Esquilo; pero pregunta, por otra parte: «¿no era todavía la Sra. del Prof. Bachofen una señora muy hermosa, a pesar de sus hijos crecidos? En efecto, dijo él, y tocaba maravillosamente el piano.» La Sra. Bachofen, nacida en 1845, casada en 1865, difícilmente podía tener, sin embargo, «hijos crecidos» por la época en que Nietzsche tocaba música con ella, 1875-78. Del mismo modo, tampoco la madre pudo constatar el fallo de memoria cuando (el 29 de junio) él le contó: «Escribí mi lección inaugural sobre Homero en la Tellsplatte, y allí encontré buena compañía, el Sr. y la Sra. Osenbrüggen, óptimos conocedores de la historia de Zürich, y la Sra. Exner, una especialista en derecho de Viena.» (Cfr. al respecto, tomo 1, p. 267 y 295.)

La madre se esforzaba casi convulsivamente por mantener ante ella misma y ante los amigos y conocidos su imagen del «hijo querido» que está recuperándose también mentalmente. Continuamente se hacía confirmar por los visitantes, y durante las visitas a las que llevaba a su hijo, su buen apecto, así como su «buena participación» en animado diálogo, como sucede, en torno al 25 de marzo de 1891, con Edmund v. Hagen, «a quien, del mismo modo que al Dr. Langbehn, no se le podía convencer de que Fritz no estaba sano, atribuyéndolo todo únicamente al falso dictamen de otros que no somos filósofos». En todo caso, al decirlo, el Sr. v. Hagen se las daba de filósofo.

Parece que también el viejo amigo de escuela Pinder y Klärchen Krug se manifestaron esperanzados. Pero a todo ello habría que oponer la reserva de Köselitz frente a Langbehn: había que conocer a Nietzsche *antes* de la cesura de enero de 1889 para poder sopesar su decadencia.

Incluso a la madre, con el tiempo, llegaron a no bastarles tales «confirmaciones». Quiso también tener de su parte el juicio del médico y con ese fin fue a hacer una consulta al Prof. Binswanger. También aquí vuelve a demostrar su tacto increíblemente fino en el trato del paciente, ya que un encuentro brusco hubiera atraído malas consecuencias. Después de que Elisabeth estuvo en Jena para entrevistarse con Binswanger y «volvió totalmente satisfecha de la visita de Jena», ¡ella arregló el encuentro en casa de los Gelzer! «La buena de la Sra. Gelzer estaba en la estación, que queda muy cerca, y Fritz le cogió inmediatamente del brazo dirigiéndonos a su casa. Pronto apareció también el Prof. Binswanger, a quien saludó amistosamente como a un viejo conocido. Conversó con él como

antes con los Gelzer, contestando la mayoría de las veces, pero no miraba a los interesados al hacerlo sino sólo a mí, cosa que resulta enfermiza precisamente porque sólo está acostumbrado a mí. Binswanger le preguntó qué tal iban sus ojos, él respondió entonces: "realmente están mejor." Si tenía dolores cabeza, "nunca". De qué se ocupaba, "de tocar el piano y cantar"... Así, Bisnwanger estuvo más de media hora allí, a continuación dejamos a Fritz con la buena de la Sra. Gelzer y yo lo acompañé a la habitación de al lado, donde se manifestó muy satisfactoriamente y dijo "estoy sorprendido, aunque su estado deja todavía mucho que desear", pero la calma equilibrada y los modales completamente naturales si bien se mira, parecieron imponerlo. Le dije cómo estaba organizada su dieta y todo su modo de vida, también que él había seguido tomando dos baños de sala semanalmente... y consideró que todo ello estaba bien, que "su aspecto era excelente"... Sin embargo me sigue preocupando cómo podría elevarse su estado mental... También Lieschen... se preocupa conmigo por si el juicio de Binswanger es el acertado... El dijo: "Tranquilidad, tranquilidad, y otra vez tranquilidad".»

La esperanzada madre no quería aceptar sin más que la remisión en el ámbito de la vida espiritual no se estaba realizando. Siempre intentaba dirigir la conversación al pasado filológico de Nietzsche, en lo que le era posible a ella por los conocimientos conseguidos incidentalmente. Intentaba asimismo completar hacia afuera, para con los demás, la imagen del paciente que se fortalecía físicamente, añadiéndole un reflejo de despertar intelectual; para ello hacía que él escribiera en las cartas pequeños apéndices o saludos al menos, que difícilmente pueden haber sido formulados espontáneamente por Nietzsche, sino, más bien, dictados por ella e incluso es posible que copiados de un modelo hecho por ella, tal como es el caso cuando se fuerza a los parvulos a escribir un saludo a los tíos y tías. En este sentido, es difícil que sea «original» de Nietzsche la poesía de 5 líneas que añade a la carta del 22 de febrero de 1891 que la madre dirige a Elisabeth a Berlín.

Quizá el intento primero en este sentido lo llevó a cabo la madre en una carta a Köselitz, con respecto a la cual éste escribe el 17 de septiembre de 1890 a su amiga Cäcilie Gusselbauer: «En el sobre aparecía de mano de Nietzsche con grandes letras

— *saluda su-...amigo N*

después de "su" él quiso seguramente escribir otra cosa, por ejemplo "su bufón" o algo parecido: puesto que tiene momentos en los que se da cuenta de su estado. ¡Bajo unas líneas que escribió desde Jena a América a su hermana, puso "el loco!" Volvió a partírseme el corazón cuando leí sus letras.» Casi una año más tarde las cosas siguen igual en este aspecto, así por ejemplo cuando se le permite añadir a la carta del 29 de junio de 1891 de la madre a Overbeck: «Saludos cordiales de tu [Deinen] amigo Nietzsche». Esta falta gramatical —confundir dem/den, deinem/dei-

nen— la encotramos reiteradamente en los escritos juveniles de Nietzsche, y necesitó mucho tiempo para subsanarla. Evidentemente provenía del lenguaje cotidiano usual (como por ejemplo sucede en el habla de Berlín). Y ahora que Nietzsche no se domina mentalmente, esa falta vuelve a aparecer.

En el verano la madre hace que le saquen una fotografía. Justamente aquí se demuestra la lejanía entre el ideal de la madre y la realidad. La fotografía le parece una prueba del estupendo estado del paciente y tan buena que se la envía a los amigos Overbeck y Köselitz. E. Podach dice (1932)[199] que en ella «aparece Nietzsche sin corbata y con una expresión muy enferma, apagada, en el rostro». Tenerlo sin cuello ni corbata era una medida necesaria para impedir en la cabeza la fuerte afluencia de sangre o, respectivamente, el estancamiento de sangre que se producía cuando, al leer, adoptaba un apostura inclinada hacia adelante. El leía a menudo, siempre en voz alta y «con tal expresión natural que podría creerse que tiene que entender lo que lee». Medio año después (26 de febrero de 1892) Köselitz informa a Overbeck sobre esta pasión por la lectura: «La mayor excitación la muestra al leer: entonces la sangre le sube a la cabeza y su habla se convierte en ladridos y rugidos. Lo mejor entonces es quitarle el libro de la mano. Ya no puede hablarse de comprensión de lo que lee. Lee los números de página, la primera línea y una línea a mitad de página, después pasa a otra y así todo el libro.»

El programa de higiene y de cuidados corporales se lleva a cabo con gran cuidado y consecuencia férrea. «Seguimos *yendo en coche*, tres veces por semana al menos, a los baños cerrados y volvemos *caminando*, pues tengo demasiado miedo de que al ir caminando pudiera acalorarse. Durante el camino de vuelta a casa, todas las veces me manifiesta su alegría por el baño y pensamos que esto, junto a las cuatro horas diarias de paseo, tiene que fortalecer sus nervios.» ¡Se trata, dicho sea de paso, de una magnífica prestación por parte de la madre, que, después de todo, tiene ya 65 años entonces! Para el cumpleaños de Nietzsche, el 15 de octubre de 1891, Köselitz se acercó a Naumburg desde Annaberg. No se manifiesta inmediatamente a nadie respecto a la impresión que le produjera Nietzsche. Sólo el 26 de febrero del siguiente año hace una corta comparación con su última visita del 4 al 6 de febrero de 1892: «Nietzsche se desheló algo sólo al tercer día de mi presencia allí; los otros dos días estuvo muy tranquilo, de costumbre permanecía sentado en la esquina del sofá y contemplaba sus manos como si se sorprendiera de que le pertenecieran todavía. Pocas veces pone plena atención al escuchar a otro. De notar era la dulzura y delicadeza con la que trata todas las cosas humanas —señal de que son en él algo interiormente innato... Su aspecto era bueno; pero me pareció menos exuberante que en su último cumpleaños... Digna de admiración sigue siendo la perseverancia de la vieja Sra. Nietzsche; en ningún instante el saber de la infructuosidad de sus

esfuerzos ha debilitado su celo.» Este saber llega finalmente a expresarse (el 31 de marzo de 1892) a Overbeck. Los Overbeck habían ido al sur para un descanso devenido urgente, y disfrutaban de un tiempo óptimo. La madre escribe al respecto: «También aquí hemos disfrutado de un tiempo así, por cuanto tuvimos durante algunos días el más delicioso tiempo primaveral... mientras que anteayer dimos nuestro paseo matinal de una hora y tres cuarto en medio de un terrible tiempo de nieve, encontramos nuestro bosque con el más delicioso adorno navideño y, a pesar de los paraguas, llegamos a casa chorreando. Pero a pesar del viento y del tiempo insisto en dar diariamente nuestros dos paseos... y cuando prescindo aunque sólo sea de *un* paseo, como hace poco a causa de una lluvia torrencial, la venganza de ello es siempre una noche menos buena. En general tengo que decir, por desgracia, que no puede hablarse de una mejoría. Pero antes como ahora es un buen paciente que no provoca el mínimo miedo, sino más bien deseos de acariciarlo, cosa que sucede a menudo y parece hacerle bien ... Entretanto le leo durante un cuartito de hora, y pronto muestra deseos de dormir, un fenómeno por el que Binswanger ya lleva preguntando mucho tiempo y seguramente había esperado. Algunos días está muy tranquilo, e igualmente vital otros, entonces se recuerda de su estancia en Basilea, de su vida en Pforta... asimismo de su época unversitaria en Leipzig, por lo que siempre volvemos a hacernos ilusiones... También hay que observar la mayor atención día y noche, por lo general todo va bien; todo como el Prof. Binswanger lo profetizó, y yo creo casi que los cuidados actuales quizá no sean ni de considerar respecto a lo que quizá se avecina. Pero siempre y siempre mi alma está llena de agradecimiento interior, interior, frente al buen Dios, porque *me sea permitido cuidar* de este amado hijo, cosa que haré con mayor o menor esfuerzo, pero en el mismo sentimiento interior agradecido, rogándole a Dios sólo que me conserve al hijo querido, querido.» Esto le sería concedido *e* impuesto durante cinco años completos todavía.

Pero en la visita de Köselitz en octubre de 1891, el primer plano de la conversación, así como algunas cartas, los ocupó.

La negociación con Naumann

La Sra. Förster había hecho grandes adelantos en sus actividades coloniales y tenía por fin algo de tiempo libre para preocuparse de los asuntos de su hermano. Incluso había escrito un libro: *La colonia de Bernhard Förster "Nueva Germania" en Paraguay*, que apareció en junio de 1891 y sobre el que escribe Köselitz el 12 de octubre a Overbeck: «He leído con mucho placer el escrito de la Sra. Förster sobre la Nueva Germania: está hecho con extrema habilidad y, en todo caso, le ayuda mucho a apartar elementos indeseados, a atraer los deseados y para la aclaración

de maledicientes rumores de todo tipo.» En el otoño de 1891 Naumann ofreció motivos suficientes a la belicosa hermana de su desgraciado autor para que interviniera. El creyó poder aprovecharse de la desorientación de la madre, de la evidente incompetencia de Köselitz, así como de la falta de claridad de la situación legal, y sacó las segundas ediciones de *Mas allá del bien y del mal*, de la *Genealogía de la moral* y del *Caso Wagner*. Fiel a su principio de forjar el hierro mientras está caliente, aprovechó la corriente de la época y el interés rápidamente creciente por Nietzsche. Pero con lo que parece que no contó fue con la exigencia, creciente también con la misma rapidez, de los administradores del legado de una participación equitativa en los ingresos financieros por el éxito de ventas. Pero también él tenía, frente a ello, una reclamación proveniente de los encargos de imprenta, sólo que no sabía ya ahora, de repente, en qué monto debía ponerla. La decepción con el *Zaratustra* IV, medio año antes escasamente, no podía empujarlo a establecerla demasiado bajo. El 5 de octubre la madre sólo puede decir a Overbeck: «Con Naumann todo está en el aire, puesto que ha pedido cuatro semanas de plazo para una revisión de todo el asunto.» Pero tras ello llegó la fuerte reclamación: 3.000 marcos, que compensaba aproximadamente la de los administradores del legado, cosa que era demasiado evidente. Esto, simplemente, no se podía aceptar, y, asimismo, este comportamiento contrastaba demasiado con sus aseveraciones y renuncias a una indemnización en la primavera de 1889, de las que se había sorprendido Köselitz, fundamentalmente. En aquel tiempo (el 13 de febrero de 1889 a Overbeck) explicó: «El saldo a mi favor supone en este momento, sin contar los gastos de librería, así como sin contar las muestras todavía no asentadas de la obra *Ecce homo*, ya comenzada, 524 marcos con 93 pfennigs. Ya he comunicado al Sr. Köselitz que, dado el triste golpe que el destino ha infligido al Sr. Prof. Nietzsche, renuncio a la solución de un pago a cuenta» (*cfr.* «Documentos», núm. 15). Tras la retirada del *Zaratustra* IV Köselitz (el 20 de abril de 1891) había escrito a Overbeck: «¡Naumann se comporta!: ¡¡¡tiene que ser una persona de buen corazón!!!» Ahora, el 12 de octubre, no puede comprender que esa obligada «bondad de corazón» se transforme en una dura exigencia: «Los gastos de imprenta de 3.000 marcos de Naumann resultan increíbles. Si esto es así, entonces yo lo conocí mal. De la venta, por ejemplo, del *Más allá* (5 marcos, precio de librero) tuvo que sacar al menos 2.500 marcos. Suponiendo que los gastos de impresión llegaran a 800 marcos, quedarían todavía, incluso aunque redondeemos éstos a 1.000 marcos, 1.500 marcos. Y aunque fuera tan desvergonzado que asignara esos 1.500 a gastos de distribución, tendría al menos que cerrar la cuenta con el saldo.» Naumann fundó también sus decisiones en la reserva «moral» de que él no era «editor», sino sólo impresor y comisionista. De acuerdo con ello los libros en depósito tampoco eran material editorial *suyo*, sino del autor o

de sus herederos legales, y esto se plasmó en «derechos de almacenaje». Ello no ayudó a que desapareciera el enfado y la decepción tan justificada de Köselitz. Sólo en *un* punto se había implicado Naumann profundamente en la injusticia, y por aquí justamente podía atraparlo la Sra. Förster: las segundas ediciones que había sacado arbitrariamente. Cuáles eran las exigencias enfrentadas y cuál fue el desarrollo de las cosas, son temas que nos aclaran tres cartas: las de Köselitz a Overbeck del 23 de octubre y del 14 de noviembre, la de la madre a Overbeck del 30 de diciembre de 1891[187]. Köselitz: «¡La factura de Naumann es realmente espeluznante por su elevado monto! La confección de los libros, un tercio al menos más cara que en cualquier otro impresor. Me he puesto al habla con Fritzsch y Schmeitzner al respecto. Gastos de almacenaje (que ningún librero decente cuenta) en el 1er año 56 marcos, después 80 marcos, últimamente incluso 100 marcos ¡hasta llegar en cinco años, sólo por gastos de almacenaje, a 436 marcos! De *Más allá*, de la *Genealogía* y del *Caso Wagner* Naumann ha hecho nuevas ediciones (1.000 ejemplares de cada uno) sin decir nada a nadie de ello, a pesar de que no tiene *ese* derecho a segundas ediciones.-Toda la factura resulta mezquina, y está en un contraste ridículo con el palabreo sobre autosacrificio, amistad y desinterés con el que pretendió conquistar a Nietzsche y a nosotros. Nietzsche no es para Naumann más que un objeto de explotación. Nunca hubiera creído que esto fuera posible, dada la impresión personal que tengo de Naumann; en todo caso podría haberme dicho a mí mismo que una persona realmente dispuesta a ayudar y de noble condición no hace alardes de su desinterés; pero por otra parte creí que esa falta de gusto podría achacarse, para bien suyo, al despiste de un hombre de negocios ante una situación desacostumbrada para él.

»La Sra. Förster ha puesto el asunto en manos del abogado Dr. Wilde de Naumburg. Se harán consultas a otros impresores, se establecerán nuevos precios, una nueva factura en general, las nuevas impresiones se dejarán todavía, si es posible, a Naumann, con un honorario de 40 marcos por pliego, etc., etc.

»Mi pregunta —si usted quiere prestarle atención— es ahora: ¿No se encontrarán entre los papeles de Nietzsche antiguas facturas de Naumann? No puedo creer que los precios de confección consignados en la cuenta corriente sean los que Naumann notificó a Nietzsche en su momento: 1.000 ejemplares del *Más allá* (12 pliegos) 1.290 marcos (con cubierta), 1.000 ejemplares de *El crepúsculo de los ídolos* (9 pliegos) 653 marcos, 1.000 ejemplares del *Caso Wagner* (3 pliegos y 3/4) 418 marcos, 1.000 ejemplares del *Zaratustra IV* (10 apliegos) con retrato 700 marcos.

»Se ayudaría mucho al asunto jurídico, naturalmente, con una confirmación por las facturas originales, divergente de los precios de ahora. Considero la cuenta presentada ahora por Naumann como una pura fan-

tasía de este verano, destinada a conservar los libros en la editorial sin gasto alguno, por de una *deuda* de 3.000 marcos, surgida al final (que los herederos de Nietzsche no pagan).» Y el 14 de noviembre de 1891: «La suma de 580 marcos por la confección de la *Genealogía* coincide exactamente con la suma de la cuenta corriente*»

»Nietzsche mismo debía haber protestado entonces por el monto de la misma; ahora el no reconocimiento de ella llega demasiado tarde. Nunca hablé con Nietzsche sobre cuentas, etc.: pero aunque esto hubiera sucedido, yo habría objetado y sopesado el asunto con todo cuidado. Así pues, apenas puede hacerse algo respecto a los costos de confección; pero queda todavía cantidad de otros lugares en las numerosas páginas de la cuenta existente con los que uno no puede mostrarse satisfecho; y luego está la realización improcedente de nuevas ediciones.

»¿Que si la Sra. Förster ha regresado al Paraguay? Yo tampoco lo sé. Ciertamente esto sería perjudicial para el éxito del asunto. La señora del *Pastor* Nietzsche no está capacitada en absoluto para el trato con abogados; mientras permanecí allí, nunca estuvo ni un instante de acuerdo con su hija en este asunto; prefería ser víctima de una injusticia que hacer valer sus derechos por medio de costosos juristas. A ello puede replicarse que no se trata de su derecho, sino del de su hijo, que tiene que ser defendido en este asunto. Si ella tuviera un conocimiento más exacto de las cosas no hablaría así: pero no es propio de su modo de ser saberse desenvolver en estos temas. Todo lo exacto, con cifras, le resulta extraño, y, aún con la mejor buena voluntad, no sería capaz de hacer suyo este complicado asunto.

»Mi padre, a quien expliqué la cosa, piensa que difícilmente pueda conseguirse mucho. Las exigencias comerciales *no* son fácilmente revocables a no ser que difieran verdaderamente de modo absurdo de lo esperable. Aún con respecto al juicio de los especialistas consultados, hay que reservar un cierto ámbito de juego en los precios al "abastecedor" (...)

»Las *nuevas* ediciones confeccionadas sin autorización, Naumann tendría que comprárselas a los Nietzsche por un precio determinado; Schmeitzner pensaba, cuando hablé con él en Chemitz, que a 40 marcos el pliego. La venta, etc. sería ya entonces asunto *sólo* de Naumann: la cuenta corriente no procedería, pues, para esta segunda edición. ¡Pero el pícaro de Naumann ha dispuesto la cuenta entera de tal modo que si le llegara esa demanda podría resarcirla con su haber de 3.000 marcos! Y entonces ambas cosas se anulan mutuamente o bien queda aún para los Nietzsche un resto a amortizar. No sé realmente si, en tales circunstancias, puede considerarse tan errada la opinión de la Sra. Nietzsche de que no va a conseguirse más que gastos de abogados. Por motivos determinados, *yo* no puedo dedicarme al asunto. Lo que podría hacer, en

* Overbeck seguramente encontró un oportuno justificante.

todo caso, sería: advertir a Naumann cómo ha de comportarse, como mero impresor y comisionista que es (y no editor en absoluto), respecto a anteriores y a nuevas ediciones. ¡Desgraciadamente Nietzsche, por inconveniente nobleza, no exigió a Naumann contrato alguno! Con un escrito así podría volver a aclararse inmediatamente el aire.»

Y la madre a Overbeck el 30 de diciembre de 1891: «Ella [Elisabeth] ha llevado victoriosamente hasta el final la historia de Naumann con verdadero ánimo de león, que le reconoce el mismo consejero de justicia, puesto que ella habría actuado con una perspicacia y conocimiento de causa tales que a él mismo le llenaron de admiración. Quizá ha oído por mediación del Sr. Köselitz la enorme exigencia expresada por Naumann, últimamente "quería conformarse con 1.500 marcos". Lieschen sabía, por el contrario, que era *él* quien tenía que pagar, y se consiguió todas las pruebas para ello, como también los precios de varios *buenos* impresores. Por este motivo fue citado en diferentes ocasiones, pero no compareció hasta que se le hizo saber que "o aparecía al día siguiente o se confiaría todo al fiscal para su procesamiento judicial", especialmente a causa de las nuevas ediciones... A ello telegrafió en respuesta que comparecería ... su sobrino, y Lieschen lo había citado directamente ante el consejero judicial... Primero ella le pronunció una excelente alocución sobre el modo de actuar de su tío, referente a la adhesión que expresaba, y a una explotación de la desgracia tal como la que, sin embargo, mantenía, y le indicó cómo era la legislación al respecto. Naturalmente que él había sido armado de oposición por el tío, pero tuvo que admitir todo poco a poco, y, así, la reclamación fue establecida por nuestra parte en 3.500 marcos, y, después de que *ese mismo* día volvió a viajar para ver al tío, regresó al otro día como un gusanito y sólo con una frase: "como ordene la señora". En una palabra, se han tachado los 1.500 marcos de Naumann y puestos 3.500 marcos en nuestras manos para legalizar posteriormente su modo injusto de actuar; también, ahora, se confirmarán notarialmente todos los contratos referentes a las nuevas ediciones. Lieschen ha convenido en arreglar todas las cosas con el sobrino en nombre de su tío, y no volver a ver al Sr. Naumann.»

Así, después de que se hubo discutido suficientemente, volvió a encontrarse el camino de la reconciliación: el 9 de febrero de 1892 se llegó a cerrar un contrato para una edición completa con Naumann como editor. Köselitz, que se había mantenido al margen de la disputa, pero que no dejaba de estar interesado en el resultado de la negociación, dado que se veía a sí mismo como editor literario, informa el 26 de febrero de 1892 a Overbeck: «El 4-6 de febrero estuve otra vez en Naumburg, y el 8 de febrero conferencié con Naumann, tras de lo cual, el 9, el sobrino de Naumann (que se hará cargo algún día del negocio) viajó inmediatamente a entrevistarse con la Sra. Förster y cerró un contrato editorial. De acuerdo a él Naumann se convierte en el editor general de Nietzs-

che: lo que aún tiene Fritzsch aparecerá en la segunda edición con Naumann. En esas segundas ediciones Naumann paga 50 marcos por pliego (el número de pliegos se establecerá siempre de acuerdo al número de pliegos de la primera edición). En la tercera edición y en las siguientes Naumann pagará 30 marcos por pliego. No creo que en este momento pudieran haberse esperado condiciones más favorables de ningún otro editor; fui yo quien persuadió de ello a la Sra. Förster. Es verdad que Fritzsch es un editor honorable, pero en su editorial siempre ocupará *Wagner* el primer puesto. Wagner y Nietzsche no se avienen muy bien en la editorial de un wagneriano; el último siempre será tratado allí en plan de hijastro. Durante mi estancia en Naumburg también Fritzsch estuvo allí algunas horas; después volví a visitarlo en Leipzig. Pero no me pareció encaprichado precisamente con Nietzsche. Se le había pedido que expusiera sus condiciones para el caso de una edición completa. En privado tenía un gran interés en conseguir todo Nietzsche; pero no dejaba entrever nada. Esto sólo apareció claramente después de que el contrato con Naumann había sido firmado el 9; parece que entonces telegrafió muy indignado a Naumburg.»

La madre no las tenía todas consigo en este asunto. *Ella* escribió el 31 de marzo a Overbeck: «Sorpréndase como yo lo hago por el asunto Naumann, así como el Sr. Köselitz por el contrato firmado, que parece ser tan ventajoso; para mí resultaba con demasiadas cláusulas y lo vi y lo escuché sólo cuando hube de firmarlo. Me pareció todo *demasiado* precipitado, cosa que motivó realmente la presencia del joven Naumann y también la persuasión del consejero de justicia; Lieschen tenía también sus reparos, pero fuimos tranquilizadas por la carta del Sr. Köselitz, quien lo considera *extraordinariamente* favorable. ¡Ah, y el asunto de Zaratustra!»

¡Sí, el *Zaratustra!* Ahora sí llegó a publicarse la parte IV en el marco de la edición completa. El primer *Zaratustra* completo, con todas las cuatro partes, apareció en el otoño de 1892 —con una amplia introducción de «Peter Gast»—, y sólo un año después de su reposición, en la pascua de 1892, fue distribuida la parte IV; pero, apenas se habían amansado las olas en torno a la conservación y provecho de la obra, un nuevo disgusto hubo de agobiar a la madre:

Elisabeth regresa al Paraguay

y vuelve a dejar a la madre completamente sola con su difícil tarea. ¿Se iba para siempre, o al menos para años? Esta era la inquietante cuestión para la que no existía aún ninguna respuesta concreta. Aunque Elisabeth, en cualquier caso, hablaba ya de un posible regreso rápido. *Ella* sabía demasiado bien en su interior que su posición allí no podía mantenerse con el tiempo. Por mucho que esta perspectiva satisfaciera a la madre

—puesto que no le gustaba tampoco que se alejara la hija—, también la preocupaba otra consideración de tipo enteramente distinto: el claro retroceso mental, así como la decadencia física de su pupilo, que se cumplía de acuerdo exactamente a la negra profecía de Binswanger: «Tales imágenes del futuro empeoramiento son el único motivo de alivio en la separación de mi Lieschen ... Una idea horrible, que a menudo apenas puedo soportar, y sin embargo, si el retroceso del espíritu de nuestro querido apareciera cada vez más, ya sé ahora por experiencia cómo sufre ella y cómo *sufriría*; ella no se hace cargo de esto, creo yo, piensa además que puede regresar pronto, y yo no le hago reparar en ello. Prefiero verla turbada *después*, durante algún tiempo, que sufriendo también por ello, cosa que resultaría excesiva para soportarse y que paralizaría la fuerza para la asistencia del enfermo; así lo siento. Su presencia aquí es para nosotros una gran alegría, y qué agobio no me producirá cuando en el futuro él pregunte, como hace ahora tan a menudo, "dónde está mi hermana", y hable de ella con tanto cariño» (a Overbeck, 1 de abril de 1892).

Elisabeth partió el 2 de junio de 1892 desde Hamburgo y llegó el 26 de junio a Montevideo. No mucho más de un año después emprende el definitivo regreso a casa, llegando a Naumburg a comienzos de septiembre de 1893. Por medio de la venta del «Försterhof» se había separado en toda forma de la colonia. En casa encuentra a su hermano en un estado esencialmente disminuido. La ruina se había precipitado rapidísimamente.

El temor de la madre de que Elisabeth no fuera capaz anímicamente de soportar las exigencias de los cuidados del enfermo, sin esperanza alguna, en definitiva, y que sólo podían significar una compañía en el terrible camino hacia el lúgubre final, felizmente no habría de confirmarse. Por mucho que se le haya reprochado más tarde —y con tanta razón— a Elisabeth como directora del Archivo, cuando se hizo cargo de *esta* tarea del cuidado físico del hermano, la llevó a cabo con la misma prudencia y constancia que la madre. El amor fraterno superó todos los reparos y diferencias, tal como varias veces había sucedido anteriormente por parte del hermano y en una forma que no es comprensible de otro modo. Su unión como seres humanos era extraordinariamente fuerte entre estas tres personas; se trató de un fundamento esencial sin el que la vida entera de Nietzsche —mental y física— no hubiera sido posible ni es comprensible.

Pero la madre se equivocó ahora también en creer que había conseguido ocultar a Elisabeth la desesperanza de la evolución posterior. Antes aún de la partida de Elisabeth, el 17 de mayo de 1892, Erwin Rohde pudo escribir a Overbeck[187]: «De modo casual plenamente topé con el *Zaratustra IV* de Nietzsche. ¡Ahora comprendo lo que vino después! Un libro extraño pero a menudo conmovedor, en el que oigo por todas partes el más profundo y peculiar sonido de un alma que camina precipi-

tándose al abismo. Cómo él se habitúa con tanta familiaridad, en toda forma, a un mundo así de ensueño; sólo puedo leerlo con una sacudida de tristeza. *Esa* experiencia de saber perdido en la locura y en la inaccesibilidad de su mundo loco, al *espíritu más profundo* y *más rico* con que uno se ha topado, es cosa que suena siempre, repetidamente, con un toque a muerto de campanas, productor de una indescriptible tristeza. Parece que ya se da por perdido definitivamente, también por parte de los suyos: en ese sentido me escribe Volkelt, después de ver en Jena a la hermana de Nietzsche (la cual, de acuerdo a la descripción de Volkelt —¡espero que no sea sólo una equivocación!—, parece que se ha elevado mucho intelectualmente).» Y ahora, el 3 de julio de 1892, finalmente, también la madre confiesa a Overbeck: «Desde que todo parece más bien indicar que la predicción del Prof. Binswanger se cumple y que el estado mental de nuestro querido paciente no avanza, sino que retrocede cada vez más, un informe me resulta cada vez un sacrificio, mientras que antes siempre le escribía a usted sobre ello con verdadero placer, siempre en la ilusión de que todo iba mucho mejor de lo que las descripciones anteriores en el hospital manifestaban, pero todo no ha sido más que imaginaciones, ya que una enfermedad así prosigue, aunque despacio, su camino aniquilador de la mente, lo que, naturalmente, el ojo avezado del médico reconoció con rapidez, cosa que he de admitir ahora, por desgracia. Su apecto externo es muy bueno, así como su estado físico, casi diría que puede llamársele normal, pero su querido y magnífico espíritu se empobrece cada día más, todo su ser, sin embargo tiene algo tan conmovedor.» Ella tiene que seguir poniéndole la mano sobre la frente y cuando le lee él aprieta la mano derecha de ella «sobre el pecho, durante horas, casi convulsivamente, y unó siente hasta qué punto esto le supone alegría y sosiego».

Pocos días después solamente, la madre describe a Overbeck *hasta qué punto* están mal las cosas: «Nuestro querido paciente estaba hoy muy contento cuando desayuné con él junto a su cama (puesto que tengo que alcanzarle todo, también a la hora de la comida la mayoría de las cosas, también lavarlo y desvestirlo y advertirle cada vez), ... mientras que ahora, por ejemplo, está sentado junto a mí, completamente tranquilo, reposadas las manos acá y aculla sobre los brazos de la poltrona y mirándolas alternativamente. Entretanto su rostro aparece como en sus días más saludables, de modo que su dolencia me resulta siempre y siempre un misterio... Hace aproximadamente un cuarto de año estuve con él en Jena, de visita a Binswanger. Este se alegró por su aspecto, pero por lo demás no hubo modo de sacar una palabra de Fritz. El Prof. Binswanger manifestó su alegría porque yo pudiera tenerlo conmigo, y ama y admira a Fritz en sus obras y lamenta "que las alas de águila del augusto espíritu de mi *gran* hijo se paralicen tan temprano", como escribió más tarde.»

Desde septiembre la madre tuvo que trasladar los paseos a las horas

del atardecer, «dado que él a partir del mediodía siempre está más o menos excitado, ... por lo que es bueno que nos proteja la oscuridad, aunque sólo sea por el caminar demasiado deprisa a mi brazo o porque se separa de repente de él o por las pequeñas luchas por impedir que caiga en la cuneta de la calzada, ya que lo que más le gusta es ir por el borde más extremo, y, sin embargo, considero el movimiento corporal como lo mejor, también para él, ya que en casa sólo hace que pasar de una silla o sofá a otra. Además lo bañamos ahora dos/tres veces por semanas *en caliente* [¡en la bañera!] y los días intermedios se le enjabona y enjuaga, después el desayuno en la cama y a continuación salimos.» En casa se sienta a la ventana y juega con «5 portamonedas, que contienen todo tipo de cosas, excepto monedas, y manifiesta su fascinación por las canciones guerreras de Hasekiel —quien nombra en sus versos a todos los generales de 1866— al hojear el librito..., después, a mediodía, come, le sabe todo muy bueno a esa hora, pero *nunca* pide él mismo *de por sí* alimentos... Ayer... dado que la buena de Alwine tenía su día libre, [y yo] no podía ir con él, se quedó en la cama hasta la una menos cuarto haciéndose el cansado. Tiene frases hechas que repite continuamente, así como por ejemplo ahora: "estoy muerto porque soy tonto", también lo dice al contrario, o... "yo no tiemblo a ningún caballo" en lugar de quiero, palabra que yo le repito cien veces en nuestros paseos, pero que, a pesar de ello, la usa pocas veces correctamente, así esta mañana... su primera frase fue: "yo no tiemblo a ningún caballo".» Si se piensa en el incidente de Turín con el caballo, en el orgullo con el que se llamaba a sí mismo «caballero artillero», entonces esta expresión adquiere una dimensión inquietante.

El 3 de octubre de 1892 rompe súbitamente a la madre el papel de carta que tenía preparado. El mismo día «la hija de nuestro primer predicador Wenkel estuvo en nuestra casa y le tocó algunas cosas, también de Wagner, pero él mostró poco interés, pero le gustó su visita, por lo que le he pedido que vuelva pronto, ya que a excepción de ella no ve a nadie extraño».

El 15 de octubre, para el cumpleaños de Nietzsche, Köselitz está en Naumburg. De paso recoge los manuscritos que Overbeck —de acuerdo a sus deseos— le había enviado allí y que habían llegado justamente el día antes. Curiosamente, en su carta del 29 de octubre a Overbeck, no dice aún palabra alguna sobre sus impresiones del paciente, al igual que el 5 de noviembre lo silencia la madre al escribir a Overbeck. Köselitz escribe ahora sólo una exposición —aunque importante y fundamental— de su trabajo en la nueva edición, y la madre informa sobre un cierto livonio de nombre Jürgenssohn, de Berlín, que le recomienda un método de curación natural, frente al que ella queda, sin embargo, recelosa. «Además nos pasamos una noche tras de otra casi sin dormir, porque él, si bien es verdad que permanece en su cama con toda satisfacción, habla,

sin embargo, en voz alta consigo mismo y con la mano derecha se refriega la parte izquierda del pecho. Esto último tengo ahora que intentar interrumpirlo siempre, permaneciendo a ratos largo tiempo junto a su cama, puesto que sucede sin control y se va acrecentando de tal modo que reposa en su cama como bañado, y en contra de ello no valen ni buenas ni serias palabras, se trata de una excitación nerviosa.» También Köselitz quedó profundamente impresionado por esta manía motora que renacía; así se lo expresa el 5 de enero de 1893 a Overbeck: «La última vez que estuve en Naumburg Nietzsche no me reconoció. Hablar con él era ya algo simplemente imposible... Angustioso era su modo enfático de leer o monologizar: tuve la impresión de que en ese estado podría algún día matar a golpes o estrangular a su madre. Pero hace dos, tres semanas ella me escribió que, entretanto, esta superexcitación había desaperecido *.»

También a Overbeck le informa el 8 de enero de modo parecido: «Describí al Prof. Binswanger su estado y él consideró que se trataba de una grave excitación cerebral y de un nuevo progreso de la enfermedad, y que debía llevarlo a Jena a la clínica privada, donde él lo tomaría en tratamiento. Sé lo que el bueno de Binswanger piensa sobre la enfermedad de mi hijo, y por eso no pude decidirme a alejarlo de mí. También él se dio cuenta de ello y, a través de una persona amiga, dejó que me llegara la indicación de lo que no se podía hacer en este estado sin temer... un derrame cerebral inmediato. En una palabra, fue una época horrible, pero poco a poco ha vuelto a desaperecer, por cuanto yo... le hacía sentar hasta cerca de las 12 [de medianoche] en su poltrona, que es donde primero se adormecía un poco y donde derivaba el restregar con la mano al brazo de la poltrona, de modo que no se excitaba, ni mucho menos, como en la cama. Pero esta época... le robó sus fuerzas, por cuanto ahora la parálisis cerebral parece extenderse a la columna vertebral, ya que está tan rígido que apenas podemos andar una hora al día todavía.»

En la primavera la madre hace algunos cambios en la casa. Se abre una puerta desde la habitación del paciente hasta el balcón y se agranda éste. Con ello se consigue mayor y más fácil posibilidad de movimiento, cosa que se hacía necesaria porque los paseos se volvían cada vez más problemáticos, hasta que tuvieron que ser interrumpidos completamente; primero a causa del anquilosamiento de la espalda, pero después, fundamentalmente, a causa de su comportamiento llamativo y ruidoso. Al principio la madre intentó, y con éxito, pocos pasos antes de un encuentro, recitarle una poesía, que él escuchaba, y con ello se desviaba su atención e interrumpía por un momento su charla motora. Pero cuando esto tampoco surtió ya efecto y él se le «inmiscuía en el verso con voz más

* Esta carta, citada según Bernouilli[50]II, p. 346, es significativo que haya desaparecido del legado de Overbeck[187].

alta», ella tuvo que dejarlo, cosa que le costó muchas lágrimas. Hubo de limitar las salidas al entorno más próximo a la casa y dejarlas para las horas del atardecer. En principio volvió a hacer que un cochero los llevara hasta el bosque, donde podía deambular con el paciente una hora o una hora y media, bajo la protección de la soledad. Respecto al traslado en coche fue una suerte que el cochero fuese medio sordo y que no se irritara por los gritos del pasajero. Rompía en tales gritos con una expresión del rostro alegre y serena, sin signo alguno de sentir dolor. En casa, Alwine, desde hacía 15 años la fiel muchacha de la Sra. Nietzsche, lo llevaba en silla de ruedas. En general, en los cuidados, que se hacían cada día más difíciles y exigían también cada vez mayor esfuerzo físico, Alwine era más que una mera ayuda preciosa: ¡ella soportó su buena parte!

Cuando Overbeck insinúa la posibilidad de su visita para el verano de 1893, la madre tiene que prepararlo para el hecho de que probablemente su hijo ya no lo reconozca. También a ella, en marzo de 1893, le hace repetidamente la extraña pregunta: «¿Te llamas Franziska quizá?». Repite también estereotípicamente frases aisladas como «más luz» o «sumariamente muerto». ¿Había captado algo parecido a esto en alguna ocasión, antes, a partir de alguna conversación sobre su estado mental, y ahora la memoria reproducía mecánicamente, sin conciencia, esa «captación»?

Mientras que el espíritu del autor se disolvía de este modo, la extensión e influjo de su obra crecía irresistiblemente, revitalizada ahora, además, por las nuevas ediciones asesoradas por Köselitz, hechas por Naumann, sobre la base asegurada, por fin, desde el punto de vista editorial, por el contrato del 9 de febrero de 1892, en el que había mediado Köselitz. Este, que había abandonado Venecia y se había retirado a su lugar de origen, Annaberg, no muy lejano a Naumburg y a Leipzig, trabajaba como un poseso con el sentimiento de haber sido llamado para esa nueva tarea, que cumplía haciendo prólogos introductorios, en los que intentaba fundar sus interpretaciones en las experiencias e impresiones personales de la época de su trabajo en común con Nietzsche.

En agosto o septiembre de 1892 escribió a la madre: «Para las nuevas ediciones de los demás escritos de su señor hijo me gustaría tener a mano los *ejemplares que él usó* de esos escritos. ¡El me escribió una vez, por ejemplo, que había transformado bastante el primer tomo de "Humano"! Me gustaría usar esas correcciones en una nueva edición. Pero, según creo, estos libros están también en Basilea, en casa del Prof. Overbeck. ¿Qué tal, estimada Sra. Nietzsche, si se hiciera enviar por Overbeck... la caja que, de todos modos, no puede quedarse allí eternamente? Así podría yo en octubre, cuando quizá me vuelva a tomar la libertad de visitarla, ojear esos libros.» Overbeck envió las cajas (eran cinco), bien empaquetadas, de modo que «llegaron aquí en un estado excelente, y ade-

más 24 horas antes de que el Sr. Köselitz llegara, como nuestro querido invitado de cumpleaños, y así hice llevar todo directamente a su alojamiento, de modo que pudiera disponer libremente de ello». ¡Y bien que lo hizo!

El 29 de octubre Köselitz se disculpa ante Overbeck, en el viejo tono, amistoso y adicto («Su discípulo eternamente agradecido»), por el largo silencio, lo que en este caso ha de significar: por el rodeo de la demanda a través de la madre. Pero luego le expone sus puntos de vista para su edición:

«Me honra y me alegra que haya leído el prólogo a la 2.ª edición de *Zaratustra*. Creo que este prólogo aclara los objetivos de Nietzsche a alguno que se aproxime a él y no consiga situarse en medio de ese laberinto de aforismos, etc. He acentuado sobre todo un aspecto de la doctrina de Nietzsche: que el hombre se incauta primero de *sí mismo*: la moral de señores, del mundo impulsivo del hombre aislado. El resto —convertirse en señor de los demás— se sigue ya por sí mismo. He hecho del "superhombre", por de pronto, una cualidad, un abstracto, a pesar de que sé que Nietzsche pensaba el asunto también de otro modo. Quiero dejar primero que pase un decenio y que los lectores de Nietzsche se acostumbren a esta interpretación, antes de hablar de los grandes preceptores que Nietzsche considera necesarios. No llamar a los escritos de Nietzsche la escuela suprema de nobleza por razón de que en ellos se trata algo demasiado de lo noble no puede ser un motivo, a mi parecer, para llamarlos así a pesar de todo. Nietzsche entendió el concepto "noble" de una manera nueva y no podía evitarse hablar sobre este asunto. Mis conocimientos no son muy amplios en esto: confieso, pues, que en ninguna parte he encontrado algo parecido a lo de Nietzsche en cuestiones de rango. Lo más próximo Platón; pero éste es ingenuo como psicólogo y un desatinado. El *Cortigiano* de Castiglione, por ej., es sólo un libro de los del tipo del "buen tono" como los que se encuentran en la biblioteca de los jóvenes que entran en sociedad. Castiglione escribe para aristócratas. Nietzsche, sin embargo, llega a la cuestión como *organizador del pueblo*, en una era democrática. Que Nietzsche haga sentir de vez en cuando al lector que él se siente a sí mismo como noble; ¿no comparte esto con todos aquellos que tuvieron derecho a "sentirse"?

»Incluso este giro tan grosero: "yo he dado a los alemanes los libros más profundos de todos los que tienen" es, muy al estilo de los grandes hombres, imprudente, una arrogante tontería —justamente noble, como son nobles los gigantes—; por lo demás, este giro nació de un tremendo dolor (quizá me sea permitido aquí sentir un poco con él); una persona, que da todo lo mejor suyo y que es tratada por las demás como si quisiera hacerles mal con ello, al final manifiesta con toda grosería por quién se tiene a sí misma, aunque nada más sea para liberarse, al fin, de todos los tibios e indecisos que la rodean. Por lo que respecta a su creencia de

verse preso de la locura, he vivido muchas cosas con Nietzsche, quizá peores que usted mismo, estimado Sr. Profesor. A veces era todo tan absurdo que uno pudiera haber perdido incluso la razón —entre un pueblo extraño—, en espacios horrendos, fríos, desamparados, se duplica la pesantez de la vivencia. Pero yo no apreció síntoma alguno de enajenación, más bien lo contrario. Es completamente natural que una persona desgarrada por el dolor se haga las suposiciones más aterradoras sobre el futuro de su dolencia; pero al superhombre no pueden servirle de pauta para el dictamen sobre la dolencia.

»Aunque me falta la tranquilidad para presentar estas cosas ordenadamente y con precisión. Me alegraría si mi prólogo a *Zaratustra* le estimulara a usted también a poner por escrito *su* impresión sobre Nietzsche; pues sólo por un mayor número de testimonios cercanos pueden los extraños hacerse una imagen correcta, aunque sólo sea a medias. Los amigos de una persona tan extraordinaria y curiosa como Nietzsche tienen incluso la *obligación* de conservar sus experiencias con él para los tiempos venideros. La postura de Nietzsche frente al mundo es la del artista: ¡el mundo como obra de arte nacida incesantemente de sí mismo! Qué le importa al artista en definitiva el inmoralismo, el amoralismo o cualquier otro moralismo: él mira hacia la belleza, salud, fuerza, felicidad, altura, él quiere "raza". Para mí este punto de vista resulta fascinante: por eso, en lo que esté en mi pequeñez, no intentaré aminorar la repercusión de Nietzsche en la historia.»

Con las alas que le dieron estas ideas, Köselitz sacó en 1892, además del *Zaratustra* completo, todas las cuatro *Consideraciones intempestivas* con sus trozos correspondientes del *Ecce homo*, y, en 1893, *Humano demasiado humano* completo (ambas partes), *Más allá del bien y del mal* y la *Genealogía de la moral*; todos provistos de introducciones.

En medio de esta actividad, sin embargo, estalló «un acontecimiento por el que yo mismo y todo el asunto Nietzsche hubimos de entrar en desasosiego:

»¡La Sra. Förster ha regresado de Paraguay!

»Pasaron entonces unos cuantos días malos en los que hubiera preferido colgar de la percha mi condición de editor», como Köselitz escribe a Overbeck el 19 de septiembre de 1893. No había de equivocarse, y él fue el primero que llegó a experimentar toda la dureza del nuevo régimen. Con ocasión de un encuentro en Leipzig, Elisabeth le recibe directamente con esta pregunta: «¿Quién es el que le ha constituido a usted en editor?»

El conflicto se agravó rápidamente y ya el 23 de octubre de 1893 Köselitz le entregó a ella todo el legado manuscrito de Nietzsche que él con-

servaba en Annaberg para trabajar con él o editarlo. «Me es difícil creer que exista otro para quien estos manuscritos sean legibles», escribe, con suaves tonos triunfantes, a Overbeck, y de ahí su confianza de que en Naumburg no puedan arreglárselas sin su cooperación editorial, parcial al menos. Pero Elisabeth, con sangre fría, se sobrepuso también a esta dificultad, con todos los riesgos para la edición de estas partes póstumas del legado. Köselitz quedó excluido por el momento de todo tipo de colaboración, hasta que, seis años más tarde, a comienzos de octubre de 1899, Elisabeth, sorprendentemente, lo llama al Archivo y él se deja introducir plenamente en los métodos y en las ideas de ella[121].

No es sólo que ahora ella lo haya excluido de todo tipo de colaboración, sino que, además, rechaza todo su trabajo anterior. Los tomos dirigidos por él fueron retirados de la venta y convertidos en papel, y se inició una nueva edición completa, para la que ella ganó al Dr. Fritz Kögel* como redactor responsable, quien tuvo primero que deshacer, en artículos de periódico, el trabajo de Köselitz, y suprimir sus prólogos, haciendo como que hubieran entrado «por error» en la edición. Köselitz expresa la suposición de que Elisabeth conoció al Dr. Kögel dos años antes (1891 en Berlín) por mediación de Cosima Wagner; éste era filólogo de origen, pero fundamentalmente un *manager* de éxito en la industria alemana del hierro (tubos de Mannesmann), por lo que cabía esperar de él una actividad editorial «expeditiva», cosa que se hacía necesaria también por consideraciones económicas. Se necesitaban ingresos de los libros, puesto que la modesta pensión de Basilea no había alcanzado más que para un modo de vida también modesto, como el que Nietzsche, anteriormente, y los últimos años, la madre, habían llevado. Ahora, sin embargo, se vivía a lo grande, én el estilo del «Fösterhof», contratándose también colaboradores. Ya a la madre, en los últimos tiempos, no le alcanzaba la subvención de Basilea: los cuidados del paciente, cada día más necesitado de ayuda, se hicieron más costosos; también los cambios llevados a cabo en la casa, necesarios por la atención del enfermo, habían costado dinero, y la madre perdió con ellos la posibilidad última de conseguir algo, al menos de *un* inquilino.

Elisabeth, por su parte, no traía nada. A pesar de la «venta» del Försterhof, su parte se diluyó completamente en el Paraguay.

Por eso se comprende la preocupación, el miedo incluso, con el que la madre se dirigía a Overbeck siempre que el dinero de Basilea tardaba aunque fuera pocos días. Overbeck se había encargado de esta transferencia todos los años, y había procurado que los subsidios, previstos en principio para seis años (a partir de 1879), se fueran prorrogando cada vez. En la primavera de 1890 (sesión del 20 de marzo) la comisión que

* Fritz Kögel, nacido el 2 de agosto de 1860 en Hasserode/Harz, doctor en filología por Jena, muerto el 20 de octubre de 1904 en Bad Kösen.

administraba el legado Heusler había concedido incluso, a instancias suyas, un crédito adicional previsor de 500 francos, por el que la madre dio las gracias a Overbeck el 7 de junio: «Y ahora, en referencia a la cuestión del dinero, he de preguntar con toda claridad ¿recibirá nuestro querido paciente ese suplemento, que se debe sólo a la bondad de usted, aunque yo por el momento no lo necesitara para él, y podría reservarse ese dinero, quizá por usted mismo... para gastos futuros? Si avanza mejoría tal como lo está haciendo, más tarde tendrá deseos, sobre todo si viene mi hija, de estar allá o aculla, y aquí tampoco podría alquilarse nada, entonces sí que se necesitará el dinero ¿pero los buenos basileos seguirán en ese momento tan inagotables en su amable estado de ánimo hacia mi hijo?» El suplemento, pues, no se usó por el momento y quedó durante los años siguientes en la cuenta del fondo como «haber en el saldo». Como consecuencia del arreglo de la tutela en Naumburg, las autoridades de allí reclamaron la transferencia de todos los efectos (libreta de ahorros, valores) pertenecientes al pupilo, que hasta ahora Overbeck había administrado con tanto esmero en Basilea. La madre confirma la recepción correcta el 29 de septiembre y el 5 de octubre de 1890. Ahora Overbeck sólo tenía que preocuparse de la «pensión» basilea y cuidar de la pronta transferencia cada cuarto o bien cada medio año. La madre lo agradece el 11 de diciembre de 1890: «Qué agradecida estoy siempre a los buenos basileos porque por su bondad estoy, al menos, asegurada frente a penurias existenciales. Puesto que arriba, como es natural, hay dos viviendas en uso nuestro, abajo una libre y otra que se quedará libre. Ahora puedo ocuparme tan poco por los huéspedes.» Pero volvió a tener suerte otra vez con sus alquileres y el 29 de junio de 1891 pudo responder a Overbeck, ante su comunicación de que el crédito extra también se volvía a conceder para el año 1891: «Siempre y siempre tiene usted trabajo y molestias con nosotros, pero estoy segura, dado su buen corazón, que se sacrifica usted con gusto por nuestro querido paciente. También en los basileos pienso siempre con verdadero agradecimiento, en que no sea necesaria preocupación alguna por ese lado, por cuanto, además, tengo ahora ocupadas también las dos viviendas de abajo.» Pero en el otoño las cosas vuelven a aparecer de otro modo. Es evidente que no contaba con inquilinos permanentes y seguros, sino con colaboradores (¿pasantes?) del tribunal territorial, que cambiaban rápidamente. El 5 de octubre de 1891 anuncia a Overbeck: «Ahora no puedo ocuparme tanto, en absoluto, del alquiler de la vivienda en mi casa, y dado que los caballeros del juzgado sólo tienen que trabajar medio año en el de aquí, se sigue, naturalmente, un cambio eterno, de modo que en este momento sólo tengo a mi inquilino de hace seis años. A ello hay que añadir en este año algo que ya hacía mucho tiempo que estaba pendiente y que, por fin, llegó también a mi rincón hace cuatro semanas: la conducción de agua y la canalización y una limpieza, urgentemente necesaria, del frente exterior

de la casa.» Ella sabe también que estos subsidios no han sido acordados para toda la vida y que tampoco se fundan en una reivindicación legal. Por eso cae inmediatamente en el pánico cuando el envío de dinero se retrasa incluso unos pocos días, como el 3 de julio de 1892: «Propiamente no tenía por qué escribir hoy todavía, tercero de mes... pero no me lo tome a mal... Estoy tan mal acostumbrada hasta ahora por su amable y rápido envío de la pensión, que no sé cómo he de interpretarlo, y dado que la concesión de la misma no depende más que de la bondad de los buenos basileos, me asaltan los peores pensamientos... Ante una eventual no concesión me restaría un futuro de preocupaciones infinitas y difícilmente soportables, puesto que lo más que pondría a mi disposición, como el juzgado tutor, serían los intereses de su pequeño capital, ya que protegen con escrupuloso cuidado los bienes de un enfermo así. Yo misma lo hago con más escrúpulo todavía, si es posible, pero —dado que hubo este año tantos gastos imprevistos, y que durante año y medio sólo tuve un inquilino en casa, y ahora incluso no hay todavía perspectiva alguna (de nuevo), y que hubo que remodelar dos viviendas he cubierto los gastos con algunos cientos de marcos de sus ingresos por los libros, a pesar de todos mis reparos. Pero a partir de ahora tengo que notificar esos ingresos, que consistieron en un par de miles de marcos (de la editorial Naumann) ..., y de ese modo, en el futuro se me medirá todo hasta el mínimo, y sin embargo, uno ni puede ni quiere privar de nada a nuestro querido enfermo, ... su existencia es de por sí extremadamente humilde.» El 8 de enero de 1893 le manifiesta a Overbeck cuál es el estado real de las cosas: «No me atrevo a describir exactamente lo esperado que llegó el envío de dinero esta vez también, pero volveré sobre ello cuando mañana, por mediación del cuñado de la Sra. Pinder, el Sr. Wilde, consejero de justicia, que lleva el asunto con Naumann, pueda comunicarle a usted algo más concreto respecto a lo que desea saber», y el día siguiente continúa: «hoy... me acaba de traer la pequeña Sophie Pinder, de parte de su tío, la nota que adjunto... Con respecto a la "mitad gastada", en 1891, que no alcanzaron los ingresos, tomé 500 marcos de ella. El resto se necesitó para viajes de mi hija hechos con el fin de encontrar un editor apropiado, mantener entrevistas, obtener presupuestos de otros impresores y confrontarlos con las desvergonzadas pretensiones de Naumann, además para regalar al Prof. Binswanger, que no aceptó nada en absoluto por el tratamiento de mi hijo, todas las obras de mi hijo y hacerlas encuadernar en lujo, y todos los gastos que hubo aún para conseguir algo, sobre todo, de Naumann... Y lo que sobró de ello lo tomó mi hija para el viaje... Pero, dado que, según parece, no encuentro a nadie para el parterre, puesto que el último caballero ya se ha marchado también para una representación de un año, y que molesta además la presencia de mi querido enfermo en la casa, las cosas están muy apretadas, y yo no quiero, sin embargo, privar a mi querido hijo de nada que sea

necesario para su cuidado, fortalecimiento, alivio, para ir y venir a los baños, etc. Y, después de todo, yo y mi extraordinaria muchacha todavía nos las valemos ahora para levantarlo, ... el buen Dios seguramente impedirá que el hijo querido se vuelva aún más difícil de manejar y necesitemos un celador para él. Le estaría indeciblemente agradecida, mi buen Sr. Profesor, si quisiera intervenir en su favor de modo que se le vuelva a conceder la pensión.»

1894 era un plazo, en turno de tres años, en la concesión de la prórroga. Y Overbeck intervino. Su influjo y consideración entre los colegas competentes tenía suficiente peso para hacerlo.

Entretanto también los ingresos provenientes del contrato editorial habían sido puestos a rédito, cosa que ayudaría algo. De todos modos, el 29 de marzo de 1894, la madre puede comunicar a Overbeck: «Mis más cordiales gracias por las muchas... molestias que ello le ha causado. El 1 de abril y el 1 de octubre, cuando llega también mi pensión de 170 marcos cada medio año, llego a creerme casi un Creso, pero sé también que esa abundancia ha de alcanzar para medio año, junto a los réditos del buen Fritz, que desde el 1 de octubre me han sido conferidos. ¡Pero cuánto hay que pagar también en intereses, etc. en estas fechas! Podemos estar contentos de tener casa propia, puesto que quién nos tomaría ahora como inquilinos, y, en caso en hacerlo, quién nos soportaría como tales.»

Esta fue, pues, la base económica sobre la que pudo fundarse el hogar de las tres mujeres (la madre, Elisabeth, Alwine) con su paciente: la casa de la madre en la que «Fritz» había invertido dinero suyo poco antes de su desmoronamiento, su pensión basilea de 1.600 marcos al año, y los ingresos por sus libros, es decir, los intereses de estos ingresos colocados a cuenta de ahorro. ¡El enfermo Nietzsche mantenía económicamente una familia!

Pero a largo plazo esta base era excesivamente débil, y, en relación a la pensión basilea, excesivamente insegura. De esto se dio cuenta Elisabeth perfectamente y pronto. Y vio la solución en la

Fundación y puesta en marcha de un Archivo-Nietzsche

Ni la madre, ni tampoco Rohde, ni mucho menos Overbeck, pudieron entusiarmarse por el paso dado, y tenían, además, buenos motivos para sus reparos. Pero éstos pertenecían más al ámbito de lo ético que a la dura realidad de la existencia económica. Y a ese nivel el futuro dio la razón a Elisabeth. Sin duda que el *modo* de dirigir el archivo, de cumplir su tarea, de considerarse a sí misma en ella, son puntos que ofrecen a la crítica flancos abiertos de ataque. Y los ataques se dieron, y ella respondió con una brutalidad indigna de un centro dedicado a Nietzsche. Ella fracasó justamente allí donde Overbeck, sobre todo, había temido: a ella le faltó dignidad y estilo, y ello generó desavenencias con él. ¡Pero

esto pertenece a una «Historia del Archivo-Nietzsche», que no es el caso aquí *!

Organizativamente Elisabeth partió de la siguiente correcta consideración: si había que fundar alguna vez un Archivo-Nietzsche (cosa en la que divergían las opiniones), entonces no había tiempo que perder. Había que aprovechar el interés que por Nietzsche se manifestaba desde numerosos lados, había que dar satisfacción a los muchos que pedían informes. Por otra parte era necesario buscar un amplio apoyo para la institución, y para ello se contaba, como base, con la participación continuada de los amigos en la suerte del paciente. Elisabeth se preocupó inmediatamente de reactivar viejas amistades, incluso así, por ejemplo, la de la acaudalada Meta v. Salis, a la que ya el 18 de noviembre de 1893 expone sus planes para un Archivo-Nietzsche, y que en los próximos años se había de convertir en uno de los valedores esenciales de la institución «Archivo-Nietzsche». El que Elisabeth, por lo demás, tomara como modelo para su idea el «Archivo-Goethe» de entonces en Weimar, es cosa que se mostró ya desde muy pronto, tanto en la propia elección de sus colaboradores, como por el hecho de no construir un archivo «abierto» que estuviera a disposición de los investigadores interesados (como hoy, por ejemplo, las colecciones de manuscritos de las grandes bibliotecas o del «Archivo-Goethe y Schiller» de Weimar). Los archivos de hoy persiguen el objetivo de reunir, en lo posible, minucioso material de fuentes para tenerlo a disposición de la ciencia concentradamente —y por ello cómodamente. Los archivos de entonces, primero el Archivo-Goethe, y, más aún, el Archivo-Nietzsche hasta después de la muerte de la Sra. Förster (8 de noviembre de 1935), recogían materiales para substraer las fuentes a la propiedad privada y, con ello, a eventuales publicaciones libres, y conseguirse así el monopolio de su evaluación, cosa que promovía la tentación de abuso, en la que Elisabeth cayó.

La desgracia económica de la madre de tener desalquiladas las habitaciones del parterre, coadyuva a los planes de Elisabeth. *Aquí* es donde monta su primera «habitación-archivo», a la que lleva a la madre por primera vez el 24 de diciembre de 1893, después de la celebración navideña. Sería la última vez que la madre celebraría una fiesta de Navidad tan satisfactoria y reconfortante, sobre la que informa a Overbeck el 29 de diciembre: «Pero Lieschen... [tras una gripe] estaba tan recuperada la Noche Buena que montamos un árbol y, además, de acuerdo a los deseos de mi hijo cuando le pregunté si uno pequeño o uno grande: "naturalmente uno muy grande". Además le habíamos regalado un pequeño symphonium**, de tonos argentinos, al que hicimos que tocara la marcha nupcial

* Para ello la *Crónica-Nietzsche*[229] de Karl Schlechta, en su brevedad casi de diccionario.

** Más tarde llamado también «popiuphon». Inventado en el último cuarto del siglo XIX por los hermanos Lochman / Leipzig-Gohlis. Un instrumento muscial mecánico del

de *Lohengrin* cuando entramos en la habitación con el árbol reluciente... El se sentó en un sillón ante el árbol de Navidad, no lejos de él, y nosotros aquí y allá, su rostro resplandecía, miraba hacia el pianino a ver si venían de allí los sonidos y, sin excitación de ningún tipo, repitió varias veces estas palabras: "esto es lo más hermoso de toda la casa". Naturalmente también nosotras resplandecíamos por este efecto inesperado sobre "nuestro corazón de ángel", como lo llama siempre Lieschen... Nosotras dos no nos regalamos nada sino que ahorramos todo para la "habitación archivo".» Y puede añadir, con respecto al paciente: «En general, el estado actual de nuestro querido enfermo puede decirse que es satisfactorio, está más tranquilo, la mayoría de las veces duerme toda la noche, ríe también de vez en cuando y con qué fuerza, tiene buen apetito y asimila bien... Los días soleados le bajo y subo en silla de ruedas a nuestro bonito balcón..., y, por lo demás, vamos en coche dos/tres veces por semana a los baños, hacemos que se nos vuelva a recoger, que es lo que mejor le sienta; los paseos, sin embargo, siguen interrumpidos», y así continuarían a excepción de algunos pocos intentos, tal como narra la madre tres meses después (el 29 de marzo de 1894): «Lo más provocativo son los gritos —y con *qué* voz, aunque la mayoría de las veces con el rostro más apacible—, sobre todo también el procurar que nadie le oiga, y mientras más trato de persuadirle más lo hace, de modo que lo mejor es que me quede yo sola con él en el cuarto de enfermo... También he continuado con el baño, sólo falla el paseo, para el que hago siempre tímidos intentos ante nuestra soleada casa y hasta detrás del muro, donde también hay un sol exquisito, y así vamos tirando, aunque, en cuanto torcemos la esquina, pregunta: "dónde está nuestra casa" y es feliz cuando volvemos a estar ante ella... Pero eso sólo puede hacerse pocas veces y nada más en días de completa tranquilidad, asimismo resulta ya imposible dejarle andar en silla de ruedas... En el balcón abierto y soleado... [ello] da buen resultado algunos días durante un cuarto de hora. Pero hoy, tras algunos avisos por causa de los gritos, durante los cuales se muestra completamente satisfecho y nada extraño, tuve que ponerlo a buen recaudo en el interior del balcón en su tumbona... Fue también una buena idea de mi hija el hacer abajo de dos habitaciones una grande, donde recibimos ahora todas las visitas, puesto que allí no se oye nada en absoluto a nuestro querido... Con ello y con su instalación, mi hija, el día

género de las cajas de música. Impulsado por un motor de resortes, giraba un disco de metal con agujeros (una chapa de hierro perforada) de cerca de 30 cm de diámetro, que hacía sonar un peine de acero (también un juego de campanas). Los disco eran cambiables. Tales aparatos, precursores de nuestros todavdiscos también en su aspecto exterior, siguieron construyéndose todavía hasta 1905[273].

Escritos (entre otros): *Vox humana* (1891, anónimo); *Hospitalidades* (1894); *Poemas* (1898); *El Arca de Noé* (libro infantil, 1902).

de mi cumpleaños, si no me sorprendió, sí por lo menos hizo que lo viera por primera vez terminado», puesto que estaba enferma, con gripe, y ese día fue el primero que pudo volver a bajar la escalera. Pero «a pesar de su tremenda debilidad» no se acostó, con el fin de ayudar en los cuidados del hijo. Durante dieciséis noches no pudo pegar ojo. «Cómo van las cosas, por lo demás, con la edición de la obra... lo habrá sabido usted por el Sr. Köselitz y el Prof. Rohde, que fue tan amable de venir para asesorar; a mí permítame guardar silencio.»

Es verdad que la madre, por el momento, sólo se enteraba «marginalmente» de los asuntos en torno a la edición completa, pero incluso así tuvieron que suponer para ella una fuente adicional de preocupación. Apreciaba a Köselitz, tenía en él una confianza rayana en la que depositaba en Overbeck. Por eso tuvo que causarle dolor el que ahora la hija lo «eliminara» tan de repente y de ese modo tan brutal. El enfriamiento, a la vez, de las relaciones con Overbeck a causa de Elisabeth significaba para ella la pérdida del apoyo más preciado; se la aisló. Un año más tarde todavía, el 28 de marzo de 1895, ruega encarecidamente a Overbeck que venga de visita con su «querida esposa». Hay sitio en la casa, puesto que Elisabeth ya se ha mudado con su archivo de las habitaciones del parterre acondicionadas al principio a otro inmueble: «Tampoco necesita ver, si no quiere, a mi hija, cuya desavenencia con usted, así como con el bueno de Köselitz, lamento *profundamente*. Si es tan amable salude usted lo más cordialmente a este último (cuyo partido he tomado siempre con toda decisión). Quién sabe si ustedes dos, los mejores amigos de mi hijo, no tendrán que salir fiadores también de su madre, [quien] sola y única ha dirigido su educación, dado que cuando perdieron a su padre él no tenía aún 5 años y Lieschen tenía 3.» Se siente también apartada en cierto modo de su hijo, al menos de su obra, a la que miraba con cierto orgullo, a pesar de todos sus reparos, y relegada únicamente a la función de enfermera.

La disposición de esta primera «Obra completa» muestra, por otra parte, una curiosidad, incomprensible también para la madre: ¡comienza con el «tomo II»!

Naumann había pensado como tomo I una biografía, que esperaba de Köselitz. En el fondo no era tan desacertada la idea de Naumann de comenzar con una biografía la introducción en Nietzsche. Aunque no fue su propia perspicacia para las subjetividades inusuales, para la dependencia biográfica de la obra de Nietzsche, la que inspiró tal idea sino el que ello habría de librarle a él de la correspondencia que tenía que mantener en respuesta a innumerables demandas de este tipo.

Köselitz aceptó en principio el plan e intentó recoger en los círculos de amistades informaciones que pudieran apoyar o completar sus propias experiencias. Así Carl v. Gersdorff, el 15 de agosto de 1893, anuncia a Overbeck: «Ayer recibí una agradable señal de vida de Köselitz... que

ha reaccionado ante el estímulo de Naumann de escribir una biografía de nuestro incomparable amigo, y que quiere contar con el fuerte apoyo de todos los que han tenido relación con él. Con gusto voy a refrescar y redactar por escrito mis recuerdos, y los pondré a disposición de Köselitz, ya que sé que es discreto. No puedo dudar de su capacidad para esta tarea grande, seria, honrosa. Sus dotes filosóficas y musicales, su seriedad y entusiasmo por el asunto, hacen esperar algo bueno. ¿Sabe usted que en el último año librero se han vendido 1.000 ejemplares del *Zaratustra*? ¿Que en Francia, sobre todo, se encuentran muchos lectores? En cualquier caso, mejores que en Alemania.»

Pero pronto supera Köselitz esa seducción —o se arredra ante la magnitud del trabajo—, y el 19 de noviembre de 1893 hace esta observación a Overbeck: «Nunca he pensado seriamente en escribir la biografía que Naumann anuncia para el tomo I.» Tampoco era ya necesario puesto que Elisabeth ya estaba trabajando en ello. Fueron diferentes los motivos que la impulsaron. Entre ellos, seguramente, no tuvo la más mínima importancia el de la demanda de información, que era el fundamental para Neumann. Era más importante anticiparse a Köselitz o incluso a otro cualquiera, y entre estos «otros» temía a su enemigo jurado y mortal núm. uno: Lou Salomé, ahora Sra. Andreas-Salomé, que desde 1891 había publicado artículos sobre Nietzsche (de los que en 1894 surgió su libro *Friedrich Nietzsche en sus obras*) en diferentes revistas berlinesas, en los cuales se las daba, como antigua amiga, de especialmente introducida y enterada. En cualquier caso, otro viejo amigo de Nietzsche, Heinrich Rohmundt, está firmemente convencido, y lo confirma con citas en sus cartas a Overbeck, de que la biografía de Elisabeth Förster es en primera línea un enfrentamiento polémico a Lou Andreas-Salomé. El toma partido pública y claramente por Lou Andreas-Salomé, y con ello se atrae la cólera irreparable del ama del Archivo, con todas sus consecuencias. ¡Le llega a amenazar, incluso, si no se comporta dócil y callado, con aniquilarlo completamente como científico publicista! Y así lo «trató» en correspondencia en su biografía: silenciándolo. Overbeck, que se había visto mezclado indirectamente en la polémica, por los contactos epistolares, recibió la misma «consideración», nombrándolo lo menos posible, ¡dándole como justificación «delicada» que, como teólogo, le podría resultar más bien incómodo que se hiciera demasiado pública su amistad con el anticristo Nietzsche!

Tampoco Overbeck rechazaba sin más las interpretaciones de Lou Andreas-Salomé; pensaba que, a pesar de todos los fallos, seguía siendo lo mejor que por el momento se había escrito sobre la filosofía de Nietzsche. Le achacaba, ciertamente, el modo de exhibir su «amistad». El conocía demasiado las intimidades y sabría de la corta duración de ellas: apenas siete meses; por todo ello ese contacto no le podía parecer suficiente como para una acreditación tan pretenciosa. Köselitz se mostró

mucho más crítico, así por ejemplo cuando el 29 de septiembre de 1893 escribe a Overbeck: «Lou... es ciertamente la ensayista más sagaz sobre Nietzsche, y mi desconsideración puede que resulte bárbara: pero nada me horripila más que un Nietzsche tal como *ella* lo describe, como un débil y un neurópata al estilo de Gabriel Marisch, parecido a Chopin, quien probablemente vive en nuestra memoria plenamente falsificado por las descripciones de Sand y Liszt... Ahora recuerdo que un cierto Pole... ha escrito un libro *Friedrich Nietzsche y Frédéric Chopin*... Este Pole considera a Nietzsche como una especie del Chopin de los nocturnos, pero en materia intelectual y lingüística —y en este error Lou tiene parte de "culpa" seguramente.»

Sea cual sea el impulso del que surgió esta biografía, el caso es que adquirió unas dimensiones que superaban ampliamente el primer tomo de la edición completa que estaba reservado para ella. Ya en abril de 1895 apareció el tomo I como publicación independiente, al que sucedió a finales de diciembre del año siguiente una primera parte del segundo tomo. Hubo pues que conseguir un texto para el primer tomo de la edición completa, y a ello dedicó Elisabeth las *Philologica*, las publicaciones especializadas del estudiante y del joven catedrático de filología clásica, o sea, los trabajos sobre Diógenes Laercio, Hesíodo y Homero. Para ello se dirigió al viejo amigo y reconocido especialista Erwin Rohde.

Pero tampoco este paso dado resultó inofensivo. Rohde acababa de terminar su gran obra capital *Psyche*, en la que había trabajado muchos años y consumido sus fuerzas hasta el agotamiento. Si algunas le quedaban se las llevó la desesperanza sobre la situación de las universidades alemanas en el ámbito de las ciencias del espíritu. Así, con 48 años era ya un hombre viejo, roto, debilitado por una dolencia de corazón latente, a la que sucumbiría pocos años después (el 11 de enero de 1898). Hay que pensar siempre en esto cuando se pretende juzgar el comportamiento de Rohde en estos años, no siempre fácilmente comprensible.

Con Nietzsche se había llegado a la ruptura porque Rohde ya no participaba de su camino filosófico, sino que lo criticaba enérgicamente. Había quedado un recuerdo de juventud entusiasta y romántico, del tiempo de los años de estudio en común, durante los que se encontraban bajo el cetro de Schopenhauer y Wagner, quienes seguían siendo todavía para Rohde las estrellas iluminadoras. De este acopio de recuerdos se alimentó ahora la memoria, la entrega, la compasión con el amigo de entonces y la admiración por la persona de Nietzsche tal como había sido algún día. Pero todo esto no servía de base para tomar decisiones acertadas en las cuestiones de la edición de la obra y del legado correspondiente (a partir de *Zaratustra*). A Elisabeth sólo le importaba realmente las *Philologica* en este caso. Y ahí Rohde volvía a ser demasiado «especialista» para no darse cuenta de sus debilidades, de sus defectos técnicos —¡cosa que ya tenía clara el propio Nietzsche tiempo atrás! Esos trabajos suyos

le desagradaron ya inmediatamente después de su publicación, encontrando «en ellos muchas cosas francamente falsas». Las *Philologica* de Nietzsche carecen de importancia para la filología, eso podía reconocerlo el filólogo Rohde, pero son reveladoras para el conocimiento de Nietzsche (¡los estudios sobre Demócrito!), cosa para la que Rohde ya no poseía sensibilidad alguna. Por contra, sí la tuvo, y tanto más, para los ideales de la Sra. Förster. El 14 de marzo de 1893 pudo escribir a Overbeck: «Ayer leí en la Deutsche Rundschau una serie de chismes burdos sobre Nietzsche, escritos por un profesor de Berna y judío berlinés llamado Stein. ¡Vergonzoso!... Ha escrito un libro estúpido y osado sobre psicología estoica... Uno de esos metomentodos, uno de ese tipo entrometido y husmeante, impertinente siempre y por todas partes, de judíos, bastos del todo, dedicados a la literatura. (Existe también una especie más soportable.) ¡Y tal gente cae ahora sobre Nietzsche! Por lo demás, parece que hay toda una literatura sobre Nietzsche debida a verdes jovencitos: yo tampoco la conozco. Pero estos groseros universitarios a la Stein, ni siquiera verdes, son más detestables, en cualquier caso.»

Ambos, la Sra. Förster y Erwin Rohde no habían comprendido jamás que Friedrich Nietzsche suponía un acontecimiento en la historia cultural *europea*, que su filosofía, que parte de la antigüedad, especialmente de los presocráticos, es una parte integrante de la filosofía occidental en general. *Ellos* lo situaron en la estrecha vía de un «despertar» alemán y pusieron con ello la base para la errónea interpretación y para la funesta evolución que experimentaría su estudio.

A deseos de la Sra. Förster, en la Pascua (abril) de 1894, Rohde estuvo en Naumburg con el fin de discutir la disposición de la (¡nueva!) edición completa, para la que el 24 de abril de 1894 se cierra un nuevo contrato editorial con Naumann, por el que la Sra. Förster queda tremendamente fortalecida y «legitimada». Sólo meses más tarde, el 27 de diciembre de 1894, Rohde informa a Overbeck sobre esta visita: «Vi al infeliz mismo: está completamente embotado, aparte de la madre y de la hermana ya no reconoce a nadie, apenas *dice* una frase una vez al mes, físicamente estaba también completamente arrugado, debilitado y empequeñecido, con color saludable en el rostro por lo demás, en una palabra ¡un espectáculo como para llorar! Pero es evidente que no siente ya nada... de un modo horrible está "más allá" de todo ἐπέκεινα. Su hermana ha tomado en sus propias manos, y con loable energía, la edición de sus escritos... El admirable Köselitz los había desvirtuado plenamente, había corregido el *estilo* de Nietzsche —¡*demasiado* necio!— y añadido desacertadas introducciones. *Había* que poner fin a ello, y los nuevos editores llevan las cosas magníficamente, a mi parecer. Yo mismo hice que me enviaran masas infinitas de cuadernos filológicos, que he revisado, pero sin encontrar —desde amplios y varios presupuestos— nada apto para la publicación. No sé si las *Philologica*... aparecerán en la edición com-

pleta; yo *no* lo he aconsejado. En cualquier caso, incluyen demasiadas cosas: casi todo el medio estúpido *Ecce homo*, incluso. A propósito, la Sra. Förster estaba muy afligida por el modo brusco, casi enemistoso, con el que usted se dirigió a ella con ocasión de la nueva edición: a la base tiene que haber un malentendido por parte de usted, puesto que realmente, yo lo he visto desde cerca, la buena señora sólo tiene en su ánimo las mejores y más laudables disposiciones e intenciones con respecto a usted.»

Overbeck era y siguió siendo muy escéptico respecto a las habilidades editoriales, tan resaltadas por Rohde, de la Sra. Förster, sobre todo porque desconfiaba mucho de su capacidad de tacto. Más tarde Rudolf Steiner[239] manifiesta reparos de otro tipo técnico muy diferente: «Que la Sra. Förster-Nietzsche es una completa lega en todo lo que se refiere a la doctrina de su hermano. No tiene un juicio propio ni sobre el aspecto más simple de esa doctrina... A la Sra. Elisabeth Förster-Nietzsche le falta toda sensibilidad para distinciones lógicas finas, e incluso para otras más toscas; a su pensamiento no lo anima la más mínima consecuencia lógica; se le escapa todo sentido de objetividad y atenencia al asunto. Un acontecimiento que suceda hoy, mañana ha tomado para ella una forma que no necesita tener semejanza alguna con la real, sino que ha sido elaborada tal como ella la necesita para lo que quiere conseguir. Pero recalco expresamente que nunca he sospechado de la Sra. Förster-Nietzsche que haya trastocado *a propósito* los hechos, o que haya levantado *conscientemente* afirmaciones falsas. No, ella *cree* en cada instante lo que dice. Hoy se convence a sí misma de que ayer era rojo lo que, con toda seguridad, tenía color azul.» Y Steiner tenía que saberlo, puesto que a nadie como a él le era posible medir la capacidad filosófica de la Sra. Förster, ya que ella, en el otoño de 1896, lo había contratado como profesor particular suyo y preceptor personal de filosofía. El malicioso comentario de Köselitz a Overbeck el 7 de octubre de 1897: «Al parecer, la Sra. Förster sólo soporta en torno suyo a hombres jóvenes, es decir, a gente en torno a la que flota una vaga posibilidad de liaison con ella. Ahora la ha embelesado el Dr. Steiner», podría revelar la rabia que le daba a Köselitz su exclusión, más que ofrecer una caracterización acertada de la selección de los editores. De todos modos, todos ellos estaban en torno a la treintena. El deseo de la madre del 31 de diciembre de 1894 viene de otro mundo completamente diferente; se equivoca en el fondo, pero humanamente resulta simpático: «Creo que en el tomo octavo podría dejarse fuera el horrible *Anticristo* y varios poemas, ello me *preocupa amargamente:* él ha dicho ya en sus obras más que suficiente al respecto, y ahora comprendo doblemente sus palabras: "No lo leas madrecita, está escrito desde otro punto de vista completamente diferente." En general me parece que la filosofía no es para las mujeres, nosotras perdemos el suelo bajo nuestros pies.»

En general le resulta extraña la filosofía, y en particular le resulta ex-

traña la filosofía de su hijo, pero no se permite juicio alguno, sólo expone un deseo. Extraña le resulta también toda la actividad en torno al «Archivo», lo único que ve con preocupación es

el lento hundimiento del hijo querido en la apatía total.

Y sobre todo ello informa a Overbeck, como única persona en la que tiene absoluta confianza: «Que, dado que era tan ruidoso también durante el baño, tuvimos que recurrir a los baños en casa. Es realmente algo incómodo, puesto que, por sus gritos, sólo podemos usar para ello su dormitorio, que está muy bien atrincherado, y, así, son siempre 20 los calderos que hay que traer hasta la bañera, y luego volver a sacarlos... Lo baño cada dos días, ello, unido al masaje del día intermedio, parece tranquilizarlo algo» (3 de julio de 1894).

«Así, mi querido hijo está sentado junto a mí y frente a nosotros un pintor de Berlín *, quien ha de dejarnos plasmada en óleo su querida figura... He de confesar que resulta muy fatigoso ya que Fritz se está poco quieto; ¡ojalá salga bien!» Pero el retrato no fue hecho para conservarnos su recuerdo físico, sino para peregrinar por las exposiciones dentro del montaje-Nietzsche que se hizo la hermana. «Lo último es que mi hija ha fundado con el archivo... un hogar propio no lejos de nosotros... Aunque no estuve en absoluto de acuerdo con esta separación, ahora he de confesar que es lo correcto, ya que no pueden compaginarse bien sus cuidados físicos y sus bienes espirituales. A causa de estos últimos los caballeros estaban el día entero en casa, además del otro mucho movimiento, y yo, así, todo el día a la desbandada cerrando puertas a causa de los gritos, pero el aire le es absolutamente imprescindible a nuestro querido enfermo... Ahora, desde el primero de octubre, el segundo director del Archivo-Goethe, el Sr. v. d. Hellen, se ha trasladado de Weimar a aquí a Naumburg, con mujer y dos hijitos, como colaborador, en lugar del Sr. Dr. Zerbst, quien no valía para ello, de modo que el movimiento se ha hecho enormemente vivo en casa de mi hija; ambos son, lo mismo que el Sr. Kögel, muy musicales, y ahora, por ejemplo van a tener lugar semanalmente veladas musicales y se hará una selección para la imprenta de las cosas musicales de nuestro querido. Todo esto no resulta apropiado para una casa en la que se encuentra un enfermo así, y, para ser sincera, tampoco mi energía llega más allá de las 10 cuando máximo» (11 de octubre de 1894).

El Dr. Max Zerbst (nacido el 1 de septiembre de 1863 en Jena) había

* Curt Stöving (6 de marzo de 1863-diciembre de 1939); arquitecto y artista, prontamente reconocido y distinguido con premios. Además de los retratos, hizo un busto de bronce y placas de bronce de Nietzsche.

sido colaborador desde abril, como ayudante de Kögel. El 1 de septiembre, con la mudanza de la casa de la madre a habitaciones propias, más amplias (Grodlitzerstrasse 7), Zerbst fue sustituido por el colaborador más «vehemente» hasta entonces del Archivo-Goethe de Weimar *. ¡Eduard v. d. Hellen (1863-1927) había publicado dieciséis tomos de cartas de Goethe en el plazo de ocho años! Si se quería ganar la carrera editorial al modelo de Weimar, al menos en lo que respecta a la cantidad, era plenamente realista traerse de allí los colaboradores oportunos. Pero esto realmente no se adecuaba a la casa de la madre; en eso tenía *ella* razón —y Elisabeth con su mudanza.

Al final de su carta anuncia todavía la madre: «Mañana el Sr. Prof. Deussen de Berlín quiere venir para algunos días y se alojará en mi casa, al menos durante las noches, puesto que los días los pasará más bien con los caballeros [del archivo].» La ocasión era el 50 cumpleaños de Nietzsche, el 15 de octubre. El recuerdo de este último encuentro con el viejo amigo hubo de grabársele a Deussen profundamente en la memoria, y por ello la imagen que expresa en sus *Recuerdos*[74] resulta correcta: «Estaba sentado allí, tranquilo e indiferente, sin observar a nadie, sólo las flores que llevé excitaron su interés durante un poco de tiempo, y el pastel que se le puso delante fue consumido con voracidad **.»

De todos los informes de los visitantes, viejos amigos íntimos, se sigue que Nietzsche, ya entonces, en el otoño de 1894, estaba completamente apático y no reconocía a nadie más que a la madre, a la hermana y a Alwine.

A fines de febrero de 1895 Nietzsche, por primera vez desde su desmoronamiento espiritual, sufre una afección aguda suplementaria. La madre informa de ello a Overbeck el 28 de marzo, después de pasado el miedo: «Noté que mi querido paciente tenía una respiración entrecortada... de modo que envié inmediatamente a por el médico, quien, para horror suyo y nuestro, constató más de 40 grados de fiebre. Lo más pronto posible se preparó un baño a 28 grados, pero él estaba tan débil que el médico y su ayudante hubieron de introducirlo en y sacarlo del baño. Al día siguiente se repitió lo mismo y no se le dio más que agua muy fría y sustancia de avena, igual que el día anterior. El tercer día ya había desaparecido algo la fiebre, y el cuarto ya completamente, de modo que a partir de entonces le pude volver a dar caldo y todo lo acostumbrado; el médico vino tres veces diarias durante los días malos, puesto que, debido al mu-

* Zerbst continuó siendo admirador de Nietzsche. Desde esta postura publicó: *Filosofía de la alegría* (1904); *Con respecto a Zaratustra* (Conferencias 1905), *Nietzsche el artista* (1907)[33,205].

** Los informes que Deussen expone previamente en este punto, sobre dos visitas anteriores y sobre los acontecimientos sucedidos después de Turín, se le confundieron fuertemente en el recuerdo posterior por desgracia.

cho tiempo de estar sentado y tumbado, existía el peligro de una pulmonía o más bien de una congestión pulmonar; ¡pero qué miedo! Ahora, alabado y honrado sea Dios, su estado físico es ya muy bueno.» Y precisamente en esa época, Elisabeth, a causa de una de sus fantásticas historias epistolares (sobre que cartas de Nietzsche, dirigidas a ella, la habían sido robadas en el Paraguay y ahora se le ofrecían a compra en Chemnitz por un chantajista), promueve una disputa con ese fiel y solícito médico de cabecera, el Dr. Oscar Gutjahr, quien —en contacto permanente con el Prof. Bisnwanger en Jena— había supervisado el estado del paciente desde su traslado a Naumburg y se había preocupado también de la madre. Elisabeth, en cartas desenfrenadas, le reprocha haber tomado posición contra ella por influjo de la madre, y expone a la vez los juicios más infames sobre la madre. Al Dr. Gutjahr lo llena de obscenidades, que hubieran bastado sin más para incoar un proceso por injurias. Pero para Gutjahr la contrincante era demasiado inferior, de modo que renunció a una solución judicial[54]. La madre no llegó a saber todos los detalles, pero sentía esa infausta tensión y sufrió con ella; de ahí también el ruego a Overbeck para que la ayude (*cfr. supra*, p. 168).

Otras preocupaciones adicionales produjo a la madre la biografía que con tanta rapidez había salido de la pluma de su hija, cuyo primer tomo apareció en abril de 1895. Se veía ignorada en ella con premeditación, y eso resultó doloroso para ella. Köselitz creía saber (así el 16 de noviembre de 1896 a Overbeck) que, en el primer momento de enfado, había pensado escribir ella misma una biografía de su gran hijo, cosa que naturalmente no era apropiado a sus fuerzas.

La única alegría auténtica del año la experimentó el 24 de septiembre: Overbeck, en el viaje de Dresden (donde había visitado a sus parientes) a Basilea, paró algunas horas en Naumburg. Antes, el 19 de septiembre, había mantenido una conversación con Elisabeth en Leipzig, en la que le aseguró la comunicación de datos biográficos para su trabajo, pero en la que se comprobó, por lo demás, la incompatibilidad de sus puntos de vista sobre la «evaluación» del legado intelectual de Nietzsche. Pero esto no afectó la relación de la madre para con Overbeck. Envidió a su hija por la prioridad de este encuentro y rogó encarecidamente a Overbeck que le concediera el mismo favor. Sería la última vez que ella lo vería y él al amigo. En sus *Recuerdos* Overbeck describe así el encuentro[50]: «¡Qué terrible cambio se había producido en Nietzsche desde 1890! Lo vi repetidamente, mañana y tarde, durante el día antedicho. En todo el tiempo no abandonó su silla de enfermo, no habló conmigo ni una palabra, sólo de vez en cuando me dirigía una mirada rota, medio enemistosa, y me dio en general la impresión de un animal noble herido de muerte, que se ha retirado al rincón en el que sólo piensa ya acabar su vida. No pude darme cuenta en absoluto de si siquiera me reconoció, y

me quedó la duda de si siquiera era capaz todavía de hablar, y no me atreví a salir de dudas pidiendo información a la pobre madre.»

Poco después de esa visita, en noviembre de 1895, el estado de salud del paciente volvió a empeorar de modo preocupante. Aparecieron convulsiones en la mandíbula que le dificultaban tanto el tragar que la madre comenzó a temer que no pudiera tomar ya alimento alguno y que acabara así miserablemente sus días. Pero estas convulsiones fueron desapareciendo pronto, al menos lo suficiente como para hacerse sólo intermitentes y durante cortos espacios de tiempo, como sucedió el 27 de marzo de 1896, en que la madre informa: «... ya no lo mantiene tan impedido como al principio... y así, ese estado, que a menudo aparece un día tras otro, no posee ya lo *terrible* del miedo que producía y quizá desaparezca completamente, ya que nos acercamos a la bella estación del año.»

El alivio que produjo a la madre esta forma inocua de evolución de la enfermedad, así como la alabanza sin reservas que le dedicó el Prof. Binswanger con ocasión de una de sus periódicas visitas a Naumburg, fue casi inmediatamente ensombrecidos por las manipulaciones económicas y financieras de su hija, que para ella permanecieron ininteligibles, pero cuya víctima inocente sería al final (*cfr.* el próximo capítulo «La pensión de Basilea»).

Las cartas a Overbeck del año 1896 prácticamente sólo informan de ello, y sólo una única vez, hacia finales de año, llegamos a saber algo sobre el paciente: «En general, su estado y su aspecto externo puede decirse que no han cambiado, mientras no aparece la parálisis por horas (como la llama Binswanger). Ultimamente volvió a visitar ocasionalmente a nuestro querido enfermo, y justamente un día de los muy buenos de Fritz, y pareció estar realmente asombrado de encontrarlo así. Volvió a repetir: "Señora, mis cumplidos; es difícil de creer que éste sea un hombre de 52 años." Tuve que preparar algo comestible porque él quería ver si el masticar y el tragar, dada esa parálisis intermitente, iban bien, y también en esto encontró plena satisfacción. De una Navidad a otra una espera realmente con tristeza la mejoría de su espíritu; mientras otras veces se alegraba, aunque fuera débilmente, por el árbol de Navidad, ésta se durmió ante él. También su modo de andar denota gran fatiga, especialmente algunos días, como hoy por ejemplo. Sin embargo hay que agradecer a Dios por cómo van las cosas», y por cómo han ido desde hace dos años, que han permanecido más o menos estabilizadas. Así el 31 de diciembre de 1894: «Un día tras otro, incluso a veces durante la noche, como hoy en torno a las tres de la mañana, tiene su día ruidoso, contra el que sólo ayuda, en tal caso, que corra mucho en su gran habitación de abajo, dispuesta para ello, el llamado cuarto de paseo, antiguo archivo, cosa que acaba de hacer a mi brazo, aunque con los gritos de júbilo acostumbrados, y ahora está tumbado en el sofá junto a mí, algo más tran-

quilo, en tanto que el resto del día estará muy propenso al sueño.» Y el 8 de abril de 1895: «Creo incluso que usted se alegraría... por su aspecto externo, como hoy por ejemplo, aunque tras una noche de plena vigilia por ambas partes. Pero durante el día él ha recuperado la noche y ahora está sentado, tan lindo y con tan buen aspecto, junto a mí en el balcón, que es el mayor alivio para él. Entre medias damos también nuestros pequeños paseos de cuarto de hora, aunque sólo por las habitaciones, naturalmente. En una palabra, las cosas *marchan*, no se me pregunte *cómo*, pero yo estoy feliz por tenerlo siquiera conmigo, y este sentimiento ayuda a soportar esta pena infinita, sobre todo también porque *él* no sufre.» El cambio de días y noches tranquilos y «ruidosos» siguió dominando la escena. El 6 de octubre de 1895 escribe: «Ahora, a las 8 de la tarde, parece que vuelve su vitalidad, y usualmente dura 24 horas, acrecentándose, de modo que no nos espera un buen domingo, y así vuelve ese estado un día tras otro, alternativamente. La noche pasada puede considerarse buena, y así es como el buen Dios ayuda de un día para otro, pues yo me siento entonces inmediatamente recuperada.»

En torno al 20 de diciembre de 1895 el Prof. Binswanger vuelve a hacer una de sus visitas: el aspecto externo del paciente le sorprendió agradablemente y hace este bello cumplido a la incansable enfermera: «Sus cuidados son magníficos, sí, magníficos.» Su fe y su perseverancia no pudieron ser rotas tampoco por estos miedos, vigilias nocturnas y diurnas, y decepciones sobre el progreso imparable de la enfermedad, hasta que ella misma fue atrapada por una enfermedad. A comienzos de abril de 1897 escribe —por última vez— a Overbeck: «Desde Navidades padecía de catarro estomacal e intestinal, a lo que se ha añadido ahora una gripe maligna, que me ha debilitado completamente, ya que el apetito y el sueño desaparecieron completamente hasta ayer, de modo que he de pasar la mayoría del día también en cama, a causa de la debilidad, y sólo me levanto cuando se hace precisa la ayuda a nuestro querido. El doctor, que acude diariamente desde hace 10 días, desaconseja el escribir y *todas* las visitas, salvo la de mi hija, que estuvo ayer conmigo y lo está tan a menudo como le resulta posible. Alabanza a Dios porque pueda todavía atender a los cuidados del enfermo con la ayuda de mi eficaz Alwine, ya que, por lo demás, me encuentro completamente torpe. El médico está contento con mi aspecto y estado, la verdad es que los pies se han vuelto enormemente pesados.»

El estado de la valiente mujer empeoró rápidamente. Tras el «catarro intestinal» se escondía una enfermedad peor. El 20 de abril de 1897, a la edad de 71 años y dos meses y medio, la madre fue liberada por la muerte de todo trabajo y preocupación que en los últimos tiempos habían caído sobre ella, acrecentados por el final de la pensión de Basilea.

Con la muerte de la madre acababa «Naumburg» para Friedrich Nietzsche.

Capítulo 4
LA PENSION DE BASILEA

(1879-1897)

La renta que se le asignó a Nietzsche en 1879 con ocasión de su despedida de la universidad de Basilea estaba compuesta por tres partes perfectamente diferenciadas. Común a todas era solamente que Nietzsche, de acuerdo con las estructuras sociales de entonces, no tenía derecho legal a ninguna de ellas, y que se concedieran para un plazo de seis años, es decir hasta el 30 de junio de 1885.

1.000 francos fueron concedidos por el consejo de gobierno (del gobierno cantonal) con cargo al tesoro público. A partir del 1 de julio de 1885 se hubiera necesitado un nuevo acuerdo pero se dejó pasar porque nadie se preocupó de ello y quizá sólo Overbeck fue consciente de que había que cursar una nueva solicitud como base para un nuevo acuerdo. Puede que Overbeck —quizá con buenas razones— temiera que con una solicitud así volviera a tratarse desde el principio la cuestión, cabiendo esperar entonces una decisión negativa del consejo de gobierno. Así, actuó de acuerdo con el principio «quieta non movere» (aproximadamente: cosas que están quietas mejor es no moverlas), puesto que la cantidad siguió pagándose, por error, dado que desde el 1 de julio de 1885 faltaba la base legal para ello.

Otros 1.000 francos corrían a cargo del «Fondo testamentario Heusler», dejado al buen criterio de la regencia de la universidad, o sea, de un consejo de profesores. Ese fondo no tiene nada que ver con la dinastía de intelectuales de los profesores Andreas Heusler, sino que era una parte del legado testamentario de un tal «Friedrich Heusler, vecino de esta ciudad»*, que legó a la ciudad de Basilea (parecido a lo que hizo po-

* Muerto el 11 de octubre de 1862, enterrado en la iglesia de San Pedro el 14 de octubre de 1862, residente por último en Blumenrain (am Rhein), en «Hans Brandis;» testamento publicado el 14 de octubre de 1862 por el notario Gedeon Meyer.

cos años antes el famoso Christoph Merian) 705.000 francos (varios millones según el poder adquisitivo actual), de los cuales «Lego a la ilustre universidad de aquí cien mil francos en nueva moneda para repartir sus intereses anuales entre profesores y maestros necesitados, retirados por edad o por enfermedad, entre sus viudas o huérfanos». Al término de los seis años el acuerdo fue prorrogado anualmente hasta 1897. El fondo testamentario Heusler mantenía toda una serie de tales becas para subvenciones de estudios, de investigación, a viudas y a rentistas. El «curator fiscorum academicorum» presentaba cada año a la regencia la lista de los favorecidos, que, por lo general, era aceptada sin más discusión, bien fuera en una sesión o bien por vía de circular. Así, desde 1885 el montante de la pensión de Nietzsche quedó rutinariamente en la lista. Aquí sí había, pues, una base jurídica para la prórroga.

El último tercio de 1.000 francos provenía de círculos de la «Sociedad académica libre». ¡No era la sociedad la que cargaba con ese desembolso! Era costumbre entonces abrir para tales fines «listas de suscripción» especiales, y corrían al mismo tiempo varias listas de ese tipo. La sociedad se hacía cargo sólo de la recepción de las cantidades aseguradas por los miembros correspondientes, y las remitía a la caja estatal, que efectuaba luego el pago junto con la parte correspondiente al Estado. En el caso de Nietzsche, el pago se hacía todos los años a Franz Overbeck para que él lo remitiera a su destino. También la suscripción de la Sociedad académica libre comprometía a sus firmantes sólo por seis años en principio, luego volvió a asegurarse la prórroga cada tres años, o sea en 1885, 1888, 1891 y por última vez en 1894, en cada ocasión con una lista nueva de donantes. También aquí existía una base legal para el pago prorrogado.

La base permanente era la circular del presidente de la sociedad, el ex alcalde Carl Felix Burckhardt-Von der Mühll *, del 6 de junio de 1879: «El Sr. Prof. Nietzsche [*¡sic!*], a consecuencia de su enfermedad persistente y de su incapacidad para el trabajo, ha pedido y obtenido el cese en su puesto en nuestra universidad. El mismo se encuentra en tal situación económica que precisa necesariamente de una pensión para los próximos tiempos. La curaduría ha previsto, por tanto, para este fin, una cantidad anual de 3.000 francos para los próximos 6 años, pero no se encuentra en la situación de proveer más de los 2/3 por medios estatales y por el legado Heusler, de modo que sería muy deseable que un número de amigos del Sr. Nietzsche se mostraran dispuestos a responsabilizarse de los 1.000 francos restantes durante el tiempo citado.

»El firmante propone para la provisión de este asunto la mediación

* 1 de enero de 1824 - 15 de septiembre de 1885; el último alcalde de Basilea que hubo de abandonar el cargo en 1875 a causa de la reforma constitucional de ese año; 1876-1885 presidente de la Sociedad académica libre.

de la Sociedad académica, mientras que la caja de la Sociedad, evidentemente, no tiene que ser requerida para ello.

»Séame permitido suponer conocida de todos ustedes la triste situación del Sr. Nietzsche y recomendar al máximo, por ello, la benevolente acogida del presente requerimiento, en lo cual, sin embargo, y por supuesto, ha de concederse plena libertad a cada uno de los destinatarios. Eventualmente sería partidario de la inscripción de otros participantes de pleno derecho, y ruego que se trate confidencialmente el asunto.»

En la lista de subscripción abierta por Carl Felix Burckhardt se inscribieron también (en este orden):

Prof. Wilhelm Vischer-Heusler (1833-1886; el hijo del tutor de Nietzsche, el Prof. W. Vischer-Bilfinger).

Prof. J. J. Merian (1826-1892).

Consejero del gobierno Dr. Carl Burckhardt-Burckhardt (1831-1901).

Sra. Rosalie Sarasin-Brunner (1826-1908, la viuda del alcalde Felix Sarasin, fallecido en 1862).

Emil Thurneysen-Merian (1815-1886; fabricante de cintas).

Joh. Georg Fürstenberger-Vischer (1833-1897; 1867-1897 «Sekkelmeister» = tesorero de la Soc. acad. libre).

Prof. Karl Steffensen-Burckhardt (1816-1888).

Dr. Joh. Jak. Bachofen-Burckhardt (1815-1887).

«Ehinger» (probablemente el banco Ehinger & Co.)

Prof. Andreas Heusler-Sarasin (II; 1834-1921).

Dr. Ludwig Sieber (1833-1891; desde 1871 bibliotecario, 1883 bibliotecario jefe de la biblioteca de la universidad).

Prof. Eduard Hagenbach-Bischoff (1833-1910, físico; desde 1877 miembro del Consejo de educación).

Prof. Heinrich Schiess-Gemuseus (1833-1914; 1864-96 director de la clínica oftalmológica; el primer catedrático numerario de optalmología de la universidad de Basilea, oculista de Nietzsche durante sus años en Basilea).

Karl Sarasin (1815-1886, concejal, consejero de gobierno).

Sra. Emma Vischer-Bilfinger (1815-1893; la viuda del Prof. W. Vischer).

Las aportaciones reseñadas discurrían entre 25 y 120 francos, y, dado que J. J. Bachofen sólo se comprometió para tres años, los tres primeros años se llegó a una suma anual de 1.025 francos, después a 975 francos.

Si se considera la edad de los donantes se ve que en la última renovación en junio de 1894 ya no quedaban muchos de ellos con vida y que, en cualquier caso, hubieron de ser cambiados por otros nuevos, para los que importaba menos la relación personal con Nietzsche que las relaciones familiares o hereditarias con los antiguos firmantes. En ese sentido también se dirigió el presidente de entonces, Dr. Isaac Iselin-Sarasin, a los suscriptores, y previamente (el 13 de mayo de 1894) al anciano te-

sorero Georg Fürstenberger: «Por lo que yo sé la situación de Nietzsche sigue siendo la misma, de modo que la desaparición de la pensión le resultaría dolorosa. Por eso haré una demanda entre los suscriptores que ha habido hasta ahora para ver si están dispuestos a seguir con sus aportaciones, agradeciéndole a usted al máximo la renovación de la suya.

»Se da por supuesto que el trabajo de reunir esas suscripciones no puede ser cosa ya de su incumbencia, y yo estoy dispuesto con sumo gusto a encargarme de ello. Le ruego también que me envíe la lista Rütimeyer de modo que pueda echar una ojeada a las firmas.

»Y en general le ruego que disponga plenamente de mí siempre que yo pueda serle útil.»

La invitación a la suscripción después, el 14 de mayo, decía lo siguiente: «En el año 1891 ustedes tuvieron la amabilidad de renovar, según la lista adjunta, sus aportaciones para una pensión al Sr. Prof. Nietzsche, por un período de tres años, hasta el 30 de junio de 1894. La situación económica del Sr. Nietzsche sigue siendo la misma y sería muy deseable asegurarle para otros tres años la pensión concedida hasta ahora por mediación de la Sociedad académica.

»Por ello me permito, adjuntando la última lista de suscripción, presentarle una nueva lista, invitándole a señalar en ella las aportaciones que piense hacer usted para los tres años que van del 1 de julio de 1894 al 30 de junio de 1897.»

De los donantes de 1879 aparecen todavía algunos: Georg Fürstenberger, la Sra. Rosalie Sarasin-Brunner, el Prof. A. Heusler-Sarasin y el Prof. Schiess-Gemuseus. Como herederos continúan la tradición la Sra. Thurneysen-Merian, la Sra. Vischer-Heusler, la Sra. Steffensen-Burckhardt, y como nuevos entraron los dos yernos de la Sra. Rosalie Sarasin: Eduard Vischer-Sarasin, arquitecto y presidente entonces de la Sociedad, y el Dr. Isaac Iselin-Sarasin (1851-1930; 1893-1906 consejero de gobierno), además de ellos A. Burckhardt-Heusler, la Sra. Merian-Burckhardt, Ad. Merian (hermano del Prof. J. J. Merian), la Sra. Merian-Thurneysen. Así pues, fueron siempre viejas familias de Basilea estos que mantuvieron fidelidad a su antiguo catedrático.

Un penoso incidente

Dado que esta parte de la renta se pagaba cada cuarto de año juntamente con la aportación estatal (el pago del fondo Heusler sucedía cada medio año) y que, además, desde 1885 se transfería primero a la caja estatal, el cajero estatal siguió pagando rutinariamente la cantidad total. Sólo cuando llegó a sus oídos en 1889 el desmoronamiento intelectual de Nietzsche se fijó con mayor detalle en la disposición del consejo de gobierno, constatando, con no poco susto, que desde hacía cuatro años

estaba pagando ilegalmente 1.000 francos cada uno. Fue una situación embarazosa para aquel hombre, tan concienzudo, sin duda, por lo demás. No había perspectiva alguna de liquidar el asunto mediante una reclamación del dinero pagado. Así que tuvo que comunicárselo a su superior, el consejero gubernamental oportuno, que reaccionó agriamente; ante ello, la respuesta que la Basilea «intelectual» dirigió a la Basilea «política» no se produjo sin un cierto tono malicioso de fondo.

El secretario del departamento de educación, H. Zehntner, escribió con fecha 6 de septiembre de 1889 al Prof. Hagenbach-Bischoff: «El Sr. L. David acaba de descubrir que la pensión *Nietzsche* hace tiempo que ha caducado y que se está pagando, tanto por el fondo de la universidad como por el Estado y la Sociedad académica, desde hace varios años, sin el oportuno acuerdo. No sé cómo ha sucedido en el fondo Heusler o en la Sociedad, pero por cauces estatales la cantidad de 1.000 francos (de los 3.000) no ha sido nunca prorrogada, de modo que el plazo de 6 años ha expirado el 1 de julio de 1885 si comenzamos a contar desde el 26 de junio de 1879. El señor consejero de gobierno Zutt es de la opinión de que la pensión estatal tiene que suspenderse en cualquier caso, ya que no hay motivo alguno para su renovación. Pero le gustaría, primero, conocer su opinión al respecto.» A ello responde Hagenbach el 7 de septiembre: «El "descubrimiento" del Sr. David de que la pensión del Sr. Nietzsche siguió pagándose "sin acuerdo", por lo que respecta al fondo de la universidad, es plenamente incorrecto. Al enfermar el Sr. Nietzsche se decidió una pensión de 1.000 francos durante 6 años. Desde que terminó ese plazo (1885) la pensión se *decidió nuevamente* cada año, cosa que pueden confirmar las actas de la regencia.

»Hago notar todavía que los 1.000 francos no son pagados del fondo de suplementos (fiscus universitarius), sobre cuyos dispendios deciden el consejo de educación y el de gobierno, sino del fondo testamentario Heusler, sobre cuyo uso según ley fundacional decide en definitiva la regencia de acuerdo al 25 de la ley universitaria, sin perjuicio de una autorización posterior de la rendición de cuentas, y precisamente a propuesta de la comisión para el legado Heusler. Así pues, la administración de la universidad y, por lo que sé, la Sociedad académica han actuado muy concretamente en este asunto, y en ello el Sr. David no ha podido encontrar nada; con la paga de la pensión estatal no tengo nada que ver, ni puedo dar explicación alguna al respecto.

»Si el Estado, en el futuro, no sigue pagando la pensión, ello resultará muy penoso para Nietzsche, que es atendido ahora en un manicomio, pero lo comprendo. Información más cercana sobre la situación del infortunado Sr. Nietzsche la puede dar mejor que nadie el Sr. Prof. Overbeck y, en caso de que se desee, estoy dispuesto a pedírsela y a transmitirla al Sr. Presidente del departamento de educación.» Y tras la firma: «Como puede verse por la factura (pág. 10 del anuario 1881) las apor-

taciones de la Sociedad académica fueron obtenidas de diversas "separatas", es decir, suscripciones abiertas con esa finalidad. Por lo que sé, los donantes se habían comprometido por 6 años y después se ha aceptado a otros nuevos.» El mismo día, el consejo de gobierno contesta por medio de su secretario Zehntner: «muchas gracias por sus amables informaciones de las que se sigue que, como nosotros suponíamos, el asunto de la pensión de Nietzsche está plenamente en regla por lo que compete a la Sociedad académica y al fondo Heusler, que no están bajo control gubernamental, y tiene fallos sólo por lo que se refiere al lado estatal. Dado que se ha llegado a hablar del asunto, el Sr. consejero gubernamental Zutt quiere consultar al Sr. Prof. Overbeck para saber si los 1.000 francos de subvención por parte del Estado siguen siendo realmente necesarios. El Sr. consejero gubernamental Zutt duda mucho de ello y encuentra además chocante que la pensión se gaste en el extranjero. Si no puede demostrarse una absoluta necesidad, el consejo gubernamental no estará muy inclinado, sin duda, a renovar la concesión». La observación de que «la pensión se gaste en el extranjero» hubo de resultar especialmente grotesca para los viejos basileos y para los académicos en boca del «meteco» Zutt, cuya familia provenía del Bruchsal badense y había entrado en Suiza a través de Kriegstetten (en el cantón de Solothurn) y sólo en 1860 había conseguido la ciudadanía basilea. Estos son detalles que hay que tener en cuenta al hablar de la Basilea de entonces. La familia Nietzsche fue en definitiva la que pagó las culpas de estas tensiones latentes.

El 13 de septiembre el cajero estatal Lucas David se dirige directamente a Overbeck con un escrito: «Considero deber mío informarle de que *ya no estoy autorizado* para *pagarle* en nombre del Sr. Prof. Nietzsche la suma anual de 1.000 francos que ha soportado hasta ahora el erario público como pensión suya... Las cantidades entregadas después, debido al carácter completamente excepcional del caso, le fueron remitidas a usted... para el Sr. Nietzsche sólo por *equivocación*; espero, sin embargo, que el consejo de educación *dé por buenos* los pagos que se sucedieron después de 1885, en consideración de la enfermedad duradera del citado.

»Este mismo, a pesar de que *él* debía conocer exactamente la duración de su pensión, desde 1885 no se ha presentado *nunca* ante el consejo de gobierno o ante el de educación para pedir una *prórroga* de la aportación estatal a su pensión y *tampoco a usted le menifestó nada* respecto a la *duración de la pensión*..., cosas ambas que *hubieran sido indispensables*... Este asunto me resulta, como también a usted, estimado señor, *muy desagradable*, y he hablado al respecto con el presidente del organismo educacional, el señor consejero gubernamental Dr. R. Zutt, al que remito también a usted en este caso.» Los subrayados en masa en este escrito (cursiva) manifiestan la excitación y la consternación del buen

hombre. Pero su reproche contra Nietzsche de que hubiera malinformado a Overbeck no es correcto. Precisamente Nietzsche apenas se había preocupado de la situación. Más bien era Overbeck el que había de sentirse olvidado, y en esa situación no podía realmente hacer otra cosa que renunciar a la asignación estatal, cosa que podía aventurar tranquilamente puesto que, entretanto, estaba perfectamente informado de lo que se había gastado en Jena para la atención del enfermo, y puesto que para una necesidad mayor, en todo caso, había recibido en el ínterin suficientes promesas de ayuda entre el grupo de amigos. Además puede suponerse que él preveía ya ahora entre los colegas la posibilidad de conseguir una cantidad suplementaria de las arcas del fondo Heusler. Tanto en 1891 como en 1892 le fue aceptado a Overbeck su requerimiento correspondiente de 500 francos, aunque después la Sra. Nietzsche renunciara a percibirlo, dado que por el momento no veía necesidad alguna y no quería tomar más que lo absolutamente necesario.

Así Hagenbach, tras conferenciar con Overbeck, pudo informar el 25 de septiembre al consejo gubernamental: «El Sr. Prof. Nietzsche se encuentra actualmente en el manicomio de Jena y, excepto algunos ahorros sin importancia, depende completamente de lo que recibe de Basilea. El Sr. Overbeck, que se cuida de todo, cree que si no se presenta nada inesperado, podrían bastar 2.000 francos al año. La asignación de la Sociedad académica de 1.000 francos, ..., por lo que yo sé, está asegurada todavía para 2 años y la asignación de 1.000 francos del fondo testamentario Heusler hasta ahora se ha concedido todos los años sin dificultades. Por eso el Sr. Overbeck es de la opinión de que en el futuro podrá prescindirse de la aportación estatal.» Así, la pensión basilea desde el 1 de julio de 1889 quedó reducida a 2.000 francos (1.600 marcos) al año, aportados por el fondo y por las suscripciones antedichas, que se renovaban cada año y cada tres años respectivamente. La madre se hizo perfectamente cargo de esta base económica realmente insegura, siendo consciente también de que «los buenos basileos», tal como los llamaba siempre, no habrían continuado tantos años con su benevolencia si ésta no hubiera sido alimentada continuamente por los esfuerzos y por el prestigio de Overbeck. Se trata de una tergiversación malévola, hecha con el fin de desprestigiar a Overbeck, la que lleva a cabo más tarde (el 7 de septiembre de 1897) la Sra. Förster cuando escribe: «El Prof. Overbeck, por carta, recordó a mi madre esta historia pasada, 14 días aproximadamente antes de su muerte. El le escribió diciéndole que la pensión de Basilea quedaba desde entonces reducida a la mitad, la buena madre dijo: "así pues tú has tenido razón de que la pensión de Basilea no iba a durar toda la vida", cosa que ella había deducido siempre de las cartas del Prof. Overbeck.»

Una primera crisis

se produjo en 1894-95. La nueva (¡tercera!) edición completa de las obras, dirigida por el Dr. Kögel, había llegado a finales de 1894 hasta el tomo octavo con el *Anticristo* y produjo, gracias al nuevo contrato con Naumann, esencialmente más favorable, ingresos importantes. Con ello comenzó a cuestionarse en Basilea la justificación de la pensión, que no era precisamente un derecho jurídico, sino una ayuda social. En la Sociedad académica voluntaria la cuestión estaba decidida por el momento: en mayo de 1894 los donantes habían suscrito otra vez por tres años, con lo que sus 1.000 francos volvían a estar asegurados hasta finales de 1897. Otra cosa sucedía con el fondo Heusler, que había de prorrogarse cada año. El rector de la universidad para el año 1895 y, con ello, presidente también de la comisión para el fondo testamentario Heusler, el físico matemático Prof. Karl Von der Mühll-His (13 de septiembre de 1841 - 9 de mayo de 1912; 1872 a 1889 catedrático en Leipzig, después en Basilea), se dirigió en busca de información el 12 de enero de 1895 al Prof. Max Heinze de Leipzig, conocido personal suyo por su trabajo anterior allí y de cuya cercanía a Nietzsche sabía perfectamente: «Al estipular la pensiones para el año 1895 se ha considerado que usted, estimado Sr. consejero privado, según manifestaciones de su colega Wech (?), podría darnos información sobre la situación actual del desgraciado Friedrich Nietzsche. Como usted sabe muy bien de antiguo, por esta parte no existe obligación alguna para continuar la concesión de una pensión. Además hay que considerar que los medios son limitados y que posiblemente la ayuda resulta insuficiente o no se produce en absoluto en aquellos casos en los que los servicios prestados a esta universidad, por una parte, y la necesidad, por otra, son incomparablemente mayores. Por eso le estaría muy agradecido si me pudiera dar información exacta que yo pueda trasmitir a la comisión que tiene que elevar la propuesta a la regencia.»

En principio, Heinze, tras el éxito de la edición completa, tenía la impresión de que la aportación de Basilea ya no era necesaria, pero, cautelosamente, se informó cerca de la Sra. Förster, cosa que movió a ésta a escribir directamente el 4 de febrero al Prof. Von der Mühll un informe detallado de la situación desde su punto de vista: «Mi querido hermano ya manifestó hace tiempo la idea y el deseo de renunciar a la pensión de Basilea. Por esta razón hablé a fines de este otoño con el concejal de Magdeburg Dr. Oehler, tutor asignado a él tras su enfermedad, ... Tengo que decir que sopesó seriamente el asunto como deseo que era de mi hermano, pero que opuso a ello motivos graves e inquietantes, tales que tuve que reconocer que había pedido algo muy imprudente por el momento... Nuestra pequeña familia se compone de mi madre, mi hermano y yo misma. Los humildes ingresos de mi madre y los míos desaparecen casi completamente con nuestra muerte o van a parar a otras manos. Mientras

vivamos juntos y unas cosas se compensan con otras, los gastos que conlleva nuestro querido enfermo se reducen muy significativamente, pero podría suceder que nosotras dos muriéramos *antes* que nuestro querido pupilo (Hölderlin vivió 74 años), entonces habría de ser llevado a un hospital ¿y de dónde se pagaría entonces la pensión debida? Mi hermano posee 1.075 marcos... de réditos, aunque consiguiera un poco de capital añadido difícilmente podría ser llevado a un *buen* hospital de segunda o de tercera clase —¡una idea realmente espantosa para nuestro corazón amante!

»Quizá haya oído usted que mi hermano ha conseguido buenos ingresos por sus libros, y es correcto, pero eso es justamente el capital que se le ha colocado y por el que recibe ahora 1.075 marcos de intereses. Cuando mi hermano se puso enfermo poseía todavía aproximadamente 12.000 marcos de capital, su pequeña fortuna se había reducido a este mínimo por años enteros de curas y especialmente por la *autofinanciación* de la impresión de sus libros... El librero, tras su grave enfermamiento, exigió de los tutores 1.500 marcos como gastos de impresión y demás, a pesar de que mi hermano había pagado ya muchos miles. Entonces éste tenía un acuerdo increíblemente desventajoso con el librero; con gran esfuerzo y tras muchas contrariedades conseguí poner en orden en tres años este enmarañado asunto.

»Desde entonces todo ha cambiado: la tutela no tiene ya que pagar gasto alguno por los libros, sino que recibe para él unos honorarios importantes, que *sólo* se consideran, sin embargo, como capital devuelto y que se colocan casi por entero a rédito. Mi hermano posee ahora 29.000 marcos en valores... Estos ingresos hubieran sido mejores aún si no... se hubiera publicado una mala edición completa ilegal, de la que hubimos de convertir en papel 3.500 tomos. Naturalmente la edición completa de ahora exige colaboradores tan sobresalientes como el Sr. Kögel y el Sr. Dr. v. d. Hellen, y ello supone grandes sumas, aunque la parte principal de los gastos corre a cargo de la firma Naumann y de mí misma... El tutor de mi hermano me dijo que es absolutamente imposible prescindir de la pensión basilea... Todo este asunto me agobia puesto que temo que en Basilea se conceda de mala gana la pensión a mi pobre hermano, él tampoco quería gravar demasiado a Basilea. Yo misma no tengo fortuna alguna; lo que me quedaba en dinero líquido lo he gastado en honor de mi hermano, a quien amo profundamente, para la instalación y mantenimiento de un Archivo-Nietzsche, cosa absolutamente imprescindible como base para la edicción completa. A mi pobre madre no puedo decirle absolutamente nada de todo este asunto, ... puesto que ella considera la pensión de Basilea como lo único seguro... a excepción de los pocos intereses: duda *completamente* de que sus libros produzcan siquiera algún ingreso en lo sucesivo. Yo también creo que después de la edición completa ya no llegarán grandes ingresos; ¿quién compra en Alemania

libros filosóficos? Los libros de mi hermano *no* se dirigen en absoluto a la *masa*: si de mí dependiera sólo podrían venderse a los muy *pocos* que los entienden, por eso me parece muy bien su precio enormemente elevado... Pero quiero volver al objetivo fundamental de mi carta: estoy muy afligida por no poder exonerar a Basilea; lo habría hecho con mucho *gusto*. Pero quizá pueda hacer la siguiente propuesta:

»¿No sería posible que la universidad de Basilea hiciera una especie de contrato con el tutor? La tutoría de mi hermano se compromete: si la universidad de Basilea le concede su pensión actual hasta el 1 de enero de 1900, a pagar al fondo del que mi hermano recibe la pensión, 10.000 francos tras la muerte del querido enfermo. Le ruego que formule urgentemente un contrato que sea válido para Suiza y Alemania, y para la heredera de mi hermano (mi madre) y sus sucesores legales.

»¡Confío todo este asunto a su corazón! Mi única preocupación es proteger a mi pobre hermano, a quien quiero profundamente, de la indigencia, pero también es mi sagrada obligación la de satisfacer todos sus deseos personales y por eso deseo tan *profundamente* no gravar demasiado a Basilea... Si se me ocurriera otra propuesta mejor me permitiría dirigirme a usted. Puede estar seguro que *nadie* más que *yo* desea renunciar a la pensión de Basilea, pero no puedo disponer cosas que dificulten la vida de nuestro pobre enfermo, completamente desvalido, o la de mi madre, tan agobiada por las preocupaciones. La propuesta hecha arriba me parece muy buena. Se entiende por sí mismo que los 10.000 francos serán pagados también aunque el querido enfermo no viva cinco años todavía. Durante ese período de cinco años queremos economizar los honorarios hasta el céntimo, o quizá incluso encontrar un arreglo de modo que el querido esté protegido en cualquier caso frente a la necesidad.»

Ante esto el Prof. Von der Mühll hubo de aclararle otra vez que no estaba en *ella* el *renunciar* o no, sino en la regencia el *conceder* o no, y que hasta 1897 estaban asegurados todavía los 1.000 marcos de la Sociedad académica. El 16 de febrero ella responde ya con otro tono: «Me parece algo completamente increíble que se pueda *quitar* a mi hermano su pensión, y además total y absolutamente, en una época en la que se atiende al sencillo asalariado en los años de enfermedad y desamparo. Temo que últimamente me he expresado falsamente: le dije a usted que su pequeño capital sólo ha vuelto a reunirse por la publicación de la edición completa —y esto significa que en *cuatro* años no puede pensarse ya en ninguna edición ni en ingresos nuevos... Es verdad que todavía aparecerán dos o tres tomos de los escritos no impresos todavía, pero no se sabe *cuándo* en absoluto, puesto que hay que llevar a cabo, primero, trabajos de desciframiento muy, muy arduos. Así que la universidad de Basilea exige a uno de sus más famosos miembros de antaño que viva de unos ingresos de 1.000 marcos. Eso es lo que costará un celador... en cuanto la parálisis y el entumecimiento aumenten... No es posible que un hombre

de la relevancia de mi hermano, y en su grave enfermedad y desvalimiento, tenga que depender de la protección de parientes que están tan faltos de recursos. Ultimamente había entendido falsamente todo el asunto: creí que se nos rogaba que *renunciáramos* a la pensión de Basilea, y yo le escribí a usted, por ello, que lo haremos en el instante en el que estemos seguros de tener unos ingresos, modestos pero firmes, para nuestro pobre enfermo... Vuelvo a decir que en cinco años podremos conseguirlo, ya que pienso: en cuatro años podremos volver a publicar la edición completa.»

Parece que se contentaron con esta información, puesto que la cantidad para la pensión de Nietzsche pasó en la lista con las demás sin discusión alguna. Pero ya el próximo año vuelven a levantarse las dudas, esta vez previa una interpelación que suscitó la Sra. Förster en dos cartas. El Prof. Von der Mühll informa el 7 de diciembre de 1895 a Overbeck respecto a esta correspondencia: «En mi respuesta me he limitado esencialmente a la comunicación de que nadie aquí quería saber nada de un contrato como el propuesto, y que habríamos de recomendar desde aquí que continuara la subvención hasta que tuviéramos la convicción de que de otro modo existen medios suficientes para la atención del enfermo.» Así pues, la Sra. Förster había vuelto a presentar su plan del contrato de anticipo de renta, con el fin de conseguir ingresos fijos. Pero entretanto también se había asegurado financieramente de otro modo. Elisabeth consiguió, en porfía con su madre y con el tutor Oehler, que renunciaran a todos sus derechos —y, con ello, ingresos— respecto de las publicaciones. Con ello en cualquier caso, demostró poseer un olfato infalible para los negocios.

La hermana consigue los derechos de autor

La hermana tendió el lazo hábilmente: aunque sabía que la aportación de la Sociedad académica estaba asegurada aún hasta 1897, y a pesar de que el Prof. Von der Mühll le confirmó que seguiría el subsidio del fondo Heusler, ahora, a finales de noviembre, atemoriza *ella* a la madre con la «nueva profundamente alarmante» de que esta pensión «le ha de ser retirada próximamente a mi pobre hijo», tal como ésta se lamenta a Overbeck el 28 de noviembre de 1895, informándole a continuación: «He oído también a través de un tercero que mi hija ha hablado incluso de una especie de reintegro, cosa que es imposible que ella piense en serio», y ruega a Overbeck que le conteste rápidamente, telegráficamente incluso si es necesario, puesto que el domingo (1 de diciembre) viene su sobrino Adalbert Oehler para tratar de un «asunto tremendamente inquietante» para ella, para cuya decisión es importante conocer con certeza la cuestión en torno a la pensión de Basilea. Y es que Elisabeth ha prepa-

rado una compensación a esa pensión: Si la tutoría (madre y concejal Oehler) renuncia en ella —Elisabeth— a sus derechos derivados del contrato editorial, ella abonará 30.000 marcos y promete a la madre una renta de 1.600 marcos anuales. La madre desconfía de esa oferta tan rumbosa, no puede imaginarse de dónde ha de llegar de repente tanto dinero. «De amigos», se le asegura, pero silenciando quiénes son esos «amigos», así como las condiciones interesantes a esa generosidad. El 6 de diciembre de 1895 confiesa a Overbeck: «... y esta petición que se me dirige no me hace gracia alguna, y así la decisión me resulta muy difícil y me tortura auténticamente. Tampoco mi sobrino... pudo llegar a una decisión definitiva, o, más bien, vino sólo para procurarme tranquilidad, pero cada día encuentro más motivos para estar *en contra* que a favor». Le dice también por qué no cree en ese dinero: «Se gasta demasiado, de modo que sólo puede depositarse poco, y yo, por ejemplo, jamás he recibido nada ni de sus réditos ni del archivo.» En pocas palabras, poco antes de Navidad se le ablandó, se le abatió, y, con el amargo sentimiento de haber cometido en definitiva una injusticia, el 27 de diciembre de 1895 escribe a Overbeck: «Acabo de pasar unas semanas muy difíciles, pero antes de que le explique todo esto por escrito es mejor adjuntarle el correspondiente documento *, del que podrá usted colegir que el Archivo-Nietzsche, con todo, también con sus honorarios de Naumann, ha pasado a mi hija. Fui totalmente sorprendida con el contrato, de modo que por la tarde recibí el escrito enviado por mi sobrino desde Magdeburg y al día siguiente ya Liesbeth tenía fijada hora con el notario para la firma. Pero se habían hecho las cuentas sin el patrón, así que me resistí durante cuatro semanas enteras y lo hice, finalmente, porque creí volverme yo misma enferma y porque también mi sobrino me escribía una carta tras otra diciendo que firmara sin miedo alguno; el día anterior pedí también telegráficamente al Prof. Heinze, de Leipzig, que viniera y el bueno de él... compartió *plenamente mi* punto de vista en todo, puesto que él había recibido ya de Lieschen el contrato... A mi me pareció todo ello una confusión de ideas de mi hija: quererme *comprar* el tesoro espiritual de mi hijo, de nuestro enfermo comúnmente amado, o sea, nuestro *tesoro familiar*, a cambio de dinero extraño, a mí y, sobre todo, a mi hijo, que tiene un nombre —puesto que yo no veía el *menor* motivo para cambiar las cosas. Ni yo ni mi sobrino hemos puesto jamás impedimento alguno tanto a Lieschen como a Kögel... A Heinze, Lieschen le dio como motivo fundamental poder decidir al respecto, comprar correspondencia a ser posible, etc... Así, al día siguiente vino el notario a casa con mi hija, puesto que yo estaba enferma, y estampé esa firma, que se me había hecho amarga. De dónde piensa sacar mi hija sus medios de existencia, el sueldo de Kögel, el dinero para servir a objetivos ideales y los 1.600 marcos que

* Ver Documento 16.

ha de pagarme a mí como pensión para el bueno de Fritz ("que sólo están sobre el papel", como dijo el Prof. Heinze), es cosa que ella misma ignora, puesto que Lieschen, además, no sabe manejarse con el dinero... Lo mejor de ello es que desde la firma reina el buen tiempo y pasamos una hermosa Noche Buena.»

Ahora la Sra. Förster podía comportarse ya magníficamente respecto a Basilea. Ya no se forzó en punto autoalabanza y sorprendió al Prof. Karl Von der Mühll el 12 de enero de 1896 con una de sus locuaces cartas. Pide diculpas por haber olvidado su última carta en alguna parte en Weimar, Leipzig o Berlín, diciéndole que le responderá más tarde cuando vuelva a reunir sus papeles. Después dice que quiere «rogar al tutor de mi hermano que le ofrezca a usted una exposición exacta de toda la situación, y, entonces, usted y él podrán decidir libremente qué es lo que parece más oportuno hacer en la cuestión de la pensión de acuerdo a esa situación y a la condición de mi hermano. Mi madre no tiene la más mínima idea de todo esto, puesto que es mi primo... quien se ocupa de estos asuntos... Esa fue la desgracia ahora en la cuestión del contrato: que la pobre madre quiso decidir de repente sin conocimiento del asunto y sólo según peregrinas ideas personales. Se extrañará de que el contrato llegara por fin a realizarse. Ello sucedió así: los pocos que podían tener perspectiva sobre el asunto: tres juristas excelentes, la firma C. G. Naumann y un amigo, emprendieron a la vez el asalto a mi madre, tan increíblemente ilógica; la cosa se agudizó tanto que probablemente se le hubiera retirado la tutela de no haber firmado ese contrato tan extraordinariamente beneficioso para mi querido hermano, fue entonces cuando ella se decidió, aunque todavía de muy mala gana. Sólo después se hizo evidente que lo que más irritó a los expertos fue que el desconocimiento expreso de mi modo de actuar, "realmente digno de admiración", como dicen esas buenas gentes, había sido sólo culpa mía. No podía, ni antes ni después, hablar de mis buenos actos, obviamente, por eso mamá creyó que no importaban mucho. ¡Por pura casualidad, hace pocos días, uno de los expertos toma la palabra y describe cómo encontré la situación hace cinco años, [en] qué desbarajuste sin límites! Dado que era mi hermano mismo quien se encargaba de la impresión de sus libros, se encontraron deudas y préstamos que había que pagar por una cantidad de 5.000 marcos, además de ello 10.000-12.000 marcos a lo sumo de capital; y ahora, tras cinco años, mi hermano tiene 60.000 marcos de capital, y yo ofrezco, además, para el caso de que desaparezca la pensión, otros 1.600 marcos de renta; esto, según él dijo, suponía realmente un logro estupendo, sólo explicable por mi extraordinario amor a mi hermano... La firma C. G. Naumann había tomado como definitivo un acuerdo verbal con mi hermano, y lo había malinterpretado en general... Fui respaldada por Naumann. Overbeck, extrañamente, respaldó al contrario y había sancionado francamente el error. Si ese error hubiera persistido mi hermano sería ahora

completa, completamente pobre y dependería únicamente de la pensión de Basilea, mientras que ahora hemos llegado a un punto en el que podemos sopesar el tema de la pensión. Acto seguido el experto pasó a resaltar especialmente: cómo yo, todavía en mayor grado, me había preocupado de la herencia intelectual de mi hermano; fundado el archivo, creado la edición completa, ejecutado, en fin, una suma summa summarum, una plétora realmente sorprendente de buenas actuaciones. Al final consideró aún el sacrificio que yo había hecho, todo lo que yo poseía en dinero, tiempo y capacidad de trabajo lo había sacrificado por ello... Esta exposición completa de mis méritos... convenció por fin a mi buena madre. Desde entonces está como cambiada y manifiesta también con respecto a mí todas las cualidades amables de su naturaleza... He de rogarle a usted todavía que no considere en modo alguno definitivas las observaciones de Overbeck. El no entiende *absolutamente nada* de todo el asunto, no ha hecho más que dificultarme todas estas difíciles situaciones, comportándose conmigo de modo totalmente inconveniente. He hablado al respecto con el consejero privado Rohde y éste manifestó su gran disconformidad con el comportamiento de Overbeck, aunque pensaba que la culpa la tenía la mujer, que estaba empeñada en apartar a Overbeck de todos sus viejos amigos: esto podía ser su disculpa.»

La Sra. Förster seguramente acosó a Rohde, durante su visita a Naumburg, con quejas y aceradas observaciones contra Overbeck, de modo que colocaría a aquél en una situación conflictiva. El tenía en gran estima a Overbeck, y apreciaba la amistad con ese intelectual, respetado como persona íntegra. Por otra parte no podía negar todos los méritos a las actividades de la hermana de su amigo, con la que también se sentía unido desde sus tiempos de estudiante. Consideraba esa tensión entre la Sra. Förster y Overbeck, y no sin motivos, al menos como lamentable, cuando no ruinosa, incluso, para la supervivencia literaria de Nietzsche. Así que intentó una reconciliación y, por una parte, ante la Sra. Förster se presentó protegiendo a Overbeck, aunque de un modo que no pudo ser más torpe e inadecuado: echando la «culpa» a la mujer; por otra, en ardua correspondencia, intentó inclinar amistosamente a Overbeck hacia la Sra. Förster, para lo que éste no veía motivo alguno. De este modo, los intentos de reconciliación de Overbeck se sucedieron sin ningún éxito, aunque por suerte no enturbiaron la relación amistosa entre ambos viejos amigos de Nietzsche. Overbeck, en cualquier caso, nunca dejó vislumbrar que había tenido noticias de la observación contra su mujer en la carta de la Sra. Förster. Posiblemente —habría que suponerlo— tampoco el Prof. Von der Mühll hizo uso de tal «información», al igual que prescindió de esta carta y apoyó la prórroga de la pensión.

El curator fiscorum academicorum, Prof. Hagenbach-Bischoff, volvió a aceptar en su lista para 1896 la suma de la pensión de Nietzsche, pero hizo notar en una circular del 26 de febrero de 1896 a los miembros de

la comisión: «Hay que esperar que en el futuro la pensión para el Prof. *Nietzsche* resulte supérflua, pero dado que por ahora, según las informaciones recibidas, la situación es algo crítica, la interrupción repentina en este momento podría acarrear graves consecuencias para el enfermo. Si en el transcurso de los años el pago de la pensión se revelara innecesario, entonces, obviamente, no se efectuaría según la suma acordada o se efectuaría a medias...»

Los miembros de la comisión a los que se hace referencia estuvieron de acuerdo con la tramitación por vía de circular, no se celebró sesión alguna, y así la asignación volvió a entrar en el presupuesto. Pero el Prof. Hegenbach no se conformó tan tranquilamente con el asunto y el 29 de febrero de 1896 escribió a su colega Von der Mühll: «Le devuelvo la carta de la Sra. Förster. La he leído. Si exite un capital de 60.000 marcos y, además, puede conseguirse una renta de 1.600 marcos, podríamos interrumpir tranquilamente la pensión. Pero el contenido entero y especialmente la forma de la carta es tal que ante todo debíamos recabar información de una persona desapasionada. Sería muy deseable un informe del tutor: el colega Overbeck sabe, en todo caso, quién es el tutor y quizá podría pedírsele información.» Eso hizo el Prof. Von der Mühll, y el Prof. Overbeck pidió informes, a través de la Sra. Nietzsche, al concejal Oehler de Magdeburg, quien el 30 de marzo ofrece esta clara información: «1. Ingresos *seguros* sólo son por el momento los réditos de 29.600 marcos en valores, los cuales, colocados al tres y medio por ciento, importan anualmente alrededor de 1.000 marcos.

»2. Honorarios de autor ya no le corresponden al profesor Nietzsche. Todos los derechos provenientes de los contratos editoriales han sido transferidos a la hermana, a la Sra. Förster-Nietzsche...»

Y a continuación explica los motivos por los que la tutoría se había decidido por la cesión de los derechos de autor: la tutoría no podía ejercer influjo alguno sobre la conformación de la obra completa que dirigían el Dr. Kögel y la Sra. Förster, porque no era competente en la materia, y, por otra parte, tampoco podía responsabilizarse de los riesgos que esta tarea comportaba. En los primeros tomos, relativamente fáciles de editar y sin gran gasto de trabajo, es verdad que el riesgo parecía pequeño, incluso podían esperarse ganancias; pero el legado, difícil de descifrar y, por el momento, de interés muy cuestionable, podía conllevar pérdidas insuperables. Y la tutoría, por fuerza de la ley y por la misma naturaleza de su tarea, no podía exponer a su pupilo a tales riesgos. Frente a ello había otro riesgo diferente: dejar que se arruinase la herencia intelectual de *ese* pupilo. «Así de agudo se planteaba el dilema con respecto a las obligaciones de la tutoría, a toda esta empresa y a cuestiones concretas. Por eso pareció una salida a todo ello el transferir todos los derechos editoriales a la Sra. Förster. Sus contraprestaciones, por lo que se refiere a lo material, consisten en que había de pagar a la tutoría una

cantidad fija de 30.000 marcos, además de que, en el caso de que la universidad de Basilea corte la pensión concedida hasta ahora de 1.600 marcos anuales, ella tiene que subsanarlo, así como, por fin, ha de correr con todos los gastos de la edición completa y de la administración del Archivo-Nietzsche. Las obligaciones aceptadas contractualmente por la Sra. Förster reposan, por ahora, en un suelo muy inseguro. Toda su fortuna la sacrificó a la empresa colonial de su esposo en el Paraguay. Los 30.000 marcos a que se ha hecho referencia antes le han sido *prestados* por admiradores del profesor Friedrich Nietzsche, y tiene que pagar por ellos un interés del 3%. Si todo va bien con la edición completa, si la venta de los libros se desarrolla favorablemente y los gastos realmente elevados de toda la empresa pueden restringirse [pronto], entonces sí podrá la Sra. Förster dar satisfacción a todo aquello que ha cargado sobre sus espaldas. Pero es todavía muy incierto que se den los presupuestos arriba citados... Según esto, *por el momento* no puedo contar con que, si desapareciera la pensión, concedida amablemente hasta ahora por la universidad de Basilea y sus instituciones, el profesor Nietzsche fuera resarcido correspondientemente por las obligaciones aceptadas por la Sra. Förster. Creo saber, en todo caso, que la Sra. Förster piensa algo diferente al respecto. Ella cuenta con el futuro: y puede ser que tenga razón. Pero si, mientras tanto, yo he de informar, según es mi obligación, sobre el estado financiero, sólo puedo partir de la situación efectiva del presente.

»3. Los préstamos concedidos por amigos anteriormente al Profesor Friedrich Nietzsche —fundamentalmente para [cubrir] los gastos editoriales de obras aisladas— han sido devueltos casi completamente; pero queda una deuda de 1.000 marcos que ha de ser resarcida conforme a los medios que van llagando.

»4. La madre —la Sra. Nietzsche— cuenta con una pensión escasa: creo que 300-400 marcos anuales: tiene una casa en Naumburg sobre la que penden algunos miles de marcos de hipoteca *. Antes tenía alquilada la casa, de modo que sacaba de ahí ingresos suficientes para sus modestas necesidades. La enfermedad de su hijo, entretanto, ha hecho necesario que la casa no sea habitada más que por ella. Por esta razón, desde hace años la casa no genera más que gastos, pero no aporta ingreso alguno...

»Sea cual sea ahora la decisión, les pido a Vuestras Ilustrísimas que acepten mi palabra de que quedo siempre agradecido a la universidad de Basilea, a sus autoridades y miebros, por la benevolencia mostrada para con mi primo Friedrich Nietzsche.»

Adalbert Oehler también comunicó al final a su tía en Naumburg lo que sucedía con los 30.000 marcos. El 2 de abril informa ella al respecto

* En una carta a Overbeck ella habla de 3.500.

a Overbeck: «Supe que los 30.000 eran *prestados*, lo que no hizo más que confirmar la sospecha que yo alimentaba desde el principio. Todo ello es una comedia, pero a mal juego hay que poner buena cara si no quiere una malograr los pocos años que aún le queden, así que me alegraré si todo sale bien. Quizá sólo me haga una idea de *por qué* ha sucedido esto, en el momento en que mi sobrino venga a Naumburg para negociar... Acaban de estar aquí dos caballeros de Berlín que se habían anunciado a mi hija para este día.» Pero lo que parece que nunca llegó a saber: de dónde provenía el dinero, y por eso tampoco sabía por qué venían los «caballeros de Berlín».

Elisabeth había recurrido a diferentes «amigos» y «admiradores» con vistas a un préstamo. (Ese fue el viaje en el curso del cual dejó en alguna parte la carta del Prof. Von der Mühll.) Pero no consiguió éxito alguno, dado que no podía ofrecer seguridades. Entonces se puso a jugar un doble juego peligroso: A la madre sólo le podía arrebatar los derechos editoriales si a cambio le ofrecía los 30.000 marcos, pero éstos sólo podía recibirlos una vez que arrebatara a su madre esos derechos. Así que en el contrato de transferencia simula la posesión de esos 30.000 marcos, consigue así la posesión de los derechos editoriales y sólo entonces, fundada por ellos, puede ir en busca de amigos que hagan de avales para un préstamo. En primerísima línea de esos amigos está Meta von Salis. A ésta ya le había solicitado en octubre un préstamo de 500 marcos, que recibió con rapidez, para poder comprar aquella carta comprometida que parece que le fue robada en el Paraguay y que ahora le había sido ofrecida desde Chemnitz. Hubo de tener un enorme interés en la posesión (¿y destrucción?) de esa carta de su hermano. Pero los ingresos del archivo no eran suficientes (sus viajes de 1895 a Turín, Sils, Basilea, habían costado demasiado), por eso necesitó del préstamo de Meta v. Salis.

Pero tampoco ahora que tenía en sus manos el contrato de transferencia avanzaba en la cuestión del préstamo. El 30 de diciembre de 1895 informa de ello, completamente desalentada, a Meta v. Salis, así como de que el Dr. Kögel continúa con este asunto en Berlín, donde ha encontrado una posibilidad, para la que, en todo caso, se necesitan avales, razón por la cual ruega a Meta v. Salis un aval de 5.000 ó 6.000 marcos, garantizado por valores (¡o sea, el capital efectivo del hermano!). Todavía el 24 de enero de 1896 Elisabeth tiene que informar a Meta v. Salis de un inconveniente que puso en peligro el préstamo. El Dr. Kögel y el Dr. Hermann Hecker eran partidarios de tomar el dinero de v. d. Heydt, el conde Harry Kessler y el Dr. Raoul Richter preferían a Robert v. Mendelssohn. Fuera cual fuera la decisión podía faltar un aval. Elisabeth propone a Meta v. Salis: Meta v. Salis responde de 10.000 marcos, ella misma de 2.000 y el Dr. Richter, el conde Kessler y el Dr. Hecker, cada uno de 6.000. El 26 de enero se lleva a cabo el contrato de fianza, por cuyas garantías se hacen líquidos los 30.000 marcos por Robert v. Medelssohn

(personalmente, no por la banca) por un plazo de 5 años, es decir, hasta el 1 de febrero de 1901. Como avales figuraron: la Srta. Meta v. Salis, el Dr. Hermann Hecker, el conde Harry Kessler y el Dr. Raoul Richter, cada uno de los cuales respondieron de 6.000 marcos. El riesgo de los 6.000 restantes parece que fue el propio Mendelssohn quien corrió con él *. No deja de tener una amarga ironía que el Archivo-Nietzsche, que más tarde se convertiría en un centro intelectual del nacional-socialismo, necesitara, en definitiva, para su nacimiento de capital judío, cosa que Nietzsche parecía prever cuando el 9 de diciembre de 1888 escribió a Heinrich Köselitz: «¿Sabe usted ya que para *mi* movimiento internacional necesito todo el *gran capital judío*?» Quizá la Sra. Förster se acordaba de esto cuando en 1933, a pesar de toda su admiración por la persona del «Führer» y por su programa nacional, se manifestó clara y contundentemente contra la persecución de los judíos, como una confusión perniciosa bajo el influjo de malos consejeros.

En Basilea, las decisiones a las que se refiere el concejal Oehler en su carta del 30 de marzo se tomaron con plena independencia de todos estos manejos. La asignación anual volvió a parecer en el presupuesto de 1896 del fondo Heusler, y la carta de Oehler, el Prof. Von der Mühll la pasó inmediatamente a Franz Overbeck con las palabras: «He anunciado la recepción al Sr. concejal Dr. Oehler en Magdeburg y le he agradecido al máximo el informe. Según mi opinión, el asunto es para nosotros completamente claro y sencillo: Intentaremos volver a hacer efectiva cada año la asignación de 2.000 francos, hasta que el pobre sea liberado.»

Sin embargo, con el año de 1897 vino

el final de la pensión de Basilea.

Primero cesó la suscripción en la Sociedad académica con fecha 30 de junio de 1897. El 15 de julio G. Preiswerk (¿contable?), en una misiva al tesorero Dr. Rudolf Sarasin-Vischer, le habla de la dificultad que tras la muerte de Georg Fürstenberger supone incluso reunir la cantidad total y propone que la parte de Fürstenberger sea cargada al capítulo de gastos generales. «Antes de registrar esta transferencia lo pongo en su conocimiento. Si a usted le parece necesario que le sea comunicado al Sr. presidente, estoy dispuesto a hacerlo, pero no me remordería la conciencia si viera aceptada por usted mi proposición.» El aludido estuvo de acuerdo con una solución «reservada», tanto más cuanto «según una comunicación de nuestro Sr. presidente [Dr. Iselin-Sarasin]» ya no existía «entre los suscriptores inclinación alguna a renovar la suscripción Nietzs-

* Ver Documento 17.

che». A la mayoría le faltaba en exceso la relación personal con Nietzsche, y además, seguramente, se recibían con desagrado las noticias de prensa del éxito del Archivo-Nietzsche, trasladado entretanto a Weimar. Parecía obvio que allí no reinaba necesidad alguna.

La cantidad de 1.000 francos del fondo Heusler había vuelto a ser concedida mientras tanto para todo el año 1897 y llegó a pagarse al completo; y lo hubiera sido asimismo sin el requerimiento del tutor Oehler del 21 de junio de 1897 al Prof. Karl Von der Mühll: «La exposición que hice el año pasado en mi detallado informe... vale hoy todavía... Tras la muerte, desgraciadamente demasiado temprano, de la madre de Friedrich Nietzsche, yo, como tutor del mismo, he llegado con la Sra. Förster al acuerdo de que ella se encargue plenamente de los cuidados y del sostenimiento de su hermano, así como de todos los gastos ordinarios, recibiendo a cambio todos los ingresos ordinarios de su hermano. Estos ingresos —sin contar la pensión de Basilea— ascienden a unos 2.100 marcos. No hace falta que me extienda en exponer cómo los gastos del cuidado y mantenimiento de su hermano, con el que quiere trasladarse el próximo mes a Weimar a una casa con jardín, saludable y recogida, no pueden cubrirse sólo con esto, y cómo ella ha de realizar muchos mayores sacrificios para cumplir esa obligación de la que se ha responsabilizado. Dado que ahora surgen cuantiosos gastos por la liquidación del hogar de Naumburg y por transformaciones arquitectónicas en el nuevo hogar de Weimar, hechas en interés del enfermo, yo saludaría con el más vivo agradecimiento el que fueran pagados aún los plazos de la pensión que quedan para este año. A propuesta de la Sra. Förster quiero hacer el intento, por el contrario, de arreglárnoslas en lo sucesivo sin la pensión concedida hasta ahora. Todos tenemos motivos para estar agradecidos de todo corazón a las autoridades de la universidad y a sus amigos por la esencial ayuda concedida para el enfermo. Aunque esperamos que, en las circunstancias actuales, sea posible prescindir de ella en el futuro... Ruego, en interés del enfermo, que pueda hacer la propuesta de que, si en contra de lo esperado la situación se vuelve tan desfavorable que parece hacerse indispensable seguir con la ayuda, se me permita entonces solicitar de usted esa ayuda... No quiero tampoco desaprovechar esta ocasión para agradecer de todo corazón a usted, estimado Sr. profesor, y a todos los que han participado en ello, la valiosa ayuda prestada al desdichado enfermo.»

El Prof. Von der Mühll se interesó personalmente de modo extraordinario por la suerte de Nietzsche, tal como se colige de diversas cartas a la Sra. Förster. Así por ejemplo, ahora lo afectó la supresión desde el 1 de julio de las aportaciones provenientes del círculo de la Sociedad académica, y expresó a Overbeck su intención de que, en caso de que esas aportaciones cesaran realmente, se requiriera por esa única vez del fondo Heusler la cantidad correspondiente a ellas. Pero en principio creía

todavía en una prórroga, al menos para el año en curso. «Si éste no fuera el caso, intentaría conseguir que la regencia concediera 500 marcos aún para este año, justificándolo por el hecho de que por la muerte de la madre y por el traslado a Weimar han surgido gastos extraordinarios, y que no sería correcto negar esta última ayuda. Quizá podría conseguirse aún la suma de la Sociedad académica.» No se pudo, como hubo de explicarle Overbeck el 27 de junio. En julio, Von der Mühll volvió a aclarar detalladamente las cosas al concejal Oehler, y tuvo que exponerle cómo a fines de 1897 debían acabar también definitivamente los pagos del fondo Heusler, dado que había surgido un nuevo caso grave que había que socorrer: la enfermedad del Prof. Franz Misteli, que enseñaba lingüística comparada desde 1874. Von der Mühll explica también al concejal Oehler su intención de conseguir todavía para 1897 una cantidad especial de 500 francos, cosa que aún era posible entonces, porque la pensión de Misteli sólo gravaba al fondo a partir de enero del año siguiente; pero para apoyar su demanda necesitaba justificar una necesidad especial, por eso ruega al Dr. Oehler: «Nada más necesitaría contar con su expresa declaración de que los 500 francos son necesarios, quizá con una justificación algo más detallada», que parece que no llegó, ya que la solicitud no se llevó a cabo. Von der Mühll cierra su carta asegurando: «Haré todo de mi parte para que esta obligación de honor se cumpla desde ahora hasta el final, y me pongo a su entera disposición si, contra lo esperado y deseado, hubiera todavía de hacerse necesaria en el futuro una subvención.»

Felizmente ya no se hizo necesaria, cosa que, a su estilo patético, la Sra. Förster confirma al profesor Von der Mühll en una carta llena de divagaciones del 7 de septiembre de 1897: «El tutor de mi hermano me ha enviado una carta suya para que la responda. Aprovecho gustosamente la oportunidad para expresarle en esta ocasión lo muy agradecida que he estado siempre a la universidad de Basilea y a todos los que ahí se han interesado con tanto calor y ternura por mi querido hermano, evitando con ello preocupaciones a él y a mi querida madre. Mi vivo deseo fue siempre que la pensión de Basilea no le resultara imprescindible a mi hermano; muy a menudo él había expresado lo penoso que le resultaba gravar durante tanto tiempo a una comunidad tan pequeña... Si intento arreglármelas ahora con lo que aportan nuestros ingresos literarios comunes, si *no* ruego a la universidad de Basilea que siga pagando al menos una pequeña parte de la pensión, lo hago todo porque estoy imbuida por la idea de realizar en todas mis acciones los deseos de mi querido hermano, para lo que gustosamente estoy dispuesta a hacer cualquier sacrificio.» Tampoco su disposición al sacrificio fue requerida por la evolución posterior de los acontecimientos en y en torno al Archivo y al legado de Nietzsche. Pronto se las daría de «gran dama», como una potentada en buena situación.

Con la desaparición de la pensión de Basilea se rompió, sin embargo, la última relación positiva con «Basilea». A partir de entonces resultaron ociosas todas las inhibiciones y deferencias con respecto a Overbeck, y él hubo de servir cada vez más de blanco a la agresión de la Sra. Förster, cuando él no tenía otro deseo que le dejaran en paz y no tener nada que ver con el tráfago del Archivo. El 31 de marzo de 1897 había dejado su cátedra, el gobierno lo había jubilado como emérito en agradecimiento a sus extraordinarios servicios durante largos años y no quería ya más que gozar de sus últimos años tranquilamente y sin molestias. No se interpuso para nada en el «Archivo», pero tampoco quería que le inmiscuyeran en su actividad. La Sra. Förster, con sus incesantes ataques y pretensiones, le amargó radicalmente tal deseo. Con ello había surgido la infausta tensión entre Basilea y Weimar.

Las cartas citadas en este capítulo —sin ofrecer detalladamente las fuentes— van de acuerdo a los originales inéditos del archivo estatal de la ciudad de Basilea[236]: archivo de la universidad III 17/6, archivo privado 340/F 1 y legado de Overbeck en la biblioteca de la universidad 250.

Capítulo V
WEIMAR

(Julio de 1897 a finales de agosto de 1900)

Nietzsche sólo una vez se aclimató a una «sociedad», y fue aceptado y sostenido por ella: por las viejas familias basileas de los Burckhardt, Heusler, His, Merian, Sarasin, Thurneysen, Vischer, y él mismo poseyó un fuerte sentimiento de esa unión. Todavía el 20 de octubre de 1887, en la carta con la que acompaña su «Himno a la vida», escribe al maestro de orquesta basileo Alfred Volkland: «Entre la sociedad basilea... despertaría mucho interés. No hay ningún otro lugar donde se esté tan bien dispuesto frente a mí, viejo filósofo[121]...» Sus relaciones con el círculo de Wagner fueron de otro tipo. Aquí no se trataba de una sociedad de negociantes e intelectuales rectores (y acaudalados), sino de personalidades interesantes aisladas. Podían entablarse amistades, pero no atar amarras.

Estas desaparecen en gran parte, ahora, con el final de la pensión en 1897. Y en ese mismo año, con la muerte de la madre, había perdido también el *suelo* materno, Naumburg, que nunca fue su patria.

Nunca poseyó afinidad para con el «pueblo», ni tuvo anclaje en un cuerpo social; de ahí también sus salidas contra el nacionalismo de su tiempo. Ni en Basilea (donde ello venía dado por su puesto en un centro público de enseñanza), ni en Sils, Génova o Niza se creó una afinidad profunda con la población. El entorno de Nietzsche se redujo siempre y en todas partes a académicos y pequeña nobleza (o, como en Basilea, familias prominentes). Por eso no le parecía bien por parte de Jacob Burckhardt que de vez en cuando se encontrara con ciudadanos normales («filisteos») en las tabernas.

Sus fuerzas espirituales hacía mucho tiempo que lo habían abandonado, y ahora perdía también —sin conciencia de ello— los productos

de su espíritu, que habían pasado a posesión de su hermana. Y, por fin, también él mismo, su cuerpo vegetante, recayó en ella: se convirtió en un componente del archivo de su hermana, aunque en un objeto muy especial: un objeto de culto.

Ya el 1 de agosto de 1896 Elisabeth se había trasladado a Weimar con el Archivo. Afirmaba trabajar mejor allí, sobre todo en la biografía, recibir más estímulos, estar más cerca de las fuentes. Ciertamente, en comparación con Naumburg, Weimar era un entorno de gran estímulo intelectual. Y además sólo por eso de «con asiento en Weimar» el Archivo consiguió superior consideración, se equiparó externamente al de Goethe, y Elisabeth hubiera sido la última precisamente en vacilar en jugar magistralmente esa carta de triunfo. También era más fácil contar aquí con visitantes, con visitantes de relieve. Y ya no necesitaba además atraerse a los colaboradores del Archivo-Goethe de Weimar. Y precisamente tenía gran falta de ellos. Primero, en el otoño de 1896, se atrajo a Rudolf Steiner para que le diera clase de filosofía. El 5 de diciembre le propone ser editor en el Archivo-Nietzsche, cosa que Steiner rechaza estrictamente a pesar del repetido ofrecimiento. Pero, para no poca sorpresa suya, la Sra. Förster expandió la noticia de que lo había conseguido como editor. Esto produjo, naturalmente, tensión con el colaborador de hasta entonces, el Dr. Kögel, quien, para acabar de perder todas las simpatías del ama, se había prometido con la Srta. Gelzer de Jena. Kögel fue despedido en junio de 1897, Steiner perdió al mismo tiempo su «puesto de enseñanza». En el otoño de 1898 viene como nuevo colaborador el Dr. Arthur Seidl. Pero no tiene otra cosa que hacer que corregir las supuestas faltas de Kögel. Después de un año también él se despide y es sustituido por el Dr. Ernst Horneffer, al que se une más tarde su hermano el Dr. August Horneffer. A finales de octubre de 1899, finalmente la Sra. Förster consigue anexionar a Heinrich Köselitz al Archivo para la edición de las cartas (*cfr.* [121]).

En ese archivo, por tanto, las cosas suceden de modo realmente turbulento y poco sistemáticamente. El archivo se estableció primero en la Wörthstrasse 5. Pero esto no le bastaba a ella, no le parecía con suficiente relieve. Y ahora la Sra. Förster va a desarrollar una tenacidad y sistematismo sorprendentes. Consiguió que Meta von Salis, el 20 de mayo y para el 1 de julio de 1897, adquiriera por 39.000 marcos la casa «Silberblick» de la Luisenstrasse 30, con vistas sobre todo Weimar, y que la pusiera a su disposición como archivo[213]. Sobre la suave cadena montañosa que, al otro lado de la ciudad, acompaña y abarca el valle del Ilm, se levantaba ya el nuevo edificio del «Archivo Goethe y Schiller», inaugurado el 26 de junio de 1896, tras haberse ampliado el Archivo-Goethe, fundado en 1885, al conseguirlo en 1889 el legado de Schiller. El 20/21 de julio de 1897 Elisabeth pudo instalarse en «Silberblick» con el archivo, en principio. Hizo inmediatamente que vinieran obreros y jardineros

y procedió a transformaciones en la casa que hubo de costear la propietaria y por las que se disculpa más tarde, el 24 de agosto, ante Meta v. Salis, con esta fantasiosa excusa: «Así que el error fue, mi querida Meta, que yo consideré la casa como la casa de mi hermano[213].» Después se pone inmediatamente a conseguir hacerse con la propiedad de la casa y ofrece por ella a Meta v. Salis 40.000 marcos, cosa que logra todavía dentro del plazo de un año. El contrato de compra-venta está fechado el 1 de julio de 1898. Llega incluso a proponer que Meta v. Salis haga de aval hipotecario por la cantidad que ella no puede pagar. Finalmente la hipoteca de 19.000 marcos es aceptada por la caja de ahorros de Weimar. Los 21.000 marcos que ella misma ha de aportar, y que sólo el 1 de abril de 1899, tras varias promesas no cumplidas, salda con un resto de 14.470 marcos, los consigue de la venta de la casa materna de Naumburg en mayo de 1899 por 15.000 marcos, que seguramente no había pasado a ser herencia exclusiva suya. Por el momento «Silberblick» aparece formalmente como posesión de su primo y tutor de su hermano, el concejal Dr. Adalbert Oehler de Magdeburg.

La nueva casa-archivo ofrecía tanto espacio, después de todo, que Elisabeth pudo llevar consigo a su hermano para continuar sus cuidados, incluso con la fiel Alwine, para que esa prosecución no interrumpiera nada. Parece que el paciente en su apatía no notó la ausencia de la madre y que soportó bien el traslado a Weimar. El 8 de agosto tiene lugar dentro de Weimar el traslado de las personas de la Wörthstrasse a «Silberblick» —el mismo día expira mansamente en Basilea Jacob Burckhardt.

El traslado, o más bien la instalación de Nietzsche, hubo de ser un acontecimiento espectacular. «Un viejo conocido de Basilea, Ludwig von Scheffler, narra...: "Sobre el collado labrantío de enfrente se levanta un molino holandés roto... ¡No lejos de allí se está acondicionando una casa! ¡Realmente una fea casa! Como en el verano aparece allí tan abandonada, tan sin protección en medio del ardor del día, la ocurrencia del filisteo de Weimar no resulta tan desacertada cuando la llama 'Villa insolación'. ¿Cómo puede vivirse allí dentro? ¡Y sin embargo se vive! Un día mi hijo pequeño llega de la escuela excitado: '¿Sabes, papá? ¡Ahí en frente se ha instalado un filósofo loco!' Reprendo al muchacho pues mi sospecha se confirma muy pronto. ¡La hermana de Nietzsche ha venido a Weimar con el hermano enfermo! Voy al jardín y elijo las rosas más hermosas para un ramillete. Subo luego a la villa, allá en la altura, el corazón lleno de emotivos pensamientos que pertenecen al recuerdo de la juventud. ¡Como entonces en el Spalentorweg, una dama me abre la puerta! Reconocí inmediatamente la cara. Lo demás que pertenece a las mutuas explicaciones sucede en minutos de salutación afectuosa. La hermana de Nietzsche me conduce a una especie de salón. Ya entonces casi todo estaba dedicado piadosamente al recuerdo del gran hermano. ¡Sus retratos en las paredes, libros, manuscritos suyos por todas partes, colo-

cados ordenadamente, pero esparcidos por doquier! Luego, instintivamente nos vamos a la ventana a contemplar la vista. ¡Ante nosotros el molino! La Sra. Förster se refiere a él con ademán melancólico: 'Una imagen de nuestra existencia! ¡Sin alas!' Y supe a continuación que una admiradora suiza del filósofo había adquirido para él esa casa tan extrañamente situada. Aquí, en la tranquilidad y apartamiento, ella confiaba aún en una especie de curación de sus enfermos nervios»[50]. Elisabeth escribe a Meta v. Salis informándole sobre las primeras visitas: «Entretanto he tenido visitas muy agradables: primero el conde Kessler y después la Sra. v. Petery y pasado mañana viene Stöving,... ¿[Sabes] que el Dr. Meyer en Berlín ha comprado el cuadro de Stöving por 2.000 marcos y lo ha regalado al Archivo? El cuadro, desgraciadamente, está aún en una exposición y sólo llegará en septiembre. El conde Kessler es ahora nuestro consejero en asuntos bibliográficos, queremos sacar una nueva y pequeña edición del *Zaratustra,* la actual ha caído en el estilo de la lírica juvenil y femenina[213].»

En noviembre Resa v. Schirnhofer hizo una visita de tres días. Se trataba de su primer encuentro con la hermana de Nietzsche. En sus recuerdos[226] informa al respecto: «Era natural que Elisabeth Förster-Nietzsche me propusiera hacer una visita a su hermano, a pesar de que yo misma no hubiera manifestado tal deseo, pues temía que la amable imagen del recuerdo del tiempo de nuestros encuentros anteriores se ensombreciera por la impresión de su aspecto externo, alterado por la enfermedad... Inmóvil, ausente, cerrado en sí mismo, estaba sentado, como un autómata, allí donde una voluntad extraña lo había colocado. No recuerdo haber pronunciado una palabra siquiera de salutación, ni de haber superado la medrosa rigidez que me sobrevino ante esa persona muda que antes me resultaba conocida y ahora tan extraña... Así que, con tristeza, despedí, meditabunda, aquello que todavía podía moverse —por lo que se refiere a las ideas y a los sentimientos— detrás de aquella máscara externa, impenetrable en esa forma vital que llevaba en sí misma el sello del desamparo humano y en la que toda chispa de vida intelectual parecía extinguida. La Sra. Elisabeth quería saber algunas cosas sobre mis encuentros y conversaciones con su hermano y, entre otras cosas, me preguntó también por si él había hablado conmigo sobre Stirner y su libro *El único y su propiedad.* Reflexioné un momento y contesté después que no podía acordarme de haberle escuchado ese nombre. Esto pareció no satisfacerla e insistió formulando de otro modo la pregunta: si yo, con seguridad, por mis recuerdos, podía afirmar que él *no* lo hubiera nombrado. Tuve la impresión de ser un delincuente en interrogatorios ante el juez de instrucción y dije que sólo podía afirmar que ese nombre no se encuentra en mi cuaderno de notas de aquel tiempo ni en mi recuerdo de Nietzsche como pronunciado por él. Pero ella volvió varias veces a esa pregunta recibiendo simpre la misma respuesta.

Con ello, sin embargo, lo importante de la cuestión, si Nietzsche había conocido a Stirner, no estaba contestado, puesto que el que él no lo hubiera nombrado en mi presencia no quiere decir que no lo conociera. No obstante es muy explicable que la Sra. Elisabeth me hiciera esta pregunta ya que R. Schellwien (1892) y Henri Lichtenberger (1874) en sus estudios sobre Max Stirner hicieron algunos paralelos con las teorías de Nietzsche.» Hasta hoy no está decidida la cuestión de si Nietzsche conoció la obra capital de Stirner de 1845. Elisabeth (por motivos comprensibles) lo niega enérgicamente, Köselitz lo duda, Franz e Ida Overbeck estaban convencidos de ello. La Sra. Overbeck se acuerda con exactitud de conversaciones al respecto (¿quizá en 1874, con ocasión de la publicación de Lichtenberger?), y Franz Overbeck se apoya además en el testimonio de Adolf Baumgartner [Documento 18]. Por la misma época que Resa v. Schirnhofer vino también el escritor Karl Böttcher (1852-1909), que el 4 de diciembre de 1897 en el diario de Riga[54] y en 1900 en su libro *Por caminos de estudio*[58] describe sus impresiones: «Al entrar en la amplia habitación, iluminada desde dos lados, la encuentro vacía. Pero no, allí en el rincón, en el sofá detrás mismo de la mesa, reposa en bata una figura algo encogida... Duerme, el enfermo duerme en largas y tranquilas aspiraciones... Hundido, con los ojos apretados un tanto enfermizamente, pálido, reposando las manos sobre el pecho. La conversación con la hermana continúa en tono de susurro... Volvemos a la biblioteca... Tras algún tiempo entro otra vez en la sala de estar del enfermo. Ahora ha salido ya de su dulce sueño y está acurrucado en su silla junto a la ventana. La ancha espalda inclinada sobre un libro gordo en el que aparentemente lee, aunque lo mantiene al revés en la mano. Grandes, vivaces ojos brillan hacia mí: Es como si comenzara a buscar en sus recuerdos quién pueda ser ese hombre extraño que está ante él. Pero después vuelve e inclinarse sobre el libro, sin tenernos más en cuenta ni a la hermana ni a mí... A veces balbucea algunas palabras como en un monólogo. "En esta casa vivían muchas personas buenas"... y, más tarde, "He escrito muchas cosas bonitas"... Se le da un trocito de pan (¿pastel?); al parecer le gusta. "Este es un hermoso libro", dice con seriedad.

»No como Lenau, furioso y excitado, no; como en otro tiempo Hölderling, Friedrich Nietzsche está oscurecido por una especie de locura elegíaca; está tranquilo, se comporta dulcemente, pero sin pena ni alegría. Su actividad intelectual está plenamente destruida: apagada su memoria, apagado el juicio, apagada la fantasía; enmudecido el surtidor del espíritu, que en otro tiempo alcanzaba el cielo, brillantes en la tiniebla mental aquellos ojos azules... resplandecientes antes en el sol con la pompa más magnificiente de arco iris.»

Adalbert Oehler informa a Meta v. Salis[213] brevemente de que el 19 de diciembre ha estado por primera vez en «Silberblick». A parte de esto las noticias sobre el estado del enfermo, extinguido mentalmente, se ha-

cen escasas, pero estas pocas, todas ellas, contradicen plenamente la exposición que hace Elisabeth en su biografía, en la que afirma un nuevo despertar del espíritu, conversaciones razonables e incluso una cierta movilidad física, hasta que sufriera una recaída en el verano de 1898 que ella diagnostica como «débil ataque apoplético[86]». Así una sobrina, Marie Schenk, no dice más que esto al informar a Meta v. Salis desde Weimar el 22 de noviembre de 1897[213]: «El enfermo sigue pasablemente y parece irle bien el masaje que le da una mano experta.» Eso es todo.

El 12 de septiembre de 1898 escribe a Meta v. Salis: «La tía estaba tan contenta en julio con el estado del enfermo que casi abrigaba esperanzas de que pudiera darse un cambio para mejor. Pero, por desgracia, sólo se trató de una ilusión. Un profesor de Jena*, al que hizo venir la tía, dio la enfermedad por incurable.» A las fases de tal mejoría aparente seguían las recaídas que siempre llevaban un peldaño más abajo. Así en mayo de 1899 la hermana vuelve a tener la impresión de un «ataque de apoplejía», del que el paciente se recupera algo, de modo que Marie Schenk puede informar al mes siguiente, el 29 de junio de 1899: «El estado de Friedrich Nietzsche es muy variable. Ultimamente la tía Förster tuvo mucho miedo por su vida ya que él se pasó 36 horas tendido sin dar ningún signo de vida. Ayer me escribió mi hermana Martha desde Weimar que "su marido va ahora casi diariamente al Archivo-Nietzsche, ojalá que la dolencia de pies no depare aún más sufrimientos en el futuro al pobre enfermo; en cualquier caso, los cuidados se han hecho más difíciles por ello".

»Al parecer se ha abierto un pie, y eso tiene que resultar muy doloroso.»

El 30 de diciembre de 1899 Marie Schenk escribe a Meta v. Salis sobre una visita en septiembre de 1899 en la que es manifiesto, sin embargo, que ella no llegó a ver al paciente: «Friedrich Nietzsche parece que sigue pasablemente. Cuando estuve la última vez en Weimar, en septiembre**, la tía no se cansaba de exponer cómo su aspecto era mucho mejor y que, también por lo demás, su estado volvía a ser mejor. Pero eso siempre está cambiando y además la tía lo ve todo de color de rosa.»

Estos pocos testimonios ofrecen una idea suficiente del valor de este juicio y de las cosas tal como fueron realmente.

En mayo de 1898 Elisabeth hace que venga de Berlín el escultor Max Kruse para hacer un busto de mármol. Hoy ese busto está en Sils-Maria, después de que durante muchos años quedara casi olvidado. Entonces, sin embargo, gozaba de consideración —o Elisabeth consiguió que se le

* Probablemente Ziehen, de cuya visita habla Elisabeth «después de diez años» en su biografía (p. 924).

** Marie Schenk está casada desde el 24 de noviembre de 1898 con el pastor Gelpke (¡sobrino de Bernhardt Förster!) y vive en Langenroda, junto a Donndorf.

considerara. En cualquier caso, el gran duque de Weimar acudió hasta el archivo expresamente para contemplar ese busto. «Parece que el enfermo estuvo muy paciente durante las sesiones y que su aspecto era bueno, dadas las circunstancias.» Ya al siguiente septiembre Elisabeth hace venir de Dresden al escultor Arnold Kramer para realizar una estatuilla de Nietzsche. En los últimos meses de vida al pintor Hans Olde (1855-1917) le fue permitido pintarlo embebido en la contemplación de una puesta de sol. Sólo a visitantes escogidos les es permitido ver al enfermo, y en ello se percibe siempre una escena con el ánimo y el encanto de un ritual.

La descripción seguramente más entusiasta, excéntrica y exaltada nos la ofrece la baronesa v. Ungern-Sternberg, a la que Nietzsche había conocido en octubre de 1876 en el viaje a Sorrento como baronesa v. d. Pahlen, al relatar su última visita pocas semanas antes de la muerte de Nietzsche, o sea, en torno a julio de 1900[34,86]: «A ruegos míos encarecidos, tras tres días, se me concedería un reencuentro, deseado y temido —y a la vez que a mí, a todo un pequeño círculo de amigos íntimos, antiguos y nuevos. Para gran satisfacción mía conocí a Gast (Köselitz), el hombre con ese corazón sensible de oro y con esa cabeza de músico tan expresiva. Este simpático círculo lo completaban nuevos admiradores, un matrimonio joven con formación musical, personajes de la nobleza, no sólo de nacimiento, sino también de sentimientos... Al pobre doliente sólo se le ha podido ahorrar el suplicio de las ulceraciones de decúbito por un refinado sistema de cuidados inventado por ella [por la hermana], que consiste esencialmente en cambiarlo de posición y lugar cada dos horas durante el día. De ese modo llevaba una existencia pacífica, contemplativa, sin dolores físicos, protegido por un amor y un desvelo incansables, que se renovaban para él con cada sol... ¡Cómo me sentí cuando lo ví en la majestad de su ser, de la belleza tan infinitamente ahondada de su expresión anímica! La belleza de los ojos, especialmente, no cubiertos ya por las gafas, era realmente subyugante. De esas estrellas oculares profundamente tristes, que parecían divagar en la lejanía y, sin embargo, mirar hacia el interior, surgía una fuerza poderosa, un fluido espiritual magnético, al que no podía sustraerse ninguna naturaleza sensible. Cubierto de un ropaje blanco *, reposaba en un diván al que me acerqué vacilante, introducida por las palabras de la hermana: "Cariño, aquí te traigo a una querida amiga que hemos recordado juntos a menudo." Con ambas manos tomé la derecha suya, estrecha, enflaquecida —la misma que había conjurado sobre el papel esas series inmortales de ideas, *aere perennius*— y susurré: "Nos encontramos una vez, hace mucho, mucho tiempo, en Italia, en Génova y en Pisa." Examinando, pensativo, sus ojos reposaron

* La Sra. Förster observa al respecto: «En los últimos años de vida llevaba un largo vestido de gruesa tela blanca, al estilo de los ropajes sacerdotales de las órdenes católicas.»

sobre mí y buscaron después, moviendo la poderosa cabeza, en pregunta sorda, la mirada de la hermana, que le susurraba palabras afectuosas, llenas de amor y dulzura. Bajo las manos del maestro Peter Gast surgían del piano sones magníficos, poderosos acordes, que conmovían al enfermo como con fuerza de encanto y sacudían su organismo como chispas eléctricas. Un arrobo feliz se dibujaba en su rostro, todo el cuerpo se estremecía en excitación febril, y nueva vida traspasaba las manos translúcidas, entumecidas. Ellas rompían las cadenas del entumecimiento y se movían una contra otra en signo de aplauso. Nada le parecía bastante en esa manifestación de alegría; enmudecidas ya las cuerdas —pero ojo en ojo con la hermana, buscando y encontrando ahí elocuente simpatía— temblada la deliciosa emoción en una auténtica tormenta de entusiasmo, con gesticulaciones y aplausos que no querían terminar. Un espectáculo para dioses que me fue dado contemplar. Con ojos húmedos, trapasados de indecibles sensaciones, se retiraron los testigos de esa insurrección anímica. Un apretón de manos y lágrimas disolvieron la tensión del alma.»

¡Este fue el efecto de la ejecución al piano de Peter Gast! Tras un distanciamiento de años, incluso enemistad hostil, por parte de la Sra. Förster, ésta comenzó en abril de 1898, con el envío de un tomo recién aparecido de poesías de Nietzsche y con una dedicatoria personal, a ganarlo como colaborador imprescindible para el desciframiento de los últimos manuscritos. Köselitz reacciona ante ello todavía sarcásticamente y el 14 de abril de 1898 escribe a Overbeck[188]: «Casi me echo a reír con la dedicatoria escrita "Al Sr. Peter Gast, con los saludos más cordiales de la editora". Naumann ha sido vuelto a demandar ante el fiscal por la encantadora y angelical dama. Apenas sabe otra cosa que intranquilizar a las personas, torturarlas, vejarlas y juzgarlas con la injusticia más evidente. Al Dr. Kögel, que ha trabajado como un caballo de Trakehnen, lo llamaba "vago", etc. Yo, por mi parte, me alegro de haber cortado por lo sano con ella entonces, cuando la llama regresó de América.» La Sra. Förster espera ahora, sin prisas, a que su gesto de reconciliación vaya actuando, pero no por eso pierde de vista su objetivo, y el 15 de noviembre del año siguiente (1899) Köselitz escribe a Overbeck, que se sorprende no poco de ello[187]: «¡Querido Sr. profesor! En su cumpleaños estoy en espíritu con usted para desearle de todo corazón salud y felicidad, pero a la vez para rogarle que disculpe de nuevo el horrible retraso de mi respuesta a su última y amable carta. Incluso estas líneas van a llegarle demasiado tarde, puesto que estuve y estoy ocupado en exceso no sólo por la preparación de nuestro concierto de mañana en el museo, sino también por los cuidados de mi madre, de 80 años y enferma.

»El epílogo del Dr. Seidl al tomo VIII de Nietzsche lo recibí al mismo tiempo que usted. La pequeña edición, impresa en caracteres alemanes, a la que pertenece ese epílogo, todavía no está en el mercado.

»Estoy plenamente de acuerdo con su protesta, estimado Sr. Profe-

sor, puesto que parece que la Sra. Förster intentó escamotearle a usted y poner en su lugar... a la parisina Sra. Ott —aunque sólo en la página 455 del citado epílogo. Por cierto que el Dr. Arthur Seidl está fuera del Archivo desde hace algunos meses. Se fue a Munich, su ciudad materna, y *sin* indisposición con la hermana de Nietzsche. Ahora está allí el Dr. Horneffer, un hombre realmente extraordinario.

»¿Por qué sé todo esto? ¡Yo mismo estuve en Weimar del 11 al 14 de octubre! En el transcurso del año recibí varias cartas muy largas del Archivo, que no contesté. A comienzos de octubre llegó una carta que me encarecía *la edición de las composiciones musicales de Nietzsche* de tal modo que esta vez ya no me produjo ni risa ni llanto y que me pareció realmente aceptable. Casualmente tenía que hacer otras cosas en Weimar, con lo que no tuve reparos en subir hasta la magnífica Silberblick, ante la que queda Weimar aproximadamente como Florencia vista desde San Miniato. Nuestro reencuentro fue natural, como si no hubiera pasado nada. Sólo el tercer día llegamos a hablar de nuestras diferencias. Por desgracia no puedo comenzar la historia con el Dr. Kögel, puesto que me llevaría muy lejos.

»El Archivo está deliciosamente montado; Nietzsche, envuelto en un blanco vestido de franela, reposa el día entero arriba, en un diván, con no mal aspecto, muy tranquilo, con mirada soñadora y muy inquisitiva. Cuando le toqué al piano, muy suavemente, el *Priache spunti in ciel l'aurora,* parece que resurgió una luz de lo profundo de su borrada memoria: aplaudió sin fuerza alguna y casi imperceptiblemente con sus manos de Cristo. No creo que esta vez me conociera ya.

»Los escritos de Nietzsche siguen en la editorial de Naumann. S. Fischer, de Berlín, prepara sólo una edición de lujo del *Zaratustra* en 500 ejemplares, probablemente ornamentada al último grito puesto que la Sra. Förster dijo, al referirse a esto, que ella se lavaba las manos. Los derechos para esta edición especial la Sra. Förster los obtuvo de Naumann.

»A comienzos de diciembre volveré a Weimar: en mi primera visita, a causa de los muchos paseos, nuevos conocimientos, ojeadas en las actas a los acontecimientos de los últimos años y demás líos, no pude sino echar una mirada fugaz a las obras musicales con que se cuenta.

»Pero ahora tengo que acabarlo. Estoy ansioso por saber qué es lo que usted piensa de mi comportamiento. Para juzgarlo haría falta realmente mucho material, con cuya enumeración no puedo ahora comenzar tan siquiera.

»Con los deseos y saludos más cordiales para usted y para la estimada Sra., quedo siempre, en eterno agradecimiento, discípulo suyo Heinrich Köselitz.»

En realidad la Sra. Förster no tenía en mientes la edición musical, sino la de las cartas. Y en el material para ello se encontraban también trozos que Köselitz no podía siquiera enumerar: las duras e injustas ob-

servaciones de Nietzsche sobre el amigo como «majadero» y espíritu torpe, como carga. ¿Debía aparecer esto en la edición? ¿Y bajo qué condiciones la Sra. Förster estaba dispuesta a tachar estos párrafos y a renunciar a la publicación? Köselitz, en ese aprieto, ni podía ni debía siquiera pedir consejo a su viejo maestro tan respetado (*cfr.* [121]).

Cuando a comienzos de abril de 1900 la madre de Köselitz murió en Annaberg, él pudo trasladarse definitivamente a Weimar, donde se alojó al principio en la Lisztstrasse 22. El 4 de agosto de 1900 informa a Overbeck sobre su vida y sus impresiones (ya desde su nueva vivienda en la Luisenstrasse 13/II, o sea, más cerca del Archivo [187]): «Ha sido un tiempo muy movido este que queda tras de mí, y cuando creía poderle decir definitavamente *dónde* aproximadamente podía caberme el honor de volver a verle, todo cambiaba de improviso. Ahora las cosas están de tal modo que pienso quedarme *aquí* los próximos años: ¡sí, quiero casarme el 3 de septiembre! Con un amor que tengo hace ya 10 años: con la Srta. Elise Wagner, de Leipzig, que tiene ahora 26 años.

»Ahora, con el desciframiento de los últimos manuscritos de Nietzsche, así como con la revisión del *León de Venecia* (que ha de aparecer aquí en el invierno), estoy terriblemente ocupado, también socialmente. Estaba pensando, estimado Sr. Profesor, si usted no podría, quizá, hacer que su camino hacia Dresden pasara por *Franckfurt-Eisenach-Weimar*-Leipzig. Entonces me sería dado vivir aquí la tremenda alegría de volver a verle a usted y a su estimada Sra. No hay peligro alguno de que la Sra. Förster nos importunara. No da un paso por la ciudad, sólo anda en coche, con cochero y servidor de librea sobre el pescante. Se ha covertido en una auténtica dama de corte, muy solicitada por su amenidad en círculos aristocráticos y cortesanos.»

Así pues, en este momento Köselitz mantiene todavía una relación plenamente crítica y distante para con el ama del Archivo. La visita de Overbeck tuvo lugar en septiembre, aunque fue corta. Köselitz queda expuesto permanente y unilateralmente al influjo de la Sra. Förster, enemistoso respecto a Overbeck, y a él sucumbirá pronto, defendiendo incluso, al final, la hipótesis —sacada completamente del aire— de que Overbeck se había inventado la «leyenda» de la base sifilítica de la enfermedad de Nietzsche, debiéndose sólo la nota correspondiente del historial médico de Jena al influjo de sus informes. Era ésta una afirmación claramente rebatida por el testimonio de Binswanger, pero que, a pesar de ello, siguió defendiéndose obstinadamente desde el Archivo —por la Sra. Förster y Köselitz— en la controversia con Möbius después de 1902 *.

* Ver Documento 19.

El final

Desde los días de Alejandro el Grande se repite a menudo la triste imagen de que diádocos, epígonos y heréticos disputen sobre la cuestión de quién es el auténtico heredero de un gran legado —y de que, así, se alejen cada vez más de la sustancia, del espíritu de ese legado y, al final, lleguen a ensombrecer su imagen.

Mientras el cuerpo de Nietzsche vivía todavía, esas controversias se mostraban aún algo tamizadas, como relámpagos de calor en el horizonte. ¿Cuánto tiempo habría durado todavía esta reserva después de que el espíritu estaba muerto ya desde hacía once años? ¿Tanta fuerza tenía la magia de aquel lugar de culto, con su curiosa reliquia viva-muerta?

La definitiva liberación del paciente el 25 de agosto de 1900 trajo también la liberación de esa obligación devota. Pero abrió también las compuertas a todas las dispares corrientes de la exégesis de Nietzsche, que llegan a los polos antípodas de la veneración a un santo y del odio a muerte, todavía hoy.

¡Y cómo se destaca contra ese ruido y pelea el tranquilo despedirse de este valeroso paciente de una existencia trágica! Esta vez es la señora Mathilde Schenk-Nietzsche, la madre de Marie Schenk, la que el 30 de agosto de 1900 escribe a Meta v. Salis breve, pero reparadoramente y sin pathos: «La última semana el finado padecía de un catarro que se agarró también al pulmón. En la noche del viernes al sábado (24/25 de agosto) tuvo un ataque de apoplejía. El sábado por la mañana temprano, a las 8, mi marido fue llamado a casa de la Sra. E. Förster-Nietzsche y encontró al enfermo agonizando inconsciente, y temblando débilmente en manos y pies; entre las 11 y las 12 del mediodía dio su último respiro. El domingo por la mañana temprano mi marido fue a Röcken, por encargo de la hermana del difunto, para preparar y disponer todo para el entierro en la tumba familiar de sus padres... El martes por la mañana temprano el cadáver fue trasladado a Röcken.»

Elisabeth Förster puso como anuncio personal:

> «Hoy al mediodía, hacia las doce, falleció mi querido hermano Friedrich Nietzsche.
>
> Weimar, 25 de agosto de 1900»

El anuncio del Archivo fue firmado por Peter Gast, Arthur Seidl, Ernst y Ausgust Horneffer, e invitaba a las honras fúnebres en «Silberblick» el lunes 27 de agosto con el siguiente programa:

1. Canto de consuelo de las amigas de la Sra. Förster: «Sones» (poema de Claus Groth) de Johannes Brahms («Cuando un cansado cuerpo enterrado...»)
2. Alocución de Ernst Horneffer.

3. Canto de lamento de las mujeres: «Quae fremuerunt gentes» de Palestrina.

El programa musical delata al experto músico Peter Gast. En su juventud Nietzsche había puesto música a dos poemas de Groth, uno, aquel cuyo texto tomaría más tarde Brahms, habiéndose dejado estimular por otro para componer una pieza de piano (*cfr.* tomo 1, p. 89, 110, 116). Compuso también un «Miserere» a 5 voces, claramente bajo el influjo de estudios intensos de Palestrina[125].

El martes 28 de agosto, a las 4 de la tarde, tuvo lugar el entierro en la tumba familiar de Röcken[213]:

1. Repique de las viejas campanas (que ya habían tocado para su nacimiento, así como para la temprana muerte del padre).
2. Canto de un coro de hombres.
3. Alocución del alcalde Dr. Adalbert Oehler [ahora alcalde de Halberstadt]
4. Coro de hombres.
5. Palabras de despedida: Prof. Max Heinze, Carl v. Gersdorff, Dr. Carl Fuchs.
6. «Confesión» de Peter Gast.
7. Coro de hombres.
8. Palabras de despedida del cortejo fúnebre (todo citas tomadas del *Zaratustra);* después se cerró la fosa bajo una gran lápida, de la que Nietzsche había hecho obsequio a la tumba del padre *.

Fue ciertamente una celebración digna y conmovedora. Pero ¿apropiada al modo de ser y de pensar de Nietzsche? El siempre había exigido sinceridad hasta las últimas consecuencias, había luchado sin compromisos contra la apariencia. ¿Respondía la celebración a esa exigencia?

En el cementerio de una iglesia cristiana y bajo sus toques de campana se decían palabras de despedida tomadas del libro del anticristo Zaratustra. Y parece que nadie del cortejo fúnebre fue sensible a la tremenda ruptura, al abismo insondable, incluso, que se abría entre el lugar y la actuación, entre el deseo y la realidad.

Hubiera habido uno, quizá, que sufriera por ello: Overbeck. Pero no estaba presente. No dejó de estarlo premeditadamente, por recelo por ejemplo, como más tarde se le achacaría. Volvió a entrar en juego uno de aquellos acontecimientos desgraciados, que tienen a menudo consecuencias desproporcionadas.

Tras la carta alegre del 4 de agosto de Köselitz, Overbeck no esperaba ninguna mala noticia de Weimar. El contestó el 7 de agosto del mismo modo, pero, por precaución, hizo saber sus próximos planes[187]: «El jueves dentro de 8 días [=16 de agosto] vamos a los Vosgos, donde permaneceremos hasta finales de mes —Hotel de las 3 Espigas junto a Col-

* Ver Documento 20.

mar, en Alsacia. Desde comienzos de septiembre nuestro refugio será Villa Königswald en Klotzsche, junto a Dresden. En los días 20 del citado mes pasaremos pr Weimar y nada nos parece mejor que visitarle a usted unas horas en su nuevo estado.» Por alguna confusión momentánea —quizá pensando en su propia estancia allí mismo— Overbeck dirige la carta a *Dresden* en lugar de a Weimar. Así no llega nunca a Köselitz, sino que, pasado más de un año, el 25 de octubre de 1901, retorna a Overbeck en Basilea. De este modo Köselitz no conocía las direcciones de las vacaciones de Overbeck y dirigió a Basilea su misiva del 25 de agosto por la mañana temprano: «Lo que hace tiempo se temía —la muerte de Nietzsche— parece querer cumplirse hoy o esta noche. Estoy seguro de que usted vendrá para ver de nuevo el rostro del amigo inmortal —y si no, quizá, por estas líneas, sí ciertamente por un eventual telegrama que le lleve la triste noticia[187].» Cuando éste le llegó a Alsacia desde Basilea, era demasiado tarde para emprender el viaje, tanto a Weimar como a Röcken. Quizá fue esto una suerte para él y el destino ahorró a Overbeck el tener que despedirse de su amigo difunto en una ceremonia discordante. Así pudo conservarlo en su recuerdo vivo, como el ejemplo luminoso de una persona que soportó firmemente una vida árdua, en aras del cumplimiento de una tarea que él creyó que se le había impuesto —su amor fati—, y que dejó tras de sí una aportación, una obra que siempre quedará ante nosotros como un desafío y que si es verdad que, en su pluralidad de aspectos, ofrece muchas posibilidades de acceso y de explicación, difícilmente puede ser abarcada en su totalidad por *un* observador, ni ser medida por *un* investigador.

Ya sólo la tarea de contemplar a Nietzsche como persona, en su tiempo y en el flujo de los tiempos, en el contexto de su entorno y de las corrientes intelectuales que llegan hasta la antigüedad remota, supera cualquier medida acostumbrada.

Anexo I

DOCUMENTOS

«Documento núm. 1, correspondiente al volumen 2, pág. 373»

Archivo estatal de la ciudad de Basilea[236]: Certificaciones (protocolos y documentos varios) relativas a las vacaciones concedidas a Nietzsche en 1876/77, en sucesión cronológica (con reproducción íntegra de los textos que todavía no han sido publicados):

1. Instancia de Nietzsche al presidente del Patronato de la Universidad, Dr. Carl Burckhardt, fechadas el 19 de mayo de 1876, solicitando unas vacaciones (publicada en *Briefe. Historisch-Kritische Gesamtausgabe*, IV, pág. 276)[8].

2. Sesión del Patronato del 26 de mayo de 1876. Protocolo en el Libro de Actas de la Universidad (T 2,3/pág. 511): Sesión núm. 9,26 de mayo, estando presentes todos los miembros. El Sr. Prof. Dr. F. Nietzsche solicita que, dado lo deteriorado de su salud y con vistas a un largo viaje al Sur, se le concedan unas vacaciones para el año 1876-77, a partir del semestre de invierno. Va de suyo que para este año renuncia a su sueldo.

> Propóngase al Instituto de Educación la concesión de un año de vacaciones al Sr. Prof. Nietzsche. Que de su renuncia al sueldo no se haga uso más que en la medida en que tenga que proveerse a su costa la necesaria sustitución en el Pedagógico.

3. Oficio adjunto del Patronato con la solicitud al Instituto de Educación del 26 de mayo de 1876 (publicado en Stroux, pp. 82/83)[242].

4. Instituto de Educación; Sesión núm. 11 del 2 de junio de 1876: (Protocolos, S 4,5/pp. 168 y ss.) Presentes: Sr. Párroco Respinger, Sr. Ad. Burckhardt.

El Patronato de la Universidad y del Pedagógico eleva la propuesta de que se conceda al Sr. Prof. Nietzsche para el año de 15 de octubre de 1876/77 unas vacaciones que le permitan realizar un viaje al Sur. La solicitud se fundamenta en el estado de salud del Sr. Nietzsche. Al objetivo de mejorar éste une al Sr. Nietzsche la intención de visitar y conocer los lugares clásicos. El Sr. Nietzsche renuncia, desde luego, para todo el tiempo de su ausencia, a su sueldo, pero parece conveniente, dado que ha rendido servicios excelentes aún cobrando durante 7 años un sueldo muy bajo que sólo en los últimos tiempos ha llegado a alcanzar los 4.500 francos, no hacerle otro descuento que el de la compensación correspondiente a su sustituto en el Pedagógico, que ascenderá a unos 1.200 francos aproximadamente.

Procédase de acuerdo con esta solicitud.

5. Sesión del Patronato del 6 de julio de 1876 (Protocolos T 2,3 pp. 515 ss.):

Se somete a consideración el problema de la sustitución del Sr. Prof. Nietzsche, durante la duración de su permiso, como profesor de griego en la Tercera Clase del Pedagógico. El Sr. Presidente titular hace saber que el Sr. Prof. Mähly se pone a disposición para esta sustitución, siempre que se le quiten las horas de latín correspondientes a la Segunda Clase. De la información que da el Sr. Rector Burckhardt sobre el curso queda claro que una combinación de este tipo presentaría graves dificultades. Como, por otra parte, toda provisionalidad va unida a molestias y precariedades, parece conveniente crear sólo una situación de este tipo y no dos. A la vista de todas estas circunstancias se revela como lo más conveniente encargar de la sustitución al Sr. Dr. A. Burckhardt, que imparte lengua griega en las dos clases inferiores del Pedagógico y que a comienzos de este año ha hecho con éxito una sustitución en la Tercera Clase, a lo que se une que de las seis horas puede dar cuatro sin variación en la marcha del curso.

No se acepta el ofrecimiento del Sr. Prof. Mähly, decidiéndose encargar al Sr. Dr. Ach. Burckhardt que imparta, durante la ausencia del Sr. Prof. Nietzsche, su curso en la Tercera Clase. Su asignación para estas horas será la misma que la de sus restantes horas en el Pedagógico.

6. Protocolo del Patronato del 22 de octubre de 1988 (T 2,3 pp. 558/59): El Sr. Prof. Nietzsche solicita permiso para el próximo invierno en relación con el curso que imparte en la Tercera Clase del Pedagó-

gico. Todos los intentos de conseguir una mejoría en su estado de salud puestos en práctica desde hace un año se han revelado como inútiles y últimamente los médicos le han prohibido, para un plazo de años, toda lectura y escritura si no quiere correr el peligro de perder enteramente la vista. En la Universidad espera cumplir, al menos en cierta medida, sus obligaciones. El Sr. Nietzsche ofrece resoluciones relativas a toda su actividad aquí.

> Hay que interesar al Consejo Educativo para que haga efectivo un crédito adicional para la necesaria sustitución así como hay también que solicitar eventualmente al Sr. Dr. A. Burckhardt la prosecución de las correspondientes enseñanzas.

7. Patronato; Sesión núm. 15, lunes 5 de noviembre de 1877 (T 2,3 pág. 559):
Acuerdo del Consejo Educativo del 1 de noviembre autorizando en relación con la representación del Sr. Prof. Nietzsche en el Pedagógico durante el semestre de invierno en curso, unos honorarios para el sustituto, Sr. Dr. Ach. Burckhardt, de 190 francos por año y hora semanal.

2

«Correspondiente al volumen 2, pág. 395»

Allgmeine musikalische Zeitung[284]
Redactor responsable: Friedrich Chrysander
Leipzig, 24 y 31 de enero de 1877
Año XII, núms. 4 y 5.

«La Novena Sinfonía de L. van Beethoven»
(Conferencia pública impartida en Basilea el 29 de noviembre de 1876, con ocasión de una ejecución con la que se ha inaugurado la nueva sala de conciertos.)

Por S. Bagge

De la Novena Sinfonía de Beethoven he hablado ya, ciertamente, en este lugar, con ocasión, por cierto, de una imagen global de la vida y de la obra de Beethoven que intenté hace algún tiempo esbozar aquí*. Pero

* Aquella antigua conferencia acaba de aparecer impresa en la *Schweizerischer Sängerblatt.*

entonces apenas si me fue posible aludir conceptualmente a ella sino de modo muy breve. Hoy, ante la expectativa inminente de una ejecución innovadora y completa de la famosa obra en Basilea con ocasión de un acontecimiento especialmente solemne, tal vez no resulte en exceso inadecuado dedicarle una mayor atención con el intento, sin duda grato, pero no por ello menos difícil, e incluso sumamente difícil en más de un sentido, de poner a quienes la han escuchado o se disponen a escucharla en una posición capaz de hacerles más fructífera la tarea. Me refiero, claro es, al intento, de cara a quienes tal vez alienten el deseo de oír a un músico disertar concienzudamente sobre ella, de situar a éstos, en lo que hace a nuestra sinfonía, en el punto de vista más adecuado en la medida de lo posible, para su disfrute y comprensión. Dije «sumamente difícil» porque esta obra plantea cuestiones que son de la máxima importancia para el enjuiciamiento de la misma, cuestiones cuyo tratamiento y respuesta plenamente satisfactorios no les ha sido dado, sin embargo, en ocasiones conseguir ni siquiera a capacidades de primer rango.

Sería sin duda errado por mi parte silenciar algunas objeciones y reservas que se han formulado contra la Novena Sinfonía y pasar de largo ante ellas, centrándome de entrada en una apoteosis entusiástica. También en este respecto procuraré contenerme, para no verme encerrado en los límites demasiado estrechos de la alabanza y el homenaje.

Lo primero que, por su peso, saltan a la vista son todas aquellas manifestaciones que se refieren a las «dificultades desmesuradas de la ejecución». Un artista como Beethoven pudo e incluso tuvo que prever, sin duda, que a la técnica orquestal en progreso continuo vendría a resultarle no mucho tiempo después relativamente fácil lo que de momento podía parecer imposible. De poder aspirar la obra por su sola excelencia a la valoración positiva del futuro, como era aquí el caso, el creador de la misma podía desoír con toda serenidad de ánimo las quejas que, sobre todo en el ámbito instrumental, no tenían un peso considerable.

En ocasiones no demasiado raras se ha dado curso público a una segunda reserva contra la configuración formal de la Novena Sinfonía. Se trataría de una obra informe, ininteligible y desmesuradamente larga, poco gratificante, además, e incluso penosa, y a diferencia de las otras obras del maestro, no iluminada por el dorado rayo del genio. En los 52 años que tiene ya la Novena (fue compuesta en 1823/24, es decir, 3-4 años antes de la muerte de Beethoven, estando en situación ya de sordera absoluta) los puntos de vista han cambiado mucho; se ha hecho preciso aceptar y aprender a entender muchas otras producciones escasamente inteligibles, de vastas dimensiones y acceso nada fácil, de manera que a la luz de lo que ha seguido a la Novena Sinfonía ésta no puede menos de parecer hoy un puro producto celestial. Pero hay también, y en cualquier caso, que haber aprendido a adentrarse en el espíritu de un maestro, profundizando en él; no hay que exigir que un maestro se re-

baje, en cualquier circunstancia, al nivel más bajo de comprensión de un oyente y le ofrezca simplemente lo que de manera inmediata puede gustarle. No quiero con ello decir algo así como que el puro arte, que no precisa de comentario alguno, esté por lo general por encima de un arte para el que sólo con gran esfuerzo cabe encontrar la llave. Ni siquiera en lo que hace a la Novena Sinfonía es esto último el caso: sólo presupone una capacidad de comprensión adecuada a la cultura de la época y que hunda sus raíces en una relación estrecha con el arte; también, sin duda, una cierta libertad de espíritu respecto de los prejuicios, sobre todo respecto de los que acostumbran a importarse en razón a la música de otras naciones. La música alemana ha puesto en todas las épocas su empeño en querer y poder ofrecer algo más que un mero regalo para los oídos: un placer espiritual, una verdadera elevación del corazón. Y ninguna otra obra de Beethoven ofrece precisamente esto, y en medida tan alta, como la Novena Sinfonía.

Hay aún un tercer punto al que debo referirme, un punto relativo a algo que a menudo se ha esgrimido como un reproche contra Beethoven, en tanto que —desde otro ángulo, por supuesto— se ha derivado, a partir de ello, un elogio sobre la influencia renovadora de Beethoven y el viraje que su obra ha representado en la evolución del arte. Pero con ello entro en el terreno de los hechos históricos y me veo, en consecuencia, obligado a detenerme en dicho punto.

Se trata del uso del canto en una sinfonía. Algo en lo que los unos han querido vislumbrar (y no enteramente sin razón) una violación de la necesaria unidad del medio artístico, una abusiva mezcla de géneros artísticos, en tanto que los otros han preferido asumirlo como una hazaña liberadora, como una prueba de que el propio Beethoven consideró necesario el canto para conseguir una influencia plena para la música.

Que Beethoven no buscaba con su Novena Sinfonía cosumar ruptura alguna bien con el pasado, bien con el arte hasta entonces juzgado válido, ni menos entraba en sus planes consumar una revolución, es cosa que se desprende claramente de varios datos y circunstancias, que hasta hoy han sido mal interpretados o conscientemente ignorados. Ya el hecho de que no diera a su obra el simple título de «Sinfonía», sino: Sinfonía con coro final sobre el poema del Schiller «A la alegría», indica suficientemente que Beethoven consideraba y quería que los demás considerarán también su obra como una obra así compuesta a título de excepción; que percibía su final como un aditamento irregular que se había permitido añadir por una vez sin pretender en modo alguno que tal forma dúplice constituyera un progreso o viniera a representar la consecuencia necesaria de evoluciones anteriores. Nos encontramos también, en segundo lugar, con que Beethoven elaboró previamente, y asimismo, esbozos para una décima sinfonía en la que en principio no tenía que figurar canto alguno. Si Beethoven hubiera realmente pensado, como pre-

tenden los amigos de la «música del futuro» que sólo con la música instrumental no es posible conseguir un efecto pleno, habría resultado de lo más inconsecuente por su parte componer tras una sinfonía con canto otra sin él. No menos inconsecuente habría resultado por parte de Beethoven, de considerar en realidad el canto como artísticamente necesario, la decisión de limitar la introducción del mismo a la música orquestal; debería haber compuesto asimismo cuartetos y sonatas con canto, tal vez incluso con canto para una sola voz, cosa que, por fortuna, jamás se le pasó por la mente.

Ningún valor tienen, pues, todas esas disquisiciones sobre un presunto recurso necesario de Beethoven al canto para poder expresar sus últimas revelaciones *. Más bien habría que buscar la pauta explicativa de ello en sus vacilaciones y perplejidades sobre la forma mediante la que revestir el poema de Schiller. Este poema se había apoderado con tanta fuerza de él, había incitado de modo tan poderoso su fantasía, que no tenía otro camino, para liberarse de esta presión, que el de subrayar musicalmente el objeto que la había desatado. Ya los numerosos motivos melódicos que esbozó una y otra vez para las primeras palabras del poema nos hablan claramente de su perplejidad, de su lucha por encontrar la forma más adecuada y de su larga búsqueda de ella. A ello vino a unirse, ciertamente, otra cuestión. Beethoven percibió, sin duda, que no podía asumir ni llevar musicalmente a sus últimas consecuencias el poema entero en toda su vasta grandeza retórica. Como poema estrófico para coro había sido compuesto ya varias veces por aquellas fechas, pero esta forma no le atrajo, ya que le vedaba la posibilidad de afrontar musicalmente el rico detalle del contenido. Pero la decisión de componer el poema en toda su extensión, esto es, la decisión de ponerle música «letra a letra», como suele decirse a propósito de la alternancia contrastada de estrofas, hubiera tenido al fin que dar de sí una obra desmesurada y, en definitiva, aburrida. Beethoven, a quien la lectura misma debió despertar ya, sin duda, pensamientos tonales de tipo instrumental, sopesó en un principio la posibilidad de elaborar una obra vocal-instrumental. Y proyectó inicialmente —lo que no deja de resultar curioso— una obertura. Pero a la vista de lo inevitablemente limitado de su duración, la posibilidad de esta forma fue descartada enseguida; la sinfonía le procuraba, por el contrario, la ocasión de un desarrollo sin trabas, y, concretamente, las oposiciones y contrastes necesarios como para preparar y, en cierto modo, motivar la expresión de la alegría. Lo que el poema no ofrecía —los sufrimientos y luchas que preceden a la alegría—, he ahí lo que él podía expresar con la ayuda de la música instrumental, dando, además, al júbilo de la alegría un colorido potenciado con la aparición del canto. Beethoven se aferró a esta idea con entusiasmo, sin pensar que por ello

* *Cfr.* Franz Hüffer, *La poesía en la música*, Prólogo XII y texto 12.

habría quienes le reprocharían haber violado la unidad de los órganos sonoros y quienes, desde partidos musicales extremos, creerían poder descifrar en su proceder tendencias artísticas revolucionarias. Porque a decir verdad, se consideró autorizado para creer que había probado ya que con la música instrumental había alcanzado, en amplísima medida, los efectos más perfectos, cosa que le situaba, con toda razón, completamente a cubierto del temor de que la obra de su vida fuera discutida en razón a un *unicum*, a una obra de arte conformada de modo excepcional.

Tal vez con ello tengamos ya suficientemente explicado —o, al menos, con un grado de probabilidad aceptable— su paciencia en lo que hace a la disputada cuestión de la forma artística mixta, esa forma a que dio cuerpo y vida en la Novena Sinfonía. Es posible que el contenido musical y poético de la obra tomado en sus elementos individuales, esto es, al detalle, represente y constituya un ámbito de reflexión particularmente agradecido. En cualquier caso, permítanme ustedes entrar ahora en dos puntos del mismo.

Que Beethoven nunca quiso repetirse, sino que deseó y se propuso siempre dar cuerpo más bien, en cada obra nueva, a un contenido especial bajo las más diversas modificaciones formales, es cosa que figura entre sus características más conocidas. Si comparamos la Novena Sinfonía con sus predecesoras, lo que salta a la vista no es solamente la mezcla arriba citada de música instrumental y canto, sino un conjunto de puntos en los que Beethoven vino a mostrarse —por hablar primero de cosas musicales de orden formal— enteramente innovador. Cabría tal vez sintetizar lo esencial diciendo que en la Novena Sinfonía Beethoven no buscó tanto lo nuevo en el desarrollo contrapuntístico —terreno en el que era, por otra parte, inagotable—, como en las introducciones y revestimientos orgánicos. El principio de la preparación parece dominar la obra entera. Ya el final mismo, cuyo contenido principal es el canto, lleva una introducción preparatoria larga y harto singular. Los tres primeros tiempos son otra vez, como ya ha quedado dicho, una introducción preparatoria a este final. Pero también estos tres tiempos mismos (o, en cualquier caso, los dos primeros) tienen sus introducciones propias, que antes llamé orgánicas, puesto que no son introducciones de las que aparecen en la Primera, Segunda, Cuarta y Séptima sinfonía, es decir, tiempos lentos, que son antepuestos al primer allegro, pero que en cuanto a su materia temática, nada tienen en común con éste; se trata, en fin, de introducciones que hacen surgir lentamente ante nuestros ojos el tema futuro inminente. Así, sobre todo, en el primer tiempo se ofrece el devenir del tema a partir de un motivo más rítmico que melódico, a partir, en fin, de un protogermen, por así decirlo. Y en el segundo tiempo, el scherzo, plantea Beethoven primero el motivo principal en golpes resueltos en octavas y repetidos cuatro veces, antes de dejar sonar, tras una pausa general, el verdadero tema. En el adagio lo introduce mediante dos ca-

dencias muy singulares que, desde luego, no pueden ser, como antes, llamadas orgánicas, pero que se presentan, sin duda, como un revestimiento o preparación maravilloso. Estas dos cadencias recuerdan las dos notas de la introducción que envió a Londres para su ulterior unión al adagio de la gran sonata en bemol op. 106. Pero, sin discusión alguna, la introducción más interesante es la del final mismo, que está tejida, en parte, a base de materia nueva, en parte a base de resonancias de los tiempos anteriores y en parte, por fin, a base de anticipos y premoniciones del tono instrumental del futuro tema de la alegría: una curiosa disposición. Nada parecido había intentado, en cualquier caso, Beethoven hasta el momento.

En lo que afecta, por lo demás, a la forma de los tiempos, en lo esencial ésta es, si se prescinde del final, la misma que la firmemente acreditada de la sinfonía o de la sonata, con modificaciones no importantes en la disposición, cambios de tipo de tono, etc., modificaciones entre las que destaca una, la más importante, a la que voy a referirme brevemente acto seguido.

En el primer tiempo se separa Beethoven de la repetición —hasta ese momento usual en él y asimismo mantenida en las precedentes ocho sinfonías— de la primera parte, tal vez con desventaja para la primera impresión, dado que es posible que el contenido rico y de lo más singular de aquélla no sea enteramente comprendido en un primer momento. Pero es de suponer que Beethoven tendría un buen motivo para ello, un motivo que si no me equivoco se cifraba, precisamente, en el devenir y surgir del tema, que no se proponía presentar dos veces en el mismo tipo de tono y coincidiendo en todos los puntos. Que Beethoven no compusiera, a diferencia de lo usual, el tiempo en el tono mayor paralelo *fa* mayor, sino en *si* bemol mayor, es cosa que resulta, sin duda, interesante para el músico, pero que tal vez no esté exenta de una muy particular efectividad estética, que aquí se impone dilucidar con mayor destalle.

El scherzo llama la atención por su diseño amplio y grande. Este trozo de la sinfonía no era anteriormente, en cuanto minué, más que un breve intermedio, un animado punto de reposo entre movimientos trabajados con mayor seriedad. Beethoven dio esta vez en componer, de acuerdo con la gran extensión del todo, una pieza extraordinariamente amplia, pero también magnífica. No se trata sólo de que las partes principales sean, en sí, muy largas, sino de que cada una de las partes pasa a ser interpretada dos veces, e incluso tras del llamado trío, donde por lo general las repeticiones desaparecen, viene a exigir, para la primera parte principal, repetición. Sólo un hallazgo tan rico y libre como el aquí desarrollado por Beethoven podía librar de todo aburrimiento en su ejecución y procurar, a pesar de su extensión, un placer complejo. A lo que hay que unir el dato de que también aquí recorre el ámbito tonal entero, y la audacia de las modulaciones, así como los medios auxiliares rít-

micos, despiertan en todo músico y amante de la música asombro y admiración.

En la medida en que Betthoven abandona la unidad del ritmo y del tempo y recurre a un tema en ritmo 3/4 más movido, el adagio se desvía de un modo singular de lo acostumbrado. Algo de todo punto insólito para aquellos tiempos, de no haber podido tomar nota ya, en tal o cual punto de las obras tempranas del propio Beethoven, de libertades análogas.

El final se presenta, por fin, a primera vista como un convoluto de piezas yuxtapuestas de modo rapsódico. Pero la forma de fantasía a que aquí se recurre no es, en sí, nada nuevo; fue más bien utilizada ya de modo magistral, como es bien sabido, por Mozart. En este caso concreto puede decirse que su uso ha quedado reservado, en lo que hace a Beethoven, para la sinfonía. Por lo demás, la forma que es, en sí, libre, ha sido nuevamente disciplinada, dado que Beethoven escogió, a la vez, la forma de las variaciones. El tema al que Beethoven dio vida para las primeras palabras del texto —«Alegría, hermoso destello divino»—, recorre bajo las conformaciones más diversas, y presentado de modos varios, el tiempo entero, constituyéndose así en un genuino hilo de Ariadna con cuya ayuda es posible atravesar, hablando en términos puramente musicales, el movimiento entero hasta su estadio final; lo único que hay que hacer es reconocer el tema en sus diversas metamorfosis. Nos encontramos así, en efecto, con que es, en realidad, la materia temática constante, por ejemplo, de la pieza en forma de marcha en *si* bemol mayor 6/8 y del subsiguiente fugato orquestal, de la doble fuga en *re* mayor 6/4 que viene poco después y de las figuras orquestales del último allegro, aunque alternándose o combinándose con el motivo, y sólo con él, del «Dejaros abrazar». A la vista de todas estas circunstancias difícilmente cabría hablar de una escisión interna de la forma: no hay que contar sólo con la presencia unificante de un posible vínculo indeterminado de tipo espiritual o sentimental, sino con la de un vínculo puramente musical muy determinado, y con ello creo que podría darse por refutado, en lo que hace al final, cualquier reproche que viniera de este lado.

Que esta Novena Sinfonía de que estamos ocupándonos ahora dé enormemente que pensar al músico, en sus aspectos formales, y le ofrezca una materia casi inagotable de admiración y estudio, es cosa, pues, que parece clara. Y, sin embargo, todo ello se revela como el aspecto menos relevante de la cosa si pasamos a considerar el citado reproche a la luz del lado ideal o poético de la obra y si dejamos que su grandiosa realización actúe sobre nosotros.

Beethoven se impuso el propósito, como sugeríamos arriba, de hacer recorrer a sus auditores la escala entera del dolor y de la alegría, y no sólo, ciertamente, del dolor y de la alegría del individuo, sino que, como indicaba en mi conferencia anterior, su espíritu, intensamente preocu-

pado por los destinos de los pueblos, y de la humanidad misma, se situaba activamente al hilo del poema de Schiller y de las ideas de igualdad y fraternidad que tanta atención reclamaban de todos los espíritus pensantes de la época, totalmente de su lado. Y bajo la profunda irradiación de estas ideas, que tanto le impresionaron, creó su obra. Para fijar y dar cuerpo artístico a dicha escala dispuso el contenido de los cuatro movimientos fácticamente como sigue: en el primer allegro el dolor y la revuelta poderosa contra el *fatum* tenían que tomar la voz de forma genuinamente patética. A ello debía seguir una reivindicación del humor y su sentido positivo en el scherzo, pero en un estilo lo suficientemente grandioso como para hacer honor a lo grandioso del objeto. Lo burlesco tenía que hacer también acto de presencia, desde luego, pero sólo en segunda línea; el humor tenía que ser, hablando en términos generales, agudo y corrosivo, incluso próximo, al hilo de todo ello, al escarnio. Un adagio profundamente cargado de vitalidad sentimental tenía que procurar, acto seguido, un contraste reconciliador, un adagio llamado a pintar, al mismo tiempo, las alegrías divinas. Alegrías que no le son concedidas al hombre sobre la tierra, de modo que no puede aspirar a otra cosa, en lo que a ellas hace, que a intuirlas y asumirlas como premio —futuro— a sus luchas y esfuerzos terrenales. De ahí que el final dedicado a la expresión de la alegría comience, primeramente, con el agudo contraste entre un grito desgarrado y una serie de preguntas planteadas a la justicia eterna, en forma de recitativos instrumentales, y cuya respuesta va calmando poco a poco la tormenta y abriendo el corazón a la alegría, una alegría que ahora puede percibirse suavemente como melodía instrumental para parecer, acto seguido, que llena poco a poco el espacio entero. Pero nuevamente se ebredan las cosas, las pasiones despiertan y nuevamente surge la amenaza de una victoria del dolor; en ese momento irrumpe el canto y comienza a desplegar su probado poder sobre el corazón humano. Con ello se disuelve el maleficio del mal y en adelante la paz y la alegría acentúan su presencia viva de la mano de las palabras de Schiller hasta la consumación del todo en un ditirambo entusiástico. Volvamos ahora nuestra mirada, con mayor detenimiento analítico, a los tiempos, considerados uno a uno, y observemos mediante qué medios artísticos especiales ejerce Beethoven tal efecto sobre nuestra fantasía, mediante qué medios le es dado, en fin, dirigir nuestros sentimientos de acuerdo con sus objetivos y conseguir unificar el disfrute de una obra tonal mediante asociación de ideas con un disfrute espiritual y poético capaz de conmover y apoderarse del ánimo.

Especialmente singular es ya el comienzo del primer movimiento. Esa vibración de las quintas vacías *a-e* sin tercera suficiente, que hace más bien que el protogermen del tema vacile, lleva a pensar en el trémolo monótono e indeterminado de una materia que carece aún de forma; de ahí que se haya dado en comparar también este comienzo con

un caos. Hay algo angustioso en este vacío para el sentimiento tonal y la vida nerviosa demasiado sensibles: es un paso preparatorio indudable para la audición, desde un talante ya adecuado, de cosas máximamente serias, incluso inauditas. Y al cabo de 16 movimientos irrumpe, en efecto, el tema en *re* menor, como fundido en metal, nítidamente marcados sus rasgos, como símbolo de una fuerza crecida para acoger en sí todos los demonios del mal. El ritmo dentado y el unísono, que marcan el magnífico y enjundioso tirón, nos cautiva también, atravesando de arriba abajo, mediante dos octavas, el trítono en *re* menor. Este tema acoge en sí, como quiero subrayar de pasada, un número considerable de pequeños motivos, de los que cada uno posee suficiente autonomía como para producir, a partir de sí mismo, nuevas formaciones, como viene, sin duda, con su enorme fuerza para los desarrollos temáticos, a conseguir Beethoven con gran riqueza en la obra. Este tema viene aquí, desde todos los lados, únicamente subsumido bajo los temas principales de Beethoven, y no resulta comparable con ninguna otra cosa. A través suyo el primer movimiento recibe una coloración muy específicamente austera y, sin embargo, enérgica, que se mantiene, por cierto, presente incluso cuando irrumpen otros motivos; así, por ejemplo, los breves motivos laterales, que aparecen en la transición del movimiento a *si* bemol mayor, son, ciertamente, de carácter bien consolador, bien suave, pero, en cualquier caso, de un tono tan serio que el carácter del todo no se ve parturbado ni un momento. Pero el primer movimiento alcanza su punto de culminación en dos lugares. Por un lado, tras la ejecución en la segunda parte; por otro, al final del movimiento.

Una vez que ya a comienzos de la segunda parte ha despertado Beethoven en nosotros un interés máximo con la entrada, tan sencilla, y, sin embargo, maravillosa, del pianissimo en *re* mayor (tras de las quintas vacías *a-e*), con el canto del cambio de tema en *sol* menor, con el magnífico paso en ritardando de los instrumentos de viento, con el potente fugato en do menor que empieza acto seguido, etc., etc., se lanza de una vez tras un breve *crescendo*, al acorde en sexta en *re* mayor, *fortissimo*, y hace entonces que el caótico juego del motivo del comienzo de la sinfonía pase a escucharse de un modo totalmente distinto. Los timbales hacen rodar, en efecto, un trueno ininterrumpido; los instrumentos de viento dan consistencia, actuando a una, a aquella quinta vacía; los contrabajos danzan alrededor en saltos de octava, como si fueran golpeados por torbellinos de corriente; por fin parece querer desarrollarse el tema en su plenitud, pero no puede emerger con la nitidez que le corresponde en el tumulto reinante. Hay que haber oído algo parecido, y, de ser posible, como coejecutor desde la orquesta misma, para tener una idea aproximada de los juegos a un tiempo terribles y magníficos que impulsan y crean los tonos. El paso de la impresión de una catástrofe, como si cielo y tierra desarrollaran entre sí una lucha destructiva. El otro paso al final del mo-

vimiento corresponde al *basso ostinato*, una figura de dos compases que se repite siete veces de *pp crescendo* a *ff*, y en torno a la que arriba los instrumentos de viento desarrollan una maravillosa melodía de queja; acto seguido irrumpe, sin embargo, una de esas explosiones de dolor a las que sólo Beethoven es capaz de dar vida, sin caer en el recurso de hacer música no artística. El cromatismo celebra aquí su triunfo, habiendo llegado ya, sin duda, y conviene subrayarlo, a un punto en el que no puede ser superado sin abandonar el terreno del arte genuino.

En el scherzo muestra Beethoven, ante todo, nuevamente su gran arte sinfónico en el hallazgo de estos temas, que pueden ser asumidos por cualquier instrumento y que pueden ser desarrollados, también, con efectos muy peculiares. El tema de este scherzo comienza con un motivo en ritmo puntado, conteniendo un salto en octava. Nada hay más sencillo que esta figura; pero precisamente esta sencillez la convierte en universalmente utilizable; incluso los timbales, normalmente ajustados para quintas o cuartas, funcionan perfectamente, en esta ocasión, por obra de la voluntad de Beethoven, en octavas. Sólo que es de todo punto inaudito lo que Beethoven hace surgir, no sólo temáticamente, de este motivo de tan escasa apariencia. ¡Qué efectos de humor agudo, se diría que incluso de mofa sarcástica, consigue poniendo en obra los diferentes instrumentos tonales! Escuchar cómo se agolpan aquí en tumulto, saltando en octava, no sólo los timbales, sino asimismo las trompas de caza, usualmente tan pacíficas, es cosa, sin duda, de lo más singular. Me refiero al lugar de la segunda parte en el que tras el *pianissimo crescendo* el tema es llevado a *fortissimo*. Brilla aquí toda su luz, aparte de la habilidad de Beethoven para extraer todas sus posibilidades a los instrumentos, su genio para las configuraciones rítmicas. Que hay grupos de composiciones de tres y cuatro compases es cosa que ya se sabía, obviamente, con anterioridad a Beethoven, y ambas modalidades se han utilizado. Pero pasar repentinamente del ritmo de cuatro compases al de tres, y de éste nuevamente al primero, con fines de expresión humorística, es cosa que con anterioridad a Beethoven no se le había ocurrido a nadie. Este paso (figura en la segunda parte, antes de aquel lugar de las trompas) es de un efecto burlesco, a lo que no dejan de cooperar lo suyo los restantes instrumentos que se tocan, principalmente los timbales, los fagots y otros instrumentos de madera. Tanto más agudamente suena acto seguido ese paso en *fortissimo*, donde sin cesar en ningún momento el acorde entero en *re* menor de las trompas y trompetas en los citados saltos en octava y ritmo punteado, se desarrolla el tema entero, que viene, no obstante, construido asimismo sobre los tres acordes principales del tono. Esto también es humor; sólo que a un humor de este tipo se le conoce, en la vida corriente, como «humor negro» y Beethoven puede ser igualmente caracterizado, en su condición general de inventor del humor en la música, como el inventor de este tipo de humor.

Del modo más encantador suena después el trío en *re* mayor, que tiene todo el aire de una canción precoz de victoria, aunque a la vez el acompañamiento de los fagots no deja de conferirle un aire cómico.

¿Y cómo alabar ahora con palabras el siguiente adagio? El propio Beethoven parece haber elaborado aquí un fiel trasunto de los mismísimos cantos del Elíseo, porque se trata de tonos y sonidos que parecen de otro mundo, de un mundo mejor, en el que todas las pasiones callan, y en el que no hay ya cólera ni odio. Así podemos imaginarnos, de manera más o menos aproximativa, las figuras bienaventuradas que flotan en el Elíseo, sin dar muestras de alegría ruidosa, pero con expresión de felicidad, mientras su recuerdo se vence del lado de los amores lejanos de los que hubieron de separarse. Son cosas que se sienten mejor de lo que pueden expresarse. Pero si se pregunta con qué medios consigue dar vida Beethoven a esta impresión, la respuesta se presenta difícil; en realidad, lo único que se puede decir es lo siguiente: ¡con los más sencillos! Una melodía en tonos de tirada larga, en intervalos sencillos, pero incisivos, que suben y bajan; luego contrapunteados, pero obviamente no sólo con fines de adorno, sino formados de nuevo en sí mismos del modo más cargado de expresividad. Unase a ello una armonía muy sencilla, formada con los acordes más simples del tono, pero capaz de unirse estrechamente a todos los tonos de la melodía, sin la menor ostentación o propuesta exagerada de pasión; todo esto protagonizado por los instrumentos espirituales, los instrumentos de cuerda, no actuando los de viento sino como mero trasfondo o escenario; una composición pura como el sonido de las campanas, libre de cuanto pudiera molestar como disonancia áspera. Más lejos no puede ir el análisis de aquel efecto; lo verdaderamente espiritual del mismo es indecible, se evade a toda averiguación y permanece ante nosotros como un enigma.

Permítanme, de todos modos, que aluda todavía a algunos momentos particulares de este adagio, en su condición de pensamientos tonales especialmente singulares y hermosos. Se trata aquí otra vez, como tan a menudo ocurre en Beethoven, de esos pasos que posibilitan transiciones o que hacen de eslabón mediador, así como de anexos o codas, que en otros compositores acostumbran a venir tratados de modo escueto, con brevedad o al margen, en todo caso, de cualquier relevancia efectiva. Es el caso, por ejemplo, de las introducciones llenas de sosiego y firmes, a la vez, con su carga de presentimientos, al segundo tema en compás de 3/4. Después esa composición media primero en *mi* bemol mayor, después en *mi* bemol menor, que pasa finalmente a *do* bemol, en la que los instrumentos de viento enlazan, en pasos tan maravillosos, con el motivo del primer tema, siendo, a la vez, acompañados, de modo no menos llamativo y curioso, por el *pizzicato* de los intrumentos de arco. A ello hay que unir la magnífica transición armoniosa a la segunda variación de los violines. Finalmente la coda entera, pero sobre todo el final ínte-

gro con el solo de timbales y sus sonidos en *la* y *do* mezclados. Beethoven es de hecho un artista tonal sumamente generoso, que, una vez que nos ha dado lo mejor de sí en sus melodías principales, no duda en verter sobre nosotros en todas las partes secundarias de su obra una verdadera plétora de bellezas.

Llego así al Final, al que cabría calificar casi como una obra de arte autónoma, de no hacer acto de presencia en su introducción instrumental ecos de motivos de las primeras composiciones, incluyendo citas, que obligan a volver a ellos la memoria. Con este final abandonamos el dudoso y delicado suelo de unas interpretaciones siempre y en cualquier caso subjetivas, entrando en tierra más firme, en la medida en que el texto nos transmite representaciones poéticas muy determinadas y no nos queda ya sino reparar en los medios tonales a los que Beethoven recurre con el fin de hacerles justicia musical, o acaso aún más exactamente para elevarlos a un mundo algo fantástico, pero también a una atmósfera más alta, llena de aroma y esplendor.

Cierto es, desde luego, que en la Introducción, sumamente diversificada y rica en configuraciones múltiples, se apodera de nosotros cierta impresión de perplejidad, que nos lleva a preguntarnos una y otra vez qué puede significar todo eso. Desde mi punto de vista, y como ya puse antes por escrito, Beethoven intenta mezclar y reunir aquí una vez más, en contrastes agudos y llenos de fuerza, alegría y dolor, con el fin de acentuar y potenciar, haciéndola así más efectiva, la expresión de la victoria final de la alegría. El modo como comienza esto es tan original como grandioso. ¿Quién ha osado interpretar, antes de la Novena Sinfonía de Beethoven, un recitativo con orquesta de contrabajos? ¿No es acaso un rasgo de finura y agudeza preparar el camino de éstos con recitativos que han sido tomados de la música de canto? Y no menos cierto resulta que para estos pasos que suenan con la rara fuerza de aldabonazos genuinos, pocos instrumentos podrán revelarse tan apropiados como precisamente estos contrabajos y violoncelos. Es posible, de todos modos, que el motivo principal de Beethoven para ello deba buscarse en el hecho de que la parte del Final correspondiente a los contrabajos dirija a la vez el coro. Toda la melodía principal de «Alegría, hermoso destello de los dioses» hace en principio acto de presencia instrumental como *solo* y en los bajos. El comienzo del canto es un solo de bajo o de barítono, y es de nuevo y una vez más la voz de barítono lo que primero entona esa melodía, como voz baja de la composición.

Maravilloso es asimismo el paso del sobrio y aún amargo *la* en que aquellos recitativos se mueven inicialmente al *do* luminoso, una vez que el motivo de la alegría ha podido percibirse ya en cuatro compases. No menos bella resulta, por otra parte, la estructuración del tema que ahora se despliega de abajo arriba, y tanto el desarrollo en tres voces, al hilo del que violoncelos y violines llevan la melodía al puesto del tenor, in-

terpretando a la vez los fagots entre ellos y el bajo una voz media de lo más singular, como también el siguiente desarrollo en cuatro voces, con la magnífica contramelodía del violoncelo. Elevándose del *pianissimo* al *forte,* esta composición muestra ya sin canto cómo y en qué insuperable medida pueden expresar los instrumentos la alegría.

Llego, por fin, a las composiciones y pasos de orden vocal, que no dejan de venir, de todos modos, interrumpidas en algunas ocasiones por ritornellos, introducciones, etc. De las ocho estrofas del poema, Beethoven sólo recurrió a tres, junto con un estribillo coral, y todo ello de acuerdo con un orden sumamente libre. Para el desarrollo no dejó, de todos modos, de necesitar un tema principal capaz de permitir modulaciones diversas, y acto seguido uno o varios temas secundarios como contraste; y el músico contrapuntístico que había en él le exigía que por lo menos dos de estos temas pudieran ser cantados al mismo tiempo; tenía, pues, que haber algo así como un doble contrapunto, que evitara la posible transposición de las voces entre sí. Beethoven encontró este tema al poner junto a la melodía principal «Alegría, hermoso destello de los dioses», etc., y frente a ella, un motivo del «Dejaos abrazar», disponiendo todo ello de modo que pudieran combinarse a la vez con aquella melodía. Para las «modulaciones» del primer tema arriba citadas recurrió a contrapuntos desarrollados al modo de variaciones rítmicamente transformadas en su configuración. A este grupo pertenecen los pasos del cuarteto en solo (más adelante cantado también por el coro): «Alegría beben todos los seres», etc., a lo que hay que unir la pieza en *si* bemol mayor, en 6/8 compases, y en forma de marcha, donde la transformación en triple ritmo con síncopas hace que el tema parezca enteramente nuevo; y finalmente esa fuga doble en *do* bemol mayor, 6/4, al hilo de la que el cambio resulta menos fuerte. A esta materia temática hay que unir aún, asimismo, un énfasis singular y específico en unas palabras que, según parece, causaron gran impresión al propio Beethoven y a las que éste no pudo menos de dar vida tonal con los más impresionantes motivos: «Vais cayendo a millones en el precipicio», etc. Si consideramos todo esto con mirada poética, queda claro que no encontramos simplemente el todo correspondiendo puntualmente al sentido del poema: muchos detalles y puntos son de una efectividad tan propia y específica sobre la fantasía y el sentimiento que no resulta fácil sacar un balance de las causas secretas de todos estos efectos, ni menos hacerles exacta justicia. Tal ocurre, ante todo, a propósito de aquella marcha en *si* bemol mayor. ¡Qué disposición tan pintoresca la suya! Las palabras del poema —«Alegre, como el héroe que camina a la victoria»— ayudaron, sin duda, a que en la fantasía de Beethoven tomara cuerpo la imagen de la marcha triunfal de un héroe. Primero sólo se oye, como de lejos, el bajo; acto seguido, algo más. Finalmente la marcha ascendente parece sesgarse de un lado, el sonido viene de pronto a nosotros antes de lo esperado, y la melodía, como si una

embriaguez báquica se hubiera apoderado de ella, encrespándola, resuena en los instrumentos de viento y en las trompetas, tan adecuados a tal efecto, con el accesorio de la llamada música de jenízaros. Sobreviene un solo de tenor, llamado, sin duda, a indicar al héroe mismo o a su heraldo, seguido de un coro de hombres; y todo ello de la mano de la melodía de la alegría, tan encantadoramente dispuesta. Primero todo asume el carácter de un ser genuinamente bacante y salvaje; los instrumentos se sosiegan unos a otros en una fuga cuyo tema viene igualmente formado a partir del motivo de la alegría, hasta que el coro entero irrumpe con el tema sencillo, si bien prosiguiendo la orquesta su salvaje avance. De repente calla todo, y las voces masculinas, parejamente a un coro sacerdotal que sólo canta al unísono, como en el caso de los viejos griegos, entona el «Dejaos abrazar, millones», repetido como motivo genuino por el coro entero. Pero lo que ahora sigue es de lo más peculiar. Tanto si Beethoven tuvo en el pensamiento los tres tonos inmediatos del estilo de Palestrina, o incluso curiosidades musicales todavía más antiguas, como si no, lo cierto es que nos sentimos inmersos en un mundo de todo punto extraño cuando Beethoven hace entrar sus bajos y tenores al hilo de las palabras «Hermanos, sobre la tienda estrellada» en un tipo de tono que queda sobremanera lejano; y seguidamente el perfecto *fa* mayor del coro resuena como el clamor del órgano puede hacerlo en una iglesia. Pero con ello no se da nuestro músico por satisfecho, y el paso gana ininterrumpidamente en originalidad y belleza. Primero ese canto maravillosamente cautivador en *sol* menor «Vais cayendo», que en una música de iglesia no podría ser expresado de modo más piadoso; después las elevaciones de la armonía mediante los llamativos sonidos triples hasta el *mi* mayor, momento en el que la totalidad de las voces entonan del modo más alto el «Debe vivir sobre las estrellas» *forte*. Acto seguido, la representación de sublimidad se transmuta repentinamente en la de infinitud, así como en la de la nulidad propia, en acorde que se alza a la vez hasta las fronteras de lo posible, resuena con un secreto temblor de violines, parejo al titilar de la luz de las estrellas; y este acorde prosigue, extendiéndose a la vez a sí mismo hasta el infinito. Ante este paso no es posible asumir otra postura que la de la admiración, la mayor admiración de que uno sea capaz por los tonos tan adecuados y conmovedores que puede conferir la música, de la mano de un gran maestro, a las más altas representaciones.

Con la siguiente doble fuga todo asume un carácter y un aire ditirámbico ininterrumpidamente ascendente. Pero no por ello deja Beethoven de recurrir todavía a las palabras «donde tu dulce ala yace» en un *intermezzo* maravilloso, en el que usa las cuatro voces de solo (con un repentino viraje del *re* mayor al *mi* y *si* mayor, en un tempo no menos repentinamente lento) para consumar un cuadro de lo más impresionante de esa «dulce ala» de cuya imagen se sirve el poeta para visualizar el efec-

to máximo de la alegría: la conversión de todos los hombres en hermanos. Y ahora todo es ya júbilo pleno y abierto; incluso la mera audición le arrastra a uno a la fragorosa corriente, hasta el punto de llevarle a querer participar como uno más en el canto y en la alegría colectiva. Esta naturaleza báquica, que excluye toda reserva meditativa, ha de justificar o disculpar también el giro vocal de este paso beethoveniano. Tanto desde un punto de vista musical, como desde el del mero canto, no es precisamente lo más adecuado, y con toda modestia frente al gran genio, tal vez cupiera incluso preguntarse si este mismo efecto no hubiera podido ser alcanzado con medios mejores*.

El próximo sábado tendremos la ocasión de experimentar nosotros mismos la impresión inmediata de la gran obra mediante una interpretación de la misma que se promete magnífica. Es posible que en su fantasía cobren vida otras imágenes particulares que las que yo he comunicado aquí como mías; es bien sabido que la música instrumental ejerce efectos diferentes sobre los diferentes seres humanos. Pero estoy seguro de que coincidirán todos conmigo en que la obra no sólo nos procura un gran placer musical, sino que influye sobre el ser humano entero, elevándolo y santificándolo. Desde los sentimientos del dolor somos elevados hasta las regiones de la más alta alegría, y sentimos esta última con tanta mayor fuerza cuanto mayor fue la profundidad con que nos hundimos en el dolor. Beethoven predica aquí tonalmente la vieja verdad de que la paz y la alegría son el ideal al que todos los hombres aspiran. Pero no son precisamente la vida cómoda, la ligereza del sentido y la indiferencia las que pueden llevarnos ahí; sólo a través de la lucha y el dolor e incluso de amargas renuncias, cabe, por lo general, llegar a esa meta. De ahí que en las partes dolorosas de su Novena Sinfonía Beethoven no diga, en realidad, nada muy distinto de lo que Goethe puso en boca de su viejo arpista: «¡Quien no comió su pan con lágrimas, quien no pasó las noches de angustia sentado sobre su lecho llorando, ése no os conoce, poderes celestiales!»

* Que la composición vocal no era precisamente el fuerte principal de Beethoven, es cosa que actualmente parece reconocida de modo general por todos los músicos cultivados.

3.

«Documento núm. 3, correspondiente al tomo 2.º, p. 396»

(Musikalisches Wochenblatt,
ed. de E.W. Fritzsch, Leipzig. VIII.[287], año 1877,
núm. 14, 30 de Marzo de 1877).

Pedantes musicales

El músico es, para nosotros, un ser que habla, como Pitia, con «boca furiosa»; está —al igual que aquélla en los tiempos míticos primigenios— al servicio de Dionisos; su poder es su entusiasmo cautivador y su malignidad magnífica, su capacidad de destruir órdenes establecidos.

El musicante es un ser de otro tipo: toca el violín y silba, para vivir ante cualquier cosa; es, pues, trivial. De su oficio sabe que consiste en ocuparse de tonos. El mundo no es molestado por él.

El pedante musical, sin embargo, es un individuo que daña a todos. Quiere ser más de lo que es; más, en concreto, que musicante. A esta usurpación le empuja su vanidad. Hombre teórico, da por descontado que puede seguir al genio dionisíaco por su senda; así parece llevarlo impreso en su corazón y en su cabeza. Habla y escribe sobre música y lo escrito por él le parece lo suficientemente digno como para ser mostrado al mundo, con lo que viene, al mismo tiempo, a hacer irremediablemente visible el tipo de patrón de medida que pone a los productos del espíritu. La capacidad de juicio es un don muy cicateramente distribuido, y tanto lo prudente como lo estúpido son impresos con las mismas letras; ¿quién podría llevar con demasiado celo a juicio a la opinión pública, si no es capaz de distinguir, y quién le reprocharía soportar charlatanes ocurrentes? ¡Dejemos, pues, esto ahora! Nos creemos, de todos modos, obligados a desenmascarar a las gentes de esta condición, y a no guardar silencio. No por ello dejarán de actuar como lo hacen, ya lo sabemos. Pero conviene limpiar de escollos el camino victorioso de la humanidad; y nada mejor, en lo que aquí nos afecta, que cooperar a ello llamando a aquéllos por su nombre, para que sepa que son los desaprovechados y nulos ante los que ha de pasar de largo. Su número es grande, desde luego, pero su edad puede servirnos también de consuelo.

Hoy nos limitaremos a entresacar uno, dejando clara nuestra intención de llamar más adelante a prestar testimonio a otros del mismo tipo.

Selmar Bagge

Oficia de director de la Academia de Música de Basilea. Para quienes conocen el país con este dato sobra y basta; pero como la mayoría de nues-

tros lectores no conocen las circunstancias de esta ciudad, habría que hablar primero brevemente de ellas, en cuanto radio de acción del Sr. Bagge.

En cuestiones musicales Basilea es menor de edad. Para ilustrarlo bastará con un simple ejemplo: tuvo en una ocasión la posibilidad de acoger entre sus muros a Hans von Bülow, le rechazó e hizo una propuesta, en su lugar, al Sr. Bagge, a quien acabó incorporando. Por mucha música que se toque en Basilea y en toda Suiza, la población no es musical: su posición frente a las artes musicales es falsa, y los esfuerzos más serios de los extranjeros permanecen estériles. Se trata de un estado de cosas que llama tanto más la atención cuanto que el sentido para el arte figurativo parece allí desarrollado de un modo poco común: la propia Basilea guarda dentro de sí los más valiosos tesoros y los mejores expertos en cuestiones pictóricas*. ¿Cómo entender, sin embargo, un impulso genuino hacia las artes apolíneas sin hundirse en sus raíces y acabar reformulándolo como efecto de una embriaguez dionisíaca, esa embriaguez que por lo terrible de su propia condición pide y fomenta la panacea de la hermosa apariencia como consuelo? ¿Habría que entender aquí la complacencia en los cuadros hermosos como prueba efectiva de la necesidad de arte? ¿No se trata más bien en este caso de una ostentación con la propiedad, que representa un valor de este monto y del otro, lo que no es el caso cuando la misma inclinación artística, aplicada a las artes musicales, queda finalmente vacía en ese punto, ya que la causa del placer es ahí pasajera, en tanto que en el otro caso puede ser mostrada en cualquier momento a los invitados? La verdad es que la cosa es así y de ningún otro modo, se objete lo que se quiera. ¡A lo que aún hay que unir otra consideración! Los suizos padecen, en efecto, de un mal: su forma republicana de estado, que les obliga a dedicarse a algo que roba tanto tiempo como la política. Algo que convierte a estos hombres, tan secos ya de por sí, en seres todavía más prosaicos. Carecen de fines ideales —como en el caso de los alemanes, por ejemplo, la consecución de un teatro nacional y, a partir de ahí, de una cultura alemana—, y tienen que percibir una y otra vez cómo las repúblicas, comparadas con los estados monárquicos, buscan mucho más la satisfacción de las masas que la de los individuos, cosa que en lo tocante a la vida espiritual afecta, nada produce. Pero ¡guardémonos de divagaciones!

Pues bien, a comienzos de diciembre del pasado año los habitantes de Basilea pudieron asistir a la interpretación de la Novena Sinfonía bajo la dirección de su meritorio director de orquesta Volkland. Considerando, sin duda, que la ocasión era de lo más adecuada para mostrarles lo impuesto que estaba en cuestiones de literatura musical, el Sr. Bagge optó por darles, días antes, para su ilustración, una conferencia sobre la citada sinfonía. Nada hubiera habido, en sí, que objetar a cosa tan correcta, des-

* Se trata de la ciudad materna, por ejemplo, del original Böcklin.

de luego; pero imponer a los lectores de una publicación musical especializada* una conferencia programada, como en el presente caso, para burgueses escasamente versados en el tema, entraña, en realidad, una equiparación de públicos decididamente inadmisible. Y si analizamos con algo más de detenimiento la conferencia, no podemos menos de tomar buena nota de lo mal ilustrados que están los habitantes de Basilea sobre sus intérpretes musicales: lo que aquí cabe realmente aprender es —por expresarlo parafraseando un dicho de Pascal— cómo no debe ser tratada una cosa en las circunstancias actuales. El conferenciante no se limita únicamente a sembrar el mayor entusiasmo por la obra —como en otro tiempo Wagner en Dresden—, sino que se entrega preferentemente a explicaciones acerca de cómo Beethoven en la última parte ha compuesto, por ejemplo, una melodía que puede resonar juntamente con las otras, en una palabra, juntamente con la cáscara de la obra. Para que lo risible de este procedimiento salga justamente a la luz, sitúese mentalmente el lector en un valle montañoso de la antigua Hélade, donde una masa piadosa se dispone a escuchar una canción coral compuesta por Esquilo. ¡Cuán asombrada no dejaría de sentirse si en ese momento irrumpiera en sus filas el hombre alejandrino y le explicara las diferentes características de las tres partes, las dificultades de la ejecución, la justificación de la forma coral, etc.! La comparación resulta tanto más pertinente cuanto que el espectador y escucha helénico no era tampoco precisamente el de mayor agudeza y competencia estética, y el efecto de las representaciones con acompañamiento musical tenía que buscarse más en la impresión global que en las diferentes finezas particulares. Si continúo avanzando así con mi comparación, con vistas a subrayar lo lamentable de la situación del hombre moderno, lo primero que haré es señalar ciertamente, que no puedo sino extrañarme de que nadie haya tenido la ocurrencia, mucho menos grave, sin duda, que aquélla, de anteponer a toda pieza introductoria de Shakespeare, Goethe, Schiller, etc., un comentario hablado. Porque en este caso sería el lenguaje lo que, por mucho que nunca llegara a ser suficiente, vendría en ayuda de unas obras lingüísticas; en el otro, vendría llamado a servir a un objeto que sólo el músico, con su arte, está en condiciones de expresar; mientras escribo esto me veo incluso asaltado por el temor de que llegue un día —sin duda no muy lejano— en el que se nos ofrezcan piezas musicales como comentarios a las creaciones de nuestros maestros tonales. ¡Y por Zeus, señor Bagge! Aunque, a decir verdad, acabo de sugerirle involuntariamente nuevos caminos; acredite Vd. su capacidad para la crítica, la historia, la teoría y la composición, y llegará Vd. a rendir aún, se lo aseguro, cosas inauditas, originales, aunque sus composiciones anteriores me hayan dejado de lo más frío. Por contra, conozco con toda exactitud el título de su teoría musical, así como,

* La *Allgemeine Musikalische Zeitung* (4 y 5 de enero)

en toda su profundidad y extensión, la conferencia citada, y por dura experiencia personal, ya que se la oí de viva voz, otra impartida por Vd. el invierno pasado, en la que, si la memoria no me falla, hizo Vd. gala de la mala costumbre de expresar todos los sujetos dos veces con ayuda de sinónimos. Por ejemplo: «Proposiciones y juicios; contrarios que llevan lejos su oposición e intuiciones; diferentes épocas de la evolución y niveles formativos; matices y mutaciones del sentimiento; materias y tareas cuya ejecución y resolución sólo pueden acontecer mediante las máximas dotes y el más puro sentido», etc., etc.

Tras esto paso a solicitar al lector su atención para algunas citas de la conferencia impresa en los núms. 4 y 5 de la *Allgemeine Musikalische Zeitung:*

El intento de poner a quienes se disponen a escuchar la obra «en el punto de vista más adecuado, en la medida de lo posible, para su disfrute y comprensión» es «sumamente difícil, porque esta obra plantea cuestiones que son de la máxima importancia para el enjuiciamiento de la misma, cuestiones cuyo tratamiento y respuesta plenamente satisfactorios no les ha sido dado, sin embargo, en ocasiones conseguir ni siquiera a capacidades de primer rango». Carecemos de toda información sobre estas cuestiones, como carecemos también de ello en lo que a esas «capacidades de primer rango» hace; roguemos, pues, al Sr. Bagge que cuanto menos nos aleccione, como burgueses no iniciados, pero capaces, sobre estas últimas; respecto de las «cuestiones» podemos, contrariamente, suponer que son las que el conferenciante devana. En cuanto a las dos frases inmediatamente siguientes, atienda el lector sobre todo al ethos: «Sería, sin duda, errado por mi parte silenciar algunas objeciones y reservas que se han formulado contra la Novena Sinfonía y pasar de largo ante ellas, centrándome de entrada en una apoteosis entusiástica. También en este respecto procuraré contenerme, para no verme encerrado en los límites demasiado estrechos de la alabanza y el homenaje.» Con esto entronca la enumeración, aparentemente expeditiva, de esas «objeciones y reservas» relativas, en primer lugar, a las «dificultades desmesuradas de la ejecución» y, en segundo, a la «configuración formal» de esta sinfonía. Podemos tomar así buena nota de cosas que resultaría difícil explicarse de otro modo que como consecuencia de la costumbre del Sr. Bagge de frecuentar medios sociales más bien deleznables. El Sr. Bagge ha oído, en efecto, objeciones en el sentido de que esta sinfonía es «una obra informe, ininteligible y desmesuradamente larga, poco gratificante, además, e incluso penosa, y a diferencia de las otras obras del maestro, no iluminada por el dorado rayo del genio». Pero entretanto los puntos de vista se habrían visto sometidos a un acelerado proceso de cambio (levanta una piedra, la arroja contra las estrellas y dice): «Se ha hecho preciso aceptar y aprender a entender muchas otras producciones escasamente inteligibles, de vastas dimensiones y acceso nada fácil, de manera que a la luz de lo que ha seguido a la Novena Sinfonía ésta no puede menos

de parecer hoy un puro producto celestial. Pero hay también, y en cualquier caso, que haber aprendido a adentrarse en el espíritu de un maestro, profundizando en él; no hay que exigir que un maestro se rebaje, en cualquier circunstancia, al nivel más bajo de comprensión de un oyente y le ofrezca simplemente lo que de manera inmediata puede gustarle.» La prosecución de esta cháchara ocupa una quincena de líneas; ¡ahorrémosselas al lector! Hay un tercer punto: «Se trata del uso del canto en una sinfonía. Algo en lo que unos han querido vislumbrar (y no enteramente sin razón) una violación de la necesaria unidad del medio artístico, una abusiva mezcla de géneros artísticos, en tanto que otros han preferido asumirlo como una hazaña liberadora...» El Sr. Bagge se une, naturalmente, a los primeros: «Ningún valor tienen, pues, todas estas disquisiciones sobre un presunto recurso necesario de Beethoven al canto para poder expresar sus últimas revelaciones.» La Novena Sinfonía no es, en efecto, la última obra de Beethoven, sino que éste escribió otras cosas después de ella, a las que no añadió canto alguno, cuando, en realidad, cabía esperar consecuentemente que hubiera «compuesto asimismo cuartetos y sonatas con canto, tal vez incluso con canto para una sola voz». Por decirlo con una imagen: a nuestro director de escuela no le parece aceptable que una torre gótica haya podido quedar ya rematada hacia arriba con el florón ojival —ese signo de máximo florecer en el éter—, en tanto las partes inferiores aún esperan ser completadas. Considera ahora el Sr. Bagge haber llenado el cráter, con la imaginaria reconstrucción didáctica a que se entrega, de las probables fases que hubo de atravesar Beethoven: éste lee el «Canto a la alegría»; inmediatamente ve claro que debe ponerse a componer, pero ¿cómo? Su ánimo se ve asaltado por «vacilaciones y perplejidades». Percibe, de todos modos, con nitidez que no puede asumir musicalmente el poema entero, dado que, primero, tratarlo como poema estrófico no le atrajo; y segundo, componerlo en toda su extensión, esto es, «letra a letra», como «suele decirse a propósito de la alternancia contrastada de estrofas, hubiera tenido al fin que dar de sí una obra desmesurada y, en definitiva, aburrida». Frente a ello debió proyectar inicialmente, «lo que no deja de resultar curioso», una obertura con el coro schilleriano; pero «a la vista de lo inevitablemente limitado de su duración, esta forma fue descartada enseguida». Pasó, contrariamente, a tomar en consideración la forma de la sinfonía: le procuró la ocasión de desarrollar «las oposiciones y contrastes necesarios» para «preparar y, en cierto modo», (¿por qué esta restricción?) «*motivar* la expresión de la alegría». «Lo que el poema no ofrecía —los sufrimientos y luchas que preceden a la alegría—, he ahí lo que él podía expresar con la ayuda de la música instrumental, dando, además, al júbilo de la alegría un colorido potenciado con la aparición del canto. Beethoven se aferró a esta idea con entusiasmo, sin pensar que por ello habría quienes le reprocharían haber violado la unidad de los órganos sonoros y quienes, des-

de partidos musicales extremos, creerían poder descifrar en su proceder tendencias artísticas revolucionarias. Porque a decir verdad, se consideró autorizado para creer que con la música instrumental había alcanzado ya, en amplísima medida, los efectos más perfectos, cosa que le situaba, con toda razón, perfectamente al cubierto del temor de que la obra de toda su vida fuera discutida en razón a un *unicum*, a una obra de arte conformada de modo excepcional.»

¡Qué limitado ha de ser un cerebro del que tan naturalmente salen semejantes apologías! Pero, claro, en la prosa propia de los candidatos —grupo al que Lichtenberg allegaría, sin duda, los escritos del Sr. Bagge—, hay que hablar en términos de objeciones antagónicas, por mucho que nunca se haya elevado en su marco a un hombre todavía en sus comienzos. ¿Qué otra cosa decir ahí?

Prosigue y glosa primero la parte musical de la obra y luego la ideal o poética. Dado su propósito explícito, habría que representarse siempre que el orador tenía ante sí un público carente de todo juicio, en la medida en que en él, y salvo alguna excepción aislada, nadie conocía la sinfonía. Pues no: hace como si quienes habían ido a escucharle tuvieran, todos ellos, la partitura en la mano, adoctrinándoles de ese modo minucioso que caracteriza a los aficionados a la música que se reclaman siempre de un figura central a la que convierten en ejemplar modélico de la metafísica de la música. De todos modos, no es nuestro propósito detenernos con mayor detalle en esta cháchara, que a pesar de su prolijidad dice menos de lo que todo hombre de sensibilidad adecuada puede percibir al hilo del placer de la obra misma; nos limitaremos, pues, a glosar un par de observaciones divertidas. Por ejemplo, la siguiente: no haberse querido repetir nunca vendría a ser una conocida «característica» de Beethoven; o esta otra: «su espíritu, intensamente preocupado por los destinos de los pueblos, y de la humanidad misma, se situaba activamente al hilo del poema de Schiller y de las ideas de igualdad y fraternidad que tanta atención reclamaban de todos los espíritus pensantes de la época, totalmente de su lado.» Más adelante (hablando, es de suponer, con los ojos en blanco): «irrumpe una de esas explosiones de dolor a las que solo Beethoven es capaz de dar vida, sin caer en el recurso de hacer música no artística. El cromatismo celebra aquí su triunfo, habiendo llegado ya, sin duda, y conviene subrayarlo, a un punto en el que no puede ser superado sin abandonar el terreno del arte genuino.» Seguidamente se subraya cómo en el scherzo Beethoven habría conseguido «efectos de humor agudo, se diría que incluso de mofa sarcástica», a lo que hemos de replicar que la representación de un humor agudo nos resulta imposible, y que si la música está ya, sin duda, cargada de humor, no por ello puede ser chistosa. Algo más abajo glosa «la habilidad de Beethoven para extraer todas sus posibilidades a los instrumentos, su genio para las configuraciones rítmicas»; seguidamente habla del paso en *fortissimo* del

scherzo, donde resuena, más allá del tono triple en *re* menor, el tema entero: «¡esto es también humor, pero a un humor de este tipo se le conoce en la vida corriente como "humor negro", y Beethoven puede bien, en su condición de descubridor absoluto del humor en la música, ser catalogado, caracterizado asimismo como el descubridor de este tipo de humor»; seguidamente razona como una mujer que no es capaz de contemplación, pero sí de sentir cosquilleo —¡lean el § 40 del Libro I de la obra central de Schopenhauer!—; y ya al final: «esta naturaleza báquica, que excluye toda reserva meditativa, ha de justificar o disculpar también el giro vocal de este paso beethoveniano. Tanto desde el punto de vista musical, como desde el del mero canto, no es precisamente lo más adecuado, y con toda modestia frente al gran genio, tal vez cupiera incluso preguntarse si este mismo efecto no hubiera podido ser alcanzado con medios mejores.» El todo se cierra con la siguiente frase: «En las partes dolorosas de su Novena Sinfonía, Beethoven no dice, en realidad, nada muy distinto de lo que Goethe puso en boca de su viejo arpista: "¡Quien no comió su pan con lágrimas, quien no pasó las noches de angustia sentado sobre su lecho llorando, ése no os conoce, poderes celestiales!"» Con mejor fortuna, ciertamente, que el propio conferenciante expresaría esto el cronista del *Baseler Nachrichten,* con la siguiente referencia: «La Novena Sinfonía es una realización artística genial de la frase que Goethe...», etc. Para este cronista la conferencia fue «excelente» y el conferenciante rechazó las diversas objeciones con «razones absolutamente suficientes».

Que el Sr. Bagge enjuiciara, hablando por su propia voz, su conferencia en términos positivos, es cosa explicable como natural autoalabanza de autor. Tiene, de todos modos, que saber que en Basilea aún hay hombres capaces de juicio estricto: ante ellos hay que estar sombrero en mano y saber callar ante el temor de decir alguna tontería; porque «puede uno sentirse satisfecho hasta el asombro con algo y el experto reír sobre su obra». ¿A qué se debe esto, Sr. Bagge? Bernsdorf, el último de quien cabría esperar la respuesta justa, no duda en decirlo por su propia iniciativa cuando se refiere a Vd. en su Enciclopedia: su horizonte musical no es precisamente muy amplio, y en ocasiones cae Vd. en la rigidez y la pedantería. Y con semejante juicio consideramos cerradas ya nuestras actas.

Habrá que aludir aún, finalmente, a algo que no deja de preocuparnos dolorosamente: la educación musical de la juventud de Basilea está, en lo esencial, en las manos del Sr. Bagge; no resultará difícil percibir ahora de qué clase serán esta educación y sus consecuencias. Ante todo, se previene contra cierto arte nuevo «con el gesto de un guardián de la castidad»; como profiláctico, se condena al silencio a la moderna música hebrea. Y todo ello rimando perfectamente con el universalmente conocido fariseísmo de Basilea, que se postra con devoción ante lo eterno fe-

menino, a la vez que evita, cerrando los ojos a su paso, cuanto hay de serio y heroico.

Basilea, mediados de febrero de 1877

Heinrich Köselitz

3a

Schweizer Grenzpost und Tagblatt[235]
der Stad Basel
18 de abril de 1877

Una defensa

Un pequeño panfleto* aparecido en el núm. 14 del *Musikalisches Wochenblatt* (Leipzig, Fritsch) bajo el título de «Pedantes musicales» nos predispone a un despacho rápido. Entrar en una refutación de mayor calado es cosa que tan inmadura como malévola chapucería no merece, y quien conozca medianamente Basilea y al director de su Conservatorio (contra quienes va dirigido conjuntamente el ataque), no se dejará extraviar ni un solo momento por las chirriantes injurias que se vierten en el citado panfleto. Como autor figura un tal Heinrich Köselitz, y realmente remite esta firma a un mozalbete de este nombre que estudia en Basilea y que es natural de Annaberg, Alemania. Le llamamos mozalbete aceptando que esto es sólo una conclusión probable, si bien altamente probable, dado, primero, qûe en Basilea no acostumbran a estudiar sino muy pocos hombres maduros, y dado también, en segundo (y básico) lugar, que el tono y colorido del escrito son tan excesivos y juvenilmente brillantes, y su aspecto es hasta tal punto el de un jugoso prado de hierba en pleno crecimiento, que ni siquiera si un ejército musical salvaje celebrara en él una bacanal, convirtiéndolo en un desierto, quedaría todo agostado. Convendría, pues, no preocuparse demasiado por las impertinencias del autor. Otra cosa sería, ciertamente, de tratarse de un producto revelador de la madurez de los años y de la formación alcanzada. Y ello aunque su valor objetivo fuera tan nulo como el del escrito que nos ocupa.

En tan inmadura algarada wagneriana una única expresión nos ha dejado por un momento perplejos. El autor amenaza, en efecto, al final, con la sacudida de rizos ambrosiana del auténtico músico del Olimpo, así: «en Basilea aún hay hombres capaces de juicio estricto: ante ellos hay que estar sombrero en mano». Este *avis au lecteur* es enviado, ante

* Recurrimos a esta expresión por mor de la brevedad, aún a conciencia de su inexactitud formal.

todo, a la dirección del Sr. B., pero tiene decididamente una significación más general y amplia, como no deja también de probar el plural del título, «Pedantes musicales». ¿Entre estos hombres, entre estos jueces implacables e inflexibles, sitúa el autor, tal vez en primer lugar, a su propia Pequeñez? ¿A un hombre, pues, no a un mozalbete? Una segunda (por supuesto, apenas dispensable) lectura del panfleto me ha convencido, entre tanto, de que tan rencorosa expresión no es otra cosa que mera *façon* del pathos; como hay hombres de palabra, hombres de acción, hombres de la época y del siglo, hay también hombres de la amenaza.

Pero como la amenaza del desconocido ciudadano de Annaberg afecta a una mayoría de pedantes musicales de Basilea y —¿quién sabe?— no sólo a ellos, sino al «universalmente conocido fariseísmo de Basilea», que «se postra con devoción ante lo eterno femenino, a la vez que evita, cerrando los ojos a su paso, cuanto hay de serio y heroico» (¡brillante final de su drama heroico!), hay que inferir que estas líneas se proponen y tienen como objetivo advertir y precaver a todos los habitantes de Basilea, que en cuestiones musicales están aún en plena minoría de edad. Estos y, en realidad, todos los hombres y mujeres de Basilea, haremos bien, pues, en prepararnos para la larga lucha que nos espera, dado que carecemos de «un impulso genuino hacia las artes apolíneas», hacia la «embriaguez dionisíaca», y somos «hombres alejandrinos», en realidad tan alejandrinos que tras estas citas sabemos con toda exactitud de qué fuente ha bebido el autor su vino ditirámbico (*El nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche, etc.) Ahora bien, tendremos que ensayarlo con otras armas protectoras. Tal vez recurriendo a los capacitados para el buen juicio, que no se encuentran, sin duda, entre nuestros conciudadanos —ya que «los suizos padecen, en efecto, de un mal: su forma republicana de estado, que convierte a estos hombres tan secos ya de por sí en seres todavía más prosaicos»—, pero sí entre nuestros vecinos alemanes, bien avanzado ya el Rhin en su curso, e incluso todavía más hacia el Este, hacia la ciudad del «periódico musical» que el ciudadano de Annaberg ha escogido como marco para su diamante en bruto.

De no ser unos pequeño-burgueses tan convictos podríamos, tal vez, preguntarnos realmente a qué circunstancia debe nuestra ciudad tan seco-republicana, pedante-musical, humano-alejandrina y filisteo-religiosa el honor de poder contar entre sus habitantes al apolíneo-dionisíaco ciudadano de Annaberg y estudiante de filosofía Köselitz. Es posible que el Sansón musical nos dé también, antes de que su fuerza heroica decaiga postrada ante lo eterno femenino de una Dalila de Basilea, la destructiva respuesta a esta pregunta impertinente, en alguno de esos futuros golpes de quijada que anuncia.

4

«Documento núm. 4, correspondiente al vol. 3, p. 400»

Der Bund, 16/17 de septiembre de 1886[286]

Suplemento Literario
El peligroso libro de Nietzsche
(Jos. W. Widmann)

> *Motto.*
> «Permítame que le cuente que tuve una vez un compañero llamado Lambert; no teniendo más de 15 años me decía ya que, de conseguir alguna vez ser rico, alimentaría, como el máximo de sus placeres, a los pobres con pan y carne, mientras veía morir a los hijos de los pobres de hambre, y que cuando a los pobres les faltara leña, compraría todas las existencias de una gran finca maderera para amontonarlas en pleno campo y prenderles fuego. ¡Estos eran sus sentimientos! Dígame Vd. ahora qué respuesta podía yo dar a este infame de pura cepa a la pregunta por las razones en orden a las que tenía que comportarse con absoluta decencia.»
> (Cita de la novela *El adolescente*, de F.M. Dostoyevski, trad. alem. de W. Friedrich, Leipzig, 1886, volumen I, p. 81.)

Las cargas de dinamita utilizadas en la construcción del túnel de San Gotardo llevaban una bandera negra, indicadora de peligro de muerte.

Sólo en este sentido hablamos del nuevo libro del filósofo Nietzsche como de un libro peligroso. Al usar esta calificación no lo hacemos con el menor ánimo de censura. De tal cosa no hay ni rastro en nosotros, como tampoco lo había en quienes pusieron aquella bandera negra sobre las cargas de materia explosiva. Aún menos entra dentro de nuestras intenciones librar al solitario autor, con la alusión a lo peligroso de su libro, al arbitrio del cuervo del púlpito y de la corneja del altar. La materia espiritual explosiva puede servir, al igual que la espiritual, a obras muy útiles; no es necesario que sea malgastada con fines criminales. Lo único que se precisa es que allí donde hay materia de este tipo se diga claramente: aquí hay dinamita. No otra es la intención del rótulo que hemos optado por poner a nuestro comentario sobre el nuevo libro de Friedrich Nietzsche.

Este libro singular lleva el título de *Mas allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro.* Acaba de ver la luz hace apenas unas semanas en C. G. Naumann, de Leipzig.

Como al lector le es dado adivinar ya a la sola vista del título, el autor se impone en esta obra la tarea de avanzar más allá del concepto moral y construir como mundo racional un mundo en el que lo que hasta

el momento ha valido como fundamento más firme de la vida humana, esto es, la conciencia de lo bueno y de lo malo, no pueda aspirar ya a la menor validez.

«El hombre, animal complejo, mendaz, artificioso e impenetrable, inquietante para los demás animales no tanto por su fuerza cuanto por su astucia y su inteligencia, ha inventado la buena conciencia para disfrutar por fin de su alma como de un alma *sencilla;* y la moral entera es una esforzada y prolongada falsificación en virtud de la cual se hace posible en absoluto gozar del espectáculo del alma.»

«La fuerza de los prejuicios morales ha penetrado a fondo en el mundo más espiritual, en el mundo aparentemente más frío y más libre de presupuestos. Y, como ya se entiende, ha producido efectos nocivos, paralizantes, ofuscadores, distorsivos.»

«Suponiendo que alguien pudiera abarcar con el ojo irónico e independiente de un dios epicúreo la comedia prodigiosamente dolorosa y tan grosera como sutil del cristianismo europeo, yo creo que no acabaría nunca de asombrarse y de reírse: ¿no parece, en efecto, que durante dieciocho siglos ha dominado sobre Europa una sola voluntad, la de convertir al hombre en un aborto sublime?»

«Los judíos han llevado a efecto aquel prodigio de inversión de los valores gracias al cual la vida en la tierra ha adquirido, para unos cuantos milenios, un nuevo y peligroso atractivo: sus profetas han fundido, reduciéndolas a una sola, las palabras "rico", "ateo", "malvado", "violento", "sensual", y han transformado por vez primera la palabra "mundo" en una palabra infamante. En esa inversión de los valores (de la que forma parte el emplear la palabra "pobre" como sinónimo de "santo" y "amigo") reside la importancia del pueblo judío: con él comienza *la rebelión de los esclavos en la moral.*»

Estas cinco citas bastarán, sin duda, para permitirnos reconocer claramente lo que este ensayo filosófico se propone. Lo que está en juego es nada menos que la superación de ese llamativo abismo que separa el mundo ingenuo de las criaturas, eso a lo que por abreviar llamamos la naturaleza, de un mundo humano que trabaja y reflexiona con los conceptos del «bien y del mal» y que es, sin duda, percibido por todos los pensadores profundos como un dualismo doloroso.

Dejemos enseguida sentado que Nietzsche sabe muy bien (y no deja de expresarlo en su libro) que esta introducción del concepto moral en un mundo ingenuamente sensible no es, en modo alguno, la sola obra de los profetas judíos, sino que se encuentra asimismo en otros pueblos, y precisamente en el más ingenuamente sensible, el griego, hasta el punto de haber encontrado en Platón su más poderoso impulsor, con la subsiguiente potenciación máxima de la consideración moral del mundo a efectos de la síntesis, a raíz del advenimiento del cristianismo, de las ideas de Platón con el odio al mundo del ascetismo judío. Lo único que

nos asombra en todo esto es el hecho de que Nietzsche no nombre en punto alguno de su obra a Herder, defensor elocuente, como ningún otro, de esta concepción judeo-platónico-cristiana del mundo, y precisamente en ese paso de su libro *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* en el que define al hombre como el eslabón intermedio en el que vienen a unirse dos sistemas de la creación, el ámbito de la organización sensible de la tierra y un reino espiritual superior. Herder explica la duplicidad del ser humano en orden a esta doble mundaneidad de la naturaleza humana. Ante la ciencia natural de nuestros días estas hipótesis de Herder —el propio Herder nunca presentó de otro modo ni con mayores pretensiones su interpretación de la humanidad— tienen poca defensa. Pero convendría citarlas siempre cuantas veces esté en juego la superación del gran dualismo. Hagámonos, en cualquier caso, presentes, para rendir un mínimo homenaje de reconocimiento a la audacia del empeño nietzscheano, las diversas consecuencias e implicaciones de este dualismo.

El hombre domado y educado en los modos de pensar y de sentir orientados en torno al bien y al mal, a lo bueno y a lo malo —es decir, cada uno de nosotros— se ve rodeado de una naturaleza, a lo que debemos añadir inmediatamente de buen grado: y tensado en el bastidor de una historia mundial en la que los procesos se consuman de acuerdo con la lógica del poder, pero no con la de la moral. Somos compasivos; pero la disposición natural más cruel que quepa imaginarse arroja unas criaturas a merced de otras para que entre sí se devoren y guarda para todos los sufrimientos más refinados. Somos púdicos, y nos vemos empujados por bajos impulsos a la impudicia. Somos justos, y vemos que no es el justo sino el fuerte quien prevalece. El hombre mejor sucumbe cuando sus pulmones están ya consumidos, por mucho de bueno y de bello que pueda aún llevar dentro de sí y allegar al mundo para su beneficio.

Hasta el momento han habido dos modos principales de ajustar cuentas con el penoso dualismo generado por este contraste entre nuestro sentir moral y la naturaleza brutal. De acuerdo con la vieja manera, se procedía —al modo de las religiones— a declarar válido sin más el concepto moral también para la naturaleza y la historia, con el añadido obvio de que nuestros poco lúcidos ojos no podían percibir tan adecuadamente, esto es, eran incapaces de percibir cómo todo se comporta finalmente del modo más armonioso y pasa a consumarse en la magnificencia y el esplendor.

La otra manera, la más moderna, no puede, en realidad, ser considerada como una manera específica de enfocar el problema. Se trata más bien de una estratagema, esto es, del modo de actuar del niño que con mohín cabizbajo se sienta en un ángulo del salón. Nos referimos, claro es, al pesimismo, que descubre la bajeza y la maldad de la organización mundanal y saca la siguiente amarga consecuencia: toda felicidad es ilu-

sión, somos profundamente desgraciados. Para quienes así interpretan el mundo no hay solución sino en la decadencia de éste, en su destrucción.

Nietzsche es el primero en saber y proponer una vía de salida nueva; pero se trata de una vía de salida tan terrible, que de ordinario es el espanto lo que se apodera de quien le ve caminar por esa senda solitaria, hasta ahora nunca hollada.

Si los primeros citados trasponían el concepto moral a la naturaleza arbitrariamente, esto es, sin otra justificación, por bella que fuera la solución propuesta, que el deseo piadoso, Nietzsche traspone ahora contrariamente el concepto de poder de la naturaleza a la humanidad y dice: abolid vuestro pensamiento moral, en lugar de hombres de moral, sed hombres de poder, y todo dualismo desaparecerá. No precisáis ya de más compasión, ni de más pudor, ni de más justicia; tampoco padeceréis por la ausencia de tales ideas en la naturaleza. Seréis, en fin, así otra vez unos con el mundo, hijos libres de los dioses.

El profesor Nietzsche dice todas estas cosas mucho más sutilmente, con gran riqueza de imágenes y giros de ingenio poco común; deberá disculpar, pues, que en un periódico en el que se da la noticia de un libro que le ha llegado se use, con fines de comentario, un lenguaje mucho más cotidiano y burdo, pero precisamente por eso mucho más claro para todos.

«¡Pero ésta es una filosofía terrible!»

Cierto. El propio Nietzsche no se hace excesivas ilusiones sobre el tipo de hombre que surgiría de traducirse esta filosofía de la teoría a la praxis. De ahí que ponga en boca del dios Dionisos, en una especie de visión, las siguientes palabras a él mismo (Nietzsche) dirigidas: «El hombre me parece un animal agradable, valiente e inventivo, que no tiene par sobre la tierra; aún sabe orientarse en todos los laberintos. Soy bueno con él: pienso a menudo en cómo podría ayudarle a avanzar, haciéndole más fuerte, más malo y profundo de lo que es, y también más hermoso.»*

Consecuentemente celebra a César Borgia como un hombre «máximamente sano»: «Se malentiende de modo radical al animal de presa y al hombre de presa (por ejemplo, César Borgia), se malentiende la na-

* No lo sabemos con certeza, pero creemos haber oído que el Prof. Nietzsche es un hombre sometido a grandes padecimientos físicos. Como tal se encontrará, en cualquier caso, mejor en el actual mundo moral, lleno de deferencias y atenciones, que en su futuro mundo de poder. En este último sólo habrá lugar para naturalezas robustas. Al lado de esos gigantes «fuertes, malos, bellos y profundos», a un filósofo enfermizo no le corresponderá otro papel que el del enano despreciado al que se llama a las perreras por la tarde para que haga reír con sus gracias un ratillo. ¿No han sido acaso estas circunstancias las vigentes ya en la Edad Media, en los castillos en los que reinaba el derecho del más fuerte, y en nuestro siglo en la corte del rey Teodoro en Abisinia, y no se reproducen acaso día tras día en todos los pueblos salvajes?

turaleza mientras se continúe buscando una "morbosidad" en el fondo de esos monstruos y plantas tropicales, los más sanos de todos, o hasta un "infierno" congénito a ellos: cosa que han hecho hasta ahora casi todos los moralistas». Estos hombres son para él magníficos ejemplares del trópico, frente a los que no cabe manifestarse y predicar a favor de la zona más templada. Si se opta, de todos modos, por hacerlo, lo que se cultiva no es otra cosa que la «moral de la cobardía».

Con esta «moral de la cobardía» derrotará Nietzsche, claro es, cualquier posible objeción que, desde un punto de vista práctico, pueda hacerse a su filosofía del futuro. Si un padre se enfrenta a él, por ejemplo, y le argumenta que para la vida familiar es, de todos modos, infinitamente más agradable no tener como hijos a un César ni a una Lucrecia Borgia, Nietzsche se limitará posiblemente a encogerse de hombros con desprecio, y desde su punto de vista filosófico tendrá, sin duda, toda la razón, ya que el pensador no tiene por qué preocuparse por las consecuencias prácticas de los productos de su pensamiento. En cualquier caso, Nietzsche no es en absoluto de la opinión de que a la mayoría de los humanos les iría mejor, sus males disminuirían y sus dolores serían abolidos. En este punto coincide con Pitágoras, del que transmite la siguiente cita: «No hay que ser culpable de una disminución de los esfuerzos humanos, y aunque hay que ayudar, ciertamente, a sobrellevar una carga, no hay por qué quitarla entera».

Hasta qué punto contradice esto último el pensamiento y las aspiraciones generales de nuestra época, es cosa sobre la que no habrá que insistir demasiado. Sólo que precisamente en ello radica el valor de tan originales ideas. Un nadador contra corriente tan valiente y arrojado es, en y por sí, un fenómeno estimable. En su raíz más profunda optamos, no obstante, por entenderlo a partir de su natural artístico y poético, esto es, a partir del natural de todo punto artístico-poético de este filósofo solitario, y en orden a él. En realidad, toda esta filosofía del futuro que va más allá de los conceptos de bien y de mal y los desborda, no es otra cosa que el intento de asumir y concebir de manera puramente estética el mundo, incluido el mundo humano.

Por lo demás, este libro al que su propio autor ha subtitulado «Preludio de una filosofía del futuro», no representa otra cosa que un preludio libre; la gran fuga está aún por llegar. En la solapa del libro se nos comunica, al menos, que hay otro en preparación: *La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores* (en 4 libros). Habrá que esperar a la publicación de esta obra antes de emitir un juicio definitivo sobre las originales ocurrencias del presente libro, vertidas en buena parte en forma simplemente aforística. Muchos de estos aforismos tienen, ciertamente, más valor poético que filosófico, lo que es tan cierto que al hilo de los mismos, esto es, de su forma vivaz y seductora, se experimenta complacencia incluso cuando se reconoce su contenido como

radicalmente falso. En cuanto a estas manifestaciones radicalmente falsas, se trata de las ocurrencias de Nietzsche contra la democracia, la ilustración popular y la formación superior de la mujer, ocurrencias que no deja de resultar extraño que provengan de un pensador tan maduro. Cierto es que en todas ellas hay siempre una semilla de polémica justificada. Pero hay también mucho más aire de cuarto de estudio cerrado a cal y canto que rayos de sol de la vida diaria.

Cerremos esta recensión con la comunicación, medianamente tranquilizadora, de que Nietzsche, que habla ya de sí mismo y de sus iguales en términos de «nosotros, los inmoralistas», aún reconoce validez al menos a una virtud, a la virtud «de la que tampoco nosotros, los espíritus libres, podemos librarnos»: la de la honradez.

Esta honradez ha sido, en verdad, repetidamente probada a lo largo de este libro, que hace dos siglos habría llevado, qué duda cabe, de modo indefectible a su autor al patíbulo y que ni siquiera hoy dejará de causar a muchos una penosa impresión. Porque al igual que los hombres comen y beben sin preocuparse de si un filósofo les demuestra que comer y beber no son realidades, así también tienen que tener los hombres una respuesta convincente preparada para la pregunta que hemos antepuesto, bajo la forma de motto, a nuestra breve reflexión. Hasta hoy esta respuesta fue buscada siempre en el código moral y es de suponer que tal seguirá siendo durante mucho tiempo el caso. De ahí que haya que contemplar a quien roza disolventemente «el bien y el mal» como a alguien que osa descubrir, profanándola, la velada imagen de Tais, por mucho que lógicamente haya que darle la razón.

5

«Documento núm. 5, correspondiente al vol. 3, p. 435»

La genealogía de la moral, I,
15, cita de Tertuliano. Nietzsche indica: del escrito *De spectaculis* («Sobre los espectáculos»), cap. 29.
Pero se trata de la conclusión del escrito, cap. 30[243].

«Pero quedan todavía otros espectáculos, aquel último y perpetuo día del juicio, día no esperado por las naciones, día del cual se mofan, cuando esta tan grande decrepitud del mundo y tantas generaciones del mismo ardan en un fuego común. ¡Qué espectáculo tan grandioso entonces! ¡De cuántas cosas me asombraré! ¡De cuántas cosas me reiré! ¡Allí gozaré! ¡Allí me regocijaré, contemplando cómo tantos y tan grandes reyes, de quienes se decía que habían sido recibidos en el cielo, gimen en pro-

fundas tinieblas junto con el mismo Júpiter y con sus mismos testigos! ¡Viendo también cómo los presidentes perseguidores del nombre del Señor se derriten en lágrimas más crueles que aquéllas con que ellos mismos se ensañaron contra los cristianos! ¡Viendo además cómo aquellos sabios filósofos se llenan de rubor ante sus discípulos, que con ellos se queman, a los cuales convencían de que nada pertenece a Dios, a los cuales aseguraban que las almas o no existen o no volverán a sus cuerpos primitivos! ¡Y viendo asimismo cómo los poetas tiemblan, no ante el tribunal de Radamanto ni de Minos, sino ante el de Cristo, a quien no esperaban! Entonces oiré más a los actores de tragedias, es decir, serán más elocuentes hablando de su propia desgracia; entonces conoceré a los histriones, mucho más ágiles a causa del fuego; entonces veré al auriga, totalmente rojo en el carro de fuego; entonces contemplaré a los atletas, lanzando la jabalina no en los gimnasios, sino en el fuego, a no ser que entonces no quisiera que estuvieseis vivos y prefiriese dirigir una mirada insaciable a aquellos que se ensañaron con el Señor. "Este es, diré, el hijo del carpintero o de la prostituta, el destructor del sábado, el samaritano y el endemoniado. Este es aquel que comprasteis a Judas, éste es aquel que fue golpeado con la caña y con bofetadas, humillado con salivazos, a quien disteis a beber hiel y vinagre. Este es aquel a quien sus discípulos robaron a escondidas, para que se dijese que había resucitado, o a quien el dueño del huerto retiró de allí, para que la gran afluencia de quienes iban y venían no estropease sus lechugas."

»La visión de tales espectáculos, la posibilidad de alegrarte de tales cosas, ¿qué pretor, o cónsul, o cuestor, o sacerdote, podrá ofrecértela, aún con toda su generosidad? Y, sin embargo, en cierto modo tenemos ya estas cosas por la fe, representadas en el espíritu que las imagina. Por lo demás, ¿cuáles son aquellas cosas que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni entraron en corazón de hombre? (1 Cor. 2, 9). Creo que son más agradables que el circo, y el doble teatro, y todos los estadios.»

6

«Documento núm. 6, correspondiente al vol. 3, p. 472
Friedrich Nietzsche a Georg Brandes, 10 abril 1888[7,124]

Vita

Nací el 15 de octubre de 1844 en el campo de batalla de Lützen. El primer nombre que oí fue el de Gustav Adolf. Mis antepasados eran nobles polacos (Niëzky); parece que el tipo se ha mantenido bien, a pesar de tres «madres» alemanas. En el extranjero paso habitualmente por polaco; todavía el pasado invierno figuraba en la lista de extranjeros de

Niza *comme Polonais*. Me dicen que mi cabeza aparece en los cuadros de Matejka. Mi abuela pertenecía al círculo de Goethe y de Schiller en Weimar; su hermano fue el sucesor de Herder en el puesto de superintendente general de Weimar. He tenido la dicha de ser alumno de la muy honorable Escuela de Pforta, de la que tantas figuras importantes de las letras alemanas (Klopstock, Fichte, Schlegel, Ranke, etc., etc.) han salido. Tuvimos maestros que hubieran podido honrar (o que de hecho honraron) a cualquier universidad. Hice mis estudios universitarios en Bonn, después en Leipzig; el viejo Ritschl, que por entonces era, sin duda, el primer filólogo de Alemania, me distinguió desde un principio. A los 22 años era ya colaborador de la *Litterarisches Centralblatt* (Zarncke). La fundación de la asociación filológica de Leipzig, todavía existente en la actualidad, se retrotrae a mí. En el invierno de 1868-69 la universidad de Basilea me ofreció una cátedra; no era ni siquiera doctor. Seguidamente la universidad de Leipzig me confirió el grado de doctor de un modo singularmente digno, esto es, sin examen de ningún tipo, sin siquiera disertación. De Pascuas de 1869 a 1879 permanecí en Basilea; me vi obligado a renunciar a mi derecho de ciudadanía alemán, dado que como oficial (jinete artillero) hubiera podido ser llamado demasiadas veces y, consiguientemente, molestado en mis funciones académicas. No por ello me considero menos experto en el manejo de dos armas: sables y cañones —y quizá también en el de una tercera—. En Basilea todo salió muy bien, a pesar de mi juventud; en algunas promociones de doctorados podía ocurrir, en efecto, que el examinado fuera mayor que el examinador. El hecho de que entre Jakob Burckhardt y yo se produjera una aproximación amistosa de estimable calado, cosa rara tratándose de un pensar tan solitario y de vida tan apartada, representó una suerte para mí. Una suerte todavía mayor vino asimismo a representar para mí la posibilidad que se me ofreció, desde los comienzos mismos de mi estancia en Basilea, de acceder a una gran intimidad con Richard y Cosima Wagner, que por aquellas fechas vivían como en una isla y liberados de todas sus viejas relaciones, en su finca rural de Triebschen, junto a Lucerna. Durante años compartimos lo grande y lo pequeño, reinando entre nosotros una confianza ilimitada. (En el tomo VII de los *Escritos reunidos* de Wagner encontrará Vd. una «Misiva» del mismo dirigida a mi persona con ocasión del *Nacimiento de la tragedia.)* Aquella relación me permitió asimismo conocer un círculo nada desdeñable de hombres (y mujeres) de singular interés; en realidad, casi todo lo que crece entre París y San Petersburgo. En 1876 se agravó mi estado de salud. Pasé entonces el invierno en Sorrento, con mi vieja amiga la baronesa von Meysenbug (*Memorias de una idealista)* y el simpático Dr. Rée. No mejoré. Se apoderó de mí un dolor de cabeza extremadamente molesto y tenaz, que agotaba todas mis fuerzas. Durante largos años fue aumentando hasta sumirme en un estado habitual de sufrimiento; puede decirse que a lo

largo de un año mis días de dolor eran, cuanto menos, doscientos. La causa del mal tenía que ser estrictamente local, dada la ausencia de toda posible fundamentación neuropatológica. No he tenido, en efecto, ni un solo síntoma de perturbación psíquica, ni siquiera fiebre; tampoco he perdido nunca el sentido. Mi pulso era entonces tan pausado como el del primer Napoleón (=60). Mi especialidad era resistir el dolor extremo, *cru, vert,* con absoluta clarividencia, dos o tres días seguidos, con vómitos y arcadas constantes. Se ha difundido el rumor de que he estado en un manicomio (incluso, eventualmente, de que he fallecido en uno de esos establecimientos). Nada más falso. Puedo incluso afirmar que mi espíritu no maduró definitivamente hasta esa época terrible: testimonio de ello puede encontrarse en *Aurora,* libro que escribí durante un invierno espantoso en Génova, lejos de médicos, amigos y parientes. Este libro es para mí una especie de «dinamómetro»: lo concebí y realicé con un mínimo de fuerza y salud. A partir de 1882, la cosa comenzó a remontarse, aunque, ciertamente, a pasos muy lentos: la crisis pareció haber quedado superada (mi padre murió muy joven, precisamente en el año en el que yo mismo estuve más próximo de la muerte). Incluso hoy mismo tengo necesidad de una precaución extrema; un par de condiciones de orden climático y meteorológico me resultan de todo punto indispensables. Mi decisión de pasar el verano en la Alta Engadina y el invierno en la Riviera no obedece al mero capricho de una elección voluntaria; se trata de algo absolutamente obligado. Puedo, en fin, afirmar que la enfermedad me ha allegado algo que no puedo considerar sino como extremadamente útil, lo más útil que hubiera podido imaginar: me ha liberado, me ha dado el valor de reencontrarme conmigo mismo y conmigo fundirme. Tampoco dejo, a decir verdad, de ser, en lo que hace a mis instintos, un animal valiente, incluso de naturaleza militar. La larga resistencia ha exasperado un poco mi orgullo. —¿Que si soy un filósofo? ¡Pero qué importa eso!

Brandes asumió esta autoimagen, en algunos puntos inexacta, del modo más acrítico e hizo uso público de ella. A ello se hace referencia en una carta de Erwin Rohde a Franz Overbeck del 10 de abril de 1890, que reproducimos parcialmente:

En el último número de la *Rundschau* aparece un trabajo de Brandes sobre N. En sí no deja de resultar satisfactorio. Pero la verdad es que he leído cosas mejores de Brandes. Y, sobre todo, escritas con menos suficiencia. No deja de resultar extraño que dé, en parte, como notas personales cosas que recuerdan las enfermizas representaciones del propio Nietzsche poco antes del estallido del mal; así, por ejemplo, la leyenda de los «nobles polacos» (¡que luego se convirtieron en pastores protestantes!), la supuesta importancia decisiva que en la vida de Nietzsche vino a tener el servicio en la artillería (algo que brilla por su ausencia: Nietzsche

fue declarado inválido a raíz de una peligrosa caída del caballo y con ello la cosa tuvo un rápido final, etc.). O bien le escribió Nietzsche sobre ello poco antes de caer enfermo, o bien ha visto un ejemplar de *Ecce homo*. Creo que más bien lo primero.

La verdad es que tengo mis sospechas sobre el sentido crítico de Brandes, dada su insensibilidad ante lo morboso de las manifestaciones, independientemente de la fuente de la que las haya obtenido («No por ello me considero menos experto en el manejo de dos armas: sables y cañones», ¡¡etc.!!), que no duda en reproducir.

7

«Documento núm. 7, correspondiente al vol. 3, p. 510»

Musikalisches Wochenblatt,
ed. por E. W. Fritzsch, año XIX, núm.[44], Leipzig,
25 de octubre de 1888.[287]

El caso Nietzsche
Un problema psicológico

I

Así y no *El caso Wagner. Un problema para amantes de la música* debería llamarse el folleto que Friedrich Nietzsche acaba de publicar (en C. G. Naumann, Leipzig). Cabría titular también a este panfleto *La caída, La ruina* o *La decadencia de Friedrich Nietzsche*. Pero, en cualquier caso, lo que aquí se nos presenta es un singular y nada común problema psicológico.

Friedrich Nietzsche fue uno de los wagnerianos más activos, más convencidos y de mayor ingenio; fue incluso más que eso: un íntimo amigo de la familia Wagner, que llegó a frecuentar regularmente su casa y a formar parte de su propio círculo familiar. A él se debe, por otra parte, lo más profundo que se ha dicho nunca sobre el arte de Richard Wagner: *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música* (Leipzig, E. W. Fritzsch), un libro que sólo podía escribir un filósofo profundo, un filólogo de gran formación, conmovido en lo más profundo por el arte de Wagner —algo que, como es bien sabido, no le había ocurrido hasta el momento a ningún catedrático de filosofía.

Este libro ha sido, ciertamente, más alabado que leído, y más leído que entendido. Pero fue, sin duda, un *unicum* en la bibliografía wagneriana, una aparición fenomenal. El autor cerraba el «Prólogo a Richard Wagner» con la siguiente frase: «A esos hombres serios sírvales para en-

señarles que yo estoy convencido de que el arte es la tarea suprema y la actividad propiamente metafísica de esta vida, en el sentido del hombre a quien quiero que quede dedicado aquí este escrito, como mi sublime precursor en esa vía».

El libro apareció en 1872. A la edición de 1886, con título ligeramente modificado, el autor venía a añadir como introducción un «Ensayo de autocrítica», que no dejaba de parecer ya sumamente sospechoso. En él no duda en decir que a los 16 años de su elaboración (1870) el libro le resulta extraño y se le aparece, ante sus ojos más viejos, «cien veces más exigentes», no poco «desagradable». Lo califica de libro imposible, mal escrito, torpe, penoso, pretencioso y sentimental, etc.

No resultó fácil, en un primer momento, reaccionar con justeza ante tal actitud. Se dio en percibir en ello autoironía, un intencionado deseo de confundir, una parodia, también, de sus enemigos —que no le faltaban a Nietzsche, desde luego—. Pero ya entonces nos decíamos: si el autor reniega de su propia criatura, ¿por qué no la quita de la circulación? Si se decide a enviarla por el mundo en una edición renovada, ¿por qué le antepone semejante carta de Urías? Un autor extraño que al cabo de tres lustros no quiere o no puede seguir defendiendo lo que en su día defendió y muda la piel como un reptil.

Vieron la luz otros libros de Nietzsche en los que el autor daba abiertamente a entender que no se consideraba ya partidario de Richard Wagner. Y ahora, para acabar con todo equívoco aún posiblemente existente, publica *El caso Wagner*, donde solemnemente abjura de cuanto creyó, honró y predicó en otro tiempo. Se revela como un converso absoluto, que en el seno de la única fe capaz de procurar la bienaventuranza regresa a un arte —todavía no existente—. Paulo se ha convertido en Saulo; quien figuraba en el ápice del progreso, en un reaccionario; al amigo, en enemigo; el caudillo, en tentador. Es de suponer que los enemigos de Wagner se frotarán las manos llenos de placer y honrarán, con los ojos en blanco, los inescrutables caminos de la providencia que, contra toda noticia y expectativa, han permitido que ocurra esto para aleccionamiento y ejemplo.

Para mí, en cambio, lo que aquí está en juego es una cuestión más bien patológica. Hay algo de convulso, de antinatural e insano en este proceso, que ofrece síntomas harto sospechosos. Fenómenos de este tipo se han dado ya en todos los ámbitos de la vida del espíritu, en la religión, en la política, en la ciencia. Faltaban aún en el arte wagneriano. ¿Por qué no tenía que darse aquí también un retroceso semejante? Lo único que no me resulta claro, de todos modos, es el nexo causal; no conozco las causas que en este caso tuvieron que llevar de modo necesario precisamente a estos fenómenos. Puede incluso que las razones sean de orden puramente personal. ¿Quién sabe? ¿Quién sondea los estados anímicos a que pueden llevar vivencias personales y procesos internos o ex-

ternos de singular fuerza y violencia? Lo que en relación con este tipo de fenómenos se apodera de nosotros es más bien un sentimiento de compasión. El hombre está enfermo...

Que en modo alguno se entienda lo anterior en un sentido exclusivamente irónico. Léanse simplemente las primeras frases de la carta turinesa de mayo de 1888 y se percibirá enseguida de qué va aquí todo: «Yo escuché ayer —¿lo creeréis?— por vigésima vez la obra maestra de Bizet. Y me sentí sumido en una dulce meditación. No sabía arrancarme a ella. Esta victoria sobre mi impaciencia me sorprende. ¡Cuán perfectos nos hace semejante ópera! Al oírla, nosotros mismos nos convertimos en una obra maestra.» Y algo más abajo: «¿Me atreveré a decir que la instrumentación de Bizet es casi la única que yo puedo soportar aún? Aquella otra orquestación que está hoy en boga, la wagneriana, brutal, artificiosa e "ingenua" al mismo tiempo, y, a la vez, hablando al mismo tiempo a los tres sentidos del alma moderna, ¡cuán funesta me ha sido esta orquestación wagneriana! Yo la llamo "sirocco".»

Si el señor director de orquesta Carl Reinecke de Leipzig —de quien «se cuenta» que intentó liberarse de la primera impresión que le produjo *Tristán e Isolda* poniéndose a tocar al piano en su casa *Lotte ha muerto*— hubiera dicho esto, lo habría comprendido enteramente. Pero en el caso del autor del *Nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música,* resulta sencillamente lamentable. Porque oír veinte veces seguidas *Carmen* «sumido en una dulce meditación», eso es, sencillamente, un síntoma de perturbación espiritual.

Estas frases introductorias nos procuran, de todos modos, el punto de vista justo para enjuiciar el escrito entero. Y por extensión, el hombre todo, que se manifiesta en él con la más absoluta falta de inhibiciones, como si hiciera al mundo el mayor de los favores lavando ante él su ropa sucia. «Quiero proporcionarme un pequeño alivio», dice en el prólogo. ¿Tiene que ser convocado para ello como testigo el mundo culto?

La impresión que la lectura produce es similar a la que produciría la audición del discurso de uno de los locos de Shakespeare: extraños saltos mentales, antítesis audaces, amarga autoironía, y en medio de todo ello, *aperçus* ingeniosas, relámpagos mentales asombrosos, observaciones de gran agudeza. Siempre que me enfrento con ello no puedo menos de recordar el dicho del poeta: «¡Qué noble espíritu ha encontrado aquí su destrucción!»

«Un profundo alejamiento, frialdad y desencanto contra todo lo que es propio de este tiempo, contra todo lo actual, y mi deseo más alto... el ojo de Zaratustra, un ojo que mira desde una distancia prodigiosa todo el hecho "hombre", lo mira por bajo de sí...», éste es su estado actual. ¿Podríamos considerarlo como sano?

El resumen de este escrito es harto singular: rechaza a Wagner y reconoce, a la vez, que no cabe prescindir de él. Richard Wagner es para

Nietzsche «una enfermedad», pero al mismo tiempo una necesidad: «Debe ser la mala conciencia de su tiempo; por esto debe conocer perfectamente su tiempo... Yo comprendo perfectamente cuando hoy un músico dice: "Yo odio a Wagner, pero ya no puedo soportar otra música que la suya." Pero yo comprendería también a un filósofo que dijera: "Wagner resume la modernidad. No hay remedio; tenemos que empezar por ser wagnerianos..."»

En esta locura hay, ya se ve, método. Late aquí un pesimismo de gran calado, una negación de todo lo existente, y al mismo tiempo, el respeto ante una fuerza capaz de domeñarlo todo, el respeto ante la expresión artística de toda una época, la suya, que nadie puede superar, que nadie puede ignorar. Sólo que en opinión de Nietzsche, esta época, en la que vivimos, este mundo, en el que debemos actuar y operar, no vale nada ni para nada sirve. De ahí que tampoco Wagner pueda tener valor alguno para nosotros. Nada más lógico, desde luego. Lo único que hay que preguntarse es si la premisa es realmente válida. Nietzsche habla aquí como un eco de Max Nordau; traduce *Las mentiras convencionales de la humanidad culta* al wagnerianismo. Pero ¿podemos ir así más allá de nuestra época? Más bien cabría decir que no podemos asumir las condiciones de la vida moderna si no como realmente son, no como podrían y deberían ser conformadas para la complacencia del Sr. Nietzsche. Como nadie ha conseguido nunca realizar la admirable hazaña de salirse de su propia piel —aunque el Sr. Nietzsche está dando, desde luego, pasos muy importantes en ese sentido—, *¡somos wagnerianos y lo seguiremos siendo!*

II

Resulta difícil seguir el curso del pensamiento de Nietzsche sin perder el hilo, ni la paciencia. Pero voy a intentarlo.

La primera proposición de su estética reza como sigue: «Lo que es bueno es ligero, todo lo divino corre con pies delicados». Exige «ingenio, fuego, gracia, la *gaya scienza*». Henos aquí, pues, ante el hombre volcado al placer, que ha escuchado ya veinte veces *Carmen*. Todo ha de hacerse de modo que las cosas resulten fáciles y agradables; ante todo, ninguna irritación, ninguna conmoción. Lo trágico, el pathos, el afecto, todo eso representa un esfuerzo superfluo, destructor del sistema nervioso; son cosas, en fin, nocivas. «Gracioso.» La palabra favorita de los franceses, sí. Todo ha de ser gracioso. Hay que mentir con gracia, traicionar con gracia, morir con gracia. Véase *Carmen*.

Y ¿cómo siente Nietzsche la música? Es lo suficientemente poco astuto como para permitirnos mirar entre bastidores. Y al hacerlo revela, traicionándose a sí mismo, su incapacidad para sentir y percibir la música. «Yo sepulto mis oídos bajo esta música, oigo su causa. Me parece

asistir a su nacimiento... ¡Y cosa extraña!: en el fondo yo no pienso en ello, o no sé cuándo pienso en ello. Porque mientras tanto muy diversos pensamientos agitan mi cerebro.»

Tenemos, pues, ante nosotros el tipo modélico de hombre carente de sentido musical. Porque a quien realmente lo tiene le resulta prácticamente imposible pensar, mientras suena la música, en ninguna otra cosa que en la música misma. Será ésta buena o mala, pero le tendrá atrapado. Se alegrará o fastidiará, se aburrirá o estará encantado, es igual: tendrá que escuchar. No podrá aferrarse a ningún otro pensamiento, ni leer nada, ni hablar nada. De lo contrario no cabría considerarle como a un hombre musical. Será tal vez un filósofo, pero, ciertamente, no un músico. Es ésta una piedra de toque que no falla.

Con ello habríamos acabado ya, en realidad, con Nietzsche. Sus juicios no tendrían por qué interesarnos, dado lo escasamente musical de su naturaleza. Sólo que ahora viene lo más extraño de todo: el señor Nietzsche compone. Ha compuesto un *Himno a la vida* para coro y orquesta publicado por Fritzsch. Y no es esto todo. ¡Ha compuesto también una ópera! Esto es algo que ha quedado siempre a un nivel esotérico; el compositor ha tenido el pudor de no hablar nunca de ello. Pero yo lo sé de boca del propio Richard Wagner, a quien en una ocasión le enseñó Nietzsche su ópera —un drama musical sobre letra compuesta por él mismo, naturalmente—. Pregunté medrosamente a Wagner: «¿Y qué opina Vd. de eso?» —«¡Una nulidad!», replicó sin dudarlo.

Hasta el momento he guardado para mí mismo estos pensamientos. Pero ante *El caso Wagner* no puedo seguir ya reprimiéndolos. Nietzsche afirma aquí que Wagner es brutal, que es un mentiroso. ¿Habrá tal vez venido Wagner a convertirse en esto por haber dicho al compositor Nietzsche, con la inequívoca claridad con la que usualmente emite sus juicios, que nunca dejan nada en la reserva, que no es un músico y que su ópera es un sinsentido musical? Señalé antes que en lo relativo al desvío nietzscheano me faltaba el nexo causal. ¿Habrá tal vez que buscarlo aquí?

Los malos compositores de ópera son todos, sin excepción, enemigos de Wagner. Esta es una proposición empírica inatacable. Hágase simplemente la prueba. Emil Naumann y su amigo el conde de Hochberg, Max Bruch, Carl Reinecke, Abert, Reinthaler, etc., etc. —sin olvidar, desde luego, a Rubinstein—, todos han sido presa de una furia más o menos contenida cuando se les ha hablado de Wagner. ¡Porque Wagner es el único culpable de que sus óperas carezcan de valor! Y viendo la cosa desde su ángulo, no dejan de tener razón. Porque si Wagner no hubiera existido, serían algo. Así no son, en cambio, sino el equivalente a cero. Consecuentemente, Wagner es el corruptor del arte. ¡Esta es la lógica de los compositores!

Autoestima del más pesado calibre no le falta a Nietzsche, desde lue-

go: «He dado a los alemanes los libros más profundos que, en términos absolutos, poseen —dice de sí—, razón de más para que los alemanes ni se enteren.» ¿No estamos ante un caso claro de manía de grandezas? Nietzsche no duda en decir también: «Sólo conozco un músico que esté hoy en condiciones de esculpir una obertura de una sola pieza: y nadie le conoce.» ¡Sospecho que Nietzsche está refiriéndose aquí a sí mismo!

¿Cuál es el objetivo, de todos modos, de las blasfemias que deja caer, como un granizo, sobre Richard Wagner, el gran corruptor del pueblo, la «vieja serpiente de cascabel»? Quiero ilustrar con un ejemplo su procedimiento de convertir lo sublime en risible, lo grande en pequeño. Para «examinar» el contenido de los textos wagnerianos, los traduce a la realidad, a lo moderno, a lo burgués. No encuentra nada más divertido que «narrar los dramas wagnerianos en proporciones rejuvenecidas, por ejemplo, Parsifal como aspirante a cursar la carrera de Teología, con una formación de instituto de enseñanza media. ¡Qué sorpresas depara este procedimiento!»

Nada más lamentable, desde luego, que esta diversión que cualquier parodista sin «formación de instituto de enseñanza media» puede procurarse del modo más fácil. Tradúzcase de este modo el *Fausto* de Goethe a lo moderno, a lo burgués, y se verá lo que sale de ahí: un catedrático desilusionado, que se ha graduado en las cuatro facultades y que, sin embargo, no sabe nada; que conjura la arrogancia de los sabios y se entrega, lleno de remordimientos, al espiritismo. El espiritista Mefisto le hipnotiza, ejecuta ante él toda clase de bufonadas, por ejemplo, en el sótano de Auerbach, y le lleva a una vieja bruja que da a tomar al Dr. Fausto un estimulante. «Con esta pócima en el cuerpo verás a Helena en todas las mujeres.» El Sr. Mefistófeles lleva al Prof. Dr. Enrique Fausto a una alcahueta, que le pone entre las manos una inocente muchacha burguesa. Tan pobre y estúpido ser es seducido en poco tiempo —¡todo un arte, cuando un catedrático, un espiritista y una alcahueta han dado en cooperar a ello!—, mata primero a su madre y luego a su hijo, es condenada a muerte, y el Sr. Prof. Fausto, que, ciertamente, la compadece, pero que no puede ayudarla, busca cobardemente con el Sr. Mefisto la salida al ancho mundo.

Esta es, a la «luz» del «espíritu» nitzscheano, le entera historia de Fausto, que desde hace tres generaciones ha hecho suspirar a los estúpidos alemanes, que ven en ella una obra maestra y que no han dudado en dedicarle cientos de comentarios.

Así «analiza» Nietzsche la obra entera de Wagner y encuentra un placer infantil en probar que ahí no cabe encontrar otra cosa que miserables trivialidades. ¿Cómo no ha de estar enfermo este hombre?

De todos modos, tiene momentos luminosos. Irrumpen al final del escrito. Dice aquí: «Si hago la guerra a Wagner, no lo hago en absoluto con la intención de dar satisfacción a ningún otro músico. Otros músicos

no entran en consideración contra Wagner.» ¡He aquí una palabra grande, dicha casi de pasada! Los admiradores de Brahms reciben también lo suyo, y no precisamente alabanzas exaltadas. Sólo que Brahms es despachado con mucha más premura que Wagner, puesto que es menos importante que él.

Nada de cuanto surge y cobra vida vale, en definitiva, a ojos de Nietzsche, para otra cosa que para sucumbir. ¡Esperemos que el Sr. Nietzsche quede al menos en pie! En la medida, no obstante, en que toda Alemania es incapaz de honrar su obra como se merece, es más, ni siquiera la conoce —¿quién la ha leído entera?—, los alemanes son procesados en bloque: «Los alemanes, los retrasados *par excellence* en la historia, son hoy el pueblo cultural de Europa que más por detrás se ha quedado». «La escena de Wagner tiene necesidad de una sola cosa: de germanos. Definición de los germanos: obediencia y piernas largas. Tiene un profundo sentido el hecho de que el advenimiento de Wagner sea contemporáneo del advenimiento del Imperio; ambos hechos prueban una sola y misma cosa: obediencia y piernas largas. Nunca se ha obedecido ni se ha mandado mejor.»

¡Los alemanes tienen que ir aprendiendo a renunciar a toda autocomplacencia, simplemente para que no quede otra en pie que la del Sr. Nietzsche!

He aquí, en fácil síntesis, las «tres exigencias» de Nietzsche:

Que el teatro no se haga el amo de las artes.

Que el comediante no se convierta en el seductor de los verdaderos artistas.

Que la música no siga siendo el arte de la mentira.

El arte dramático le inspira una furia formal. El hecho de que a través de Wagner domine el arte del presente, le ha inducido a este atentado contra Wagner.

En otro lugar dice: «Hay que ser un cínico para no dejarse seducir por Wagner, hay que ser capaz de morder para no caer en adoración ante él». No otro fue, ciertamente, el lema de Lucifer cuando se alzó contra la divinidad.

Algo parece, en cualquier caso, cierto: que Nietzsche se ha convertido en un cínico consumado. Y este conocimiento es el único resultado positivo de la lectura de su escrito.

Richard Pohl

8

«Documento núm. 8, correspondiente al vol. 3, p. 465 ss.»

Der Bund, 8 de noviembre de 1888[286]
El caso Wagner
Un problema para amantes de la música, de F. N.*
Por Karl Spitteler

Tenemos que dar cuenta a nuestros lectores de un acontecimiento estético: uno de los protoluchadores de la causa wagneriana, el filósofo Friedrich Nietzsche, se ha pasado al campo enemigo, y no silenciosamente, sino, como no podía ser de otro modo tratándose de un portavoz tan influyente, con una exposición fundamentada en forma de protesta. Que con tal oportunidad vuelve a ponerse a disposición nuestra un rico venero de reflexiones profundas, es cosa que va de suyo; lo que en este sentido ofrece el breve folleto de 57 páginas supera, de todos modos, las más altas expectativas. Que nadie busque en él divagación del pensamiento, ni demora en detalles; todo es fundamental y demoledor, acerado y curativo. *El caso Wagner* cuenta entre los escritos más sencillos y mejores de Nietzsche. Se objetará, sin duda, al libro que va, en la medida en que caracteriza a Wagner como un fenómeno enfermizo, en una palabra, como un mal, demasiado lejos. Por nuestra parte, sin embargo, nos alegramos de que la convicción que aquí se expresa tome cuerpo en toda su radicalidad y plenitud, sin reservas ni claúsulas de prudencia. ¿A quién podría interesar un Nietzsche manso y apocado? ¿Acaso no hay que cifrar su importancia y significado más genuinos precisamente en su inmenso coraje para pensar, coraje que nos parece tanto más valioso cuanto más vemos extenderse hoy en otros sitios la uniformidad del pensamiento y más esfuerzos parece estar dándose para perder toda individualidad el espíritu alemán? Si el coraje viril en los asuntos civiles y espirituales ha sido en todas las épocas un tesoro raro y valioso, hoy representa, sin duda, una realidad impagable, insustituible. Si el estado fuera algo más amplio de miras, acogería tales muestras en los museos y las custodiaría como si de algo sagrado se tratara.

En la medida en que nos proponemos informar sobre este escrito en todos sus puntos fundamentales, corremos el peligro de reproducir parcialmente el folleto, dado que no se nos puede exigir que parafraseemos y, en consecuencia, expresemos de modo más ambiguo lo que Nietzsche ha escrito con precisión magistral. Nos limitaremos, pues, a transcribir literalmente algunos pasos esenciales del escrito, imponiéndonos la restricción de no entresacar de entre la gran riqueza que se nos ofrece si no lo mejor.

* * *

* Leipzig, edit. C. G. Naumann, 1888

Tesis: la música de Wagner es enfermiza

P. 13: «Wagner es el artista de la *décadence*, ésta es la palabra. Y aquí empieza mi seriedad. Yo estoy muy lejos de contemplar serenamente que este decadente acabe con nuestra salud, y, además, con la música. ¿Es Wagner en absoluto un hombre? ¿No es más bien una enfermedad? Enferma cuanto toca; ha hecho enfermar la música.»

«Es un *décadent* típico, que se siente necesario en su gusto corrompido, que pretende hacer de esto un gusto superior, que sabe valorizar su corrupción como una ley, como un progreso, como una realización.»

P. 15: «Wagner ha sido una gran calamidad para la música. Ha adivinado en ella el medio para excitar los nervios cansados, y de este modo ha hecho enfermiza la música.»

P. 16: «El éxito de Wagner —su éxito entre las mujeres— ha hecho de todo el ambicioso mundo de los músicos otros tantos discípulos de su arte ocultista. Y no sólo los ambiciosos, sino también los cuerdos... Hoy no se gana dinero más que con música enfermiza; nuestros grandes teatros viven de Wagner.»

Tesis: Wagner construyó un nuevo sistema musical sencillamente porque se dio cuenta de su incapacidad para componer buena música como los antiguos.

P. 16: «Amigos míos», arguye Wagner en una conversación fingida con los jóvenes artistas, «es más fácil hacer música mala que buena. ¿Cómo? ¿Cómo podría resultar todavía más provechosa? ¿Si fuera más eficaz, más persuasiva, más capaz de provocar el entusiasmo? ¿Más wagneriana? *Pulchrum est paucorum hominum.* Entendemos latín, entendemos acaso también nuestra ventaja. La belleza tiene su gancho, ya lo sabemos. ¿Para qué la belleza? ¿Por qué no mejor lo gigantesco? Es más fácil ser gigantesco que bello.»

«Conocemos a las masas, conocemos el teatro. Lo mejor que allí hay, jóvenes alemanes, Sigfridos cornudos, y demás wagnerianos, tiene necesidad de lo sublime, de lo profundo, de lo violento. Hasta tanto llegan nuestras posibilidades. Y lo otro, lo demás que aún encontramos ahí, los cretinos cultos, los pequeños hastiados, los eternos-femeninos, los que digieren fácilmente, en una palabra, el pueblo, todo eso precisa también de lo sublime, de lo sobrecogedor. Todo esto tiene una única lógica. "El que nos derriba y sugestiona, es fuerte." Decidámonos, señores músicos, a derribarlos y hacerlos caer bajo nuestra capacidad de sugestión. Hasta ahí podemos llegar.»

P. 18 (en el mismo diálogo): «Pero lo que derriba y somete es, sobre todo la pasión. Pongámonos, pues, de acuerdo sobre la pasión. ¡Nada más barato que la pasión! Es posible prescindir de las virtudes todas del contrapunto, cabe incluso no haber aprendido nada, pero siempre puede encenderse la pasión. La belleza es difícil: ¡guardémonos de la belleza! ¡Y

no digamos ya de la melodía! ¡Calumniémos, amigos míos, calumniémos la melodía! Si vuelve el gusto por las bellas melodías, ¡estamos perdidos, amigos!»

Tesis: Wagner está muy lejos de ser un genio musical; no es ni siquiera un músico.

P. 25: «¿Ha sido Wagner en absoluto un músico? Ha sido, en cualquier caso y sobre todo, otra cosa: un histrión incomparable.» «Su verdadero puesto no está precisamente en la historia de la música: no debe ser confundido con sus genios grandes y puros. Wagner y Beethoven: es una blasfemia. Blasfemia (contra Beethoven) e injusticia en lo que toca a Wagner. Porque Wagner fue un actor genial.»

P. 26: «La música de Wagner, si no está bajo la protección del gusto teatral, esto es, de un gusto muy tolerante, es simplemente mala música, quizá la peor música que se ha compuesto. Cuando un músico no sabe contrar hasta tres, se hace "dramático", se hace "wagneriano"».

P. 33: «"No sólo música", así no habla ningún músico. "La música nunca es otra cosa que un medio." Esta ha sido la teoría de Wagner, porque en realidad ha sido la única práctica que le ha resultado posible. Pero ningún músico piensa así.»

Tesis: Wagner ha sido un actor genial, pero en el sentido inferior del término: un Gagliostro. No ha sido un autor dramático.

P. 30: «Wagner no ha sido un autor dramático, no dejemos que prevalezca esa idea. Amaba la palabra "drama", eso es todo —siempre amó las bellas palabras... No era bastante psicólogo para el drama.»

P. 57: «Wagner, el Gagliostro de la modernidad».

P. 55: Los santos de Baireuth: «Bufones».

Tesis: Por eso fanatiza también a los actores que hay entre los músicos: los «declamadores».

P. 37: «Wagner marcha con tambores y pífanos a la cabeza de todos los artistas de la declamación, de la representación, del virtuosismo; ha convencido, ante todo y en primer lugar, a los directores de orquesta, a los maquinistas y a los cantantes de teatro. Sin olvidar a los músicos de orquesta.»

Tesis: El wagnerianismo es una forma de manifestación del idiotismo y del servilismo; en su figura más perfecta lleva a la imbecilidad.

P. 38: «La escena de Wagner no necesita de gusto, ni de voz, ni de dotes naturales; sólo tiene necesidad de una cosa: ¡de germanos! Definición del germano: obediencia y piernas largas... tiene un profundo sentido el hecho de que el advenimiento de Wagner sea contemporáneo del advenimiento del Imperio; ambos hechos prueban una sola y misma cosa: obediencia y piernas largas.»

P. 43: «¿Qué es lo que ha domado con fuerza creciente a los seguidores de Wagner? Sobre todo la adaptación del profano, del idiota artístico.»

P. 46: «El adolescente (wagneriano de pura raza) se convierte en imbécil.»

Tesis: Wagner no corrompe sólo la música, sino también el teatro, incluso las artes auxiliares, en la medida en que fomenta el predominio de lo teatral en las mismas.

Tesis final (en los *postscripta):* Por lo demás, si a alguien le diera por creer que los restantes músicos vivientes son mejores, se equivocaría. Sólo son, y eso es lo grave, la mitad de malos de lo que serían de ser malos del todo.

* * *

En la introducción Nietzsche nos narra por qué camino llegó a la definitiva certeza de la nulidad de Wagner. El lector se esforzaría en vano por adivinarlo: a través de la ópera *Carmen.* De todos modos, en cuestiones de fe el motivo de la conversión no hace demasiado a la cosa. Tampoco se trata de que este o aquel lector esté de acuerdo con Wagner (¡los wagnerianos es obvio que no lo están!). El hecho de que seis pensadores como Nietzsche puedan engrandecer e impulsar una nación mucho más de lo que a miriadas de sabios y filósofos les es posible hacerlo en todo un siglo, es aquí lo verdaderamente decisivo.

9

«Documento nº 9, correspondiente al vol. 3, p. 508»

Der Bund,
20/21 noviembre de 1888[286]

El desvío nietzscheano de Wagner

> *Motto.*
> «Harás bien, gatito, en preferir durante toda tu vida un hombre de perseverancia simple y de una sola pieza, puesto que respetará siempre tus derechos y te hará justicia, por no tener el don de pretender en lugares de otros. Estos contertulios de lengua infinita que con tanta habilidad se ganan a fuerza de versos el favor de las mujeres, saben salirse también siempre por la tangente con gran sutileza».
>
> *Rey Enrique V,* acto 5, escena 2.

Desde hace un tiempo ya respetable, pero sobre todo en este último año, se viene pecando tanto en Alemania con la pluma, que uno, cuando se decide a recurrir a ella para enfrentarse a un ingenio sutil, no puede menos de experimentar una especie de repulsión ante el pequeño, pero

irrenunciable, instrumento, prefiriendo casi blandir una espada de calmuco y cabalgando un hirsuto caballo de las estepas abatir al enemigo en una lucha honradamente brutal.

En el caso especial en el que nos encontramos ahora este deseo se ve casi agudizado por nuestra consciencia de tener que habérnoslas con un héroe de la pluma al que ni de lejos podemos compararnos en agilidad espiritual. Frente a un Friedrich Nietzsche no podemos menos de encontranos sumamente vulnerables y sólo la confianza en la buena causa por la que hemos optado nos da el valor necesario para toma posición contra el panfleto de Friedrich Nietzsche.

Lo que en tono laudatorio había que decir sobre este escrito —que lleva por título: *El caso Wagner. Un problema para amantes de la música*— lo ha dicho ya, hace pocos días, un colaborador siempre bienvenido de nuestra publicación, Karl Spitteler. En su gustoso e incluso exaltado acuerdo con las originales ideas con las que Nietzsche celebra su desvío de Wagner ha anticipado cuanto por nuestra parte podríamos decir también a favor de las ocurrencias tantas veces brillantes y de los muchos juicios certeros ahí vertidos por Nietzsche. Pero se ha olvidado de analizar con algo más de detenimiento el reverso de la original medalla conmemorativa que con ocasión de su conversión ha acuñado Nietzsche. Vamos a compensar este olvido.

Lo primero que se nos platea es la pregunta de si realmente un hombre como Nietzsche, que durante largos años ha sido, como él mismo reconoce, uno de los más «corruptos» enfermos de wagnerianismo, hubiera debido celebrar su «curación» y su abandono de una comunidad de este tipo de un modo tan teatralmente llamativo como el escogido: un ataque público de estas características. Porque también en las cosas del espíritu hay y debe haber cierto recato, y según el gusto vigente, en las asambleas de las asociaciones de abstemios y del ejército de salvación no actúan, al menos, gentes de esas que no dudan en dirigirse a los demás como oradores con el recurso de decirles, a la vez que hacen un gesto indicativo hacia su nariz enrojecida, y a efectos de aleccionamiento: «Yo fui un bebedor terrible». Si uno no se resguarda en aras de sí mismo, tal vez haya de resguardarse en aras de otros en cuyas almas arraigó un día y en las que tras un viraje tan radical apenas sí continúa ya vivo y operante. ¿Qué podrán, en efecto, pensar de Nietzsche cuantos, en número nada desdeñable, poseen el libro *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música,* publicado por Nietzsche en 1872, en el que adora al mismo ídolo germano-wagneriano al que hoy, en este reciente folleto, arroja sin contemplaciones al polvo, qué digo, al cubo de los excrementos? Aquel libro venía acompañado de un prólogo, que entonces cabía asumir como cosa seria, dedicado «a Richard Wagner», en el que éste era caracterizado por Nietzsche como su «sublime precursor» en las más altas tareas y deberes del arte. El arte wagneriano era situado en ese con-

texto en el centro mismo de las esperanzas alemanas como «vértice y punto de viraje»; no dejaba en él de hablarse asimismo de la «sublimidad» de la guerra alemana, etc., en tanto que en este último folleto no sólo se ataca y ridiculiza el arte wagneriano como enfermedad y mueca, sino que también se hace una referencia a la recomposición del Imperio Alemán y de lo germánico con el único objetivo de hacer de ellos materia de chiste y de desprecio. En modo alguno se nos ocurre, por supuesto, afirmar que hace 16 años Nietzsche tenía toda la razón y hoy carece en absoluto de ella. Pero, ¿era preciso que un desvío de este tipo fuera consumado con semejante escándalo? ¿Qué confianza puede depositar el pueblo en un hombre que se precia de ser su principal maestro en cuestiones de estética y dice de sí mismo —¡con cuánta modestia!—: «He dado a los alemanes los libros más profundos que en absoluto poseen», y que a la vez mina el contenido de libros tan profundos con frívolos folletos? Puestas así las cosas resulta incluso de lo más sensato que Alemania espere, en lo tocante al general reconocimiento positivo de los escritos de Nietzsche, hasta que el autor esté muerto y no pueda retractarse de lo que ha dicho. Porque no es, en efecto, agradable jurar sobre la palabra de un maestro que más tarde abjura del propio maestro. No por ello ignoramos, desde luego, que se nos podría objetar que a ningún hombre y, en consecuencia, tampoco a un filósofo, es lícito condenarle a convertir una tontería que cometió en otra época en pauta y criterio de todos sus pensamientos y acciones posteriores, siendo, por el contrario, la capacidad de llegar, ya entrado en años, a otros puntos de vista un síntoma excelente de vida mental no petrificada ni anquilosada. Quien así opta por actuar es, en fin, alguien que siempre está en camino, que aspira más a convertirse en algo que a serlo, exactamente lo que debe proponerse un espíritu superior. Y si este espíritu en devenir llega a nuevos puntos de vista, la rectificación de los errores pasados cuenta incluso entre sus obligaciones centrales.

Aceptemos esta objeción, aunque puntualizando simplemente que un espíritu instalado siempre en una corriente de lava tan escasamente calculable en sus sucesivos movimientos haría bien en recoger con gran cuidado sus frutos espirituales. Pero, en cualquier caso, exigimos que el acto mediante el que el sabio o filósofo se retraiga de errores pasados sea un acto serio. Porque en la raíz está el hecho, vergonzoso en última instancia para nuestra naturaleza humana, «de que así no podemos saber nada». La cosa es, en su esencia, trágica, y por mucho que el filósofo no tenga por qué hacer penitencia pública en la iglesia, con pardo sayal y velas encendidas, sí que debería manifestarse al menos con toda seriedad en el reconocimiento de sus errores pasados.

Pero Nietzsche combina la agilidad simiesca del espíritu con una desvergüenza simiesca de tal calibre, que ha convertido su retractación en una *posse* grotesca. Es probable que las chanzas adolescentes, del tipo de

las que Heine, p. ej., en la p. 36 de este folleto suyo). ¡Ay! ¡Quién pondría en duda que la ciencia genuina (como todo arte digno de ese nombre) viene unida a la alegría del alma! Toda ciencia veraz, con las satisfacciones del descubrimiento que procura, y toda sabiduría plena, participan, en su esencia más profunda, de la noble alegría de un cielo puro, abierto. Pero el desesperado regocijo, propio más bien de un payaso de circo, que arrastra su monstruosidad por los escritos de Nietzsche, nada tiene en común con la *gaya scienza*. El propio Nietzsche parece, por lo demás, haber tenido un vislumbre de lo improcedente de su regocijo frívolo, dado que en el prefacio de su folleto escribe: «Yo ofrezco entre muchas bromas, una cosa acerca de la que no se debe bromear.»

Tras esta protesta más o menos general contra la forma indigna de la retractación nitzscheana, vamos a permitirnos entrar en algunos pensamientos particulares del folleto.

Ya en la página segunda del prefacio llama la atención la pregunta que el propio Nietzsche se dirige: «¿Qué exige un filosofo en primer y último lugar de sí mismo?», y la respuesta por la que opta: «Superar su época en sí, convertirse en "intemporal"». Hubiéramos preferido como respuesta que el filósofo se exigiera seriamente verdad sobre todo cuanto le incumbe y que antes de proceder a la superación de su «época en sí» superara, haciendo sin duda algo mucho más positivo, la propia subjetividad, tal vez enfermiza.

Por lo menos para Nietzsche esto último hubiera representado la verdadera cura radical. Parece creer que el elemento morboso que percibe dentro de sí le ha sido allegado solo desde fuera, especialmente por parte de Wagner, y de ahí ha pasado a convertirse en materia interior suya. Pero se equivoca. La mayoría de las enfermedades presuponen también una disposición previa, favorable a ellas, en los lugares en los que anidarán. Hasta qué punto lleva Nietzsche dentro de sí esta disposición incluso en el momento mismo en que reacciona contra la infección wagneriana, es cosa que puede probarse del modo más fácil con sólo reparar en lo que dice sobre la temperamental ópera *Carmen* al comienzo de su folleto. Suscribimos con placer cuanto escribe sobre la sensibilidad sureña, morena, requemada, de esta ópera. Son cosas dichas con belleza y del modo más comprensible. Pero acto seguido, y súbitamente, cae sobre él en bloque la sofocante mística de la escuela wagneriana, ese gusto por la cavilación que convierte lo que sólo es un movimiento de la pasión humana en un problema filosófico profundo, y procede a afirmar que ha encontrado la única concepción del amor digna del filósofo en las palabras finales de Don José, que mata a la infiel prostituta Carmen.

Esto es precisamente lo que a las naturalezas algo más calmadas nos ha hecho sufrir tanto de Richard Wagner, al lado de nuestra profunda devoción por la enérgica creatividad del maestro: esa constante interpretación místico-filosófica paralela de sus obras poemáticas y de su música,

tal como la ha cultivado el propio Wagner y sus seguidores han consumado hasta la naúsea. Ahí radica fundamentalmente la enfermedad wagneriana. Su raíz tiene, de todos modos, que buscarse en la inmerecida indiferencia mostrada por el público alemán ante las primeras obras de Wagner. El ambicioso y nervioso maestro se convirtió en escritor para luchar con la pluma por los frutos de su fantasía artística. Esa fue la desgracia. Si se hubiera procurado Wagner a tiempo el puesto de director de la orquesta teatral de un escenario realmente importante en el que poder ir representando, paso a paso, sus obras sucesivas de acuerdo en todo con sus intenciones reales, tal vez se hubiera podido ver brillar una estrella fija allí donde la rara y aventurera estrella fugaz ha tenido que seguir un camino llameante. Aunque a decir verdad, argumentar ahora en orden a condiciones que no se cumplieron contra la realidad que efectivamente ha venido a consumarse, es cosa que no tiene el menor sentido. En cualquier caso, si hemos traído a colación esta idea es simplemente para indicar que no consideramos como un mal la reforma práctica del teatro llevada a cabo por Wagner con sus óperas nuevas y más o menos valiosas, sino sólo esa hinchada masa de escritos del maestro y de sus discípulos que paralelamente a aquéllas circula de mano en mano.

Distinguiendo así nítidamente entre los efectivos logros artísticos de Wagner y sus escritos de crítica artística, dejamos también parcialmente indicado ya el escaso valor del escrito de Nietzsche, dado que no mantiene claramente diferenciadas ambas esferas, la de las genuinas creaciones artísticas de Wagner y la de toda esa charlatanería literaria que intenta vincularse a ellas y las funde, por el contrario, en un magma que arroja en una misma cazuela que luego no duda en volcar. Comete aquí Nietzsche también el error de suponer que todo el mundo es wagneriano y está, por lo tanto, enfermo. Pero un par de directores de orquesta chiflados, una docena de jóvenes literatos del tipo que no sin cierta razón caracteriza Nietzsche como afectado de «imbecilidad», un par de miles de féminas insatisfechas: eso no es ni con mucho el mundo entero, ni siquiera toda Alemania. ¡Dios mío! La gente va al teatro y encuentra interesante hoy *La Walquiria*, mañana *El trompeta de Säckingen* de Nessler y entremedio también la por Nitzsche (y por nosotros) tan estimada *Carmen*. Después se meten en la cama, tararean hoy la afirmación de que el amor viene del gitano, mañana «Las tormentas de viento ceden al mes de mayo», si todavía se acuerdan, y otra vez: «Dios te proteja, fue demasiado hermoso». Por lo demás, se ocupan de sus negocios y de sus amigos, y la sociedad wagneriana, a la que Nietzsche quisiera administrar la quinina de su folleto, apenas cuenta, numéricamente hablando, en comparación con la masa, que para nada se interesa por tales sutilezas estéticas.

Tampoco podemos, por otra parte, estar de acuerdo con la jeremiada nitzscheana sobre una decadencia general del presente. Incluso el más «intemporal» de los filósofos debería ser lo suficientemente modesto

como para no erigirse en juez de una era histórica a la que él mismo pertenece y respecto de la que ningún contemporáneo puede aspirar a encaramarse en una atalaya lo suficientemente elevada como para percibirla de manera absolutamente objetiva en todas sus dimensiones. Podredumbre y signos de decadencia han portado en sí todos los siglos que nos son conocidos, pero siempre surgieron generaciones nuevas que fueron capaces de entregarse a las tareas vitales con fuerza renovada. El siglo XVIII, con sus clases superiores económicamente depauperadas y el terror de la guillotina, puede ser considerado asimismo como una época de decadencia, al igual que el XVII, con la terrible Guerra de los 30 Años y sus consecuencias, o el XVI, con las tormentas de la Reforma y los sufrimientos desencadenados por la revuelta de los campesinos. Cada época tiene su fiebre, y cómo éstas vienen a ser superadas es cosa que sólo a las generaciones posteriores les es dado juzgar. En todo caso, en el presente se ofrecen a nuestra vista ciertos fenómenos que a un filósofo dispuesto a no descifrar en el mismo otra cosa que enfermedad, deberían llevar a emitir juicios condenatorios de este tipo con mayor precaución y reserva. Tengamos simplemente en cuenta el fenómeno de la mejora de las condiciones de salud de la humanidad moderna y, de forma muy especial, el incalculable valor que en orden a este aspecto de la vida de la humanidad europea va correspondiéndole, de modo creciente, a un mal tan lamentado desde otros puntos de vista: la constante preparación para la guerra de todas las naciones. No tendría, en efecto, que ser explicado precisamente a un alemán lo que para el pueblo alemán significa la disciplina vital del ejército de cara al fortalecimiento físico de la nación. Nietzsche se burla de las dos características centrales del germano: «obediencia y piernas largas». El adiestramiento cuartelario y la mentalidad de los oficiales tampoco representan para nosotros, desde luego, un ideal absoluto de formación del carácter; pero no somos tan injustos como para no reconocer, junto con algunos de los males del militarismo, las grandes ventajas que pueden derivarse, incluso ya sólo al nivel del fortalecimiento físico de las nuevas generaciones, de una instrucción tan vigorosa de la juventud masculina de todo un país. Como es bien sabido, en Suiza hemos convertido, como, por lo demás, en la mayor parte de los países de Europa, el tipo prusiano de soldado, que para nada contradice tampoco el espíritu del viejo soldado suizo, en modelo, dentro de lo posible, de nuestro ejército popular, e incluso independientemente de los objetivos militares, es evidente que nos va tan bien de cara a la formación física y espiritual de nuestro pueblo, que no podemos menos de cifrar en nuestro militarismo uno de los factores culturales más importantes para nuestro país. Como no podemos menos de reconocer también que la hipotética abolición de la institución militar a efectos de una repentina paz perpetua tendría consecuencias muy negativas para la educación de nuestra juventud.

Con su irremediable pesimismo Nietzsche se nos aparece como un paciente al que por estar enfermo del estómago le resulta imposible comprender que otro hombre se sienta, ya al ir por la noche a acostarse, ilusionado ante la perspectiva del desayuno del día siguiente, de los cigarros que se fumará y tal vez incluso de la comida del mediodía. Con ello guarda, sin embargo, relación su absoluta incapacidad para valorar la sana fuerza natural del mayor maestro viviente, Johannes Brahms. Que precisamente Brahms es «de la raza potente de un Händel», es cosa que ni siquiera barrunta. Le interpreta tan falsamente, que no duda en atribuirle «la melancolía de la impotencia». Y siendo, como es, un compositor que crea sin urgencia febril, aunque sí desde una plenitud sana y rebosante, le achaca padecer de sed de plenitud». Lo genuino de Brahms es, en su opinión, la nostalgia, razón por la que se ha convertido en el músico «de los nostálgicos, de los descontentos de toda clase», incluso en «el músico de una especie de mujeres insatisfechas». La verdad es que nunca tuvimos la ocasión de encontrarnos ante un retrato espiritual tan ridículamente dibujado como éste. Brahms, que desborda de fuerza tanto física como psíquica, que es, en la raíz de su personalidad y de su singularidad creadora, el hombre más viril que imaginarse pueda, y que precisamente por eso causa una impresión tan infinitamente conmovedora (de la que ni siquiera el propio Nietzsche logra zafarse) en los pasajes delicados de sus composiciones, pasajes cuya delicadeza ha crecido sobre el suelo de la fuerza, incluso de una virilidad que en ocasiones puede resultar hasta áspera, este Brahms, ¡¿tiene que ser, como Wagner o Liszt, el músico de los insatisfechos y, sobre todo, de las mujeres insatisfechas?! Con nada como con esta afirmación extemporánea se ha puesto en ridículo Nietzsche de un modo tan imperecedero; imperecedero, sí, porque estos juicios tan errados sobre contemporáneos —y sobre Mozart y Beethoven se hicieron multitud de ellos— acostumbran a ser citados, en el siglo siguiente, como prueba de la estrechez y limitación de sus contemporáneos que a menudo tiene que superar un maestro inmortal. Tendemos, de todos modos, a pensar, para descargarle un tanto, que Nietzsche, que habita sobre todo en tierras del Sur, aún no ha tenido cumplida ocasión de oír alguna de las sinfonías de Brahms. Pero como conoce la notación musical, es de suponer que podría entender una partitura o un arreglo para piano. Si no nos equivocamos, dedicó su *Himno a la vida* al mismo maestro al que en su folleto se atreve a tratar ahora despreciativamente con un: «¿Qué importa aún Brahms?» De todos modos, lo que ahí viene otra vez a expresarse no es más que la manía de grandezas que ha hecho posible la frase que citábamos arriba —«He dado a los alemanes los libros más profundos que en absoluto poseen»— y que le lleva también a referirse, como no podemos menos de suponer, a sí mismo en los siguientes términos: «Sólo conozco un músico que esté hoy en condiciones de componer una obertura de una sola pieza, y nadie le co-

noce» (con excepción del espejo ante el que Nietzsche se arregla cada mañana)...

¡No! Ni siquiera con la mejor voluntad pueden aceptarse estas cosas; no podemos seguir ocupándonos de este panfleto nietzscheano, que reluce con todos los colores del camaleón excitado; nos repugna. «Gruesas palabras ha hecho llegar Schiller a los oídos de los alemanes», dice Nietzsche. Pero ¿quién ha hecho llegar palabras más huecas «a los oídos» de éstos que el propio Nietzsche en pasos tan declamatorios de su libro *El nacimiento de la tragedia*, etc. como el siguiente, dedicado a comentar *Tristán e Isolda* de Wagner: «A esos músicos genuinos es a quienes yo dirijo la pregunta de si pueden imaginarse un hombre que sea capaz de escuchar el tercer acto de *Tristán e Isolda* sin ninguna ayuda de palabra e imagen, puramente como un enorme movimiento sinfónico, y que no expire, desplegando espasmódicamente todas las alas del alma. Un hombre que, por así decirlo, haya aplicado, como aquí ocurre, el oído al ventrículo cardíaco de la voluntad universal, que siente cómo el furioso deseo de existir se efunde a partir de aquí, en todas las venas del mundo, cual una corriente estruendosa o cual un delicadísimo arroyo pulverizado, ¿no quedará acaso destrozado bruscamente?». Irritado por lo pomposo de estas frases, nuestro difunto amigo, el noble compositor Hermann Götz, borró de un trazo, hace ya muchos años, algunas de sus letras finales en nuestro ejemplar. A esta pompa monstruosa corresponde, sin embargo, por entero la fea exageración con la que Nietzsche se separa ahora de Wagner. El, el «intemporal», es fiel, en realidad, con todo esto, a una costumbre alemana bastante común, consistente en no descansar, cuando un artista alemán ha hecho una vez algo importante, como fundar, por ejemplo, un teatro nacional, hasta desvelar y exponer a los ojos de todo el mundo, y con la mayor implacabilidad, todas las flaquezas del maestro, en lugar de limitarse a lo bueno, a lo positivo de esas realizaciones. Esas son las cumplidas hazañas de los teóricos alemanes de la estética, a lo que en este caso se une el fanatismo del renegado.

Nietzsche, a quien en otro tiempo nos creíamos obligados a escuchar y admirar, está hoy muerto para nosotros. Para otros parece haberlo estado hace ya mucho tiempo. Por lo menos, en un tratado (sobre Eugen Dühring) del Dr. H. Druskowitz, recientemente aparecido, leemos la siguiente caracterización de Nietzsche, con la que queremos despedirnos aquí de él: «Nos tememos que bajo la categoría de los fisiológicamente malogrados tenga que ser incluido sobre todo el propio Nietzsche. Porque le falta cada vez más el sentido para las sensaciones humanas sencillas y para el pensamiento natural, porque se abandona a paradojas cada vez más inconsistentes y peligrosas y se complace en una unción repulsiva, al tiempo que la manía de grandezas y el esoterismo alcanzan en él dimensiones cada vez más preocupantes. Recordamos a los lectores de sus últimos escritos con qué desprecio tan indescriptible habla, y lo hace

innumerables veces, de aquéllos que tienen la desgracia de ser «plebeyos» y con qué adoración se ocupa de los «aristócratas». Finalmente viene, sin embargo, a revelarse que su concepción de la aristrocracia es de lo más errada, ya que caracteriza a Napoleón I como «el problema hecho carne del ideal aristocrático en sí». Uno de los más brillantes estilistas y de los espíritus más ingeniosos de nuestra época, se equivoca él mismo y equivoca al mundo sobre la efectiva insuficiencia de su naturaleza y la carencia de ideas autónomas, salvo que sean aceptadas como tales aquellas a las que falta toda consistencia y justificación. Así ha llegado al cabo de un zigzagueante ir y venir que le ha ocupado decenios a resultados que fácilmente pueden ser reducidos *ad absurdum* y que casi deben ser caracterizados, en el sentido más preciso, como monstruosos. No otro sería el caso, por ejemplo, de la afirmación de que la «moralización» progresiva de la humanidad equivales a la decadencia del tipo humano superior, un punto de vista que hunde sus raíces, ciertamente, en una concepción del ideal de humanidad radicalmente falsa».

10

«Documento nº 10, correspondiente al vol. 3, p. 516»

Carta de Friedrich Nietzsche
al Prof. Andreas Heusler II en Basilea,
publicada por Andreas Heusler III
en los *Schweizer Monatshefte*,
abril de 1922[288]

Torino, via Carlo Alberto 6.III
30 de diciembre de 1888

Querido Heusler:

Le doy inmediatamente un signo de mi confianza como no me sería posible dárselo ahora a cinco, ni a seis otros. ¡Todas las historias estúpidas de mi vida vienen de Alemania! Escuche Vd. la última. Mi propio editor, E. W. Fritzsch, de Leipzig, que tiene nueve obras mías (entre otras el *Zaratustra*, el primer libro de todos los libros, le ruego indulgencia para esta expresión) y se autotitula mi amigo, ha permitido que se me ridiculice del modo más insultante y personal en el semanario musical que él mismo lleva como redactor, a raíz del *Caso Wagner*. En orden a ello le he escrito: «¿Cuánto quiere Vd. por todos mis libros? Con sincero desprecio, Nietzsche». Respuesta: aprox. 11.000, que es la *tercera* parte del valor *brutto* de los ejemplares todavía disponibles (=33.000 marcos). Mi verdadero editor, el Sr. C. G. Naumann, uno de los hombres

de negocios más honorables de Leipzig y que posee una gran imprenta, me aconseja incondicionalmente considerar la inaudita falta de tacto del tal Fritzsch como un *caso de suerte,* dado que así podré hacer mía, inmediatamente antes del momento en que pase a convertirme en una «celebridad mundial», toda mi bibliografía. Porque en lo que hace a la editorial de C. G. Naumann (4 obras hasta ahora) soy también el único propietario. Se imprime y distribuye a mi costa: aún no he recibido un céntimo de honorarios. (Toda una *obra de arte,* querido Heusler, dado que soy justamente lo contrario de un hombre acomodado, si bien soy, por fortuna, muy económico. Aquí pago, por ejemplo, 25 francos al mes por mi habitación, servicio incluido —y no quiero vivir de otra manera.)

Moraleja de la historia: necesito aprox. 14.000. Dado que mis próximas obras no saldrán a la venta a millares, sino a decenas de millares, y a la vez, ciertamente, en francés, inglés y alemán, creo que puedo pedir prestado ahora, sin mayores inconvenientes, la suma citada. En toda mi vida no he tenido un solo céntimo de deudas. De la traducción francesa de mis libros, así como de las correspondientes negociaciones con los editores, se ocupa uno de los hombres más inteligentes e influyentes de Francia, el redactor-jefe del *Journal des Débats* y de la *Revue des deux Mondes,* Mr. *Bourdeau,* de quien todavía ayer recibí la carta más cariñosa imaginable, ya que tengo la suerte de que mis seguidores me quieran. Primero aparecerá: *Crèpuscule des idoles.* La relación entre nosotros ha sido facilitada por Mr. *Taine,* con una *dèlicatesse* que no puedo admirar bastante. Paso en París —que quede entre nosotros— como el animal de espíritu más ágil que ha visitado la tierra, y quizá como algo más.

¡Querido Heusler! ¡El resto es *silencio* —Todo entre nosotros!

Friedrich Nietzsche

—mi sinceri auguri—

(Le adjunto un escrito sobre mí, absolutamente sensato y sin segundas intenciones: el autor, en estos momentos con mucho el mejor músico, *mi maestro,* estudio en Basilea cuando yo estaba allí —*Peter Gast* (pseudónimo de Heinrich Köselitz)

[al margen de esta postdata:] —le ruego que me devuelva la hoja, ya que no tengo duplicado.

[al margen de la p. 2:] El señor C. G. Naumann quiere encargarse él mismo de la negociación con E. W. Fritzsch en el asunto del dinero, de modo que no necesitaré dirigir una palabra más a este individuo indigno.

11

«Documento nº 11, correspondiente al vol. 3, p. 526»

Kunstwart, año 2, 1888, pp. 52-56[40]

> *Nietzsche-Wagner*. De un hombre altamente respetado por nosotros, «Peter Gast», que en la disputa aquí en juego ocupa, desde luego, posiciones muy alejadas de las nuestras, recibimos el siguiente escrito. Se ha hablado tanto y con tanto calor a favor de la causa wagneriana en esta revista, que de no tomar en ella alguna vez también la palabra sus enemigos, vendría casi a producirse una falsificación de su carácter apartidista. Añadiremos inmediatamente algunas reflexiones propias, con la esperanza de dejar así agotado para nuestra publicación el tema del escrito polémico de Nietzsche.

Jamás en toda su historia se sintieron los alemanes tan excitados por un problema estético como por el problema wagneriano del «drama musical» y de la música teatral. El final de estos cuarenta años de excitación ha sido la casi desaparición de la resistencia contra la innovación wagneriana y la actual difusión de la creencia general de que Wagner es quien «tenía la razón», en tanto que sus enemigos, no.

Para el hsitoriador de la cultura este hecho no significa, por de pronto, mucho más que esto: que quien en una humanidad que se ha reblandecido y desbaratado y ha perdido todo carácter sabe autoafirmarse durante toda una vida como individualidad dura y concentrada, acaba ganándose casi sin excepción a todos a favor suyo y de sus objetivos; con otras palabras: que más o menos toda orientación o línea, por fuerte que sea el rechazo que en un principio genere, acaba por prevalecer, por "irrumpir", si al genio innovador no le falta la debida perseverancia.

El público es incapaz de percibir, más allá de un artista concreto, nuevos ideales. Se atiene a lo que hay; las posibilidades nuevas tienen que serle mostradas siempre ante todo y primeramente en orden a obras efectivas y al hilo de ellas. Y ¿dónde ha habido un artista capaz de medirse, ni siquiera de lejos, con Wagner, un artista capaz de cruzarse en el camino de su obra y perturbarla desde una altura y un poder totalmente distintos? Un artista capaz, en fin, de convencer al público mediante su propia creación y capaz también de atraerlo así a un mundo más luminoso, más alegre, más sano, en una palabra, superior. No ha habido un artista así. Todo lo que ha tomado cuerpo contra Wagner han sido protestas teóricas de hombres que no eran lo suficientemente ricos, anímicamente hablando, como para seguirle. O también, desde luego, protestas de músicos estetizantes o incluso de hombres ofendidos. Su función no ha podido, pues, ser otra que la de llamar la atención del público, un público que finalmente venía a sentirse desbordado, conmovido, agitado

y dominado por el arte de Wagner y que tomaba asimismo conciencia de no haber podido experimentar antes nada similar desde un escenario, tal vez ni siquiera arte genuino.

La victoria de Wagner sobre Europa y América del Norte es indiscutible. La misma Francia, que en atención a la juventud política que llena sus calles aún no se ha decidido a poner en marcha representaciones escénicas de sus obras, le conoce y estudia con un celo de los que los buenos alemanes no tienen ahora tiempo de enterarse.*

A pesar de esta victoria de inusuales dimensiones la bibliografía apologética sobre Wagner aumenta en lugar de disminuir. Los oponentes parecen haber desaparecido; un ejército de literatos de tendencia artística, que alimentan día y noche la llama sagrada de la causa wagneriana, iluminan, clarifican, describen, ponen los diferentes aspectos de sus obras en relación con todo lo imaginable, y al hacerlo se afianzan a sí mismos como apóstoles y defensores.

De todo ello sólo se beneficia la causa wagneriana: considerado en su conjunto, el arte padece con tan rendida actitud general, con esa veneración de millones enteros a un solo artista, cuya especificidad ha sido largamente elevada a «medida de todas las cosas». Y sin embargo, el asentimiento de millones nada prueba sobre el valor de una cosa; antes tendría que ser probado el valor de estos millones. Solo que ¿quién querría determinarlo? ¿De acuerdo con qué canon habría que hacerlo? ¿Quién estaría tan por encima de épocas y pueblos como para reconocer qué síntomas los colocan en lo alto o en lo bajo? ¿Y acaso no presupone este reconocimiento siempre un criterio o pauta de enjuiciamiento que o bien estipulamos arbitrariamente o bien llevamos de modo inconsciente, instintivo, en nosotros? ¿No habría acaso que poseer una segunda conciencia para verse a sí mismo y a su época en todas las manifestaciones vitales, incluso las más conscientes (en gusto, juicio, moral), asumidas por sí mismas y puestas, a un tiempo, en relación con todo el pasado del género humano?

Quien nos sitúa más cerca de estos interrogantes y los resuelve de un modo que a nadie le ha sido dado conseguir antes es Friedrich Nietzsche. Sólo con él comienza una verdadera penetración fisiológica en los fenómenos de la historia; es el primero a quien hay que agradecer la elabo-

* Debemos a Francia la monografía más omniabarcadora actualmente disponible sobre Wagner, la de Adolphe Jullien; están también las de Schuré, Catulle Mendès y muchas otras. Uno de los primeros wagnerianos en nervio y sangre fue Baudelaire, el poeta de las *Fleurs du Mal*. Entre los wagnerianos actuales destaca por su entusiasmo la escuela de los «Poètes dècadents» (como ellos mismos se autodenominan, más o menos irónicamente). Revistas wagnerianas: la *Revue Wagnèrienne* (Stephane Mallarmé y Paul Verlaine), *Revue indépendante* (redactor, Dujardin), *Gil Blas*, etc. Véase asimismo la exaltación wagneriana en los pasos relativos a la música de las novelas de Bourget, Zola, Guy de Maupassant y otros.

ración de unos patrones valorativos que han hecho que el simple enjuiciamiento de los fenómenos históricos en orden a la «idiosincracia» y estrechez de una época y su generación quede reservado exclusivamente a los hombres vulgares. El último escrito de Nietzsche que ha visto la luz, *El caso Wagner*, es una ejemplificación de su forma histórica de consideración.

Se debe a Nietzsche la sin lugar a dudas más profunda e importante obra apologética de la bibliografía wagneriana. Me refiero, claro es, a *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, el libro con el que repentinamente fueron creados valores estéticos enteramente nuevos, una aureola absolutamente desusada y perspectivas antes desconocidas a propósito de Wagner, y de los que el propio Wagner se alimentó largamente, al igual, por lo demás, que su cohorte literaria. Nietzsche pasó pues, así, a ser conocido también generalmente como apologista de Wagner. Pero lo que aparte de eso y en realidad es Nietzsche, eso no lo saben en la solidaria Alemania ni diez personas. Hay que ir al extranjero para saberlo. Por ejemplo, a Saboya, al mayor historiador hoy viviente, Taine, o a Copenhague, a Georg Brandes (uno de los críticos más inteligentes, sin lugar a dudas, de nuestro tiempo), que impartió un curso el invierno pasado sobre la filosofía de Nietzsche ante más de 300 estudiantes, dando así a conocer en toda Escandinavia tanto el nombre como los problemas planteados por Nietzsche.

Nietzsche es por sí mismo una cultura; y una cultura que en nuestro tiempo parece casi imposible; de una seriedad, de una originalidad y de un fuerza y altura de espíritu y sentimiento ante las que la mayoría de los hombres no pueden menos de sentirse atemorizados. Con él ha venido a alzarse ante la vida una nueva esfinge. Todos los asuntos humanos son problematizados y puestos en cuestión. Y no precisamente al modo de los librepensadores habituales, más o menos frívolos, ni tampoco desde abajo al modo de los descontentos, de los socialistas políticos o religiosos, sino desde los puntos de vista de los máximos ejemplares de la humanidad. Brandes ha caracterizado la filosofía nitzscheana recurriendo, entre otras, a la expresión «radicalismo aristocrático». Y ciertamente, si los brahmanes o Alejandro, César, Napoleón o Leonardo da Vinci y similares hubieran puesto en fórmulas y palabras sus instintivos dominantes, habrían coincidido absolutamente con los imperativos de los que Nietzsche se reclama. Queda, sin embargo, la duda de si hubieran deseado hacerlo... al modo nietzscheano. Sólo a él parece habérsele desvelado el secreto de la vida orgánica. Comparada con su penetración, toda actividad consciente, incluso la de los hombres culminantes del pasado, no puede menos de parecer ciega, instintiva. Ante sus ojos los fenómenos se diferencian y revelan su fisonomía propia de un modo desusado, y finalmente repara en cosas fundamentales de las que con anterioridad nadie parecía tener percepción ni conocimiento. Y estas formas funda-

mentales van hasta tal punto contra nuestra forma usual de percibir y valorar, contra nuestro gusto y nuestros hábitos, que para poderle ya simplemente seguir se precisa cierto grado de intrepidez.

Nietzsche es en sí mismo una cultura. Sus escritos son lo más rico en contenido, lo más condensado, que puede leerse. En cada una de sus frases hay un *aperçu,* un juicio, que sólo a él pertenece, que sólo a él puede pertenecer. Sus obras, y concretamente *Así habló Zaratustra,* tendrían que ser el orgullo de los alemanes, ya que elevan el rango de su literatura. Pero en Alemania no se sabe nada de ello, no se está preparado para ello, no se tiene entendimiento ni corazón para ello. En París los libros de Nietzsche provocarían una cascada de artículos y folletos, los intelectuales franceses en su totalidad se ocuparían de ellos, se formarían partidos filosóficos; en una palabra, sus problemas serían discutidos públicamente. Entre los alemanes, como ya ha quedado dicho, no se sabe cómo entrar en sus problemas ni ocuparse de ellos, quedan todavía a una distancia de muchas millas; falta esa educación moral que el francés digno de consideración ha tenido desde Montaigne; falta incluso simplemente interés, capacidad de gozar con las finezas y refinamientos psicológicos. El comportamiento de los alemanes con Nietzsche procurará un nuevo capítulo de la historia de su inferioridad espiritual creciente.

Nada menos posible que dar una imagen global del mundo mental de Nietzsche en el espacio que nos ha sido concedido; habría casi que reproducir aquí sus doce volúmenes. Nietzsche es en sí mismo, repetimos por tercera vez, una cultura (y una moral, una moral heróica). Hay que leerle, hundirse en él, hacer que cobre vida, convivir durante largos años con él. Si se está espiritualmente emparentado con él, entonces trabar conocimiento con su figura y su obra representa para uno tanto, y una pequeñez más, como para Dante pudo representar la entrada de Beatriz en su vida: *incipit vita nova.*

Pero lo único que queremos subrayar aquí de Nietzsche, y, desde luego, con fines de mera transición a lo que sigue, es una teoría biológica fundamental.

Nuestra moral (esto es, sobre todo nuestras inclinaciones compasivas, condescendientes, igualitarias, democráticas, contrarias a toda imposición, enemigas de toda violencia), nuestra moral, repito, no es para él algo primario, rector (o incluso metafísico al modo de los filósofos alemanes hasta Schopenhauer). Para él es , simplemente, un fenómeno secundario que sigue y acompaña a una *dècadence* de la fuerza vital que se consuma en lo profundo. Hablando en términos globales, hay para él una vida ascendente y otra descendente, tanto en lo que hace al ser colectivo general como en lo tocante al individuo particular (el individuo pensado como complejo de instintos e impulsos que mandan y que obedecen). A la vida ascendente corresponde la *moral de los señores,* el modo aristocrático de valorar, que triunfalmente, esto es, desde la plenitud y

la fuerza, escoge para sí el calificativo de «bueno», teniendo a la vez, por mor suyo, que ser sacrificada una masa de hombres subalternos (o, si lo que está en juego es el interior del hombre, una masa de instintos subalternos). A la vida descendente corresponde la *moral de los esclavos*, la de los oprimidos, fracasados, sacrificados, que se tienen a sí mismos por los «buenos» y a los señores por los «malos». En los señores son la alegría, la actividad, el sentimiento de poder lo que determina el valor tanto de las acciones y cosas propias como de las ajenas; en los oprimidos son, por el contrario, el fastidio, la pasividad, la impotencia, lo que determina ese valor. En nosotros, los modernos, ambas morales actúan conjuntamente. «El hombre moderno representa biológicamente una contradicción de los valores; en un mismo movimiento de su ser dice a un tiempo sí y no. Todos nosotros tenemos en el cuerpo, sin saberlo ni quererlo, valores, palabras, fórmulas de orígenes contrapuestos. Somos, fisiológicamente considerados, falsos». «¿Cómo comenzaría un diagnóstico del alma moderna? Con una resuelta incisión en esa contradicción de los instintos, con la disolución de sus valores opuestos». En Wagner percibe ahora Nietzsche uno de los ejemplos más llamativos e instructivos de esta duplicidad interna, de esta moralidad de maremagnum, de esta disolución, de esta decadencia de los instintos.

«¡Tal vez nadie haya crecido vinculándose tan peligrosamente al wagnerianismo como yo, nadie se ha defendido más duramente contra él, nadie se ha alegrado tanto de librarse al fin de él! Wagner fue, simplemente, una de mis enfermedades, como Schopenhauer, como toda la "humanidad" moderna. Mi mayor vivencia fue una curación. Si con este escrito expongo la tesis de que Wagner es "nocivo", no por eso quiero dejar de mantener que resulta indispensable a alguien: al filósofo. A este no le es dado prescindir de Wagner. Debe ser la mala conciencia de su tiempo y para eso debe conocerlo del mejor modo posible. Pero ¿dónde encontraría el filósofo un guía mejor iniciado para el laberinto del alma moderna, un creador de almas más elocuente que Wagner? Por boca de Wagner habla la modernidad su lenguaje más íntimo: no oculta su bien ni su mal, ha perdido todo pudor ante sí misma... Wagner resume la modernidad. No hay remedio, hay que comenzar por ser wagneriano...»

Va de suyo que sólo a una mirada tan penetrante, tan sana, tan supratemporal ya como la de Nietzsche puede aparecérsele Wagner como *dècadent* típico. A nuestra época se le ha aparecido hasta ahora como lo contrario.

«No me sorprende que en Alemania nos equivoquemos sobre Wagner. Lo que me sorprendería sería lo contrario. Los alemanes se han fabricado un Wagner para poder admirarle: nunca fueron psicólogos, muestran su gratitud equivocándose. Pero también en París se equivocan sobre Wagner, en París, donde casi no hay más que psicólogos. Y en San Petersburgo, donde se adivinan cosas que ni en París se adivinan.

»¡Cuán emparentado debe estar Wagner con toda la decadencia europea para no haber sido considerado por éste como decadente! Le pertenece: es el protagonista de ésta, su mayor nombre. Se ensalzan en realidad a sí mismos los que ensalzan a Wagner. Porque el hecho de no poder defenderse de él es ya un signo de decadencia. El instinto está debilitado. Aquello de lo que nos deberíamos avergonzar es lo que nos atrae. Nos llevamos a los labios aquello que nos empuja más al abismo... Considerar nocivo lo que es nocivo, poderse privar de ciertas cosas nocivas es un signo de juventud, de fuerza vital...

»Yo presento este punto de vista: el arte de Wagner es un arte enfermizo. Los problemas que lleva a la escena, verdaderos problemas de histérico; lo que sus pasiones tienen de convulsivo, su sensibilidad sobreexcitada, su gusto siempre ávido de nuevas drogas, su inestabilidad que disfrazó de principios, así como la elección de sus héroes y de sus heroínas considerados como tipos fisiológicos (una galería de enfermos), todo eso junto presenta un cuadro patológico que no deja lugar a dudas. Wagner es *un nèvrose*... Precisamente porque no hay nada más moderno que esta enfermedad colectiva, que este retardo y esta sobreexcitación del mecanismo nervioso, Wagner es el artista moderno por excelencia, el Gagliostro de la modernidad. En su arte va mezclado del modo más seductor aquello de lo que todos tenemos necesidad, los tres grandes estimulantes de los agotados, a saber: lo brutal, lo artificioso y lo inocente (idiota)».

De extraordinaria importancia para el enjuiciamiento de Wagner es ese elemento suyo que con anterioridad a Nietzsche nadie ha percibido claramente ni ha subrayado: lo que en él hay de actor. Compone música como actor (no como músico); construye sus piezas escénicas como actor (no como dramaturgo). «Para el drama le faltó la dura lógica; se apartó instintivamente de las motivaciones psicológicas. ¿Con qué objeto? Con el de que la idiosincrasia fuera progresivamente ocupando su puesto... Muy moderno, ¿no es verdad?, ¡muy parisiense!, ¡muy decadente!» Nietzsche da ejemplos de ello.

Lo primero que Nietzsche mira y sopesa en espíritu es el punto culminante de una acción, y, concretamente, desde el ángulo de la actitud, de lo escénico, de lo pintoresco. Contempla así, por ejemplo, casi con el ojo de un fray Bartolomé un lavatorio de pies; lo que lleva a él y lo que lleva fuera de él se desprende de una economía técnica que no tiene razones para ser sutil. «No es el público de Corneille el que Wagner ha de cuidar y ganarse: es, simplemente, el público del siglo XIX. ¡Simples alemanes!» «Póngase bajo el microscopio cualquier trama de un drama wagneriano: os reiréis, yo os lo aseguro. Nada más divertido que la trama del *Tristán*, a no ser la trama de los *Maestros cantores*. Wagner no es un dramaturgo, no dejemos que prevalezca esta idea. Amaba la palabra "drama", eso es todo: amó siempre las bellas palabras. Sin embargo,

la palabra drama en sus escritos es un simple malentendido (y una habilidad, Wagner mostró siempre desdén por la palabra "ópera")». En una observación llama Nietzsche la atención sobre el hecho de que la palabra drama ha sido siempre falsamente traducida por «acción». El drama antiguo tiene, en el centro de su mirada, grandes escenas patéticas. Excluía precisamente la acción, retrotrayéndola a antes del comienzo y dejándola así presupuesta, o relegándola detrás de la escena.

También compone Wagner su propia música como actor. Para los viejos compositores, la norma de la música teatral radicaba en las formas de la música instrumental pura, de la música de cámara. Dada su condición de género intermedio, la ópera carece precisamente de norma en sí misma: oscila y se balancea entre las exigencias de la música y las del drama. Wagner tuvo el valor de rechazar en la ópera las aspiraciones de la música como arte para sí y de arrojar por la borda sus leyes, que habían sido fijadas con grandes y largos esfuerzos por hombres de profunda disposición estética, procediendo paralelamente a no reconocer vigencia, en cuanto única dirección válida, sino a la palabra y a los gestos de su drama. Hay que decir, de todos modos, que a pesar de su conservada legaliformidad, la música de los antiguos era tan cumplidamente «medio de expresión» como en Wagner, y que la verdadera innovación de éste (esto es, independientemente de las concesiones que haya hecho aquí y allá) ha de cifrarse en el hecho de que su música no puede ser comprendida ya como tal sin texto, en tanto que la antigua sí podía serlo. En la ópera de los antiguos la música era lo principal. Para los sentidos, claro es. Y aún lo es hoy: palabra y acción quedan casi ocultas bajo ella. (¿O hay alguien que pueda entender, por ejemplo, la larga narración de Gurnemanz sin el texto, esto es, guiándose sólo por el sonido de la palabra? Con el libreto del texto en la mano no se es —todavía ni ya— un oyente estético.) Sólo en nortes muy abstractos, inseguros y fácilmente conducentes a error le es posible a la atención prescindir de la música y centrarse enteramente, a lo que parece, en la palabra y la acción, de tal modo que aquélla pase a ser disfrutada simplemente como un aditamento al que apenas si se semiatiende, no sintiéndose, por otra parte, nadie repelido por la mezcla informe y el *quodlibet* de la música, que camina paralela y a su aire por debajo, por ejemplo, de la arriba citada narración de Gurnemanz.

Wagner degradó la música en la ópera a la condición de *ancilla dramaturgica*, de comentario, de un comentario a menudo incluso insignificante y hasta infantil. Lo que llama el «estilo dramático» de su música es mal estilo, incluso ausencia de estilo. Esta relajación, esta anarquía, esta falta de planificación y de disciplina son alabadas como «progreso». En opinión de Nietzsche se trata simplemente de una degeneración del instinto musical. Con Wagner la música ha enfermado. Y no sólo en lo que hace a la sensación, sino también en lo formal. «Wagner ha hecho

la experiencia de qué magia se puede ejercer, incluso con una música descompuesta y, por decirlo así, elemental. La consciencia que tenía de esto llega a lo siniestro, así como su instinto de no tener la más mínima necesidad de «la más alta regla», es decir, del estilo. Lo elemental basta: sonido, movimiento, color. En suma: la materialidad de la música. Wagner no calcula como músico partiendo de una conciencia de músico: quiere el efecto, no quiere más que el efecto. Y conoce el elemento sobre el cual tiene que producir el efecto. En este punto tiene la falta de escrúpulos que tenía Schiller, que tiene cualquier hombre de teatro, y también tiene de éstos el desprecio del mundo que pone a sus pies... Se es comediante cuando se tiene, sobre el resto de los hombres, la ventaja de poseer esta justa visión: que lo que debe obrar como verdadero no debe ser verdadero. Esta proposición fue formulada por Talma: contiene toda la psicología del cómico, y también, no lo dudemos, contiene la moral del cómico. La música de Wagner no es nunca verdadera. Pero se la tiene por verdadera, y con eso basta. «¿Qué significa Wagner para la historia de la música?» El advenimiento del actor en la música; un advenimiento capital, que da mucho que pensar y quizá mucho que temer. En una fórmula: «Wagner y Liszt». Nunca la probidad de los músicos, su «pureza», fue puesta a prueba de modo tan peligroso. Es evidente que el gran éxito, el éxito de masas, no es cosa de los puros, ¡hay que ser cómico para lograrle! Víctor Hugo y Richard Wagner significan una sola y misma cosa: que en culturas de decadencia, que allí donde la decisión está en manos de las masas, la autenticidad es superflua, repelente. Unicamente el actor despierta aún gran entusiasmo.

¿Por qué escribía Wagner libros? —«Sería acaso que la música de Wagner es demasiado difícil de comprender? ¿O es que temía precisamente lo contrario, que se comprendiese su música demasiado fácilmente, que no se la encontrase bastante difícil de comprender»? Efectivamente, solamente música, sino que significaba más... «No solamente música», así no habla ningún músico. Repitámoslo: Wagner no podía crear conjuntos, no tenía elección, tenía que hacer obras inconexas, «motivos», gestos, fórmulas, duplicaciones y centuplicaciones; como músico no pasó de un retórico; por eso debía aparecer siempre en primera línea el «esto significa». «La música no es nunca más que un medio», ésta fue siempre su teoría, ésta fue en general la única práctica que le era posible. Pero ningún músico piensa así. Wagner tenía necesidad de literatura para persuadir a todo el mundo a tomar en serio su música, a que le diera un sentido profundo, «porque significa lo infinito; durante toda su vida fue el comentador de la idea». Nietzsche demuestra hasta qué punto vino Wagner a convertirse así en el heredero de Hegel: lo que el hegelianismo en filosofía, eso es el wagnerianismo en música.

¡Pero resistamos la tentación de seguir citando! Unicamente hemos escogido, con toda intención, pasos que afectan de modo especial al dra-

ma y a la música de Wagner, a conciencia de que sólo podemos cumplir una función preparatoria para el contenido genuino del libro de Nietzsche y que el lector cultivado tendrá que aprender a conocer por sí mismo esta importante acta histórico-cultural.

Quien sea y se sienta wagneriano, no tendrá otro remedio que lamentar como algo funesto que sea precisamente Nietzsche, la primera y última autoridad en cuestiones de hermeneútica wagneriana, quien haya consumado una transformación interior capaz de llevarle, en los poderosos términos en que lo ha hecho, mucho más allá de las tendencias de Wagner y de nuestra época. Su cultura antirromántica, anticristiana, antirrevolucionaria, antidemocrática, en una palabra, su aristocratismo, le separa (y le separó) para siempre de la causa wagneriana. Si anteriormente se equivocó, lo hizo llevado del mismo error que cometió un amigo de Wagner, el conde de Gobineau (quien no dejó, por lo demás, de tener el buen gusto de no tomar nota de la existencia de *Parsifal*), cuando dio en querer reconocer en *Los Nibelungos* a sus antepasados, a sus viejos vikingos. Pero Nietzsche percibe y reconoce también en los héroes de Wagner la absoluta modernidad del alma, ese irresuelto ir y venir entre una moral de señores y la moral cristiana. Incluso la propia música de Wagner, esa *música sensibilissima* moderna entre las modernas, le parece en este sentido, esto es, en cuanto lenguaje para los viejos héroes nórdicos, inadecuada, antinatural».

Hasta aquí Peter Gast. La crítica que nosotros mismos hemos de hacer al escrito de Nietzsche puede resultar más breve de lo que en un principio dimos en creer. La pretensión de aumentar o disminuir la luz filosófica que Nietzsche (a quien por nuestra parte consideramos también como uno de los pensadores más agudos y profundos de nuestro tiempo) arroja sobre la entera cultura del presente, no puede en modo alguno constituirse en tarea de esta publicación artística. Ni siquiera podría hacerlo de estar nosotros efectivamente capacitados para ello, que no lo estamos. Para el enjuiciamiento del reciente escrito polémico de Nietzsche tampoco resulta, por lo demás, necesario atreverse a tanto. Podemos aceptar tranquilamente la justificación de la consideración nitzscheana de la cultura aún sin asentir a ella, y discutir, a partir de esta misma aceptación, la fuerza probatoria de las manifestaciones vertidas a propósito de Wagner.

Lo que aquí está en juego no es un principio, una ley con cuyo reconocimiento o rechazo Wagner suba o baje. Es posible no sólo compartir la concepción nitzscheana del mundo, sino incluso haber cooperado uno mismo interiormente a su desarrollo, y respetar, sin embargo, en muy alta medida a Wagner. El Friedrich Nietzsche joven se lo demuestra puntualmente al Friedrich Nietzsche viejo. Se trata de aplicaciones de la ley al caso aislado, aquí al *Caso Wagner;* se trata, en fin de diagnósticos. El médico de la cultura Nietzsche el joven extendió a Richard Wagner, de

acuerdo con las leyes descubiertas por el investigador de la cultura Nietzsche, un magnífico certificado de salud; el médico de la cultura Nietzsche el viejo le ha extendido sobre la base de las mismas leyes, un certificado de enfermedad. Quién tenga o no la razón, es cosa cuya prueba sólo cabe esperar de la sección del «paciente». Y por ahora, por otra parte, de momento, Richard Wagner aún está vivo.

De hecho, los puntos de vista de Nietzsche sobre Wagner no pueden ser probados ni refutados. A esto y aquello de las manifestaciones de Peter Gast cabrá «objetar con el corazón en la mano» esto y aquello; a muchos más les parecerá un error máximamente burdo. Nadie podrá probar que tiene razón. Porque sólo los fallos del pensamiento pueden ser lógicamente refutados; nunca los fallos del sentimiento. ¿Quién podría refutarme cuando digo: Wagner me gratifica, me llena de fuerza, acentúa mi tensión vital? Con ello estoy simplemente diciendo que encuentro a Wagner hermoso allí donde Nietzsche lo encuentra feo. Seré, pués, también un *dècadent*. Pero también él es un hijo de nuestro tiempo y no puede ser otra cosa, por mucho que la caracterización de nuestro tiempo como una época de «dècadence» no sea sino el juicio de un «dècadent». Solamente cuando ésta, el gran paciente, haya fenecido, podrá el investigador de la cultura del futuro intentar un juicio acerca de si el médico de la cultura del pasado encontró o no en su diagnóstico, elaborado con la inteligencia o el sentimiento, los rasgos esenciales.

Muy posible nos parecería, de todos modos, una refutación de Nietzsche en lo concerniente a su comentario específico del músico Wagner, esto es, en lo que afecta al «problema para amantes de la música» como tal, por decirlo con la expresión que el propio Nietzsche utiliza en el título del escrito, escrito que no obstante, sólo parcialmente se ocupa de él. Porque lo que aquí están en juego no son diagnósticos, sino principios fundamentales derivables lógicamente de hechos reconocidos por todos, siendo esta derivación lo que procura a la crítica ejercida con el entendimiento un suelo por el que avanzar orientadamente. Sólo que antes de que una refutación de este tipo pueda valer la pena y el esfuerzo, tendrá Nietzsche que ofrecer una refutación de las teorías wagnerianas. En tanto se limite a decretar simplemente, como en su último escrito, que Wagner no tiene razón porque él así lo encuentra, nadie se sentirá predispuesto a refutar un punto de vista sobre la esencia de la música que no viene expuesto con la suficiente fundamentación, sino que se presupone a sí mismo, con repentino gesto soberano, como el único verdadero, a pesar de que desde hace ya decenios una gran bibliografía viene esforzándose por probar su error.

A diferencia de lo ocurrido con el escrito de Peter Gast, el de Nietzsche nos sorprendió desagradablemente. Y no por el ataque a Wagner que se consuma en sus páginas. Porque desde nuestro punto de vista lo que en éste toma la palabra es la reflexión en torno a pensamientos del

máximo valor; es la manifestación de un hombre acerca del que a nadie podría ocurríserle sonreir con suficiencia o ejercitar, con gesto de superioridad, un desvío despreciativo, de un hombre, en fin, que ha sabido calmar su hambre espiritual con la rica plenitud de sus ideas. Quien opte por burlarse de este escrito lo único que probará es que sabe de Nietzsche tanto como nada. Y, sin embargo, *El caso Wagner* nos ha resultado máximamente desagradable, incluso ya simplemente por el tono del escrito. Nietzsche hace, en efecto, ahí lo que nosotros quisiéramos que se evitara en relación con él: cree poder tratar de arriba abajo y mediante un juego de antítesis chispeantes al mismo hombre al que en otro tiempo admiró como uno de los más grandes y al que aún hoy reconoce como uno de los más importantes.

Que uno de los más destacados, tal vez incluso el más destacado, de entre los «wagnerianos» ha consumado una transformación en su sentir, es cosa firme. Si nos hubiera dado una exposición mesurada y objetiva de las razones que han venido a acabar con sus antiguas razones, no hubiéramos tenido sino gratitud para con él, bien porque —lo que resulta improbable— habría alcanzado tal vez a convencernos, bien porque —lo que es más probable— nos habría procurado la ocasión de proceder a un análisis tendente a la refutación. Tal y como el escrito está hoy ante los ojos, hace, en cambio, casi el efecto de ser el regalo de un periodista literario sumamente ingenioso, que juega con grandes ideas. En la medida en que éstas le pertenecen, tiene todo el derecho a nuestra más profunda atención. El resultado último no puede ser, de todos modos, otro que la necesidad de lamentar que Friedrich Nietzsche haya optado por escribir esta vez como un redactor del suplemento literario semanal de un periódico.

12

«Documento nº 12, correspondiente al vol. 3, p. 528»

De: Carl Spitteler, *Mis relaciones con Nietzsche*[224]
(de observaciones a *El Caso Wagner* de Nietzsche)

El tiro no dio en el blanco y lo único que Nietzsche recibió fue el culetazo. Eso le llenó de una furia llameante. Y en esta furia planeó un segundo ataque, todavía mucho más violento, una «guerra» despiadada contra Wagner, incluida toda la música reciente. ¿Quién estaría en condiciones de descifrar cuántas parte del sagrado celo objetivo por la verdad y cuántas de afán de venganza personal y de vanidad herida se daba cita en esta saña guerrera? Era preciso, en una palabra, que estallara una guerra destructiva. Para esta guerra dio en buscarse un aliado, y como

yo fui el único que asintió complacido, me convertí ante sus ojos en el aliado oportuno. La cosa hubiera podido ser de lo más adecuada y racional, y yo hubiera podido verme arrastrado de hecho con placer, aún sin compartir sus esperanzas de éxito, a su campaña contra la música moderna; a propósito de éstas y otras cosas teníamos, en efecto, la misma fe y la misma convicción, llegando nuestra coincidencia hasta casi los más mínimos detalles. Sólo que enseguida vinieron las reservas y premeditaciones. ¡De qué premeditaciones y segundas intenciones se trataba y por qué actuaron e influyeron en la segunda campaña y no en la primera, es cosa a cuyo desciframiento no puedo proceder. ¿Su antigua amistad con Wagner? ¿La violencia implacable con la que decidió que fuera llevada a cabo la segunda guerra? Creo que después de *El Caso Wagner* nada quedaba ya por perder. Sea como fuere, el hecho es que se apoderó de él la idea de no llevar a cabo la segunda guerra como la primera, esto es, de modo abierto y franco, a bandera desplegada, sino más bien emboscándose él y enviando al combate a su aliado, una vez provisto secretamente por él mismo de las correspondientes armas. me rogó, en consecuencia, que redactara en su lugar un escrito de igual extensión que *El caso Wagner* (bajo mi nombre), titulándolo *Nietzsche contra Wagner* y subtitulándolo *Documentos de las obras de Nietzsche.* En este escrito tendría yo que probar que a diferencia de lo que erróneamente sostenía la crítica alemana, él, Nietzsche en modo alguno había consumado una repentina transformación tardía en su pensar y sentir sobre Wagner, sino que combatía ya efectivamente a Wagner desde hacía diez años. Y esto es algo que podía y quería probar con sus propios libros. El mismo se proponía, en efecto, seleccionar y compilar los pasajes de éstos dotados de dicho valor probatorio (provisionalmente me indicaba ya ocho de ellos), copiándolos de su propia mano y enviándomelos acto seguido. A mí me correspondería la tarea de anteponerles un prólogo fulminante, equiparable a una declaración de guera contra Wagner y la entera música moderna. En este terreno yo no podía, obviamente, entrar; hubiera ofendido a mis lectores con una explicación inevitablemente incompleta de las razones últimas de mi escrito. Le contesté, por tanto, manifestándole lo mucho que lamentaba no poder aceptar su propuesta, ya que me parecía mucho más adecuado que cada uno de nosotros dijera bajo su propia responsabilidad y firmando con su nombre, lo que tuviera que decir. Escribí esto no sin grave preocupación por el modo como pudiera acoger semejante decisión, ya que conocía por experiencia propia su irritabilidad y sensibilidad en cuestiones de vanidad; pero tal era, ciertamente, la única decisión que yo podía tomar, incluso al riesgo de malquistarme con él. Mientras esperaba con tensión su respuesta a mi notificación, recibí una tarjeta postal (cuñada en Turín, el 12 de diciembre) escrita con gran precipitación, en la que me comunicaba que la noche anterior se le había ocurrido que acabaría, de todos modos ,por descubrirse que estaba él de-

trás del proyecto, que había ahí cosas demasiado privadas, y que había, en consecuencia, decidido retirar su propuesta anterior. De mi decisión de rechazarla, ni una palabra. Naturalmente, no podía haberla recibido todavía, puesto que aún estaba en camino; mi carta y su tarjeta se habían cruzado. Retiró, pues, su propuesta, o dicho con más precisión, la propuesta se esfumó, por miedo, simplemente, a ser descubierta. «Le ruego indulgencia», decía la última línea; la última línea, dicho sea de paso, que poseo de Nietzsche (se se exceptúa un escrito caótico y lamentable, amén de digno de ser lamentado, que recibí más tarde y que me reveló su derrumbamiento espiritual). Para que hiciera lo que hice no hacía falta que me rogara indulgencia. Los fallos de los amigos tienen que ser cubiertos; ni una sola persona llegó a enterarse en absoluto de esto. Si el asunto hubiera discurrido de modo más claro, y, sobre todo, si Nietzsche hubiera retirado su propuesta no por motivos de vanidad, sino obedeciendo a reflexiones más nobles, hubiera hecho además otra cosa, algo que acostumbro, en efecto, a hacer siempre que algún amigo cae en falta por precipitación o exceso de premura: hubiera roto su carta en mil pedazos y la hubiera borrado de mi memoria.

13

«Documento nº 13, correspondiente al vol. 4, p. 37»

Dictamen, atribuido al Dr. Baumann, Turín
(publ. por E. Podach [197])

Constitución *física* fuerte, sin malformaciones corporales ni enfermedades constitucionales. Extraordinaria capacidad espiritual, muy buena educación, enseñanza de muy notable éxito. Disposición de ánimo soñadora. Extravagante en materias de dietética y religión. Los primeros vestigios de enfermedad datan ya tal vez de muy antiguo, con seguridad desde el 3 de enero de 1889. Hicieron previamente acto de presencia violentos dolores de cabeza con vómitos, de una duración de largos meses. Ya en 1873-77 tuvo que interrumpir con frecuencia su actividad docente por causa de excesivos dolores de cabeza. Medios económicos muy modestos. Por primera vez perturbado espiritualmente. Momentos casuales: placer o disgusto excesivos. Síntomas de enfermedad actual: manía de grandezas, debilidad espiritual, pérdida de memoria y pérdida de actividad cerebral. Defecación regular. Orina fuertemente sedimentada. Por regla general el paciente está sobreexcitado; exige comer a todas horas; al mismo tiempo, es incapaz de hacer nada positivo, no puede ni siquiera cuidar de sí mismo. Afirma ser un hombre famoso, exige constantemente mujeres. Diagnóstico: debilidad cerebral. Sólo fue visto una vez por el médico que suscribe. Dr. Baumann, Turín.

14

«Documento nº 14, correspondiente al vol. 4, p. 52»

Allgemeine Schweizer Zeitung, 1889, nº 34, sábado 9 de febrero, editor resp.: A. Joneli
(aparece seis veces por semana en Basilea)[285]

El crepúsculo de los ídolos o como se filosofa con el martillo, reza la última obra publicada por Friedrich Nietzsche, antiguo catedrático de Filología clásica de nuestra universidad. Como este libro lleno de ideas singulares ha sido acogido también por la crítica, y comentado en buena medida desde supuestos previos del todo inadecuados (vid. *Basl. Nach.,* del 4 del corriente), accedemos gustosamente a la solicitud que nos ha hecho un amigo del filósofo y publicamos, para poner en su justo sitio el juicio sobre el escrito y para orientar debidamente sobre su autor, las siguientes líneas:

El crepúsculo de los ídolos tenía que ser la última obra del original pensador Friedrich Nietzsche, ese pensador que también en nuestra Basilea cuenta con numerosos amigos y conocidos, aunque difícilmente con muchos seguidores y compañeros de convicciones. Actualmente ha caído sobre él, en el manicomio de Jena, la noche de una locura incurable. Es algo que cabía temer progresivamente ya con cada nueva publicación suya; se percibía cada vez más el terrible demonio; en *El crepúsculo de los ídolos* se ha extenidido también sobre el infeliz cerebro del filósofo el velo del crepúsculo, y por eso aquellos contra quienes esgrime su violenta maza apenas se sentirán tocados. Nietzsche da la vuelta al mundo y lo pone sobre la cabeza; condena y maldice lo que a los humanos nos es más sagrado; ilumina con luz de bengala, lo que nos parece más siniestro. Qué es lo que efectivamente querría, es algo que con este Hamlet lamentable nunca llega a verse claro; un mundo construido de acuerdo con su receta, sería una monstruosidad, un torbellino de contradicciones, una imposibilidad. Pero no es el pensamiento sólo que ha hundido a un hombre como Nietzsche. Alma y cuerpo sufrieron en él de una sobrecarga hereditaria. Quien le conoció no podrá menos de repetir, lleno de la más profunda melancolía, con el poeta: «¡Qué noble espíritu se ha destruido aquí!».

15

«Documento n.º 15, correspondiente al vol. 4, pp. 56 113»

C. G. Naumann a Franz Overbeck, 14 de enero de 1889[187]

Leipzig, 14 de enero de 1889

Querido Prof. Dr. Overbeck, Basilea:

Lamentándolo profundamente he tomado nota del contenido de sus líneas del 11 de enero del corriente, que le agradezco; y como puedo presuponer en Vd., en su condición de amigo de nuestro tan desgraciado y digno de compasión Dr. Prof. Nietzsche igual interés en la salvaguarda de sus intereses materiales que como editor suyo me anima a mí mismo, me permito dirigirme a Vd. para consultarle si cree que puede asentir a mis propuestas en relación con los escritos del citado actualmente en curso de impresión.

Se trata, en primer lugar, del folleto de Nietzsche *El crepúsculo de los ídolos* o *Cómo se filosofa con el martillo.* Estaba listo para tirar a comienzos de noviembre y tenía que procederse a su distribución a comienzos de ese año. Creo poder hacer esto también ahora sin mayores problemas, dado que entonces no pude percibir en la correspondencia lo más mínimo de su derrumbamiento espiritual.

Igualmente listo para tirar está un folleto complementario de *El caso Wagner,* titulado *Nietzsche contra Wagner.* Tenía ya en las manos el pie de imprenta del autor, pero como aún no había llegado el papel para la obra, envié el autor a comienzos de enero, sin que me hubiera sido reclamado, y para su apaciguamiento, un juego completo de pruebas que tal vez se haya encontrado entre los papeles*. Tampoco en ese caso tengo la menor duda en cuanto a imprimir y editar hasta el final, y en el caso de que Vd. no se mostrara orientado en el asunto, le agradecería que entrara, si es necesario, en correspondencia con el Sr. Heinrich Köselitz (Berlin SW, Lindenstrasse, 116[IV]) que ha hecho las correspondientes correcciones.

Como tercera obra del autor, que contiene la historia de su vida, poseo el manuscrito acabado y repetidas veces revisado por el autor *Ecce homo,* del que están ya listos dos pliegos para su tiraje, y que, en cualquier caso, data del último trimestre, en el que el mal del autor pudo sin duda acrecentarse por exceso de trabajo.

Todos estos escritos tenían que preceder a la obra principal de su vida: *La transvaloración de todos los valores,* sirviendo, al mismo tiem-

* Asimismo el manuscrito conjunto de la obra central de su vida, que también tenía que estar acabado. (nota de la pág. 80).

po, para llamar la atención sobre ella, y para la obra conjunta estaba prevista una tirada de 1.000. El autor la encontraba incluso excesiva para Alemania pero cerró la frase en que razonaba tal cosa con las siguientes palabras: «en Francia calculo, *con toda seriedad,* que deberá subir a los 80-400.000 ejemplares», palabras que no pudieron menos de dejarme muy pensativo.

Con el ruego de una respuesta lo más rápida posible o del envío de estas líneas a la arriba citada dirección del Sr. Köselitz, quedo de Vd.

Atentamente
C. G. Naumann

Keinrich Köselitz a Franz Overbeck el 22 de enero de 1889

Berlin, 22 de Enero de 1889

Muy estimado señor profesor:

En Naumann las cosas no van del todo mal. El debe asciende a unos 650 marcos (incluyendo la *producción* de *El crepúsculo de los ídolos;* lo que dé este libro deberá ser, pues, deducido luego). Parece, en una palabra, que entradas y salidas se equilibran.

He leído y me he llevado el manuscrito de *Ecce homo.* Realmente, un prólogo volcánico para la *Transvaloración.* Es, en cualquier caso, un escrito que tiene que ver la luz, aunque sea más tarde. Me propongo pasarlo a limpio y enviárselo. El manuscrito precisa aún de un poco de trabajo de redacción.

Uno de los hermanos Naumann *no* estará mal dispuesto para editar *Nietzsche contra Wagner.* Del *Caso Wagner,* hay, como yo mismo he podido comprobar, una viva demanda; tal vez ocurra lo mismo con *Nietzsche contra Wagner.*

En la p. 31 tachamos las líneas 7-9 (con estas 3 líneas tenía, al principio, que cerrarse el libro y luego seguir el poema). En la p. 17 restituimos el texto originario, o sea, en lugar de: «¿quién sería más incapaz de entender algo que Wagner que, por ejemplo, el j(oven) K(aiser)?», lo siguiente: ¿quién sería más in(capaz) de en(tender) a(lgo) de Wagner que las cabezas huecas de las *Bayr(euther) Blätter?* El primer pasaje so(sobre) el Kaiser podría tal vez quedar como está, dando lo inofensivo que es. Tengo, de todos modos la intención de revisarlo todo otra vez con la mayor minuciosidad y tan pronto como haya acabado lo someteré también, mi muy estimado señor profesor, a su examen y consideración. Nau(mann) dice que podríamos dejar la frase todavía algún tiempo tal como está; no necesita las letras.

Naum. tiene un libro comercial de lo más interesante desde el punto de vista histórico-cultural para el asunto Nietzsche. A partir del mismo puede seguirse con toda exactitud cuánto se ha difundido de sus escritos

y en qué lugares. En los últimos tiempos Naumann estaba ocupado con la decisión sobre la *adquisición* de sus escritos nitzscheanos; la catástrofe le pilló a mitad de ello. Naum. va derecho en los últimos tiempos, a editar él mismo.

Gracias a su carta, que acaba de llegar y que le agradezco sobremanera, me entero de que no parece conocer el Libro V (escrito hace 2 años) de *La gaya ciencia*. La página 15 ss. en *Nietzsche contra Wagner* es por eso, si no me equivoco. También pp. 29-33.

La mención de la suma de 1.000 francos (de la Sta. von Salis) es correcta; está en al carta del 9 de diciembre.

Tengo que ir, por desgracia, a casa de los von Krause, a dar mi clase. Widemann llegó ayer por la noche y me distrajo un poco en mi intención de escribirle antes. Tiene buen aspecto y me ruega que les salude, tanto a Vd. como a su distinguida esposa, en su nombre.

Pienso escribrirle algo también mañana, mi muy estimado señor profesor. Entretanto, le saluda su devoto y agradecido discípulo.

K.

Heinrich Köselitz a Franz Overbeck, 25 de enero de 1889

Berlin, 25 de enero de 1889

Muy estimado señor profesor:

La producción de sólo 50 ejemplares del folleto *Nietzsche contra Wagner* sobrecargaría la cuenta de Nietzsche, en tanto que con la *publicación* se cubrirían posiblemente los gastos. Naum. se había procurado ya el papel necesario, de este tipo caro que Nietzsche tenía tanto interés en que se conservara. Y de hecho *tenía* que aparecer con un ropaje relativamente elegante.

Por el hecho de la locura de Nietzsche, que va siendo generalmente conocida, su obra me parece que se verá devaluada durante algún tiempo. Deseo, en consecuencia, que su cuenta llegue a arrojar, mientras la cosa funcione, un superávit. La *Transvaloración de todos los valores* estaba proyectada en tres volúmenes. ¿Quién imprimiría eso? Si la demanda de los escritos anteriores de Nietzsche aumenta, Naumann acabará encontrando el valor necesario. En mi visita a Leipzig reconoció haberlo perdido a raíz del último golpe de mala suerte, pero cree que si las ganas de comprar del público aumentan, lo recuperará.

De haber llegado ya las cosas de Turín, le agradecería, estimado señor profesor, que tuviera la bondad de dedicar una mirada a mi corrección de *Nietzsche contra Wagner*. El *Intermezzo* de las pp. 6-7 desaparece, ocurre algo parecido en *Ecce homo*. Anteayer indiqué otras supresiones o modificaciones También conservaría la pg. 17 en su primera ver-

sión, en la más antigua (para que los pobres de Bayreuth no se véan demasiado maltratados); decía: «¿Quién sería más incapaz de entender algo de Wagner que el "mozalbate alemán", el *Junker* alemán?»

Personalmente no soy demasiado amigo del combate contra Wagner. La gratitud incluso la admiración por este hombre son demasiado grandes como para poder reconocer a alguien enseguida el derecho a apropiarse de los puntos de vista de nitzscheanos. Nietzsche quería, entre otras cosas, que el Dr. Fuchs hiciera imprimir una conferencia sobre Wagner que impartió en Danzig en Octubre; quería también que fueran antepuestas a esta impresión mis frases en *Kunstwart*. Por mi parte, sin embargo, me manifesté contra la impresión de la conferencia de Fuchs. Lo que leí de ésta en una carta dirigida a Nietzsche me pareció excesivo. Era todo más un *abandono del respeto* que una crítica seria. Decir que el coloquio amoroso en el segundo acto del *Tristán* es sólo una conversación sobre la palabreja «y» es fuerte —no, es sencillamente superficial. En este acto percibo por el contrario, el rendimiento más colosal de Wagner en el terreno de la lírica, algo absolutamente nuevo, de lo que nadie hubiera podido hacerse una representación antes de existir. A partir de aquí se abren perspectivas todavía más inusuales para el músico estricto; lo censurable es la poco cuidada estructura de la música, la falta de una ordenación sinfónica clara, del tipo, por ejemplo, de un rondo amplio y extenso. Wagner no ha sido sólo un decadente; ni siquiera Nietzsche le ha percibido exclusivamente como tal.

Tan pronto como hay podido echar una mirada a las cosas de Turín le agradecerá, muy estimado señor profesor que me informe brevemente sobre ello. En *Ecce homo* se da por acabada la *Transvaloración de todos los v.* Me temo, sin embargo, que esta afirmación afecte sólo al ámbito de los pensamientos ahí expresados y no a la configuración literaria de esta expresión.

Widemann y yo hemos sido invitados esta noche por el Prof. Jacobsen, el violinista danés del Conservatorio. El tiempo apremia otra vez. Widermann me ruega una vez más que les haga llegar a Vd. y a su distinguida esposa, sus saludos; quedo de Vd. como discípulo agradecido que le saluda de corazón.

K.

Heinrinch Köselitz PK a Franz Overbeck;

Berlin, 30.1.89

Muy estimado señor profesor:

Tiene Vd. toda la razón: *Nietzsche contra Wagner* no verá la luz. El punto de vista desde el que consideraba yo la cosa era el financiero: quería que la cuenta de Nietzsche en Naumann pasara a arrojar un saldo

más favorable. Pero la publicación hubiera sido casi un engaño a los propietarios de las cosas anteriores de Nietzsche. En cuanto al poema *De la pobreza,* entre los papeles de Nietzsche debe haber un buen número de poemas de este grupo, de modo que podrá ser incluido en esta colección. Hoy tengo, por desgracia, poco tiempo; pero mañana espero poder escribir a Naumann preguntándole, entre otras cosas, a cuánto cree que, de acuerdo con sus cálculos, saldrían 20-25 copias mejoradas en un papel sencillo. Me parece que el texto de las pp. 29-33 figura, en términos muy similares, en el *Prólogo* a *La gaya ciencia,* probablemente en las pp. 24-28 de *Más allá del bien y del mal,* así como en la pg. 15. Es posible, de todos modos, que me equivoque; no tengo ahora esas cosas conmigo y debo tener, además, cuidado de no entrar en demasiado contacto con ellas. Naumann comenzó con la distribución del *Crepúsculo* casi el primer día de mi estancia; hace ya 8 días que veo ejs. en los escaparates. El libro estaba impreso desde comienzos de diciembre, pero no fue distribuido porque tenía que salir antes *Nietzsche contra Wagner.* Pero a mitad de la impresión llegó la orden de Nietzsche de que se parara el proyecto de edición, etc. En una palabra, coincide Vd. plenamente, mi muy estimado señor profesor, con la intención de Nietzsche, cuando se manifiesta en *actitud contraria* a la publicación. Con el máximo respeto le saluda mientras tanto su

K.

C. G. Naumann a Franz Overback, 8 de febrero de 1889

(Leipzig) 8. febrero. 1889

Muy estimado señor profesor:

Le debo todavía una respuesta a su muy estimado escrito del 16 del mes pasado, y en realidad no puedo enviársela sino en cierto modo *pro-forma,* ya que todo ha quedado arreglado con la visita del Sr. Köselitz y Vd. tiene una información adecuada sobre mis asuntos, a la vez que yo, por mi parte, me he enterado de sus puntos de vista por mediación del citado señor.

Creo, hablando en *términos generales,* que convendría mantener este modo de funcionamiento en los próximos tiempos, dado que, por su parte, tiene Vd. mucho que hacer y que decir en el asunto N(ietzsche), y estará contento de quitarse de encima una correspondencia. Por la mía, me permitiré, salvo en el caso, tal vez, de cuestiones muy importantes que contra toda expectativa puedan plantearse, formular mis deseos y asuntos futuros a través del Sr. Köselitz, rogándole que, en el caso de que esto no le resulte agradable, me comunique su decisión en contrario.

Hoy tengo, sin embargo, que sobrecargarle con una pregunta directa.

Ayer me llegó una consulta sobre la actual dirección del (?) Sr. Prof. Nietzsche; hoy dos. La de ayer venía de San Petersburgo, sin que ahora recuerde datos más concretos; la primera de hoy viene del Sr. Max Seiling, de Helsingoer; la segunda, del librero de la Corte Wilhelm Friedrich (Fritzsch). A los dos primeros señores les he remitido a su digna dirección; las dos cartas están ya en camino.

Cuando recibí la tercera consulta tuve inmediatamente la impresión de que no podía continuar actuando así, ya que de hacerlo le impondría a Vd. una prolija correspondencia, posiblemente de no demasiada utilidad. Le ruego, en consecuencia, que me notifique cómo debo, en su opinión, actuar en estos casos, dado que no es cosa de que uno escriba esto y el otro lo otro; por este motivo le comunico hoy mismo al Sr. Friedrich que la dirección actual no me es conocida, y que en los próximos días podré darle noticias más precisas. Hasta el momento no he leido nada en las *Blätter* que indique que la enfermedad de Nietzsche sea ya conocida, y no sé si se escribe públicamente sobre ello, porque de ocurrir tal, no podrá evitarse que en un plazo muy breve se discuta caso tan triste también en la prensa de amplia difusión.

En cuanto a mí, no he comunicado el triste caso nada más que a su antiguo editor el Sr. E. W. Fritzsch, y creo que hice bien, ya que tenía precisamente que aparecer en el *Mus. Wochenblatt* un artículo largo de un tal Sr. Wirth, que dadas las circunstancias fue retirado inmediatamente, quedando reservada su publicación para más tarde, aunque en forma muy cambiada. Fritzsch me asegura no haber dicho nada a nadie con la excepción del autor del artículo. Y creo que podemos aceptar tranquilamente este testimonio, dado que el propio E.W.F. está comprometido en el asunto con sus obras.

La demanda de ejemplares en depósito del *Crepúsculo* ha sido muy fuerte en las últimas semanas e tenido mucho que hacer. Las ventas en firme hansido, en cambio, más bien escasas; creo, de todos modos, que la obrita se autofinanciará bien.

He impreso *Nietzsche contra Wagner* en una edición de tirada limitada a 100 ejs., para que el escrito no se pierda. ¿Cuántos debo enviarle?

Rogándole una benevolente respuesta, queda atentamente suyo su muy agradecido

Neumann

Franz Overbeck a Heinrich Köselitz, 8 de febrero de 1889
(Hoja espistolar ev. añadida a la carta del 5, transcripción de Ida Overbeck)

Querido H.K.:

Acabo de escribir a N. a Leipzig, rogándole una respuesta directa a las cuestiones que le planteé recientemente; también estoy preocupado

por lo que he oído sobre *Nietzsche contra Wagner*. Tan pronto como haya recibido noticias suyas, pienso participar con Vd. en la compra, animando también a otros a hacer lo mismo. Me detiene a hacerlo ya cierta desconfianza comprensible, después de todo lo que ha pasado, a que si compramos podamos ser dados por satisfechos con esos supuestos 100 ejemplares, en tanto que de tener salida el artículo, la impresión continúe. De seguir N. con su silencio, le arrojaré al cuello al Prof. Heinze, que está en el mismo lugar que él y que, en cualquier caso, se hará cargo del asunto con energía y sentido práctico.

Con un atento saludo quedo de Vd., con mi mejor gratitud

F. Overbeck

C. G. Naumann a Franz Overbeck, 13 de febrero de 1889

Muy estimado señor profesor:

Estaba precisamente disponiéndome a dar respuesta a su primer escrito, y celebro sinceramente que aún haya podido llegarme a tiempo su escrito del 10 del corriente, ya que no me era posible adivinar la hipotética causa de su enfado, que, de todos modos, creía mi deber disipar.

No pienso, empero, dejar pasar un minuto sin dirigirle un escrito lo más cordial posible, que estoy seguro de que va a alargarse más de lo deseable, por lo que paso, para que no pierda en claridad, a subdividirlo en párrafos bien delimitados:

1. Hasta el momento no he recibido comunicación alguna de nadie acerca de quién pueda ser el tutor circunstancial del Sr. Prof. Nietzsche; lo único que puedo, mi muy estimado señor profesor, es intuir que lo es Vd., y le ruego que me lo confirme ocasionalmente.

2. Dando por supuesto que había Vd. asumido los citados deberes, negocié con Vd. a través del Sr. Köselitz, quien me aseguró que le informaba directamente a Vd. de todo. Al despedirse el señor K., mis últimas palabras fueron las siguientes: «¡Queda pues, convenido, que yo no escribiré al Sr. Overbeck y que hará Vd. eso en mi nombre!». Lo habíamos discutido largamente, con el solo objeto de que Vd.no tuviera que soportar una correspondencia excesiva; nos propusimos, pues, con ello hacerle, simplemente, más llevadera la cosa. Si el señor K. no le ha informado suficientemente de los asuntos que han ido planteándose, con toda seguridad que no ha sido por culpa mía. Pero estoy dispuesto a compensar cualquier posible deficiencia, haciéndole llegar a vuelta de correo la información que desee hasta que el asunto navegue por aguas más tranquilas; una vez conseguido esto, recurriré nuevamente para más informaciones, a los buenos oficios como intermediario del Sr. K.

3 Cuando me llegó su carta de enero, hacía ya dos días del envío del anuncio de la editorial con *El crepúsculo de los ídolos* a la gaceta del li-

bro. Mi hermano y asociado no podía saber esto en la fábrica y es posible que con la mejor intención le diera a Vd. otra información. Lo importante, de todos modos, es que a la llegada de su carta aún me fue posible retirar el anuncio, aunque no había, en realidad, motivo para ello, dado que en un principio nada tenía Vd. contra la aparición de la obrita.

4. Le aseguro que nunca se me ocurrió poner un solo ejemplar de *Nietzsche contra Wagner*, en el comercio, sencillamente porque *Vd.* está contra la salida del escrito. Llegué con el Sr. Köselitz al acuerdo de que se hicieran 50 copias para los amigos del Sr. Prof. Nietzsche, que les serían integradas gratis. En el último momento decidí subir la cifra a 100, porque 3 x 50 pliegos de papel no guardan relación con el valor de edición del escrito, corregido una y otra vez, y una nueva edición de algunos ejemplares más para los amigos y admiradores del Prof. Nietzsche, en la que se recogieran nuevos retoques del texto, saldría demasiado cara. Los 50 ejs. hubieran costado cinco marcos y medio menos, eso es todo.

De los 100 ejs., de cuya aparición le informaré inmediatamente, puse ya a su disposición en número de ellos fijado por Vd. mismo, de modo que los 10 ejs. van camino de su dirección. Uní a ellos un ejemplar del *Crepúsculo* que por descuido no le envié antes; le presento mis disculpas por esto último. El señor Köselitz me ha encargado de momento 12 ejs., y me comunica las direcciones a las que piensa enviarlos. Me permito rogarle a Vd. también que tenga la amabilidadd de procurarme este dato, con el fin de que pueda anotar los destinatarios en el libro de salidas, lo que permitiría después llevar cierto control del asunto, o lo que es igual, evitar envíos duplicados. En la concesión de los ejs. gratuitos al Sr. Prof. Nietzsche fue siempre de un talante muy liberal.

5. En lo que hace al folleto *Nietzsche contra Wagner* aún quiero llamar su atención sobre la carta adjunta del Sr. Wirth; le había prometido 1 ej. de este escrito, ya que tuvo la amabilidad de retirar su artículo contra Nietzsche tan pronto como se enteró de su desgracia. Este artículo aparecerá en un futuro próximo muy transformado, sin referencia alguna a la enfermedad del Sr. Prof., y con un tratamiento enteramente objetivo del asunto, ya que el autor —que venera a Wagner y se reconoce a un tiempo como gran admirador de Nietzsche— dice que actualmente está de todo punto excluido un razonamiento mutuo. En cuanto al efecto que pudo ejercer el *último* folleto sobre el Sr. Wirth, la carta adjunta es suficientemente elocuente. No puedo evitarlo: estoy de acuerdo con su juicio de que el último escrito es más preciso (!) que *El caso Wagner*; es una lástima que el mundo se vea privado de él. No tomo en consideración las observaciones del señor W. sobre el aspecto financiero; no conoce la situación editorial. Pero si tiene razón cuando afirma que con la edición del folleto los escritos del Sr. Prof. Nietzsche vendrían, cuando menos, a conocerse más. Y esto es, sin duda, lo fundamental, que no debe ser perdido de vista.

Si aún se decidiese Vd. a favor de la edición, de cara a la que talvez habría que prescindir de algunas pequeñas frases políticas , la fecha de los festivales de Bayreuth no estaría mal escogida, y yo mantendría la composición; le ruego a Vd. otra vez, en consecuencia, una respuesta favorable. Con los ejemplares gratuitos habría que ir, de todos modos, en estos momentos con gran cuidado para no minar el interés; también habría que poner un precio bajo, tal vez 75 pf. ya que 50 es demasiado poco, en la medida, al menos, en que también hay que atender el aspecto financiero. El precio que puse en factura a finales de diciembre —1,25 marcos— estaba basado en una comunicción del Sr. Prof. Nietzsche, que me escribió que *Nietzsche contra Wagner* «alcanzaría exactamente el mismo tamaño que *El caso Wagner*». En la venta valoré, de todos modos, en exceso este último libro. ¡Debería aumentar también de tamaño! Las ventas no han descendido, sin embargo, por eso.

6. Mis acuerdos con el Sr. Prof. Nietzsche en relación con la editorial descansan sobre una propuesta verbal. El Sr. Prof. Nietzsche vino a visitarme el año 1886 y me preguntó si quería hacerme cargo de sus escritos en la editorial, de un modo tal que yo mismo imprimiera y editara y él viniera a cubrir el déficit tan pronto como las obras no produjeran lo suficiente como para compensar los costes de producción. Esto último es de lo más natural en el caso de una editorial puramente filosófica, dado que por mucho que el Sr. Prof. Nietzsche tenga, sin duda, un pequeño, aunque seguro, grupo de fieles, la extensión de éste no basta para garantizar los costes de producción de obras de cierta envergadura. Por otra parte, el Sr. Prof. Nietzsche regaló siempre muchos ejemplares, lo que unido a los que necesariamente había que enviar a efectos de recensiones, hacía que unas ediciones ya de por sí muy pequeñas se vieran considerablemente diezmadas.

Como compensación del saldo deudor librero, los usuales 5 % de todos los despachos en firme y a cuenta eran declarados por mí al Sr. Prof. Nietzsche; de haber eventualmente algún superávit, éste tendría que ser aplicado a la edición de obras futuras. Estos son los acuerdos que tomamos el Sr. Prof. Nietzsche y yo; no hay, como ya le he dicho, otra cosa que un convenio verbal, y puedo asegurarle que nunca he pedido al Sr. Prof. Nietzsche ni un céntimo; los escritos de Nietzsche me eran conocidos de antiguo, ya que yo mismo imprimí muchos de ellos, y he estado siempre tan convencido de su gran valor que para la edición de su obra principal le habrían incluso garantizado el crédito más amplio.

En el año 1886, cuando apareció *Más allá*, el Sr. Prof. Nietzsche me había enviado una cantidad en efectivo demasiado grande, por lo que me rogó que pagara al Sr. E. W. Fritzsch la cantidad de 282 marcos y 86 pf., cosa que hice inmediatamente. Por lo demás, siempre he ido por delante en los pagos y mi saldo activo asciende en estos momentos, sin contar los gastos libreros ni incluir tampoco los desembolsos aún no contabili-

zados para la obra ya comenzada *Ecce homo* a 524 marcos con 93 pf. Ya he comunicado al Sr. Köselitz que dado el triste golpe que el destino ha infligido al Sr. Nietzsche, renuncio a un pago a cuenta, y no puedo comprender que no le haya comunicado esto. Tenga la firme convicción de que a la larga los libros se autofinanciarán, siendo los escritos coyunturales la causa de ello básicamente; en los próximos tiempos la cosa irá, de todos modos, más despacio, ya que los últimos escritos van ahora a faltar y puede abrirse con ello un gran periodo de pausa, que de ver la luz el escrito *Nietzsche contra Wagner* podría ser evitado. Hay que tener asimismo en cuenta, por otra parte, que puede contarse plausiblemente con alguna entrada para la feria de Pascuas del 89, ya que algo se habrá vendido de los ejemplares enviados en depósito; cuento decididamente con ello.

6. ¡Continuación! Dada la naturaleza de esta empresa, una rendición de cuentas que englobe el movimiento total de los libros no podrá tener lugar hasta Pascuas de 1890, dado que *El Crepúsculo* no fue distribuido hasta Enero del 89. El libro ya estaba, de todos modos, listo y acabado, impreso y encuadernado, a comienzos de Diciembre del 88, pero tenía mis motivos para no salir precisamente en Navidades con *este* libro; los libreros no le hubieran concedido suficiente atención.

En junio del 89, una vez pasada ya la feria del libro, le comunicaré con toda seguridad el resultado del éxito financiero del *Caso Wagner.*

7. Mi máximo deseo sería que con el tiempo la editorial tuviera las suficientes entradas como para no renunciar enteramente a por lo menos la *Transvaloración.* He preguntado ya varias veces por este manuscrito, pero hasta el momento nadie me ha dado una respuesta. ¿Ocurre tan vez que este libro, del que el Sr. Prof. Nietzsche me ha hablado tanto, no está disponible, o que en su condición de fragmento no resulta apropiado para una edición? Tenga Vd. la bondad de hacerme llegar, si se presenta la ocasión, su opinión al respecto. Por mi parte creo que el mundo no debe perder nada de los escritos nitzscheanos; precisamente por eso estoy también ahora dispuesto a cualquier sacrificio. Todo depende, pues, exclusivamente de Vd., de cómo piense al respecto.

8. *Zaratustra,* parte IV. Imprimí este libro, antes de los acuerdos con el Sr. Prof. Nietzsche reseñados en 7 (?), directamente para él y, ciertamente, en una edición limitada a 40 ejs.; he recibido ya el importe de los correspondientes costes de impresión y tuve que enviar todos los ejs. al Sr. Köseliz; el Sr. Prof. Nietzsche se mostró en este caso tan exigente, que reclamó incluso el envío de primeras pruebas, así como las de las correspondientes correcciones, petición que le fue puntualmente satisfecha.

Resulta perfectamente comprensible que los meses ahora en curso, inmediatamente posteriores a la desgracia, no sean los más apropiados para tomar resoluciones sobre el legado literario del Sr. Prof.; pero creo

que esta obra no debe permanecer en esta situación ruinosa, y le ruego, en consecuencia que me haga llegar su benevolente opinión al respecto.

9. Para ponerle al corriente de todo, le comunico asimismo que dos días antes de la llegada de su estimada carta de enero —con la notificación de la triste noticia— tuve una conversación con el Sr. E. W. Fritzsch, en el curso de la que en nombre del Sr. Prof. le pregunté por qué le había puesto a éste unas condiciones tan exorbitantes. FRitzsch me comunicó que el Sr. Prof. Nietzsche le había ofendido gravemente y que esto es lo que había querido dejar bien claro con sus condiciones. ¡Tras una larga discusión llegamos al acuerdo de que el Sr. Prof. Nietzsche le ofrecería una suma para la editorial y el seguiría negociando conmigo! El paso del tiempo ha quitado todo su sentido a este asunto, por supuesto, y puede bien decirse que el más perjudicado por la enfermedad del Sr. Prof. será Fritzsch.

Le comunico esto sencillamente porque entre los papeles de la correspondencia del Sr. Prof. encontrará Vd., sin duda, un escrito mío del pasado noviembre en el que le rogaba evitar cualquier precipitación en el asunto de la compra. Yo estaba facultado para ofrecerle 13.000 marcos, pidiendo simplemente un adelanto por unos días, pero esta suma me pareció tan desproporcionada que no podía asentir a ella en conciencia, y preferí hacer al Sr. Prof. Nietzsche las necesarias reflexiones en contra. ¡Estuvo bien así!.

10. Le adjunto una carta del Sr. Dr. Widmann, que suscitará, sin duda, su interés. Es de suponer que sabrá ya que este señor se despidió formalmente de Nietzsche en el *Berner Bund* a raíz de la publicación de *El Caso Wagner*.

A pesar dee las recensiones publicadas en el *Berner Bund* que llegaron a la editorial, no pude decidirme a silenciarle totalmente *El Crepúsculo* y le envié un ejemplar. Estoy contento de haberlo hecho y estoy casi tentado de enviar 1 ej. de *Nietzsche contra Wagner* al Dr. Widmann, por supuesto, como atención, no para su comentario. ¿Da Vd. su autorización para ello? Estoy firmemente convencido de que el Sr. Dr. W. se abrirá a perspectivas totalmente distintas y me siento decididamente ansioso por oír su opinión sobre el último escrito.

11. Es posible que le interesa saber también que he firmado con un señor de Liestal, el Sr. Brodbeck, un contraro para la edición de un libro, de la clase de los libros para regalo, que habrá de ver la luz las próximas Navidades con el título de *Relámpagos espirituales de los hombres famosos*. Este libro, que ocupa nada menos que 17 pliegos, contiene tantas citas de Nietzsche que en realidad me dejé llevar, en lo principal, por esto a la hora de adquirir el manuscrito. ¡Me dije que algo ayudaría a ir adelante a los escritos de Nietzsche! ¡Esperemos lo mejor!

Ahora, muy estimado señor profesor, le ha comunicado ya cuanto tenía sobre el corazón. La carta se ha alargado mucho, sin duda y espero

que no le fatigue. Creo, sin embargo preferible crear un fundamento ordenado para la comprensión mútua, cosa que permitiría, además una mayor brevedad en las futuras consultas y discusiones.

Espero, en consecuencia, tener la oportunidad de escuchar, sobre la base de este escrito de hoy, sus puntos de vista y me declaro, obviamente, dispuesto a dar una respuesta inmediata a cualquier otra prgunta suya. Quedo de Vd., entretanto, con la mayor consideración.

G. Naumann

Envío adjunto:
1 carta del Dr. Widmann
1 carta del Dr. Wirth
1 postal de K. A. Brodbeck
1 factura
con el ruego de devolución

C. G. Naumann a Franz Overbeck, 14 de febrero de 1889

Anoche, y una vez enviado ya mi escrito, pasó por mi casa el Sr. Wirth, con la intención de enterarse de la impresión causada por su carta. Sólo pude comunicarle que se la había enviado a Vd., y que nada tenía que ver con ese asunto, ni nada podía hacer en él, dado que en su condición de tutor circunstancial del Sr. Prof. Nietzsche es a Vd. únicamente a quien corresponde tomar decisiones idóneas sobre las últimas obras de Nietzsche.

El Sr. Wirth manifestó sentirse, en cierto modo, preocupado por ello y me hace llegar otro carta en la que toma pie en diversas conversaciones habidas en su momento conmigo. Creo mi debo enviarle a Vd. también para su revisión y lectura, esta carta, y lo único que puedo añadir es que el cálido interés del Sr. Wirth, sus claras refutaciones en relacion con mis objeciones, así como la evidente modestia de su actitud, me han hecho mucho bien.

Sin más para hoy, le saluda, muy estimado profesor,

atentamente
Su

C. Naumann

Franz Overbeck a Heinrich Köselitz, 17 de febrero de 1889
(Transcripción de Ida Overbeck)

Mi querido señor Köselitz:

Ciertamente que lo que le escribí ayer hará ocho días no me permitía esperar, en realidad, una respuesta inmediata, pero en estos días de tanta

excitación y sobrecarga para nosotros tengo gran necesidad de estar constantemente informado de cómo le va, y aunque hasta esta semana sus frecuentes cartas vinieron a satisfacer esta necesidad en medida muy generosa, lo cierto es que su largo silencio de ahora me llena de intranquilidad. Hubiera, de todos modos, esperado también hoy, pero como he podido enterarme de lo que entretanto ha ocurrido, aprovecho la ocasión para informarle a mi vez. Mi correspondencia con Naumann ha asumido ahora un *tempo* bastante vivo y también una extensión que, dadas las circunstancias en que nos encontramos, no puede menos que pesarme un tanto. El mismo día en que le manifesté mi disgusto, sobre el que ya le había puesto a Vd. también en antecedentes, decidió por su p¿arte sentarse y enviarme por fin una respuesta, que le adjunto con el ruego de que me la devuelva. La contesté inmediatamente que la enfermedad de Nietzsche no tenía por qué seguir siendo un secreto, pero que sí convenía tratarle con discreción, y en ningún caso seguir dando pábulo a la misma. A todo esto, yo aún creía —equivocadamente, desde luego— que en los periódicos locales aún o se había hablado del asunto, cuando lo cierto es que el día anterior se había aludido a ello sin el menor tacto y del modo más desagradable en la *Allgemeine Schweizer Zeitung*. Le rogué, pues, una vez más, en mi carta que me diera por fin una información exacta y detallada sobre el contrato que mantenía con Nietzsche, así como sobre la liquidación de su deuda. A ello siguió una epístola gigantesca, que me satisfizo grandemente en lo relativo al asunto principal, también con la explicación de la renuncia a la regularización inmediata de la cuenta de Nietzsche. Pude tomar nota asimismo, con los mejores sentimientos de gratitud hacia Vd., de que en atención a mi tiempo se había hecho Vd. cargo de la tarea de dar razón por mí a Naumann, por lo que comprendo ahora bien que en la sobrecarga de estos días pudieran quedarme, con este sistema de información, algunos puntos importantes poco claros. Pero *Nietzsche contra Wagner* ha dado de nuevo motivos de preocupación. Si prescindimos de un punto secundario, está, sobre todo, el indiscreto tratamiento que la cosa he tenido por parte de Naumann, como ha quedado claro a raíz de la intervención de un tal Sr. Wirth, autor del artículo retirado del *Musik. Wochenblatt* que se cita en la carta adjunta. De este señor me adjuntaba el Sr. Naumann las cartas dirigidas a él, de las que se desprende que tenía la suficiente información sobre mi oposición a la publicación, por el momento, de *Nietzsche contra Wagner*, y en las que no obstante se aboga enfáticamente por su publicación. He procedido, como es obvio, a protestar del modo más decidido contra la intervención en un asunto como *este* de un enemigo íntimo de Nietzsche, oculto bajo la apariencia de admirador. Y he dejado claro, en este sentido, que en las actuales circunstancias, y en la medida en que ello dependa de mí, *nunca* daré mi autorización a la realización de la idea de Wirth, que por motivos obvios tenía que resultar atractiva para Nau-

mann, de editar 800-1.000 ejs. de *Nietzsche contra Wagner*, el próximo verano, con ocasión de los festivales de Bayreuth. Tal publicación situaría a Nietzsche, según el señor Wirth y por decirlo con sus mismas palabras por encima de la «corriente wagneriana». En realidad, lo que se busca en que *Nietzsche contra Wagner* ayude por su propio peso, al Sr. Wirth, como dejan bien claro las cartas, en su singular posición como wagneriano apasionado, como lluvia en aquella corriente junto a todas las demás cartas que nadan en ella. Añadí que de ponerme a pensar en lo que Nietzsche que tanto valor da a la pureza del aire y a la limpieza y nitidez de las contradicciones, diría sobre esas maquinaciones con su legado, no podría menos de soltar la carcajada, por triste que fuera el trasfondo en el que se movían mis manifestaciones. He decidido conservar de momento las dos cartas de Wirth, solicitándole a Nietzsche permiso para enseñárselas en un encuentro a celebrar probablemente en las próximas semanas. ¿Hay todavía alguna posibilidad de ello? Me resultaría muy conveniente que no fuera antes del 7 de marzo, y sobre todo que evite Vd. que se programe para la primera mitad de la correspondiente semana de marzo, o sea, para los días 3-6 de marzo. Si va Vd. antes a Leipzig, haga que le enseñe mi carta del 15-16 del corriente. Quiero hacerle notar de pasado que a pesar de la insatisfacción que en algunos casos ha mostrado, su actitud para con Naumann ha sido siempre absolutamente positiva. Causa de aquélla fueron, simplemente, algunas torpezas aisladas que cometió; tengo, hablando en términos generales, las pruebas más concluyentes de su decendia y de su buena voluntad. Entre otras, el hecho de que contra lo que yo suponía, inspirado por Vd., los 100 ejs. de *Nietzsche contra Wagner* no estaban destinados a distribución venal. Le he propuesto ahora que además de los 10 ejs. que ya me hizo llegar, me envíe otros 10, fijándome en total un precio de 20 marcos. Podría animar también a un par de amigos (pienso en Rohde y Gersdorff) a hacer un pedido similar, no siendo desde luego, el sentido de estos encargos otro que el de retirar esos ejemplares de una circulación incontrolada. Podría, por su parte, enviar libremente un pequeño resto a lectores realmente interesados a los que conociera bien, aunque con la indicación expresa, desde luego, en la solapa de los ejemplares ya ultimados, de que se trata de la comunicación de un manuscrito, no de un libro genuino. Me pedía asimismo que le ratificara su presunción de ser yo el «tutor circunstancial» de Nietzsche. No lo soy, le contesté, en forma *legal* alguna, y si he actuado, lo he hecho simplemente como amigo. Ahora era él quien tenía que dejar claro si una vez informado sobre este punto seguía reconociéndome como tutor. Y antes de cerciorarme de ello, me veía en la obligación, no por desconfianza (que en modo alguno era ese el caso), sino para saber lo que hago y consigo, y también para estar seguro de que a consecuencia de mis declaraciones no daño los derechos e intereses de Nietzsche, de negarle información sobre otras cuestiones

(manuscritos de Nietzsche, sobre todo el de la *Transvaloración*, futuro del *Zaratustra* IV). Y le ruego que actúe Vd. de esta misma manera, si es que se ve en la situación de hablar de estos asuntos. Tenemos que situarnos por fin en una vía firme y transparente para nosotros, lejos de toda posibilidad de vernos expuestos a aventuras como la de *Nietzsche contra Wagner*. Si Naumann da importancia a una regulación formal de la cuestión de la tutoría, creo que habría que proceder a ello. En tal caso quedaría, de todos modos, y como es obvio momentáneamente parado todo lo relativo a los escritos de Nietzsche. Anteayer, escribí de nuevo a la Sra. Vda. de Nietzsche. Nuevamente le ha sido imposible ver a su hijo otra vez, y a la vista de lo que, según parece, le ha explicado el Dr. Biswanger, la situación de Nietzsche debe seguir por un estilo. Anteayer me confirmó el Prof. Wille algo que ya me había llegado de forma no tan fiable: que desde hace dos años Nietzsche viene recurriendo, para poder dormir, al clorar y a otros de los nuevos narcóticos de este tipo. Una práctica que no le habrá traído el mal que padece, pero que no habrá, sin duda, dejado de fomentárselo.

Queda de Vd. con los mejores deseos su siempre fiel y agradecido

F. Overbeck

C. G. Naumann a Franz Overbeck, 21 de febrero de 1889

Muy estimado señor profesor:

Confirmado la llegada de su estimado escrito del 15 del corriente, que le agradezco mucho debo ante todo comunicarle que no tengo el menor motivo para poner en duda su autoridad en el asunto del Sr. Prof. Nietzsche, ni menos para hacer depender la aceptación de sus puntos de vista por mi parte de sea Vd. pongamos por caso, declarado judicialmente su tutor circunstancial. Si le rogué una respuesta en este sentido, y en relación con ese punto, fue simplemente para poder tener yo mismo la debida claridad al respecto sobre esa cuestión abierta, ya que bien podría ocurrir que en un futuro tuviera que entrar en negociaciones con algún otro señor.

Habrá podido ver Vd. por las medidas que he tomado que me ciño ahora estrictamente a sus deseos, y algunas cuestiones que tal vez estén aún abiertas para Vd. le confirmarán, sin excepción, en lo mismo. Le prometo que siempre será así; por mi parte no veo tampoco ningún motivo racional efectivo para trabajar en contra de sus deseos.

Si está Vd. de acuerdo con esta explicación mía y caminamos en consecuencia, juntos en este respecto, procedo a rogarle una respuesta eventualmente favorable a los interrogantes que le planteaba en mi carta anterior y sobre los que no he tenido todavía respuesta. Ya sé que precisamente ahora el tiempo no apremia; confío, no obstante, en que en-

cuentre Vd. comprensible ni deseo de tener información sobre el destino de una cosa a la que, como puede afirmarse sin exageración alguna, se ha dedicado mucho tiempo y trabajo.

En lo que afecta ahora al asunto de Wirth en relación con *Nietzsche contra Wagner,* no puedo menos que rogarle disculpas por haber intentado activar sus medidas con este percance. ¡No podía suponer el trabajo que le imponía a Vd. con mi deseo! Una explicación lo más breve posible le convencerá, sin embargo, de que creía tener que hacer el intento, sobre la base de negociaciones y acuerdos contiguos, de utilizar, hasta el límite máximo de lo posible, el percance de Wirth en favor precisamente de los escritos de Nietzsche, dado que en un interés particular mío no cabe aquí ni pensar.

La última vez que me visitó el Sr. Prof. Nietzsche, le pedí que redactara, antes de la edición de su *Transvaloración,* algunos folletos pequeños, de salida barata, en los que se refiriera una y otra vez a su obra principal; hizo suya la idea inmediatamente y me aseguró que la pondría en práctica. No hará falta añadir que no pensaba, al proponerle tal, en *El Caso Wagner:* lo que yo tenía en la mente eran más bien folletos del tipo del *Crepúsculo.* Es un hecho, sin embargo que en amplios círculos *El Caso Wagner,* ha reactivado el interés por el Sr. Prof. Nietzsche de un modo extraordinario y que el *Crepúsculo* no lo hará menos en otras esferas. La buena situación financiera de la editorial es lo que mejor expresa el éxito.

Que una vez en posesión ya del largamente deseado folleto y con los pasajes escandalosos de *Nietzsche contra Wagner,* eliminados, creyera haber obtenido un nuevo campo de acción y un nuevo mecanismo promotor es, cosa que entra dentro de mi tendencia comercial y que Vd. entenderá bien, como ya me ha, por otra parte, comunicado. Sus objeciones son, sin embargo, de tanto peso, que me doy absolutamente por satisfecho con ellas y no volveré a ocuparme de este asunto hasta que Vd. esté de acuerdo y me lo comunique.

Del Dr. Wirth cuyas cartas puede Vd. conservar ahí si le place y destruirlas, en su momento, no he vuelto a oír nada hasta la fecha. También yo me he preguntado lleno de prevención por lo que realmente pueda querer este señor con tan notable exhibición de interés en una cosa que no le concierne. Para descargo suyo tengo, de todos modos, que hacer constar que nunca tuve la impresión de que lo único que le importara fueran unos cuantos artículos pagados y obedientes sólo a su exclusivo interés; las dos conversaciones que sostuvo con él me obligaron a hacerme otra imagen de su persona y este es el motivo de que yo le molestara a Vd. con mi ruego de que se mirara sus cartas, que fueron escritas una después de cada conversación y bajo la impresión fresca de las mismas.

El único motivo que puede hacerme explicable el interés del Sr. Wirth sigue siendo todavía el atisbado con la sospecha de que quien ha estado

detrás de todo el asunto es el Sr. W. W. Fritzsch, ¡y su interés resulta perfectamente comprensible! En la medida, de todos modos, en que mis relaciones con el Sr. Fritzsch son tales que podemos hablar con la mayor libertad sobre su editorial y su futuro, etc., etc., no alcanzo a comprender por qué no me ha dicho todo esto personalmente. Hay que tener en cuenta, además, que no he dado tampoco al Sr. Fritzsch ejemplar alguno del folleto. Por mi parte, los dos únicos receptores han sido el Sr. Dr. Widmann y Wirth; aparte de esto eso le envié a Vd. 10 ejs., y hoy le hago seguir otros 10; de los 12 enviados al Sr. Köselitz tiene Vd. también noticia. En lo que a mí concierne, no emplearé más allá de otros dos, dado que no conozco a los amigos del Sr. Prof. Nietzsche lo suficiente como para acertar en este sentido. También me digo, desde luego, que si el folleto aún ha de salir otra vez, es mejor que no sea conocido; eso sólo podría dañarle. Ya ve Vd. que también en lo que a este punto concierne espero sus disposiciones hoy como ayer, y creo que la cosa ha quedado resuelta.

Dejando, pues, a su discreción la adquisición de más ejemplares de *Nietzsche contra Wagner*, paso a ocuparme de otro capítulo que no puedo ignorar a raíz de su estimado escrito. Me refiero al pago de estos ejemplares tanto por su parte como por parte del Sr. Köselitz, que me ha hecho la misma oferta. ¿Qué es lo que puede llevarle, mi muy estimado Sr. Profesor a atribuirme un alma de tendero tal como para poder hacer más tarde o más temprano una cosa así por unos pocos marcos? Se trata ejemplares no destinados, de acuerdo con sus deseos, al comercio, y por eso es justo que ni Vd. ni el Sr. Köselitz paguen nada por ellos. Disponga Vd., pues, libremente y administre a su gusto la pequeña edición entera, y si le rogué que tuviera la amabilidad de enviarme las direcciones de los destinatarios, no fue en absluto con fines, pongamos por caso, de control, cosa que nunca me permitiría respecto de Vd., sino por el deseo de registrar los destinatarios en mis libros con vistas al interés que un futuro pudiera tal dato ofrecer.

Los costes de producción de *Nietzsche contra Wagner* han sido incorporados a la cuenta de la editorial y serán cubiertos por los escritos. Estoy, por fortuna, en la feliz disposición de rechazar una vez más su amable oferta de un pago a cuenta por la aparición del folleto; no es necesario, ya que los escritos cubrirán, sin duda, el importe, y lo único que realmente lamento con todo mi corazón es que el Sr. Prof. Nietzsche no pueda experimentar él mismo esta alegría.

De disponer Vd. aún de dinero líquido para su utilización actual, y no poder encontrar otra aplicación del mismo que favorezca más los intereses del propietario, le agradecería que atendiera mi ruego de reservarlo hasta que el legado espiritual del Sr. Profesor haya salido a la superficie, dado que no puedo calcular si en orden a ello no me veré, tal vez, obligado —en el supuesto, claro es, de que se solicite mi interven-

ción— a gastos que tal vez acaso pudieran resultarme demasiado altos. Pero esto son cosas que no me afectan, en la medida en que tampoco sé nada sobre empresas futuras.

Le ruego, en cualquier caso, ni muy estimado Sr. Profesor, que en lo que hace a todo este asunto tenga presente que no me hago cargo de los escritos de Nietzsche buscando principalmente un beneficio pecunario; dadas las dificultades de la empresa, tal trabajo no podría pagarse. Lo único que queda es el honor de salir con obras como éstas; eso se lo confirmará a Vd. cualquier buen librero.

En este un principio al que, dada la importancia de las obras, pienso seguir siendo fiel también en el futuro, y si Vd. me considera adecuado para ello, me alegraría mucho recibir asimismo su confianza, que no dudarán en honrar siempre.

Quedo, con mi máxima consideración y gratitud,

atentamente suyo

C. G. Naumann

C. G. Naumann a Franz Overbeck, 1 de marzo de 1889

Muy estimado señor profesor:

A la vez que le confirmo la llegada de su carta del 24 del pasado, aprovecho la ocasión, como no podía ser de otro modo, para agradecerle sobremanera sus detalladas comunicaciones; de acuerdo con lo que expone parece obligado concluir que desgraciadamente *La transvaloración* no está tan adelantada como me fue dado suponer a raíz de varias manifestaciones del Sr. Prof. Nietzsche, y lo lamento de todo corazón pensando en la conveniencia de un remate más o menos consumado de la actividad literaria del Sr. Prof. Aunque quizá sólo una vez cada dos meses, lo cierto es, de todos modos, que desde hace un año, o un año y medio, esta obra es pedida una y otra vez en las librerías, de lo que se desprende que el lector de los escritos de Nietzsche la espera con interés.

En cuanto a las direcciones que ha tenido la gentileza de enviarme, las he anotado en mi libro de salidas; coinciden casi por completo con las que cada vez me daba el Sr. Prof. N., e incluso tengo aún, correspondiendo a su valioso despacho, varios de los antiguos destinatarios.

Quiero, de todos modos, subrayarle una vez más que sin previa solicitud no envío un solo ejemplar del folleto *Nietzsche contra Wagner,* es decir, sólo cuando es reclamado; añadiré en cada caso el correspondiente oficio, se lo prometo. Como el folleto aún no es conocido, el caso se presentará poco; creo, sin embargo, que la pequeña tirada impresa del manuscrito será en un futuro de gran valor para los seguidores del Sr. Prof. de N., e incluso tengo aún correspondiendo a su valioso despacho, , varios de los antiguos destinatarios.

Quiero, de todos modos, subrayarle una vez más que sin previa solicitud no envío un solo ejemplar del folleto *Nietzsche contra Wagner;* es decir, sólo cuando es reclamado; añadiré en cada caso el correspondiente oficio, se lo prometo. Como el folleto aún no es conocido, el caso se presentará poco; creo, sin embargo, que la pequeña tirada impresa del manuscrito será en un futuro de gran valor para los seguidores del Sr. Prof., de modo que dejaré el pequeño paquete bien guardado en el almacén.

Su muy estimado escrito ha puesto un punto final provisional a nuestra correspondencia y no me queda sino esperar las medidas que a su tiempo pueda decidir; me encontrará siempre dispuesto a seguir interviniendo activamente en este asunto. De volver Vd. sobre el *Zaratustra* IV y los fragmentos de la *Transvaloración,* le agradecería que me lo notificara cuando le fuera posible. La composición de *Ecce homo* está al nivel de extensión al que en su momento fue llevada; la dejo así, naturalmente, hasta que me llegue su decisión definitiva

El Sr. Köselitz aún no ha estado por aquí; es de suponer que viajará esta semana. En el caso de que se presente algo importante, me dirigiré a Vd. solicitándole consejo. Quedo de Vd., agradeciéndole de nuevo sobremanera la confianza que me ha otorgado, con la mayor consideración.

Naumann

C. G. Naumann a Franz Overbeck, 24 de abril de 1889

Muy estimado Sr. Profesor:
En lo concerniente a los asuntos del Sr. Prof. Nietzsche he tenido que despachar en los últimos tiempos una gran correspondencia, cuyo contenido ha afectado sobre todo a la publicación de las dos obras, *Ecce homo* y *La transvaloración*; en mis cartas me he ceñido estrictamente a sus instrucciones y no he informado a los corresponsables sino de un modo muy vago, es decir, me he limitado a consolarles por el hecho de que la aparición de las obras haya quedado proyectada para un futuro no demasiado próximo. Todo ello sin darle, por supuesto, más razones, sobre todo en los casos en los que los interesados no me eran conocidos por haber sido antiguos destinatarios de los ejemplares regalados por el Sr. Prof.

En los comentarios del *Crepúsculo,* sólo he leído en una *Hoja* de Berlín una noticia no demasiado precisa sobre la desgracia del Sr. Prof., en tanto que las *Blätter für litterarische Unterhaltung* rechazaron hace aproximadamente 14 días ocuparse de la materia interna del libro porque les era conocida la enfermedad del Sr. Prof.

No he leído nada más en este respecto, pero sé por comunicaciones personales que en los círculos intelectuales el hecho es conocido de modo casi general, porque sin yo provocarlo me ha sido comentado así no pocas veces, etc. *El Crepúsculo* ha ido más que pasablemente, aunque no

tanto como *El caso Wagner;* estoy contento de todos modos, de haber puesto, contra los deseos del Sr. Prof. N., el precio en 2,25 en lugar de 1,50 porque este último hubiera resultado demasiado barato para un libro de esas dimensiones y los costes apenas habrían podido cubrirse. Cuando se vende al contado, hay una diferencia enorme entre recibir 1 marco y 45 Pf. o sólo 90 Pf.

Después de la Feria de Pascuas, podré ver cómo han ido las ventas del*Caso Wagner*, con cifras fiables; de momento lo que me están llegando son las devoluciones.

Con la Sra. Vda. de Nietzsche he intercambiado también un par de cartas, y, de acuerdo con sus deseos, le he hecho llegar un par de ejemplos sin cargo del *Crepúsculo,* del *Caso Wagner* y de Nietzsche contra Wagner; con esta sola excepción, del último libro no ha salido una sola pieza.

Mi escrito de hoy tiene como objeto principal acompañar una carta, de la que le hago el correspondiente envío, llegada hace unos 10 días a nombre directamente a nombre del Sr. Prof. Nietzsche, y a cuya apertura corresponde a Vd., en su caso, proceder. Le añado asimismo un volumen, de cuyo contenido no puedo enterarme, ya que sólo el último anuncio me ha puesto otra vez sobre la pista del nombre del remitente, el Sr. Prof. Otto Schröder, en la publicidad de «Un estilo de papel».

A la vez que le notifico mi intención de tomarme la libertad de ir haciéndole llegar periódicamente los envíos de este tipo que puedan ir viniendo, aprovecho la ocasión para testimoniarle mi consideración más distinguida, quedando de Vd. con el mayor agradecimiento y respeto

Naumann

Proveniente del círculo de admiradores con el que Naumann contaba y al que se refiere varias veces, llegó el 24 de junio de 1889 una carta a Franz Overbeck:

Heinrich Hengster a Franz Overbeck

Viena, 24 de junio de 1889

Muy estimado señor profesor:

En nombre de un círculo de amigos que vienen, desde 1885, reuniéndose para estudiar conjuntamente las obras de Friedrich Nietzsche, me permito dirigirme a Vd., que me ha sido indicado como su amigo de mayor confianza, con el ruego de que impulse nuestro esfuerzo común con comunicaciones sobre su vida y sus obras, en la medida y hasta el punto en que encuentre tal propuesta factible y aceptable. Hemos echado en falta, desgraciadamente, desde siempre un informe detallado sobre el curso de su vida y de su obra; pero desde que la triste noticia de su enferme-

dad, en la que en un principio no podíamos creer, se ha confirmado, entrando ya en el terreno de lo sabido con certeza, nuestro anhelo de acercarnos más, también a nivel personal, a hombre tan venerado ha aumentado considerablemente. Si se decide Vd., muy estimado señor, a aceptar nuestras seguridades de que no es la curiosidad vanidosa, sino la participación íntima en el destino del gran pensador lo que nos ha llevado a dirigirle esta carta, no se retraiga, se lo ruego, ante el dispendio de tiempo y trabajo que ello venga a representarle y envíenos una nota biográfica de nuestro líder espiritual que nos permita familiarizarnos con los puntos más importantes de su vida. El señor bibliotecario jefe, Dr. Sieber, tuvo la bondad de comunicarme algunos datos biográficos, que ahora me permito rogarle a Vd. que nos complete y precise.

La idea de consultar a este señor nos vino a raíz de haber encontrado una referencia a una publicación de Nietzsche, que a lo que parece debió llevar por título «La génesis de la Iliada y la esencia de la poesía popular», en la conocida obra de Hillebrandt: *Epocas, pueblos y hombres*. El Sr. Sieber no tenía noticia de ello, pero tengo que agradecerle información sobre varios trabajos filológicos publicados en el *Rheinisches Museum* y en un escrito misceláneo de homenaje del Instituto Pedagógico de Basilea. Tendremos que ocuparnos de buscar los artículos periodísticos de Nietzsche que puedan conservarse en las bibliotecas locales, pidiéndolos para copiarlos, si es necesario, para nuestra colección. El Sr. Sieber recordaba también dos conferencias de Nietzsche sobre Homero y Sócrates que habían sido impresas como manuscrito para un círculo reducido de amigos. ¿Podría Vd., muy estimado señor, hacernos llegar un ejemplar de estas 2 conferencias, en el supuesto, claro es, de que tal repetición no vaya contra la voluntad de Nietzsche ni existan otros argumentos en contra? También me permito preguntarle si las lecciones sobre el futuro de las instituciones educativas van a seguir siendo sustraídas a su pública circulación. Y no puedo menos, finalmente, de consultarle también, abusando de su amabilidad, sobre otros escritos de Nietzsche, que ignoramos si están o no disponibles. Muy especialmente nos preocupa el problema de si el libro *El eterno retorno* ha quedado en situación de mero proyecto o si ha sido efectivamente realizado. ¿Qué relación guarda con la parte IV del *Zaratustra* que aún no nos ha sido dada a conocer? Nos gustaría saber también, claro es, si la versión francesa de la IV Consideración Intempestiva, «Wagner en Bayreuth» ha sido o no autorizada y recomendada por el autor

Puesto que he citado a Wagner, no quiero dejar de pasar inmediatamente a uno de los puntos problemáticos centrales: la relación de este artista con Nietzsche y la repentina ruptur de la misma. Corro aquí el peligro, desde luego, de ser indiscreto con mis preguntas, dado que este es un terreno en el que lo personal y lo objetivo deben ir estrecha y complejamente interrelacionados. Pero como todos somos más o menos se-

guidores y admiradores del arte de Wagner, y la relación entre ambos maestros surge o deja, al menos, sentir su eco en todas las obras de Nietzsche, comprenderá Vd. que el afán de saber está aquí justificado. Las observaciones y objeciones escépticas de Nietzsche contra la práctica wagneriana del arte y sus incursiones ensayísticas me eran, lógicamente, conocidas ya de mi lectura de sus obras primeras, y, desde luego, me resultaban también perfectamente comprensibles. En *Más allá del bien y del mal* y en *La genealogía de la moral* Nietzsche me parece haber ido, sin embargo, demasiado lejos. Uno de los miembros de nuestro círculo ha llamado muy especialmente la atención sobre el hecho de que Nietzsche, que tan agudamente ha criticado la tendencia del *Parsifal,* debería haber hecho justicia a esta obra precisamente por su perfección formal y por su maestría técnica. Me dirigí por ello al autor con el ruego de que nos ayudara a resolver esta dificultad. En la respuesta que recibimos se reconocía que había aquí una dificultad interna cuya superación se imponía, pero para todo lo demás, y en términos generales, se remitía al escrito *El Caso Wagner,* que por aquellas fechas estaba en prensa. Es esta una polémica que nos causa preocupación todavía hoy a todos, incluidos aquéllos que siempre mantuvieron una postura fría y prudente frente al wagnerianismo, caracterizado no sin razón, sin duda, por Nietzsche como enfermedad y *decadènce.* Algunas cosas de las que ahí se dicen son incomprensiblemente duras, injustas, incluso evidentemente falsas.

Las relaciones de Nietzsche con Wagner parecen haberse disuelto temprano; en este sentido interpreto, al menos, un pasaje del prólogo del vol. II de *Humano, demasiado humano* donde Nietzsche habla de la consternación que se apoderó de él cuando *repentinamente* vio claro qué camino seguía y a dónde conducía este camino. En este pasaje no podía menos de acordarme siempre de un hecho muy conocido por los wagnerianos: al acabar el primer festival de Bayreuth (1876), *Wagner* sorprendió a algunos de los amigos que se habían reunido en torno suyo con la lectura del texto de *Parsifal.* ¿Se encontraría Nietzsche también en el auditorio? De haber sido tal el caso, esta hubiera sido una buena ocasión para volver a Wagner repentinamente las espaldas. Sé perfectamente, sin embargo, que Nietzsche estuvo cuando se puso la primera piedra en Bayreuth. Me gustaría muchísimo saber si asistió a los festivales del año 1876 y si algo después, entre 1882 y 1888, acudió a las representaciones de *Parsifal* en el teatro del festival.

Tengo asimismo algunas preguntas que plantearle relativas a otras relaciones personales de Nietzsche. Lo que concretamente me interesa saber es si ha entrado en relación personal con Lagarde, Franz Liszt, Heinrich v. Stein, Bruno Bauer, Eugen Dühring, Victor Hahn, Paul Rée, Gottfried Keller y Conr. Ferd. Mayer (!). Otra pregunta tendría sobre el corazón, que Vd. tal vez haya adivinado ya, pero tengo toda clase de motivos para poner un freno a mi inmodestia.

Espero que no nos tome a mal que estemos ansiosos también de saber si Nietzsche ha visitado Austria alguna vez y muy particularmente Viena. También nos gustaría sobremanera saber si ha estado con alguna frecuencia en París y si hay allí amigos y conocedores de sus escritos. Objeto de discusión frecuente entre nosotros han sido las condiciones en las que ha podido programarse y hacerse realidad una traducción al francés de sus obras. En este respecto las opiniones han estado más divididas que en otros puntos. Lo que a mí como jurista me ha afectado más de cerca es la posición de Nietzsche respecto de la cuestión social. Parece haberse mantenido intacto, al igual que Goethe y Schopenhauer, de cualquier posible veleidad democrática y socialista. pero. ¿ha conocido con mediana exactitud y ha seguido en absoluto el movimiento social y la literatura que le ha acompañado? Casi me parece estar tocando aquí su punto más débil: sus manifestaciones ocasionales sobre el anarquismo y el socialismo permiten sospechar que no se ha dado cuenta del carácter antipódico de ambos ideales. Tal vez esté Vd. en condición de indicarnos si ha dedicado un estudio relativamente exhaustivo a las obras de los socialistas alemanes Ferd. Lassalle, Carl Rodbertus, Carl Marx, Friedrich Engels, etc. Un conocedor de los escritos de Nietzsche ajeno a nuestro círculo ha formulado la sospecha de una influencia del libelo de Max Stirner *El único y su propiedad* sobre las concepciones tardías de Nietzsche. En cuanto al punto de vista político y nacional, así como, sobre todo, en lo tocante a su antisemitismo, estas son cosas, muy estimado señor, con las que no quiero importunarle. Hay sólo una cuestión sobre la que sí le agradecería que me informara. Se trata, concretamente de saber si Nietzsche perteneció al Ejército Alemán o de averiguar en caso contrario, qué es lo que pudo incitarle a acompañar el transporte sanitario de Würzburg a Francia.

¡No pierda Vd. la paciencia! Para acabar me quedan todavía una pregunta difícil y un gran ruego. Primero la pregunta: ¿dan los médicos alguna esperanza de curación? Todos nos aferramos a la posibilidad de que se trate simplemente de una turbación pasajera. Hay ejemplos de casos parecidos; p. ej. Carl Gutzkow. El *Crepúsculo de los ídolos* es una obra tan luminosa y fresca que nada en ella permite pensar en una rutpura del desequilibrio espiritual (salvo la referencia a un libro inexistente de Jac. Burckhardt: la Cultura de los griegos).

Y ahora el gran ruego: ¿sería posible obtener un retrato de Nietzsche? Tal vez pudiera Vd. sernos de ayuda en este respecto: con los libreros y vendedores de obras de arte de Viena no hay nada que hacer. También en Munich he buscado en vano.

No acoja Vd. desfavorablemente esta carta monstruosa con sus muchs preguntas y deseos. No se le escapará que ha sido dictada por una necesidad interior irresistible. En este sentido me permito apelar a su benevolente indulgencia.

Con el testimonio de la máxima consideración y respeto, quedo de Vd. sumamente agradecido.

Heinrich Hengster Viena III Reiner Reisnerstrasse $32^{II}/_{13}$

16

«Documento nº 16, correspondiente al vol. 4 p. 134»

Contrato de cesión[213]

Entre los representantes forzosos del catedrático incapacitado Dr. Friedrich Nietzsche en Naumburg (junto a Saale), la Sra. Vida. Franziska Nietzsche, nacida Oehler como tutora y el Consejero municipal Dr. Oehler, en Magdeburgo, como turtor subsidiario, por una parte, y la Sra. Vda. Dra. Elisabeth Försyer-Nietzsche, por otra, se ha firmado el siguiente contrato.

§1

A la actividad y cuidado de la Sra. Vda. del Dr. Förster hay que agradecer la aparición actual de una edición completa de las obras de Friedrich Nietzsche en la editorial de la firma C. G. Naumann, de Leipzig, edición que garantiza que todos los escritos del autor adecuados y determinados para la publicación verán la luz sin el menor falseamiento de su contenido, que será críticamente examinado, así como con una presentación externa decorosa, quedando así asegurada también la recepción, por parte del autor, de unos honorarios adecuados.

A tenor del acuerdo al que se ha llegado con la firmo editorial, las versiones inglesas y francesas totales o parciales, así como, sobre todo, las de los Estados Unidos de América, deberán tomar esta edición como base.

La Sra. Dra. Föster ha reunido además todos los manuscritos de Friedrich Nietzsche que le han resultado accesibles en un «Archivo de Nietzsche» en el que ha incluido también las cartas de contenido literario o biográfico dirigidas al mismo, los escritos de éste publicados en otro tiempo con destino a su comercio y cualesquiera otros que hayan sido impresos, así como su biblioteca personal, consiguiendo de este modo, para facilitar su ulterior elaboración literaria y su resguardo, un todo unitario al que ha allegado asimismo la bibliografía sobre Nietzsche aparecida hasta la fecha.

La conservación y administración de este «Archivo de Nietzsche», así como el empeño de completarlo la elaboración científica de las obras de Nietzsche y el control duradero de las ediciones en idiomas extranjeros

cuya aparición está programada exigen un trabajo espiritual y unos gastos materiales de magnitud muy notable. La Sra Dr. Förster quiere tener, en este sentido, la mayor libertad e independencia respecto del concurso de la tutoría. Esta última reconoce que se trata de un deseo justificdo y es, asimismo de la opinión de que el ejercicio de una influencia determinante sobre la reelaboración científica de las obras de Friedrich Nietzsche, así como el empeño de completar el «Archivo de Nietzsche», quedan fuera de su tarea específica, no pudiendo enjuiciar y controlar la necesidad y adecuación de los gastos que todo ello pueda generar sino con grandes dificultades. Las dificultades de todo ello resultantes tanto para la administración de la tutoría como para la actividad de la Sra. Dr. Förster han de ser eliminadas por el siguiente acuerdo.

§2

Los representantes del Prof. Dr. Friedrich Nietzsche ceden y transfieren mediante el presente documento a su citada hemana la Sra Dra. Förster-Nietzsche:

a) Todos los derechos dimanantes de los contratos acordados con la firma C. G. Naumann de Leipzig, en relación con la edición de las obras de Friedrich Nietzsche en idioma alemán e idiomas extranjeros, sin fianza por monto ni valor de los bienes, de tal modo que a partir del primero de noviembre del corriente año todos los honorarios que correspondan, así, como las aportaciones del editor a los costes de la edición ahora en curso en publicación corresponderán exclusivamente a la Sra. Dra. Förster-Nietzsche.

b) Todos los restantes derechos de autor que puedan corresponder al Dr. Friedrich Nietzsche por sus escritos, cartas, lecciones y composiciones, en la medida en que puedan ser transmitidos a otro.

c) El «Archivo de Nietzsche», con todos los manuscritos libros, cartas, muebles, retratos, etc., que contiene. El criterio para las dimensiones del Archivo es el procurado por el estado que actualmente presenta éste en la case de la calle G(r)ochlitzer 7 de Naumburg.

§3

Frente a ello la Dra. Förster-Nietzsche se compromete a:

a) emplear todas sus fuerzas en la prosecución de la reelaboración textual necesaria de cara a la edición de las obras de Nietzsche, así como en la conservación y acrecentamiento del «Archivo de Nietzsche».

b) Asumir los contratos celebrados con la firma editorial C. G. Naumann de cara a la realización de ediciones de las obras de Nietzsche en alemán y en idiomas extranjeros de un modo tal que haga suyas las obligaciones asumidas por los representantes de Friedrich Nietzsche, velan-

do a la vez porque las exigencias de la firma editorial o de otros en relación con la realización de las obras de Friedrich Nietzsche, así como las que pueda plantear la administración del «Archivo de Nietzsche» no sean hechas valer frene a la tutoría, que en último extremo deberá ser mantenido por la Dra. Förster-Nietzsche al margen de todo posible perjuicio.

c) Soportar por sí sola, con carácter único y exclusivo, todos los costes de la administración del «Archivo de Nietzsche», de la reelaboración científica de las obras de Friedrich Nietzsche y de las ediciones preparadas por ella a partir del primero de noviembre del año en curso.

d) Pagar a los representantes de Friedrich Nietzsche como indemnización por los honorarios correspondientes a los mismos y ahora cedidos a ella el importe de 30.000 marcos (treinta mil marcos) hasta el 1º de febrero del próximo año (1896).

e) Abonar a aquéllos en pagos cuatrimestrales anticipados, y hasta el fin de los días de Friedrich Nietzsche, una renta anual de 1.600 marcos (mil seiscientos marcos), destinada a éste, en el caso de que la pensión de 1.600 marcos (mil seiscientos marcos) que regularmente le es abonada por la Universidad de Basilea y que le ha sido concedida por un plazo de varios años deje de serle concedida y abonada.

f) Entregar 2 ejs. de todas las partes de la edición de las obras de Friedrich Nietzsche a los representantes de la tutoría en el caso de que se faciliten ejs. gratuitos de éstas; en el caso de nuevas ediciones sin embargo, sólo en los casos en que contengan transformaciones o adiciones esenciales.

§4

En relación con el capital de 30.000 marcos (treinta mil marcos) se ha tomado la determinación de que él mismo sea, en la medida en que la situación del capital lo haga posible, conservando y puesto nuevamente a disposición, tras la muerte del Prof. Dr. Friedrich Nietzsche y de su heredera legítima la Sra. Vda. de Nietzsche, de la Sra. Dra. Förster-Nietzsche.

§5

La Sra. Dra. Förster-Nietzsche queda autorizada para disponer testamentariamente de los derechos transmitidos en este contrato. Sin autorización de la madre y del tutor *no* le es posible, sin embargo, disponer entre vivos (enajenación, hipoteca) de los derechos del Archivo y de los honorarios en la medida en que éstos aún no hayan vencido.

Los tutores hacen constar asimismo su deseo de que también tras la muerte de la Dra. Förster-Nietzsche permanzca en Alemania el «Archi-

vo de Nietzsche», salvo que razones políticas o de cualquier otra índole aconsejen trasladar el Archivo al extranjero sumamente importantes.

§6

En el supuesto de que el pago de los 30.000 marcos no hubiera tenido lugar antes del primero de febrero del año próximo, los representantes del Sr. Prof. Friedrich Nietzsche quedan facultados para retirarse del contrato y darlo por rescindido. Se hace constar asimismo, con vistas al timbre a aplicar que en el importe de 30.000 marcos vienen contenidos el valor de la cesión, que asciende a 24.000 marcos y el dinero para la compra del archivo, que asciende a 6.000 marcos.

Este contrato ha sido extendido y firmado en dos ejemplares.

Naumburg, 18 de dicjembre de 1895.

Elisabeth Förster-Nietzsche, Franziska Nietzsche nacida Oehler.

Magdeburg, 23 de diciembre de 1895.

Dr. Adalbert Oehler

(Siguen aún: la legalizacaión notarial de las firmas y la factura de los derechos de timbre).

El texto anterior es el de una copia legalizada notarialmente que figura en el legado de Meta von Salis, Biblioteca de la Universidad de Basilea).

17

«Documento nº 17, correspondiente al vol. 4 p. 158»

Contrato de fianza del 26 de enero de 1896[213]

Entre la Sra. Dra. Elisabeth Förster-Nietzsche por una parte, y por otra, la baronesa Dra. Meta von Salis, el Dr. Hermann Hecker, el conde Harry Kessler y el Dr. Raoul Richter, amigos y admiradores todos ellos de Friedrich Nietzsche contra cuya fianza el Sr. Robert von Mendelssohn ha adelantado a la Sra. Dra. Förster Nietzsche la suma de 30.000 marcos en calidad de préstamo a devolver el 1 de febero de 1901 se toma el siguiente acuerdo:

§1

En el caso de que la Sra. Förster-Nietzsche no hubiera devuelto todavía a su muerte la suma arriba citada, o sólo la hubiera devuelto en parte, los fiadores se manifiestan de acuerdo en satisfacer las reclamaciones aún existentes (sin perjuicio de lo estipulado en el §2) con el pro-

pio Archivo de Nietzsche (manuscritos, documentos), etc., y con los honorarios estipulados por los contratos que la Sra. Dra. Förster-Nietzsche ha firmado ya con C. G. Naumann, de Leipzig, sobre la edición completa, así también como los que puedan estipularse en los que eventualmente se establezcan con esta firma o con otras. La Sra. Förster-Nietzsche incluirá esta determinación en el testamento que se propone otorgar inmediatamente después de firmado este acuerdo, renunciando expresamente a él al derecho de modificar o cancelar esta determinación mediante codicilo.

§2

Los fiadores toman nota con satisfacción de la intención, por parte de la Sra. Dra. Förster-Nietzsche de mantener el Archivo de Nietzsche como instalación duradera. Para el caso de que la existencia duradera del Archivo no pueda ser ya garantizada por la Sra. Dra. Förster bien en vida, bien por determinación testamentaria, la Sra. Dra. Förster-Nietzsche nombrará en su testamento un Consejo Directivo al que corresponderá decidir sobre la futrua configuración del Archivo. La Sra. Dra. Förster-Nietzsche expresa el deseo de que las medidas que eventualmente pueda tomar el Consejo Directivo tengan como objeto central la conservación duradera del Archivo.

Al Consejo Directivo deben pertenecer los fiadores, que tienen *un* voto por cada 6.000 marcos de participación, así como los señores: Consejero Municipal Schenk de Weimar; Consejero Municipal Dr. Oehler de Magdeburg; Dr. Fritz Koegel.

El Consejo Directivo decide por mayoría simple de votos; de haber empate, decide el voto del presidente. Para decisiones sobre la enajenación total o parcial, o sobre la disolución del Archivo, resulta necesaria una mayoría de seis votos.

§ La extensión del Archivo queda fijada de acuerdo con el adjunto inventario de los manuscritos y libros. La Sra. Dra. Förster-Nietzsche se obliga a no enajenar el Archivo antes de la devolución de los 30.000 marcos, ni a perder su dominio.

Este acuerdo ha sido firmado en dos ejemplares.

Naumburg, 26 de enero de 1896

Elisabeth Förster-Nietzsche

(Según el ejemplar conservado en el legado de Meta von Salis, Biblioteca de la Universidad de Basilea).

18

«Documento nº 18, correspondiente al vol. 4, p. 166[187]»

A la pregunta: ¿tuvo Nietzsche conocimiento de «El único y su propiedad» de Max Stirner antes de 1845?

Heinrich Köseliz a Franz Overbeck, últimas líneas de la tarjeta postal del 18 de febrero de 1893... ¿Cree Vd., admirado señor profesor, que N. conocío a *Max Stirner?* Lo dudo radicalmente. El nombre de Stirner no apareció jamás en nuestras conversaciones. N. tenía la costumbre de recomendar a sus amigos todo lo que le causaba alguna impresión. En sus papeles tampoco hay huella de Stirner (N. extractaba párrafos de sus libros preferidos en sus cuadernos). ¡El parentesco entre St. y N. es ciertamente llamativo! Yo mismo he empezado a leer a St...

Heinrich Köselitz a Franz Overbeck el 8 de febrero de 1899

... A propósito de la cuestión Nietzsche-Stirner me dirigí ya a Vd., venerado señor profesor, en una ocasión, hace aproximadamente 2 años (Observación al margen de Overbeck: el 17 de febrero de 1893).

En lo que a mí afecta, jamás oí el nombre de Stirner de labios de Nietzsche. Tampoco hay nada de Stirner en la biblioteca de Nietzsche. Es posible que *El único y su propiedad* esté entre los fondos de la Asociación de lectores de Basilea y que Nietzsche lo leyera por esta vía. De todos modos, es altamente improbable que en sus últimos años de Basilea Nietzsche diera en una cosa así.

Nietzsche era de una forma de ser que cuando conocía algo nuevo que suscitaba su interés, hacía que sus amigos lo compartieran de inmediato. Todo libro bueno con el que entraba en contacto despertaba su entusiasmo, a veces incluso un entusiasmo excesivo. Y sabía bien como comunicarlo a sus amigos. Me maravillaría enormemente que Nietzsche hubiera tenido noticia de Stirner y que, sin embrgo, *no* me hubiera dicho ni escrito palabra sobre él. Tiendo por ello a pensar que en la memoria de su muy estimada esposa se ha producido una confusión entre Klinger y Stirner. Cabe bien imaginar —teniendo, sobre todo, a la vista la obra de *Mujer doliente* de Klinger, por ejemplo— que Nietzsche previniera (al menos en presencia de una dama) contra *este* exceso literario, incluso antes de conocerlo.

Como resultado de los años que lleva dedicado a Stirner Markay está tan *obsesionado* con él que en su prejuicio contra todo lo que no es Stirner procura uno de los ejemplos más desalentadores que conozco. Para él parece estar claro desde un principio, y de entrada, que Nietzsche no es más que *l'ecornifleur et plagiaire* de Stirner y que la gloria que ahora tiene Nietzsche corresponde realmente a Stirner. En su pobreza y me-

diocridad interior Markay se imagina (por experiencia propia, claro es), que Nietzsche llevaba siempre a Stirner ocultamente consigo y extraía de él todos sus pensamientos. Carece de sensibilidad para la abismal diferencia que separa a Nietzsche de Stirner. En el supuesto de que Nietzsche hubiera conocido a Stirner y hubiera podido hacerse una impresión de él, ésta hubiera consistido más bien en *asco* ante su modo de pensar estirilizador y desecador de almas, por mucho que no hubiera dejado también de admirar el ingenio desmesurado de Stirner. Poca *altura* encuentro en Stirner, la verdad. A menudo, y dada la *bajeza* de la esfera de intereses en que se mueve *su* autoestima, su modo de pensar resulta repugnante.

¡Qué diferente es el subrayado nitzscheano del propio yo! Sólo tiene validez para gentes como Beethoven, Rubens, Alejandro —no para otros. En Stirner, en cambio, nos movemos en el terreno más llano de los intereses cotidianos: burgueses, consortes, competencia, mil táleros, olor a asado, presidente, derechos provinciales, etc.

Exagero, claro es. Pero echo a faltar altura o, al menos, aspiración a la altura, en Stirner. Para mí es un hombre fracasado, pero también un pobre hombre. Creo que en su extraño comportamiento contra Markay su esposa ha tenido tal vez razón...

Heinrich Köselitz a Franz Overbeckk, 2 de marzo de 1899

... En lo que concierne a Stirner, y tras de su discusión, que ha acertado, sin duda, en el punto justo, *no* quiero seguir afirmando que fue siempre absolutamente desconocido para Nietzsche. En realidad, tampoco importa demasiado. Ante el fulgor de Nietzsche Stirner debe empalidecer...

Karl Joël a Franz Overbeck (Berlín) 13 de marzo de 1899

... El inesperado estadio en el que ha entrado nuestro asunto *(discusión con la Sra. Förster sobre el problema de Stiner)* tiene, en cualquier caso, que ser agradecido a la solicitud e interés con los que ha seguido Vd. trabajando en algo que parecía perdido. La posibilidad de mantener mis palabras me resulta preferible, aun cuando en interés de Nietzsche prefería una separación más nítida entre él y St(irner) de lo que ahora parece ya posible. Para mí no es un triunfo ni una justificación, aunque para su muy respetada esposa sí se trate de ambas cosas. Y levanto mi sombrero ante una memoria que ha sido capaz de resistir al tiempo y a las tormentas aferrándose con valor al testimonio dado, aunque todo hablara en su contra. La Sra. Förster ignora hasta tal punto mi primera fuente, que como tal presentaba en su última carta al compositor August Burgert, al que ya adjudicó una vez ese falso rumor. Pero, en fin, a los ar-

tistas no hay que tomarles a mal un exceso de fantasía. No he contestado limitándome a remitirle, sin nombre, al hallazgo de la biblioteca. Veo, de todos modos, que la importancia del hallazgo descansa enteramente en el —para mí decisivo— testimonio del Prof. Baumgarten; porque si no he entendido mal, la lista de la biblioteca únicamente remite a este nombre, no al de Nietzsche. El nombre de Vd. queda enteramente fuera del juego; pero tendría que citar alguna vez el de Baumgarten...

19

«Documento nº 19, correspondiente al vol. 4 pg. 171»

Heinrich Köselitz a Franz Overbeck:
Weimar, Meyerstrasse 4, 21 de mayo de 1905

Muy estimado señor profesor:

Supongo que estará Vd. enterado de que por mediación del libro del Dr. Jul Möbius sobre Nietzsche ha sido difundida la fábula de que la perturbación psíquica de Nietzsche tiene su origen en una infección sifilítica contraída en 1870.

Me he tomado la mayor molestia en averiguar de dónde proviene este rumor, ya que los amigos de juventud (Gersdorff, Rohde, Roscher, Romundt, etc.) han protestado y protestan con la mayor energía contra él. Me hubiera gustado muy especialmente hablar con el Dr. Biswanger, que ya medio epistolarmente pie para visitarle; pero, por desgracia, no hubo lugar para un viaje a Jena. Finalmente el propio Biswanger apareció por aquí dándome una abundante información. Vino a informarme lo que sabía ya de antes a través de uno de los médicos que trabajaron con él como ayudantes, el Dr. Rich. Sandberg: que Möbius había consultado los diarios de enfermos del manicomio provincial de Jena, entresacando las anotaciones correspondientes a Nietzsche. Möbius había pedido la correspondiente autorización a la Sra. Förster, quien sin sospechar nada grave se la había concedido asimismo. En estos diarios tiene, pues, que figurar realmente la anotación de que Nietzsche enfermó luéticamente una o incluso dos veces.

Y sobre esta indicación, y sólo sobre ella, levanta Möbius su frívolo edificio. ¿Y a quíen atribuye el diario esta indicación? —A Vd., muy estimado señor profesor.

Va de suyo que dije a Binswanger que no podía explicarme una anotación de este tipo sino como fruto de un malentendido del encargado de las inscripciones en los diarios. A lo largo de la conversación, y avanzado ya su curso, Binswanger me dijo que él mismo había escrito hacía algún tiempo, al margen de aquella indicación del diario y como obser-

vación a la misma, lo siguiente: «Ni el curso ni la duración temporal de la enfermedad de Nietzsche permiten derivarla de Lues». Precisamente él, Binswanger, había hecho un estudio intensivo de la llamada parálisis progresiva y había escrito mucho sobre ella, llegando al cabo de sus investigaciones al resultado de que sólo un máximo del 70 % de casos de parálisis podían ser retrotraídos a Lues, nunca el 100 % defendido por Möbius. Möbius no era —continuó— tomado en serio por los especialistas.

No es, lógicamente, mi intención, mi muy estimado señor profesor, fatigarle con la prosecución del informe; lo único que quisiera significarle es que le quedaría a Vd. muy profundamente agradecido de hacerme el favor de informarme sobre la corrección o incorrección de «la anotación en el diario supuestamente debida a Vd. Binswanger me ha autorizado a hacer uso de sus comunicaciones.

Con el más cordial deseo de que les vaya a Vd. y a su muy respetada esposa del mejor modo posible, le saluda con admiración antigua y gratitud su reconocido discípulo

Peter Gast

Respuesta del Prof. Overbeck a la carta de H. Peter Gast del 21 de mayo de 1905 (transcripción de Ida Overback)

Estimado Sr. Köselitz:

En la primavera de 1902 me fue hecha por mi colega local,el fisiólogo Bunge, en nombre del Dr. J. Möbius, que hasta ese momento sólo me era conocido por sus libros sobre *Schopenhauer* y *Goethe* una consulta sobre mi disposición a recibirle para sostener con él una conversacón sobre Nietzsche. El par de veces que me fueron hechos requerimientos de este tipo dije que no; esta vez me decidí, sin embargo, por una respuesta positiva. El 10 de abril del citado año tuvo lugar nuestra conversación en mi estudio. En lo esencial se centró en un anuncio del librito *Sobre lo patológico en Nietzsche*, que vería la luz poco después, y en la exposición de sus ideas fundamentales. Lo que el autor me preguntó tan pronto como tuvo ocasión, y lo que pudo oír de mi, son cosas que él mismo ha dado a conocer en las páginas 991 y ss. de la citada obra hasta un punto aquí indiferente y de un modo tal que no me ha permitido la mejor objeción. En cualquier caso, su exposición de las cosas no deja a los lectores de buena fe el menor espacio para la idea de que a la persona aquí llamada como testigo para dar testimonio de otro momento de la vida de Nietzsche pueda incumbirle responsabilidad alguna en lo que hace a la «leyenda» de la infección luética contraída por Nietzsche en 1870, recogida en otro lugar del libro —ya en las páginas 20 y ss—, y a la que el Dr. Möbius ha venido después, como es bien sabido, a dar

tanta importancia. En lo que a mí afecta, la primera vez que oí hablar de todo ello en mi vida fue precisamente ese día y ni fui llamado a manifestarme al respecto como testigo ni hubiera estado en condiciones de hacerlo aunque el narrador que tenía ante mí me hubiera invitado a decir una sola palabra sobre ello. Cual no sería pues, mi sorpresa al enterarme, pasados apenas dos minutos, de que en el Archivo de Nietzsche circulaba la leyenda de que la fuente fidedigna que Möbius había puesto en circulación era precisamente *yo*, que antes de 1870 no había oído citar siquiera el nombre de Nietzsche. Y era esto, según parece, lo que sobre la base del testimonio de los libros de enfermos del manicomio dirigido por él había llevado al Prof. Binswanger a abusar de mi nombre en el sentido expuesto. Mi inmediata reclamación al Prof. Binswanger, en la que me remitía al encuentro que en otro tiempo, concretamente en Febrero de 1890* celebramos para tratar de la locura de Nietzsche, obtuvo la respuesta, un tanto tardía, desde luego, por obra, a lo que parece, de la casualidad, del 24 de abril que le adjunto. Debo comunicarle que con ello he quedado ya absolutamente tranquilo. Y por motivos sobre los que, en cualquier caso, es precisamente con los del Archivo con quienes menos necesito discutir. No puedo considerar, por otra parte, llegadas con los últimos impresos que ha tenido Vd. a bien enviarme, las restantes cosas que decidí provisionalmente esperar. Cierto es, desde luego, que pensé replicarle que carecía por entero de razones para inmiscuirme en la polémica de la Sra. Dra. Förster y del Archivo con el Dr. Möbius sobre la enfermedad de su hermano. Tenga la resolución final que tenga, lo cierto es que esta es una cosa que ha comenzado de un modo tal que mi mayor deseo es mantenerme alejado de ella. La carta suya que me ha llegado hoy tampoco me da pie para lamentar mi decisión de dejar pasar el tiempo. En lo que toca al asunto principal, mi respuesta apenas si ha cambiado entretanto. Si por su parte me comunica Vd. que «tarde o temprano tendrá que manifestarse públicamente sobre el asunto» y por la mía creo que con lo que antecede le he comunicado ya lo suficiente sobre el asunto que nos ocupa como para que quede por entero a su arbitrio la opinión que haya de formarse sobre «esa anotación en el diario del manicomio de Jena» y también, claro es, el grado en el que pueda aún parecerle conveniente hacerme dar un paso hacia delante con una explicación pública sobre una cosa acerca de la que en estos momentos nada tengo que decir ni nada quiero tampoco decir. Esta es, por lo demás, e independientemente de cómo pueda sentarle a Vd., una respuesta a la que me he visto forzado. No me doy hoy, de todos modos, por satisfecho

* En el que fue más bien Binswanger quien confidencialmente, y bajo la promesa de silencio, me aseguró el origen sifilítico de la parálisis de Nietzsche, un silencio al que yo he sido absolutamente fiel, con una sola excepción hecha con *Vd.* ¿Recuerda aún un paseo por el Parque Grande?

con esta respuesta dirigida inmediata y exclusivamente a Vd. Para su *plen a* toma de conocimiento de la misma le encarezco tanto estas páginas con las que es de suponer que se encontrará primero, como la copia del anexo, para que se forme una idea de la incongruencia existente entre las comunicaciones que debo, por una parte, a su carta del 21, y, por otra, a Binswanger (en el anexo), incongruencia que no puedo, por lo demás, seguir manteniendo oculta.

Como podrá ver, la nota de Binswanger del 26 de abril no me procura, por desgracia, la menor información sobre una inscripción de la infección de Nietzsche de 1870 acompañada de *mi nombre*, en tanto que *su* carta contiene el dato concreto de que el testimonio del diario de enfermos del hospital relativo a una, o incluso dos, infecciones de Nietzsche por las fechas citadas se retrotrae a *mí*. Dato al que Vd. mismo priva, por otra parte, de seguridad al escribir: «el *diario* del hospital *debería* contener el dato de la doble infección luética de Nietzsche». ¿No lo ha comprobado Vd., pues? Cuando, en realidad, lo que a mí me importa es saber *en qué forma* figuro con mi propio nombre en el diario de enfermos de Jena.

¿A quién puedo pedir clarificación sobre esto salvo a Binswanger? Voy, al menos, a intentarlo, y sólo para tenerle al corriente del modo más leal sobre las consecuencias de la carta suya que he recibido hoy le comunico que tras el presente envío a Vd. pienso poner inmediatamente en camino una carta a Binswanger en la que haciendo uso de sus comunicaciones sobre el diario de enfermos del manicomio proseguiré el intento, al que ya me he referido arriba, de conseguir claridad sobre lo que figura en el diario acerca de mí. Y también tendrá, sin duda, que hacerme con una representación medianamente clara de cómo he podido ocurrir que haya venido yo a aparecer como testigo de un hecho sobre el que yo mismo no tengo otro testimonio que el del informador anónimo, y para mí absolutamente desconocido, testimonio qeu está hoy, por otra parte, a disposición de cualquier posible lector del folleto de Möbius sobre Nietzsche, y del que a mí en absoluto se me ha ocurrido, hasta la fecha, hacer el menor uso en la polémica sobre su enfermedad. La verdad es que la inscripción en el diario de Jena a la Vd. alude y que, según parece, me afecta, no puede ser asumida, a diferencia de lo que sostiene Vd., como un «malentendido», sino sólo como un golpe de fuerza de la más *absoluta* arbitrariedad (!) y que sin mi conocimiento ha puesto mi nombre en un documento con que el nada tiene que ver. Es de suponer que tras la lectura de todas estas reflexiones polémicas se pregunte Vd. por qué no me traslado yo mismo, dada la importancia de la cosa, a Jena y me cercioro con mis propios ojos del estado de cosas. Lo cierto es que la información que Vd. mismo me da sobre las dificultades que le causó el viaje, de dos horas de duración, de Weimar a Jena, me procura un pretexto fácil para sustraerme a cualquier discusión con Vd., sobre el pro-

blema planteado. Dado, sin embargo, que no pretendo «darle largas» a Vd., ni tampoco a mí, prescindo de este rodeo para llegar a una comprensión mútua y le hago saber sin más que tras de las revelaciones contenidas en su carta no dudaría un momento en resolver la cuestión con un viaje a la patria del Archivo de Nietzsche si tuviera la libertad para ello. Ocurre, por el contrario, que estoy atado por enfermedad a la tierra desde hace varias semanas, y que de momento no veo tampoco cuando podré llegar a tener mayor movilidad. En estas circunstancias le aseguro que esta carta me ha creado no pocos problemas. No puedo, de todos modos, pensar ni por un momento en seguir alargándola, tomándole así, pongamos por caso, como pretexto para desplegar ante sus ojos una parte mínima del malestar que me ha causado el último tomo de la *Vida de Friedrich Nietzsche*. Me queda dentro tan sólo una pregunta que no me decido a reprimir dado que conoce *Vd.*, los prespuestos para su comprensión más o menos tan bien como yo: ¿Cómo es posible que Vd., que tiene en su poder las cartas que le escribí a comienzos de 1889 sobre mi recogida de Nietzsche de Turín, cartas de cuyo contenido le autoricé además a hacer uso, haya permitido a la Sra. Förster escribir, a pesar de lo paraguayo de su punto de vista sobre lo observado, las inexactas fabulaciones sobre esa recogida que figuran en las páginas 920 y ss. de su obra sin haberse distanciado de ellas? Esperando que este ajuste de cuentas al que me he visto obligado no haya acabado por resultarle excesivo, quedo de Vd. con todo reconocimiento.

F. Overbeck

Prof. Otto Binswanger a Ida Overbeck

Jena, 7 de juno de 1905

Muy estimada señora:

He sabido gracias a sus líneas que su señor esposo no goza de buena salud, lo que lamento sobremanera, y el hecho de que el proceder del Sr. Gast sea el origen del rumor sobre la enfermedad de Nietzsche sigue creándole dificultades y molestias. El pasado domingo tuve la oportunidad de hablar con la Sra. Förster-Nietzsche. Le he repetido expresamente y subrayado una vez más que después de las explicaciones de su señor esposo el supuesto de que el dato en cuestión viene de él carece de toda fundamentación. Le he rogado encarecidamente que así se lo comunique al Sr. Gast y que, en consecuencia, le prohiba seguir importunando a su señor esposo con esta cuestión.

En cuanto a la cosa como tal, debo dejar claro que la comunicación epistolar del Sr. Gast en la que se adjudica y retrotrae a su señor esposo la noticia de la infección de Nietzsche que figura en nuestro diario de

enfermos en enteramente falsa. En el diario de enfermos figura sólo el hecho, sin nombre ni indicación alguna de testigo o fuente fiable de él

Espero haber disipado así las preocupaciones y reservas de su esposo. Y aprovecho la ocasión para hacer llegar a Vd. el testimonio de mi consideración más distinguida.

Su devoto
Prof. Binswanger
Consejero Médico Secreto

El 26 de junio de 1905 murío Franz Overbeck

20

«Documento nº 20 correspondiente al vol. 4 p. 173»

Entierro en el panteón familiar de Röcken
el 28 de agosto de 1900 martes por la tarde a las 4[213]

Tañido de las viejas campanas
que saludaron primeramente a Nietzsche
el día de su nacimiento

Canto de un coro de voces masculinas

Discurso pronunciado ante la tumba
de Friedrich Nietzsche por el primer
alcalde Dr. Oehler

Así ha regresado, pues, al hogar, nuestro querido amigo, así ha vuelto por fin a estos lugares silenciosos de los que un día partió. De los que partió para hacer, sin duda, un largo viaje desde la sencilla casa parroquial al amplio mundo del pensamiento, a su mundo, en el que le ha sido dado investigar y recorrer nuevos ámbitos ignotos, ámbitos sobre los que aún no se había posado el ojo humano.

Pacífico y cordial es el pueblecito en el que, pronto harán ya 56 años, vio por primera vez la luz del mundo Friedrich Nietzsche y en el que pasó sus primeros años, cuidado por su padre y su madre, al lado de los que va a encontrar ahora su último descanso. Pronto perdió a su padre, el pastor espiritual de este lugar, al que amaba sobre todas las cosas; la joven madre se trasladó con los dos hijos al vecino Naumburg, donde educó a ambos con la dedicación y entrega de un amor materno lleno de ple-

nitud. Pero pronto fue presa nuestro amigo de las agitaciones de su espíritu gigantesco y el mundo en el que había nacido y crecido vino a resultarle demasiado angosto: tenía, pues, que salir de él, tenía que dejarlo camino de los grandes espíritus y de las altas cumbres hasta las que el pensamiento humano había llegado a encaramarse, tenía que subir y subir cada vez más alto: le mirábamos con asombro. Desde estas alturas pasó a ver muchas cosas de un modo muy diferente a como nosotros estábamos acostumbrados a verlas. ¡Cómo deseaba que le siguiéramos, que aprendiéramos a mirar como él! ¡Y cómo le dolía la soledad en que no podía menos de encontrarse en las vertiginosas alturas del pensamiento! Pero no sólo el vuelo de su espíritu y el movimiento de sus ideas le llevaron muy por encima de la cotidianeidad, muy por encima de los puntos de vista pequeños y mezquinos, sino también su personalidad, la distinción y fuerza de su ser la pureza de su pensamiento y de su voluntad. Los ojos de los otros miraban hacia él, pero no podían seguirle. Al igual que un águila audaz sobrevolaba y se mecía en las alturas puras del sol: los otros no podían verlo, veían sólo el punto negro que perturbaba su usual mirada al cielo.

De ahí, pues, que su vida haya sido una lucha. ¡Y qué lucha en todos los ámbitos del espíritu y del arte! No hay dominio en el que no haya sido un precursor y manejó siempre sus agudas armas con ímpetu y valor. Las bases de una cultura milenaria no le bastaron como fundamento para la construcción orgullosa de ese edificio espiritual que se proponía levantar. Pero también en otro sentido era un luchador heroico. Con qué valentía se defendió durante largos años contra los ataques de su sufrimiento corporal con una fuerza de voluntad admirable supo recurrir a las fuerzas del espíritu para compensar y vencer los dolores del cuerpo, para no sucumbir y trabajar en la gran obra de su vida.

Pero, ¡ay! repentinamente su espíritu se vio paralizado por la enfermedad: la inmensa fuerza creadora había quedado erradicada. El constructor no podía consumar su obra proyectada con tanta grandiosidad: innumerables ladrillos que se había procurado y que había ordenado para su obra quedaron dispersos aquí y allá; quizá sólo aparentemente dispersos y desordenados. ¿Será tal vez posible encontrar el maestro que sepa unirlos de modo adecuado con vistas al remate de la gran construcción de nuestro amigo?

Durante muchos añños fue cuidado en su enfermedad por su madre con el amor más conmovedor y la mayor abnegación, hasta ese día en que esos ojos fieles se cerraron por última vez y la madr entró en este mismo lugar en el descanso eterno. La hermana pasó a ocupar su lugar. Poder cuidar del cuerpo enfermo y del espíritu encadenado de su hermano, amado y admirado sobre todas las cosas, vino a convertirse en el contenido entero de la felicidad de su vida, pero también cuidar y defender sus obras y pensamientos, el honor y la gloria de su nombre. En sus bra-

zos se adormeció Friedrich Nietzsche dulcemente: una imagen de serena gratitud en el día mismo de su muerte. El nombre de la querida hermana «Elisabeth» fue la última palabra que pronunciaron sus labios fatigados. Nuestro amigo era sumamente agradecido y nada puede resultar más acorde con su modo de ver y de sentir las cosas que mi pública expresión de gratitud, ante su tumba, a su madre y hermana por sus cuidados fieles y constantes. Gratitud que hago, ciertamente, extensiva a la fiel servidora Alwine, que hasta hoy mismo ha apoyado y asistido a la madre y a la hermana en su difícil aunque hermosa obra de amor.

Amarga es la pérdida a que ha de hacer frente ahora la hermana, pero encontrará, sin duda, el mejor y máximo consuelo en la consciencia de que el fallecido le ha dejado un gran legado: el cuidado de los escritos de Nietzsche, de la pureza de la expresión de su teorías, de la grandeza de su nombre.

¡Qué rico ha sido el contenido de su vida y qué trágico sin embargo, su destino! ¡Cuánto tiempo hubo de vivir nostálgico y deseoso de amigos capaces de seguirle! ¡Cuánto hubo de dolerle que el eco múltiple de su llamada desde las alturas se perdiera, ese eco que era el único que hubiera podido transmitir la llamada de la altura a las llanuras! ¡Cómo le irritaba que la respuesta a sus doctrinas, que tan hondamente añoraba, no revelara como falsa cuando se veía malentendido! Todo ha cambiado mucho en este sentido en los últimos tiempos, desde luego. Pero este cambio no se ha producido hasta la consumación del hundimiento de la fuerza espiritual de Nietzsche. Ahora su gloria se extiende por el mundo entero, su estrella brilla nítidamente en las alturas y hace que su luz atraviese las más hondas profundidades del pensamiento humano.

¿Qué es lo que Friedrich Nietzsche quiso? «¿Aspiró a mi felicidad? Aspiro a mi obra»: he aquí su respuesta a nuestra pregunta. Y la suya ha sido una obra noble: una reforma de la humanidad del pensamiento humano entero y de sus aspiraciones, una nueva conciencia de la necesidad de elevar hasta lo más alto a los llamados a conducir a las masas.

¡Y hasta qué punto siguió siendo nuestro amigo un desconocido hasta qué punto ha sido malentendido! ¡Qué desfigurada la imagen que muchos se han hecho de él! Los pocos que hemos tenido la suerte de conocer a Nietzsche en sus días de salud y plenitud tenemos la obligación sagrada de dar testimonio en su tumba de lo que Friedrich Nietzsche era. La suya era una naturaleza noble, distinguida, pura, clara y casta: odiaba todo lo impuro, y no sólo a consecuencia de su educación, sino porque le repugnaba en lo más profundo de su ser. Quería poco para sí, todo para los demás, para la humanidad; no aspiraba a honores externos ni a una alta posición: pero la aspiración a la verdad era ilimitada en él, como su búsqueda de los valores genuinos de la vida espiritual y moral. Nada le gustaría más que compartir con sus amigos el manantial inagotable de su espíritu, y lo hacía con el humor fino y amable que tanto le caracte-

rizó en sus días buenos. Era paciente y resistente en el dolor, y sabía agradecer los servicios recibidos. Y así es como se alza ante nosotros: como un luchador en la vida, un precursor en la lucha a favor de la verdad, un grande del espíritu.

Le damos las gracias por todo lo que ha sido para nosotros, por todo lo que ha querido para la humanidad y por cuanto para ella ha aspirado.

El curso terrenal de su vida queda ahora consumado y vuelve a su punto de partida: así se cierra armoniosamente su vida externa.

¡Descansa en paz tras la lucha, querido amigo: que tu mundo espiritual resuene con armonía! Tu obra no sucumbirá:

Voló demasiado alto; ahora
el cielo mismo alza al volador victorioso
Ahora descansa sereno y flota, olvidando victoria y vencedor.

Canto del coro de voces masculinas

Palabras de despedida del Consejero Secreto Prof. Dr. Heinze

Un último saludo te envío, Friedrich Nietzsche, a la tumba; a tí, mi discípulo y pupilo primero, y mi muy valorado y estimado colega después; a tí, mi querido amigo. Has llevado a cabo una obra grandiosa. Con tu espíritu y con tu obra has conquistado, incluso desde tu cuarto de enfermo, una gran parte del mundo espiritual. *Have cara anima!*

Palabras de despedida del barón Carl von Gersdorff

Como antiguo pupilo de la Escuela Provincial de Pforta en la que hace casi 40 años me honraste con tu amistad, gracias a la que mi vida pasó realmente a convertirse en más digna de ser vivida, te envío desde mi corazón agradecido el viejo y venerable saludo de despedida:

«have cara anima»
en un sentido aún más alto:
«have anima candida»

Palabras de despedida del Dr. Carl Fuchs

¡Oh amistad, salve. Te envío
mi esperanza más alta
de la primera aurora.
La vida entera, ay,
me pareció a menudo sin fin,
y al camino y la noche

odiosos y sin objeto
Dos veces quiero vivir,
miro ahora en tus ojos y veo
brillo matutino y victoria.
¡Tú, la más amada de las diosas!

¡Así con tus propias palabras, te da las gracias alguien a quien desde hace casi treinta años has ayudado a profundizar el sentido de su extiencia con tus doctrinas y a cuya vida has dado intensidad y riqueza con tu noble amistad, por dura que ésta haya sido a veces!

Declaración de Peter Gast en la tumba de Nietzsche

Y ahora tu cuerpo regresa, tras de la odisea incomparable de tu espíritu, a tu tierra natal, te evoco como discípulo tuyo que soy y te digo, en nombre de todos tus amigos, «gracias» por todo tu gran pasado.

¿Cómo pudimos ser amigos tuyos? ¡Sólo porque nos sobrevalorabas!

Lo que eras como espíritu capaz de mover el mundo, eso está a la vida de todas; y lo que eras como hombre de corazón —eso lo revela, sin duda, cada uno de tus pensamientos! Porque sobre tus pensamientos irradian el numen de la grandeza —y todos los grandes pensaientos vienen, como dice Vauvernagues, del corazón.

Pero los que hemos tenido la dicha infinita de poder estar cerca de tí en la vida cotidiana sabemos demasiado bien que con libro y pluma no cabe reproducir lo que era precisamente la magia de tu ser. Esto ha desaparecido ya para siempre.

Lo que la mirada de tus ojos y tu boca bondadosa decían, estaba lleno de nobleza y deferernia: tras ello se ocultaba siempre tu majestad: quieras ahorrarnos (por decirlo con tus propias delicadas palabras) toda vergüenza. Porque ¿quién de entre nosotros hubiera podido aportar algo parecido a la riqueza de tu espíritu, a tu capacidad de dar a otros alegría?

Has sido uno de los hombres más nobles y puros que han pisado esta tierra.

Y aunque esto es algo que saben a un tiempo amigos y enemigos, no creo supérfluo dar testimonio abierto de ello ante tu tumba. Porque conocemos el mundo, conocemos el destino de Spinoza. También sobre el recuerdo de Nietzsche podría arrojar sombras la posteridad. Y por eso acabo con estas palabras. ¡Paz a tus cenizas! ¡Sagrado sea tu nombre para las criaturas venideras!

Canto del coro de voces masculinas

Palabras de despedida de los participantes en el duelo

¡On cielo sobre mí, oh pudoroso! ¡Ardiente! ¡Oh tú, mi felicidad ante la aurora! Viene el día: separémonos. Así habló Zaratustra.

(Dr. E. Horneffer, Weimar)

Un vidente, un hombre lleno de voluntad un ser activo, un futuro él mismo y un puente hacia el futuro. Así habló Zaratustra.

(Heinrich Möller, Breslau)

Los impulsos y instintos de quien es capaz de conocer son sagrados; al elevado el alma se le llena de alegría. Así habló Zaratustra.

(Dr. Rutishauser, Zürich)

Amo al que quiere ir más allá de sí mismo y de este modo sucumbe. Así habló Zaratustra.

(Hans v. Müller, Kiel)

Sólo allí donde hay tumbas hay resurrecciones. Así habló Zaratustra.

(Louis Betz, Munich)

¡Oh cielo sobre mí, tú puro! ¡Profundo! ¡Abismo luminoso!... Todo mi vagar y ascensor a los montes: sigo necesario para mí y una ayuda, a la vez, para el desasistido: ¡volar es lo que reclama mi voluntad entera y sólo eso, volar hacia tí! Así habló Zaratustra.

(Dr.Seidl. Munich)

... Os presento al amigo que consuma dentro de sí el mundo. Es la corteza del bien. El amigo creador. Así habló Zaratustra.

(Curt Stoeving, Berlin)

¡Mi sabiduría vieja y salvaje sobre las dulces praderas de vuestros corazones! ¡Por vuestro amor desea pedir lo que más ama! Así habló Zaratustra.

(Dr. Raoul Richter, Leipzig)

¡Sigo siendo el heredero de vuestro amor y del reino de la tierra, ardiendo en vuestra memoria de virtudes multicolores que crecen salvajes, oh bienamados!. Así nos habla hoy Zaratustra.

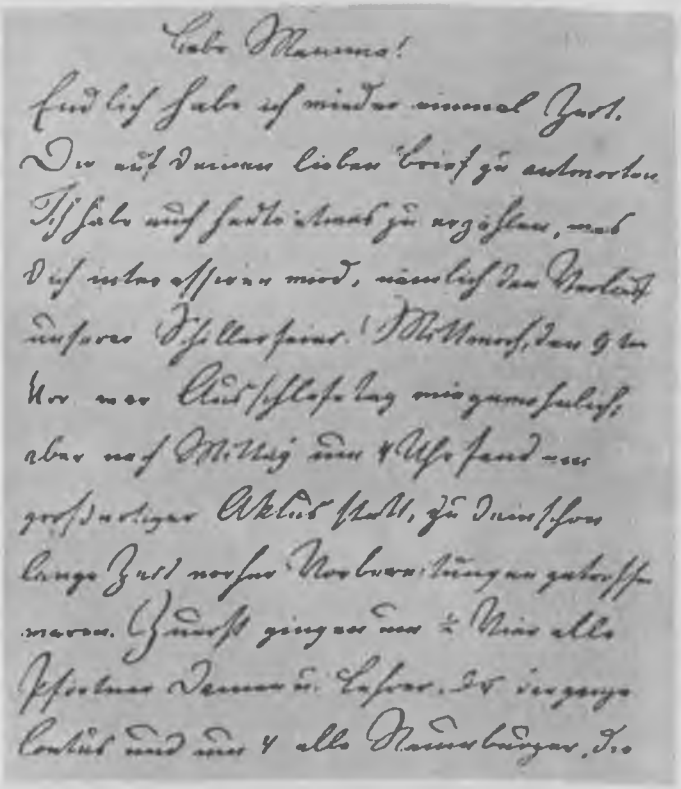
(Prof. Dr. Curt Breysig, Berlín)

Anexo II

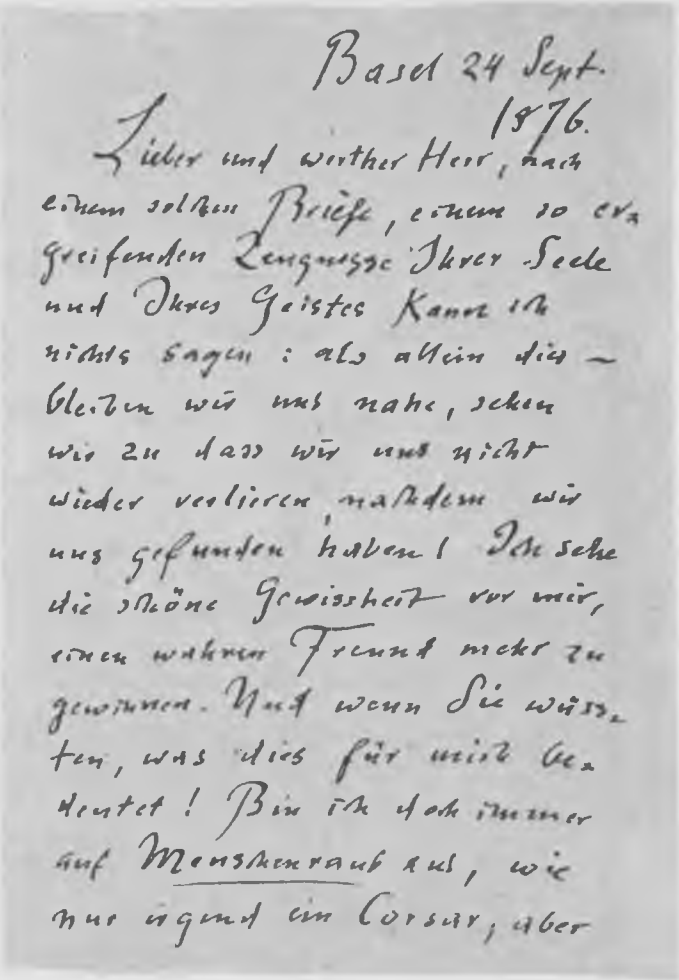
FOTOGRAFIAS



1. Casa natal de Friedrich Nietzsche: la casa del párroco en Röcken. Lado del jardín. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.



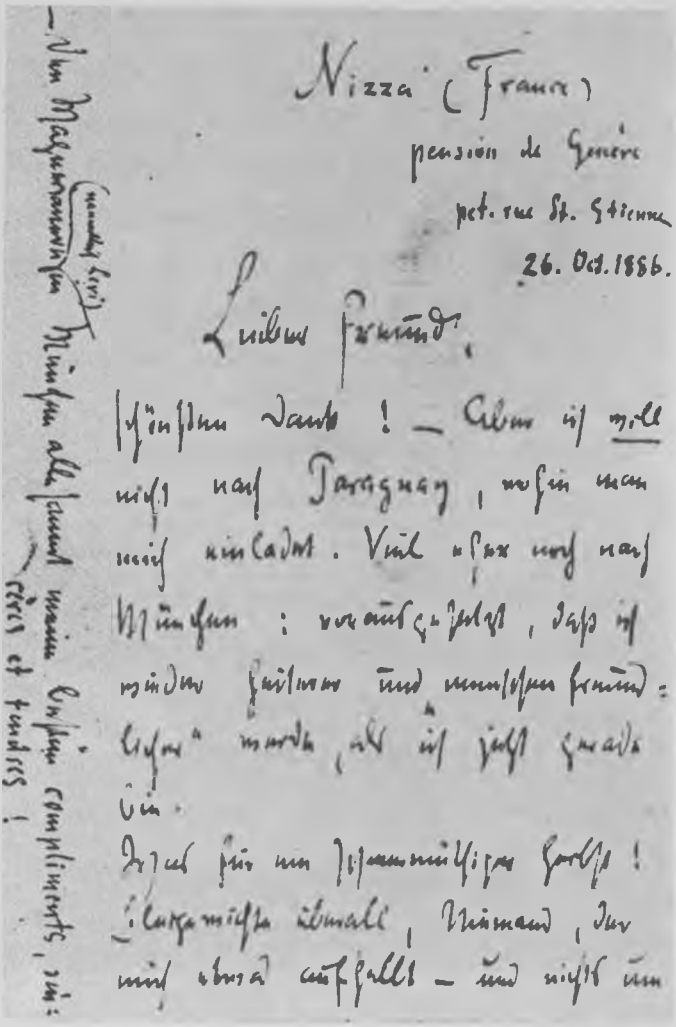
2. Carta de Friedrich Nietzsche a su madre. Pforta, a mediados de noviembre de 1859.



Basel 24 Sept.
1876.

Lieber und werther Herr, nach einem solchen Briefe, einem so ergreifenden Zeugnisse Ihrer Seele und Ihres Geistes kann ich nichts sagen: als allein dies — bleiben wir uns nahe, sehen wir zu dass wir uns nicht wieder verlieren, nachdem wir uns gefunden haben! Ich sehe die schöne Gewissheit vor mir, einen wahren Freund mehr zu gewinnen. Und wenn Sie wüssten, was dies für mich bedeutet! Bin ich doch immer auf Menschenraub aus, wie nur irgend ein Corsar, aber

3. Carta de Friedrich Nietzsche al barón Reinhart von Seydlitz. Basilea, 24 de septiembre de 1876.



Nizza (France)
pension de Genève
pet. rue St. Etienne
26. Oct. 1886.

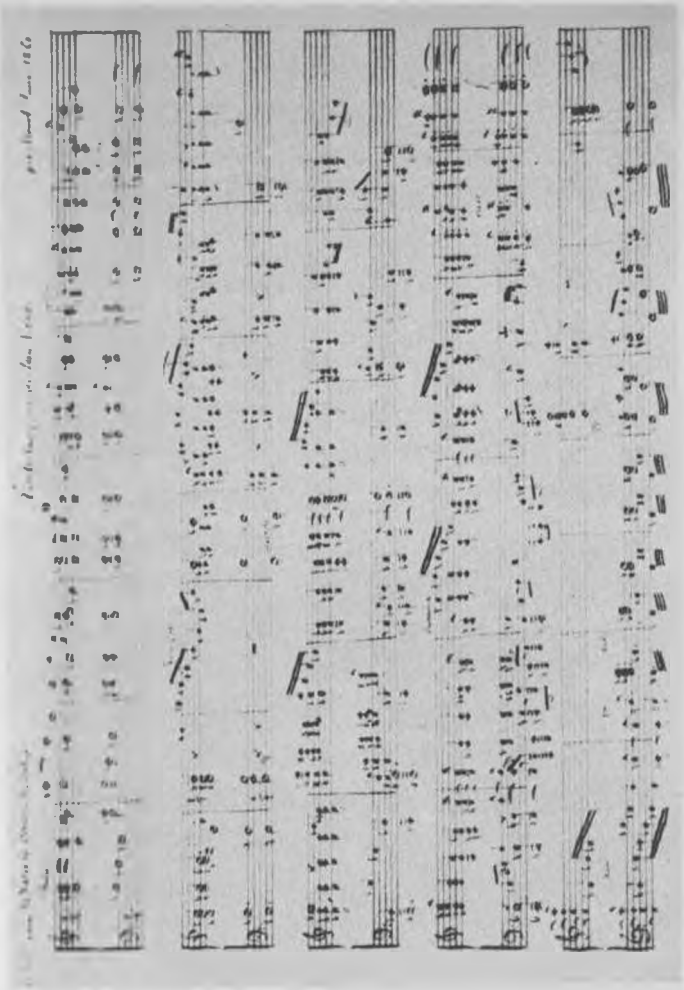
Lieber Freund,

Ihrem schönsten Dank! — Eben ist mein Brief nach Tarasp, wo sie mich einladet. Viel lieber noch nach München: vorausgesetzt, dass ich wieder meinen treuen Freund Reinhart werde, als ich jetzt gerade bin.
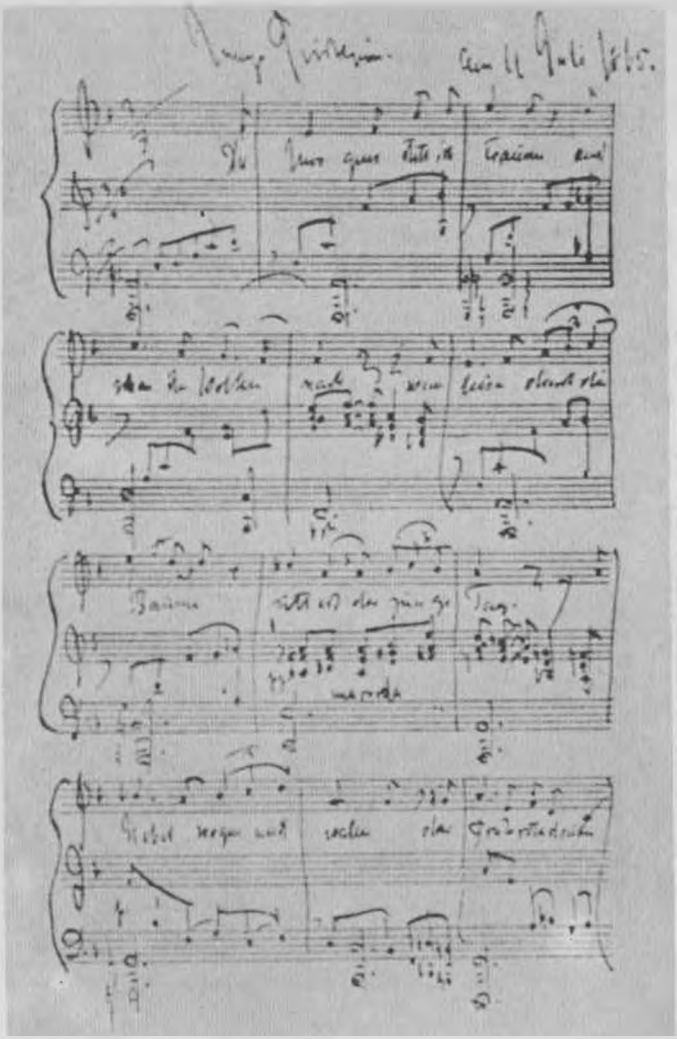
Dies für unser persönliches Gespräch! Vorausgesetzt überall, Niemand, der mich etwa auffällt — und nicht zum

— Ihre Maßnahmen (namely Levi) Meinetwegen alle Sicherheit meine Einsiedler complimente, ainsi: cœurs et tendres!
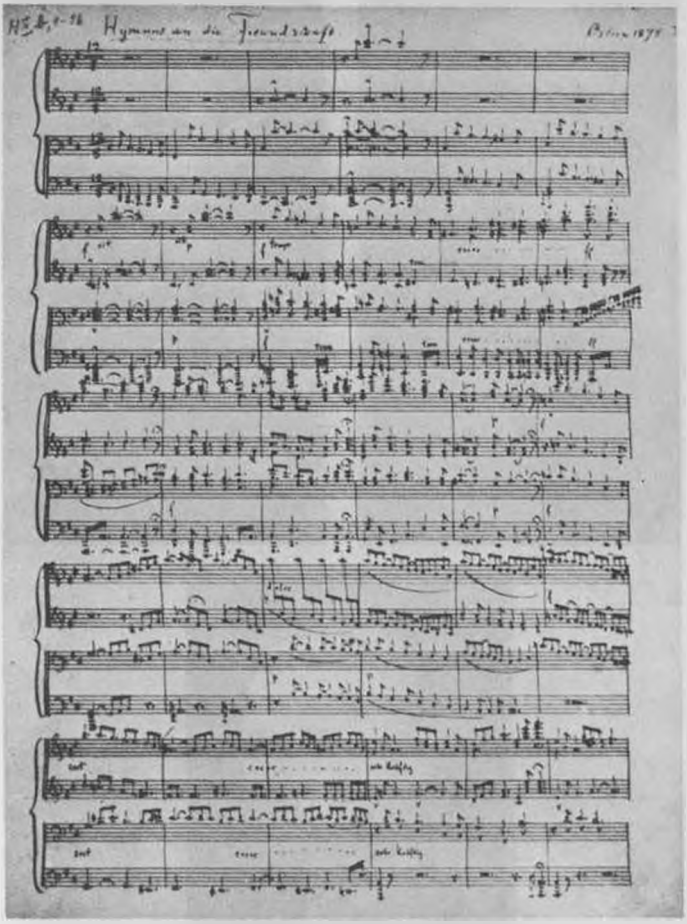
4. Carta de Friedrich Nietzsche al barón Reinhart von Seydlitz, Niza, 26 de octubre de 1886.



5. Manuscrito musical de Friedrich Nietzsche perteneciente a los borradores para el «Oratorio de Navidad»: «Introducción a la tercera escena», de Pascua a junio de 1865. Formato original de 23,5 × 33 cm. Ms. 63, p. 19[12].



6. Manuscrito musical de Friedrich Nietzsche. Canción de la «Joven pescadora», 1.ª versión, 11 de julio de 1865. Formato original de 26,5 × 17 cm. Ms. 88[125]



7. Manuscrito musical de Friedrich Nietzsche. «Himno a la amistad», versión inacabada para piano a cuatro manos. Pascua de 1874. Formato original de 34 × 27 cm. Ms. 117







8. Paul Deussen. Foto: Schopenhauer-Gesellschaft, Frankfurt am Main.

9. Erwin Rohde. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlin.

10. Carl von Gersdorff. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlin.







11. Friedrich Ritschl. Aguafuerte del Leipziger Illustrierte Zeitung, 1865. Archivo iconográfico de la biblioteca de la universidad de Basilea.

12. Wilhelm Vischer-Bilfinger. En torno a 1870. Archivo iconográfico de la biblioteca de la universidad de Basilea.

13. Jacob Burckhardt, 1894. Foto: Lendorff. Con anuencia de Max Burckhardt.



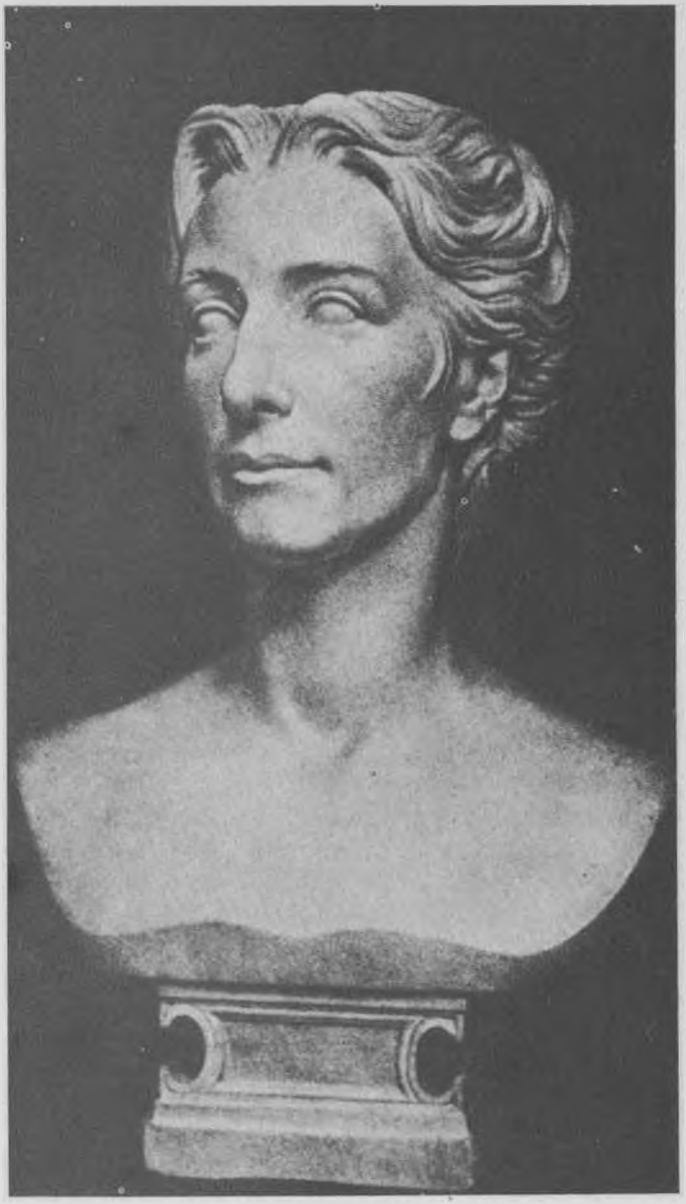


14. Franz Overbeck.

15. Franz e Ida Overbeck-Rothpletz, 1876. Archivo iconográfico de la biblioteca de la universidad de Basilea.



16. Richard Wagner.



17. Cosima Wagner. Busto de G. Kietz. Foto: Historisches Bildarchiv Lolo Handke, Bad Berneck.







18. Malwida von Meysenbug. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.

19. Marie Baumgartner, 1894. Oleo de Jessar, Venecia. Foto: N. Guth, Basilea. Colección privada, Basilea.

20. Meta von Salis. Dibujo al carbón de Arnold. Capri, marzo de 1894. Rätisches Museum, Chur.



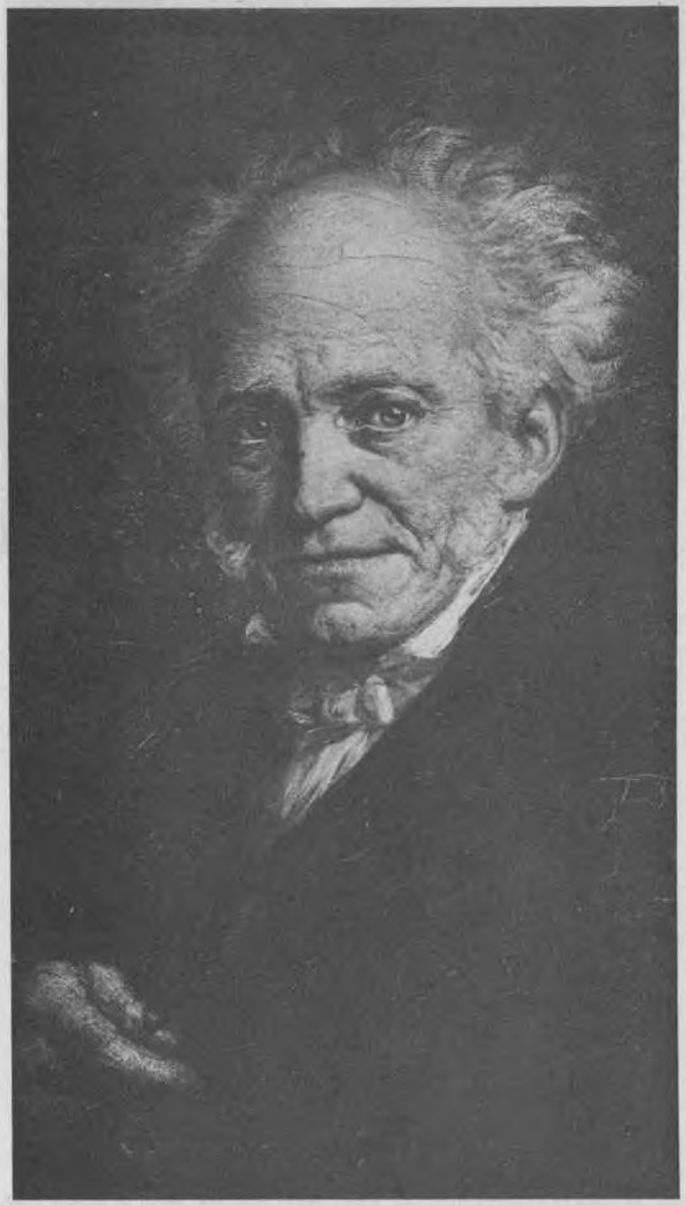




21. Heinrich Köselitz. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.

22. Paul Rée y Friedrich Nietzsche, mayo de 1882. Foto: Jules Bonnet, Lucerna.

23. Lou von Salomé, foto de estudio.



24. Arthur Schopenhauer.







25. El padre de Friedrich Nietzsche: Karl Ludwig Nietzsche, pastor de Röcken. Foto: Archiv fur Kunst und Geschichte, Berlín.

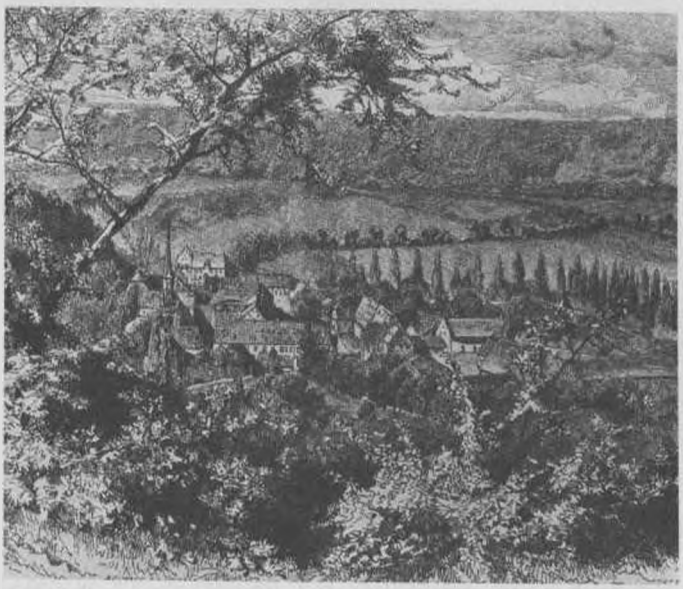
26. La madre de Friedrich Nietzsche: Franziska, nacida Oehler.

27. La hermana de Friedrich Nietzsche: Elisabeth Förster-Nietzsche. Foto: servicio iconográfico del Süddeutscher Verlag.



28. Röcken. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlin.





29 y 30. Pforta a mediados del siglo XIX. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.





31. Basilea: la antigua universidad en el Rheinsprung. Por encima, a la izquierda: la «Casa blanca» y la «Casa azul». A la derecha: iglesia de San Martín. Foto: Archivo estatal de la ciudad de Basilea.

32. Basilea: plaza de la catedral. Ultimo edificio de la fila de casas a la derecha: «Mentelingshof» (antiguo «Paedagogium»). Foto: Klingenthal-Museum (de la catedral), Basilea.



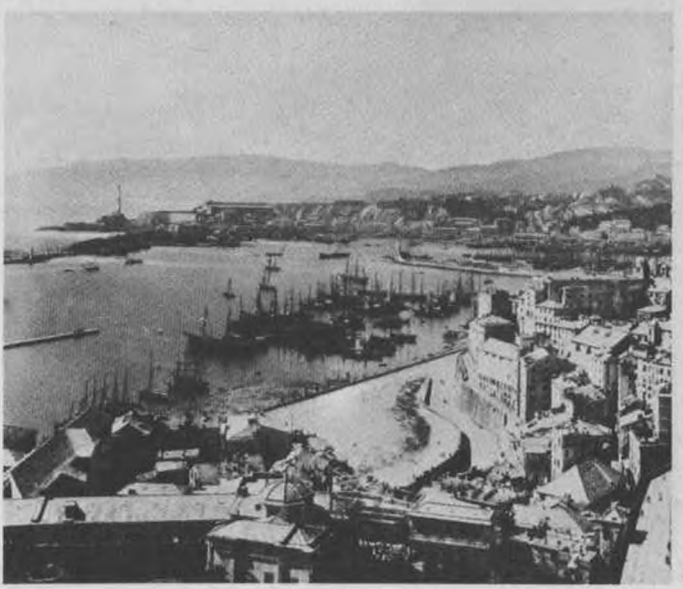
33. Sorrento, aspecto de la costa. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.





34. Sils-Maria, 1889. Foto: Rätisches Museum, Chur.

35. La casa Durisch (hoy «Casa-Nietzsche») en Sils-Maria. Foto: Max Wagner-de-Barros, St. Moritz.



36. Génova, vista de la ciudad y del puerto en el siglo XIX. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.



37. Playa de Niza en torno a 1880. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.



38. Naumburg: la casa donde vivió la madre hasta 1897. Foto: Archivo Janz.



39. La tumba de Friedrich Nietzsche. Cementerio de Rocken. Foto: Archivo iconográfico del patrimonio cultural prusiano.



40. Friedrich Nietzsche a la edad de 20 años aproximadamente. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.







41. Friedrich Nietzsche a la edad de 20 años. Foto: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.

42. El enfermo Nietzsche del brazo de su madre. Foto: servicio fotográfico Ullstein, Berlín.

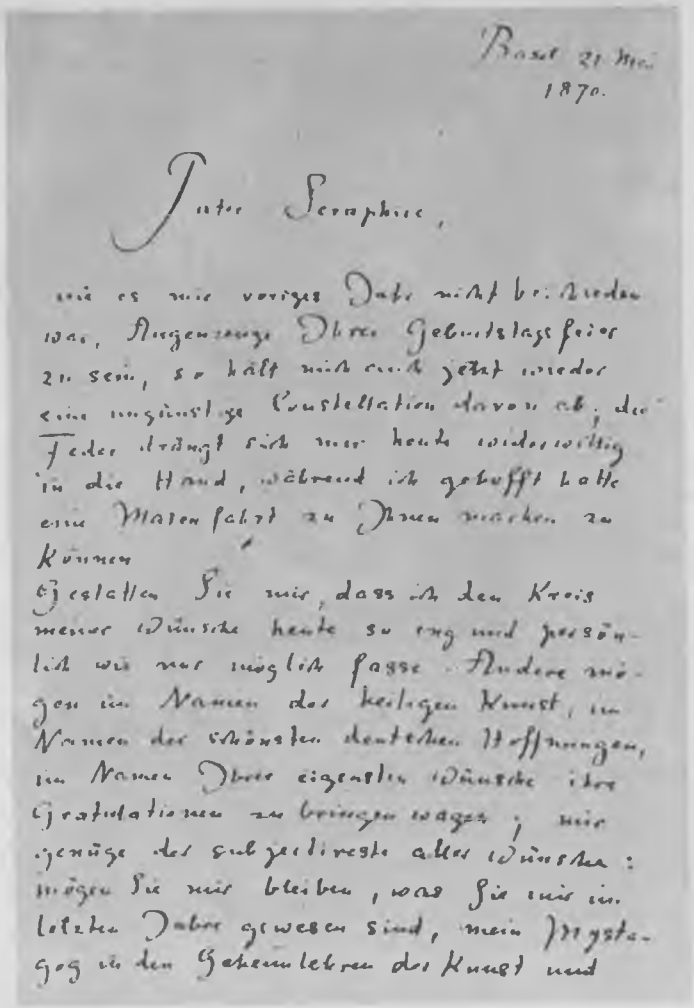
43. El monumento del león en Lucerna. Foto: biblioteca del cantón de Lucerna.



44. Dibujo de Friedrich Nietzsche en el sanatorio Friedmatt de Basilea. Entre el 10 y el 17 de enero de 1889. Autenticidad confirmada por el entonces médico asistente Dr. Luxemburg. Vago recuerdo de Nietzsche del monumento del león en Lucerna, donde en mayo de 1882 tuvo un encuentro decisivo con Lou Salomé. Para cotejarlo con la fotografía 44 hay que ver el escudo con la cruz heráldica como pie del cuadro.



Zeichnung von Friedrich Nietzsche
(angefertigt i. d. Nervenklinik Basel)
Ich an mir selbst entnommen



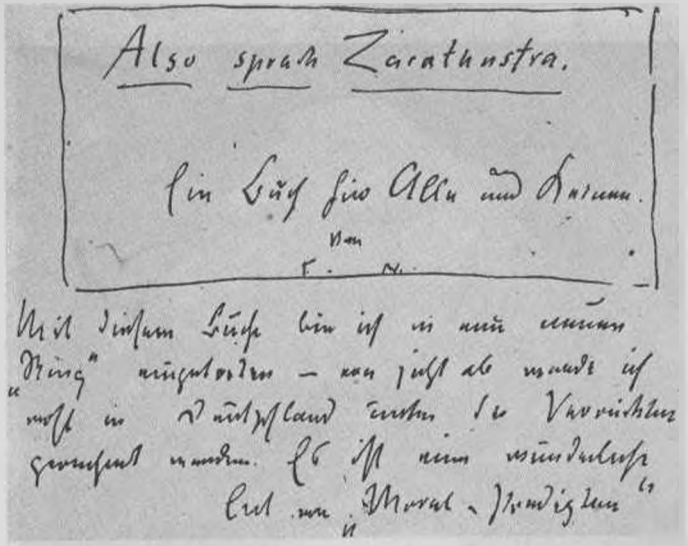
Basel 22 Mai
1870.

Inter Seraphicc,

wie es mir vorigen Jahr nicht beschieden war, Augenzeuge Ihrer Geburtstagsfeier zu sein, so hält mich auch jetzt wieder eine ungünstige Constellation davon ab, der Feder drängt sich mir heute widerwillig in die Hand, während ich gehofft hatte, eine Visite persönlich an Sie machen zu können.

Gestatten Sie mir, dass ich den Kreis meiner Wünsche heute so eng und persönlich wie nur möglich fasse. Andere mögen im Namen der heiligen Kunst, im Namen der schönsten deutschen Hoffnungen, im Namen Ihrer eigensten Wünsche über Gratulationen zu bringen wagen; mir genüge der subjectivste aller Wünsche: mögen Sie mir bleiben, was Sie mir im letzten Jahre gewesen sind, mein Mystagog in den Geheimlehren der Kunst und

46. *Carta de Friedrich Nietzsche a Richard Wagner con motivo del cumpleaños de éste, el 22 de mayo de 1870.*



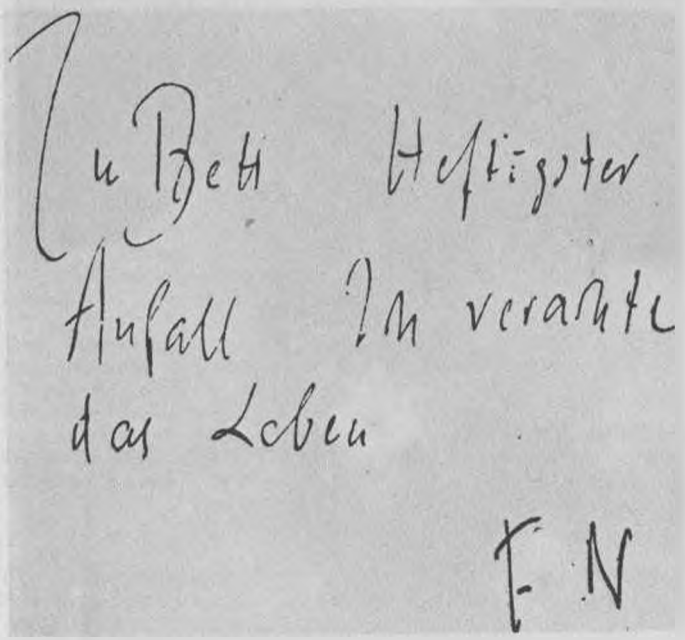
Also sprach Zarathustra.

Ein Buch für Alle und Keinen.

Von

F. N.

Mit diesem Buche bin ich in mein einsames „Ring" zurückgetreten – von jetzt ab werde ich mich in Deutschland einige Jahre verborgen halten müssen. Es ist mein wunderlichstes Buch und mein „Moral-Predigten"



Zu Beth Hochgeehrter

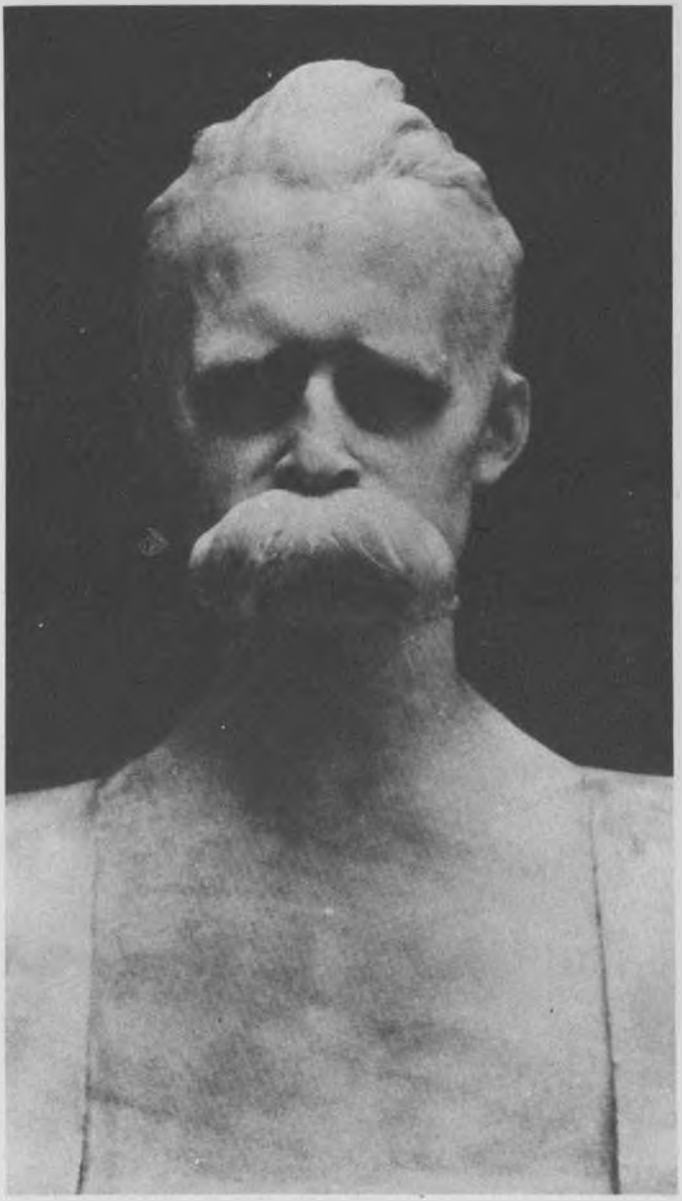
Anfall Ihr verehrte

das Leben

F N

47. *De los cuadernos de apuntes de Friedrich Nietzsche, 1882. Foto: servicio fotográfico Ullstein, Berlín.*

48. *Billete epistolar de Friedrich Nietzsche. Foto: servicio fotográfico Ullstein, Berlín.*



49. Friedrich Nietzsche. Busto de Max Kruse, 1898. Mármol. Ahora en la Casa-Nietzsche en Sils-Maria.

Anexo III

REGISTRO

1. Friedrich Nietzsche: Obras, notas, conferencias, composiciones

a) por orden cronológico

1854 Primeros intentos de composición.
Primeros intentos poéticos (poemas rimados).
«El rey Eichhorn» en 6 actos (escenario).
«Sobre la caída de la fortaleza».
«El despacho del rey» (esbozo de pieza teatral).

1885 «Sobre la caída de la fortaleza» (prosecución).
«El examinado», comedia a la manera antigua.

1856 Sonatina, op. II.
Tragedia «Orkadal» (con obertura para piano).
6 de noviembre: dos sonatas (re mayor, sol mayor) para piano.
26 de diciembre: comienzo de un diario y unas memorias (sin título).

1857 «Sinfonía de cumpleaños» para piano y violines (?)
Obertura en sol mayor para orquesta de cuerda (ev. 1858).
Motete «Pasa un ángel saliente» (ev. 1858).
Poemas.

1858 Tres composiciones para piano.
Una composición para piano (4 manos).
Composición para cuarteto de cuerda.
Esbozos de melodías corales.
18 de agosto al 1 de septiembre: «De mi vida» (conteniendo: «Sobre música»).
Diciembre: poema «Al Año Nuevo».
Diciembre: motetes: «Abríos en toda vuestra grandeza».
«Jesús mi confianza».
«Desde lo profundo te llamo Señor».

1859 6 de febrero: «Mi vida».
Febrero: poemas («Canción de mayo», «Para el cumpleaños», etc.).
Abril: «Prometeo» (esbozo dramático).
Mayo/junio: poemas.
Julio: esbozos «La bella durmiente» (leyenda); «Capri y Helgoland» (novela corta).
6-27 de agosto: «Pforta» (Diario); «De las vacaciones caniculares».
Octubre: «Filotas» (esbozo dramático).

Fragmentos de fugas.
«Misa» (también Requiem); esbozos para coro y orquesta.
24 de diciembre: «Fantasía» para piano (a 4 manos).

1860 4 de julio: «Miserere» para coro de cinco voces *a capella*.
Julio/agosto: «Mi viaje de vacaciones».
A partir de agosto: composiciones aisladas y esbozos de un «Oratorio de Navidad» para solistas, coro mixto y orquesta (hasta la primavera de 1861).
Octubre: esbozos textuales para el «Oratorio de Navidad».

1861 Abril: poemas.
Mayo: «El curso de mi mida» I, II, III.
3 de julio: «Ermanarich», un esbozo histórico.
Ensayos sobre Hölderlin, Byron, y el «Wallenstein» Schiller de Carta a G. Krug y a W. Pinder sobre ópera y oratorio.
Nuevas partes del Oratorio de Navidad.
Agosto: «El dolor es el tono básico de la naturaleza» para piano (a 4 manos).
Septiembre: «Ermanarich», poema sinfónico; primera versión para piano (a 4 manos).
Otoño: primera canción «Mi sitio ante la puerta» (Klaus Groth).

1862 Ensayos sobre Napoleón III, César (lat.), el mundo pagano y cristiano, Livio (lat.), Krimhilda, Horacio.
Abril: «Fatum e historia».
«Voluntad libre e historia».
Julio: fragmento de «Euphorion».
Hasta julio: varios «Esbozos húngaros» para piano.
Agosto: poemas.
Agosto-diciembre: poemas «De la época juvenil» (Rückert», «Por ahí va un arroyo» (Groth», «Oh tañer de campanas» (perdido).
Septiembre: «Ermanarich», poema sinfónico; versión final para piano (a 2 manos).
Septiembre: crónicas enviadas a *Germania*.
Octubre: programa (contenido) de la sinfonía de Ermanarich.
5 de noviembre: «En memoria de nuestros predecesores», dos danzas polacas para piano.
Noviembre: «Ermanarich» (esbozo dramático).

1863 Enero: «El anillo roto» (Eichendorff) melodrama con piano, también como «hoja de álbum» para piano.
2 de abril: «Gran sonata» para piano (fragmento).
Mayo-junio: «Sobre lo domoníaco en la música» (conferencia).
Verano: canción «Cómo trepan los pámpanos entrelazados» (Hoffmann V. Fallersleben).
18 de septiembre: «Mi vida».
Octubre: «Ermanarich» (trabajo histórico).
Crítica a los poemas de W. Pinder.
Finales de diciembre: «Una Noche Vieja» para violín y piano.

1864 Enero: poema «La muerte de Beethoven».
Abril-mayo: gran trabajo sobre la tragedia «Edipo» (griego y latín).
Poemas.
A partir de junio (y hasta agosto del 65) sobre Teognis.
Septiembre: «Mi vida».
Noviembre: «Los francones en el cielo» (comedia de magia, esbozo).
Noviembre-diciembre: doce canciones (según textos de Puschkin, Petöfi, Chamisso y ev. uno propio).

1865 Marzo: «Las circunstancias eclesiásticas de los alemanes en Norteamérica» (conferencia).
Marzo-abril: «Sobre la vida de Jesús).
11 de julio: canción «Joven pescadora» (última canción compuesta).
Julio-agosto: trabajos sobre Teognis.
Agosto: «Ermanarich», esbozo operístico (escenario).
Diciembre: fragmentos de dos canciones corales según Byron.

1866 Enero: «Kyrie» para solistas, coro, orquesta; fragmento para piano.
18 de enero: «*La última redacción de la Teognidea*» (conferencia).
1 de junio: «Sobre las fuentes histórico-literarias de la Suda» (conferencia).
Julio: «Para una historia de la colección de sentencias de Teognis» (también en 1867).
Octubre: comienzo de los trabajos sobre Diógenes Laercio.

1867 Enero: «La πινακίς de los escritos aristotélicos» (conferencia).
Primavera: mirada retrospectiva a la Asociación Filológica.
22 de abril: «Días soleados de otoño» (Geibel); cuarteto vocal con piano.
Julio: «Sobre la guerra de aedas en Eubea» (conferencia).
Julio-septiembre: estudios sobre Demócrito.
10 de agosto: «Visión retrospectiva de mis dos años de Leipzig».
Estudios sobre Diógenes Laercio.

1868 Abril: «Sobre la teología o sobre el concepto de lo orgánico desde Kant» (plan de disertación).
Apuntes filosóficos sobre Demócrito, Kant y Shopenhauer.
Philologica: Fundamentalmente sobre Demócrito, Hesiodo, Homero, Diógenes Laercio, primeras publicaciones en el *Rhein Museum* y en el *Litterarisches Centralblatt* (Zarncke).
6 de noviembre: «Varrón y Menipo» (conferencia).

1869 Recensiones de publicaciones filológicas para el *Litterarisches Centralblatt*.
18 de marzo: «De Laertii Diogenii fontibus» en el *Rheinisches Museum*.
Abril: «Homero y la filología clásica» (lección inaugural en Basilea).
Mirada retrospectiva autobiográfica (sin título).

1870 18 de enero: «El drama musical griego» (conferencia).
1 de febrero: «Sócrates y la tragedia» (conferencia).
10 de marzo: «Analecta Laertiana» en el *Rhein. Mus.*
Publicaciones: 3 de mayo «Aportaciones a la investigación de las fuentes y a la crítica de Diógenes Laercio, escrito de homenaje del Instituto Pedagógico de Basilea al Prof. Dr. Fr. D. Gerlach con ocasión de la celebración de sus cincuenta años de actividad docente».
Agosto: «El origen (génesis) del pensamiento trágico». también: «La visión dionisíaca del mundo» como estadios preparatorios de «El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música» (1872).
13 de agosto: «Adiós, debo irme ya» (canción de marcha para coro).
28 de septiembre: «El tratado florentino sobre Homero y Hesiodo, sus estirpes y su rivalidad» en el *Rhein. Mus.*
Noviembre: *Empédocles* (fragmento de un drama).

1871 Enero-febrero: primera versión del *Nacimiento de la tragedia* con los títulos: «La tragedia y los librepensadores», «Música y tragedia».
«Certamen Homeri et Hesiodi» en el *Rhein. Mus.*
Octubre: versión definitiva de «El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música».

2-7 de noviembre: «Eco de una noche de San Silvestre» para piano (a 4 manos).
16 de noviembre: «Responsorio histórico-eclesial» para una voz, coro y piano (parodia).

1872 2 de enero: aparece «En nacimiento de la tragedia».
«Sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza», cinco conferencias (16 de enero, 6 y 27 de febrero, 5 y 23 de marzo).
15 de abril: «Meditación de Manfredo» para piano (a 4 manos); «Edipo; charlas del último filósofo consigo mismo» (fragmento).
Diciembre: «Cinco prólogos a cinco libros no escritos» (conteniendo: «Sobre el pathos de la verdad»).

1873 Enero-febrero: «Monodie a deux» para piano (a 4 manos).
Finales de enero: «Consideraciones sobre el horizonte de Bayreuth».
Finales de enero: «El último filósofo».
24 de febrero: publicación de la parte final del «Tratado florentino sobre Homero y Hesiodo» en el *Rhein. Mus.*
Finales de febrero: «El filósofo como médico de la cultura» (¿proyectado como consideración intempestiva?)
Marzo: «La filosofía en la época trágica de los griegos» (fragmento).
Finales de marzo: «Teoría atómica del tiempo».
24 de abril: primeros esbozos del «Himno a la amistad».
Junio: «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral».
Agosto: publicación de la primera «Consideración intempestiva»: «David Strauss. El confesor y el escritor».
Septiembre: «La filosofía en apuros» (fragmentos de una consideración intempestiva».
25 de octubre: «Exhortación a los alemanes» (por Bayreuth).
26 de diciembre: acabada la copia definitiva de la segunda consideración intempestiva: «Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida».

1874 Enero-febrero: planes para una consideración intempestiva: «Voluntario por un año», «Richard Wagner en Bayreuth» y «Cicerón y el concepto romano de cultura».
Febrero: ve la luz la 2.ª ed. de «El nacimiento de la tragedia» (no distribuida hasta 1878).
25 de febrero: publicación de «Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida».
5 de abril (Pascuas): «Himno a la amistad» para piano (a 4 manos).
Comienzos de octubre: «Nosotros los filólogos» (proyecto de una IV consideración intempestiva).
15 de octubre: aparece la tercera consideración intempestiva «Schopenhauer como educador».
Otoño: «Los amigos y enemigos de Wagner» (no publicado).
29 de diciembre: «Himno a la amistad» para piano (a 2 manos).

1875 «Sobre la religión» (contra la parte judía del cristianismo; fragmento).
«Himno a la soledad» (extraviado, ev. no transcrito, improvisación).
Marzo: versión francesa de «Schopenhauer como educador» (Marie Baumgartner).
Septiembre: «Richard Wagner en Bayreuth» (retenido provisionalmente).
Finales de septiembre: «Ciencia y sabiduría enfrentadas» (¿cómo V consideración intempestiva?)
Estudios sobre Demócrito.

1876 Junio-julio: «La reja del arado» (programada como V consideración intempestiva, e incluida luego en «Humano, demasiado humano»).

10 de julio: «Richard Wagner en Bayreuth» aparece como IV consideración intempestiva.
Octubre: «El librepensador» (proyectado como V consideración intempestiva, este escrito para asimismo a integrarse luego en «Humano, demasiado humano»).
Diciembre: versión francesa de Richard Wagner en Bayreuth (Marie Baumgartner).

1877 Enero-febrero: nuevas aportaciones a «El librepensador».
Agosto: «Himno a la soledad» (cantado).
2 de septiembre: inicio del manuscrito de «Humano, demasiado humano».

1878 «Humano, demasiado humano». Un libro para espíritus libres. Dedicado a la memoria de Voltaire en el aniversario de su muerte, el 30 de mayo de 1778 (primera parte) es publicado el 1 de mayo.
Noviembre: «Opiniones y dichos varios» (que se convertirán en «Humano, demasiado humano» II).

1879 Marzo: publicación de «Opiniones y dichos varios».
Julio-agosto: «El caminante y su sombra» que ve la luz a finales de noviembre, junto con «Opiniones y dichos varios» como parte II de «Humano, demasiado humano».

1880 Junio: «L'ombra di Venezia» (que se convertirá en «Aurora»); «La reja del arado» (de momento título todavía de «Aurora»).

1881 8 de julio: «Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales».
Agosto: primeras notas y apuntes del «Zaratustra» y de «El eterno retorno».
Diciembre: prosecución de «Aurora» (que acabará dando lugar a «La gaya ciencia».

1882 Enero-febrero: «Sanctus Januarius» («La gaya ciencia»).
Marzo: «Idilios de Mesina» (poemas)
20 de agosto: publicación de «La gaya ciencia» (¡sin el V. Libro!)
28 de agosto: «Oración a la vida» (Lou Salomé, poema de Lou Salomé al que Nietzsche puso música modificando ligeramente y adecuando para su canto como *Lied* su antigua composición «Himno a la amistad»).

1883 Enero: «Así habló Zaratustra» I. parte.
Marzo: «Las canciones de Dionisos».
6 de julio: punto final a «Así habló Zaratustra», parte II.
Septiembre: esbozos de «Zaratustra III».
Septiembre: nuevo título: «La inocencia del devenir».

1884 18 de enero: punto final a «Así habló Zaratustra» parte III; ve la luz el 10 de abril.
Verano: planes para una «Explicación a mis amigos», pensamientos sobre «Bien y mal».
22 de noviembre: poema «Al Mistral».
Finales de noviembre: poema «La nostalgia del solitario» (para Heinrich v. Stein).

1885 13 de febrero: punto final a «Así habló Zaratustra», parte IV, impresión privada.
Verano: reelaboración de «Humano, demasiado humano» para una segunda edición.
7 de agosto: esbozo operístico «Mariana» para H. Köselitz.

1886 Publicación, el 21 de julio, de «Más allá del bien y del mal». Nuevos prólogos para nuevas ediciones de «El nacimiento de la tragedia», «Humano, demasiado humano» I y II, «Aurora», «La gaya ciencia». Añade, además, a «La gaya ciencia» un libro V. y las «Canciones del Príncipe Vogelfrei» («Idilios de Maesina» ampliados).

1887 10-30 de julio: publicación, el 10 de noviembre, de «La genealogía de la moral. Un escrito polémico».
Köselitz transcribe la «Oración a la vida» para piano y orquesta; la partitura es publicada el 20 de octubre por Fritzsch, en Leipzig, siendo la única composición nietzscheana que llegó a ser publicada por él.

1888 7 de septiembre: envío del manuscrito de «El crepúsculo de los ídolos» a imprenta.
16 de septiembre: publicación de «El Caso Wagner».
30 de septiembre: terminación del manuscrito de «El Anticristo».
6 de noviembre: envío del manuscrito de «Ecce homo» a la imprenta.
15 de diciembre: envío del manuscrito de «Nietzsche contra Wagner» a imprenta.
Esbozos: «Transvaloración de todos los valores» en ocasiones con títulos cambiantes como: «La voluntad de poder», «La inocencia del devenir», «Mediodía y eternidad».
Ultimo esbozo: «Promemoria» (manifiesto político contra Bismarck y la dinastía Hohenzollern).

b) por orden alfabético

Adiós, debo irme ya (canción coral de 1870): II, 87, 123.
Al Mistral (1885): III, 288.
Analecta Laertiana: II, 63.
Anticristo, El (1888): II, 135, 266, 301, 440.
III, 42, 410, 441, 451, 463, 475, 477, 500, 501, 502, 514, 518-523, 525.
IV, 10, 13, 18, 21, 50, 64, 96, 103, 135, 148.
Apuntes autobiográficos (1856-1869): I, 41, 43, 49, 61-63, 65, 66, 84, 104, 106, 111, 140, 146, 227, 141, 146, 227.
II, 133.
Así habló Zaratustra (1883-85): I, 25, 121, 134, 168, 184.
II, 29, 42, 45, 66, 99, 137, 139, 146, 169, 197, 233, 251, 252, 303, 306, 308, 313, 317, 331, 335, 355, 406, 409, 415, 433, 457.
III, 13, 64, 65, 66, 84, 86, 131, 134, 137, 139, 141, 147, 150, 152-158, 162, 163, 167-195, 197, 206-208, 211, 221, 222, 227-229, 231-232, 236, 242, 245, 246, 253, 254, 257, 260-264, 269, 273-274, 279, 281, 283, 286, 287, 293-297, 301-307, 312, 317, 318, 322, 323, 338, 340, 349, 359, 360, 262, 386, 389, 391, 394, 397, 406, 413, 435, 441, 453, 455, 469, 487, 489, 495, 496, 510, 514, 517.
IV, 10, 14, 18-20, 24, 27, 28, 52, 76, 79, 97, 103-107, 113, 114, 117, 118, 123, 124, 132, 133, 165, 170, 173, 212, 233, 238, 253, 258, 262, 284.
Aurora (1880-1981; 1886²): I, 24, 67.
II, 303, 354.
III, 16, 40, 42, 47, 49, 50, 51, 55, 61, 63, 65, 66, 73, 84, 180, 186, 237, 301, 315, 352, 362, 391, 392, 395, 414, 436, 437.
IV, 209.

El caso Wagner. Un problema para amantes de la música (1888): I, 138.
II, 132, 151, 184, 213, 233, 238, 347, 414.
III, 71, 72, 140, 174, 186, 261, 262, 345, 364, 442, 451, 456, 459, 471, 472-475, 477, 484, 485-489, 491, 497-500, 506, 507-513, 518, 521, 527.
IV, 10, 51, 52, 55, 56, 113, 114, 210-216, 232, 238, 240, 241, 244, 245, 251, 252, 253, 254, 259, 263, 265.
El caminante y su sombra (1879): II, 447.
III, 14, 16, 20, 24, 26-35, 51, 79, 156, 186, 301.
Las canciones de Dionisos (1883): III, 152, 524, 528.
IV, 20, 53, 248.

Certamen Homeri et Hesiodi (1871): II, 63, 69, 159, 164.
Cicerón y el concepto romano de cultura (1874): II, 237.
Ciencia y filosofía enfrentadas (1875): II, 281.
Cinco prólogos a cinco libros no escritos (1872): II, 180, 182-187, 196, 229.
III, 347.
Composiciones de canciones (1861-1865): I, 99, 100, 102, 110, 118, 119, 120, 126, 127, 137, 164.
II, 31, 113, 214.
(1882): III, 121, 361.
Composiciones para piano (1862-1863): I, 103, 110, 111.
Composiciones: intentos primerizos (1854-1859): I, 51, 52.
II, 46, 260-264.
III, 81, 325.
IV, 96.
Conferencias:
El drama musical griego (1870): II, 63, 110, 116, 132.
Homero y la filología clásica (1869): I, 230.
II, 51, 52.
La πίνακες de los escritos aristotélicos (1867): I, 168.
Las circunstancias eclesiásticas de los alemanes en Norteamérica (1865): I, 125, ss.
La última redacción de la Teognidea (1866): I, 162.
Sobre las fuentes histórico-literarias del Suda (1866): I, 165.
Sobre la guerra de aedas en Eubea (1867): I, 169.
Sobre el provenir de nuestros centros de enseñanza (1872): II, 142 ss.
Sócrates y la tragedia (1870): II, 63, 67, 110, 116, 118.
IV.
Varrón y Menipo (1868): I, 214.
Consideraciones sobre el horizonte de Bayreuth (1873): II, 193, 227, 432.
Consideraciones intempestivas (indistintamente) (1873-1876):
II, 36, 196, 209, 229, 247, 281, 290, 301-304, 309, 312, 317, 321, 355, 356, 378, 386, 411, 428, 429, 433.
III, 54, 215, 318, 341, 352, 363-364, 451, 473, 477, 518, 523.
IV, 52, 76, 124.
El crepúsculo de los ídolos (1888): I, 25, 68.
II, 157, 179, 184.
III, 174, 186, 244, 362, 388, 451, 474, 495, 498, 499, 502, 508, 509, 513, 524, 528.
IV, 10, 22, 50-52, 54, 64, 103, 114, 234, 243-245, 249, 250, 251, 253, 259, 262, 263, 266.
Crónicas enviadas a *Germania* (1862): I, 96 y ss.

David Strauss (Consideración Intempestiva I): II, 196, 211, 212, 215, 217, 219, 225, 229, 230, 231, 241, 249, 302, 309-317, 340.
III, 83, 186, 248, 272, 452, 490, 524.
Días soleados de otoño (Geibel, 1867): I, 176.
II, 123.
Diógenes-Laercio, trabajos sobre (1866-1870): I, 166, 168, 169, 196, 226.
II, 16, 53, 63.
IV, 264.
El dolor es el tono básico de la naturaleza (1861): I, 80.

II, 262.
III, 170.
Ecce Homo (1888): I, 82, 101.
II, 63, 135, 145, 151, 163, 167, 172, 173, 212, 225, 257, 311, 350, 353, 360-363, 366, 367, 387, 436, 438.
III, 15, 65, 84, 174, 183, 185, 191, 232, 349, 364, 451, 453, 474, 475, 523-527, 528.

IV, 10, 19-25, 50, 51, 55, 64, 103, 105, 113, 124, 135, 210, 245, 246, 247, 253, 262.
Eco de una noche de San Silvestre (1871): II, 54, 122, 123, 128, 150, 167, 182, 263.
III, 171, 186, 511.
Edipo, charlas del último filósofo (1872): II, 189.
Empédocles (1870): II, 98-100.
III, 178.
Ermanarich, poema sinfónico: I, 80, 110, 115.
II, 169, 262.
III, 65, 170-172, 192.
IV, 18.
Ermanarich, diversos trabajos literarios (1861-1865): I, 83, 84, 85, 92.
Euphorion, fragmento (1862): I, 98, 99, 115.
III, 479.
Exhortación a los alemanes (1873): II, 220, 238.
III, 34, 72.

Fatum e historia (1862): I, 23, 87-92, 97, 99.
II, 403.
La filosofía en apuros (1873): II, 220, 231.
La filosofía en la época trágica de los griegos (1873): II, 208, 209.
III, 186.
El filósofo como médico de la cultura (1873): II, 229 y ss., 290, 353.
Los francones en el cielo (1864): I, 120.

La gaya ciencia (1882, 1886²): II, 180, 303.
III, 13, 43, 61, 65, 66, 84-85, 87, 106, 110, 111, 117, 123, 125, 128, 134, 186, 189, 232, 237, 254, 256, 264, 273, 293, 301, 305, 362, 366, 392, 395, 414, 437, 442.
IV, 11, 20, 225, 246, 248.
La genealogía de la moral (1887): II, 296.
III, 186, 364, 423, 424, 435-442, 451, 469, 474, 502, 511.
IV, 18-19, 29, 52, 113, 114, 115, 124.

Himno a la amistad (1873-1874): II, 54, 196, 214, 220, 239, 250, 261, 263, 280, 331, 417.
III, 96, 121, 170, 172, 361, 434, 511.
Himno a la soledad (1874, 1877): II, 266, 417.
Himno a la vida (Salomé-Gast) (1887): II, 247, 354.
III, 96, 217, 361, 400, 414, 434, 442, 447, 448, 455, 477, 485, 510.
IV, 27, 162, 214, 230.
Para una historia de la colección de sentencias de Teognis (1866-1867): I, 165.
Homero y la filología clásica (1869): I, 230-234.
II, 36, 51, 52, 62, 196, 241, 276, 309, 371, 431.
IV, 109, 264.
Humano, demasiado humano (1878-1879; 1886²): II, 114, 136, 196, 250, 297, 301, 304, 317, 356, 378, 386, 387, 410, 415, 416, 417, 421, 425, 427-429, 431-447, 448.
III, 15, 27, 29, 32, 54, 108, 186, 198, 200, 229, 244, 248, 260, 296, 301, 303, 312, 329, 337, 338, 352, 360, 369, 391, 414, 436, 501.
IV, 16, 122, 124, 265.

Los idilios de Messina (1882): III, 86, 395.
IV, 20
La inocencia del devenir (1883): I, 92.
II, 135.
III, 163, 303.

Kirie (1866): I, 164.
II, 113, 123

El librepensador (1876-1877): II, 378.

«Marianna» (1885): III, 320 y ss.
Más allá del bien y del mal (1886): I, 24, 29.
II, 137.
III, 11, 186, 194, 237, 246, 248, 273, 293, 297, 301, 316, 337, 340, 342, 349, 353, 355, 358, 359, 360, 363-383, 389, 392, 395, 402, 410, 436, 442, 446, 451, 453, 454, 462, 470, 476, 492.
IV, 113, 114, 124, 201-206, 248, 252, 265.
Mediodía y eternidad (1885): III.
Meditación de Manfredo (1872): II, 167-171, 180, 181, 183, 246, 263, 417.
III, 170, 172, 277, 295, 473.
A la memoria de nuestros mayores; dos danzas polacas (1862): I, 26, 103.
Misa (Requiem) (1859): I, 80.
II, 46, 262, 440.
III, 487.
Miserere (1860): I, 80.
II, 262, 440.
IV, 173.
Monodie a deux (1873): II, 194, 263, 329.
Motetes: II, 46, 262, 440.
Pasa un ángel silente (1857-1858): I, 52.
Abríos en toda vuestra grandeza (1858): I, 64.
Jesús, mi confianza (1858): I, 80.
II, 46.
Desde lo profundo te llamo, Señor (1858).
Música y tragedia (Nacimiento de la tragedia): I, 118.

El nacimiento del pensamiento trágico (también: La visión dionisíaca del mundo) (1870): II, 86, 100, 102, 117.
El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música (1872-1974[2]; 1886[3]): I, 108, 169, 211.
II, 36, 41, 54, 103, 111, 116-141, 146, 149, 154, 157, 158, 163, 165, 166, 174, 180, 193, 206, 209, 216, 222, 223, 226, 229, 241, 269, 285, 293, 309, 311, 329, 340, 382, 397, 407, 429, 431, 433.
III, 33, 34, 186, 187, 212, 215, 262, 272, 318, 391, 414, 446-447, 475, 523.
IV, 62, 76, 200, 208, 210-212, 221, 227, 232.
Nietzsche contra Wagner (1888): II, 160.
III, 140, 442, 456, 459, 527-529.
IV, 10, 20, 23, 32, 50, 51, 52, 55, 64, 105, 241, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 253, 254, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262.
Una noche de San Silvestre. Poema musical (1863-1864): I, 104.
IV, 102.
Nosotros los filólogos (1874-1875): II, 253, 271, 281, 282.
La nostalgia del solitario (poema 1884): III, 290-292, 302.

L'ombra di Venezia (Aurora) (1880): III, 46.
Oratorio de Navidad (1860-1861): I, 80 y ss., 115.
II, 46, 194, 214, 262, 440.
III, 112, 170, 476, 487.
Orkadal, tragedia (1856): I, 51.

Philologica (1868-1871, 1873): I, 165-169.
IV, 133-135.
Promemoria (1888): III, 529-532.
IV, 10, 20, 47.
Prometeo (1859): I, 78, 79.
Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida (Consideración Intempestiva II) (1873-1874): II, 196, 224, 225, 229, 231, 232, 236, 240, 241, 274, 314, 317, 330, 340.
III, 186, 480.

La reja del arado (1876): II, 355, 366.
III, 54.
Responsorio histórico-eclesial (1871): II, 123, 124.
Rey Ardilla I (1854): I, 48.
Richard Wagner en Bayreuth (Consideración Intempestiva IV) (1875-1876): II, 237, 238, 257, 271, 277, 281, 282, 289, 290, 316, 342, 345, 346, 347-355, 356, 357, 367, 369, 371, 378, 381, 38, 411, 433, 434.
III, 33, 186, 262, 399, 433, 518.
IV, 19, 264.

Schopenhauer como educador (Consideración Intempestiva III) (1874): I, 160, 211, 212.
II, 241, 243, 244, 247, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 259, 269, 303, 304, 316, 350 y ss.
III, 186, 246, 260, 385, 523.
IV, 19, 75.
Sobre lo demoníaco en la música (1863; también: Sobre la esencia de la música, 1863), I, 81, 103.
La caída de la fortaleza (1854-1855): I, 49.
El provenir de nuestros centros de enseñanza, 5 conferencias (1872): I, 77, 147-149.
II, 14, 36, 124, 128 y ss., 142, 149, 150, 174, 180, 185, 211, 229, 309, 432.
IV, 264.
Música (1858): I, 49.
El pathos de la verdad (1872): II, 180, 183, 185-187, 189, 191.
Verdad y mentira en sentido extramoral (1873): II, 36, 180, 187, 215, 228.
III, 341, 347, 364, 404.

Teoría atómica del tiempo (1873): II, 228.
Trabajos Teognis (1865-1866) y conferencias sobre Teognis (1866): I, 108-110, 162, 165, 168, 169.
La tragedia y los librepensadores (1870): II, 98, 117.
La transvaloración de todos los valores (1886-1888): I, 108.
II, 256.
III, 163, 186-187, 199, 257, 301, 343, 364, 367, 381, 392, 462, 465, 498, 500, 502, 513, 518, 523, 524, 532.
IV, 18, 49, 50, 65, 244, 245, 246, 247, 253, 258, 259, 262.
El tratado florentino sobre Homero y Hesiodo (1870, 71, 73): II, 95, 163, 174, 193.

Voluntad libre y fatum (1862): I, 23, 87-92.
III, 403.
La voluntad de poder (1886): I, 189.
III, 211, 303, 311, 340, 341, 372, 392, 405, 451, 458, 462-464, 475.
IV, 13, 205.

2. Fuentes

Para las indicaciones bibliográficas de tipo general se remite a las bibliografías especializadas[205]; aquí se consignan exclusivamente los textos que han sido utilizados para la elaboración de esta bibliografía. A las citas de los textos manejados se remite detallando el volumen (en cifras romanas) y el número de páginas (en cifras arábigas); en el caso de las citas muy largas, se hace constar su lugar de origen entre paréntesis en el cuerpo mismo de la obra. Cuando se trata de citas de cartas es posible renunciar a estas indicaciones, dado que en el texto se explicitan siempre autor, destinatario y fecha, de modo que pueden ser fácilmente encontradas en cualquiera de las ediciones pertinentes. También en el caso de las citas y referencias a los escritos publicados por Nietzsche se hacen constar el título, el capítulo y el número del aforismo, de modo que su consulta en cualquiera de las ediciones disponibles resulta igualmente fácil. En cuanto a las citas de los póstumos, se remite —en la medida en que ello ha sido posible en la época de redacción de la obra— a la nueva edición crítica completa[6]; pero a menudo también a la edición GOA[1] y a la edición en tres volúmenes de Karl Schlechta[14]. A HKG[28] se recurre, por el contrario, sólo excepcionalmente, dado que apenas resulta ya accesible.

La plena identificación y documentación de las citas e indicaciones bibliográficas de Blunck no ha sido siempre posible.

1. GOA: *Nietzsches Werke;* se trata de la llamada *Grossoktav-Ausgabe* en 16 (29) volúmenes; Naumann und Kröner, Leipzig, 1905-1911.
2. HKG: *Friedrich Nietzsches Werke. Historisch-Kritische-Gesamtausgabe,* volúmenes 1-5. C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1934-1940.
3. Friedrich Nietzsche: *Werke* en tres volúmenes, edición de Karl Schlechta. Carl Hanser Verlag, München, 1954.
 Volúemens 1 y 2.
4. Volumen 3 de la edición de Schlechta.
 23 (1351).
5. *Friedrich Nietzsches Werke des Zusammenbruchs* («Las obras nitzcheanas del periodo de hundimiento»), editadas por Erich Podach. Wolfgang Rothe Verlag, Heidelberg, 1961.
6. Friedrich Nietzsche: *Werke. Kritische Gesamtausgabe,* edición al cuidado de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Walter de Gruyter and Co., Berlín, 1967 y ss.
7. Friedrich Nietzsche: *Gesammelte Briefe* («Cartas reunidas»), Insel Verlag, Leipzig. Volumen I^3 1902; Volumen 2 (Correspondencia con Erwin Rohde)^2 1903; Volumen 3^2 1905; Volumen 4 (Cartas a Peter Gast)^2 1908; Volumen 5^1 y 5^2 (Cartas a la madre y a la hermana). 1909.
 207-210.
8. Friedrich Nietzsche: *Briefe* («Cartas»). *Historisch-Kritische Gesamtausgabe,* volúmenes 1-4 (hasta el 7 de mayo de 1877). C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1938-42.
9. Cartas de Nietzsche a Meta von Salis, editadas por Maria Bindschedler. *Neue Schweizer Rundschau,* abril de 1955, pp. 709-721.
 19,23.

10. Friedrich Nietzsche: *Der musikalische Nachlass* («El legado musical póstumo»), editado por encargo de la Schweizerische Musikforschende Gesellschaft por Curt Paul Janz.
Bärenreiter-Verlag Basel/Kassel, 1976. *Vid.* la entrada 125 Janz, C. P.
11. *Friedrich Nietzsches Briefwechsel mit Franz Overbeck* («Correspondencia de Nietzsche con Franz Overbeck»). Editada por Richard Oehler y Carl Albrecht Bernoulli. Insel Verlag, Leipzig, 1916 passim.
13. *Die Briefe Peter Gasts an Friedrich Nietzsche* («Las cartas de Peter Gast a Friedrich Nietzsche»). Editadas en 2 vols. por A. Mendt, Verlag der Nietzsche-Gesellschaft en München, 1923-24.
16.
23. *Historich-biographisches lexikon der Schweiz* («Diccionario biográfico-histórico de Suiza»). Eigenverlag des instituts, Neuenburg, 1931.
32.
40. Ferdinand Avenarius: «Wagner-Nietzsche», *Der Kunstwart*, Berlín, 1888.
230-240.
50. Carl Albrecht Bernoulli: *Franz Overbeck y Friedrich Nietzsche, eine Freundschaft* («F. O. y F. N., una amistad»). Diederichs, Jena, 1908, 2 vols.
23, 28, 32 ss., 34 ((II, 251), 36, 40, 42, 52, 55, 121, 138, ss., 165 (II, 379).
66. Lucius Burckhardt: «Turín», en *Zürcher Tagesanzeiger*, 13 de noviembre de 1973.
26
70b. Otto Crusius: *Erwin Rohde. Ein biographischer Versuch* («E. R. Un ensayo biográfico»). (Cuaderno complementario de los «Pequeños escritos» de E. R.). J. B. Mohr, Tübinger, 1901.
40 ss., 60, 62.
71. Hugo Daffner: *Friedrich Nietzsches Randglossen zu Bizets Carmen* («Glosas marginales de F. N. a *Carmen* de Bizet»). Deutsche Musikbücher, Regensburg, 1912.
25.
73. Paul Deuseen: *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche* («Recuerdos de F. N.»). Brockhaus, Leipzig, 1901.
17 (92 ss.), 98 (97).
74. Paul Deuseen: *Mein Leben* («Mi vida»). Edición preparada por Erika Rosenthal-Deuseen, Brockhaus, Leipzig, 1922.
137.
86. Elisabeth Förster-Nietzsche: *Das Leben Friedrich Nietzsches. Biographie* («La vida de F. N. Biografía»). C. G. Naumann, Leipzig, 1895 (vol. 1), 1897 (vol. 2^1), 1904 (vol. 2^2).
9 (II, 897), 132, 167 (II, 928), 168 (II, 930), 278 (920 ss.).
121. Curt Paul Janz: *Die Briege Friedrich Nietzsches. Textprobleme und ihre Bedeutung für Biographie und Doxographie* («Las cartas de F. N. Problemas textuales y su importancia para biografía y doxografía»). Theolg. Verlag, Zürich, 1972.
125 (33 ss.), 158 (20), 162 (27), 163 (33 ss.), 171 (34).
124. Curt Paul Janz: *Korrekturen und Nachträge zu Nietzsche-Brief-Ausgaben, nach den Handschriften. Manuskript.* («Correcciones y adiciones a las ediciones de cartas de N., según los manuscritos»), manusc.
17, 207-210.
125. Curt Paul Janz: *Friedrich Nietzsche. Der musikalische Nachalass.* («F. N. El legado póstimo musical»). Editado a iniciativa de la Schweiz. Musikforschende Gesellschaft. Bärenreiter, Basel y Kassel, 1976.
102, 173.
126. Karl Jaspers: *Nietzsche. Einführung in das Verständnis seines Philosophierens* («N. Introducción a la comprensión de su filosofar»). Walter de Gruyter and Co., Berlín^5, 1950.
13 (101), 15 (101).

134. Max Kesselring: *Nietzsche und sein Zarathustra in psychiatrischer Beleuchtung* («N. y su Zaratustra a la luz de la psiquiatría»). Aehren-Verlag, Affoltern a. A., 1954.
15.
137. Julius Kingbeil: *Enthüllungen über die Dr. Bernhard Förstersche Ansiedlung Neue-Germanien in Paraguay* («Revelaciones sobre la colonia Nueva Germania del Dr. B. F. en Paraguay.»). Eduard Baldamus, Kommisionsverlag Leipzig, 1889.
99, 100.
141. Heinrich Köselitz: «Musikalische Philister» («Pedantes musicales.») *Musikalisches Wochenblatt Fritzsch*, Leipzig, 1877.
201-206.
147. Julius Langbehn: *Rembrandt als Erzieher* («Rembrandt como educador»). Hirschfeld, Leipzig, 1890[25].
72, 85.
148. Julius Langbehn: *Der Geist des Ganzen. Zum Buch geformy von Benedikt Momme Nisson.* («El espíritu del todo. Reelaborado como libro por B. M. N.»). Herder and Co. Verlag, Freiburg i. B., 1930.
75.
159. Thomas Mann: *Nietzsches Philosophie im Lichte unserer Erfahrung* («La filosofía de N. a la luz de nuestra experiencia»). Neue Rundschau, Stockholm, 1947[8], pp. 359 y ss.
12.
167. Malwida V. Meysenburg: *Im Anfang war die Liebe. Briefe an ihre Pflegetochter* («Al comienzo fue el amor. Cartas a su hija adoptiva»). C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1926.
33 (72), 59 (197).
168. Paul Julius Möbius: *Ausgewählte Werke* («Obras escogidas»), vol. 5, Nietzsche. Barth, Leipzig, 1904.
13 (194), 42 (35), 36.
178. Benedikt Momme Nisson: *Der Rembrand-Deutsche Julius Langbehn* («J. L., el alemán especializado en Rembrandt»). Herder, Freiburg i. Brisgau, 1937.
73, 74 (76, 77), 75 (77), 79, 80 (132, 133).
185. Franz Overbeck: «Erinnerungen an Friedrich Nietzsche» («Recuerdos de F. N.»). *Neue Rundschau*, 1902.
30, 40.
187. Franz Overbeck: *Nachlass in der Universitätsbibliothek Basel, Handschriften* («Legado póstumo en la biblioteca de la Universidad de Basilea. Manuscritos»).
16, 33, 40 y ss., 46, 53, 54, 96, 98, 101, 105, 114, 118, 121, 169, 171, 173, 244-267, 272-279.
188. *Overbeckiana.* Sinopsis del legado póstumo de Franz Overbeck en la biblioteca de la Universidad de Basilea, editado por Matthias Gabathuler y Ernst Staehlin en dos partes. Helbing und Lichtenhahn, Basilea, 1962.
34, 36, 40 y ss., 50, 56, 102, 169.
197. Erich Podach: *Nietzsche Zusammenbruch* («El derrumbe de Nietzsche»). Kampman, Heidelberg, 1930.
19 (85, 153), 28 (82), 36 (109), 37 (107), 40, 44 (109 y ss.), 65 y ss. (118 y ss.), 242 (107).
198. Erich Podach: *Gestalten um Nietzsche* («Figuras en torno a N.»), Erich Lichtensteig Verlag, Weimar, 1932.
40, 99, 100.
199. Erich Podach: *Der kranke Nietzsche. Briefe seiner Mutter and Franz Overbeck* («El enfermo N. Cartas de su madre a F. O.»). Vermann-Fischer, Wien, 1937.
40, 65, 66, 68, 71, 72, 76, 77 y ss., 79, 80, 89-93, 94-98, 101, 102, 105, 108-112, 114-124, 125-128, 129, 136, 137, 139-141, 151, 152, 157.
202. Richard Pohl: «Der Fall Nietzsche» («El caso Nietzsche»). *Musikalisches Wochenblatt*, Leipzig, 1888.
210-216.

211b. Edgar Salin: *Vom deutschen Verhängnis. Gespräch an der Zeitenwende: Burckhardt-Nietzsche* («Sobre el destino alemán. Diálogo en el cambio de época: B. N.»). Rowohlt, Hamburg, 1959.
12 (169).

213. Meta von Salis: Legado póstumo en la biblioteca de la Universidad de Basilea, manuscritos.
163, 164, 166, 173, 267-271, 279-284.

214. Lou (Andreas) Salomé: *Friedrich Nietzsche in seinen Werken* («F. N. en sus obras»). Reissner Verlag, Dresden, 1924.
132.

224. Carl Spitteler: *Gesammelte Werke* («Obras Completas»), vol. VI, Artemis-Verlag, Zürich, 1947.
240-242 (vol. VI, 510-512).

226. Resa v. Schirnhofer: «Vom Menschen Nietzsche» («Del hombre N.»). *Zeitschrift für philosophische Forschung*, Reutlingen Jahr. 22, 1968, editada por Hans Lohberger, pp. 248-260 y 441-458.
165.

229. Karl Schlechta: *Nietzsche-Chronik* («Crónica de N.»), Hanser, München, 1975.
129.

235. *Schweizer Grenzpost und Tagblatt der Stadt Basel*, Jahrg, 1877, 18 de abril.
199-200.

236. Archivo estatal de la ciudad de Basilea.
141-161, 175-177.

239. Rudolf Steiner: *Friedrich Nietzsche. Ein Kämpfer gegen seine Zeit* («F. N. Un luchador contra su tiempo»). Anthroposophischer Verlag, Dornach, 1926².
135.

242. Johannes Stroux: *Nietzsches Professur in Basel* («La cátedra de Nietzsche en Basilea»), Frommann, Jena, 1925.
175 (82, 83).

243. Tertullian, ed, Reifferscheid 1890. Loeb classical Library, 1966⁴.
206-207.

250. Biblioteca de la Universidad de Basilea. Legados de Overbeck, Meta von Salin, Lanzky, Jacob Burckhardt.
145-161.

251. Anacleto Verrecchia: «Nietzsches Zusammenbruch» («El derrumbe de Nietzsche»). NZZ *(Neue Zürcher Zeitung)*, 3 de julio de 1973.

251b Anacleto Verrechia: *La catastrofa de Nietzsche a Torino* («La catástrofe de N. en Turín»), Einaudi Torino, 1978.
29 (55), 33.

252. E. Villinger: «Prof. Dr. Ludwig Wille». En: *Correspondenzblatt für Schweizer Aerzte*, Jahrg, 43-340, Schawabe Basel, 1912.
32

269. Josep Viktor Widmann: «Nietzsches gefährliches Buch» («El peligroso libro de N.»). *Der Bund*, 17 de septiembre de 1886.
201-206.

273. Heinrich Weiss y Rudolf Bruhin: *Mechanische Musikinstrumente* («Instrumentos musicales mecánicos»), Selbstverlag, Seewen (Kt. Solothurn), 1975.
130.

279. J. Fuchs: «Friedrich Nietzsches Augenleiden» («La enfermedad ocular de F. N.»). En: *Münchner medizinische Wochenschrift*, 1978, núm. 18.
45, 46.

281. *Allgem. Lexikon der bildenden künstler des XX. Jahrhunderts* («Diccionario general de los artistas figurativos del siglo XX»), Seemann, Leipzig, 1938 y 1958.
167.

284. *Allgemeine Musikalische Zeitung*, Leipzig Jahrg. 1877. 177-191.
285. *Allgemeine Schweizer Zeitung*, Basel Jahrg. 1889. 243 y ss.
286. *Der Bund. Berner Tageszeitung*, Jahrg. 1886, 1888. 201-206, 217-220.
287. *Musikalisches Wochenblatt*, Leipzig Jahrg. 1877, 1888. 191-199, 210-216.
288. *Schweizer Monatshefte*, Zürich Jahrg. 1922. 228-229.

3. Indice onomástico

Adams, Heinrich, III, 418.
Albechtsberger, Johann Georg, I, 81, 84, 171, III; 170.
Albert, Eugen D': Eugen; III, 280, 281.
Albert, T.: III, 46.
Alembert, Jean D': Jean: III, 457.
Alejandro El Grande: IV, 172.
Alejandro: II, Zar; III, 91.
Alten: (señorita); III, 317.
Althaus, Theodor: II, 334.
Amrhym, Walter: II, 30.
Antonelli, Alessandro: IV, 26.
Aristófanes: II, 71.
Aristóteles: I, 168; II, 110, 111, 203, 205, 206; III, 185, 297, 376, 405.
Arndt, Ernst Moritz: I, 123.
Arnoldt, Richard: I, 161.
Arnold, Wilhelm: II, 15.
Ateneo: I, 206.
Audran, Edmond: III, 509.
Avenarius, Richard: III, 241, 271.
Avenarius, Ferdinand: III, 271, 444, 526.

Bacon, Roger: III, 376.
Bachofen, Juan Jacobo: II, 39-45, 46, 139, 140, 179; III, 187; IV, 109, 143.
Bachofen-Burckhardt, Luise Elisabeth: II, 147.
Buer, Karl E. Van: II, 44.
Bagge, Selmar: II, 321, 395, 397, 398, 421; IV, 31, 177, 192-199.
Bakunin, Michael: II, 61.
Balakirew, Milij: II, 261.
Balzac, Honoré: III, 46, 371.
Barthélemy: II, 336.
Barzelotti, P.: II, 314.
Basedow, Heinrich: III, 236.
Baudelaire, Charles: II, 132; III, 52, 189, 198, 344, 463, 485.
Bauer, Bruno: III, 83, 455.
Bauman, Julius: III, 46.
Baumann (matrimonio): II, 219, 253; IV, 37.
Baumgartner, Marie: II, 241, 259, 269, 271, 273, 275, 278, 300-306, 316, 331, 357, 369, 375, 378, 381, 387, 401, 410, 421, 434, 448, 450, 451, 453-455, 454, 455; III, 27, 45, 62, 154, 298.
Baumgartner, Adolf: II, 237, 241, 253, 272, 278, 300-301, 357, 401, 452; III, 95; IV, 166.
Bayreuth; II, 154, 181, 192, 196, 207-208, 213, 221, 224, 227, 236, 238, 239, 242, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 252, 265, 266, 267-269, 272, 275, 276, 277, 278, 280, 284, 290, 298, 303, 305, 309, 322, 323, 324, 325, 328, 330, 331, 338, 340, 342, 346, 349, 351, 353, 354,

356-360, 366, 367, 370, 371, 372, 375, 388, 394, 398, 407, 409, 411, 415, 431, 432, 434, 436, 437, 438, 439, 441, 443, 445, 447; III, 32, 39, 70, 72-73, 75, 80, 81, 98, 105, 109, 110, 112, 113, 115, 116, 138, 140, 148, 149, 163, 186, 227, 228, 229, 248, 257, 260, 261, 262, 362, 398, 412, 448, 485, 489, 492; IV, 60.
Beck, August: II, 144, 199.
Beethoven, Ludwig van: I, 51, 81, 86, 175: II, 49, 55, 70, 101, 102, 103, 127, 134, 140, 171, 191, 197, 198, 245, 246, 263, 348, 396; III, 39, 71, 79, 81, 84, 145, 151, 169, 227, 277, 280, 298, 309, 345, 374, 378, 510; IV, 90, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 196, 197, 198, 219.
Behaghel, Otto; III, 170.
Bellini, Vincenzo: II, 55; III, 69.
Bergmann, Julius: III, 67.
Berlioz, Hector: I, 51, 160; II, 285, 289, 292, 294; III, 70, 151, 169, 198, 230, *285.
Bernhardt, Sarah: III, 75.
Bettmann, L.: IV, 34, 37, 38, 39.
Betz, Franz: I, 185.
Beyschlag, Willibald: III, 258.
Biedermann, Karl: I, 225.
Biedermann, Alois Emanuel: III, 95.
Bieler (caballerizo): I, 181.
Binder, Gustav: II, 227.
Binswanger, Otto: IV, 43, 66, 67, 68, 69, 80, 83, 86, 90, 109, 110, 112, 118, 119, 121, 127, 139, 140, 171.
Birch-Pfeiffer, Charlotte: I, 187.
Bismarck, Otto Van: I, 126, 187, 188, 189, 191, 201: II, 10-11, 80, 84, 98, 245, 249, 309, 432, 441; III, 247, 354, 388, 459, 460, 461, 462, 515, 518, 525, 528, 531; IV, 23, 28.
Bizet, Georges: I, 81; II, 75, 446; III, 69, 70, 71, 152, 198, 217, 231, 375, 458, 473, 486-487, 509; IV, 22, 212, 221.
Bleibtreu, Karl: III, 416.
Blunch, Richard: I, 9-11, 13, 22; III, 517.
Böcklin, Arnold: III, 39, 189.
Boeckh, August: II, 34, 47.
Boileau, Nicolás: III, 259, 261.
Bonghi, Ruggiero: II, 314; III, 517.
Borgia, Cesar: IV, 204, 205.
Born, Stephan: III, 178.
Borodin, Alexander: II, 261.
Boscovich, R. J.: II, 227; III, 60, 180.
Börhlingk, Otto: III, 176.
Bourbaki, General: II, 103.
Bourget, Paul: II, 132; III, 198, 506.
Bourget, Paul: III, 357, 427, 485.
Bovet: I, 220.
Bralims, Johannes: II, 245-247, 249, 250, 316, 348, 395, 446; III, 52, 169, 172, 188, 189, 277, 346, 399, 442, 448, 471, 484, 485, 507, 511; IV, 172, 216, 229.
Brand, Jakob: IV, 65.
Brandes, Elisabeth: II, 391.
Brandes, Georg: III, 220, 407, 454, 456, 463, 468-473, 480, 484, 491, 508, 509; IV, 209, 210, 237.
Breiting, Karl: III, 144.
Brenner, Albert: II, 276, 332, 356, 375, 379, 380, 383, 384, 392, 410, 421, 422; III, 95, 141.
Breven, Claudine van: II, 379, 386.
Brockhaus, Doris: II, 64.
Brockhaus, Hermann: I, 213, 214; II, 21, 193; III, 248, 317.
Bruck, Karl: II, 16.

Bruckner, Anton: II, 137, 446; III, 169, 188, 189, 230.
Bruno, Giordano: III, 228, 257, 259.
Buchbinder, Friedrich: I, 66, 213.
Buchner, Ludwig: II, 311.
Buda, Gautama (budismo): III, 176, 177, 456, 520.
Buddensieg, Robert: I, 73, 114.
Bülow, Daniela Von: II, 28, 51, 59; III, 148, 261, 264; IV, 60.
Bülow, Elise: II, 391.
Bülow, Hans von: I, 184; II, 21, 25, 149, 150, 167, 168, 169, 173, 192, 194, 208, 263, 292, 293, 295, 308, 309, 318, 323, 396, 445; III, 82, 295, 361, 421, 448, 455, 505, 518; IV, 198.
Bunge, Gustav von; III, 357.
Bungert, August: III, 145, 147.
Burckhardt, Achilles: II, 284, 374, 402, 429, 420, IV, 177.
Burckhardt, Max: I, 13.
Burckhardt, Jacob: II, 13, 45-49, 50, 55, 56, 59, 61, 64, 68, 72, 75, 81, 82, 92, 97, 100, 120, 121, 122, 140, 144, 146, 147, 155, 159, 160, 176, 184, 200, 201, 232, 234-237, 242, 243, 244, 265, 266, 272, 274, 281, 282, 283, 300, 301, 302, 309, 314, 318, 339, 341, 344, 345, 346, 354, 365, 384, 401, 410, *425, 427, 432, 434, 435, 436, 437, 456, 457; III, 17, 18, 27, 30, 31, 44, 45, 62, 81, 95, 107, 124, 179, 189, 229, 232, 233, 243, 271, 297, 307, 340, 356, 397, 398, 400, 401, 409, 418, 419, 453, 454, 455, 466, 499, 508, 515, 524, 529; IV, 23, 25, 26, 29, 30, 59, 69, 104, 162, 164, 208.
Burckhardt, Christoph: II, 14.
Burckhardt, Margarethe: II, 108.
Burckhardt, Carl Felix: II, 373, 419, 420, 458; IV, 142, 176.
Burckhardt, Ad.: II, 373, 374; IV, 176.
Burckhardt-Heusler (familia): IV, 144.
Busse, Otto: III, 74.
Byron, George, Lord: I, 69-70, 83, 92, 97-98, 164, 196; II, 113, 287; III, 17, 180, 375, 376.

Calderón, Pedro: II, 415.
Carlyle, Thomas: III, 377, 428.
Caspari, Otto: III, 66, 67.
Cerclet (Overbeck), Johanna Camilla: II, 75.
Cicerón, Marco Tulio: II, 96-97.
Cimarosa, Domenico: III, 76, 224.
Comte, Augusto: II, 436.
Condillac, Etienne: II, 311.
Confucio: II, 269.
Corssen, Wilhelm: I, 68, 106, 145.
Cousin, Victor: II, 307.
Credner, Hermann: III, 352, 353, 470, 491.
Creuzer, Friedrich: II, 42: III, 182.
Crispi, Francesco: IV, 23.
Cristianismo: I, 91, 102: II, 70, 138, 140, 141, 225, 293, 432, 440: III, 81, 175, 230, 358, 398, 404, 408-410, 438; IV, 27, 28, 75, 104, 207.
Cromwéll, Oliver: III, 259, 260, 366.
Ciu, César: II, 261.
Curtius, Ernst: II, 184.
Curtius, Georg: I, 156.
Chamberlain, Houstan Stewart: III, 433, 434, 456.
Chamisso, Adalbert van: I, 97, 121, 128.
Chopin, Federico: II, 263; III, 42, 84, 210, 313; IV, 133.
Chueca, Federico: III, 509.

Dächsel, Daniel y Friedrike: I, 41, 126, *149.
Dalton, Hermann: III, 93.

Dante, Alighieri: II, 337; III, 318.
Darwin, Charles: II, 45, 445; III, 61, 67, 189, 219, 259, 377, 428.
David, Lucas: IV, 146.
Debussy, Claude: III, 52.
Delius, Wilhelm: I, 123.
Demócrito: I, 168, 171, 175, 199, 206; III, 405.
Deussen, Marie: I, 118, 119, 126, 128, 141, 225.
Demóstenes: II, 62, 127, 203, 204, 237.
Dempe, Rolf: I, 22.
Descartes, René: III, 93, 259, 344.
Deussen, Maria: III, 121.
Deussen, Paul: I, 74-75, 82, 100, 117, 118, 121, 122, 131, 140, 153, 169, 171, 172, 178, 179, 184, 193, 203, 222, 226; II, 52, 59, 65, 67, 92, 110, 120, 125, 126, 158, 167, 176, 408; III, 45, 389, 390, 397, 429, 443, 471, 473, 492-493, 494, 514, 516; IV, 12, 16, 17, 57, 67, 137.
Devrient, Eduard: II, 211.
Devrient, Emil: I, 185, 187.
Diderot, Denis: III, 480; IV, 29.
Dilthey, Wilhelm: II, 109; III, 259, 409.
Dindorf, Wilhelm: I, 165, 166, 177.
Diodati, Gräfin: II, 285, 295.
Diógenes Laercio: I, 166, 167, 168, 169, 171, 196, 206, 226: II, 53, 63, 97, 99, 166, 206, 256, 388, 438: III, 22, 86, 182, 186, 300, 376, 381, 382, 418, 476; IV, 133.
Dönhoff, Marie: II, 388.
Donizetti, Gaetano: II, 55.
Dostojewski, Fedor M.: III, 91, 406, 407, 410, 415, 427; IV, 29, 201.
Doudan, Xaver: II, 455.
Dove, Alfred: II, 192-193.
Draper, John William: III, 410.
Druscowitz, Helene: III, 233, 278, 279, 280, 281; IV, 231.
Dubois-Reymard, Emil: III, 77.
Dühring, Karl Eugen: III, 64, 180, 184, 258, 261, 279, 298, 319, 338, 344, 409, 417; IV, 231.
Dumas, Alejandro: III, 75.
Dunant, Henri: II, 201.
Dunkers, Carl: III, 353.
Dyck, Anthonis Jan: II, 399.

Eckhart, Meister: I, 206.
Ehrlich, Joseph E.: II, 376.
Eckermann, Johann Peter: II, 436; III, 30.
Edison, Thomas: III, 230.
Eiser, Otto: II, 390, 411-415, 420, 422, 441; II, 12, 138, 139.
Emersan, Ralph Waldo: I, 103, 105, 171; III, 220.
Empo: II, 98-101; III, 177.
Engelmann, Wilhelm: II, 118.
Epicuro: I, 166, 206; II, 133; III, 22.
Erasmo, Desiderio: III, 80.
Erlecke: III, 322.
Ermananch: I, 84, 92.
Eurípides: I, 225; II, 69, 135, 203.
Exner, Adolf: II, 25; IV, 109.
Exner, Marie: II, 25; III, 271.

Federico III (Hohenzollern): III, 459, 518; IV, 26.
Feuerbach, Ludwig: I, 23; II, 111, 335; III, 79, 273.

Fick, Adolf: III, 66.
Fichte, Johann Gottlich: III, 93; IV, 208.
Fino, Davide: IV, 22, 33.
Fischer, Kuno: I, 174, 207, 211; II, 111; III, 64, 66, 180, 186, 258.
Fitting, Hermann: II, 16.
Flath, L. F.: I, 192.
Flaubert, Gustave: III, 463.
Flims: II, 216-219, 248, 249.
Flügge, Herr: II, 400.
Foissac, Pierre: III, 77.
Förster, Bernhard: III, 80, 160, 162, 163, 203, 239, 265, 268, 324, 325, 326, 331, 332, 333, 334, 335, 336, 350, 351, 420, 455; IV, 72, 98, 99, 100.
Frank, César: III, 458.
Freud, Sigmund: III, 89, 205, 299.
Freund, Robert: III, 275, 280, 281.
Freytag, Alwine: III, 483; IV, 93, 95, 120, 122, 128.
Freytag, Gustav: I, 103.
Friedrich Wilhelm: IV; I, 33.
Fritzsch, E. W.: II, 118, 119, 122, 144, 164, 192, 224, 227, 247, 314, 319, 396, 429, 431; III, 96, 282, 362, 382, 383, 414, 435, 469, 510, 511, 512, 513, 514, 517, 518; IV, 117, 192; V, 210, 214, 232.
Fuchs, Carl: I, 43; II, 95, 226, 277, 295, 318-324, 339, 407, 444; III, 170, 471, 477, 478, 488, 489, 490, 492, 502, 510, 529; IV, 18, 45, 56, 64, 65, 84, 89, 108, 173.
Fürstenberger-Vischer, Georg: IV, 143-144, 158.
Fynn, Emily y Tochter: III, 249, 337, 350, 354, 394, 414, 422, 429, 430, 443; IV, 58, 69.
Fade, Niels: II, *417.

Galilei, Galileo: II, 311.
Galton, Francis: III, 218.
Gast, Peter (Koselitz, Heinrich): I, 31, 138; II, 103, 169, 261, 319, 324, 328, 339, 340, 398; III, 59-60, 68-69, 82, 96, 121, 123, 201, 227, 230, 231, 274, 414, 445, 448, 488, 508, 516, 529; IV, 34, 62, 117, 169, 172, 173.
Gassmann: I, 126.
Geffcken, Heinrich: III, 528.
Geibel, Emanuel: I, 97, 176, 427.
Gelpke, Ludwig: II, 201.
Gelzer, Clara: IV, 66, 67, 101.
Gelzer, Heinrich (hijo): II, 109.
Gelzer, Henrich: II, 108; IV, 89, 109.
Gemelli, Bonaventura: II, 132.
Gerlach, Franz Dorotheus: II, 33, 34, 36-39, 43, 52, 75, *206, 382.
Gersdorff, Carl Van: I, 85, 87, 135, 136, 140, 157, 164-184, 188, 189, 191, 193, 204, 210, 213, 224; II: 42, 58, 61, 65, 66, 82-83, 90, 92, 93, 96, 97, 100, 119, 120, 121, 122, 128, 139, 149, 151, 167, 173, 174, 179, 182, 187, 192, 195, 205, 208, 213, 215, 216, 218, 219, 221, 224, 225, 229, 231, 236-237, 238-239, 243, 244, 247, 252, 258, 260, 266, 269, 271, 273, 275, 280, 282-283, 284, 285, 289, 293, 309, 314, 323, 345, 357, 378, 393-394, 423, 424; III, 45, 55-57, 72, 74, 75, 82, 156, 176, 181, 232, 294, 295, 315, 451; IV, 72, 107; IV, 131, 173.
Gessler, Albert: IV, 12.
Gerlach, Frank Doroteus; III, 356.
Geyer, Ludwig: III, 218.
Gfrörer, August Friedrich: II, 265.
Girard, Charles François: II, 283.
Glasenapp, Carl Friedrich: III, 259.
Glinka, Michail: III, 91.

Glogau, Berta: III, 278.
Gluck, Willibaldran: II, 48, *417; III, 457.
Gneisenau, Neithart von: I, 30.
Goethe, Wolfgang Von: I, 48, 49, 61, 155; II, 27, 31, 42, 61, *119, 217, 249, 313, 348, 352, 368, 445; III, 30, 34, 81, 85, 124, 146, 152, 171, 183, 185, 189, 190, 207, 236, 274, 298, 344, 376, 378, 426, 432, 433, 463, 510; IV, 54, 194, 198, 215.
Goethe y Schiller (Archivo de Weimar): I, 13-14, 31; III, 20, 432, 472; IV, 54, 129; IV, 136, 137, 164, 208.
Gogh, Vincent van: IV, 14.
Gogol, Nikolaj: III, 70.
Goldmaric, Karl: IV, 21.
Goldschmidt, Wilhelm: III, 406.
Goncourt, Edmar y Jules: III, 220, 427, 463, 485.
Gossmann, Friedericke: I, 127.
Gotthelf, Jeremias: II, 43.
Götz, Hermann: IV, 231.
Gracián, Baltasar: III, 246.
Granier, Raimond: I, 98-99, 101, 143, 144.
Gregorovius, Ferdinand Adolf: II, 314; III, 198, 218, 320.
Grimm, Jakob: II, 159, 314.
Grimm, Wilhelm: I, 84, 449.
Groth, Klaus: I, 97, 103; IV, 173.
Guerrieri Gonzaga, Emma: II, 240, 241, 243, 249, 265, 295, 388.
Guillermo I: II, 360, 432; III, 459.
Guillermo II: III, 518, 522, 529.
Guillot, Hendrik: III, 92-94.
Guiraud, Ernest: III, 70.
Gusselbauer, Cäcilie: III, 40, 58, 231.
Gustav-Adolf (Academia): 125, 142.
Gutjahr, Oscar: IV, 138.

Häckel, Ernst: III: 67.
Hagen, Eduard van: III, 33, 327.
Hagenbach, Friedrich: II, 374.
Hagenbach-Bischoff, Eduard: III, 77; IV, 143, 154, 155.
Händel, Georg Friedrich: III, 344.
Halévy, Ludovic: III, 70.
Hanslick, Edvard: I, 171; II, 312; III, 224.
Hansson, Ola: I, 40.
Harnack, Adolf: III, 436.
Hartmann, Eduard van: II, 58, 111, 232, 233, 265; III, 258, 298.
Hartmann, Gustav: II, 16, 32.
Hase, Karl van: I, 83.
Haushalter, Bruno: I, 120, 147.
Haydn, Joseph: I, 51, 191; III, 84, 169.
Haym, Rudolf: I, 158.
Hebbel, Friedrich: I, 127, 184.
Hegar, Friedrich: II, 103, 246; III, 213, 276, 361.
Hegel, Georg W. F.: I, 171, 174; II, 97, 109, 155, 265, 310, 312; III, 344, 376, 485, 486.
Heine, Heinrich: II, 306; III, 185, 344, 378, 490.
Heinimann, Felix: I, 14.
Heinze, Max: I, 73; II, 109, 241, *283; III, 27, 161, 353; IV, 98, 152, 173.
Helmholtz, Herman: III, 66.
Hellen, Eduard; IV, 149.
Hengster, Heinrich: II, 222.

Henschel, Frau: III, 202.
Heráclito: II, 138, 186, 187; III, 441.
Herder, Johann Gottfried: II, 315; III, 433, 472; IV, 203.
Hermann, Gottfried: II, 95.
Herodoto: II, 62, 71, 203; III, 182.
Herold, Johannes: I, 31.
Herzen, Alexander: II, 326, 336.
Herzen, Natalia: II, 329, 391; III, 101.
Herzog, Eduard: II, 26.
Hesiodo: I, 169, 206, 207, 221, 232; II, 53, 62, 126, 127, 156, 163, 206.
Heusler, Andreas: II, 14, 15; III, 514-517; IV, 126, 141, 143; IV, 232.
Heusler, Friedrich: IV, 141, 142, 145, 147, 158, 159, 162.
Heyne, Mariz: II, *283, 398.
Heyse, Paul: II, 314.
Hezel, Kurzt: II, 222.
Hillebrand, Karl: II, 208, 306-318, 319; III, 27, 281, 491, 517.
Hiller, Ferdinand: I, 136, 137, 138.
Hindermann (familia): II, 249.
Hobbes, Thomas: III, 376.
Hoffmann van Fallersleben: I, 103.
Hoffman, Carl Ernst Emil: II, 104, 286.
Hoffmann von Fallersleben: I, 98.
Hoffmann, Ernst T. A.: I, 78; II, 378; III, 264, 315.
Hofmannsthal, Hugo van: III, 177.
Hofmiller, Josef: III, 485.
Hohenzollern (dinastía): IV, 23, 28.
Hölderlin, Friedrich: I, 70-71, 188; II, 99, 332, 337; III, 73; IV, 14, 20; V, 61, 82.
Hohenzollern (dinastía): II, 245.
Holstein, Conrad: II, 108.
Holten, Carl van: III, 488, 489, 494.
Holtzhauer, Helmuth: I, 14.
Homero: I, 169, 207, 231, 232, 234; II, 53, 133, 156.
Horneffer, August: IV, 163, 172.
Howald, Ernst: II, 42.
Huber, Hans: II, 417, 421.
Hueffer, Franz: I, 181.
Hugo, Victor: III, 344, 409, 463, 486.
Hume, David: III, 376.

Ibsen, Henrik: III, 463.
Immermann, Hermann: II, 147, 273, 422.
Iselin-Stasin, Isaac: IV, 144.

Jäger, Gustav: III, 67.
Jacoby, Johann: I, 173.
Jahn, Otto: I, 124, 135, 138, 158.
Jaussen, Johanner: III, 220.
Jaspers, Karl: I, 14; II, 113; III, 11, 12, 188; IV, 13, 15.
Jean, Paul: II, 65; III, 316.
Jovkowsky, Paul van: III, 113, 114, 257.
Jung, Carl Gustav: II, 371.
Juvenal: I, 139.
Jung-Stilling, Johann Heinrich: III, 30.

Kaftan, Julius: III, 493-503; IV, 11, 15.
Kahl, Oskar: II, 101.
Kahnis, Karl Friedrich August: I, 155.
Kant, Immanuel: I, 19, 171, 172, 174, 175, 212: II, 111, 138, 139, 188, 254, 257, 267, 313; III, 29, 64, 66, 93, 193, 231, 258, 279, 298, 341, 343, 344, 374, 376, 427, 494.
Karpenstein, Hans: I, 10.
Keil, Karl: I, 106.
Keller, Gottfried: II, 245; III, 60, 125, 180, 189, 266, 269-274, 401, 426, 443, 455.
Kelterbern, Louis: II, 176, *198, 199, 205, 272, 276-277, 417, 422, 424; III, 179.
Kepler, Johannes: II, 311.
Kerner, Justinus: I, 80.
Kessler, Harry Graf: IV, 157.
Kierkegaard, Soren: III, 46, 71, 93, 212, 264, 469.
Kiessling, Adolf: I, 219, 226; II, 33.
Kinkel, Gottfried (hijo): I, 180, II, 47-48; III, 95.
Kinkelin, Hermann: II, *283.
Kipke, Karl: II, 429-430.
Klein, Wilhelm: II, 274.
Kleinpaul, Rudolf: I, 179.
Kleist, Heinrich von: IV, 14.
Klemm, Susanne: I, 214; II, 67.
Klindworth, Karl: II, 250.
Klopstock, Friedrich Gottlieb: IV, 208.
Klucker, Christian: III, 245.
Knoodt, Peter: II, 253.
Knortz, Karl: III, 492.
Koberstein, Karl August: I, 71, 83, 85.
Koch (gramática griega): II, 204.
Köchlin (familia de Basel): III, 354.
Koeckert: II, 295, 391.
Kögel, Fritz: IV, 125, 136, 149, 155, 157, 163, 169.
Kohl, Otto: I, 181; III, 285, 286.
Kopp, Herman: II, 227.
Körner, Theodor: II, 61.
Kortüm, Franz: II, 34.
Köselitz, Heinrich: II, 206, 282-283, 289, *300, 338-343, 344, 345, 346, 355, 366, 378, 387, 390, 395, 396, 397, 398, 410, 420-422, *425, 427, 428, 431, 433, 435, 441, 449, 453, 456; III, 17, 18, 20, 22, 24, 25, 26, 27, 29, 30, 31, 32, 38, 40, 41, 43, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58-59, 61, 62, 65, 66, 68, 69, 72, 74, 75, 76, 82, 83, 84, 85, 102, 106, 107, 110, 111, 112, 118, 125, 127, 128, 129, 134, 137, 138, 139, 142, 144, 145, 146, 148, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 160, 161, 162, 164, 167, 171, 175, 176, 179, 180, 181, 182, 193, 194, 198, 202, 208, 213, 223, 224, 225, 226, 231, 232, 234, 247, 248, 265, 268, 270, 271, 275, 276, 277, 278, 288-290, 295, 298, 307, 312, 313, 315, 317, 318, 319, 320, 321, 324, 330, 337, 351, 352, 353, 358, 360, 361, 362, 382, 383, 385, 391, 392, 394, 395, 400, 401, 406, 407, 411, 412-413, 415, 419, 420, 422, 432, 435, 442, 443, 445, 447, 450, 462, 465, 466, 467, 473, 481, 482, 484, 485, 489, 493, 495, 497, 498, 499, 503, 504, 508, 511, 517, 524, 525, 526, 528, 529; IV, 16, 19, 22, 26, 27, 28, 30, 31, 39, 40, 42, 43, 44, 46, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 56, 62, 63, 64, 65, 72, 74, 75, 76, 78, 80, 81, 83, 84, 86, 88, 89, 90, 98, 102, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 120, 122, 123, 124, 125, 131, 132, 134, 135, 138, 163, 166, 168, 169, 170, 173, 174, 199, 200, 234.
Krafft, Wilhelm: I, 124, 125.
Krämer, Arnold: I, 188; IV, 168.
Krause, Cristoph Friedrich: I, 28, 46; III, 433.
Krause, Ernst: III, 67.

Krause (familia): I, 26, 28.
Krug, Gustav: I, 46-47, 52, 65, 76-81, 96, 104, 188; II, 58, 120, 122, 144, 154, 167, 169, 174, 253, 254, 451; III, 50, 161; IV, 97, 98.
Krug, Klärchen; IV, 109.
Krüger, Otto: II, 411, 412.
Kruse, Max: IV, 167.
Kuh, Emil: III, 272.
Kürbitz (banquero en Naumburg): III, 19, 420.
Kym, Hedwig: III, 242, 425.
Kym, Andreas Ludwig: III, 242-243.

La Bruyère, Jean: II, 388.
Lachmann, Karl: II, 388.
Ladenburg, A.: II, 227.
Lachner, Franz: II, 210.
Lagarde, Paul: II, 208, 427.
Laube, Heinrich: I, 214.
Laugbehn, Julius: IV, 47, 73, 77, 78, 81, 84, 85, 86, 87, 89, 109.
Lange, Martín Hugo: III, 461.
Lange, Friedrich Albert: I, 171, 173, 174, 175, 176, 199, 206; II, 111, 188, 442; III, 10, 13, 66, 186, 476.
Lanzky, Paul: III, 199-203, 213, 265, 284, 285, 286, 401, 429.
La-Roche, Daniel: II, 14.
La Rochefoucauld, François: II, 388, 457.
Lavater, Caspar: III, 236.
Lecky, William: III, 409.
Leibniz, Gottfried W.: III, 93, 344.
Leonardo da Vinci: II, 174.
Leopardi, Giacomo: II, 303, 332, 337, 454; III, 163.
Lermontov, Michail: I, 97; III, 29, 30.
Lesage (Le Sage), Alain René: II, 378.
Lessing, Gotthold Ephraim: I, 133, 167; II, 125.
Levi, Hermann: II, 140; III, 80, 128, 448.
Levy, Oscar: III, 248, 252.
Leszcinski, Stanislaus: I, 26.
Lichtenberger, Henri: IV, 166.
Lipiner, Siegfried: II, 408-409, 427; III, 181, 204, 210, 454, 455.
Liszt, Franz: I, 84, 160, 184, 224; II, 57, 75, 147, 250, 263, 358, 361, 364, 388, 439; III, 39, 109, 171, 275, 280, *285, 388, 389, 459, 486; IV, 133.
Livio, Tito: I, 100.
Locke, John: III, 376.
Loën, August Friedrich: III, 82.
Loti, Pierre: II, 302.
Lucca, Francesco: III, *225.
Luis II de Baviera: II, 21, 27, 29, 83, 103, 210, 356, 358, 361; III, 39.
Lutero, Martín: I, 93; II, 267, 313, 348; III, 267, 259, 345, 366, 375, 441.

Mädler, Johann Heinrich: II, 227.
Mahler, Gustav: III, 169, 230.
Mähly, Jacob Achilles: II, 36-38, 52, 68, 109, 206, 282, 374, 375, 398: IV, 48, 65, 66, 176.
Maier, Mathilde: II, 238, 360, 443.
Mainländer, Philipp: III, 318.
Mallarmé, Stéphane: III, 189.
Manet, Edouard: II, 446.
Mann, Thomas, F.: 122; IV, 12.

Mansuroff, Fürstin: III, 313, 317, 350, 354, 387, 422, 429; IV, 69.
Maquiavelo, Nicolás: I, 97; III, 30.
Marr, Wilhelm: II, 361-364.
Martensen, Haus Lassen: III, 46.
Marx, Karl: I, 233, 234; II, 139, 185; III, 188, 230, 269.
Massini, Rudolf: II, 420, 457.
Matjeko, Jan: III, 216.
Mayer, Julius Robert: III, 60, 61, 180; IV, 82.
Mazzini, Giuseppe: II, 12, 105, 221, 222, 326; IV, 72.
Mendelssohn-Bartholdy, Felix: I, 51, 63; II, 149-151, 211, 250, 263, 395, *417; III, 346, 471; IV, 157, 158.
Menipo: I, 214.
Merian, Peter: I, 14, 42, 374.
Merian-Burckhardt, señora: IV, 144.
Merian, Adolf: IV, 144.
Merian-Thurneysen, Cecile: IV, 144.
Merian, Johann Jakob: IV, 143.
Merian, Christoph: IV, 142.
Merimée, Próspero: II, 303, 455; III, 49, 70, 71, 198, 344, 427.
Meilhac, Henri: III, 70.
Meuli, Karl: I, 14.
Meyerbeer, Giacomo: II, 149, 353, 434.
Meyer, Guido: I, 73, 100-101.
Meyer-von Knonau, Gerold: III, 242.
Meyer, Conrad Ferdinand: III, 426.
Meysenbug, Malwida von: I, 208; II, 132, 153, 154, 173, 174, 182, 188, 194, 207, 237, 240, 258, 260, 265, 279, 282, 285, 294, 297, 309, 316, 324-338, 342, 345, 348, 356, 358, 364, 367, 368, 371, 372, 375, 376, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 384385, 389, 391, 392, 393, 394, 398, 399, 400, 403, 404, 405, 407, 409, 410, 411, 412, 414, 421, 422, 435, 437; III, 14, 27, 32, 33, 38, 45, 73, 78, 87, 91, 95, 96-98, 99, 100, 101, *112, 113, 114, 115, 136, 140, 142, 143, 150, 151, 153, 157, 159, 164, 208, 209, 211, 214, 215, 217, 229, 233, 237, 239, 241, 249, 250, 257, 260, 262, 265, 267, 298, 299, 388, 400, 406, 408, 415, 421, 429, 457, 491, 506, 507, 518; IV, 16, 22, 59, 60, 69.
Mriaskowski, August e Ida: II, 242, 259, *283.
Miescher, Johann Friedrich: IV, 36, 37.
Miguel Angel: II, 49.
Mill, John Stuart: III, 377, 463.
Milton, John: III, *29.
Minghetti, Laura: II, 364; III, 239.
Misteli, Franz: II, 375; IV, 160.
Möbius, Paul Julius: I, 34, 41, 177; III, 12, 13; IV, 13, 36, 38; IV, 171.
Mohr, Karl Friedrich: II, 227.
Mommsen, Theodor: II, 40-41.
Monod, Gabriel y Olga: II, 133, 174, 194, 328, 329, 332, 404, 405, 410, 423; III, 14, 27, 99, 101, 506; IV, 33, 59.
Montaigne, Michael: II, 269, 388, 458; III, 246, 344, 463.
Montalembert, Charles: III, 409.
Montegut, Emile: III, 219.
Montinari, Mazzino: I, 13.
Moro, Tomás: III, 30.
Mosengel, Adolf: II, 88.
Mottl, Felix: II, 250; III, 351, 353, 448.
Mozart, Wolfgang Amadeus: I, 63, 125; II, 48-49, 127, 191, 283; III, 53, 71, 76, 84, 128, 169, 183, 192, 206, 212, 224, 344, 374; IV, 183.
Müller, Friedrich: II, 419, 420.

Müller (esposa del doctor): III, 284.
Müller van Königswinter: I, 185.
Münch, Alfred: II, 204.
Musaeo: I, 169.
Mushacke, Hermann: I, *119, 138, 141, 142, 143, 145, 146, 151, 154, 157, 164, 165, 167, 172, 173, 181, 183, 189, 193, 195, 198.
Musset, Alfred: III, 49.
Mussorgskij, Modest: II, 261; III, 91.

Napoleón Bonaparte: I, 55; II, 79, 185; III, 151, 152, 218, 375, 378; IV, 232.
Napoleón III: I, 190.
Nauman, C. G.: III, 157, 273, 295, 360, 484, 512, 515, 525; IV, 53, 55-56, 84, 103, 105, 106, 107, 113, 114, 115, 116, 117, 127, 132, 153, 170, 201, 210, 214, 233.
Neumann, Augelo: III, 80.
Newtar, Isaac: II, 311.
Nielsen, Rosalie: II, 215-216, 221, 222-223.
Niemann-Seebach, Marie: I, 185.
Nietzsche, Christoph: I, 26.
Nietzsche, Auguste: I, 38, 42.
Nietzsche, Rosalie: I, 38, 42, 56, 115, 125, 126, 128, *149, 210.
Nietzsche, Friedrich August Ludwig: I, 27, 31, 33.
Nietzsche (Krause), Erdmothe: I, 28, 31, 33, 42-43, 55, 126.
Nietzsche (Oehler) Franziska: 27, 34, 37-38, 43-44; IV, 104.
Nietzsche, Karl Ludwig: I, 27, 33-34, 37-42.
Nietzsche-Archivo (Naumburgo y Weimar): I, 22; III, 202, 419; IV, 128-136, 149, 152, 158, 159.
Nietzsche (Föster): Elisabeth: I, 9, 13, 36, 37, 41, 48, 129-133, 143; II, 85, 94, 104, 154, 175, 208, 217, 219, 242, 243, 267-269, 304, 305, 328, 390, 391, 392, 394, 404, 422, 423, 444, 454, 459; III, 27, 106, 110, 114, 115, 116, 118, 119, 122, 139, 142-144, 157, 158, 159, 240, 250, 255, 267, 268, 300, 307, 418, 419, 454; IV, 9, 11, 49, 50, 99, 100, 103, 106, 110, 115, 116, 117, 118, 124, 125, 128, 129, 132, 133, 134, 135, 138, 147, 148, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 159, 161, 163, 165, 166, 167, 170, 171, 172.
Nikisch, Arthur: III, 128.
Nohl, Karl Friedrich: III, 285, 286.
Nardau, Max: IV, 213.
Novalis, Friedrich von: I, 76; III, 185.

Obsschatz (impresor): III, 54.
Oehler, Max: I, 22, 26, 29-30.
Oehler, David Ernst: I, 28, 34, 36-37.
Oehler-Hahn, Wilhelminne: I, 37; II, 62, 382.
Oehler, Thevbald: I, 35; III, 63.
Oehler, Adalbert: I, 48, 129; IV, 102, 155, 156, 160, 164, 166, 173.
Oehler, Edmund: I, 64, 77; IV, 102, 103.
Offenbach, Jacques: I, 185, 195; III, 188, 318, 410, 457, 489.
Oeri-Burckhardt, J. J.: II, 82.
Olde, Hans: IV, 168.
Oppolzer, Johann Rittervan: I, 42.
Oppenheim (editor en Berlín): III, 491.
Orelli, Aloys van: III, 242.
Orfeo: I, 169.
Osenbrüggen, Eduard: IV, 109.
Overbeck, Franz e Ida: I, 31, 40, 69; II, 74, 76-77, 78, 87; 120, 122, 123, 172, 176, 194, 213, 214, 215, 219, 221, 222, 226, 227, 236, 239, 242, 247, 249, 250, 253, 259, 264, 265-267, 270, 272, 280, 282, 283, 285, 286, 303, 305, 321, 322, 323, 324, 326, 339, 340, 341, 375,

388, 393, 394, 400, 401, 405, 410, 412, 419, 420, 429, 433, 437, 441, 444, 449, 450, 453, 455, 456; III, 14, 16, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 30, 30, 32, 33, 38, 44, 45, 46, 47, 50, 53, 55, 59, 60, 62, 64, 66, 67, 68, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 84, 90, 98, 102, 103, 108, 109, 110, 122, 127, 128, 129, 130, 132, 133, 135, 137, 138, 139, 141, 142, 143, 144, 147, 148, 149, 150, 153, 154, 157, 158, 159, 161, 162, 164, 165, 180, 199, 200, 201, 203, 207, 208, 209, 210, 213, 223, 225, 227, 229, 233, 246, 247, 248, 260, 261, 265, 267, 271, 281, 282, 285, 286, 287, 298, 306, 307, 308, 311, 312, 318, 322, 323, 324, 326, 327, 330, 337, 338, 339, 340, 350, 352, 353, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 383, 391, 392, 393, 395, 396, 397, 398, 401, 402, 404, 406, 407, 413, 414, 415, 418, 422, 424, 425, 436, 445, 480, 482, 490, 495, 501, 502, 504, 508, 512, 513, 515, 516, 517, 518, 521, 523, 525, 529; IV, 15, 22, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 69, 72, 76, 79, 80, 81, 83, 85, 86, 88, 90, 91, 94, 95, 98, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 107, 108, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 120, 121, 122, 123, 125, 126, 128, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 146, 147, 151, 152, 154, 155, 157, 159, 160, 161, 166, 169, 171, 173, 174, 209.

Ott, Louise: II, 366-370, 388; III, 121, 129, 298; IV, 46, 170.

Paneth, Josef: III, 198, 203-205, 454, 455.
Parménides: III, 376.
Patti, Adelina: I, 127.
Petöfi, Alexander: I, 97, 128.
Pericles: I, 201.
Pestalozzi, Johann Jakob: III, 236.
Peter, Karl Ludwig: I, 106.
Peters, Carl: III, 333.
Petrarca, Francesco: III, 80.
Pforta: I, 94, 97, 101, 103, 107, 108, 109, 110, 151, 178, 193, 199, 205; II, 241, 276; III, 239, 300, 325, 339, 388, 461; IV, 108, 112.
Piccar, Jules: II, *283.
Píndaro: I, 168; II, 31, 197, 203.
Pinder, Eduard: I, 46, 47, 48.
Pinder, Karoline: I, 46.
Pinder, Sophie: IV, 96-98, 127.
Pinder, Wilhelm: I, 46-47, 52, 53, 54, 65, 67, 76-78, 96, 111, 131, 140, 188, 189; II, 120, 144, 149; IV, 109.
Pfeiffer, Ernst: I, 13.
Planta, Meta van: III, 24.
Platón: I, 107, 172, 174, 206, 211; II, 53, 97, 127, 132, 134, 136, 159, 166, 184, 202, 203, 205, 206, 207, 228, 252, 265, 344, 374, 403, 426; III, 94, 182, 191, 211, 231, 297, 298, 341, 344, 363, 376, 381, 402, 404, 405, 441, 442, 522, 530.
Plauto: I, 156.
Plotino: III, 191.
Plutarco: II, 217, 232.
Poe, Edgar Alan: III, 30.
Pohl, Richard: II, 387; III, 285, 286, 508, 510, 526, 528; IV, 216.
Porges, Heinrich: II, 29.
Pouillet, Claude Gervais Mathias: II, 227.
Preen, Friedrich von: II, 345, 427, 435.
Puccini, Giacomo: III, 188, 457.
Pufendorf, Samuel von: I, 30.
Puschkin, Alexander: I, 97, 128; III, 70, 90.
Puschmann, Th.: III, *151.

Raabe, Hedwing: I, 185-187.
Racine, Jean: III, 261.

Radezki, Josef von: II, 12.
Rafael, Raffaello Sanzio: I, 175; II, 49.
Ranke, Leopold: II, 47, 388; IV, 208.
Rantzau (señorita); III, 317.
Rascovich, Robert: III, 56.
Rau, Leopold: II, 119.
Rauchenstein, Rudolf: II, 36.
Redtel, Anna: I, 110, 111; III, 325.
Rée, George: III, 83.
Rée, Paul: I, 35, 174; II, 132, 205, 215, 282, 296-300, 365, 375, 376, 378, 379, 380, 381, 383, 384, 385, 386, 389, 390, 392, 393, 403, 407, 408, 409, 418, 424, 429, 430, 432, 435, 436, 438, 441, 442, 449, 450-51; III, 14, 23, 25, 27, 28, 29, 30, 32, 34, 38, 40, 43, 44, 45, 50, 51, 63, 74, 75, 76, 78, 79, 83, 86, 96-99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 109, 113, 114, 115, 116, 118, 119, 125, 126, 128, 130, 132, 133, 136, 144, 156, 158, 159, 160, 187, 202, 208, 210, 213, 223, 257, 265, 279, 327, 437, 469, 492, 501.
Renan, Joseph Ernst: II, 307, 442; III, 408, 409, 427, 463, 519.
Respinger, Johann Rudolf: II, 372.

Ribbeck, Otto: II, 33, 208.
Riccius, Carl August: III, 488.
Richter, E. F.: II, 339-340.
Richter, Hans: II, 29, 63, 85, 100, 101, 129, 325.
Richter, Raoul: IV, 157, 158.
Riedel, Carl: II, 192, 323.
Riemann, Hugo: II, 318; III, 170, 477, 487, 489.
Riemenschneider, Georg: II, 320, 322.
Rilke, Rainer Maria: III, 89.
Ritschl, Sophie: I, 214; II, 59, 382.
Ritschl, Friedrich: I, 125, 134-135, 136, 143, 155, 156, 157, 161, 164-166, 168, 177, 178, 181, 193, 199, 203, 204, 208, 210, 217, 217, 219, 220, 226, 228, 233; II, 22, 22-35, 46, 52, 55, 58, 59, 63, 68, 95, 97, 148, 158, 162, 163, 164, 166, 174, 179, 193, 226, 226, 234, 500; IV, 208.
Ritter, Karl: III, 34.
Rimskij-Korsakow, Nicolás: II, 261; III, 91.
Robilaut, Claude de: IV, 25.
Rohde, Erwin; 1, 168, 179, 181, 182, 183, 184, 185, 195, 196, 198, 201, 203, 204, 207, 208, 209, 210, 212, 213, 215, 217, 218, 219, 221, 223, 225; II, 15, 21, 22, 43, 50-55, 60, 65, 66, 70, 71, 73, 74, 92, 95, 98, 103, 107, 111, 113, 118, 119, 120, 121, 122, 125, 128, 129, 132, 147, 148, 150, 152, 153, 154, 155, 157, 158, 159, 160, 164, 165, 166, 168, 170, 171, 173, 174, 176, 177, 178, 184, 191, 193, 194, 207, 208, 212, 213, 214, 217, 218, 219, 220, 221, 225, 226, 227, 229, 234-234, 239, 243, 245, 253, 260, 266, 267, 268, 276, 278, 280, 282, 283, 291, 300, 312, 316, 323, 344, 345, 346, 393, 394, 401, 409, 417, 437, 438, 440, 453; III, 22, 27, 28, 38, 45, 73, 75, 78, 82, 113, 124, 206, 211, 231, 233, 298, 350, 359, 383, 395, 396, 397, 417, 418, 419, 420, 451; IV, 16, 17, 34, 54, 60, 61, 62, 69, 71, 72, 81, 96, 103, 128, 131, 133, 134, 135, 154, 209.
Rodin, Auguste: II, 446.
Rohn (Anticuario de Leipzig): I, 154, 157.
Rohr, Berta: II, 403; III, 249, 250, 251.
Romundt, Heinrich: I, 178, 203, 218, 223; II, 125, 171, 193, 205, 213, 215, 218, 219, 242, 246, 253, 266, 267, 271, 281, 297, 303, 320, 321, 345; III, 22, 27, 67, 122, 132.
Roscher, Wilhelm: I, 161, 179, 203, 215.
Rose, Valentin: I, 192.
Rossini, Gioacchino: I, 185; II, 55, 233; III, 69, 75, 76.
Rothpletz (familia de Ida Overbeck): III, 19, 27.
Rousseau, Juan Jacobo: I, 99; III, 93, 258, 374, 440.

Rubens, Pedro Pablo: II, 399.
Rubinstein, Josef: III, 33, 39.
Rückert, Friedrich: I, 97, 103.
Ruthardt, Adolf: III, 313-317.
Rütimeyer, Ludwig: II, 42-45, 75, 445; III, 189.

Saint-Saëns, Camille: II, 84.
Saint-Siman, Louis de Rouvroy, duque de: III, 220.
Salis, Meta von: III, 14, 233, 235-245, 265, 278, 279, 298, 387, 417, 425, 430, 434, 443, 493, 494, 495, 502, 516, 15, 19; IV, 24, 129, 157, 163, 164, 165, 166, 167.
Salomé (Wilm), Louise: III, 90, 101.
Salomé (Andreas), Lou: I, 13; II, 214, 261, 305; III, 65, 89-126, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 140, 142, 143, 144, 157, 158, 160, 161, 163, 177, 180, 186, 187, 201, 208, 210, 215, 222, 233, 250, 257, 265, 298, 300, 307, 408, 421, 436, 448, 501; IV, 132, 133.
Salomé, Gustav von: III, 90, 92.
Sand, George, III, 45, 46, 49, 463; IV, 133.
Sarasin-Vischer, Rudolf: IV, 158.
Sarasin-Brunner, Rosalie: IV, 143, 144.
Sarasin, Karl: IV, 143.
Scott, Walter: II, 253, 283.
Senger, Alexander von: II, 292.
Senger, Paulina von: II, 292.
Sclottmann, Constantin: I, 125.
Schiess-Gemuseus, Heinrich: II, 389, 422; IV, 143, 144.
Schafhäult, K. Franz Emils von: III, 422.
Schlegel, Johann Elias: I, 30; IV, 208.
Schelling, Friedrich W.: II, 109, 233, 287; III, 376.
Schellwien, R.: IV, 166.
Schemann, Ludwig: II, 365; III, 150.
Schenk, Marie: IV, 172.
Schenk (Nietzsche), Mathilde: IV, 172.
Schenkel, Moritz: I, 179.
Schenkel, Rudolf: I, 179, *187.
Scherer, Wilhelm: II, 427.
Scheuer, O. F.: I, 138, 147.
Schaarschmidt, Carl: I, 124, 134, 171.
Schiller, Friedrich: I, 61; II, 61, 348; III, 73, 93, 375, 426; IV, 194, 197.
Schirnhofer, Resa van: III: 213-223, 233, 251, 253, 254, 255, 256, 276, 298, 313, 415, 496, 510; IV, 11, 15, 165, 166.
Schlechta, Karl: I, 10, 13.
Schlegel, August W.: I, 123.
Schleiermacher, Friedrich; II, 109.
Schleinitz, Marie von: II, 324, 432.
Schlöth, Ferdinand: II, 201.
Schmeitzner, Ernst: II, 252, 289, 340, 342, 386, 387, 427, 428, 429, 430, 431, 441, 443, 449, 453, 454; III, 27, 47, 54, 85, 142, 207, 210, 281, 282, 288, 321, 322, 337, 338, 362, 382.
Schnabel, Ernst: I, 117, 118.
Schneidewin, Friedrich Wilhelm: III, 355.
Schoedler, Fr.: I, 132.
Schöll, Fritz: III, 418.
Schlosser, Friedrich Christoph: II, 316.
Schönberg, Gustav von: II, 32, 74; III, 189.
Schopenhauer, Arthur: I, 152, 157, 158, 160, 164, 167, 171, 172, 173, 174, 175, 178, 182, 184, 195, 196, 206, 211, 212, 213, 217, 218, 223, 234; II, 31, 54, 82, 85, 91, 92, 93, 97, 108, 111, 113, 124, 131, 134, 138, 139, 141, 155, 159, 189, 233, 250, 252, 254, 303, 306,

310, 312, 321, 326, 327, 328, 331, 332, 339, 340, 349, 350, 387, 406, 408, 432, 442; III, 29, 46, 81, 93, 135, 163, 186, 193, 203, 227, 246, 248, 249, 258, 279, 296, 298, 306, 344, 374, 376, 378, 389, 406, 437, 462, 485, 520, 423, 539.
Schrön, Otto van: II, 389, 390, 441; IV, 91.
Schubert, Franz: I, 51; II, 259, 179.
Schuch, Ernst: III, 274.
Schücking, Levin: II, 239.
Schumann, Clara: I, 127.
Schumann, Robert: I, 63, 78, 80, 123, 126-127; II, 113, 167, 246, 250, 263, 337, 395; III, 169, 314, 374, 421, 471.
Schuré, II, 356, 367, 388.
Schwab, Sophie: III, 203, 204.
Schweizer-Siedler, Heinrich: III, 242.
Sebastian, Franck: III, 85.
Seide, Arthur: IV, 163, 169, 172.
Séneca: III, 530.
Senger, Hugo von: II, 150, 174, 284, 285-288, 291-296, 319, 391.
Seydlitz, Reinhart e Irene: II, 366, 376, 389, 390, 409, 422, 439, 443; III, 327, 337, 480.
Shakespeare, William: I, 30, 69-70, 97; II, 287; III, 81, 152, 259; IV, 194.
Shelley: P. B.: III, 180, 304, 375, 376.
Siebeck, Hermann: II, 401.
Sieber, Ludwig: IV, 143.
Siegfried, Traugott: II, 200.
Simplicio: III, 404, 405.
Speiser, Fritz: II, 199.
Sócrates (socrático): II, 53, 70, 111, 131, 135, 201, 202, 208; III, 344, 532.
Sófocles: I, 107; II, 62, 72, 166, 203, 205, 206; III, 263.
Speiser, Paul: II, 459.
Spencer, Herbert: III, 46, 279, 377, 428.
Spielhagen, Friedrich: I, 123.
Spinoza, Baruch: III, 63-64, 242, 258, 318.
Spir, African: II, 229, 388; III, 67, 180, 344.
Spitteler, Carl: II, 160, 212, 225; III, 179, 180, 233, 274, 280, 305, 399, 444, 452, 456, 462, 470, 490, 507, 509, 512, 524, 526; IV, 56, 217.
Springer, Anton: I, 125, 134, 142.
Stein, Henrich von (profesor en Rostock): II, 110.
Steffensen-Burckhardt, Maria: IV, 144.
Steffensen, Karl Christian Friedrich: II, 108, 109; IV, 143.
Stein, Heinrich von: III, 125, 227-228, 256-265, 290-292, 303, 324, 325, 429; IV, 69.
Steiner, Rudolf: III, 184-185, 211; IV, 135.
Steinhart, Carl: I, 71, 124.
Stendhal, Henri: III, 46, 198, 219, 344, 378, 406, 407, 427, 524.
Stern, Adolf: II, 314.
Stifter, Adalbert: III, 41, 426.
Stirner, Max: IV, 166.
Stöcker, Jakob: II, 29, 129; III, 460, 461.
Stöcker, Adolf: III, 80, 525, 529; IV, 23.
Storm, Theodor: I, 98.
Strauss, David Friedrich: I, 128, 145, 171; II, 210-212, 215, 226, 231, 311; III, 83, 523, 524.
Strauss, Richard: I, 184; II, 197.
Strauss, Johann: III, 410.
Strawinsky, Igor: III, 188.
Sturm, Julius: I, 31.
Suppé, Franz: III, 410.
Sybel, Heinrich von: III, 409.

Taine, Hipolito: II, 307, 427; III, 401, 406, 407, 409, 418, 419, 427, 455; IV, 237.
Tausig, Karl: III, 280.
Teichmüller, Gustav von: II, 106-109; III, 344, 463.
Tempel, Ernst Wilhelm: III, 200.
Teognis: I, 165, 167, 168, 206: II, 127.
Teubner: II, 164, 165; III, 106, 157.
Thoma, Hans: IV, 74.
Thoma, Hans: IV, 74.
Thurneysen-Gemuseus: Eduard: IV, 101.
Tischendorf, Konstantin: I, 166, 177.
Thurneysen-Merian, Emil: IV, 143, 144.
Tittel, Herr: IV, 94, 95.
Tolstoi, Leo: II, 27-28; III, 91.
Tocqueville, Alexis Charles Henri de: III, 409.
Tönnies, Ferdinand: II, 298.
Trampedach, Mathilde: II, 286, 287, 288, 289, 294-295, 304, 333, 345; III, 99.
Traver (familia): II, 249.
Treitschke, Heinrich van: I, 123; II, 316.
Tribschen: I, 138.
Trina (Malwida von Meysen); II, 386, 398.
Tschopp-Holzach, Sabine: II, 404.
Turgeniew, Ivan: III, 70, 126, 463.
Turina, Carlo: IV, 33.
Twain, Mark: II, 259, 403, 427; III, 30, 31.

Ungern-Sternberg (van Pahlen): Isabella: II, 379, 388.
Usedom (condesa): II, 364.
Usener, Hermann: I, 219; II, 54, 165.

Varrón. Marco Terencio: I, 214.
Vaughan, Eliza Clementine (von Senger): II, 292.
Vauvenarges, Luc de: II, 389.
Verdi, Giuseppe: II, 185, 434; III, 146, 188, 212.
Verlaine, Paul: III, 189.
Villari, P.: II, 314.
Vischer-Bilfinger: Wilhelm: I, 219-221, 226; II, 15, 32-38, 39, 42, 51-52, 69, 76, 93, 96, 107, 109, 111, 114, 116, 125, 129, 154, 165, 243, 248, 253, 397, 398, *419; III, 352.
Vischer-Bilfinger, Emma: IV, 143.
Vischer-Sarasin, Eduard: IV.
Vischer, Adolf: IV, 41.
Vischer-Heusler, Sophie: III, 355, 357.
Vischer-Heusler, Wilhelm: III, 355-357; IV, 143.
Vögelin, Friedrich Salomon: III, 243.
Vogler-Rieser, Adolphine: II, 74.
Vogt, L. G.: III, 67.
Volkelt, Johannes: IV, 119.
Volkland, Alfred: IV, 162.
Volksmann, Dietrich: I, 68, 203, 204, 205; III, 317, 389.
Voltaire, Françoise Marie: II, 285, 286, 311, 428, 435, 436, 442; III, 93, 162, 198, 409.
Von der Mühll, Peter: I, 13-14.
Von der Mühll-His, Karl: IV, 148, 150, 151, 153, 155, 157, 159, 160.
Voss, Richard: III, 239.

Wackernagel, Hans Georg; II, 202.
Wackernagel, Jakob: II, 16, 46, 202, 374, 375; III, 460.

Wachsmuth, Wilhelm: II, 316.
Wachtel, Theodor: I, 185.
Wagner, Cosima: I, 14, 21-24, 26, 28-31; II, 57, 63, 64, 65, 70, 72, 73, 84, 85, 87, 91, 92, 94, 98, 100, 101, 102, 104, 110, 113, 117, 123, 124, 127-129, 145, 148, 149, 150, 151, 152, 179, 180, 182, 183, 185, 186, 193, 207, 209, 210, 220, 225, 244, 249, 250, 266, 268, 269, 275, 325, 328, 329, 347, 358, 359, 387, 404, 440, 442, 443, 444, 445, 446, 447; III, 45, 75, 80, 81, 104, 113, 114, 121, 126, 128, 139, 149, 151, 241, 259, 263, 300, *328, 347, 388, 411, 458, 459, 521; IV, 16, 24, 60, 70.
Wagner, Richard: I, 30, 80-82, 84, 116, 127-128, 137, 138, 152, 160, 161, 171, 181, 185, 298, 209, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 221, 224, 234; II, 11, 17, 21-25, 26, 27, 28-31, 40, 41, 42, 43, 44, 46, 48, 49, 51, 54, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 70, 72, 89, 91, 92, 94, 95, 100, 101, 102, 103, 105, 116, 117, 118, 119, 122, 127, 128, 131, 132, 133, 134, 140, 141, 148, 150, 151, 153, 154, 157, 160, 164, 165, 172, 173, 177, 182, 183, 185, 192, 194, 196, 197, 200, 207, 209, 210-211, 212, 213, 217, 220, 226, 227, 229, 233, 234, 238, 239, 244, 246, 247, 249, 250, 257, 263, 265, 268, 277, 281, 290, 291, 294, 298, 303, 305, 309, 319, 320, 321, 323, 324, 326, 327, 328, 333, 337, 339, 341, 342, 245, 247, 248, 249, 350, 351, 352, 354, 355, 356, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 368, 369, 371, 372, 375, 376, 381, 382, 387, 394, 395, 396, 398, 404, 407, 407, 413, 414, 415, 417, 432, 433, 434, 435, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446, 447, 449; III, 13, 33, 34, 42, 48, 49, 51, 52, 70, 72, 73, 75, 76, 79-82, 103, 104, 111, 112, 113, 114, 116, 121, 125, 126, 128, 137, 138, 139, 140, 146, 147, 148, 150, 151, 152, 163, 171, 163, 171, 172, 174, 177, 180, 186, 189, 194, 195, 203, 206, 209, 212, 215, 217, 218, *225, 230, 231, 248, 257, 258, 260, 263, 271, 276, 277, 282, 289, 292, 296, 298, 303, 306, 308, 309, 315, 321, 328, 344, 345, 346, 358, 360, 361, 378, 383, 390, 391, 398, 399, 401, 408, 409, 415, 420, 423, 434, *438, 445, 446, 449, 455, 457, 458, 471, 473, 474, 475, 476, 477, 484, 485, 487, 488, 490, 491, 498, 499, 501, 502, 505, 506, 507, 510, 518, 520, 526, 529; IV, 16, 21, 53, 57, 60, 62, 69, 79, 117, 133, 162, 194, 208, 211, 213, 216, 217, 218, 219, 221, 223, 225, 231, 235, 237, 240, 241, 243.
Wagner, Richard (escritos) Opera y Drama: I, 224.
Wagner, Richard (obras musicales):
«Los maestros cantores», I, 221; III, 192, 374, 511. «El anillo de los Nibelungos»: III, 80. «Parsifal»: II, 439, 444; III, 39, 80, 86, 146, 188, 305, 345, 388, 410, 411, 441, 442, 456, 486, 492, 521; IV, 215/«Tristán»; III, 149.
Wagner, Sigfrido: II, 29, 54, 91, 405; III, 257.
Wagner, Winifred: III, 456.
Waitz, Georg: III, 355, 356.
Weber (Instituto privado): I, 46-47, 51, 127.
Webern, Anton von: III, 189.
Weber, Carl Maria von: II, 121; III, 277, 375, 471.
Weimar, Grossherzog van: II, 307, 361, 362, 364, *425; III, 398.
Weisse, C. H.: I, 192.
Welcker, Friedrich Gottlob: II, 35, 47.
Wellhausen, Julius: III, 463, 500.
Wenkel, Friedrich August: I, 171; II, 106; IV, 120.
Wesendock, Otto: II, 101.
Widmann, Joseph Victor: II, 245, 247, 257; III, 274, 398, 399, 400, 406, 444, 453, 454, 456, 507, 508, 512, 524.
Widemann, Heinrich: II, 206, 282-283, 340, 341, 387, 421, 425, 428; III, 41, 168, 318, 319, 321, 322, 337, 338, 362; IV, 64, 84, 89.
Wiel, Josef: II, 275, 278-279.
Wiesicke, Karl Ferdinand: I, 223.
Wilamowitz-Moellendorff, Ulrich van: II, 121, 132, 157-161, 162, 164, 165, 166, 168, 171, 172-173, 176, 177, 178-179, 193, 233, 449.
Wilde (abogado en Naumburg): IV, 114, 127.
Wilke, K. F. W.: I, 41, 42.

Willdenow, Clara: III, 252, 278.
Wille, Ludwig: IV, 31, 32, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 47.
Windisch, Ernst: I, 208-209, 213, 214, 215.
Winckelmann, Juan Joaquin: II, 80, 125, 160.
Wisser, Wilhelm: I, 161, 180, 181, 183.
Wöhrmann, Emma: III, 240, 241.
Wolf, Friedrich August: I, 231; II, 34.
Wolf, Hugo: III, 276.
Wolzogen, Hans van: II, 321, 365, 387, 407, 413, 442; III, 263, 346, 355, 521.
Wüllner, Franz: II, 63.
Wunderlich, Oskar: I, 139.
Wyss, Bernhard: I, 14.

Zarncke, Friedrich: I, 206, 209; II, 153.
Zeller, Eduard: III, 66.
Zerbst, Max: IV, 136-137.
Ziehen, Theodor: IV, 67, 92.
Ziller, Herr, Naumburg: III, 203.
Zimmermann, August: I, 100, 114-115.
Zimmern, Helen: III, 248, 249, 253, 265, 385, 386, 387, 455, 517.
Zola, Emile: II, 447; III, 416, 463.
Zöllner, Johann Karl Friedrich: II, 191, 193, 227.
Zweig, Arnold: III, 205; IV, 14.

Epílogo

Frente a lo originariamente proyectado nos hemos decidido, a última hora, a renunciar a las «tablas biográficas». Estaban completamente elaboradas y preparadas desde un principio, y me han servido como base para mi trabajo. Pero precisamente porque la exposición descansa, en su totalidad, sobre ellas, y se mantienen fiel, asimismo, a su cronología, de modo que reproduce y desarrolla con mayor extensión lo que en dichas tablas viene contenido, hemos creído poder renunciar a darlas a imprenta sin perder por ello, en la obra, en carga informativa y visión de conjunto. Decisión, por otra parte, que el uso parcial que de ellas hace Karl Schlechta en su *Crónica*[229] no hace otra cosa que reforzar. De este modo ha quedado, convendría tal vez subrayar también, un mayor espacio para documentos, ilustraciones y registro. En la sección documental se han acogido las más variadas aportaciones, dado que esta biografía de Nietzsche se dirige a un círculo de lectores muy extenso. No todos ellos se interesarán, obviamente, por el conjunto de los documentos. Pero en ello hemos preferido no cifrar un inconveniente excesivo.

Como fuentes se han utilizado los artículos de las revistas de la época que llegaron a ejercer alguna influencia sobre la vida o la obra de Nietzsche (perteneciendo a este grupo, desde luego, los documentos de la violenta discusión que por aquellas fechas tuvo lugar sobre la importancia de la música en general y de Wagner en particular), y que apenas pueden resultarles accesibles a quienes no viven en el lugar de publicación de las revistas en que inicialmente fueron publicados. Se han utilizado también como fuentes documentos epistolares de los legados de Franz Overbeck y Meta von Salis que se guardan en la biblioteca de la Universidad de Basilea, así como actas del archivo estatal de la ciudad de Basilea, que no es de esperar que accedan nunca a su publicación *in extenso* salvo por su relación con Nietzsche, que es el único factor que les confiere relevancia, en cuanto testimonio bien de sus circunstancias vitales, bien de la historia de su obra. Reproducimos por ello estos documentos en su ortografía original. Lo mismo vale también para los documentos de los que se entresacan citas en el capítulo «La pensión de Basilea». Dada su condición disgresiva, podrían ir también en la sección documental, pero hubiera sido preciso tanto comentario textual, que esta exposición ha parecido mejor situada en la parte biográfica misma.

Algunos lectores tan atentos como amables han ido haciéndome llegar indicaciones y observaciones que tomó en cuenta con la mayor gratitud. Una atención especial merecen las precisiones que sobre la expresión «patriciado» de relación con las familias de intelectuales e industriales relevantes de Basilea me ha hecho el señor profesor Werner Kaegi: a diferencia de lo que era el caso en Berna y en otros cantones, en Basilea no había un patriciado *de iure* con privilegios constitucionalmente recogidos; lo que había en Basilea era un patriciado *de facto*, integrado por familias que desde generaciones venían ocupando lugares prominentes en la política, la economía y la cultura.

Tengo también que expresar mi gratitud al Sr. Dr. Max Burckhardt por muchas indicaciones bibliográficas valiosas, así como por su ayuda en el desciframiento de pasos oscuros de manuscritos citados en los documentos del volumen cuarto.

La Sta. Eva Bernoulli, de Basilea, me ha prestado una colaboración muy valiosa poniendo a mi disposición el ejemplar de autor, aún no resmido, de la obra de su padre Carl Albrecht Bernoulli *Overbeck y Nietzsche. Una amistad*[50] (una rareza bibliográfica). He podido citar así algunos párrafos de cartas cuyos originales desaparecieron en su día del legado de Overbeck, probablemente a raíz del proceso entre el Archivo-Nietzsche y Carl Albrecht Bernoulli.

Debo expresar también mi gratitud al Sr. Jürgen Graf, de Basilea, que ha leído las pruebas de la biografía entera, cooperando con observaciones críticas al mejoramiento del texto, así como a mi mujer, que leyó partes considerables de la obra ya en su forma manuscrita y seguidamente en pruebas de imprenta, y que me ayudó no poco en la elaboración del registro. No en último término debo de dar también las gracias a los colaboradores de la editorial, que han hecho posible la realización rápida y satisfactoria de tan vasto proyecto, coadyuvando a dar vida a una obra que ha recibido ya un reconocimiento tal que han sido contratadas traducciones de ella al inglés, francés e italiano.

Permítaseme decir, por último, con intención meramente clarificatoria, algo a propósito de las primeras críticas aparecidas, que parten, en cierto modo, aunque con rara unanimidad, del hecho de que esta biografía se queda «tan sólo» en lo que promete: una «imagen de la vida» de Nietzsche.

Interpretaciones más o menos filosóficamente iluminadoras de la obra de Nietzsche las hay a millares. Según la corriente o secta filosófica de la que provengan, se completan o combaten, son parcialmente validades o se hunden sin dejar rastro. Lo que hasta el momento no había, sin embargo, era una exposición ricamente documentada de los hechos, a partir de la que pudiera comenzar constructivamente una interpretación digna de ese nombre. Y a esos hechos relevantes corresponde también la atmósfera espiritual de la época, atmósfera cuya comprensión puede no re-

sultar hoy tan fácil en alguna de sus manifestaciones. Esta laguna ha de ser compensada con la iluminación de detalles aparentemente secundarios, pero típicos de la época.

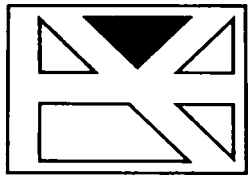
A ello se unía otra tarea. Nietzsche despierta todavía, en amplios círculos, un malestar que descansa en buena medida en el desconocimiento o en falsas representaciones. El modo de exposición debe hacer reconstruible y asumible esta vida conmovedora incluso a quienes rechazan enteramente la filosofía nitzscheana, abriéndoles así al menos el camino para una correcta comprensión del hombre Nietzsche.

Quien ha vivido como lo hizo Nietzsche, quien se tomó su vida y su obra con la seriedad con que él lo hizo, merece que toda mirada a él dirigida lo sea con consideración y respeto ante semejante vida. Se abrirá así también la posibilidad de un acercamiento sin prejuicios a la obra, así como la de su integración en la imagen que cada cual sustituye del mundo. Pero como fruto, ciertamente, del esfuerzo propio, no al hilo —una vez más— de un modelo prefijado.

Muttenz, abril de 1979

Curt Paul Janz

Esta monumental biografía fija, de forma prácticamente definitiva, los perfiles de la vida de FRIEDRICH NIETZSCHE gracias al estudio exhaustivo del epistolario y de los escritos póstumos del filósofo y mediante la investigación de nuevas fuentes documentales y archivos privados. La orientación central de CURT PAUL JANZ ha sido alcanzar la mayor independencia posible respecto a exposiciones anteriores; la descripción de las grandes corrientes espirituales y políticas de la época y las referencias a los hombres y mujeres que influyeron en la vida de Nietzsche dibujan el trasfondo imprescindible de su azarosa existencia. Dividida en cuatro volúmenes, la obra elige, como criterio de ordenación y división, las cesuras inequívocas de la biografía del personaje. Publicados ya los tres primeros tomos —«Infancia y juventud» (AU 305), «Los diez años de Basilea» (AU 343) y «Los diez años del filósofo errante» (AU 414)— de este ambicioso proyecto, este cuarto y último volumen, que se ocupa de «Los años de hundimiento» (transcurridos entre enero de 1889 y su fallecimiento), cierra una de las obras más importantes de la historiografía filosófica contemporánea. En «El Libro de Bolsillo» se han publicado, con prólogo y traducción de Andrés Sánchez Pascual, las obras de Friedrich Nietzsche: «Ecce homo» (LB 346), «La genealogía de la moral (LB 356), «Así habló Zaratustra» (LB 377), «Más allá del bien y del mal» (LB 406), «El nacimiento de la tragedia» (LB 456), «Crepúsculo de los ídolos» (LB 467) y «El Anticristo» (LB 507).



Alianza Editorial

Cubierta Daniel Gil

Esta monumental biografía fija, de forma prácticamente definitiva, los perfiles de la vida de FRIEDRICH NIETZSCHE gracias al estudio exhaustivo del epistolario y de los escritos póstumos del filósofo y mediante la investigación de nuevas fuentes documentales y archivos privados. La orientación central de CURT PAUL JANZ ha sido alcanzar la mayor independencia posible respecto a exposiciones anteriores; la descripción de las grandes corrientes espirituales y políticas de la época y las referencias a los hombres y mujeres que influyeron en la vida de Nietzsche dibujan el trasfondo imprescindible de su azarosa existencia. Dividida en cuatro volúmenes, la obra elige, como criterio de ordenación y división, las cesuras inequívocas de la biografía del personaje. Publicados ya los tres primeros tomos —«Infancia y juventud» (AU 305), «Los diez años de Basilea» (AU 343) y «Los diez años del filósofo errante» (AU 414)— de este ambicioso proyecto, este cuarto y último volumen, que se ocupa de «Los años de hundimiento» (transcurridos entre enero de 1889 y su fallecimiento), cierra una de las obras más importantes de la historiografía filosófica contemporánea. En «El Libro de Bolsillo» se han publicado, con prólogo y traducción de Andrés Sánchez Pascual, las obras de Friedrich Nietzsche: «Ecce homo» (LB 346), «La genealogía de la moral (LB 356), «Así habló Zaratustra» (LB 377), «Más allá del bien y del mal» (LB 406), «El nacimiento de la tragedia» (LB 456), «Crepúsculo de los ídolos» (LB 467) y «El Anticristo» (LB 507).

Alianza Editorial

FRIEDRICH NIETZSCHE AÑOS DE HUNDIMIENTO
84 206 2452
21 JAN 92

Cubierta Daniel Gil